

SÍLABO DE BIBLIOLOGÍA I

ESCUELA DE LA OBRA CRISTIANA

SÍLABO DE BIBLIOLOGÍA I

Índice de lecturas del curso de Introducción General a la Biblia correspondiente a una de las siete materias del grado ALEF

Ordenación y selección de textos:

GINO IAFRANCESCO V.
Director Misionero

Santafé de Bogotá, D. C. - 1992

Sistemas: Arcadio Sierra Díaz

**SÍLABO
DE
BIBLIOLOGÍA I**

**INDICE DE LECTURAS DEL CURSO DE
INTRODUCCIÓN GENERAL A LA BIBLIA**

GINO IAFRANCESCO V.
Director Misionero

1992

SERIE GRADUADA DE CURSOS DE BIBLIOLOGÍA Y APÓCRIFA

BIBLIOLOGÍA I - Introducción General a la Biblia.

BIBLIOLOGÍA II - Canon Bíblico.

BIBLIOLOGÍA III - Autenticidad Bíblica.

BIBLIOLOGÍA IV - Teopneustia.

BIBLIOLOGÍA V - Manuscritos bíblicos.

BIBLIOLOGÍA VI - Versiones bíblicas.

BIBLIOLOGÍA VII - Criticismo sagrado.

BIBLIOLOGÍA VIII - Introducción especial a los libros del Antiguo Testamento.

BIBLIOLOGÍA IX - Sinóptica.

BIBLIOLOGÍA X - Introducción especial a los libros del Nuevo Testamento.

BIBLIOLOGÍA XI - Parádoxis.

BIBLIOLOGÍA XII - Fuentes selectas protobíblicas.

APÓCRIFA I - Deuterocanónicos.

APÓCRIFA II - Apócrifos del Antiguo Testamento.

APÓCRIFA III - Qumram.

APÓCRIFA IV - Talmud y literatura rabínica

APÓCRIFA V - Apócrifos del Nuevo Testamento.

APÓCRIFA VI - Cábala.

CURSO DE INTRODUCCIÓN GENERAL A LA BIBLIA

- La revelación divina histórica
- La inspiración divina de las Sagradas Escrituras. Autotestimonio de las Sagradas Escrituras.
- La doble autoría sincrónica teoantrópica de las Sagradas Escrituras.
- El período histórico de la revelación proposicional.
- Conformación, colección, extensión, reconocimiento del Canon de las Sagradas Escrituras. El margen de la Apócrifa.
- La Biblia de Jesús y sus apóstoles. Escrituricidad sagrada del Nuevo Testamento.
- El lenguaje polifacético de las Sagradas Escrituras. Idiomas y géneros.
- La Unidad del mensaje de las Sagradas Escrituras y su tema central.
- Lo sobrenatural de/y/en las Sagradas Escrituras.
- Confiabilidad, credibilidad, autoridad y singularidad de las Sagradas Escrituras.
- La transmisión textual de las Sagradas Escrituras, sus materiales y su traducción.
- La interpretación y el sentido de las Sagradas Escrituras.

Bibliografía:

- *Introducción Bíblica*. Alice E. Luce. Ed. Vida.
- *¿Qué es la Biblia?* José Flórez, Ed. Alturas.
- *Nuevo Auxiliar Bíblico*. G. T. Manley. C. P. B.
- *Por qué creo en la Biblia*. Américo A. Tonda. F.D.C.S.R.
- *Evidencia que exige un veredicto*. T.I. J. McDowel. Ed. Vida

- *Razones: Sección 1. La Biblia.* J. McDowel y D. Stewart. Ed. Vida
- *Respuestas a preguntas difíciles: Sección 1. La Biblia.* . McDowel y D. Stewart. Ed. Vida
- *La razón de nuestra fe.* Paul E. Little. Ed. Las Américas.
- *El fundamento apostólico.* José Grau. Ed. Evangélicas Europeas.
- *El ocaso de los incrédulos.* Roger F. Dickson. Ed CLIE.
- Etc.

INDICE DE LECTURAS

- 1** - *“El libro de los libros”.* Gino lafrancesco V.
- 2** - *“Una mirada al campo”.* Cap. I de *Introducción Bíblica*, págs. 151-156. Alice E. Luce. Ed. Vida
- 3** - *“Introducción”*, de *¿Qué es la Biblia?* Págs. 5-9. José Flórez. Ed. Alturas.
- 4** - *“La Biblia”*, capítulo 1 de *¿Qué es la Biblia?* Págs. 11-19. José Flórez. Ed. Alturas.
- 5** - *“Inspiración y revelación”* . Cap. 18 de *“El Ocaso de los incrédulos”*, págs. 325-328. Roger E, Dickson. Ed. CLIE.
- 6** - *“La Biblia es la Palabra de Dios”.* Cap. 19 de *El Ocaso de los Incrédulos*, págs. 339-352. Roger E. Dickson. Ed. CLIE.
- 7** - *Historia de la Biblia, parte I*, cap. 21 de *“El Ocaso de los Incrédulos”*, págs. 371-380. Roger E. Dickson. Ed. CLIE.
- 8** - *Historia de la Biblia, parte II*, cap. 22 de *“El Ocaso de los Incrédulos”*, págs. 381-395. Roger E. Dickson. Ed. CLIE.
- 9** - *“El profeta, órgano de revelación”*, parte del cap. 3 de *“Por qué creo en la Biblia”*, pgs. 49-61. Américo A. Tonda. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. Teología #1.

- 10** - *"La Historia de la Salvación, y la Revelación"*, cap. 1 de *"El fundamento apostólico"*. Pgs. 19-27. José Grau. Ed. Evangélicas Europeas.
- 11** - *"Las Sagradas Escrituras"*, cap. 3 de *"Manual de Teología Apologética"*, págs. 83-109. Ed. CLIE. Samuel Vila.
- 12** - *"¿Qué hace que la Biblia sea tan especial?"*, primer artículo de la sección 1. La Biblia, de respuestas a preguntas difíciles, págs. 12-14. J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida.
- 13** - *"¿Es la Biblia la Palabra de Dios?"*, cap. 5 de *"La razón de nuestra fe"*, págs. 43-54. Paul E. Little. Ed. Las Américas.
- 14** - *"Leyendo la Biblia"* 1 y 2, caps. 5 y 6 de *Lecciones de Vida, Tomo I*, págs. 32-35, 39-42. Witness Lee. Living Stream Ministry.
- 15** - *"Introducción a la sección 1"*, *"¿Qué significa que la Biblia es inspirada?"*, *"¿Hasta qué punto es inspirada la Biblia?"*, *"¿Cómo pudieron unos hombres falibles producir una Biblia infalible?"*, introducción y tres primeros artículos de la Sección 1. La Biblia, de Razones, pgs. 8-15. J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida.
- 16** - *"A Biblia, Sinopse"*, Lição Um, de Lições sobre a Verdade, Nivel Um, Volume 1, págs. 1-12. Anónimo. No impreso.
- 17** - *"La inspiración de la Biblia"*, cap. 2 de *Introducción Bíblica*, pgs. 157-166. Alice E. Luce. Ed. Vida.
- 18** - *"La inspiración de la Biblia"*, cap. 4 de *¿Qué es la Biblia?*, págs. 49-63. José Flórez. Ed. Alturas.
- 19** - *"Historia, revelación y plan de la Biblia"*, cap. 5 de *¿Qué es la Biblia?*, págs. 65-75. José Flórez. Ed. Alturas.
- 20** - *"¿Por qué oigo que los cristianos recurren a las profecías cumplidas para probar la inspiración de la Biblia?"*, art. 14 de la sección 1 de *Respuestas a preguntas difíciles*, pgs. 45-46. J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida.

- 21** - "*Inspiración y Autoridad*", cap. 1 del *Nuevo Auxiliar Bíblico*, pgs. 3-21. G. T. Manley. C.B.P.
- 22** - "*Naturaleza y características de la Biblia*", cap. 2 de la primera parte de *Hermenéutica Bíblica*, pgs. 39-63. José E. Martínez. Ed. CLIE.
- 23** - "*La Biblia habla de sí misma*", cap. 13 de "*Por qué creo en la Biblia*", págs. 189-191. Américo A. Tonda. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. Teología.
- 24** - "*La composición de las Escrituras*" del cap. 4 de *Por qué creo en la Biblia*, pgs. 63-69. Américo A. Tonda. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. Teología # 1.
- 25** - "*La Interpretación de la Biblia*", el cap. 3 de *Introducción Bíblica*, pgs. 167-184. Alice E. Luce. Ed. Vida.
- 26** - "*El Canon de las Escrituras*", cap. 4 de la obra anterior.
- 27** - "*El arte de escribir sus materiales*", cap. 5 de la obra anterior.
- 28** - "*Manuscritos y versiones de la Biblia*", cap. 6 de la obra anterior.
- 29** - "*Los Libros de la Biblia*", cap. 6 de *¿Qué es la Biblia?* Pgs. 77-93. José Flórez. Ed. Alturas.
- 30** - "*¿Cómo se sabe que los escritos del apóstol Pablo fueron inspirados?*", "*¿Cómo consideró Jesús el Antiguo Testamento?*", "*¿Tiene la Biblia carácter sobrenatural?*" de la sección 1 de *Razones*, tres artículos, pgs. 19-22 y 59-61. J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida.
- 31** - "*La Biblia, creo en ella*", sección 1 de *Evidencia que exige un veredicto*, tomo I, pgs. 15-79. J. McDowell . Ed. Vida.
- 32** - "*¿Se puede confiar en los documentos bíblicos?*" cap. 6 de "*La razón de nuestra fe*", pgs. 55-67. Paul E. Little. Ed. Las Américas.
- 33** - "*El Canon Apostólico*", cap. 4 de *El Fundamento Apostólico*, pgs. 69-86. José Grau. Ed. Evangélicas Europeas.
- 34** - "*El método gramático histórico*", cap. 7 de *Hermenéutica Bíblica*, pgs. 121-133. José M. Martínez. Ed. CLIE.

35 - "*Las lenguas de la Biblia*", cap. 34 de *Qué es la Biblia*, pgs. 35-48. José Flórez. Ed. Alturas.

36 - "*Traduciendo la Biblia*", cap. 7 de la obra anterior, págs. 95-126.

37 - "*Interpretando la Biblia*", cap. 9 de "*¿Qué es la Biblia?*", págs. 127-142. José Flórez. Ed. Alturas

38 - "*Principios de interpretación*", cap. 6 de *Nuevo Auxiliar Bíblico*, págs. 86-92. G. T. Manley C.B.P.

1

EL LIBRO DE LOS LIBROS

Existe un libro al que con justicia se le llama “el libro de los libros”; es un libro antiguo, cuyas primeras partes se escribieron hace muchísimo tiempo, incluso, siglos antes que los grandes clásicos de la antigüedad; así, como decía José Flórez, antes de la Ilíada y la Odisea de Homero, y anterior a la Eneida de Virgilio; anterior a las tragedias de Esquilo y a los analectas de Confucio. Incluso, el escritor de la primera parte se valió de documentos anteriores a él, que de vez en cuando cita. Es un libro que ha venido acompañando a la humanidad desde sus albores y cuya influencia es la más benéfica que se haya podido conocer en toda la historia; su aceptación ha sido inmensa; más que la de cualquier otro libro, incluidos todos los clásicos. De este libro se conservan copias en mayor profusión que de todos los demás libros apreciados por la humanidad. Es un libro para la humanidad en general, que halla cabida en toda raza y nación, en toda clase social e idiosincrasia, saneando las costumbres, elevando el nivel de las gentes y los pueblos, en la medida que conocen el Libro y son penetrados por su Espíritu.

Es el libro que más se imprime y se traduce; son millones las copias que se hacen de él cada año y existen personas e instituciones especialmente dedicadas a la distribución de este libro; se ha traducido a todos los idiomas importantes del mundo y literalmente a miles de dialectos; y se sigue traduciendo y poniéndose al alcance incluso de las más salvajes tribus, pues se conocen sus efectos positivos; se da el caso incluso de que el dialecto de una tribu se escribe por primera vez para poder tener una traducción de este libro.

Su influencia, decíamos, es, pues, enorme; grandes poetas y artistas deben su inspiración a este libro, y el influjo de este libro los ha hecho famosos; ni qué hablar de los filósofos, estadistas, santos y teólogos; sin este libro no hubieran sido lo que fueron.

El libro es una colección de diferentes tipos de escritos; hay en él historia, poesía, leyes, profecías, cartas, dichos, etc, pero aunque tan diversos estilos se entremezclan, sin embargo constituyen una sola Obra Maestra, con sólo un tema básico hilvanando las distintas partes, que por reflejar distintas situaciones, típicamente humanas, le dan al libro una riqueza espiritual,

psicológica y estética tan maravillosa, que indagar en él es como penetrar en una mina inagotable de tesoros.

Nunca termina uno de leer este libro, pues cuando pensábamos haberlo leído todo, hallamos nuevas cosas nunca imaginadas, que nos hacen escudriñarlo de nuevo. Hay personas que por muchos años han estado sumergidos en él, pero no terminan de desentrañar sus tesoros. El tema central trata de una **revelación maravillosa**; es la historia de cómo Dios se ha revelado al hombre, y qué ha hecho para salvarlo; nos muestra el desarrollo del Plan Divino, retrocediendo hasta el más ignoto pasado; sí, hasta el mismo principio, y entonces nos guía a través de los tiempos mostrándonos la mano maestra del Alfarero Universal, Dios, detrás de todos los acontecimientos de la historia humana. Es un libro milagroso, sí, lleno de asombrosa profecía cuya exactitud y cumplimiento nos asombra; hoy, los siglos se visten de acuerdo a sus previsiones; y si hablamos de profundidad, debemos confesar que el libro tiene la capacidad de desnudar el corazón humano y penetrar a donde ningún otro ha penetrado; sí, el libro maneja en sus manos el corazón del hombre y demuestra controlar su historia presente y su futuro.

Es un libro al que vale la pena escudriñar; no sólo pseudo-leer, sí escudriñar; oh, si se estudiase este libro más que cualquier otro libro, y se pusiera en práctica, se obtendrían mayores beneficios de los ya obtenidos.

Fueron varios los hombres que colaboraron con el Autor de este libro. Algunos fueron poetas, otros reyes, otros campesinos, otros legisladores, otros escribas, otros pescadores, otros cobradores de impuestos, otros generales; en fin, de varios tipos de hombres; pero el Autor, es evidente, ha sido solamente UNO. Efectivamente, Dios dirigió a Moisés y le habló, y éste entonces registró sus palabras y hechos.

Josué y los jueces de Israel continuaron la historia.

Los profetas recogieron las visiones y las palabras que recibieron de Dios y las conservaron.

Poetas como Job, David, Salomón y Jeremías contaron los dolores y las alegrías del corazón del hombre; se historió la vida de la nación de Israel para enseñarnos con ella lo que significa estar cerca o lejos de Dios; además, para preparar con ella el advenimiento del Mesías Salvador, primero como Profeta y sacrificio sufriente, expiación tipificada en los ritos mosaicos, y entonces, Rey que alumbra a los gentiles y que se sentará en el trono de David para reinar en paz de mar a mar, sobre el Monte de Sion. El Mesías, he allí el meollo del libro de los libros, el núcleo central.

Nos muestra primeramente el libro la preparación de su advenimiento; y entonces nos cuenta la historia de su visitación y la introducción del Reino, explicándonos su operación actual hacia un fin determinado, definido y cercano. Con los evangelios, los Hechos apostólicos y sus epístolas y con el Apocalipsis, nos abre el Libro de los libros las puertas del cielo por el conocimiento del Mesías, Jesucristo, Hijo de Dios. No seamos, pues, tan insensatos como para desconocer el Libro de los libros, "La Biblia".

Gino lafrancesco V.

Paraguay, 1984

Capítulo 1

UNA MIRADA AL CAMPO¹

La Introducción Bíblica **general** es un estudio que investiga todas las cuestiones pertinentes a un entendimiento de la Biblia como nuestra regla de fe y conducta. Se distingue de la Introducción Bíblica **especial**, que incluye el mismo estudio de cada libro en particular. Así es que en este libro vamos a tratar solamente con nuestra actitud hacia toda la Biblia, su inspiración divina, su canon, sus idiomas, sus manuscritos, sus versiones, su autenticidad, su credibilidad, y su autoridad.

Cuando tú llegues al estudio de las Evidencias Cristianas, aprenderás más acerca de la **revelación** de Dios; pero aquí al principio mismo de tu curso de estudios bíblicos, es bueno aprender de memoria y apuntar en tu mente algunos puntos básicos acerca de ella. La palabra *revelación* en este librito se usa para describir la comunicación por Dios al hombre de aquellas verdades acerca de su carácter divino, sus planes, su voluntad, y la salvación del pecador que un hombre nunca podría alcanzar ni adivinar por sus propios esfuerzos. La revelación es algo sobrenatural, y sobrepuja todo lo que el hombre pudiera aprender de la naturaleza. La Biblia afirma ser esa revelación y lo es.

La palabra Biblia se deriva del griego "*biblos*", la corteza de la planta papiro, de la cual los egipcios hacían un material para escribir. Poco a poco se fue usando el nombre para libros

¹"Una mirada al Campo" es el capítulo I del libro "Introducción Bíblica", de Alice E. Luce. Ed. Vida

hechos de esa corteza, y después para todos los libros, de cualquier material. Cerca de 400 d.C. Jerónimo llamó las Santas Escrituras "la biblioteca divina"; y desde ese tiempo los escritores cristianos han aplicado la palabra Biblia a la colección de todos los libros divinamente inspirados. La Biblia se divide en dos **Testamentos**, palabra derivada del latín "*Testamentum*". Esta palabra en su sentido legal describe un documento dejado por un difunto acerca de la distribución de su propiedad. Pero en cuanto a la Biblia, la palabra preferible es **pacto**, y en todos tus estudios será bueno acordarte que Dios hizo varios pactos (convenios o contratos) con la raza humana, y que el Nuevo Testamento nos describe el **Nuevo Pacto**, hecho por la sangre preciosa del Hijo de Dios, por medio del cual el pecador redimido se acerca a Dios y aprende a andar con Él en obediencia y santidad. Jeremías 31:31-34; Hebreos 7:22; 8:6-13; 9:15; 10:16-18; 2 Corintios 3:6,14.

El Antiguo Testamento contiene 39 libros, divididos en cinco divisiones: (1) **La Ley** o Pentateuco (cinco libros): Génesis, Éxodo, Levítico, Números, y Deuteronomio. (2) **Libros Históricos** (doce libros): Josué, Jueces, Rut, I y II de Samuel, I y II de los Reyes, I y II de Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester. (3) **Libros Poéticos** (cinco libros): Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares. (4) **Profetas Mayores** (cinco libros): Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel. (5) **Profetas Menores** (doce libros): Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías, Malaquías.

En la Biblia antigua de los hebreos, las divisiones eran tres: (1) Cinco libros que se llaman **La Ley**, y que corresponden con los nuestros. (2) Ocho libros que se llaman **Los Profetas**, y fueron clasificados así: (a) Profetas Anteriores: Josué, Jueces, Samuel, Reyes. (b) Profetas Posteriores: **Mayores**: Isaías, Jeremías, Ezequiel; **Menores**: un libro llamado "Los Doce". (3) **Las Escrituras**, o Salmos, constando de once libros divididos así: (a) Poéticos: Salmos, Proverbios, Job. (b) Cinco Rollos: Cantar, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester. Estos rollos se leían en cinco fiestas hebreas: Cantar de los Cantares en la Pascua; Rut en Pentecostés;

Eclesiastés en Enramadas; Ester en Purim; y Lamentaciones en el aniversario de la destrucción de Jerusalén. (c) Históricos: Daniel, Esdras y Nehemías (un libro), Crónicas.

Cristo mismo mencionó estas tres divisiones del A.T. en Lucas 24:44 y en Mateo 23:34-36; Lucas 11:49-51. Él puso su sello divino sobre la autoridad de todo el A.T. desde Génesis hasta Crónicas (su último libro entre los judíos). Los 24 libros de los hebreos son iguales con los 39 que tenemos en las iglesias cristianas, solamente, que son divididos de otra manera. Esta división en 39 libros fue hecha en la traducción del A.T. en griego, cerca de 280 a.C.

El Nuevo Testamento contiene 27 libros, que pueden dividirse así: (1) **Históricos** (cinco libros): Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Hechos. (2) **Doctrinales** (21 libros): (a) Epístolas de Pablo (14): Romanos, I Corintios, II Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, I Tesalonicenses, II Tesalonicenses, I Timoteo, II Timoteo, Tito, Filemón. Hebreos. (b) Epístolas Generales (7): Santiago, I Pedro, II Pedro, I Juan, II Juan, III Juan, Judas. (3) **Profético**: Apocalipsis.

Hubo probablemente de 35 a 40 escritores de los libros de la Biblia. Cuando fueron escritos no tenían las divisiones en capítulos y versos. Se cree generalmente que fue Esteban Langton, arzobispo de Canterbury, Inglaterra, quien dividió toda la Biblia en capítulos cerca de 1220 d.C. Los versos fueron probablemente divididos por Roberto Stephanus, de Paris, en 1551. Éste era impresor, y sacó a la luz la primera Biblia con capítulos y versos en el año 1555. Era la versión Vulgata en latín. La primera Biblia en inglés impresa con capítulos y versos, fue publicada en 1560. La Biblia entera, o porciones de ella, ha sido traducida a más de mil idiomas, y el número de versiones está aumentándose de año en año. Cuando un misionero va a trabajar entre un pueblo primitivo cuyo idioma nunca ha sido escrito, su primera tarea es reducir el idioma a la escritura; y entonces tiene que traducir el mensaje de Dios, para que los conversos puedan aprender a leerlo. Se calcula que hasta la fecha, 1975, solamente un poco más de la mitad de los habitantes del mundo saben leer. ¿No debemos orar más que nunca por los obreros que pueden reducir idiomas a la escritura y traducir la Palabra de Dios, que Él envíe muchos más de ellos

entre las multitudes que no tienen la Biblia, y que su trabajo duro sea hecho con prontitud?

El A.T. fue escrito en hebreo, con excepción de los pasajes siguientes: Esdras 4:18 hasta 6:12; 7:12-26; Daniel 2:4 hasta 7:28; Jeremías 10:11 y dos palabras en Génesis 31:47, que fueron escritos en arameo. El N.T. fue escrito en griego, no en la lengua elevada de los sabios y eruditos, sino en lo que se llamaba **koiné**, el griego de la plebe, los comerciantes, y los estudiantes, el idioma que todos usaban en sus relaciones diarias y todos podían comprender. En el tiempo de Cristo, los romanos dominaban el mundo entonces conocido; pero su idioma (latín) nunca reemplazó al griego que (antes de las conquistas romanas) se había esparcido en todos los países. Pues en los tres idiomas de la Biblia podemos ver su mensaje divino dirigido en hebreo a los judíos, en arameo a los gentiles, y en griego a los cristianos de esta dispensación de gracia. Véase 1 Corintios 10:32.

En nuestro estudio como obreros debemos acordarnos de que debemos mucho a nuestro ambiente espiritual -padres y maestros piadosos, una herencia de siglos del cristianismo, etc.- y nunca faltar en simpatía hacia los que no han tenido ese ambiente, sino una herencia de paganismo, escepticismo, idolatría, ignorancia, u opresión. Debemos procurar explicar los principios básicos de nuestra fe en palabras sencillas y convincentes, y tener mucha paciencia con ellos si no aprenden muy pronto. Podemos ver en todas partes del mundo **la influencia de la Biblia** (por ejemplo el tratamiento de las mujeres, la abolición de la labor infantil y la esclavitud, el cuidado de los enfermos, el tratamiento de los prisioneros), y notar las costumbres en lugares donde no ha entrado todavía. Lo que la Biblia ha hecho en el pasado, puede hacer hoy y mañana, y ella no ha perdido nada de su poder.

3

INTRODUCCIÓN²

Nuestra generación actual vive a un ritmo vertiginoso, y los cambios que se experimentan en todos los caminos de la vida son abrumadores. Aunque más lentamente, con más prudencia, si cabe, en el camino de la religión se están llevando a cabo mutaciones que no debemos ignorar, porque precisamente en el campo del espíritu es donde el peligro se acusa con un rojo escarlata. Es allí donde el diablo combate con mayor sagacidad y astucia, precisamente porque nuestras propias almas están en juego, y San Pedro nos advierte contra ello: «*Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor, buscando a quien*

²Esta es la *Introducción* del libro “¿Qué es la Biblia?”, de José Flórez. Ed. Alturas.

devorar» (1 Pe. 5:8).

Unamuno [«*La agonía del cristianismo*»] decía que «el Cristianismo es un valor del espíritu universal que tiene sus raíces en lo más íntimo de la individualidad humana. Los jesuitas dicen que con él se trata de resolver el negocio de nuestra propia salvación individual y personal, y aunque sean los jesuitas quienes principalmente lo digan, tratándolo como un problema de economía a lo divino, hemos de aceptarlo aquí como un postulado previo».

En pleno siglo XX desecharnos muchas veces la Biblia por creer que está científicamente anticuada, y que es algo llegado hasta nosotros de la era pastora¹, por lo que puede decirnos poco actualmente. Su mensaje es considerado como de poca importancia, y frecuentemente se cree que sus expresiones son raramente entendidas. La gente se deja seducir por cualquier lectura muerta y superficial antes que por la lectura viva de la Biblia, y le entran más por los ojos los «colorines» de una publicación barata que el negro serio de una palabra rotunda y autoritaria que llega al alma.

Como dijera don Miguel de Unamuno en sus «ensayos», podremos mejorar la condición económica del hombre, hacer que la gente se enriquezca; pero queda la falta de idealidad, que es sequedad y pobreza de vida interior que no anhela otra vida trascendente.

Sin embargo, la Biblia es el documento universal más inteligible y fácil de entender que existe, ya que surgió de la antigua Media Luna Fértil, a través de la cual pasaron más influencias culturales y surgieron más pensamientos que en cualquier otro lugar de la historia del mundo, Por ello, pueblos primitivos tan distintos como son la tribu Rade en el Vietnam y los Fulami del África Occidental, pueden verse claramente reflejados en el espejo de la Biblia, y si existe algún problema al tratar de comprender las Escrituras, en realidad, la dificultad parte del hombre occidental moderno, que pertenece a una «sociedad trastocada por la técnica». La Biblia puede parecer extraña al hombre de hoy; pero hoy el hombre tiene a su alcance más recursos que nunca tuvo en la historia para comprender el panorama y el ambiente de aquellos tiempos.

La ciencia hoy ha impregnado la mente de las masas, y gentes sencillas quedan prendidas en argucias de paja. De nuevo viene a nosotros Unamuno [*«Mi religión y otros ensayos»*) para decirnos: «¿Qué buscan en Darwin los obreros que a Darwin leen? ¿Ciencia? creo que no. Buscan -hay que decirlo claramente- anticristianismo, no ya anticatolicismo. Y, claro, no lo encuentran. Buscan pruebas de que proceden del mono; procedencia que parece halagarles, sin que a mí me repugne, no más sino porque va contra lo que dicen los curas. Y acaso por algo peor.

Es realmente triste cosa el que hombres que ignoran el teorema de Pitágoras, el modo de resolver una sencilla proporción numérica, la posición y funciones del hígado, la ley de la caída de los graves, la causa de las estaciones, la composición del aire atmosférico, los elementos, en fin, más elementales de las ciencias, se pongan a leer ciertas obras que presuponen estos conocimientos. No buscan ciencia, no; buscan una cierta pseudo-filosofía de base más o menos científica y con intención manifiestamente anticristiana y hasta religiosa. Y leen cosas tan endebles y tan sectarias como ese lamentable libro sobre los enigmas del universo, que escribió Haeckel.

Todo esto de filosofía popular me hace temblar. No hay tal filosofía».

El propósito de las Escrituras es el de hablarnos con toda franqueza en todo tiempo y, ¿cómo no?, en una «Era de Desengaño», cuando el hombre se ha sentido frustrado por instituciones humanas y ha sentido el deseo de dar al traste con la falsedad del mundo que le rodea. «La Iglesia se ha convertido en un símbolo; los clubes, en instrumentos personales para progresar; las organizaciones de caridad, en un negocio ventajoso, e incluso cosas de nivel superior han sido utilizadas para llenar de paja la cabeza humana», dice A. Nida. Pero en medio de tal cinismo, en la vida actual, el hombre todavía espera, porque vive al borde de la destrucción total o de un mundo nuevo, en que la tecnología, por primera vez en la historia del mundo, parece capaz de solucionar el hambre y los sufrimientos, y en el que el miedo mutuo puede ser el

acicate que forje una nueva estructura de paz internacional. De aquí que para el hombre moderno, tan escéptico sobre la naturaleza humana, y que, sin embargo, mantiene viva la esperanza de que surja la luz en medio de las tinieblas en que vive, la Biblia venga en el momento más oportuno a traerle su mensaje de salvación, y aquí la Biblia es fundamentalmente pesimista acerca del hombre al decir: «No existe un justo, no; ni aun uno». Si bien insiste igualmente en lo que puede llegar a ser el hombre, por gracia de Dios, al afirmar: «a todos los que le recibieron, a aquellos que creyeron en su nombre, a éstos, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Pesimismo tan radical, contrastado con la infinita esperanza, no deja de llamar la atención favorable del hombre actual.

El hombre de hoy, víctima de una filosofía existencial que quiere invadir todos los caminos del vivir, carece de fe, vive sin el espíritu de la Palabra de Dios; pero para enriquecerse con el contacto de un libro como la Biblia, que trata de cosas espirituales e invisibles, hay que creer en la realidad de tales cosas; hay que creer en la existencia de un espíritu de verdad, y disponerse a recibir de él instrucción, y a saber discernir cuando dicho espíritu habla. Esta última condición será privilegio de aquellos en quienes el Espíritu de Dios habita, pues en el terreno espiritual sólo lo semejante es capaz de percibir lo semejante.

Creer en la existencia de Dios y en el Espíritu de Dios no es cuestión de razón ni de cultura, sino de intuición y de sinceridad. Dios se hace sensible a los corazones puros, y va hacia aquellos que le buscan con perseverancia; la fe nos es dada por Dios, y grandes sabios, como Copérnico, Kepler, Pascal, Newton, Bacon, Ampere, Faraday, Pasteur, etc., vivían en esta fe. Padre decía: «Yo no puedo decir que creo en Dios; es que le veo, y sin Él no entendería nada». Curiosamente, y a su modo, un árabe analfabeto podía significar lo mismo cuando afirmó: «Estoy seguro de que hay Dios, de la misma manera que puedo decir, según las huellas que veo en la arena, si es un hombre o es un animal el que ha pasado».

Para los pseudo-intelectuales vendrá como anillo al dedo hoy la afirmación de Goethe: «Cuanto

más suben los siglos en la escala de la cultura, más usarán la Biblia los hombres verdaderamente sabios; en parte como base, en parte como instrumento de educación... Cada nueva generación renovará su juventud en la Biblia, y la piedra de toque donde se revele la vida, y la fuerza de una nación será siempre su actitud hacia la Biblia».

Millares de revistas y periódicos de lengua española han venido citando el famoso discurso académico del gran tribuno español Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, del que citamos una parte:

«Hay un libro, tesoro de un pueblo que hoy es ludibrio de la tierra, y que fue en tiempos pasados estrella de Oriente, a donde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las religiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y arrebatarse a las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos; en él vio Dante sus terroríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza; al hombre, en su primera culpa; a Luzbel, en su primera conquista: a Dios, en su primer ceño: ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la malaventura y el triste hado del humano linaje. ¿Quién enseñó al maestro fray Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y de majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mutuos collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En qué escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías y aquella vigorosa elocuencia o aquellas tremendas impresiones, y

aquellas fatídicas amenazas y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de cristiano amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias...»

Como aquellos hombres, el español moderno, científico o no, necesita de la fe para arrancar los misterios y las enseñanzas de la Biblia; ese libro prodigioso en que el género humano comenzó a leer siglos antes de Cristo. Una fe similar a la de San Pedro en la ocasión famosa de su confesión. Cuando el Maestro les preguntó, cerca de Cesárea de Filipo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?». Simón le respondió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo». A lo que respondió Jesús: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos». Lo que quiere decir que el espíritu humano, el de la juventud moderna existencial del libertinaje y de drogas, y el del científico de la desintegración del átomo y del alunizaje y «vuelta a Venus», está ciego y no puede romper el velo. La razón ni encuentra a Jesús ni entiende la Biblia; pero la fe sí, la fe hace las dos cosas. Pensando, desde mi descanso en Mallorca, en la necesidad vital que tienen las almas humanas de un conocimiento íntimo de la Biblia y de un encuentro a solas con Jesús, Salvador del hombre antiguo y del moderno, escribo este libro deseando que Dios ponga su sello de aprobación sobre él para bendición de muchos.

El Autor

4

Capítulo I

LA BIBLIA³

Aceptando la frase de Voltaire: «Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros», surge la pregunta de «¿Cuál será el mejor?» Los bibliófilos, los eruditos, los investigadores, señalan cien, doscientos, digamos hasta mil libros que constituyen las obras maestras del ingenio y de la sapiencia; pero por encima de ese montón de luminosidad que alumbrá todos los caminos del saber, destaca erguido, como un picacho inaccesible que horada las nubes, para llegar al cielo, el libro por antonomasia: la Biblia. Ningún otro le iguala; ninguno, como dice un sabio, «arrojó más cantidad de semilla en el cauce abierto por el curso de los siglos; ninguno es, como él, faro y guía...».

³La Biblia es el capítulo I del libro «¿Qué es la Biblia?», de José Flórez. Ed. Alturas.

Esa es la razón por la que las Sociedades Bíblicas han traducido la Biblia a 1.280 lenguas en el momento en que escribo, y su trabajo continúa progresivamente. Esa es la razón por la que los cristianos se esfuerzan en difundir la Biblia en todos los países. La Sociedad Bíblica de Bélgica, por ejemplo, al ofrecer la Biblia, entrega un folleto que se inicia con estas palabras: «¿Sabe la importancia que esta Biblia, que ahora tiene en sus manos, ha tenido para millones y millones de seres como usted? A través de los siglos, millones de seres humanos han visto su existencia transformada por ella, y así, innumerables hombres, ricos o pobres, jóvenes o viejos, creyentes o ateos, sabios, obreros, comerciantes y otros muchos, han hallado un nuevo significado de su vida; por medio de ella, en los cuatro rincones de la tierra, chinos, japoneses, congoleños, franceses, bolivianos o indonesios siguen descubriendo la razón de su existencia en este mundo.

Nosotros deseamos que desde el momento en que usted abra este libro, único en el mundo, que ahora le pertenece, encuentre su magnífico secreto y pueda pasar a formar parte de la gran familia de aquellos que la Biblia ha conducido hasta Dios».

La Biblia se divide en dos grandes partes, llamadas Antiguo y Nuevo Testamento [la palabra «testamento» significa: «pacto» o «alianza»), que nos revelan a Dios escogiendo un pueblo, Israel, para preparar la venida de Cristo, que había de salvar a la Humanidad.

El Antiguo y el Nuevo Testamento subsisten o caen juntos. No se puede aceptar el Nuevo y rechazar el Antiguo. En sus innumerables tipos o figuras, en sus «sombras de cosas mejores», en sus promesas, el Antiguo Testamento nos hace --por así decirlo- presentir el Nuevo; sin él no habría conclusión ni cumplimiento. A su vez, el Nuevo separado del Antiguo no tendría base ni sostén. Tanto Jesucristo como los apóstoles y escritores del Nuevo Testamento citan constantemente al Antiguo como siendo la Palabra de Dios. En muchas de sus sentencias leemos: **Y estas cosas acontecieron para que se cumplan las Escrituras**; o bien, **como está escrito**, y aún, **como dice la Escritura**. Las dos partes de la revelación están tan íntimamente

ligadas como la mano derecha lo está con la izquierda. Ellas forman una unidad, un conjunto viviente, donde el mismo Jesucristo es el alma. Cristo es el tema de los escritores de la Antigua y de la Nueva Alianza. Un solo espíritu los anima; el Espíritu eterno, el Santo Espíritu es el que habla en sus páginas, aun cuando expone y hasta juzga abiertamente los pecados de los pueblos, de las familias o de los individuos.

Porque la Biblia nos habla del hombre, de todos los hombres, no debemos sorprendemos por las diferencias tan extremas de la misma, por las distintas épocas, situaciones, caracteres e incluso por sus distintos mensajes. Parece ser que Dios ha querido que las experiencias humanas más variadas y más características se vean reflejadas en la Biblia de forma que sean ejemplos vivos. La Biblia nos habla del hombre, nos dice cómo es, descubre nuestro corazón. Tanto el corazón de los mejores como el de los peores; de los que aman y de los que odian, de los que codician y de los que sufren.

Desde un principio nos habla de ese mal llamado pecado que nos corrompe como un cáncer. La Biblia no nos habla de un hombre imaginario, de un ser idealizado, como nos lo presentan los moralistas. Nos presenta al hombre de todos los días, aquel que queremos evitar y, sin embargo, se esconde dentro de nosotros. Poniendo el dedo en la llaga, proclama abiertamente aquello que nosotros tratamos de silenciar. El hombre descrito en la Biblia no es un hombre sin faltas, es un hombre real.

Lo primero que sorprende al lector de la Biblia es su diversidad. Este mismo volumen contiene a la vez himnos y oraciones [los Salmos), historias [las parábolas de Jesús), teología histórica [el reinado de David, el proceso de Jesús), un canto de amor [el Cantar de los Cantares), reflexiones morales [los Proverbios) o filosóficas [Eclesiastés), leyes jurídicas [en el Éxodo o en Deuteronomio) o religiosas (Levítico), profecías (Isaías, Jeremías), etc.

¡Qué diversidad de situaciones tienen lugar entre sus personajes! David destruyó a los filisteos,

Jeremías asistió a la agonía de Jerusalén, Pablo vivió en los tiempos del Imperio Romano. ¡Qué de viajes podemos realizar a través de toda la Biblia! Ezequiel nos lleva a Babilonia, donde se encuentran los israelitas desterrados. Job conocía perfectamente Egipto, Abraham venía del norte, de Mesopotamia. ¡Es sorprendente ver la cantidad de civilizaciones que desfilan ante nuestra vista! La lejana Persia; Roma, con sus leyes y legiones; las desventuras de José nos conducen hasta las mismísimas pirámides; Pablo habla ante la Acrópolis de Atenas.

Ahora bien; ¿qué es la Biblia? ¿Pueden las investigaciones recientes darnos una definición más perfecta de la Biblia? En las introducciones a la Filosofía, además de explicarla por sus causas, una a una, se plantea formalmente el problema de su definición; pero en los manuales de introducción a la Biblia, además de no tratar extensamente del objeto formal, no se da apenas importancia al problema de la definición de la Biblia, no se responde de una vez a la pregunta. ¿Qué es la Biblia? Ciertamente, en el capítulo de la inspiración u origen divino de la Escritura se dice lo más importante; pero alguien puede responder que bajo ese epígrafe no se trata formalmente más que de la causa agente. ¡Cuántos hay que no saben qué es la Biblia! Fijándose sólo en que es obra inspirada -que a veces se confunde con revelada- por Dios omnisciente, sacaban algunos la conclusión de que era el manual de «*omni re scibili*». Desde el primer capítulo del Génesis, Dios desafiaba a geólogos, botánicos y astrónomos. El libro de Dios era el libro de todas las ciencias. Mas ¿quién podrá dudar que, librada la Biblia de esos compromisos terrenales, resulta incomparablemente más noble y más verdadera?

El profesor B. Celada, de la Universidad de Madrid, señala que algunos exégetas «querían, con su espíritu exageradamente concordista, convertir los once primeros capítulos del Génesis en un manual de ciencias tan humanas, libres e indiferentes como la Historia de la Cultura, la paleoetnología, la paleogeografía. Era ignorar qué es la Biblia. Si de las ciencias físicas, paleoculturales, etc., pasamos a las históricas, salta a la vista que la Biblia enseña historia, está llena de historia; pero ¿cabe decir que el fin propio y específico de la Biblia es proveer a los

jóvenes de escuelas, institutos y universidades, de un manual de formación cultural, profana, clásica? Poca cosa es esto para la Biblia. Sería ignorar qué es la Biblia. En la historia bíblica, verídica como ninguna historia en aquello que se propone afirmar, hay un sello propio e inconfundible».

El eminente hombre de ciencia Huxley, no cristiano, dijo: «Considerad el hecho grandioso de que durante tres siglos este libro se ha entretajido con lo más noble y mejor de nuestra historia, y ha venido a ser la épica nacional de nuestra raza... Abunda en pasajes de exquisita hermosura, aun en su mera forma literaria, y, finalmente, impide con eficacia que el gañán indocto, que jamás ha salido del recinto de su aldea nativa, quede en la ignorancia de la existencia de otros países y otras civilizaciones y de un pasado grandioso que se extiende hasta los límites más lejanos de las naciones más antiguas del mundo... La Biblia ha sido la Carta Magna de las libertades de los pobres y de los oprimidos. Hasta los tiempos modernos ningún Estado ha tenido una constitución civil en que los intereses del pueblo ocupen un lugar tan preeminente... En ninguna parte se asienta con tanto énfasis el hecho de que el bienestar del Estado depende, al fin y al cabo, de la vida justa del ciudadano. La Biblia es el libro más democrático del mundo».

Saltó, pues, el Libro Sagrado del plano nacional del pueblo de Israel al plano mundial, y hoy podemos decir que es el libro del mundo, porque se convierte en derecho y propiedad de todos los pueblos y de cada uno en particular. La Biblia se dirige al individuo, habla a la familia, diciendo al padre, a la madre y a los hijos lo que debe ser el hogar, e igualmente a la sociedad, tratando de los deberes de las clases sociales, elevando las relaciones humanas, sembrando el amor y el respeto y excluyendo y condenando el odio y la injusticia.

No es la Biblia, por lo tanto, propiedad exclusiva de ningún pueblo ni de ninguna confesión, y nadie debe decir que la Biblia es de su sola pertenencia, ni debe prohibir su lectura, ni debilitar su autoridad; mas dejarla libre para que produzca sus frutos, porque Libro de Dios es. A donde

quiera que la Biblia ha ido, ha levantado la raza, intelectual, ética y espiritualmente, y ha venido a constituir la fuerza educativa más grande del mundo; millares de personas, niños y adultos, han aprendido a leer en sus páginas; hombres sin principio han desarrollado su mente con amplitud y han moldeado su carácter con mayor dignidad y solidez al estudiar las enseñanzas que encierra.

Las Sagradas Escrituras fueron anteriores a cualquier concepto protestante o católico, y, naturalmente, a cualquier línea de teología. Conviene, por tanto, recordar algo de lo mucho que es y significa este Libro de Dios, del que W. H. Griffith Thomas dice: «La Biblia no se menciona en el Catecismo como un medio de gracia porque todo el Catecismo se basa en la Palabra de Dios».

Se acostumbra a hablar de la Biblia como Palabra de Dios, frase que se aplica en el Antiguo Testamento tanto a las revelaciones individuales como a las palabras de los profetas, cada comunicación de los cuales era recibida como «la palabra de Dios» o «del Señor», y también a la totalidad de la revelación verbal de Dios a Israel. Así, en el Salmo 119 [«La ley de Jehová», «tu palabra», «tus mandamientos», «tus estatutos», «tus testimonios», etc.), la «palabra» de Dios (en singular, «*dabhar*» o «*imra*», cuarenta y dos veces) es sinónima de la «ley» («*torah*» o instrucción). En el Nuevo Testamento ya se emplea comprendiendo todo el cuerpo de la verdad revelada. Dios ha confiado a los apóstoles, y por medio de ellos a toda la Iglesia, un mensaje de Él mismo al que se llama «la palabra de Dios», «la palabra del Señor» o, a veces, «la palabra» simplemente. Cuando nosotros leemos la Sagrada Escritura, lo que penetra en nuestra mente, aunque no nos demos cuenta de ello, es el lenguaje de Dios mismo.

El famoso mártir de la traducción de la Biblia, Wycliffe, habla de la Escritura como «*infallibilis... regula veritatis*» [de «*veritate Sacrae Scripturae*», XXIV, 1377 al 1380), y así, los reformadores Cranmer, Jewel y otros la consideran como infalible, de modo que en la Confesión de Westminster se habla de la «verdad infalible» de la Sagrada Escritura. La cualidad de «infalible»

significa que nunca decepciona, ni equivoca ni engaña, por lo que la Biblia es «de total confianza y fidelidad». Con ello se expresa la convicción de que toda su enseñanza es la enseñanza de Dios, que no puede mentir, o, como se lee en la epístola de Tito: «*La esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos*» (Tit. 1:2). Lo que dice la Escritura hay que recibirlo como Palabra infalible de Dios, y cuando declaramos esto, confesamos nuestra fe en el origen divino del Libro que amamos, y en la veracidad y fidelidad de Dios mismo. No afirmamos, sin embargo, la infalibilidad o inerrancia de cualquier interpretación o intérprete de la Biblia.

En sus sermones sobre el Catecismo de Westminster, Thomas Watson hacía énfasis, entre otros puntos, en las predicciones de la Biblia y en sus milagros. Sobre las primeras decía que las profecías sobre las cosas venideras mostraban que era Dios quien hablaba, único que podía adelantarse a los sufrimientos y a la liberación de Israel, a que una virgen concebiría, a que el Mesías sería cortado, etc., y en cuanto a los segundos, presentaba los prodigios de Moisés, Elías, Cristo y los apóstoles, que tenían por objeto confirmar la veracidad de las Escrituras.

Cuando nuestro Señor dijo: «Escudriñad las Escrituras», todos los judíos entendieron lo que quería decir. Había otros escritos en griego, hebreo y latín; pero solamente las Escrituras, la Palabra de Dios, era la biblioteca de santidad y de autoridad, por ser la Palabra de Dios. La historia de ellos podía seguirse allí desde los tiempos de Moisés hasta el Cristo. Era en el Éxodo 17:14 donde los judíos podían leer: «*Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria de un libro...*» Más adelante, en el libro de Deuteronomio 31:9, podrían encontrar aquellas palabras: «*Y escribió Moisés esta Ley y la dio a los sacerdotes hijos de Leví, que llevaban el arca del pacto de Jehová, y a todos los ancianos de Israel*». Luego, cuando aquel libro fue colocado en el arca (v. 26), sirvió de guía al pueblo de Israel, y Dios mismo habló con Josué, encargándole que se esforzara y fuera valiente, y que se cuidara de hacer conforme a toda la ley que Moisés dejó, sin apartarse a derecha ni izquierda, añadiendo esto: «*Nunca se apartará de tu boca este libro de la*

ley, sino que de día y de noche meditarás en él para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito...» (Jos. 1:8)

Es probable que el libro que leyera Josué fuese el mismísimo que Moisés escribiera, pero quién sabe si también se hicieron copias de él. El mismo libro, o una copia del mismo, fue hallado unos mil años después, durante el reinado de Josías, y «... *dijo el sumo sacerdote Hilcías al escriba Safán: He hallado el libro de la ley en la casa de Jehová. E Hilcías dio el libro a Safán y lo leyó*» (2 Re. 22:8).

En Esdras lo encontramos de nuevo en manos del profeta en el púlpito de madera, al aire libre, leyéndolo y explicándolo al pueblo en el lenguaje de entonces. De Josué a Josías pasaron unos mil años; de Hilcías a Esdras unos ciento setenta y cinco años. Hoy en día nosotros tenemos en nuestras propias bibliotecas libros de varios siglos de existencia, de modo que, con mayor razón, en aquellos tiempos podrían conservarse manuscritos de padres a hijos con celo y devoción.

Podemos inferir de lo anteriormente expuesto que la Biblia es, primeramente, **Literatura escrita por mandato de Dios**. Moisés recibió la orden de escribir, de igual modo que la recibiera San Juan en la isla de Patmos, con aquellas palabras del ángel: «*Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia*» (Ap. 1:11). En segundo lugar, es literatura escrita por mandato de Dios **bajo la dirección de Dios**, pues el mismo San Pedro nos dice: «*Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*» (2 Pe. 1:21.). Por último, la Biblia es literatura escrita por mandato de Dios, bajo la dirección de Dios y **preservada por Dios mismo**. Él mandó que se conservara en el Arca, de donde pasó al Templo, y luego a las sinagogas, para difundirse, finalmente, por toda la Iglesia.

Toda esa literatura que encierra, como en el caso de la isla de Patmos, «*las cosas que has visto*

*y las que son, y las que han de ser después de éstas»*⁴ constituye el drama de la Biblia, puesto que la mente hebrea ve la historia del mundo y de la Humanidad como un drama en que el autor y principal actor es Dios, creando el Universo en una secuencia de seis escenas o días, al final de lo que lo máspreciado de la obra de Dios, el hombre, cae de su pedestal por su pecado.

El hombre ha transgredido la ley del bien y del mal que lleva escrita en su corazón, y se convierte en reo de muerte. Es así como discurre a lo largo de la historia, e incluso cuando llega a lograr éxitos y grandes realizaciones, el hombre deja traslucir su fatal elemento de pecado. Por eso, porque es hijo de pecado, el hombre no puede escapar al cielo desde este planeta, y tiene que morir. El hombre tiene que enterrar al hombre aquí en la tierra.

En los cuadros y pinturas del Viejo Testamento, Dios es Todopoderoso, es el actor principal, y tiene siempre la última palabra. El diluvio del mal arrasa la Humanidad entera, la torre de su civilización se desmorona en confusión; pero un pequeño residuo, una «simiente justa» permanece y se conserva en cada generación. Abraham, Isaac, Jacob, no siendo perfectos, ni siquiera entendiendo los propósitos de Dios, hacen una cosa primordial: ser fieles a la llamada que han recibido del Altísimo, y en ellos y en su simiente la tierra es bendecida.

Pero la idea de una nación bendecida, escogida, la idea de un Israel de la Biblia, de Dios, no excluye la idea de otras naciones, de Egipto, de Asiria, de Babilonia, Persia, Grecia, Roma, etc., jugando también un papel en la historia que desempeñaron en su tiempo por ser escogidas, sin duda, para un propósito. A lo largo de la Sagrada Escritura se ve que Dios tiene un propósito para cada nación, un destino para cada nación y para cada hombre.

Esas naciones del mundo reciben, a través de la nación escogida, del pueblo de Israel, los Diez Mandamientos, que son leyes de vida para todos los seres humanos, y en la persona de David, el hombre «según el corazón de Dios», las doce tribus se dan cuenta, por un tiempo, de su

⁴Cfr. Apocalipsis 1:19

unidad y de que Dios continúa operando por medio de la personalidad consagrada.

Como mayor centro de unidad, David propone la construcción del Templo en la ciudad de Jerusalén, para sustituir al viejo «tabernáculo» de Moisés, y cuando su hijo Salomón lo termina, allí se instala «el arca del pacto» y la gloria del Señor hinche el Templo. Allí fue donde Isaías tuvo la visión del Señor sentado en un trono alto y oyó el coro angélico: «*Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria*» (Is. 6:3).

Además de Isaías, otros profetas, como Jeremías, dejaron escritos sus libros proclamando la justicia y la misericordia del Dios de Israel, y llamando a toda la nación a arrepentirse y a confiar en Él, pues preveían que aquella infidelidad sólo podía acabar en juicio y catástrofe. La culminación de esta fase de testimonio profético fue el trágico periodo cuando Dios entregó a su pueblo en manos de sus enemigos, los asirios y babilonios. El templo fue incendiado, la ciudad arrasada y gran número de los ciudadanos principales, juntamente con su rey, fueron llevados cautivos a Babilonia.

En el pensar humano, aquello habría significado el fin de la pequeña y atrasada nación que se atrevía a creer todavía que era el pueblo de Dios, del Dios todopoderoso; pero lo imposible sucedió, y emergió de la catástrofe y del juicio con una fe más pura y una devoción más sentida. El profeta Ezequiel se levantó entre los exilados de Babilonia, y mientras Isaías y Jeremías habían dicho que Dios restauraría a su pueblo con un monarca descendiente de David, también Jeremías con Ezequiel hablaron de un «nuevo pacto» según el espíritu, que sería escrito en los corazones.

Pero todo aquello habría de ser laborioso, doloroso, de infinita paciencia. Hageo y Zacarías emiten sus profecías por el tiempo del retorno de Israel; Nehemías y Esdras nos relatan algunas de esas fases, y los libros de la ley y de los profetas y de los salmos se conservan, se estudian, se editan, entretanto que se acerca el que, según Isaías, sería «*despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto*» (Is. 53:3). Él llevaría sobre sí

mismo los pecados de su pueblo.

A lo largo de aquel período, algo oscuro en la historia de Jerusalén, tras la restauración, la opresión y persecución en el tiempo griego, la sujeción al poder romano, hubo siempre pueblo que mantuvo la fe, y héroes y mártires, junto a escritores apocalípticos que mantenían vivos los sueños de un glorioso futuro. Y pronto aparece el más grande de todos los profetas, Juan el Bautista, heraldo glorioso del Hijo de Dios, del que venía tras él, de Jesucristo.

A pesar de todas las críticas y escepticismos, en pie queda la verdad histórica, el más importante hecho de los siglos, de la resurrección de Jesucristo. Muerto y sepultado, sí, pero también resucitado; la formidable noticia que habría de dar la vuelta al mundo sin cesar: Cristo ha muerto para salvar a los hombres, reincidentes pecadores, y llevarlos al cielo, en donde está Él, sentado a la diestra del Padre. Y dos cosas suceden.

Primeramente, la vieja Jerusalén, con su templo y su sacerdocio y sus constantes sacrificios, es destruida y raída de la historia. Acabó de cumplir su propósito. En segundo lugar, se crea un pueblo nuevo, un nuevo Israel continuación del viejo; pero reunido al Cristo ascendido y victorioso; una Iglesia para todas las naciones, llena del poder del Espíritu Santo, y en esa Iglesia la literatura del Nuevo Testamento, o sea, el Nuevo Pacto anunciado, surge con potencia arrolladora. La Biblia con todos sus libros ha sido acabada. La voz de Dios ha emitido su último pensamiento y marcado el derrotero seguro, invariable y eterno para el hombre que quiera obedecer.

Lo peculiar de la Sagrada Escritura reside principalmente en el hecho de que es el único libro del mundo que nos dice y nos asegura dos grandes realidades de la mayor importancia para nuestras vidas:

- a) Dios se revela con amor.
- b) Dios revela nuestra completa liberación del pecado.

No; no hay más que una sola Biblia, un solo libro de Dios, que el profeta llamaba en su tiempo «libro de Jehová», el cual quedó completo con los libros del Nuevo Testamento una vez realizada su obra el Cristo, Hijo de Dios y Salvador del hombre. ¿Es que acaso puede Dios confundir al hombre cuando quiere que su mensaje sea diáfano y único? ¿Podría Dios haber entregado a la Humanidad dos libros para que no sepamos a qué carta quedarnos? Sin embargo, todos nosotros hemos oído y leído lo de «biblias falsas», «biblias protestantes», y es necesario que sepamos lo que de verdad haya en ello.

En principio debemos decir que si afirmamos que la Biblia es católica, con ello damos razón a los católicos, y si afirmamos que es protestante, con ello damos razón a los protestantes; pero, afortunadamente, para impedir el orgullo o rivalidad humana, la Biblia se presenta como divina, con todas sus pruebas, y cualquier persona que se ponga del lado de la Biblia, tiene siempre la Verdad, que es inmóvil. Bien decía Cristo: «Tu Palabra, oh, Padre, es Verdad».

Como dijera fray Luis de León: «Notoria cosa es que las Escrituras que llamamos Sagradas las inspiró Dios a los profetas que las escribieron para que nos fuesen, en los trabajos de esta vida, consuelo, y en las tinieblas y errores de ella, clara y fiel luz; y para que en las llagas que hacen en nuestra alma la pasión y el pecado, allí, como en oficina general, tuviese para cada una propio y saludable remedio».

5

18

INSPIRACIÓN Y REVELACIÓN⁵

¿Es la Biblia realmente la palabra de Dios? ¿O es meramente una invención de santos escribas de años pasados? Si es la palabra inspirada de Dios, ¿cómo entonces obró Dios por inspiración? ¿Cuál es la diferencia entre inspiración y revelación? Estas son sólo algunas de las preguntas que nos introducen a este campo de batalla frecuentemente caliente entre los teólogos modernistas y aquellos que no concuerdan con su charlatanería teológica.

Parece ser norma entre algunos teólogos modernos poner en tela de juicio cualquier cosa que haya sido tenida por sagrada durante tantos años.⁶ Los ataques son etiquetados como «erudición» para justificar su existencia, pero en realidad el término «erudición» se utiliza en muchas ocasiones para disfrazar las retorcidas actuaciones de teólogos que desean una religión existencialista sin autoridad divina. Por ejemplo, Alley argumentaba: «Históricamente, así, toda autoridad es instituida por el hombre».⁷ Y continuaba este pensamiento existencial

⁵«Inspiración y Revelación» es el capítulo 18 del libro *«El Ocaso de los Incredulos»*, de Roger E. Dickson. Ed. CLIE.

⁶Robert S. Alley, por ejemplo, pretende que Jesús no afirmó la inspiración del Antiguo Testamento y que Pablo no pretendió inspiración. *Revolt Against the Beautiful* (New York J.B. Lippincot, 1970), págs. 27, 28, 30, 46, 78.

⁷*Ibid*, pág. 50

diciendo: «Podemos llegar a la conclusión de que todos los intentos de descubrir una autoridad religiosa objetiva están condenados (al fracaso)».⁸

⁸ *Ibid*, pág. 52

Con frecuencia se hace burla de la inspiración de la Biblia en nuestros tiempos modernos. Se escarnece el concepto de una revelación dada a los profetas y apóstoles por un Ser divino. Se afirma la paternidad humana de la Biblia, y el hombre se queda a oscuras, poseyendo sólo su falible racionalismo como guía. Las filosofías existencialistas humanas han hecho su juego y han atrapado las mentes incautas de los no instruidos. Incrédulos bajo el nombre de «teología» han lisiado y estancado las mentes de sus aturdidas ovejas. De las oficinas de muchos intelectuales han salido afirmaciones como: «No hay ninguna norma establecida», «no podemos conocer la verdad», y «no hay ninguna autoridad final». Afirmaciones como la que se cita ilustran este pensamiento acerca de la Biblia como siendo un documento falible salido de manos humanas:

Sí Dios no se ha avergonzado de hablar a través de las Escrituras *con sus falibles palabras humanas, con sus errores históricos y científicos, sus contradicciones teológicas*, con su incertidumbre en el asunto de su transmisión y encima de todo su carácter judaico, sino que lo aceptó con toda su falibilidad para hacer que ello le sirviera a Él, nosotros no deberíamos avergonzarnos de ella cuando con toda su falibilidad quiere ser una vez más un testigo ante nosotros; *sería voluntariosidad y desobediencia querer hallar en la Biblia elementos infalibles* [énfasis mío, R. E. D].⁹

Pero Pinnock respondió acertadamente: «La teología que se deleita en la ausencia de una verdad final es estrictamente algo carente de sentido».¹⁰ Y cualquier intento de erigir una religión sin una autoridad final es una farsa.

El hombre necesita de una autoridad final. El hombre necesita de una norma para regir su vida. Y esta norma no puede ser de origen humano. Evidentemente, esta necesidad demanda una norma de origen divino. David Otis Fuller afirmó:

⁹Karl Bart, *Kirchliche Dogmatik*, 1, 2, pág. 590, citado por Edward J. Young. *Thy Word is Truth* (Grand Rapids, Mich., Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1974), pág. 232.

¹⁰Clak H. Pinnock. *A defense of Biblical Infallibility* (Grand Rapids, Mich., Baker Book House, 1972), pág.5.

La Biblia hace elevadas afirmaciones de inspiración, inerrancia y autoridad divinas; y si es cierto que el Supremo Dios del universo ha condescendido a revelarse a Sí mismo sobrenaturalmente en Su Libro, de la misma manera en que se ha revelado a Sí mismo en la naturaleza del universo material, entonces el hombre -incluso en un mundo arruinado por el pecado- tiene un firme fundamento sobre el que erigir para el tiempo y para la eternidad.¹¹

Fuller está en lo cierto. Este autor afirma que tenemos una revelación completa e inerrante de nuestro Creador mediante la cual podemos conocer la verdad y mediante la cual podemos conducir nuestra vida diaria a fin de complacer a este Creador.

¹¹ *¿Which Bible?*, David Otis Fuller, ed. (Grand Rapids, Mich.; Grand Rapids International Publications, 1973), pág. 1.

Para entender mejor la Biblia como Palabra de Dios, se tiene que comprender el acto de la revelación y de la inspiración. Se tiene que entender que la revelación y la inspiración no se refieren a la misma manera en que Dios nos dio Su Palabra. Nuestro entendimiento de ello sustanciará también el hecho de que Dios ha actuado en el pasado en Su manifestación de Sí mismo al hombre. Así, consideremos ahora en primer lugar el aspecto de la revelación, y luego veremos su relación con la inspiración.

MANIFESTACIÓN POR REVELACIÓN

La palabra revelación significa «un desvelamiento».¹² Dios se ha revelado, o «desvelado» Su ser y Su verdad, de dos maneras: (A) mediante la revelación natural (general), y (B) por la revelación especial. Edward J. Young escribió que «el propósito del Señor al otorgar la revelación es el de impartir conocimiento».¹³ Y esto es lo que ha hecho Dios, tanto en la naturaleza como en la revelación especial de la verdad mediante palabras. Examinemos primero la revelación natural.

A. *La revelación natural*

La revelación natural es Dios revelándose a sí mismo al hombre por medio del *mundo natural*. La Biblia afirma la revelación natural afirmando que la existencia y la presencia de Dios pueden ser deducidas del orden y de la belleza de la naturaleza. «*Los cielos cuentan la gloria de Dios*» (Salmo 19:1,2). «*Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, **siendo entendidas por medio de las cosas hechas...***» (Ro. 1:20). A los paganos de Listra, Pablo les dijo que Dios no se ha dejado a Si

¹²W. F. Vine. *An Expository Dictionary of New Testament Words*. (Westwood, New Jersey Fleming H. Revell Co., 1966). Pág. 292.

¹³Young. *The Word is Truth*, op. cit., pág. 41.

mismo «sin testimonio, haciendo bien, dando lluvias del cielo y tiempos fructíferos» (Hch. 14:17). Pero la revelación natural necesita la revelación especial.

B. *La revelación especial*

La revelación especial es Dios revelándose a Sí mismo mediante la *palabra*. La naturaleza declara la necesidad de un Ser creador, pero no puede explicar los atributos de aquel Ser. Hay, entonces, la necesidad de que aquel Ser se revele a Sí mismo a aquellos creados y sustentados por Su poder. Gerstner pregunta con razón:

¿Nos permitirá Él (Dios) saber que existe sólo para ocultar de nosotros todo conocimiento de cómo existe y de cuáles son Sus propósitos eternos? ¿Nos abriría el apetito sólo para matarnos de hambre? No es así como hemos aprendido de Dios. «Buscad y hallaréis», parece estar escrito en grandes palabras sobre el universo. ¿Nos pondrá Dios a la búsqueda para que al final no encontremos? ¿Jugaría él a un juego tan cruel?¹⁴

¹⁴John H. Gerstner. *Reasons for Faith*. (Grand Rapid, Mich- Baker Book House, 1967), pág. 62.

Dios ha dado satisfacción a la sed humana. Esta fuente de satisfacción es una revelación especial -la Biblia.

Dios revelándose a Sí mismo al hombre en palabras es el más pleno sentido de la revelación. «Una revelación divina es el desvelamiento por parte de Dios de la verdad acerca de Sí mismo en cierta manera y grado a la inteligencia y al corazón del hombre. El hombre puede conocer a Dios sólo en tanto que Él así se revele o desvele a Sí mismo al hombre».¹⁵ La revelación especial es Dios revelando verdad que el hombre no hubiera podido llegar a conocer por sí mismo.

AFIRMACIÓN DE REVELACIÓN

La Biblia afirma dar revelación. Pablo afirma que él no recibió el evangelio de parte de hombres sino que le vino «*por revelación de Jesucristo*» (Gálatas 1:11,12; cp. Apocalipsis 1:1). Pablo mantiene que el misterio del Evangelio «*ahora es revelado*» a los apóstoles y profetas (Efesios 3:5, cp. 3:3). «*Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora...*» (Romanos 16:25,26). «*Pero Dios nos la reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*» [1 Co. 2:10).

Así, la Biblia afirma claramente contener una revelación de Dios. Estos hechos y verdades que no habrían sido nunca conocidos aparte de la revelación especial de Dios, están en la Biblia. Y además fueron inspiradas para ser allí registradas con exactitud.

REVELACIÓN ¿CÓMO?

¹⁵H. Leo Boles. *The Holy Spirit, His Personality, Nature, Works* (Nashville, Tenn; Gospel Advocate Co., 1967), pág. 70.

La Biblia presenta a Dios como revelándose a Sí mismo de varias maneras. «*Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo*» (He. 1:1,2). La revelación vino en una diversidad de maneras y medios. Estos medios de revelación incluían lo que sigue:

1. Dios se reveló por medio de sueños y visiones (Daniel 2:19; Números 12:6; Jeremías 38:21; Lamentaciones 2:14; Isaías 29:10,11; Génesis 20:3; Ezequiel 1:3,4; 11:24; 13:3; Amós 1:1).
2. Dios dio revelación a Moisés cara a cara (Números 12:8).
3. En ocasiones Dios puso las mismas palabras que Él quería que fueran pronunciadas en la boca de los profetas (Deuteronomio 18:18; Jeremías 1:9; Ezequiel 3:4).
4. La más grande revelación de Dios fue en la persona de Su Hijo (Juan 14:9; Colosenses 2:9).
5. En numerosas ocasiones Dios ha revelado Su voluntad por medio de ángeles (Génesis 16:10-12; 18:13,14; 22:11ss; 32:1,2; Hechos 7:38).
6. En ocasiones singulares, Dios también se reveló a Sí mismo por varios medios como: «*un silbido apacible y delicado*» (1 Reyes 19:12), la boca de una asna (Números 22:28), y una nube resplandeciente (Mateo 17:5).

INSPIRACIÓN Y REVELACIÓN: RELACIÓN ENTRE ELLAS

Algunos están confundidos al pensar que inspiración y revelación son el mismo proceso mediante el que Dios dio Su voluntad al hombre. Pero hay una diferencia entre ambas cosas. Esta diferencia tiene que ser comprendida antes de que uno pueda comprender plenamente la operación de Dios al dar al hombre Su Palabra.

La revelación es la revelación de verdad por parte de Dios a una persona específica. La inspiración es la *conducción* de Dios de aquel escritor u orador de tal manera que la verdad dada a conocer al escritor u orador pueda ser escrita o pronunciada de manera infalible. «La

revelación es el cuerpo de verdad que Dios deseó que los hombres poseyeran; la inspiración es la manera en que dio este cuerpo de verdad entre los hombres». ¹⁶ La inspiración garantizaba el correcto manejo de las verdades reveladas.

Todo en la Biblia es resultado de la inspiración. Pero no toda la Biblia es revelación. Lucas evidentemente conocía la carta de Claudio Lisias en Hechos 23:26-30. Dios no le reveló esta carta, pero sí le inspiró para registrarla sin error. Pablo citó a poetas paganos en Hechos 17:28 y Tito 1:12. Pablo ya sabía lo que estos poetas habían dicho. Dios le inspiró por el Espíritu Santo, primero para recordar estos dichos, y segundo para registrarlos con precisión.

Por otra parte, muchos de los profetas recibieron la revelación de hechos o de profecías que ellos mismos no comprendían (1 Pedro 1:10,11). Daniel vio visiones de cosas futuras. Pero no comprendió aquellas visiones reveladas hasta que también le fue dada la interpretación de las mismas (Daniel 2:19; 7:13; 8-15ss). Las visiones e interpretaciones fueron dadas por revelación; el registro inerrante de estas visiones e interpretaciones fue por inspiración.

Toda la profecía es revelación. Los hombres no pueden conocer el futuro a no ser que Dios se lo revele. La proclamación y registro escrito de la profecía revelada de una manera inerrante fueron llevados a cabo por la guía inspirada del Espíritu Santo.

¹⁶Guy S. Wood. *The Case for Verbal Inspiration* (Shreveport. La Lambert Book House), pág. 8

Por ello, hay diferencia entre inspiración y revelación. No debemos confundir entre ambas cosas. Así, «es bueno mantener en mente la distinción fundamental de que, en tanto que la revelación es esencialmente la comunicación del conocimiento o información, la inspiración tiene como designio asegurar la infalibilidad en la enseñanza».¹⁷

INSPIRACIÓN

Al llegar a este punto clarifiquemos más el significado de inspiración. Cuando se utiliza el término inspiración con referencia a la Biblia, muchos en muchas ocasiones han malentendido su pleno significado. Y también los modernistas han debilitado la enseñanza bíblica de la inspiración en un esfuerzo por humanizar su carácter divino. Varias son las posturas que se han defendido con respecto a la obra de Dios en la inspiración. Aquí presentamos algunas de ellas:

A. *Inspiración parcial*

La inspiración parcial es afirmación de que solamente secciones de la Biblia han sido inspiradas. Una postura acerca de la inspiración parcial mantiene que las enseñanzas morales y doctrinales de la Biblia son inspiradas por Dios, pero que las secciones científicas e históricas son solamente el resultado de la mente humana; por ello, estas secciones no son fiables.

El problema con este tipo de inspiración es que precisaríamos de un intérprete inspirado para determinar qué es lo que es inspirado y qué es lo que no es inspirado. Y tenemos también que preguntar: ¿Escondería Dios Su verdad en un laberinto de pensamientos humanos, dejando la determinación de esta verdad al razonamiento y juicio falible del hombre? Si tan sólo una parte de la Biblia es inspirada, entonces, en buena lógica, no es de utilidad para el hombre por cuanto el hombre no puede determinar lo que está inspirado y lo que no está inspirado (cp. Jeremías

¹⁷Young. *Thy Word is Truth*, op. cit., pág. 42

10:23). Sobre esta base se tiene que descartar este concepto de inspiración.

B. *Inspiración natural (universal)*

La enseñanza de la inspiración natural es un esfuerzo para humanizar totalmente la Biblia. Esta «teoría se reduce a la simple postura de que los escritores de la Biblia fueron inspirados sólo en el sentido en que los escritores de la actualidad son inspirados».¹⁸ Se afirma que los escritores de la Biblia simplemente concibieron una buena idea y un buen sentimiento, y luego escribieron buena literatura. Los escritores de la Biblia no tenían ningunas mayores aspiraciones al escribir la Palabra de Dios que hombres como Shakespeare, Dante o Cervantes. Se afirma que en un momento de éxtasis sólo ascendieron por encima de la normalidad del pensamiento para redactar las Escrituras.

¹⁸Boles. *Holy Spirit His Personality, Nature, Works, op, cit.*, pág. 77

Pero esta enseñanza pone a los escritos de la Biblia dentro del alcance y del poder del hombre. Hace bajar la Biblia a la paternidad humana. El problema con esta teoría es que no puede explicar la naturaleza divina de la Biblia. No puede explicar la unidad que une Génesis y Apocalipsis con un tema central: la salvación del hombre. Y en realidad, ¿cómo habrían podido unos simples seres humanos conseguir una obra como la Biblia a lo largo de un período de 1.500 años? Es evidente que tenemos que descartar esta enseñanza.

C. Inspiración mecánica (dictado)

Los que mantienen la postura de la inspiración mecánica -en ocasiones denominada inspiración al dictado- oscilan a la posición diametralmente opuesta a la de los que mantienen la inspiración natural. Creen que cada palabra de la Biblia fue dictada por Dios al autor humano. Los escritores de la Biblia actuaban como escribas transcribiendo sólo las palabras específicas dictadas por Dios.

Pero esta teoría es sólo parcialmente correcta. Dios, en algunos casos, dio en verdad las palabras mismas al escritor de la Biblia, las que tenían que ser redactadas exactamente como se daban (Jeremías 1:9; 5:14; 36.1-3; Ezequiel 3:4; Isaías 51:16; 59:21). Pero esa teoría no explica la manifestación de las personalidades humanas que aparece en varios libros de la Biblia. Es evidente, para el estudio cuidadoso, que los escritos de Pablo -en el lenguaje original- son distintos de los escritos de Lucas. Lucas escribió de una manera diferente a la de Juan. Cada uno de ellos tenía sus características individuales que aparecen en sus escritos. Tenemos que reconocer esto en el estudio de cualquier teoría de inspiración.

D. Inspiración de pensamientos

La postura de esta teoría es que el Espíritu Santo simplemente dio a los escritores de la Biblia el

pensamiento, o la idea, y les dejó expresar aquel pensamiento a su propia manera sin ninguna conducción bíblica. Los escritores de la Biblia pudieron elegir de su propio vocabulario. Se les permitió expresar el pensamiento divino en sus propias palabras, libres de toda interferencia divina.

Esta teoría suena bien vista superficialmente, debido a que las características personales se evidencian en los libros escritos por los autores especificados. Pero esto es sólo verdad a medias. Cae muy lejos de lo que se precisaría para una Biblia verdaderamente dada por Dios.

En primer lugar, es imposible pensar sin utilizar palabras. El pensamiento y las palabras no pueden ser separados. Que Dios inspirara un pensamiento y dejara que el pensamiento fuera transcrito liberalmente con palabras elegidas por un escriba carente de conducción, haría que el proceso de inspiración quedara diluido. «Aceptar la inspiración de los pensamientos y no de las palabras de los escritores bíblicos, no solamente va en contra de las afirmaciones bíblicas sino que intrínsecamente es algo carente de significado (¿qué es un pensamiento inspirado expresado en un lenguaje no inspirado?)».¹⁹

En segundo lugar, el significado de una gran cantidad de pasajes depende del tiempo o significado de una sola palabra. En Juan 8:58 Jesús dijo: «*Antes que Abraham fuese, yo soy*» (cp. Lucas 20:37). Jesús estaba intentando mostrar a los judíos que Él existía antes que Abraham. Uno puede ver que el tiempo verbal correcto del término traducido «Yo soy» era vital para el concepto que Jesús estaba enseñando. El sentido de Génesis 22:18 y Gálatas 3:16 depende asimismo del hecho de que la palabra «simiente» es singular, y no plural. La palabra «todas» en Hebreos 2:8 y las palabras «Aún una vez más» en Hebreos 12:26,27 son críticamente importantes para el sentido de lo que se está comunicando. ¿Cómo podrán los intrincados conceptos de la Deidad haber sido transmitidos si el Espíritu Santo no hubiera tenido

¹⁹Pinnock. *A Defense of Biblical Infallibility*, op. cit., pág. 8.

un cierto control sobre las palabras utilizadas por el escritor? (cp. Juan 10:30). Es difícil imaginar cómo Juan hubiera podido escribir el primer capítulo de su Evangelio sin una cuidadosa conducción del Espíritu.

Y luego hay aquellas situaciones en que el escritor no comprendía la verdad revelada (1 Pedro 1:10,11). Esto es especialmente cierto con respecto a los detalles de las profecías (cp. Daniel 12:8,9; Salmo 22:16-18; Isaías 53). ¿Cómo hubiera podido ser dada ninguna profecía sin la cuidadosa guía del Espíritu Santo?

Así, es evidente que el Espíritu Santo ejercía un cierto control sobre la selección de las palabras. Pero al mismo tiempo le daba al autor la libertad de estilo.

Si las mismas palabras de las Escrituras no fueron elegidas por Dios, entonces toda el área del estudio crítico de las palabras viene a ser inútil. ¿Para qué estudiar la forma exacta de una palabra en el lenguaje original de las Escrituras si aquella palabra es el resultado de una mera elección humana? Como más, todo lo que el lector podría esperar conseguir de un pasaje determinado sería el pensamiento general que Dios quería comunicar».²⁰

Se tiene que llegar a la conclusión de que la inspiración sólo del pensamiento, es totalmente inadecuada. «Sigue de ello que cualquier teoría que no garantice la total exactitud de la *sustancia* (los pensamientos) y la *forma* (las palabras) no puede ser aceptada como correcta».²¹ Cualquier teoría que no garantice la inerrancia total de los autógrafos originales y que no dé al mismo tiempo lugar a las características y cualidades personales de los escritores bíblicos, tiene que ser necesariamente rechazada, Por esta causa el autor mantiene la inspiración verbal plenaria de la Biblia.

²⁰S. Maxwell Coder y George F. Howe. *The Bible, Science and Creation* (Chicago, Ill.; Moody Press, 1966), pág.22.

²¹Woods. *The Case for Verbal Inspiration*, op. cit., pág. 14.

INSPIRACIÓN VERBAL PLENARIA

¿Qué es la inspiración verbal plenaria? Por *verbal* se significa que cada palabra en la Biblia se encuentra allí debido a que Dios así lo quiso. Dios no dejó al hombre sin conducción para expresar las verdades divinas. Como tampoco dictó palabra a palabra cada pasaje. El Espíritu Santo condujo a cada escritor de una manera que aseguraba la inerrancia, pero que permitía la individualidad.

La palabra *plenaria* proviene del término latino *plenus*, que significa «lleno». «La inspiración plenaria significa que todas las partes de la Biblia están igual y plenamente inspiradas y se opone a otros puntos como la inspiración “parcial” y la “inspiración por grados”». ²² De manera que la Biblia es verbalmente (todas las palabras) y plenariamente (todas las partes) inspirada por Dios.

Antes de definir la palabra inspiración tenemos que comprender que la inspiración verbal plenaria se refiere sólo a los autógrafos originales de los escritos sagrados. Los profetas y apóstoles escribieron y registraron sin intromisión de error alguno. Sin embargo, debemos reconocer que pequeñas variaciones se han introducido en el texto como resultado del proceso de copia de los autógrafos originales. Los escritores de la Biblia fueron inspirados, pero no los escribas que copiaron su trabajo.

Ello no significa, como pretenden algunos, que no tenemos en la actualidad la Palabra de Dios de una forma precisa. La evidencia de los manuscritos, como estudiaremos en un capítulo posterior, lleva ciertamente a la convicción del hecho de que tenemos en la actualidad la Palabra de Dios de una manera exacta. Nuestro texto de la Biblia actual es fiable y digno de confianza. En realidad, el ataque .modernista, que dice que la Biblia ha sido mal copiada, es tan sólo un espantapájaros para atemorizar a aquellos que no conocen el arte de la transmisión del texto de

²²Coder y Howe. *The Bible, Science and Creation*, op. cit., pág. 22

la Biblia. Pero este espantapájaros no es nada a temer, y cualquier estudio serio del linaje del texto de la Biblia lo demuestra.

INSPIRACIÓN: UNA DEFINICIÓN

Así, ¿cómo inspiró el Espíritu Santo la redacción de la Biblia? ¿Podemos estar seguros de que cada palabra de los autógrafos originales era correcta y precisa para comunicar verdades divinas? ¿Y por qué los escritos individuales de varios escritores bíblicos difieren en redacción y personalidad? Estas cuestiones que se refieren a la inspiración tienen que recibir su plena respuesta a la luz de la enseñanza de la Biblia. La única manera para definir cómo Dios inspiró la redacción de la Biblia es consultar la Biblia misma. Se presentan a continuación algunos pasajes que tenemos que considerar para definir el acto de la inspiración.

A. 2 Timoteo 3:16

En 2 Timoteo 3:16, Pablo escribe: «*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia*». En la versión inglesa «King James» de la Biblia la palabra inspiración se utiliza sólo dos veces (Job 32:8; 2 Timoteo 3:16). Las cuatro palabras castellanas, «*es inspirada por Dios*», en 2 Timoteo 3:16, son en realidad traducción de una única palabra griega, *theopneustos*. Esta palabra es utilizada sólo en este pasaje en todo el Nuevo Testamento. La forma nominal no aparece en el Nuevo Testamento. En este pasaje está en la forma objetiva.

La traducción de *theopneustos* por la frase «es inspirada por Dios» no hace justicia, en realidad, al verdadero significado de la palabra. *Theopneustos* significa literalmente «exhalado por Dios», o «respirado fuera por Dios».²³ Pablo está afirmando que cada escritura es respirada por Dios.

²³Benjamín B. Warfield. *The Inspiration and Authority of the Bible* (Philadelphia, Pa., Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1970). Pág. 133.

La versión Estándar Americana (American Standard Version) traduce desdichadamente el pasaje de 2 Timoteo 3:16 de la siguiente manera: «Cada escritura inspirada por Dios es también provechosa...» (Aunque esta traducción parece apoyar la hipótesis de la inspiración parcial, el autor no cree que éste sea el significado que querían comunicar los traductores de la ASV). Conjuntamente con el significado literal de *theopneustos* y la fraseología de la oración griega, Benjamín Warfield a una adecuada traducción y explicación en la siguiente afirmación:

Globalmente, parece que la construcción a preferir es, «Cada escritura, viendo que es exhalada por Dios, es también provechosa». En este caso, lo que el apóstol declara es que las Sagradas Escrituras en cada uno de sus pasajes -porque es precisamente «pasaje de las Escrituras» lo que significa «Escritura» en esta utilización distributiva- es el producto del aliento creador de Dios, y, debido a este origen divino que tiene, es de valor supremo para todos los propósitos de santidad.²⁴

La Nueva Versión Internacional presenta también una traducción muy favorable y literal, al dar este pasaje así: «*Toda Escritura es exhalada por Dios...*» (en inglés: «All Scripture is God-breathed...»). Esta es una buena traducción del pasaje, comunicando con mayor precisión la obra de Dios al dar Su Palabra al hombre.

La palabra «escrituras» en 2 Timoteo 3:16 se refiere primariamente a las escrituras del Antiguo Testamento. Pero al irse escribiendo las epístolas del Nuevo Testamento, fueron también clasificadas como escritura. Pedro se refiere a las epístolas de Pablo como autorizadas y siendo escritura (2 Pedro 3:15,16). Pablo y Pedro enseñaron que «toda la escritura» era exhalada por Dios. Estos son escritores inspirados que afirman la inspiración plenaria de las Escrituras y, por ello, afirman la autoridad de las Escrituras.

²⁴ *Ibid.*, pág. 134.

B. 2 Pedro 1:20,21

Pedro escribió: «Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo». Pedro afirma que hemos recibido la «palabra profética» no como resultado de una invención humana, sino como resultado de hombres «inspirados (lit.: llevados) por el Espíritu Santo». Young explica: «No se trata, dice él, de una interpretación privada, y por esta frase significa que la Escritura no vino a ser el resultado de la investigación de unos individuos que luego escribieron sus hallazgos. Las Escrituras no son el resultado de la investigación y razón humana».²⁵

La palabra griega *pherontenoi*, que se traduce aquí como «inspirados», significa literalmente «llevados a lo largo». Por ello, los escritores inspirados fueron «llevados a lo largo», o «conducidos», por el Espíritu Santo. La Biblia afirma claramente esta operación del Espíritu Santo en pasajes como el siguiente: «El Espíritu Santo habló antes por boca de David» (Hechos 1:16); «El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua» (2 Samuel 23:2); «¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor...?» (Mt. 22:43); «El mismo David dijo por el Espíritu Santo» (Mr. 12:36). Muchas veces se atribuye directamente lo dicho al Espíritu Santo, dejando de lado al autor humano, como en Hebreos 3:7: «Por lo cual, como dice el Espíritu Santo...» (cp. 9:8; 10:15). Pasajes de este tipo indican claramente que se trataba del Espíritu Santo obrando en y con los escritores humanos en el proceso de la inspiración. Los escritores no actuaron por su propia cuenta. Fueron «conducidos» por el Espíritu.

C. I Corintios 2:4,7,10,13

Probablemente el pasaje más explicativo acerca de la obra del Espíritu Santo en la inspiración

²⁵Young. *Thy Word is Truth*, op. cit., pág.24.

esté en el siguiente pasaje de Pablo: *«Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder... Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria... Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios... lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual».*

Si cualquier pasaje de las Escrituras en la Biblia enseña inspiración verbal, es ciertamente esta escritura. Pablo dice que el misterio del evangelio fue revelado. Fue hablado no por la sabiduría del hombre, sino por la sabiduría de Dios. Fue expresado no en una elección humana de palabras sino mediante palabras conducidas por el Espíritu Santo. La traducción de Weymouth del versículo 13 refleja un buen significado: «Esto también pronunciamos, no en lenguaje que enseñe la sabiduría del hombre, sino en aquel que enseña el Espíritu, adaptando palabras espirituales a verdades espirituales».

La inspiración de pensamientos y 1 Corintios 2:13 se contradicen entre sí. «Si la inspiración que los escritores bíblicos ejercitaron estuvo limitada a los *pensamientos* que comunicaban, pero sin incluir las palabras, la selección de las palabras para expresar los pensamientos hubiera precisado de la "sabiduría humana"». ²⁶ Y en 1 Corintios 2 el Espíritu Santo argumenta en contra de la utilización de la sabiduría humana en revelación e inspiración.

INSPIRACIÓN, ¿CÓMO?

¿Cómo inspiró Dios a los hombres? ¿Cómo inspiró Dios a los hombres de manera que no deformara sus características humanas y personalidades en sus escritos? Hay muchos factores

²⁶Woods. *The Case for Verbal Inspiratios*, op. cit., pág. 21.

que uno tiene que comprender para poder entender la esencia de la inspiración. Ya hemos discutido el hecho de que los autores humanos fueron «conducidos» por el Espíritu. Fueron guardados de error. Pero aquí el autor desearía sugerir algunos otros importantes factores involucrados en el proceso de la inspiración bíblica.

A. *Preparación espiritual*

Dios preparó espiritualmente a los escritores bíblicos antes de permitirles que escribieran verdades espirituales. Esta es una manera en que Dios preservó los escritos inspirados. Refiriéndose a Jesús, el escritor de Hebreos dijo: «*Me preparaste cuerpo*» (Hebreos 10:5). Así como Dios preparó un cuerpo humano para la revelación de Jesús, de la misma manera, en un sentido similar, Él preparó los corazones y las mentes de aquellos que irían a transcribir Su Palabra. No se aceptaban individuos viles. Dios utilizó caracteres y corazones buenos. Y cuando los hubo preparado del todo, entonces el Espíritu Santo los utilizó para escribir los escritos sagrados.

Una vez que los escritores hubieran sido preparados espiritualmente, entonces eran vasos dispuestos para ser utilizados por el Señor. Su preparación espiritual aseguraba el carácter espiritual del autor, que indudablemente se manifestaría en cada libro o letra que escribiera. El Espíritu Santo iba a poder influenciar a los escritores estando al mismo tiempo cierto de la naturaleza espiritual de los escritos.

B. *Un esfuerzo conjunto*

La inspiración fue un esfuerzo conjunto entre el Espíritu Santo y los escritores humanos. Warfield define esto afirmando que

...la Biblia es la Palabra de Dios en un sentido tal que sus palabras, aunque escritas por

hombres y llevando indeleblemente impresas sobre ellas las marcas de su origen humano, fueron sin embargo escritas bajo la influencia del Espíritu Santo como para ser también las palabras de Dios, la adecuada expresión de Su mente y voluntad. (La Iglesia) ha reconocido siempre que esta concepción de co-paternidad implica que la supervisión del Espíritu se extiende hasta la elección de las palabras por los autores humanos (inspiración verbal) y que preserva su resultado de todo lo que sea inconsecuente con una paternidad divina -asegurando de esta manera, entre otras cosas, aquella veracidad total que se presupone en todos lugares de las Escrituras y afirmada para la Escritura por parte de los escritores bíblicos (inerrancia).²⁷

Warfield sigue explicando que el Espíritu Santo trabajó con los autores humanos de una manera que garantizaría la total inerrancia. Al mismo tiempo, sin embargo, los autores fueron dejados a sus propios estilos de escritura. Escribe él:

No se puede concebir del Espíritu como permaneciendo afuera de las capacidades humanas empleadas para el objetivo propuesto, dispuesto a suplementar toda incapacidad que puedan mostrar y a suplir deficiencias que puedan manifestar, sino como obrando confluentemente en, con y mediante ellos, controlándolos, energizándolos, de manera que, como Sus instrumentos, ellos se levantan a sí mismos y bajo Su inspiración hacen Su obra y alcanzan Su objetivo.²⁸

El Espíritu Santo obró con los autores humanos en la elección de qué materiales tenían que ser utilizados. Por ejemplo, se hubieran podido registrar muchos acontecimientos de la vida de Jesús. Pero el Espíritu Santo seleccionó sólo aquellos que pudieran dar satisfacción a aquellos que estuvieran hambrientos y sedientos de verdad. En la conclusión de su evangelio, Juan

²⁷Warfield. *The Inspiration and Authority of the Bible*, op. cit., pág. 173.

²⁸*Ibid.*, pág. 95.

escribió: «*Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir*» (Juan 21:25). Juan había dicho con anterioridad: «Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20:30,31). También por inspiración, Lucas seleccionó sólo aquellos materiales que cumplieran el propósito de dar un relato preciso de la vida de Jesús (Lucas 1:1-4). Pero el Espíritu Santo efectuó la elección real de los acontecimientos. Y Él obró con y en los escritores para asegurar que estos acontecimientos fueran registrados con exactitud, hasta la última palabra. Hamilton añade:

El Espíritu Santo supervisó a los hombres que estaban escribiendo, mientras lo hacían, de tal manera que, en tanto que fueron dejados en plena posesión de su propio estilo y vocabulario, quedaron sin embargo impedidos de escribir lo que no fuera *cierto*, y conducidos a seleccionar precisamente los hechos que Dios quería que Su pueblo conociera.²⁹

C. Dictado

En ocasiones Dios dictaba las mismas palabras que debían ser pronunciadas o escritas. Lo que sigue es sólo una pequeña cantidad de ejemplos de la Biblia que ilustran esto: «*...pondré mis palabras en su boca*» (Deut. 18:18). «*He puesto mis palabras en tu boca*» (Jer. 1:9; cp. 5:14). «*Toma un rollo de libro, y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel y contra Judá...*» (Jer. 36:2). «*Y en tu boca he puesto mis palabras*» (Is. 51:16; cp. 59:21). «*Pero la palabra que yo te diga, esa hablarás*» (Nm. 22:35; cp. 23:5,12,16). «*Hijo de hombre, vé y entra a*

²⁹Floyd E. Hamilton. *The Basis of Christian Faith* (New York; Harper & Row Publishing Co., 1964), pág. 291.

la casa de Israel, y habla a ellos con mis palabras» (Ez. 3:4). «Les hablarás, pues, mis palabras...» (Ez. 2:7). «Hijo de hombre, toma en tu corazón todas mis palabras que yo te hablaré, y oye con tus oídos» (Ez. 3:10). «El Espíritu de Jehová ha hablado por mi, y su palabra ha estado en mi lengua» (2 Sam. 23:2). «Estas son las cosas que Jehová ha mandado» (Éx. 35:1). «Y habló Dios todas estas palabras» (Éx. 20:1). «Y Moisés escribió todas estas palabras de Jehová» (Éx. 24:4; cp. 17:14; 34:27).

De las anteriores afirmaciones llegamos a la definida impresión de que en ocasiones la inspiración era un verdadero proceso de dictado. Los profetas hablaron las mismas palabras de Dios; escribieron las mismas palabras de Dios. Por ello, tenemos que aceptar que lo que escribieron es la mismísima Palabra de Dios.

D. *Inerrante, y sin embargo humana*

El mero hecho de que el Espíritu Santo utilizara vasos humanos para comunicar las verdades de Dios no significa que automáticamente ello dé falibilidad. Ciertamente, los varios libros de la Biblia tienen el elemento humano del estilo de escritura. Pero el Espíritu Santo lo permitió. No entraba en los planes de Dios crear de la nada una Biblia para conducir la vida del hombre. No, sino que Su plan era conducir (inspirar) al hombre para producir la Biblia. Esto es evidente tanto en lo que Dios hizo realmente como en el producto de Su inspiración, la Biblia.

Aquí tenemos que señalar el proceso. Jesús prometió a los apóstoles que el Espíritu Santo vendría a ellos con poder para conducirlos a toda verdad [Juan 14:26; 16:12,13]. Y Él les dijo que no temieran cuando estuvieran ante gobernantes y jueces, porque, dijo Él: *«en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar»* (Mt. 10:19). Esto es inspiración. Pablo escribió: *«Y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios»* (1 Co. 7:40). Estaban hablando acerca de la inspiración. Y todos los apóstoles y profetas tuvieron el mismo Espíritu. Por la influencia del

Espíritu Santo, la Palabra de Dios fue hablada y escrita inerrantemente por los apóstoles y profetas.

Pablo escribió también: *«Leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu»* (Efesios 3:4,5). Esto es revelación registrada por inspiración. Pablo afirma también en 1 Tesalonicenses 2:13: *«Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la Palabra de Dios, que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes»*. También: *«Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor»* (1 Co. 14:33).

Es revelación escrita no por la sabiduría del hombre sino por inspiración de Dios (1 Corintios 2:13). El Espíritu Santo conectó verdades divinas con palabras humanas, y al hacerlo así reveló la mente de Dios al hombre. Esto es inspiración verbal. Pero Él no destruyó el elemento humano en el proceso. Permitió que quedaran patentes los estilos y caracteres espirituales de los escritores.

RECAPITULACIÓN

Las Escrituras afirman ser la palabra inspirada de Dios. La Biblia es la palabra exhalada de Dios a autores humanos a los que se les permitió retener sus propias personalidades y rasgos de redacción al escribir. Cada pensamiento y palabra de la Biblia, sin embargo, es de Dios como resultado de la inspiración de Su Espíritu. Así, los autógrafos originales fueron inerrantes, infalibles e inspirados. Pinnock escribe:

La Biblia en su integridad es la Palabra escrita de Dios para el hombre, libre de error en sus

autógrafos originales, totalmente fiable en historia y doctrina. Su inspiración divina ha dado como resultado que el Libro sea «infalible» (incapaz de enseñar nada engañoso) e «inerrante» (no susceptible de ser probado falso ni equivocado). Su inspiración es «plenaria» (extendiéndose por igual a todas partes), «verbal» (incluyendo la misma forma del lenguaje), y «confluyente» (producto de dos agentes, humano y divino). La inspiración involucra la *infallibilidad* como una propiedad esencial, y a su vez la infalibilidad implica *inerrancia*. Esta triple designación de la Escritura se halla implícita en la tesis básica de la autoridad bíblica,³⁰

Tenemos que mantener, entonces, que la Biblia es la palabra de Dios. Si no lo es, entonces Dios nos ha engañado a pensar que lo es. Pero ello es totalmente contrario al carácter de Dios. Young llega acertadamente a esta conclusión:

³⁰Pinnock. *A Defense of Biblical Infallibility*, op. cit., pág. 1.

Si los autógrafos de las Escrituras estuvieran mutilados por manchas de error, entonces, simplemente, Dios no nos ha contado la verdad acerca de Su Palabra. Aceptar que Él pudiera exhalar una Palabra que contuviera errores, es decir, en realidad, que el mismo Dios puede cometer errores. Tenemos que mantener que la Escritura original es infalible por la simple razón de que nos vino directamente del mismo Dios.³¹

6
19

LA BIBLIA ES LA PALABRA DE DIOS³²

Hay dos áreas de las que conseguimos información para demostrar el origen divino de la Biblia: las evidencias internas y las evidencias externas. Las evidencias internas se derivan del texto de

³¹Young. *Thy Word is Truth*, op. cit., pág. 87.

³²“*La Biblia es la Palabra de Dios*” es el capítulo 19 del libro “*El Ocaso de los Incredulos*”, de Roger E. Dickson. Ed. CLIE.

la Biblia. ¿Cómo manifiesta la inspiración el texto por sí mismo? Esta es nuestra principal cuestión en el área de las evidencias internas.

Muchos, sin embargo, mantienen que la Biblia no puede ser utilizada como testigo para confirmar su propia inspiración, pero esta pretensión no es realmente ni justa ni válida. ¿Tiene alguien derecho a negar la autenticidad de un documento sin consultar el documento mismo? Negaría alguien las obras de Shakespeare sin primero considerar su texto? La Biblia debería ser tratada al menos como cualquier otro libro. Pero incluso esta demanda es rechazada por las mentes llenas de prejuicios de algunos, Pinnock escribió: «En tanto que insisten en su derecho de tratar la Biblia "como cualquier otro libro" (esto es, un libro producido sólo por el hombre), algunos críticos pasan entonces a tratarla como a ningún otro libro, sumergiéndola en la solución ácida del escepticismo y pesimismo histórico con el que se enfrentan a ella».³³ Con frecuencia, cuando la Biblia contradice a Josefo, Herodoto, Orígenes o a cualquier otro de los historiadores antiguos, se le achacan a ella los errores, y Josefo y los otros quedan exentos de toda duda. Estas injustas críticas no son objetividad erudita, sino una irracional incredulidad. Y no se podría atrapar a ningún estudioso serio dando abrigo a tal tipo de raciocinio.

La segunda área de evidencias de la inspiración de la Biblia es clasificada como evidencias externas. Ya hemos examinado la arqueología. Ésta era una evidencia externa. Pero el cumplimiento de las profecías, la exactitud histórica de la Biblia e incluso la indestructibilidad de la Biblia tiene que ser, todo ello, considerado como evidencias externas. Estas evidencias serán consideradas al final de este capítulo.

³³Charles H. Pinnock. *A Defense of Biblical Infallibility* (Grand Rapids, Mich., Baker Book House, 1972), págs. 22,23.

Un breve examen de las evidencias internas y externas de la Biblia muestran que la Biblia no hubiera podido tener un origen humano. Los pensadores humanos, sencillamente, no hubieran podido llegar a redactarla. Y, en realidad, si se rechaza la inspiración de la Biblia, uno se ve obligado a decir que la razón humana lo hizo todo. Naturalmente, la conclusión lógica de tal manera de pensar es la negación del cumplimiento de toda profecía y la negación de que Jesús sea verdaderamente el Hijo de Dios. De hecho, la negación de la inspiración de cualquier sección de la Biblia llevará lógicamente a una negación de que Jesús sea el Cristo, el Hijo de Dios. ¡Y ésta es una negación ciertamente capital! Así que aquí nos es preciso comenzar un estudio del mismo texto de la Biblia. ¿Cómo concuerda con la inspiración?

AFIRMACIONES DE LA BIBLIA PASADAS POR ALTO

No se puede pasar por alto el hecho de que la Biblia hace claras afirmaciones de inspiración. Homero, Orígenes y Platón no hicieron tales afirmaciones de inspiración. Si la Biblia fuera meramente otro libro, sus abrumadoras demandas de inspiración serían ciertamente consideradas insensatas por parte de cualquier lector. Pero cuando leemos la Biblia, sus afirmaciones de inspiración suenan a todo menos insensatas.

Esteban, por ejemplo, afirmó que los judíos habían recibido las verdaderas «palabras de vida» de Dios (Hechos 7:38). Pablo dice que «*les ha sido confiada la palabra De Dios*» (Ro. 3:2). El Nuevo Testamento afirma ser la palabra de Dios (He. 5:12; 1 Pe. 4:11). Los profetas tuvieron la palabra de Dios puesta en sus bocas (Éxodo 4:12; Jeremías 1:7-9; Números 12:8). Isaías habló «la palabra de Jehová» a Israel (Isaías 1:10,20). «Moisés escribió todas las palabras de Jehová» (Éxodo 24:4). Moisés afirmó que «éstas son las cosas que Jehová ha mandado que sean hechas» (Éxodo 35:1). Y estas palabras son la Biblia.

Muchas veces, cuando los escritores del Nuevo Testamento citan a los escritores del Antiguo Testamento, el escritor del Antiguo Testamento es dejado a un lado y se da todo el crédito a Dios

obrando por Su Espíritu (Gálatas 3:8; Hechos 4:24,25; Hebreos 3:7). Con frecuencia, se afirma que son las mismas palabras de Dios las que están registradas en la Biblia (Éxodo 20:1; Daniel 10:9ss). Con frecuencia, un libro comienza afirmando que es «Palabra de Jehová» (Isaías 1:1,2; Jeremías 1:1; Oseas 1:1; Jonás 1:1; Miqueas 1:1; Sofonías 1:1; Malaquías 1:1). De hecho, frases como «la Palabra de Dios», «dijo Dios», «vino palabra de Jehová», «Habló Jehová», «Jehová mandó», etc., aparecen más de 3.000 veces en la Biblia.

La Biblia afirma ser «escritura» (Timoteo 3:16; Romanos 9:17; Gálatas 3:8). Los escritores de la Biblia escribieron «en el Espíritu» (Mateo 22:43; Hch. 1:16; cp. Hebreos 3:7). La advertencia de Juan en Apocalipsis 22:18,19, de no añadir a este «libro» sería verdaderamente una demanda extraña si la Biblia no fuera la Palabra de Dios. Josué registró por inspiración las palabras del pacto (Josué 24:26). Y Moisés registró «*los mandamientos y los estatutos que mandó Jehová por medio de Moisés a los hijos de Israel...*» (Núm. 36:13). La Biblia afirma claramente ser el libro verdaderamente dado por Dios. No podemos negar este hecho.

Las promesas de Jesús manifiestan la inspiración del Nuevo Testamento. Él les dijo a Sus discípulos que no temieran cuando estuvieran ante reyes y gobernadores, porque les sería dado qué decir (Mateo 10:17; Marcos 13:11; Lucas 21:12-15). Él prometió a los apóstoles que les sería dado qué decir (Mateo 10:17-20), y esto era una promesa directa de inspiración. Prometió que serían conducidos a toda verdad (Juan 14:16; 16:12,13). Los apóstoles y profetas recibieron y predicaron el misterio, el evangelio (Efesios 3:3-5; 1 Corintios 2:9-13). Los escritores del Nuevo Testamento hablaron y escribieron por inspiración «los mandamientos del Señor» (1 Corintios 14:37; cp. 1 Tesalonicenses 2:13; 2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 3:2,16). Jesús prometió todo esto. Y estas cosas fueron cumplidas en las vidas de los primeros discípulos. Ellos así lo afirmaron.

Así, la Biblia afirma abiertamente la inspiración. No puede haber dudas acerca de ello. Gerstner concluye acertadamente al decir: «La Biblia podría, concebiblemente, afirmar ser una revelación sin serlo, pero no podría serlo sin afirmarlo. En tanto que la afirmación puede no ser un

argumento a su favor, la ausencia de esta afirmación sería ciertamente un argumento en contra de ello». ³⁴

CONFIRMACIÓN NEOTESTAMENTARIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Es en raras ocasiones que hoy en día se oye a alguien negar la inspiración del Nuevo Testamento sin negar simultáneamente la inspiración del Antiguo Testamento, y viceversa. Los dos Testamentos, Antiguo y Nuevo, no pueden ser separados. La mayor parte de la gente se da cuenta de esto. La negación de la inspiración del uno demanda la negación del otro. Ambos están tan estrechamente relacionados con confirmaciones entrelazadas, que no hay manera de separar entre ambos.

Los cuatro registros evangélicos (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) tienen aproximadamente 400 citas del Antiguo Testamento. Hay 278 diferentes versículos del Antiguo Testamento citados en el Nuevo. La epístola a los Hebreos cita 88 veces de 16 libros diferentes del Antiguo Testamento. «Los escritores del Nuevo Testamento eran inspirados, y cuando citaban del Antiguo Testamento evidenciaban la inspiración de los libros de los que citaban o, al menos, de las citas que hacían». ³⁵ Esta yuxtaposición de inspiración entre los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, es ligada por la confirmación por parte de los escritores del Nuevo Testamento de los escritores del Antiguo Testamento. Siguen a continuación unos ejemplos de esta confirmación unificadora:

A. *El testimonio de Jesús*

Jesús reconoció el Antiguo Testamento como palabra de Dios. Su afirmación de la inspiración y autoridad del Antiguo Testamento se puede ver en afirmaciones como: «Escrito está» (Mateo 4:4,6,7; Lucas 20:17), y «¿Nunca leisteis en las Escrituras?» (Mateo 21:42; cp. Marcos

³⁴John H. Gerstner. *Reason for Faith* (Grands Rapids, Mich., Baker Book House, 1967), págs. 69-70.

³⁵H. Leo Boles. *The Holy Spirit, His Personality, Nature, Works* (Nashville, Tenn. Gospel Advocate Co., 1967), pág. 95.

12:10,11). En Juan 10:34 Jesús dijo: «¿No está escrito en vuestra ley...?» (cp. Salmo 82:6). Y luego en el versículo 35 se refiere a aquella ley diciendo: «La *Escritura* no puede ser quebrantada» (cp. 5:39). En Lucas 20:42 Jesús dijo: «Pues el mismo David dice en el libro de los Salmos», citando a continuación el Salmo 110:1. Pero en Marcos 12:36 Jesús citó el mismo Salmo y dijo: «El mismo David dijo por el Espíritu Santo». Así, Él afirma la inspiración de David y de los Salmos.

Jesús afirmó también la inspiración y autoridad de Moisés (Mateo 8:4; Marcos 7:8-11; Juan 5:45-47), los milagros de Elías al proveer para la mujer de Sarepta (Lucas 4:25,26), la curación de Naamán (Lucas 4:27), el episodio de Jonás tragado por un gran pez (Mateo 12:39-41), las enseñanzas proféticas de Daniel (Mateo 24:15), la destrucción de Sodoma y Gomorra (Lucas 17:28-32), el diluvio del Génesis (Lucas 17:26,27), la muerte de Abel (Mateo 23:36) y muchos otros episodios del Antiguo Testamento.

Algunos enredan su teología alrededor de falsas teorías científicas. Al hacerlo así, o bien han distorsionado Génesis 1 hasta hacerlo irreconocible, o han tratado de resolver sus problemas -o al menos creen que lo han conseguido- llamando Génesis 1 un mito. Pero Jesús afirma la genuinidad de Génesis (Mateo 19:4-6). Y Pablo utiliza los hechos de Génesis en sus escritos (Romanos 5:14; 1 Corintios 11:8,12; 2 Corintios 11:3; 1 Timoteo 2:13). Así que o bien Jesús y Pablo estaban errados en su postura acerca de los orígenes, o bien el primer registro de los orígenes (Génesis 1) es cierto y verdadero. Y por cuanto no había ningún ser humano allí cuando todo ello tuvo lugar, Génesis 1 tiene que ser considerado como un registro inspirado de los acontecimientos. Después de todo, esto es lo que Jesús y Pablo pensaban acerca de este asunto. Y Jesús tiene que saberlo. ¡*Él estaba allí!* (Juan 1:1ss).

Así que la negación de cualquier sección del Antiguo Testamento pondría en tela de juicio, desde luego, la afirmación de que Jesús es el Hijo de Dios. ¿Acaso Jesús malentendió, citó mal o mal aplicó el Antiguo Testamento? ¿Fue engañado por los líderes judíos a pensar que el

Antiguo Testamento era verdaderamente la Palabra de Dios? Si es así, entonces Él no era el perfecto Hijo de Dios.

B. *El testimonio de Pablo*

Pablo cita de veinticinco de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento en sus epístolas.³⁶ En 2 Timoteo 3:16, con referencia primaria al Antiguo Testamento, Pablo escribió: «*Toda la Escritura es inspirada por Dios...*» Pablo afirma que el Espíritu Santo habló por medio de Isaías (Hechos 28:25). Reconoce asimismo la inspiración y autoridad de Moisés y de los profetas al citar de ellos y referirse a sus leyes inspiradas (Hechos 26:22,23; 1 Timoteo 5:18; Deuteronomio 25:4). Si Pablo se equivocó en su entendimiento de que «toda la Escritura es inspirada por Dios», entonces tenemos que llegar a la conclusión de que tampoco él era un escritor inspirado por Dios. Y si esto es así, ¿cómo podemos fiarnos de él con respecto a las otras enseñanzas en el Nuevo Testamento? Esto resulta crítico cuando se considera que Pablo escribió las dos terceras partes del Nuevo Testamento.

C. *El testimonio de Pedro*

Pedro escribió: «*Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*» (2 Pe. 1:21). Pedro también clasificó los escritos de Pablo como «escritura» (2 Pedro 3:15,16). Recordemos, Pablo dijo que «*toda la Escritura es inspirada por Dios*» (2 Timoteo 3:16). ¿También se equivocó Pedro en su entendimiento de que todas las Escrituras fueron traídas por el Espíritu de Dios?

³⁶W. Graham Scroggie. *Is the Bible the Word of God* (Chicago, Ill.; Moody Press, 1922), pág. 52.

Dios habló durante la dispensación del Antiguo Testamento en diversas maneras a los padres y a los profetas (Hebreos 1:1), pero Él nos ha dado Su revelación hoy por medio de Jesús, los apóstoles y profetas (Hebreos 1:2; Efesios 3:3-5). Negar la inspiración de los registros escritos de los profetas y apóstoles, es negar a Jesús como Hijo de Dios, porque Jesús prometió que el Espíritu Santo guiaría a los apóstoles a toda verdad (Juan 14:26; 16:13). Sería también una negación de la inspiración del Antiguo Testamento. Y los que mantienen que la Biblia se contradice a sí misma están en realidad diciendo que no está inspirada.³⁷

UNIDAD INSEPARABLE

La unidad de la Biblia es uno de los más poderosos argumentos que dan evidencia de su inspiración. Los siguientes puntos ilustran lo que significa por unidad, y cómo esta unidad sustenta la inspiración:

A. *Unidad de escritores*

La Biblia es una recopilación de sesenta y seis libros y epístolas, todo ello escrito a lo largo de un período de alrededor de 1.500 años, por aproximadamente cuarenta autores. Estos hombres escribieron en diferentes períodos históricos y en diferentes localidades. Y, sin embargo, sus obras presentan una armonía total, con ausencia de contradicciones. Muchos escritores confirman la inspiración de otros. Pedro reconoce a Pablo como un escritor inspirado (2 Pedro 3:15,16). Los libros Primero y Segundo de Crónicas y Primero y Segundo de Reyes se confirman mutuamente en cuanto a episodios históricos. Josué 1 verifica Deuteronomio 34. Jueces 1:1 verifica Josué 24:27-33. Jeremías 52:31-34 verifica 2 Reyes 25:25, 27-30. Esdras 1 verifica 2 Crónicas 36:22,23. Daniel se refiere a Jeremías (Daniel 9:2) y Ezequiel se refiere a Daniel (Ezequiel 28:3). ¿No testifica esta unidad que la Biblia tuvo que tener una divina mano conductora durante los muchos años en los que fue escrita? ¿Cómo hubieran podido tantos

³⁷Harry Emerson Fosdick, así como muchos otros, pretendió y pretende, que la Biblia se contradice. *Dear Mr. Brown* (New York Harper & Row, Publishers, 1961), pág. 59.

escritores haber tenido una tal armonía en su redacción?

B. *Unidad orgánica*

Homer Hailey escribió: «La unidad orgánica implica tres cosas: En primer lugar, que todas las partes son necesarias para un todo completo; en segundo lugar, que todas son necesarias para complementarse entre sí; y en tercer lugar, que todas estén impregnadas de un mismo principio vital». ³⁸ Examinemos de cerca estos conceptos.

³⁸Homer Hailey. *Internal Evidences of Christianity* (Bowling Green, Ky; Evidence Quarterly, 1964), pág. 17.

1. *Todas las partes completan el todo.* Todas las partes y libros de la Biblia son esenciales. Todos agregan a la plenitud de la revelación de Dios al hombre. Libros como Rut, Ester, Cantar de los Cantares, Filemón y Apocalipsis tratan de áreas singulares de la revelación total de Dios. Ester nos relata la condición de Israel durante el cautiverio. Rut presenta la práctica del levirato hebreo y rellena un enlace vital en la genealogía de Jesús (Mateo 1:5; Lucas 3:32). Así que cada sección de la Biblia nos presenta con verdades necesarias y esenciales para la comprensión del todo.

2. *Todas las partes se complementan.* Todos los libros y epístolas son necesarios para completarse o complementarse entre sí. Mateo, Marcos, Lucas y Juan destacan distintos aspectos de la vida de Cristo a fin de relacionar el evangelio bien con el judío o con el gentil. También cada uno de ellos destaca un aspecto específico de la misión y ministerio de Jesús. Marcos destaca las obras de Jesús. Juan escribió para generar fe (Juan 20:30,31). Mateo dirigió su registro del evangelio primariamente al pueblo judío. Juntos, los registros evangélicos nos dan una visión completa de la genealogía, humanidad, divinidad, vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús.

3. *Todas las partes completan un único principio vital.* Todos los libros se centran en un solo principio vital -la existencia de Dios y el deber del hombre de servirle-. Salomón llegó a esta correcta conclusión: «*El fin de todo el discurso oído es éste: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre*» (Eclesiastés 12:13). Y cada libro de la Biblia es una llamada de Dios al hombre para que reconozca este principio.

C. Unidad de enseñanza

El tema evidente de la Biblia es: «El plan de Dios para redimir al hombre». Desde Génesis a Apocalipsis este tema es puesto en primer plano por los escritores bíblicos. Toda la revelación y actividad de Dios se centran alrededor de este tema. Lo asombroso acerca de este aspecto de unidad es que no hay contradicciones entre los escritores bíblicos acerca de este tema ni en

ninguna otra enseñanza, aun a pesar de que escribieron a cientos de años y a cientos de kilómetros de distancia entre sí. Hamilton escribió: «Si se pudiera probar claramente la existencia de contradicciones, el asunto se habría resuelto ya hace siglos, y no habría ya lugar para discusiones».³⁹

Si existieran contradicciones, los críticos las hubieran mantenido delante de la vista del pueblo de Dios a lo largo de cada siglo desde el registro de una contradicción específica. Pero no lo han hecho. Y ello demuestra que las pretendidas contradicciones proclamadas por parte de algunos, simplemente no existen en la Biblia. ¿No es esto prueba de una paternidad divina? ¿Cómo hubieran podido los escritores armonizar sus enseñanzas a lo largo de los 1.500 años en que la Biblia estuvo siendo redactada, sin ayuda divina? James Orr escribió:

 Pero la mente imparcial no puede ignorar el hecho de que en los escritos que constituyen nuestra Biblia hay una unidad y progresión, un propósito conductor, culminando en Jesucristo y Su redención, una plenitud y poder de verdad religiosa, que los sitúa en una categoría, y que llevan al reconocimiento de un origen singular correspondiente con su singular carácter.⁴⁰

³⁹Floyd I. Hamilton. *The Basis of Christian Faith* (New York: Harper & Row Publishers, 1964), pág. 160.

⁴⁰James Orr. *Revelation and Inspiration* (Grand Rapid, Mich., Baaker Book House, 1967), págs. 12,13.

Una vez más, ¿cómo podríamos explicar tal carácter si la Biblia sólo hubiera tenido una paternidad humana?

Si cuarenta hombres comenzaran a tocar instrumentos musicales, y como resultado surgiera un hermoso son de una música melódica en una maravillosa armonía, nos daríamos cuenta de que alguien había organizado y estaba dirigiendo su actividad. Si cuarenta hombres, a lo largo de un periodo de 1.500 años, escribieron literatura y sus escritos se presentan con un tema armonioso y sin ninguna contradicción, en absoluto, y con nadie fuera de sintonía con el tema general, también nos daríamos cuenta de que alguien había organizado y conducido su actividad de redacción. Esto es simplemente lo razonable.

Así que aquí tenemos que dirigir nuestra reflexión a las evidencias externas de la inspiración. En otras palabras, ¿qué hechos hay que rodeen el texto de la Biblia y que den apoyo a su inspiración?

PERMANENCIA INDUDABLE

En Mateo 24:33 Jesús dijo: «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*». Pedro escribió: «*La palabra del Señor permanece para siempre*» (1 Pe. 1:25). Hay un principio de durabilidad aquí que rodea la palabra de Dios que tenemos que reconocer.

El canon completo de la Biblia ha estado en manos de los hombres durante casi 2.000 años. El Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) ha estado disponible para el hombre casi por 3.600 años. ¿Cómo, o por qué, han estado estos libros tanto tiempo en circulación?

Siguiendo esta misma línea de raciocinio, es interesante señalar que hubo otros libros escritos por los judíos que eran contemporáneos con los libros de Josué, Números y Crónicas [Números 21:14; Josué 10:13; 1 Crónicas 22:29). Pero estos libros no han sobrevivido hasta el día de hoy. Es evidente que los judíos no los consideraban sobre la misma base que a la Biblia. Los libros de

la Biblia fueron confirmados como inspirados por las poderosas obras de Dios y eran por ello cuidadosamente guardados por los judíos. Ello constituye evidencia de que fueron verdaderamente confirmados y considerados inspirados hace miles de años. Y esta consideración los ha seguido desde el día en que fueron escritos hasta el presente.

El intento de Joacim de destruir la palabra de Dios cortándola con un puñal y arrojándola a las llamas, constituye una ilustración de cómo los malvados han intentado destruir la Biblia a través de los siglos (Jeremías 36:22,23). Durante las Edades Tenebrosas se hicieron muchos intentos de mantener la Biblia fuera del alcance del hombre de la calle. Las «quemadas de Biblias» vinieron a ser una práctica común de la iglesia de Roma. Los que eran atrapados en posesión de una copia de las Escrituras eran sometidos a tortura y muerte. Sí, la Biblia ha sobrevivido sin daños e invicta.

Voltaire dijo en una ocasión: «Dentro de cincuenta años la Biblia ya no será considerada entre las personas instruidas». Voltaire hizo esta afirmación hace 200 años. Parece que se equivocó. Cuando Robert Ingersoll corría por las carreteras de América a principios de este siglo, dando conferencias en contra del cristianismo y de la Biblia, hizo esta afirmación en uno de sus discursos refiriéndose a la Biblia: «En quince años tendré este libro en el depósito de cadáveres». Pero en quince años él estaba en el depósito de cadáveres y la Biblia sigue en pie. Un escritor desconocido escribió en cierta ocasión el siguiente poema ilustrativo que hace referencia a la maravillosa durabilidad de la Biblia a través de los siglos:

Frente a un herrero pasando anoche,
El batir sobre un yunque oí resonar,
Viejos martillos sobre el suelo yacían.
Gastados, usados, cansados de golpear.

«¿Cuántos yunques rotos van» -inquirí-
«para así dejar tantos martillos?»
«Uno solo», el artesano dijo;
«El yunque al martillo puede, ¿no sabías?»

Pensé, pues: Sobre las Palabras de Dios
De la incredulidad fuertes golpes han caído;
Pero en medio del fragor de tal batir
Indemne el yunque queda... rotos los martillos.

E. S. Bates dijo, y dijo bien: «Ningún individuo, ningún Cesar ni Napoleón ha tenido una parte tan grande en la historia humana como este libro... Si sólo quedaran fragmentos y trozos de nuestra civilización, entre ellos todavía encontraríamos la Biblia, entera y sin daños. El libro que sobrevivió al Imperio Romano sobrevivirá a cualquier destrucción que pueda sobrevenir».⁴¹

ARMONIZA CON LA HISTORIA

La Biblia es totalmente armónica con la historia. La arqueología ha confirmado la exactitud histórica de la Biblia una vez tras otra. El campo de la arqueología no contradice la historia tal como ésta es presentada en la Biblia. Esto ha sido tratado en un capítulo anterior, pero tiene que recibir énfasis aquí para destacar la importancia de esta armonía. Coder y Howe escribieron: «Las Escrituras mencionan grandes naciones, reyes, ciudades, pueblos, ligándolo todo con fechas y episodios específicos durante miles de años, *sin cometer jamás ningún error* [énfasis mío, R.E.D.]».⁴²

⁴¹E. S. Bates. *Biography of the Bible*, citado por Ralph I. Woods, ed., *The World Treasury of Religious Quotations* (New York; Garland Boos, 1966), pág. 74.

⁴²S. Maxwell Coder y George F. Howe. *The Bible, Science and Creation* (Chicago, Ill., Moody Press, 1966), pág. 15.

Tenemos que contender por la limpieza al tratar de ello. Cualquier otro documento es considerado exacto hasta que no se demuestra su inexactitud. Los que tienen prejuicios contra la Biblia la consideran inexacta hasta que no se demuestre que es exacta. Pero así es realmente el prejuicio contra la Biblia. Los que niegan la exactitud histórica de la Biblia tienen que demostrar que ello es así. ¿Pueden venir con una discrepancia histórica? ¿Pueden presentar una contradicción histórica con la Biblia? Estas discrepancias y contradicciones no pueden ser halladas. Y mirando a la historia ya pasada podemos suponer que ello nunca sucederá en el futuro.

LAS ESCRITURAS CONFORMAN LA SOCIEDAD

También se demuestra que la Biblia está por encima de la autoridad humana debido a su efecto sobre la humanidad. William Lyon Phelps escribió: «La civilización occidental está basada en la Biblia; nuestras ideas, nuestra sabiduría, nuestra filosofía, nuestra literatura, nuestro arte, nuestros ideales, todo ello proviene más de la Biblia que de todos los demás libros juntos. Es una revelación de divinidad y de humanidad».⁴³ ¿Podría un libro de paternidad meramente humana tener tal efecto sobre la sociedad? ¡Difícilmente!

¿Tiene alguien la capacidad de emitir principios que fuesen universales y adaptables para los hombres en todas las épocas? Los inútiles esfuerzos humanos para conseguirlo, desde el cierre del canon del Nuevo Testamento y en la antigüedad antes de ello, constituyen prueba de que esta tarea está más allá de su alcance. La Biblia tiene que ser de origen divino debido a la incapacidad humana para producir una manera de vivir como la que se expone en las Sagradas Escrituras.

⁴³William Lyon Phelps. *Human Nature in the Bible* (New York, E. P. Dutton & Co., 1922).

Varios hombres principales de todas las épocas han reconocido el asombroso efecto que la Biblia ha tenido sobre las vidas de los hombres y su valor para conformar una manera de pensar y de vivir correctas. Jean Jacques Rousseau, un escritor francés escéptico, admitió: «Tengo que confesar que la majestuosidad de las Escrituras me deja atónito.., si hubiera sido invención humana, el inventor sería más grande que el más grande de los héroes». El general U. S. Grant dijo: «Aferraos a la Biblia como el ancla firme de vuestras libertades, escribid sus preceptos en vuestros corazones y practicadla en vuestras vidas. Todos estamos en deuda hacia la influencia de este libro por todo el progreso hecho en la verdadera civilización, y a él tenemos que mirar como nuestro conductor en el futuro».⁴⁴ John Quincy Adams también escribió: «He hecho mi práctica habitual durante varios años leer la Biblia entera una vez al año. Por lo general me dedico a su lectura durante la primera hora después de levantarme por la mañana».⁴⁵ Abraham Lincoln escribió en 1864: «Toma este libro todo lo que puedas con la razón, y el resto con la fe, y vivirás y morirás un hombre más feliz y mejor».⁴⁶ Woodrow Wilson dijo en un discurso en 1911, con referencia a la Biblia: «Un hombre se ha encontrado a sí mismo cuando ha encontrado su relación con el resto del universo, y aquí está el Libro donde se exponen estas relaciones».⁴⁷ «Si permanecemos en los principios enseñados en la Biblia», advirtió Daniel Webster, «nuestro país prosperará, pero si nosotros y nuestra posteridad descuidamos su instrucción y autoridad, nadie puede decir cuán repentina catástrofe puede abrumarnos y sepultarnos a nosotros y nuestra gloria en una profunda oscuridad».⁴⁸

PRUEBA DE LA PROFECÍA

⁴⁴Citado por Frank F. Gaebelein en *Exploring the Bible* (Harper Baptist Sunday School Board; Marshall Morgan & Scott), pág. 4.

⁴⁵John Quincy Adams. *Diary*, 26 de septiembre 1810. Allan Nevins, ed. (Ungar, 1969).

⁴⁶Abraham Lincoln. *Letter to Speed*. (1864).

⁴⁷Woodrow Wilson. *Discurso*, 7 de mayo de 1911.

⁴⁸Citado por Rubel Shelly, *Simple Studies in Christian Evidences* (Memphis, Tenn., Simple Studies Publishing Co., 1970), pág. 16.

La profecía es la evidencia principal en apoyo de la inspiración de la Biblia. Debido a la importancia de este tema se dedicará un capítulo siguiente a ello. Aquí sólo consideraremos brevemente el tema en cuanto a su aportación como evidencia de la inspiración de la Biblia.

En Deuteronomio 18:22 se da una cualificación necesaria para un profeta: «Si el profeta hablare en nombre de Jehová; y no se cumriere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él» (cp. Jeremías 28:9). Israel podía probar a sus profetas mediante la profecía del profeta. Si se cumplían las profecías de un cierto profeta, era un profeta de Dios. Si sus profecías se incumplían, es que era un falso profeta. Era así de sencillo. Dios desafiaba a profetizar a los falsos profetas de la época de Isaías, sabiendo que sus profecías se incumplirían. Y el pueblo podía saber así que estos profetas eran falsos (Isaías 41:22,23; 45:21). Esta es una prueba para los profetas de todo tiempo.

Pero los verdaderos profetas de Dios fueron probados ciertos en *todas* las profecías. Cuando hablaban de acontecimientos futuros, las palabras que habían pronunciado se cumplieron. No se trataba aquí de prueba y error. La Biblia contiene literalmente cientos de profecías que fueron cumplidas. Profecías como la de Isaías, capítulos 13 y 14, acerca de la caída de la gran ciudad Babilonia, han sido indudablemente cumplidas. Las naciones y las ciudades de Tiro (Ezequiel 26), Egipto (Isaías 19; Ezequiel 29, 30), Edom (Abdías), Nínive (Nahum), y una gran cantidad más oyeron la profecía de su destrucción y posteriormente fueron destruidas. ¿Hubieran podido saber estos profetas estas cosas cientos de años antes de que tuvieran lugar? La probabilidad de que estas profecías se cumplieran por mera casualidad está más allá de la razón y de la lógica.

El Antiguo Testamento contiene más de trescientas profecías acerca de Jesús. Todas estas profecías se cumplieron. Peter W. Stoner calculó matemáticamente que la probabilidad de que un hombre cumpliera la profecía de Miqueas 5:2, acerca del hecho de que Jesús nacería en Belén de Judá, en relación con las otras profecías acerca de su vida, sería de 1 en 2.8×10^5 (ver

referencia).⁴⁹ Stoner calculó que la probabilidad de que se cumplieran todas las profecías acerca de Jesús justo en el momento adecuado de la historia sería de 1 en 1.7×10^{245} , lo cual es un número fantásticamente grande.⁵⁰

Podemos comprender por qué Dios dijo a Sus discípulos: «*¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho...! Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían*» (Lucas 24:25,27). ¡Y cuán tardos de corazón son algunos hoy en creer en la precisión profética de la Biblia!

ACLAMACIÓN COETÁNEA

Otro argumento en favor de la divinidad de las Escrituras, y que es muchas veces pasado por alto, es la aceptación de la inspiración de las Escrituras por parte de la Iglesia Primitiva. Aquellos que fueron testigos del poder divino de que se había investido a Pablo, Pedro y el resto de los obreros de Dios en manifestación de milagros, no arrojaron dudas a su palabra como siendo de Dios. Cuando Dios por mano de Pablo cegó a Barjesús, la Biblia dice que Sergio Paulo, que había sido testigo del hecho, creyó (Hechos 13:12). Y así creyeron una cantidad innumerable que fueron testigos del poder de Dios. Cuando los profetas de Israel mostraron pruebas de haber sido enviados por Dios por el poder de los milagros y de la profecía que les había sido dado por Dios, el pueblo aceptó lo que dijeron o escribieron como procedente de Dios. Pocos fueron los que dudaron o negaron su credibilidad o sus escritos inspirados. La Iglesia del Nuevo Testamento en los primeros siglos de su existencia aceptó plenamente los escritos de los apóstoles y profetas sobre la misma base.

Los documentos del Nuevo Testamento vinieron a ser puestos en duda siglos después de la muerte de aquellos primeros testigos. Sólo después de que se desvaneciera el efecto de la

⁴⁹Peter W. Stoner. *Science Speak* (Chicago Ill., Moody Press, 1963), págs. 101, 102.

⁵⁰*Ibid.*, pág. 113.

confirmación milagrosa de la palabra de Dios, proclamaron sus pretensiones los escépticos. Pero los padres apostólicos citan las epístolas del Nuevo Testamento como Escritura, aceptándolas sin ningún género de dudas. Warfield afirma este extremo de la siguiente manera:

Está meridianamente claro, entonces, que la crítica moderna no ha demostrado que la Iglesia coetánea resistiera la afirmación de los escritores del Nuevo Testamento ni que se enfrentara a su afirmación de inspiración; es bien precisamente lo contrario. Cada migaja de evidencia en este caso exhibe a la iglesia apostólica no rechazando, sino reconociendo de manera clara la autoridad absoluta de los escritos del Nuevo Testamento. En el breve período de los fragmentos de la literatura cristiana de las dos primeras décadas del siglo segundo tenemos a Mateo y Efesios citados claramente como Escritura, los Hechos y las Epístolas de Pablo nombrados específicamente como parte de la Santa Biblia, y el Nuevo Testamento como consistente en registros evangélicos y escritos apostólicos formando una colección sagrada primitiva en la inspiración del Antiguo Testamento está fuera de discusión, y veremos que el significado de todo aquello es simplemente éste: La iglesia apostólica ciertamente aceptaba los libros del Nuevo Testamento como inspirados por Dios. Estos son los resultados de la indagación crítica acerca de las opiniones de que este tema tenían los escritores de la Iglesia que vienen inmediatamente a continuación de los apóstoles.⁵¹

RECAPITULACIÓN

Al observar las evidencias internas y externas que acaban de ser examinadas, uno es llevado a la conclusión de que la Biblia es más que una mera colección de epístolas y libros escritos por autores humanos. Es más que esto. ¡Tiene que ser el *Libro de Dios!*

Este autor cree que el rechazo de la inspiración de la Biblia expresado por muchos críticos, es en

⁵¹Benjamín B. Warfield. *The Inspiration and Authority of the Bible* (Philadelphia, Pa., Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1970), págs. 428, 429.

parte el resultado de hombres que intentan rehuir las responsabilidades de una vida recta. Los hombres que no quieren que se les gobierne o que se les tenga como responsables ante un juez y legislador, llegarán al final a negar la autoridad y credibilidad del juez y de su ley. Hacer esto con la Biblia es dejar al hombre sin un fundamento sobre el que erigir una fuerte sociedad. Es dejar al hombre errando sin rumbo a través del tiempo, sin esperanza ni promesa. Pinnock concluye diciendo:

Ponerse fuera de la sombra de las Escrituras no es un privilegio de la libertad cristiana; es el poner la cabeza debajo de la arena del racionalismo. Porque ello no le pone a uno en la luz más clara de la revelación directa, sino en la densa tiniebla de la total ausencia de revelación. Esta tiniebla reduce al final todo el universo a una máquina inhumana sin orígenes personales, y condena la vida humana a una trágica futilidad.⁵²

Sí, la Biblia es la palabra de Dios. Es Dios hablando al hombre (2 Pedro 1:21, 2 Timoteo 3:16,17; Hebreos 1:1,2); Dios hablando por medio de hombres a hombres (Ezequiel 2:7; 3:4, 19, 11, 17). Es Dios hablando por el Espíritu Santo a través de hombres a los hombres (Lucas 1:70; Romanos 1:2; 16:26; Hechos 28:25), Si no es inspirada, entonces somos criaturas sentenciadas, sin un solo rayo de luz que nos conduzca a través de la oscura estancia de la vida. Esto no es un argumento en favor de la inspiración de la Biblia, sino sólo el aturdidor caos con que se nos deja si no tenemos hoy la palabra de Dios. Pero podemos sentirnos agradecidos y felices por tenerla.

⁵²Pinnock. *A Defense of Biblical Infallibility*, op. cit., pág. 32,

7

21

HISTORIA DE LA BIBLIA **PARTE I**⁵³

La historia de la Biblia es indudablemente uno de los más maravillosos y entusiasmantes estudios de todas las historias, El minucioso examen de las varias fases del desarrollo de las Sagradas Escrituras ciertamente suscitará fe en el corazón del estudiante sincero. Jesús dijo:

⁵³“*Historia de la Biblia, Parte I*” es el capítulo 21 del libro “*El Ocaso de los Incrédulos*”, de Roger E. Dickson. Ed. CLIE.

«*El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará*» (Mt. 24:35). Es electrizante examinar cómo Dios ha guardado providencialmente Su palabra de escépticos y críticos para proveer para los hombres en todas las edades Sus leyes escritas.

Son varios los temas que uno tiene que estudiar para poner en perspectiva la grandeza de la historia bíblica. Se tienen que examinar cosas como los escritos materiales, lenguajes de la Biblia, importantes manuscritos griegos y hebreos, y los libros apócrifos. En este y el siguiente capítulo estudiaremos estas áreas de pensamiento. Neil R. Lightfoot dijo: «Toda la historia de la Biblia queda condicionada por (1) la historia de la escritura, y (2) la historia de los materiales utilizados en la manufactura de los libros antiguos».⁵⁴ Tenemos que examinar estas áreas de estudio. En primer lugar, examinemos los materiales de escritura involucrados en la transmisión del texto de la Biblia.

MATERIALES DE ESCRITURA

Había al menos siete materiales básicos de escritura en la antigüedad: piedra, arcilla, tiesto, madera, cuero, papiro y vitela. Los antiguos cronistas utilizaban estos materiales de diversas maneras y en varias épocas. El antiguo escriba parece haber utilizado siempre el principio de utilizar aquellos materiales que tenía más a mano, los mejores a disposición y más duraderos en aquella época. Lo que sigue es una breve descripción de estos materiales:

⁵⁴Neil R. Lightfoot. *How We Get the Bible* (Austin, Tex., R.B. Sweet Co. Inc., 1962), pág. 4.

A. **Piedra**

Algunas de las más antiguas inscripciones que tenemos en la actualidad fueron escritas sobre piedra. El código de Hammurabi (un rey de la antigua Babilonia) es una inscripción en una piedra que data de alrededor del 2.000 a.C. Las inscripciones de piedra de Egipto son anteriores al 3.000 a.C. Las primeras leyes escritas dadas al pueblo de Dios fueron inscripciones hechas por Dios sobre tablas de piedra. «*Y dio a Moisés... dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios*» (Exodo 31:18; cp. 34:1,28). Así que la piedra es realmente uno de los materiales de escritura originales.

B. **Arcilla**

La utilización de la arcilla como material de escritura fue de gran importancia en los imperios de Asiria y Babilonia. La Biblioteca Real de Asiria en Nínive, que data del 650 a.C., consistía en miles de tabletas de arcilla. La utilización de la arcilla para la escritura se remonta hasta el 3.100 a.C.⁵⁵ Como material de escritura, la arcilla era trabajada y hecha flexible, y luego se utilizaba un estilo para grabar las varias formas de escritura. La arcilla era entonces cocida o secada al sol, asegurándose así la inscripción para un lapso indefinido de tiempo.

C. **Tiesto**

Los tiestos eran trozos rotos de cerámica. Este material de escritura era generalmente utilizado por los pobres, o durante épocas de crisis en las que había apremio para encontrar un material. Un buen ejemplo de ello es la correspondencia de Laquis durante la invasión de Palestina por

⁵⁵D. J. Wiseman. *Illustrations from Biblical Archaeology* (Grand Rapids, Mich., Wm. B. Ferdmans Publishing Co., 1958), pág. 11.

parte de las fuerzas babilónicas entre el 589 y el 507 a.C.

D. *Madera*

La madera no era utilizada como material de escritura con tanta profusión como otros materiales. Debido a su poca durabilidad no se utilizaba como material para preservar leyes y códigos sagrados. Números 17:2 es un ejemplo de la madera utilizada para la escritura. Algunos también sugieren que Isaías 30:2 y Habacuc 2:2 son ejemplos en los que se utilizaba la madera para la escritura.⁵⁶

⁵⁶Lightfoot. *How We Got the Bible*, *op. cit.*, pág. 5.

E. **Cuero**

El cuero era un material más avanzado para la escritura, aunque su uso data de fecha temprana. E.C. Richardson escribió: «La utilización de pieles preparadas para la escritura en un lado (piel) fue temprano y general, remontándose al menos a la IV dinastía de Egipto. Los Anales de Tutmose II en Palestina fueron escritos en rollos de cuero».⁵⁷ William LaSor dice que «el cuero fue ciertamente utilizado como material para la escritura desde el siglo veinte a.C. y hasta el tiempo de la invención de la imprenta mediante tipos móviles».⁵⁸ Miller data su origen alrededor del 2.900 ó 2.750 a.C.⁵⁹ Los judíos utilizaban el cuero principalmente como material de escritura para la transmisión del Antiguo Testamento. Es probable que Moisés inscribiera las primeras palabras de la Ley de Dios sobre hojas de cuero.

F. **Papiro**

El papel de papiro se hacía de la planta de papiro que crecía a lo largo del río Nilo en Egipto. El tronco de esta planta era cortado a tiras, entretejido, prensado, y dejado secar al sol. «El papiro fue utilizado en Egipto ya en época tan temprana como la Quinta Dinastía (2.500-2.350 a.C.), y siguió siendo utilizado hasta la época de los árabes».⁶⁰ Durante el siglo primero d.C. éste fue el material de escritura más popular. Es muy probable que los autógrafos originales de los escritores del Nuevo Testamento se hicieran sobre papiro. A través de los siglos se escribieron muchas copias del Antiguo y Nuevo Testamento sobre papiro, de las cuales existen aún muchas

⁵⁷E. C. Richardson "Writing" *International Standard Bible Encyclopedia*. James Orr ed. (Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1939), pág. 3121.

⁵⁸William Sanford LaSor. *Amazing Dead Sea Scrolls* (Chicago, Ill., Moody Press, 1959), pág. 59.

⁵⁹H. S. Miller. *General Biblical Introduction* (Houghton, New York. The Word-Bearer Oress, 1960), pág. 170.

⁶⁰LaSor. *Amazing Dead Sea Scroll, op. cit.*, pág. 59.****

copias.

G. Vitela

La utilización de la vitela (pergamino) como material de escritura se cree que proviene de un desacuerdo entre el rey Eumenes II de Pérgamo (197-158 a.C.) Y Ptolomeo IV, rey de Egipto. Cuando Eumenes estaba tratando diligentemente de preparar su biblioteca en Pérgamo, el material de escritura entonces más popular era el papiro. Y el papiro venía sólo de Egipto. Así, cuando se dio un desacuerdo entre estos dos reyes, los egipcios detuvieron el suministro de papiro. Como resultado, Eumenes se vio obligado a desarrollar otro material para la escritura. El resultado de este desacuerdo fue el desarrollo de la vitela, que era un cuero de alta calidad preparado para su escritura en ambos lados. Este material fue utilizado extensamente por los cristianos primitivos, y su uso persistió durante más de mil años después de su invención. En la actualidad hay muchas copias de la Biblia que fueron escritas en pergamino.

LENGUAJES DE LA BIBLIA

El antiguo hebreo era «la lengua de Judá» y el lenguaje del Antiguo Testamento (2 Reyes 18:26,28; Nehemías 13:24). El hebreo es una lengua muy estrechamente relacionada con lenguas como el arameo, acadio y árabe.⁶¹ El alfabeto hebreo antiguo tenía veintidós consonantes. Pero carecía de vocales. Así, se escribía sin vocales. Por ejemplo, la palabra hebrea para Dios era originalmente escrita *YHWH* (en su transliteración al castellano). Los escribas masoretas (600 a 900 d.C.) añadieron posteriormente vocales a las palabras originales,

⁶¹Lightfoot. *How We Got the Bible*, op. cit., pág. 13.

a fin de que no se perdiera la antigua pronunciación. Entonces se escribió *YHWH* como *Y(a)HW(e)H*.

Como ya se ha dicho anteriormente, el arameo estaba estrechamente relacionado con el hebreo. Se cree que el arameo vino a ser la lengua de Palestina después del cautiverio babilónico. Es probable que Jesús utilizara el arameo durante su ministerio en la tierra.⁶² El arameo empezó a utilizarse en Palestina cuando los primeros cautivos del Exilio Babilónico volvieron a la tierra de Palestina. Muchos de los cautivos habían nacido en el cautiverio, y así crecieron conociendo el arameo, el lenguaje de sus conquistadores.

Algunas secciones del Antiguo Testamento tienen una influencia aramea. Secciones que fueron escritas originalmente en arameo son: Jeremías 10:11; Daniel 2:4-7:28; Esdras 4:8-6:18; 7:12-26.⁶³ Hay también unas pocas palabras y frases del Nuevo Testamento en arameo: *talitha cumi* («muchacha, levántate») (Marcos 5:41), *ephphatha* («sé abierto») (Marcos 7:34), *eli, eli, lama sabactani* [«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?») (Mateo 27:46), *abba* («padre») (Marcos 14:36; Romanos 8:15; Gálatas 4:6), y varias otras palabras y nombres.⁶⁴

⁶²Miller. *General Biblical Introduction*, op. cit., pág. 157.

⁶³“Aramaic”. *Zondervan Pictorial Bible Dictionary*. Merrill C. Tenney, ed. (Grand Rapids, Mich.; Zondervan Publishing House, 1968), p{ag. 55.

⁶⁴*Ibid.*

El griego era la lengua universal del siglo primero d.C. El griego que era hablado por la gente común de Palestina era el griego *koiné*. ***Koiné*** significa «común». Los manuscritos del Nuevo Testamento fueron originalmente escritos en griego *koiné*, el lenguaje común de la gente del mundo del primer siglo.

No hay evidencias de que los manuscritos originales del Nuevo Testamento fueran escritos en ningún otro lenguaje, excepto por pequeñas secciones en arameo como las que hemos mencionado algo más arriba. Así, cuando hablamos de los manuscritos del Nuevo Testamento, como el *Codex Sinaítico*, *Codex Vaticanus* y *Codex Alexandrinus*, nos estamos refiriendo a manuscritos que fueron escritos en griego *koiné*.

EL CANON

La palabra *canon* significaba originalmente una «regla de medida». Con referencia a la Biblia se utiliza para referirse a una normativa por la que los libros son considerados autorizados. Miller afirma: «Es la regla de medir, el gálibo, la norma de prueba, o norma crítica, por la que cada libro de la Biblia tiene que ser probado antes de ser admitido como parte integrante de las Sagradas Escrituras».⁶⁵ Los libros canónicos son aquellos que fueron aceptados como inspirados por los antiguos judíos y por los primitivos cristianos. «Así, si uno habla de los escritos *canónicos*, está refiriéndose a aquellos libros que son considerados como poseedores de autoridad divina y que constituyen nuestra Biblia».⁶⁶

⁶⁵Miller. *General Biblical Introduction*, op. cit., págs. 87, 88.

⁶⁶Lightfoot. *How We Got the Bible*, op. cit., pág. 52.

ALTA Y BAJA CRÍTICA

Al estudiar el canon de la Biblia tenemos que trabajar en las áreas de la alta y baja crítica. Ambas áreas son esencialmente la misma. Las dos tratan del examen del texto de la Biblia. El término «alta crítica» fue introducido por vez primera por J. G. Eichhorn de Gotinga, Alemania. Jean Astruc, un francés católico romano, y médico personal de Luis XIV, introdujo por vez primera los destructivos conceptos de la alta crítica en 1753 en su publicación *Conjectures Concerning the Original Memoranda Which it APPEARS Moses used to Compose the Book of Genesis*. Allí afirmaba, erróneamente, que la presencia de las dos palabras hebreas para Dios en el Antiguo Testamento, Elohim y Yahweh, significaba que Génesis no había tenido un autor, sino dos. La investigación hecha por parte de Astruc del texto vino a ser un ataque de la inspiración de la Biblia. Y estos ataques han continuado hasta el día de hoy en el campo de la alta crítica.

La alta crítica es esencialmente un examen del texto con el propósito de determinar la paternidad, fecha y redacción del documento examinado.

La alta crítica tiene por lo general una mala connotación para el que cree en la historicidad de la Biblia, pero el nombre puede referirse a diferencias críticas de la Biblia así como a ataques vertidos contra ella. El nombre se utiliza principalmente en contraste a «baja crítica», que es la crítica del texto mismo de la Biblia con el fin de establecer cuál fue el texto que fue redactado por los escritores originales. La alta crítica es el estudio de los documentos con vistas a dilucidar cuál es su edad, carácter, paternidad, fuentes, naturaleza simple o compuesta, y valor histórico.⁶⁷

Así, consideramos la alta crítica «como estudios que se limitan al estudio de la evidencia interna

⁶⁷Floyd E. Hamilton. *The Basis of Christian Faith* (New York; Harper & Row, 1964), pág. 215.

de los libros de la Biblia con respecto a la paternidad de ellos, las fechas de su redacción, su fidedignidad, "y la ocasión y propósito por los que fueron escritos"». ⁶⁸

CRÍTICA TEXTUAL

La crítica textual, conocida también como *baja crítica*, tiene que ver con la historia del canon aceptado de las Escrituras. «La crítica textual se interesa en la reconstrucción de la larga historia de la transmisión de aquel contexto desde sus orígenes hasta nuestros días, de manera que el contexto original, o texto, puede ser restaurado con precisión». ⁶⁹ Ernest Cadman Colwell clasifica los materiales fuente de la crítica textual en tres áreas: «(1) manuscritos en el lenguaje original, [2) manuscritos de traducciones, y (3) manuscritos de citas». ⁷⁰ Trataremos de estas áreas en el capítulo siguiente.

PRUEBA DE LA CANONICIDAD

⁶⁸Willard O. Davis. *Evolution and Revelation* (Austin, Tex.; Firm Foundation Publishing House, s.f.), págs. 54, 55.

⁶⁹Ernest Cadman Colwell. *The Study of the Bible* (Chicago, Ill.; University of Chicago Press, 1945), pág. 39.

⁷⁰*Ibid*, pág. 41.

Antes que un libro viniera a formar parte del canon de las Escrituras, tuvo que pasar a través de varias pruebas. Tenemos que tener en mente que si un libro formaba parte del canon del Nuevo o del Antiguo Testamento, era considerado como inspirado y con autoridad divina. Por ello, la alta y la baja crítica examinan la canonicidad de los libros de la Biblia haciendo algunas de las preguntas que siguen:

1. ¿Aceptaron los judíos como inspirado el libro específico del Antiguo Testamento que se considera?
2. ¿Es el libro respaldado por otros escritores inspirados?
3. ¿Aceptaron los cristianos primitivos como inspirado el documento específico del Nuevo Testamento bajo consideración?
4. ¿Fue el libro del Nuevo Testamento bajo consideración escrito en el primer siglo?
5. ¿Fueron estos libros reconocidos por Jesús y los apóstoles como de origen divino?
6. ¿Encuadra bien el libro específico del Antiguo Testamento en la cadena divina de los profetas?
7. ¿Habla el libro específico con autoridad de inspiración?
8. ¿Contradice el documento bajo examen las enseñanzas de otros documentos aceptados como inspirados?
9. ¿Tiene el documento bajo consideración una impronta de inspiración?

Estas son sólo unas pocas de las áreas que se examinan en el estudio de la canonicidad de antiguos documentos en su relación con aquellos libros que llamamos la Palabra de Dios. No se puede considerar cualquier documento de la antigüedad como inspirado y parte de la Biblia. Cada libro tiene que pasar al menos las pruebas anteriores.

EXACTITUD COHERENTE

Una de las críticas más injustas que se hace en contra del texto de la Biblia es que contiene muchos «errores» como resultado de su proceso de copia a lo largo de los siglos. Al considerar esta crítica se tienen que admitir que varias *variantes de lectura* se han introducido en el texto de los documentos hebreos y griegos al ser copiados por los escribas.

Una lectura variante es allí donde la evidencia de los manuscritos puede producir una variación de palabras o de fraseología en un pasaje específico. Por ejemplo, Marcos 4:24 se lee en algunos: «Mirad bien lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido...» En otros documentos se lee: «Mirad bien lo que oís, con la medida con que medís os será medido...» La diferencia entre la utilización de las palabras «porque» y «con» constituye una variante de lectura.

Una comparación de 2 Reyes 8:26 y 2 Crónicas 22:2 revela otro ejemplo de una variante de lectura. Se trata de un error con respecto a la edad de Ocozías cuando éste accedió al trono. 2 Reyes 8:26 dice que tenía veintidós años y 2 Crónicas 22:2 dice que tenía cuarenta y dos años. Pero esto tiene fácil explicación. Los judíos utilizaban letras para expresar números. Y siendo que las letras para cuarenta eran muy similares a las de veinte, es evidente que algún copista transcribió una letra equivocadamente. El relato de 2 Reyes da indudablemente la edad correcta. Si Ocozías hubiera tenido cuarenta y dos años al acceder al trono, como se dice en 2 Crónicas, hubiera nacido dos años antes del nacimiento de su padre, quien murió a la edad de 40 (2 Reyes 8:17,24).

Los orígenes de las lecturas variantes son numerosos. Muchas son el resultado de un involuntario despiste del copista. Algunas fueron el resultado de que los copistas intentaran

hacer que pasajes paralelos concordaran allí donde había una supuesta contradicción. Algunos manuscritos tenían notas explicativas en los márgenes. Estas notas fueron posteriormente incorporadas en el texto por un escriba que pensó que constituían parte del texto que había quedado afuera por error de un escriba anterior.

Pero lo importante a tener presente aquí acerca de las lecturas variantes, es que tienen sólo un efecto mínimo sobre la lectura de un texto. Ninguna lectura variante afecta a ningún asunto doctrinal en toda la Biblia. La mayor parte son variaciones de preposiciones, nombres de lugares, caracteres y cosas, y listas de pesos y fechas. Acerca del texto del Nuevo Testamento, Vos destaca lo mínimo del efecto que tienen las variantes de lectura en todo el Nuevo Testamento diciendo: «Cuando uno se da cuenta de que el texto griego publicado por Westcott y Hort tiene unas 500 páginas y que las palabras más dudosas caben en media página, su fe en la fiabilidad del Nuevo Testamento queda materialmente fortalecida».⁷¹ Se han hecho afirmaciones injustificadas de que el texto del Nuevo Testamento contiene más de 200.000 «errores». Pero, una vez más, tenemos que considerar esto como 200.200 *lecturas variantes*. Y además, tenemos que comprender la naturaleza de esta cantidad de lecturas variantes. Norman Geisler y William Nix explican, en su libro *A General Introduction to the Bible*:

⁷¹Howard F. Vos. *An Introduction to Bible Archaeology* (Chicago, Ill.; Moody Press, 1959), págs. 48, 49.

Hay ambigüedad en la afirmación de que hay unas 200.000 variantes en manuscritos existentes del Nuevo Testamento, por cuanto estas representan sólo 10.000 lugares del Nuevo Testamento. Si una sola palabra recibe diferentes errores ortográficos en 3.000 diferentes manuscritos, esto se considera como 3.000 variantes o lecturas. Una vez se comprende este procedimiento de conteo, y se han eliminado las variantes mecánicas (ortográficas), las variantes restantes, significativas, son sorprendentemente pocas en cantidad.⁷²

Muchos críticos arrojan tanta atención sobre las lecturas variantes, que pasan por alto la exactitud casi increíble con la que han sido copiadas las Escrituras. El renombrado R. Laird Harris escribió:

Podemos ahora estar seguros de que los copistas trabajaron con sumo cuidado y precisión sobre el Antiguo Testamento, incluso hasta la fecha del 225 a.C. En aquel entonces había dos o tres tipos de texto disponibles para la copia. Estos tipos diferían entre sí tan poco, sin embargo, que podemos inferir que unos copistas aún anteriores habían transmitido fiel y cuidadosamente el texto del Antiguo Testamento. *En verdad, sería un escepticismo temerario el que negara que tenemos nuestro Antiguo Testamento de una manera muy cercana al utilizado por Esdras cuando enseñaba la Ley a aquellos que habían vuelto del cautiverio babilónico* [énfasis mío, R. E. D.].⁷³

Con respecto al texto hebreo, Herbert March, en *Lectures on Criticism and Interpretation*, nos recuerda la meticulosa exactitud de los escribas en la copia de las escrituras hebreas.

⁷²Norman L. Geisler y William E. Nix. *A General Introduction to the Bible*. (Chicago, Ill.; Moody Press, 1978), pág. 361.

⁷³R. Laird Harris. «¿How Reliable is the Old Testament Text?» *¿Can I Trust the Bible?* (Chicago, Ill.; Moody Press, 1963), pág. 124.

Cuando consideramos las normas que eran observadas por los judíos al transcribir las Sagradas Escrituras, normas que eran llevadas hasta una precisión que bordea con la superstición, hay razones para creer que ninguna obra de la antigüedad ha descendido hasta la era presente tan libre de alteraciones como la Biblia hebrea.⁷⁴

⁷⁴Citado por John W. Halev, *Alleged Discrepancies of the Bible* (Nashville, Tenn.; Gosped Advocate Co., 1951), pág. 44.

Un ejemplo de esta precisión queda evidenciada por el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto en 1947. En particular, el rollo de Isaías es uno de los más interesantes. El texto más antiguo de Isaías antes de este descubrimiento, era el texto masorético, que databa de alrededor del año 850 d.C. El rollo de Isaías descubierto en el Mar Muerto databa de alrededor de mil años entre la publicación de estos dos textos. Pero, cuando se cotejaron, sólo se encontraron unas pocas diferencias carentes de importancia entre ambos.⁷⁵ Ello constituye un magnífico testimonio de la exactitud con que fue copiada la Biblia.

Yigael Yadin, en su insólito libro titulado, *Masada*, nos habla del descubrimiento de una porción de los Salmos que apareció en Masada, una fortaleza judía en el área meridional del Mar Muerto. Esta parte de los Salmos fue datada en veinte o treinta años de anterioridad a 73 d.C., la fecha en que Masada cayó en poder de los Romanos. Cuando fue comparado con el texto masorético, escribe él que «es casi exactamente idéntico (excepto por algunos cambios carentes de importancia aquí y allí) al texto de los libros bíblicos *que utilizamos en la actualidad*. Incluso la división en capítulos y salmos es idéntica a la división tradicional».⁷⁶ Una vez más, éste es un maravilloso testimonio de la precisión con la que los antiguos escribas copiaron la Biblia.

El descubrimiento de manuscritos separados en fechas por unos pocos años tan sólo de la inscripción del autógrafo original, da un gran convencimiento de que tenemos en la actualidad la Palabra de Dios de una manera adecuadamente pura. Muchos han sido engañados a creer que tenemos solamente manuscritos separados por cientos de años de la época de los autógrafos originales. Pero, para el estudioso bien introducido en la historia de la Biblia, éste es un error de

⁷⁵Millar Burrows. *The Dead Sea Scroll* (New York; The Viking Press, 1955), pág. 55.

⁷⁶Yigael Yadin, *Masada: Hero's Fortress and the Zealot's Last Stand* (Random House Inc., 1966), págs. 171, 172.

bulto. Sir Frederic Kenyon, uno de los más renombrados eruditos acerca de manuscritos antiguos, concluía diciendo:

Así, el intervalo entre las fechas de la redacción original y la evidencia existente más antigua se hace tan pequeño como para ser despreciable, y queda eliminado el fundamento para cualquier duda de que las Escrituras nos hayan venido sustancialmente tal como fueron escritas. Tanto la autenticidad como la integridad general de los libros del Nuevo Testamento pueden considerarse como definitivamente establecidas.⁷⁷

RECAPITULACIÓN

⁷⁷Sir Frederic Kenyon. *The Bible and Archaeology*, 1940, págs. 288ss, citado por E. F. Brice. *The New Testament Documents* (Grand Rapids, Mich.; 1965), pág. 20.

Para concluir, tenemos que recordar algunos factores principales para volver a destacar este tema. En primer lugar, la creencia de que el Pentateuco no hubiera podido ser escrito en fecha tan temprana como el 1.500 a.C. debido a que la escritura no había sido aún perfeccionada en aquel tiempo, ha quedado refutada por la antigüedad del origen de la escritura, miles de años antes que la redacción del Pentateuco por Moisés. Los hay que creen que el origen de la escritura se remonta a fecha tan remota como el 8.000 a.C.⁷⁸

Además, la acusación de que la Biblia tal como la tenemos hoy en día no puede ser una copia exacta debido a la gran cantidad de veces que se han hecho copias de copias, ha quedado deshecha por la existencia de antiguos manuscritos que se hallan muy cercanos en el tiempo a los autógrafos originales. Tenemos hoy la Biblia en una forma exacta.

Con respecto a la inspiración y al canon de las Escrituras, tenemos que recordar que no se debe considerar inspirado cualquier libro antiguo. Cada libro había de ser considerado inspirado por aquellos para quienes fue primeramente escrito. Los libros de la Biblia fueron considerados inspirados y autorizados ya en el momento en que fueron escritos. Y ello constituye evidencia de que deberíamos considerarlos hoy como inspirados y autorizados. Sí, estas y otras evidencias nos convencen de que sí tenemos hoy la Palabra de Dios.

⁷⁸«The Roots of Writing», *Time* (August, I. 1977), pág. 47.

8

22

**HISTORIA DE LA BIBLIA
PARTE II⁷⁹**

El propósito de este capítulo es examinar la evidencia textual de nuestra Biblia. ¿Puede uno

⁷⁹ *“Historia de la Biblia, Parte II”* es el capítulo 22 del libro *“El Ocaso de los Incrédulos”*, de Roger E. Dickson. Ed. CLIE.

confiar en el texto de nuestra Biblia? ¿Podemos tener certidumbre de que tenemos las palabras de los escritores originales? ¿Cuáles son algunos de los documentos sobre los que basamos nuestro texto actual? Éstas son unas pocas preguntas que tenemos que considerar en este capítulo.

Muchos críticos bíblicos creen hoy que hay muy poca evidencia textual para apoyar el texto de la Biblia. Y la evidencia que tenemos, dicen ellos, es inexacta. Pero, bien al contrario, la cantidad de versiones antiguas y manuscritos que tenemos en nuestro poder hoy en día para la comparación textual y la investigación, es abrumadora. En la actualidad existen muchas antiguas versiones, manuscritos y citas de antiguos escritores, tanto procedentes del Antiguo como del Nuevo Testamento, que, colectivamente, establecen un fundamento sobre el que reposa sólidamente el texto de nuestra Biblia. Examinemos alguna de esta evidencia.

EVIDENCIA TEXTUAL DEL ANTIGUO TESTAMENTO

La cantidad de manuscritos antiguos y de versiones también antiguas del Antiguo Testamento es grande. Aquí tenemos espacio para considerar sólo unos pocos.

A. *Los Targumes*

Cuando los judíos volvieron del cautiverio babilónico en el año 539 a.C., muchos de ellos sólo podían hablar arameo, el lenguaje de sus conquistadores. Siendo ello así, era necesario que se tradujeran o parafrasearan porciones del Antiguo Testamento al arameo (cp. Esdras 4:7). También surgió la necesidad de escribir comentarios del texto hebreo. Éste fue indudablemente el comienzo de la redacción de los Targumes.

Al principio el trabajo se hacía oralmente, pero las traducciones fueron gradualmente

reducidas a un elaborado sistema, se fijaron y finalmente quedaron escritas. Los Targumes escritos parecen haber sido preparados por diferentes hombres en diferentes épocas, desde el siglo 1 hasta el siglo 10 u 11 d.C., aunque algunos de ellos contienen materiales remontándose a los siglos a.C.⁸⁰

Los Targumes son valiosos debido a sus citas del Antiguo Testamento así como por su traducción o paráfrasis de muchos versículos del Antiguo Testamento. Su antiguo origen y carácter son una valiosa fuente para la determinación del exacto texto del Antiguo Testamento. De sus citas del texto podemos conseguir lecturas para pasajes del Antiguo Testamento. En base de estos comentarios podemos vislumbrar cómo los antiguos judíos interpretaban el Antiguo Testamento.

B. Los Talmuds

«El Talmud es una colección de dichos de varios escribas, que fueron transmitidos oralmente durante varios siglos, y que al fin fueron fijados por escrito alrededor del 200 d.C., aunque muchos fueron añadidos posteriormente».⁸¹ Los Talmuds eran conocidos por diferentes nombres según su origen, como el Talmud Palestino y el Talmud Babilónico.

Lo importante a recordar con respecto a los Talmuds es que dan citas de todos los libros del Antiguo Testamento, aclamándolo como de origen divino. Dan mucha evidencia para el texto del Antiguo Testamento tal como lo tenemos hoy. Explica P.B. Wells: «Los talmudistas no se ocupaban tanto de fijar el texto como de explicarlo. Sus citas de las Escrituras son, sin embargo,

⁸⁰H.S. Miller. *General Biblical Introduction* (New York: The Word-Bearer Press, 1960), pág. 216; leer también: Norman L. Geisler y William E. Nix, *A General Introduction to the Bible* (Chicago, Ill.; Moody Press, 1970), págs. 249-266.

⁸¹Floyd E. Hamilton. *The Basis of Christian Faith* (New York, Harper & Row, 1964), pág. 205.

generalmente concordantes con el texto hebreo recibido».⁸²

C. Los Rollos del Mar Muerto

⁸²Preston B. Wells. *The Story of the English Bible* (Louisville, Ky.; Pentecost Publishing Co., 1911), pág. 36.

En los montes del extremo noroccidental del Mar Muerto, alrededor de comienzos del mes de marzo de 1947, dos pastores beduinos hicieron accidentalmente uno de los descubrimientos más significativos y entusiasmantes de toda la historia. Descubrieron lo que más tarde llegó a conocerse como los Rollos del Mar Muerto. Descubiertos en cuevas cercanas a la comunidad de Qumrán en el Mar Muerto, estos rollos y fragmentos se contaban por miles. «En total, los fragmentos de manuscritos constituyen más de 400 libros, unos cuantos de ellos casi intactos, y más de 40.000 fragmentos. Noventa de estos libros pertenecen a la Biblia, encontrándose representados en ellos cada uno de los libros del AT (Antiguo Testamento) excepto el de Ester».⁸³

Lo asombroso acerca de estos fragmentos y rollos es lo antiguo de su fecha. «A la luz de toda la evidencia, escribía William S. LaSor, la mayor parte de los eruditos están convencidos de que los materiales de Qumrán deben ser datados en el período entre el 175 a.C. y el 68 d.C.; probablemente con varias décadas dentro de estos márgenes límite en cada caso».⁸⁴ Ya que nuestros manuscritos más antiguos del texto del Antiguo Testamento antes del descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto se remontaban al 800 o 900 d.C., es muy grande la importancia de este descubrimiento. Cuando los rollos de las cuevas del Mar Muerto fueron comparados con los de los siglos noveno y décimo, sólo se constataron diferencias mínimas. Ello da testimonio de la exactitud con que se ha copiado la Biblia.

D. La Septuaginta

La Septuaginta es una de las ayudas de mayor valor que tenemos en el campo de la crítica

⁸³Guy B. Funderburk, «Text and Versions», *Pictorial Bible Dictionary*, Merrill C. Tenney, ed. (Grand Rapids, Mich.; Zondervan Publishing House, 1968), pág. 840.

⁸⁴William Sandord LaSor, *Amazin Dead Sea Scrolls* (Chicago, Ill.; Moody Press, 1959), pág. 64.

textual. Fue la primera traducción completa del Antiguo Testamento en otro idioma. Esta traducción del hebreo al griego fue iniciada alrededor del 280 a.C., con la traducción del Pentateuco por unas setenta personas en Alejandría, Egipto. El resto del Antiguo Testamento fue traducido a lo largo de los siguientes cien años. Es comúnmente denotada con los números romanos LXX, indicando los setenta hombres que la tradujeron. La palabra Septuaginta es un término latino que significa «Setenta».

Hay algunos hechos muy interesantes que rodean a la Septuaginta y que tenemos que recordar. Esta era la versión utilizada por los judíos en la época de Cristo, y fue un importante factor para preparar al hombre para la venida del Redentor. Jesús y los apóstoles citaron de la Septuaginta. Los más antiguos fragmentos que tenemos de la Septuaginta en la actualidad se encontraron sobre una momia egipcia, y se remontan a alrededor del 150 a.C. Así, tenemos una traducción de porciones del Antiguo Testamento que se remonta a unos pocos cientos de años del cierre del canon del Antiguo Testamento.

E. *La Hexapla*

La Hexapla contenía una traducción del Antiguo Testamento efectuada por Orígenes además de otras cinco traducciones dispuestas en seis columnas. La distribución era: el texto hebreo corriente, una transliteración del texto hebreo, traducciones de Aquila (128 d.C.), Símaco (200 d.C.) y Teodoción (180 d.C.). Incluía también la Septuaginta. Este trabajo fue llevado a cabo en Cesarea, y fue finalizado alrededor del 240 d.C. La Hexapla, debido a su gran extensión, nunca fue copiada como un todo. La copia de Orígenes fue guardada en la Biblioteca de Cesarea. Jerónimo la vio y estudió en el siglo cuarto d.C. La quinta columna, que era la revisión de la Septuaginta llevada a cabo por Orígenes, fue copiada en muchas ocasiones, pero sólo porciones de ella existen en la actualidad.

F. *El Papiro Nash*

El Papiro Nash consiste en cuatro fragmentos de los diez mandamientos y de Deuteronomio 6:4-9. Está datado entre el siglo segundo a.C. y el siglo primero d.C. Y, de pasada, era la parte más antigua conocida del Antiguo Testamento antes del descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto.

G. *La Vulgata Latina*

La vulgata es una traducción del hebreo al latín hecha por Jerónimo alrededor del 382 d.C. La Vulgata fue traducida con una estrecha consideración a la Septuaginta y a la Hexapla de Orígenes. En la actualidad existe una antigua copia de la Vulgata en la Biblioteca Vaticana en Roma. Es considerada como el texto oficial de la iglesia católica romana.

H. *Los Códices*

Originalmente, «Codex» significaba «un canon de ley». Pero este término se aplica comúnmente a los antiguos manuscritos de la Biblia que contienen en forma de libro bien la totalidad o grandes secciones del texto del Antiguo y Nuevo Testamento. Lo que sigue son algunos de los más importantes códices de los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, junto con sus respectivas fechas, lugar de descubrimiento y contenido. Contienen traducciones del Antiguo Testamento al griego.

1. ***Codex de El Cairo***: Este código fue descubierto en Tiberias en la ribera occidental del Mar de Galilea. Data de alrededor del 895 d.C., y contiene los Profetas Anteriores y Posteriores.

2. ***Codex de Leningrado***: Data del 1008 d.C. Contiene los Profetas Posteriores. Es el más

grande y único completo manuscrito del Antiguo Testamento.

3. **Codex Vaticanus**: El Vaticanus data de alrededor de mediados del siglo cuarto d.C. Contiene casi la totalidad del Antiguo y del Nuevo Testamento.

4. **Codex Alexandrinus**: Data del siglo quinto d.C. (alrededor del 450 d.C.). Contiene toda la Biblia excepto por diez hojas en el Antiguo Testamento, veinticinco hojas del Evangelio de Mateo, dos de Juan y tres de 2 Corintios.

5. **Codex Sinaiticus**: Fue descubierto en un monasterio al pie del Monte Sinaí por Constantine Tischendorf. Data de alrededor del 340 d.C. Y contiene fragmentos del Antiguo Testamento y de casi todo el Nuevo Testamento.

6. **Codex Ephraemi**: Data de alrededor del 450 d.C, y contiene sesenta y cuatro hojas del Antiguo Testamento, 2 Tesalonicenses, 2 Juan y otras secciones están ausentes del Nuevo Testamento.

Se podría hacer una relación de otros manuscritos y versiones que destacarían el hecho de que la evidencia textual es muy fuerte en apoyo de nuestro Antiguo Testamento. También existen antiguas versiones arameas, siríacas, coptas y góticas del Antiguo Testamento que reciben consideración en la crítica textual. Así que cuando hablamos acerca de la evidencia textual del Antiguo Testamento no nos referimos a la evidencia de unas pocas copias desgastadas del texto. Estamos refiriéndonos a un cúmulo de material que puede ser utilizado para la comparación.

EVIDENCIA TEXTUAL DEL NUEVO TESTAMENTO

La evidencia en apoyo del Nuevo Testamento es aún más convincente que para el Antiguo Testamento. Hay tres categorías de esta evidencia: manuscritos antiguos, versiones antiguas y

citadas de «los padres de la iglesia». Los manuscritos, las versiones y las citas del Nuevo Testamento existen en decenas de millares. Ya se han relacionado tres de las más grandes fuentes para el examen del crítico textual -Códice Sinaítico, Códice Alejandrino y Códice Vaticano. Un examen de estos manuscritos, más las versiones y citas del Nuevo Testamento, eliminará cualquier duda acerca de la exactitud del texto de nuestros días.

Tenemos que tener presente que los libros o epístolas del Nuevo Testamento no fueron escritos al mismo tiempo, ni reunidos en un solo libro en el tiempo en que fueron redactados. Cuando los libros o cartas fueron escritos fueron copiados individualmente a través de los años, y finalmente fueron reunidos como los veintisiete libros del Nuevo Testamento. Tenemos también que recordar que cada libro era considerado inspirado en el momento de ser redactado. Estos documentos no fueron reunidos como canon del Nuevo Testamento sino hasta muchos años después de su redacción. Pero fueron recibidos como autorizados por parte de aquellos que al principio los recibieron y leyeron. F. F. Bruce dice correctamente:

Los primeros concilios eclesiásticos que clasificaron los libros canónicos tuvieron lugar en el norte de África: en Hippo Regius en el 393 y en Cartago en el 397; pero estos concilios no impusieron nada nuevo sobre las comunidades cristianas sino que codificaron lo que era ya la práctica general de estas comunidades.⁸⁵

Los libros del Nuevo Testamento no fueron hechos inspirados por un concilio humano, sino que fueron inspirados por Dios en el momento en que fueron redactados. Pablo escribió: «*Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor*». Esta afirmación era verdadera en el momento en que fue redactada, cientos de años antes de la ratificación de los libros del Nuevo Testamento por concilios humanos. Cuando Dios

⁸⁵F.F. Bruce, *The New Testament Documents* (Grand Rapids, Mich.; Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1965), pág. 27.

daba a conocer que éste o aquél era un apóstol o profeta inspirado -esto se hacía mediante manifestaciones milagrosas- también se consideraba inspirado lo que escribió el apóstol o profeta.

UN EXAMEN DE LA EVIDENCIA

Examinemos ahora algunas de las evidencias que se mantienen en apoyo de nuestro texto del Nuevo Testamento. Este estudio es una ciencia por sí misma. Pero, desafortunadamente, aquí tenemos espacio sólo para presentar brevemente lo que esta área involucra. Sin embargo, un mero examen superficial de este campo es suficiente para darnos información acerca de la exactitud del texto del Nuevo Testamento.

A. Antiguos manuscritos del Nuevo Testamento

Un manuscrito es una copia de un documento antiguo en su lengua original. Cifras recientes afirman que hay al menos 5.285 manuscritos (fragmentos, porciones o documentos completos) del Nuevo Testamento. Pero esta cifra sigue creciendo al irse descubriendo nuevos manuscritos. Ningún documento de la antigüedad puede compararse con el apoyo textual que tiene el texto del Nuevo Testamento. Estas 5.285 evidencias en apoyo del texto del Nuevo Testamento pueden dividirse de la siguiente manera.

1. **81 papiros:** Casi todos estos se originaron en Egipto. Estos manuscritos sobre papiro datan entre los siglos segundo y octavo, y representan a todos los veintisiete libros del Nuevo Testamento.
2. **267 Unciales** (escritos en mayúsculas, sin espaciado entre las letras o párrafos): Muchos de los unciales sobreviven sólo en fragmentos. La mayor parte de ellos datan entre los siglos cuarto

o undécimo.

3. **2.764 Cursivos** (escritos en minúsculas): La mayor parte de los cursivos datan entre el siglo noveno y diecisiete.

4. **2.143 Leccionarios:**⁸⁶ Los leccionarios son formas u órdenes escritas de culto que contienen varias citas de las Escrituras. La mayor parte de estos leccionarios data de entre los siglos tercero y diecisiete.

5. **30 Ostraca:** Los óstraca son trozos rotos de cerámica con porciones o citas de las escrituras escritos en ellos.

De los anteriores manuscritos, muchos nos remontan a dentro de unos pocos siglos del autógrafo original. Otros, asombrosamente, a unos pocos años del original. Aquí se da una relación de sólo una fracción de los manuscritos más importantes con sus fechas y contenidos:

1. **Papiro de John Rylands:**

a. Fecha: 125-140 d.C. (El más antiguo manuscrito del Nuevo Testamento).

b. Contenido: Fragmento del evangelio de Juan: Juan 18:31-33,37.

(*Nota del Traductor.* En la actualidad hay fragmentos más antiguos del Nuevo Testamento, descubiertos en la Cueva 7 de Qumrán, fechados *antes* del año 70 d.C., y correspondientes a pasajes de Marcos, Hechos, Romanos, 1 Timoteo, Santiago, 2 Pedro. Ver Vila-Escuain, «Qumrán», *Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado*, págs. 980, 981, 988, CLIE., Terrassa, 1985).

2. **Papiro Chester Beatty:**

a. Fecha: Alrededor del 200 d.C.

⁸⁶Esta y las anteriores cifras han sido tomadas de Kurt Aland: «The Greek New Testament Its Present and Future Editions», *Journal of Biblical Literature* (June 1968). LXXXVII p. 184.

b. Contenido: Epístolas de Pablo excepto Filemón, 1 y 2 Timoteo, 2 Tesalonicenses, Tito y partes del Apocalipsis. Contienen también partes del Antiguo Testamento.

3. Papiro Bodmer II

a. Fecha: Alrededor del 200 d.C.

b. Contenido: Los registros evangélicos y los primeros catorce capítulos de Juan. Desde los capítulos 15 al 21 en fragmentos.

4. Papiro Bodmer VII, VIII:

a. Fecha: Principios del siglo tercero.

b. Contenido: Fragmentos de Lucas y de Juan.

5. Chester Beatty:

a. Fecha: Alrededor del 200 d.C.

b. Contenido: Partes de las epístolas de Pablo.

6. Barcelona:

a. Fecha: Alrededor del 200 d.C.

b. Contenido: Partes de los registros evangélicos.

7. Oxford y Barcelona:

a. Fecha: Alrededor del 200 d.C.

b. Contenido: Partes de los registros evangélicos.

Lo anterior nos da una idea de los manuscritos básicos con los que tiene que ver el crítico textual. Y naturalmente uno de los puntos principales que se aprenden es que no estamos tratando con evidencias separadas por siglos de los autógrafos originales. Muchos de estos fragmentos se remontan a unos pocos años del original. Incluso si no tenemos unos manuscritos

completos que se remonten a una fecha tan cercana a la de los autógrafos originales –y no los tenemos– tenemos porciones que poder comparar para determinar la exactitud. Podemos comparar estas partes antiguas con manuscritos de un origen posterior para determinar la fidelidad con que fue copiado el texto.

B. Versiones antiguas del Nuevo Testamento

Hay más de 10.000 documentos de versiones antiguas del Nuevo Testamento disponibles para la crítica textual. Estas versiones datan de entre los siglos segundo y séptimo d. C., y se agrupan comúnmente tal como sigue: Siríaca (siglos segundo a séptimo), Copta (siglos tercero a sexto), Gótica (siglo cuarto), Armenia (siglos cuarto a quinto), Etiópica (siglo sexto), Georgiana (siglo quinto) y Nubia (siglo sexto). Sigue a continuación una relación de algunas de estas líneas en cuanto a su origen y uso:

1, **Vetus Latina**: El latín era la lengua oficial de Roma. Es indudable que el Nuevo Testamento fue traducido al latín en la última parte del siglo segundo.⁸⁷ Se hicieron muchas traducciones independientes en los siglos tercero y cuarto. En el 382 d.C. un hombre llamado Dámaso encargó a Jerónimo la traducción de la Vulgata Latina. Como ya se ha dicho antes, esta traducción vino a ser más tarde la traducción oficial de la iglesia católica romana.

2. **Vieja Siríaca**: Es probable que partes del Nuevo Testamento fueran traducidas al siríaco (estrechamente relacionado con el arameo) alrededor de mediados del siglo segundo. Se atribuye a Taciano la traducción de partes de los registros evangélicos, obra que recibe el nombre de *Diatessaron*, alrededor del 160 d.C. La *Peshitto* (nombre que significa «correcta» o «sencilla») fue traducida en el siglo tercero. La *Peshitto* es una traducción todavía utilizada por

⁸⁷Funderburk. «Texts and Versions», *Pictorial Bible Dictionary*, op. cit., pág. 844.

muchos en el Medio Oriente.

3. **Versión Gótica:** Fue traducida por Ulfilas alrededor del siglo cuarto. Esta es la primera versión que representa al texto bizantino.

4. **Versión Copta:** Al extenderse el cristianismo por Egipto, surgió la necesidad de traducir las Escrituras a la lengua de los egipcios. Así, el Nuevo Testamento fue probablemente traducido al dialecto sahídico en el siglo tercero. Fue traducido a otros dialectos en años posteriores al surgir nuevas necesidades.

Son muchos más los manuscritos del Nuevo Testamento que son traducciones a otras lenguas de la antigüedad. La versión armenia tuvo su origen alrededor del 400 d.C., la georgiana alrededor de mediados del siglo quinto, la etiópica alrededor del 600 d.C., y la eslava en el siglo noveno.

La evidencia textual conseguida en base de las muchas versiones antiguas que poseemos para su examen en la actualidad dan un apoyo indestructible para la fidedignidad de nuestro texto del Nuevo Testamento. Cada estudioso de la Biblia debería darse cuenta de esto. La crítica de que nuestro Nuevo Testamento es impreciso, incompleto e indigno de confianza cae ciertamente ante la luz de tal evidencia. En realidad tales críticas se basan sólo en la ignorancia de la evidencia misma.

C. Citas de los «Padres de la Iglesia»

Los «padres de la Iglesia» o líderes que vivieron durante los siglos segundo y tercero d.C., escribieron cartas de aliento para las iglesias desalentadas y perseguidas, así como defensas apoloéticas ante los gobernantes romanos. En sus escritos aparecen más de 36.000 citas del Nuevo Testamento. Pero muchas de estas citas se escribieron de memoria. J. Harold Greenlee

escribió: «Si cada ms. [manuscrito] del NT [Nuevo Testamento] mismo fuera destruido, el NT podría ser virtualmente reconstruido en base de otra fuente significativa, esto es, los miles de citas de pasajes del NT en los escritos de los antiguos Padres de la Iglesia, principalmente en griego, latín y siríaco».⁸⁸ Los siguientes puntos relacionan sólo unos pocos de los principales nombres en este campo de estudio:

1. **Clemente de Roma** (30-100 d.C.): Clemente escribió una carta a la iglesia en Corinto alrededor del 97 d.C. (Algunos creen que puede tratarse del Clemente mencionado por Pablo en Filipenses 4:3). «Esta epístola contiene 150 citas del Antiguo Testamento así como numerosas referencias a escritos del Nuevo Testamento».⁸⁹ Clemente cita y muestra su familiaridad con Romanos, 1 Corintios, Efesios, 1 Timoteo, Tito, Hebreos y 1 Juan. Las citas de Clemente y de otros escritores apostólicos dan evidencia de la temprana aceptación de los libros del Nuevo Testamento así como de su canonización.

⁸⁸ *Ibid.*

⁸⁹ F.W. Mattox, *The Eternal Kingdom* (Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., 1961), pág. 57.

2. **Justino** (100-165 d.C.): Justino «nació como pagano en Samaria, se convirtió en Éfeso (quizá), y fue maestro cristiano en Roma: es el más importante de los apologistas del siglo segundo; conocido como "Mártir" por la manera en que murió».⁹⁰ En sus escritos Justino se refiere muchas veces al Nuevo Testamento y defiende muchas enseñanzas del Nuevo Testamento como el culto en domingo. Escribió: «Y en el día llamado Domingo, todos los que viven en ciudades o en el campo se reúnen en un lugar, y se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, hasta allí donde el tiempo lo permite».⁹¹ Justino cita unas cuarenta y tres veces de Mateo y diecinueve veces de Lucas. Numerosas otras citas son tomadas de Juan y Marcos. Parece que citó mayormente de los registros evangélicos.

3. **Ireneo** (125-192 ?): Ireneo fue obispo de Lyon y escribió extensamente en defensa del cristianismo. La mayor parte de sus escritos se han perdido, pero una de sus más grandes obras sigue disponible: *Contra herejías* (escrita alrededor del 185). Cita del Nuevo Testamento más de 1.800 veces, utilizando los cuatro evangelios, Hechos, las trece epístolas de Pablo, 1 Pedro, 1 Juan y Apocalipsis. Consideraba inspirados y autorizados todos los libros del Nuevo Testamento.

Algo importante a recordar acerca de los escritos de los antiguos Padres Apostólicos es que mencionan todos los veintisiete libros del Nuevo Testamento como de origen divino. Esto refuerza el hecho de que el canon del Nuevo Testamento quedó concluido con la redacción del último de los veintisiete libros: Apocalipsis. Ninguno otro de los escritos del siglo primero era considerado inspirado por los cristianos primitivos. Lightfoot escribió: «Si no es más tarde que a mediados del siglo segundo que comienzan a ser extensamente leídas en reuniones públicas las cartas de los apóstoles, no es más tarde que a fines del siglo segundo que aparecen listas

⁹⁰Everett Ferguson, *Early Christian Speak* (Austin, Tex.; Sweet Publishing Co., 1961), pág. 241.

⁹¹Justin Martyr, *Apology*, Capítulo 67.

sustanciales de los libros del Nuevo Testamento». ⁹² Y estas listas contienen sólo los veintisiete libros del Nuevo Testamento.

LOS APÓCRIFOS Y PSEUDOEPÍGRAFOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Tenemos ahora que considerar la controversia centrada alrededor de los Apócrifos y otros escritos similares, esto es, los Pseudoepígrafos.

La palabra «apócrifo» significa «escondido» u «oculto». Vino a ser aplicado a cierta colección de libros cuyo origen se fecha entre el 200 a.C. al 100 a.C. El término pseudoepígrafos significa «falso» o «espúreo». Se aplica a una colección de literatura judía que se originó entre el 200 a.C. y el 200 d.C.

⁹²Neil R. Lighfoot, *How We Got the Bible* (Austin, Tex.; R. B. Sweet Co. Inc, 1962), pág. 55.

Los apócrifos del Antiguo Testamento están constituidos por los siguientes catorce libros: 1 Esdras, 2 Esdras, Tobit, Judit, añadiduras a Ester, Sabiduría de Salomón, Eclesiástico, Baruc, Cántico de los Tres Jóvenes, Susana, Bel y el Dragón, Oración de Manasés, 1 Macabeos, y 2 Macabeos. Si de Baruc se separa, como hacen algunos, la Carta de Jeremías, llegamos a quince libros apócrifos. En el Concilio de Trento (1546) la Iglesia Católica rechazó 1 y 2 Esdras y la Oración de Manasés. Ello condujo a la aceptación, por parte de la Iglesia Católica, de doce de los libros apócrifos si dividimos Baruc.

Estos libros son literatura judía e historias del turbulento período de la nación de Israel entre el 200 a.C. y 100 d.C. Por lo general se dividen en las siguientes categorías en base de su contenido: *Históricos* (1 Esdras, 1 y 2 Macabeos), *Legendarios* (Tobit, Judit, Añadiduras de Ester, Cántico de los Tres Jóvenes, Bel y el Dragón), *Proféticos* (Baruc, Oración de Manasés, 2 Esdras), y *Éticos* (Eclesiástico, Sabiduría de Salomón).

Los pseudoepígrafos se componen de alrededor de dieciocho libros que fueron escritos con el propósito de dar esperanza a Israel en tiempos turbulentos. Sus autores asignaron falsas paternidades a sus libros a fin de producir un mayor impacto y aliento a los lectores.⁹³ Estos libros se dividen por lo general en cuatro divisiones principales: Apocalípticos, Legendarios, Poéticos y Didácticos.

LA CONTROVERSIA

Ha habido y hay mucha controversia acerca de la adición de los apócrifos al canon del Antiguo Testamento. Muchos han pretendido inspiración para estos libros que tienen un carácter dudoso y muchas afirmaciones históricas erróneas en su texto. Los pseudoepígrafos han tenido siempre

⁹³Miller, *General Biblical Introduction*, op. cit., pág. 106.

muy poco soporte para su inclusión en el canon. Los siguientes puntos constituyen razones para rechazar los apócrifos y pseudoepígrafos del canon del Antiguo Testamento:

1. *Los libros apócrifos carecen decididamente de la dignidad de la inspiración.* Repletos de contradicciones, inexactitudes, elementos absurdos y mitología, estos libros no aguantan la comparación, en absoluto, de las características clásicas de redacción de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento. Miller escribió acerca de los libros apócrifos:

Estos libros contienen muchos errores históricos, geográficos y cronológicos, y distorsiones de las narraciones del Antiguo Testamento, contradiciéndose entre sí, contradiciendo a la Biblia, y también a la historia secular.

Enseñan doctrinas y mantienen prácticas que son directamente contrarias a las Escrituras canónicas. Se aprueba la mentira, se justifican el suicidio y el asesinato, se enseñan y aprueban la salvación por las obras y por las limosnas, los encantamientos mágicos, las oraciones de los muertos por los muertos, etc.⁹⁴

⁹⁴ *Ibid.*, pág. 118.

2. *Los libros apócrifos no pretenden inspiración, ni pretenden ser obra de profetas.* Las características proféticas que caracterizan a los profetas del Antiguo Testamento están ausentes de estos libros.

3. *Los libros apócrifos no fueron considerados parte del canon del Antiguo Testamento cuando fueron escritos.* Cuando los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento fueron escritos, vinieron a formar automáticamente parte del canon del Antiguo Testamento. Los judíos los consideraban inspirados porque sabían que sus escritores eran hombres inspirados por Dios. Esto no se puede afirmar de los libros apócrifos. Fueron añadidos cientos de años después del cierre del canon del Antiguo Testamento.

Se desconoce la fecha exacta en que fueron añadidos estos libros a los treinta y nueve del Antiguo Testamento. La Iglesia Católica los añadió como canónicos en el Concilio de Trento en 1546. Pero algunas antiguas copias de la Septuaginta contienen los apócrifos. Sin embargo, es dudoso que estos libros fueran inmediatamente añadidos a la Septuaginta cuando fueron escritos. La evidencia parece apoyar el hecho de que los libros apócrifos fueron añadidos al canon muchos años después de su redacción. Josefo escribió:

Nosotros no tenemos una cantidad innumerable de libros entre nosotros, discrepando entre sí, contradiciéndose (como sucede con los griegos), sino sólo veintidós [los 39 libros de nuestro Antiguo Testamento], que contienen los registros de todos los tiempos pasados; y que con justicia son aceptados como divinos; ...y cuán firmemente hemos dado crédito a estos libros de nuestra propia nación queda evidente por lo que hacemos; porque durante tanto tiempo como ya ha transcurrido, nadie ha sido tan temerario como para añadir nada a ellos, ni quitar nada, ni hacer ningún cambio en ellos.⁹⁵

⁹⁵Flavio Josefo, *Contra Apión*. Libro I, Sección 8.

Estos veintidós libros mencionados por Josefo son los treinta y nueve libros que tenemos del Antiguo Testamento. Los antiguos judíos clasificaban los treinta y nueve libros en veintidós diferentes divisiones.

Hay también otros antiguos escritores que rechazan los escritos apócrifos. Cirilo de Jerusalén, que nació alrededor del 315, se refirió a la Septuaginta diciendo: «Leed las divinas Escrituras, esto es, los veintidós libros del Antiguo Testamento que tradujeron los setenta y dos intérpretes». La versión griega de Aquila del 128 d.C., no contiene los apócrifos, como tampoco la de Teodoción del 180 d.C., y Jerónimo rehusó incluir estos libros a su Vulgata latina. Pero fueron añadidos después de su muerte.

Para concluir este asunto, la evidencia da un apoyo sustancial al hecho de que el judío ortodoxo jamás aceptó los apócrifos como parte de los veintidós libros que constituían el Antiguo Testamento hebreo. Tampoco los aceptaron los cristianos del primer siglo. Sobre esta base, no podrían ser aceptados hoy en día como inspirados.

4. *Jesús y los escritores del Nuevo Testamento no reconocieron los libros apócrifos.* Junto con la fuerza del anterior argumento, Jesús y los escritores del Nuevo Testamento jamás se refirieron a los apócrifos, ni por cita ni por inferencia. Éste es el más devastador argumento en contra de su inspiración. Si estos libros hubieran sido añadidos al canon del Antiguo Testamento hacia la época de Jesús, es natural suponer que Cristo y Sus apóstoles habrían levantado la voz en protesta contra estos libros. Pero no se hace ninguna objeción. Por cuanto no había objeción contra ellos, ni, al mismo tiempo, ninguna cita de sus textos, es lógico llegar a la conclusión de que no formaban parte del canon del Antiguo Testamento y que Jesús y los escritores del Nuevo Testamento no los consideraron como inspirados.

Los judíos no aceptaban los apócrifos como inspirados. Jesús no los aceptó como inspirados. Siendo que no se da ninguna controversia entre Jesús y los judíos acerca de estos libros,

tenemos que llegar a la conclusión de que ambos estaban de acuerdo en cuanto a su no inspiración y no integración en el canon del Antiguo Testamento. De estos hechos se llega a la conclusión final de que los libros apócrifos no fueron inspirados por Dios. Por ello, no tienen lugar hoy en el canon del Antiguo Testamento.

Otros puntos detallados podrían ser presentados para rechazar los apócrifos. Estos serán suficientes para nuestra argumentación en contra de la inspiración de estos libros y de su adición en el canon del Antiguo Testamento. Se dan para familiarizar al estudioso con las muchas dificultades que tienen que afrontarse al tratar de añadir los apócrifos al canon del Antiguo Testamento. En cuanto a la fecha de redacción de estos libros, o por quién fueran escritos, no se sabe con certeza. Pero es evidente que no son escrituras inspiradas. Tenemos que mantener esto en claro. Pero sí que tienen un cierto valor, como lo señala Miller más abajo:

Aunque debido a su falta de inspiración contienen inexactitudes, contradicciones, elementos absurdos y enseñanzas que entran en conflicto con las Escrituras, dan sin embargo una valiosa información acerca de la vida externa e interna del judaísmo, un atisbo al pensamiento, sentimiento, filosofía, carácter e historia del judaísmo dentro del período de tiempo en que fueron escritos.⁹⁶

Norman Geisler y William Nix concluyen este asunto de la siguiente manera:

⁹⁶Miller, *General Biblical Introduction*, *op. cit.*, pág. 112.

Por ello, todos los argumentos utilizados en favor de la canonicidad de los libros apócrifos sirven meramente para demostrar que estos libros han recibido diversos grados de estima y reconocimiento, llegando por lo general bien cortos de una plena canonicidad hasta que la Iglesia Católica Romana los pronunció oficialmente como canónicos en 1546 en el Concilio de Trento. Este reconocimiento queda muy por debajo de la canonicidad dada a los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento, y los abrumadores argumentos en favor de rechazar los apócrifos como parte del canon proveen una convincente evidencia de que los libros no son inspirados por Dios.⁹⁷

LOS APÓCRIFOS Y PSEUDOEPÍGRAFOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Los libros apócrifos del Nuevo Testamento –hay entre once y quince– se originaron alrededor del siglo segundo y posteriormente. Estos libros contienen superficiales relatos acerca de los primeros años de la vida de Jesús, falsos hechos de los apóstoles y otros relatos de naturaleza legendaria. Estos escritos no deberían confundirse con los de los Padres Apostólicos que escribieron entre alrededor del 80 d.C. hasta el 200 d.C. Los Padres Apostólicos escribieron cartas en defensa del cristianismo y para fortalecer las iglesias. Los libros apócrifos del Nuevo Testamento son fantásticas historias acerca de Jesús y de los apóstoles. No fueron aceptados como inspirados cuando fueron escritos, y por esta razón tampoco debieran ser aceptados hoy en día como inspirados. Evidentemente, no son libros inspirados.

También hay libros pseudoepigráficos del Nuevo Testamento como los del período del Antiguo Testamento. Hay alrededor de veinte de estos libros que pretenden ser registros evangélicos, o

⁹⁷Norman L. Geisler y William E. Nix, *A General Introduction to the Bible* (Chicago, Ill.; Moody Press, 1979), pág. 200.

epístolas, o apocalipsis, que datan de tiempos muy tempranos. Pero «alrededor del siglo noveno, Fotino relacionó unos 280, y posteriormente se han descubierto aún más».⁹⁸ Pretenden haber sido escritos por personajes neotestamentarios. Pero ninguno de estos libros fue aceptado como inspirado por los más antiguos escritores. Su evidente carácter deja mucho que desear por lo que a la inspiración respecta.

RECAPITULACIÓN

Se tiene que concluir, en base del análisis de los muchos antiguos documentos bíblicos que existen en la actualidad, que la evidencia está abrumadoramente en favor de la exactitud de nuestra Biblia actual. Sólo un mal conocimiento de los hechos puede producir la duda de un escéptico en la exactitud de nuestra Biblia. Y solamente el deseo de buscar un apoyo antiguo para errores religiosos le llevaría a uno a añadir a la autorizada colección de la autorizada Palabra de Dios cualquier tipo de documentos no inspirados, como los libros apócrifos o pseudoepígrafos.

⁹⁸ *Ibid*, pág. 171.

La lista de documentos antiguos en este capítulo es solamente un puñado representativo de la enorme cantidad de evidencia ofrecida en apoyo de nuestro texto bíblico. Se podrían presentar páginas llenas de listas mencionando documentos del Antiguo y Nuevo Testamento utilizados en la crítica textual. Sólo se han mencionado unos pocos con el propósito de familiarizar al estudioso con el tipo y calidad de los documentos que el crítico textual tiene en su campo de recolección, cotejo y traducción.

Aquellos libros que no tienen lugar en el canon, tienen antiguos documentos que apoyan su antigüedad. Pero las pruebas de la inspiración excluyen con claridad su adición a los sesenta y seis libros inspirados de la Biblia. Los apócrifos tienen su lugar entre los antiguos documentos históricos, pero en absoluto pueden compararse ni ocupar un mismo lugar con la redacción, carácter y contenido de las Sagradas Escrituras.

Capítulo 3 (fracción)

EL PROFETA, ÓRGANO DE REVELACIÓN⁹⁹

⁹⁹“*El Profeta, órgano de revelación, etc*” es parte del capítulo 3 del libro “*Por qué creo en la Biblia*”, de Américo A, Tonda. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. Teología # 1.

Dios nos habló por medio de los profetas. Los hebreos al profeta lo llamaban *nabí*, plural *nebiim*, tal vez del babilónico *nabú*, llamar, anunciar, es decir, el elegido para ser vocero de otro, en este caso, de Dios. "*Mira que pongo mis palabras en tu boca*" -le dirá Yavé a Jeremías en el preciso instante de su vacación (Jer. 1:9; Ezeq. 3:10 ss.). Aun al profeta pagano Balaam la tradición israelita lo presenta como vehículo exclusivo de la palabra de Yavé: "la palabra que Dios ponga en mi boca, ésa hablaré (Números 2:22-38; también 23:3,12; 24:13). Los traductores alejandrinos virtieron el vocablo *nabí* por profeta, del verbo *pro-femí*, que equivale a hablar por otro, ser su portavoz, su mensajero... de Yavé. Al profeta, pues, se lo define por relación a la Palabra divina, norma y regla de la vida para Israel. Así como el manantial que irriga, produce en el desierto el milagro del oasis, el profetismo fue el agua viva (Jer. 2:13) que mantuvo al pueblo elegido en un florecimiento siempre renovado. El rey tramita las bendiciones divinas por la columna vertebral de los patriarcas, el sacerdote expulsa la ley y el sabio la integra, elevándola, a la sabiduría de las naciones en la tradición bíblica, pero el *nabí*, por encima de todos, trae la *Palabra nueva* de Dios. Fundamentalmente, los profetas no pusieron jamás en duda la legitimidad y necesidad de la monarquía, del sacerdocio y de la institución jurídica de los "ancianos". Por el contrario, ellos consideran estos oficios como órganos de la voluntad de Yavé, con mucha más seriedad de cuanto podían tomarlas en aquel tiempo los detentores de estos cargos. Sin embargo, según Deuteronomio (18:18), un Israel bien constituido se halla bajo una guía carismática.

El profeta es el guía por excelencia. Echa su raíz en la entraña del pueblo, en su momento histórico, y de él extrae los designios divinos, porque no sólo nos describe el curso de los acontecimientos, sino que los interpreta. El *nabí* es el testigo e intérprete cualificado de la historia, el que manifiesta su significación sobrenatural. Encontramos en el Antiguo Testamento dos líneas complementarias: la de los acontecimientos y la de los profetas que proclaman en

nombre de Dios lo que aquéllos significan. Dios se revela por la historia, pero por la historia descifrada por los profetas. La historia no aparece como *historia de la salvación*, sino cuando la comenta autoritativamente la palabra del *nabí* quien descubre a Israel la presencia y el contenido de la acción de Dios. Esta acción, escondida en el acontecimiento histórico, exige la palabra complementaria para su *plena* intelección. Por la palabra del profeta toma Israel conciencia de la acción salvífica de Dios en la historia. El acontecimiento histórico, en cuanto revelación, debe adquirir su sentido de la palabra del profeta (Am. 3:7; Is. 42:9). Hay que distinguir, pues, por una parte, el *acontecimiento histórico* (real, objetivo) y, por otra, el *acontecimiento de la palabra* (real, objetivo), que acompaña el acontecimiento histórico; notemos también que el acontecimiento de la palabra consagra el acontecimiento histórico y lo propone a la fe como acontecimiento de salvación atestiguado por Dios.

El profeta e Israel

El profetismo es algo substancial a Israel, el pueblo elegido a quien Dios se revela. Moisés fue profeta y arquetipo de profetas, pues vio a Dios "cara a cara" (Núm. 12). En los tiempos de los Jueces y en los juicios de la monarquía asoma la gran figura de Samuel. En el reinado de David y de Salomón (siglo -IX) resuena la voz de Elías y de Natán; en el siglo siguiente Amós y Oseas amonestan al país del Norte, tras el cisma, en tanto que Miqueas e Isaías llaman a la reflexión a los hombres de Judá... Los seguirán en este ministerio Jeremías, Ezequiel..., Malaquías..., hasta Juan el Bautista, en el umbral ya del Nuevo Testamento: cada uno en su contexto histórico, pues el profeta vive inmerso en la espesura de lo temporal, porque éste es precisamente el terreno de la profecía. El heraldo de Dios lanza su mirada sobre el pasado, el presente y el porvenir, porque toda la historia salvífica está orientada, linealmente, hacia Aquél que ha de venir. Perescruta en

las vísceras de lo contemporáneo las futuras promesas, la revelación divina, que sucesiva y fragmentariamente nos transmiten, a la espera de que Cristo nos la entregue en su plenitud (Heb. 1:1).

La revelación del Sinaí no deja de ser el bloque central de revelación. Pero, merced a los profetas, ha podido perdurar en el Antiguo Testamento, profundizarse y ampliarse, a pesar de los avatares históricos de Israel. Porque ellos disponen de un manantial secreto. Lo que constituye la autoridad y la originalidad del profeta es haber sido objeto de una experiencia privilegiada: conoce a Yavé, porque Yavé le ha hablado y le ha confiado Su palabra. Ha sido admitido a la intimidad peculiar de Dios, llamado a participar de su conocimiento, sus designios, sus voluntades, para ser intérprete ante los hombres. Como los ángeles que asisten al consejo divino (Job. 1:6; 2:1; Zac. 1:11ss.), el profeta "ha asistido al consejo de Yavé" (Jer. 23:18,22; 1 R. 22,19-23) y Yavé le ha revelado sus designios (Am.3:7). Conoce los secretos del Altísimo (Núm. 24:16-17), porque ha oído las palabras de Yavé (1 Sml. 15:16). Yavé ha hablado y él posee su palabra.

Aquí reposa la experiencia capital del profeta. La palabra de Yavé está en él (Jer. 5:13). Ha sido puesta en su boca (Jer. 1:9; 5:14), y el profeta la ha comido como un alimento (Ezeq. 3:1-3). Jeremías repite varias veces que la diferencia decisiva entre el verdadero y el falso profeta radica en la posesión de la palabra (Jer. 23:16-31): La introducción habitual al mensaje profético es "Así habla Yavé". O también: "Oí la voz del Señor" (Is. 6:8) o "así me ha hablado Yavé" (Is. 8:11; Jer. 11:21; 15:1), o "Yavé me ha revelado" (Is. 22:14), o "me llegó la palabra de Yavé".

El profeta ha recibido la palabra de Yavé, no para guardarla sino para transmitirla, publicarla, proclamarla. Es la boca de Yavé (Jer. 15:19; Ex. 7:1-2), como Aarón era el profeta de Moisés, porque anunciaba la palabra de éste (Ex. 4:16). Jeremías ha sido constituido profeta, porque

Dios lo envía y ha puesto en su boca sus palabras. El profeta es el heraldo de Yavé, elegido, llamado por Él, para pregonar las palabras que ha recibido u oído de Yavé. El profeta es *el hombre de la palabra* (Jer. 18:18). Entre los hombres se presenta como el intérprete, autorizado por Dios, de todo lo que sucede en el universo (tempestad, cataclismos, hambre, prosperidad), entre los hombres (pecado, muerte, obstinación) y en la historia (vicisitudes, éxitos, sucesión de imperios). Importa subrayar el carácter objetivo y dinámico de la locución divina. Yavé *dirige* su palabra al profeta: ésta le llega como realidad activa, cargada del poder que Dios le infunde. La palabra tiene su primer efecto en el *nabí* que la recibe. Actúa como una fuerza extraña que lo subyuga y de la que no logra liberarse, sino que lo fuerza a dar *testimonio* de ella. Además de su acción en el profeta mismo, la palabra de Yavé posee su eficacia propia, independiente de aquél: un valor sacramental. Nada puede frenar el movimiento de la palabra lanzada por Yavé. Ella sigue su camino y cumple su obra. Destrucción, muerte, hambre, salvación, huida de los ejércitos: todo se reduce conforme a la palabra que es verdad (1 R. 15:29; 16:12; 2 R. 1:17; 7:16; 9:26; 10:17). La palabra del profeta, que es Palabra de Dios en palabra humana, participa de esta eficacia. Jeremías recibe un poder para "destruir y arrancar, arruinar y asolar, edificar y plantar" (Jer. 1:9-10; 1 Sml. 16:4; 2 R. 2:24). La Palabra de Dios es como martillo que rompe la roca (Jer. 5:14; 23:39) o como la espada que mata (Os. 6:5). Jamás es estéril (Is. 45:23; 54:2). Pero no es una fuerza incontrolable. Dios fiscaliza sus efectos en conformidad con su designio, designio de salvación para toda carne.

La misión del profeta

La sociedad reconoce al *nabí* como mensajero y embajador de Dios; en medio de ella hacían su aparición a intervalos los *nebiim*. Obligación era del pueblo recibirlos con reverencia. El instinto

religioso de Israel los distinguía de los falsos profetas, que abundaban (Deut. 18:15-19; 13:26; 18:20-22), primero, porque su prédica concordaba con la tradición religiosa de Israel. Ante los ojos de los contemporáneos, a veces los profetas hacen figura de perturbadores (1 R. 18:20-46) y hasta de revolucionarios (Sal. 63; 2 R. 9-10), en todo caso de personajes molestos. La realidad limpia es otra, en cuanto a sus ideas religiosas. Su continuo machacar sobre las exigencias de la ley y la alianza es a menudo tan riguroso, que nos da la impresión de que crean algo que supera la ley y que a veces se opone a ella. Sin embargo, el *nabí* no innova, no inventa, ni deforma ni selecciona, sino que profundiza y acrecienta el acervo recibido. El profeta no es un revolucionario religioso. Busca, inversamente, en el pasado nacional el modelo de Israel que quiere hacer revivir y enriquecer. Mantiene celosamente el concepto de la trascendencia y unicidad de Dios. En la controversia entre Yavé y Baal, que alcanzó su punto culminante a mediados del siglo -IX, Elías entró en la contienda bajo el lema de: "Yavé es el Dios por antonomasia" (1 R. 18:39). Caracteriza al profetismo el insistir en la fidelidad a la alianza, en enrostrar a Israel su infidelidad (prostitución) y en subrayar plásticamente la interioridad de la "religión pura y limpia", fustigar el culto meramente exterior, el rito vacío, la materialidad de la ceremonia y del holocausto, el fetichismo del templo y del arca. Su voz se entona exigiendo pureza íntima: "Circuncidaos el oído y el corazón".

El segundo criterio con que contaba el pueblo para discernir al verdadero profeta estribaba en su celo por la defensa del huérfano y de la viuda. Proclamaba lo que hoy llamaríamos justicia social. El profeta no aboga por ninguna clase. Lanza sus dardos encendidos contra todos los estamentos sociales. Canta la verdad a cada uno sin acepción de personas: no se concita la simpatía de nadie. Misión penosa que exige temple de espíritu.

El heraldo de Yavé no desdeña la tela gruesa de la política, pero tampoco raya en revolucionario político. El arte de gobernar le interesa en cuanto dice relación a la observancia del Pacto del

Sinaí. Repudia las alianzas extranjeras, ya porque involucran una pérdida de confianza en la fidelidad de Yavé, ya porque son un puente por donde penetra la idolatría. Por esa misma razón impugna los matrimonios con mujeres foráneas, puesto que con ellas se introduce el sincretismo religioso, como en el caso de Salomón y en el de Acab (868-850). cuya esposa Jezabel se había traído consigo el Olimpo cananeo, al extremo de que los profetas de Baal y Astarté comían a la mesa de la reina (1 R. 18:19). El Profeta, estrictamente vinculado a la política de su tiempo, representa en ella la supremacía de lo espiritual.

El vate de Dios vaticina, y sus vaticinios se cumplen: Este es el otro tamiz con que el pueblo lo separa, con seguridad, de los falsos profetas. Por el incumplimiento de la alianza y por haber instalado cultos paganos, Israel será arrastrado al exilio de Nínive (-722), y Judá al de Babilonia (-598, 586), junto al Eufrates. Así como Cristo preanunció la destrucción de Jerusalén, los profetas llamados "del infortunio" o de la desgracia dieron previo aviso de la hecatombe de uno y otro reino, el del Norte y el del Sur, a manos de los asirios y de los caldeos, respectivamente (2 R. 15:13-31; 17:1-41; Amós 7:17; Miqueas 3:12; Jer. 20:4-7; Ez. 8:11; Habacuc 1:5-11, etc.).

Jeremías ocupa un lugar importante en la reflexión teológica sobre el profetismo y la revelación, porque ha querido determinar los criterios de la auténtica palabra de Dios. Estos criterios son: el cumplimiento de la palabra del profeta (Jer. 28:9; 32:6-8; Dt. 18:21-22), la fidelidad a Yavé y a la religión tradicional (Jer. 23:13-32) y, por último, el testimonio, a menudo heroico, que el profeta mismo debe dar de su propia misión (Jer. 1:4-6; 26:12-15).

La vocación del profeta

Miremos más de cerca a estos preclaros varones. Tienen profunda conciencia de que Dios los eligió para transmitir su palabra. El verbo cálido y penetrante que sale de su boca, no es palabra

humana, sino oráculo de Yavé. Ellos lo proclaman a voz en cuello, a manera de un mortificante estribillo: "¡Dice el Señor!". No son ellos los que se arrojan este ministerio, sino que Yavé se les impone compulsivamente sin atender reclamos ni excusas. Un vendaval divino los impele a vociferar: "¡Palabra de Yavé!". Amós nos regala dos versículos hartos expresivos:

"Si el león ruge, ¿quién no temerá?"

"Si el Señor Yahveh habla, ¿quién no profetizará?" (3:8).

Una fuerza extraña invade al profeta, lo constriñe, se apodera de él. Fuente de alegría (Jer. 15:16), de oprobio (Jer. 20:7-9), la palabra obra como un fuego devorador:

"Fue mi corazón como un horno ardiente, metido en mis huesos, trabajé por sufrirlo y no pude" (Jer. 20:9).

Estos versos de Jeremías son los más expresivos y fuertes en relación con lo que dice el Antiguo Testamento acerca de la coacción que Dios puede ejercer sobre el hombre. La palabra obra como un fuego devorador, como una potencia irreprimible (Jer. 6:11). No hay modo de substraerse a ella. Yavé ha hablado: el profeta debe *dar testimonio*. Tal la experiencia del citado Amós (3:8), de Jeremías (20:7-9), de Isaías (8:11), de Ezequiel (3:14), de Elías (1 R 18:46), de Eliseo (2 R. 3:15). El profeta está vinculado a Dios por su palabra.

Quien recibe la investidura profética queda tan reciamente atrapado, que acabará profetizando, por muy tímido y sensible que sea. La gracia de Dios lo vuelve intrépido para anunciar la mayor de las catástrofes y afrontar la ira del pueblo. Opuestamente a los pseudo-profetas y a "los discípulos de los profetas", aspirantes al soplo del Espíritu, ellos esquivan el don profético, se niegan, se obstinan, y sólo ceden ante la violencia misteriosa que los cala hasta el riñón y la médula.

El profetismo no constituye el privilegio de ninguna tribu (como los sacerdotes), ni de ninguna

familia (como los pontífices y los reyes). Yavé los extrae de cualquier familia, condición y edad. Jeremías y Ezequiel provienen del orden sacerdotal. Eliseo cultiva el campo. Amós cuida el ganado. Isaías es de alta cuna... Daniel y Samuel oyen el llamado cuando jóvenes, Moisés siendo adulto, Eliseo en su vejez... Tampoco se excluye a las mujeres, como Débora y Holda. Dios elige a quien quiere, como Cristo a sus apóstoles.

Si Isaías contesta al Señor: "Heme aquí, envíame a mí" (6:8), Amós se sorprende de que se le busque a él un boyero. Y cuando un falso profeta y ganapán del Norte lo invita a rumbear para el Sur a fin de evitar odiosas competencias, le aclara terminantemente: "Yo no soy profeta, ni hijo de profeta, sino boyero y recolector de cabrahigos", esto es, yo no aspiré el carisma profético, sino que Dios me dijo: "Vé y profetiza a mi pueblo Israel" del Norte, y no a Judá en el Sur (7:12-16),

La vocación de Jeremías reviste contornos torturantes. El vate se descoyunta para substraerse desde el arranque, pero fue la palabra de Dios diciendo:

*"Antes que te formases en el vientre, te conocí,
y antes que nacieses te santifiqué,
te di por profeta a las gentes".*

El agraciado se resiste alegando:

*"Ah, ah ¡Señor! ¡He aquí que yo no sé hablar, porque soy un niño!
-No digas soy un niño, porque a todo lo que te enviaré, harás tú y dirás lo que yo te mandare".*

Jeremías se allana, acepta la misión, y trascurrido algún tiempo, quisiera deshacerse de ella. Que Dios se agencie a otro candidato, pues que él se da de baja, y licencia. Yavé lo ha seducido, a la manera que un mozuelo seduce a una muchacha con charlas agradables al oído. ¡Qué

dulce fuiste para mí y qué fuerte! El profeta se queja frente a Dios de la debilidad, debilidad por otra parte perdonable, ¡cómo podría oponerse a Él! La acusación se dirige aquí contra Dios, por haberlo convertido en irrisión para todo el mundo. ¿Por qué? Porque debe predicar abominación y exterminio (20:8).

Las épocas críticas de la historia están marcadas por la aparición de estos mensajeros divinos. Elías y Eliseo, cuando la invasión idolátrica del siglo -IX. Isaías y Miqueas, al zozobrar la dinastía de Judá. En los siglos -VII y -VI (640-587) entra en escena Jeremías con perspectivas aterradoras. Será la última vez que la voz profética suene en los oídos del rey y del pueblo en la tierra de la Promesa. Pre-anuncia el castigo nacional a partir del -609, cuando el rey Joaquín abre las puertas a la idolatría y rompe la alianza, y el pueblo sigue la farsa del rey. La victoria de Babilonia en Karkemish (-605) le permite identificar al misterioso enemigo del Norte, que será el instrumento de las lecciones divinas. Comienza entonces para Jeremías un momento trágico. Solo, contra todos, predica la catástrofe, en vista de que Jerusalén no se convierte. Después del discurso sobre la ruina del templo, por milagro escapa a la muerte. Otra vez realiza en público un acto simbólico, quebrantando un cántaro, para significar la suerte que les espera; lo que le vale ser puesto en un cepo por la policía del templo (Jer. 46:3-12; 25:15-31; 7:10-15; 19:1-20).

Estos oráculos conminatorios son, naturalmente, el reverso de las bendiciones prometidas antaño y parcialmente realizadas en el pasado. El pueblo será diezmado (Am. 5:3; 9:1-4; Oseas 9:1-14; Is. 10:22-23; Jer. 15:1-4); en lugar de paz conocerá la invasión (Is. 5:26-30; Jer. 4:5-31; 6), la derrota bélica y las devastaciones de la guerra (Am. 2:13-16; 3:11; 7; Os. 5:8-10; 8:1-3; 10:14; Is. 1:4-9; Jer. 15:5-9; 21:1-7; Ez. 6:1-10); en vez de un imperio habrá una ocupación extranjera (Am. 6:14; Jer. 27); en lugar de una vida tranquila sobre el suelo patrio, habrá deportación y exilio (Am. 6:7; 7:17; Os. 9:3,6; 10:6; Jer. 20:4-6; Ez. 12:1-20); el rey será destronado (Os. 10:7,15; 13:9-11; Jer. 34:1-3); las ciudades y las dos capitales (Samaría y

Jerusalén) destruidas (Os. 8:14; Miq. 8:12; Is. 1:8,21-25; 28:1-4; Jer. 19:10-11; Ez. 4-5), el templo mismo será profanado y derruido (Jer. 7:26; Ez. 9:5-7), las festividades religiosas se mudarán en luto nacional (Am. 8:10; Os. 2:11,13; 9:4-5). Toda una paleta de los más negros colores. Es una quiebra total en la realización histórica del designio de Dios; después de una catástrofe de estas dimensiones, habrá que recomenzar desde los cimientos.

La estampa moral del profeta

Esta es la tarea agobiadora del profeta: hablar, sin que le tiemble la voz, al rey, a los sacerdotes, a la corte, a los jueces, a los falsos profetas que adulan y nadan a favor de la corriente, y a la muchedumbre que dejó de reflexionar sobre los favores de Yavé y que ha convertido el templo en una cueva de ladrones. Decirle la verdad exacta a cada uno, sin exceptuar a aquellos monarcas absolutistas, como Natán a David (Sml. 2:1-12,23), como Isaías a Ajaz, Jeremías y Ezequiel en las antevísperas del exilio...

Pregonero de Yavé, el profeta "grita", moral y físicamente, para que su voz llegue a los oídos de todos. El centinela da el grito de alarma contra el sincretismo religioso, las alianzas extranjeras, los escándalos de los príncipes y del palacio, las mentiras, los robos, los homicidios, los adulterios, que colman las ciudades como ríos desbordantes. Ellos reman contra la corriente, no disimulan, no saben cerrar un ojo. Abren las llagas y en la carne viva vuelcan el remedio ácido. Las masas atribuían un valor casi mágico al arca, al santuario, a los holocaustos..., como si ello bastara para protegerse contra toda desventura, aun sin renunciar al vicio. Pero el profeta desmiente con tal crudeza y vehemencia que todavía hoy, a siglos de distancia, no pueden leerse sus vaticinios sin sentir una suerte de escalofrío. Sirva de muestra esta profecía que, liberado del cepo, pronunció Jeremías:

“He aquí que yo pondré en espanto a ti y a todos los que te quieren, y caerán por el cuchillo de sus enemigos, y tus ojos lo verán; y a todo Judá entregaré en manos del rey de Babilonia, y los transportará a Babilonia, y los herirá a cuchillo” (20:4).

Si bien el vulgo caprichoso y voluble recibía con burlas estas amenazas y tenía a los profetas por dementes, lo natural era que se fastidiase de sus increpaciones y reprimendas, y bajo el estímulo de los sacerdotes y falsos profetas, predicadores de la paz, los acusaba de minar el espíritu público y de traidores. Dedicarse a la auténtica profecía implicaba el mayor riesgo. Lo más frecuente era que acabasen sus días lapidados. Morir asesinado caía dentro de la perspectiva ordinaria del mensajero divino. Lo recuerda Cristo en Mateo 23:29, y sus graves palabras no son una ampliación retórica. El profeta no solía expirar en la cama, rodeado de amigos. Ellos prefiguraron la muerte de Cristo en la cruz. Con los duros términos de Jesús concuerda el autor de la epístola a los Hebreos (11:36ss.). Los profetas fueron mártires y mártires a sangre fría, que contemplaron por largos años el fin que les aguardaba, y aun cuando no murieran violentamente, la cotidiana posibilidad de tal género de muerte bien equivale al martirio.

El profeta, hombre de Dios

Bien quisiéramos penetrar el fondo del alma del profeta, sorprender su íntimo hontanar. El mismo Dios valora a estos mensajeros suyos, cuando dice:

"Nada hace el Señor sin revelar sus designios a sus siervos, los profetas" (Am. 3).

Los profetas son sus *siervos*. Reyes, sacerdotes y profetas conducen la historia salvífica, pero solamente estos últimos poseen el don carismático, no sujeto a los avatares, a las vicisitudes y al desgaste del tiempo. Muchos profetas escribieron y nos dejaron en páginas autobiográficas la

descripción de su propia alma. Aquí nos encontramos con toda la escala de males psíquicos-humanos: miedo ante la afrenta, espanto ante el fracaso, desaliento sobre la propia fuerza, duda, soledad, compasión, decepción. Nada falta de lo que puede ocurrirle al corazón humano. Con todo, nos quedamos a oscuras acerca de este don misterioso, que llamamos *carisma*. Parecería que el vate no quisiera, por pudor, desnudar la secreta naturaleza del soplo interior que lo sacude y lo quema. El profeta es un hombre de Dios, un justo, pero a la vez, con todos los rasgos que lo aproximan a nosotros: Elías sufre sus fracasos, Eliseo se compadece de la miseria humana. Junto a ellos, un hombre como Miqueas muestra que el profetismo de vocación debía sufrir muchas veces la hostilidad de los hombres para dar testimonio de la palabra de Dios. La de Jeremías es un alma sufriente y una vida sangrante en aras del encargo divino.

El pueblo los necesita y los desoye. En momentos de apremio quiere imperiosamente conocer por su intermedio la voluntad de Dios. Tal el caso cuando los judíos, tras haber asesinado al gobernador babilónico Godolías, ansiaban saber si debían estarse en Jerusalén o huir a Egipto. Accedió Jeremías, pero la palabra de Dios se hizo esperar diez jornadas, cuando unas horas hubieran bastado para que se consumara la catástrofe. A veces, siendo urgentísimo descubrir los designios divinos, Yavé callaba... ¡El silencio de Dios!... La respuesta fue al cabo que no se moviesen de su tierra, pues ningún mal cabía esperar de los caldeos, mientras que en Egipto morirían de hambre, por la peste y a filo de espada (Jer. 42:1-12). ¿Para qué? Estos hombres volubles y fanáticos, decididos a partir, partieron sin atender a los oráculos, y arrastrando consigo al propio Jeremías, del cual no acertaban a desprenderse. En Egipto ya, Jeremías por un jeroglífico dio a entender que tanto los judíos como el país del Nilo caerían en poder de Babilonia. De nada sirvió este pre-anuncio, sino para concitarse el odio de sus propios connacionales (Jer. 43:8-44). Nada sabemos de su muerte. ¡Oh el fin de los profetas! ¡Nunca

jamás hubieran hecho como hombres lo que hicieron por servir a una misión impuesta desde lo Alto!

El ejemplo de Jeremías nos indica a las claras que las masas eran pigmeas morales frente a la talla gigantesca de estos mensajeros divinos. Necesitan del profeta, reconocen su autenticidad, pero le dan la espalda y hacen oídos de mercader...

Merced al profetismo la historia de Israel es como una noche tachonada de estrellas. Pero al fin de esta historia asistimos a una especie de apagón general. Con Malaquías (-450), se extingue la última estrella. El pueblo, habituado a que Yavé, en los momentos sísmicos del acaecer nacional, hacía resonar su voz por boca de sus pregoneros, se dolía de este silencio divino. Judá transitaría por siglos atormentados, defendiendo su patrimonio cultural y religioso, y Yavé callaba. ¡Oh silencio de Dios! El autor del salmo 73 se deja decir con desmayo:

*“¡No hay más **profeta alguno**,
no hay entre nosotros quien sepa nada!”.*

Rasgaría aquella noche cerrada el lucero del alba que resultó ser Juan el Bautista, el precursor, y detrás de él sobre las nubes oblongas de la aurora sacaría el sol su ánfora de oro. El sol era Jesucristo, la última y definitiva iluminación de Dios. El profetismo había cumplido su misión. Y la desempeñó dejándonos la impresión de que sus titulares, cual gigantes de la historia, se elevaban por encima del común de los hombres, como las murallas de las ciudades cananeas que rasgaban las nubes del cielo.

El profeta y los adivinos

Está patente que la tradición de Israel nos pone ante un hecho absolutamente único en la historia de los pueblos: ante el profetismo y un *tal* profetismo. El continuo progreso religioso de

Israel, bajo la influencia de los profetas, no admite comparación en los anales religiosos de la humanidad.

Gracias a ellos, la palabra de Dios, la revelación paleotestamentaria, puede ser conocida en el plano estrictamente histórico. Estos portavoces de Dios desempeñan un papel que no encuentra analogías en ninguna parte. Ciertamente, también en otros ambientes se alzan figuras místicas, con un sentimiento más afinado o más fuerte de Dios, que los lleva a percibir o a expresar verdades religiosas a las que otros hombres son menos sensibles o que inclusive han dejado oscurecer. Pero estos místicos se orientan más al encuentro individual con Dios y a la salvación personal que a la acción y transformación espiritual del género humano. A lo sumo, los místicos de esta clase son despertadores del alma que dejan tras sí, y en pos de sus huellas, otros místicos del mismo género a los que han legado el secreto de una técnica religiosa destinada a garantizar al hombre, gracias al contacto con la divinidad, la salvación y la felicidad. Los profetas bíblicos pertenecen a otra categoría. De acuerdo con su propio testimonio, la esencia de su vida mística no consiste en una gozosa contemplación de Dios, sino en la recepción de un mensaje que tiene la misión de transmitir a los demás hombres. Otrosí: este mensaje no se refiere a ciertos aspectos particulares o secundarios de los problemas humanos, a un detalle del culto o a una angustia causada por un trance difícil. En el Próximo Oriente antiguo abunda un profetismo pagano de esta especie, que no es más que una forma pagana de adivinación. En el profetismo bíblico, por el contrario, aunque a veces ocupen la escena circunstancias de detalle (1 Sm. 9:20; 2 Sm. 24:12-15), los pormenores están en función de una perspectiva más amplia: la de los planes divinos de salvación, que integra toda la historia de Israel y cuya amplitud es universal en el espacio y en el tiempo. Este favor excepcional no se ordena a la santificación y consuelo del que lo recibe. Empuja a la acción e impone serias responsabilidades (Ez. 33:7-8), porque se endereza al bien común del pueblo de Dios, mediante el cual Yavé lleva a término la historia

salvífica. El proceso de la revelación acontece bajo el influjo de la palabra profética, y no a impulsos azarosos de las masas. Sucede, inclusive, que frecuentemente el profeta ha de afirmarse, personalmente solo, en la verdad revelada. El misterio de Israel es, fundamentalmente, el misterio mismo de la Palabra de Dios que se manifiesta *progresivamente* en la historia, por la predicación de sus heraldos.

Cuando el autor de la epístola a los Hebreos nos dice (1:1) que "¹*Dios, habiendo hablado **muchas veces y de muchas maneras** en otro tiempo a los padres por los profetas, ²en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo*", señala la peculiaridad del profetismo israelita. Los profetas no son voces aisladas ni gritos en la noche, sino *fragmentos* ("de muchas maneras") de un *cuerpo doctrinario* que Dios nos fue desocultando en el decurso del tiempo ("muchas veces"), hasta darle redondez y cabalidad por el Verbo hecho carne. Esto presupone a un Señor de la historia.

10

I

LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN Y LA REVELACIÓN¹⁰⁰

¹⁰⁰“La Historia de la Salvación y la Revelación” es el capítulo 1 del libro “El Fundamento Apostólico”, de José Grau. Ed, Evangélicas Europeas. Págs. 19-27.

«Los problemas relativos a la canonicidad e inspiración de las Escrituras (presupuestos para determinar su autoridad) son resueltos de manera demasiado fácil y exclusiva, cuando se apela al solo testimonio interno del Espíritu Santo que tiene el creyente. Se presta demasiada poca atención a la perspectiva que nos ofrece la historia de la redención. Afortunadamente, la teología reformada posterior ha colocado correctamente el énfasis del hecho del testimonio interno del Espíritu Santo, al interpretarlo no como *la base*, sino como *el medio* por el cual los creyentes reconocen el canon de la Escritura y lo aceptan como indiscutible Palabra de Dios». ¹⁰¹ Toda investigación seria del canon, debe buscar discernir las razones profundas que movieron a la Iglesia, desde sus mismos orígenes -y *en* sus primeros pasos- a aceptar los libros tenidos como inspirados.

¹⁰¹ *Op. cit.*, pág. 10.

«Para adquirir un concepto correcto del canon -asegura H. N. Ridderbos- debemos dirigir nuestra mirada *más allá*, detrás de la Escritura misma. No significa ésto que debamos ir *fuera de* la Biblia para formarnos un concepto de ella. Todo lo contrario. Queremos decir, sencillamente, que no podemos comprender el significado de la Escritura, y su importancia única para la Iglesia, tomando los conceptos de autoridad, inspiración y canonicidad de manera aislada, sino solamente proyectándolos sobre el fondo de la redención, de la cual han surgido las Escrituras». ¹⁰² El eminente teólogo holandés nos invita a que examinemos más de cerca la relación que existe entre la salvación y la revelación, entre la historia de nuestra redención y la historia del canon.

Tal vez pueda parecer forzado el intento de relacionar la historia de los grandes hechos salvíficos de Dios en Cristo, con la historia del canon. A simple vista -es opinión generalizada-, se piensa que el canon es algo posterior a la obra redentora de Dios. Si por canon entendemos la lista, o catálogo, de los libros tenidos oficialmente como inspirados por todas las iglesias de la Cristiandad, resulta evidente que la plena conciencia del mismo no se dio sino muchos años después de haberse producido los grandes acontecimientos de nuestra redención: la encarnación, la muerte de Cristo en la cruz, la resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo. El Nuevo Testamento como tal parece que no fue conocido como una unidad literaria sino hasta después del gran período de la revelación de Dios en Cristo. Por consiguiente, ¿no parece más lógico tratar el canon como algo perteneciente a la historia de la Iglesia? Muchos han respondido afirmativamente esta pregunta, y se han dado al estudio del canon y de la autoridad -y aun la inspiración- como de algo relacionado única y exclusivamente con el desarrollo doctrinal, histórico y social de la Iglesia. Como algo de suma importancia para la

¹⁰²Ibid, pág. 13.

Cristiandad, sí, pero desligado del tiempo de la revelación y la salvación. Como de algo que no tiene nada que ver con aquella expresión de Hebreos: «*Dios... en estos **postreros días** nos ha hablado por el Hijo*». ¹⁰³ Con todo, tal actitud sólo tiene en cuenta una verdad a medias. Es simplista y demasiado superficial.

¹⁰³Hebreos 1:1 y 2

La formación del Nuevo Testamento en una colección completa y cerrada de 27 libros pertenece, sin duda, a la historia de la Iglesia y no a la historia de la salvación. El trabajo de reunir en un volumen estos libros corresponde a la solicitud de la Iglesia, guiada por el testimonio interno del Espíritu Santo en los creyentes. El dar expresión material a la realidad del canon se produce en la época posterior a las obras salvíficas y reveladoras de Dios en Cristo. Ciertamente, pero la realidad viva del canon, el fondo del cual ha nacido, es algo que pertenece no a los tiempos de la Iglesia posapostólica, sino a los «postreros días» de la historia de la salvación. La realidad que yace detrás de cada libro del canon, es algo que trasciende la simple reunión de unos escritos o la formación de un catálogo de libros religiosos. Aun más, este trabajo de reunir los libros del Nuevo Testamento no se hubiera llevado a cabo, ni tendría el carácter que ha tenido para la Iglesia de todos los tiempos, si no hubiera nacido de una realidad más profunda y auténticamente sagrada. «La formación del canon como un conjunto de 27 libros forma parte de la historia de la Iglesia -afirma Ridderbos-, no de la historia de la redención. Pero cabe preguntarse, ¿puede decirse lo mismo del canon entendido en su sentido *cualitativo*? En otras palabras, lo que hace que el canon sea canon, regla de fe, autoridad inspirada, a la que se somete la Iglesia, ¿hay que ir a buscarlo en la historia de la Iglesia o se originó ya en la misma historia de la redención?». ¹⁰⁴

No nos planteamos aquí el simple problema de definir la palabra «canon», un término que aparece sólo en contadas ocasiones en el Nuevo Testamento ¹⁰⁵ y con un sentido bastante amplio y general. Se trata de discernir la autoridad intrínseca que los escritos, luego incorporados al Nuevo Testamento hecho ya libro cerrado, tuvieron desde el principio mismo de

¹⁰⁴Op. cit., pág. 14.

¹⁰⁵En Gálatas 6:16 y en Filipenses 3:16, tiene el significado principal de norma de la nueva vida en Cristo.

la Iglesia¹⁰⁶ y que, por lo menos, en Occidente determinaron el uso eclesiástico del vocablo «canon», referido a una norma, regla de fe y práctica.

Ha de afirmarse, con toda claridad, que esta autoridad tuvo su origen, y hundió sus raíces en el corazón de la historia de la salvación. Podemos ver la acción misma de Jesús interviniendo personalmente y de forma patente, no sólo porque tenía una autoridad divina, de manera que podía decirse que en Él Dios se manifestaba como «canon» de verdad frente a los cánones del mundo. Hay algo más profundo. Cristo mismo estableció los medios, la autoridad formal, por los cuales todo lo que en la plenitud de los tiempos¹⁰⁷ «*en los postreros días*» fue visto y oído, fuera también *transmitido y comunicado*, de manera que sirviera de autoridad a toda la predicación futura del Evangelio y sirviera de fuente a donde la Iglesia de todos los tiempos fuera a beber.

Desde el principio de su ministerio, Jesús se complació en compartir su propio poder (*exoesia*) con otros, en orden a dar a su autoridad una forma y una concreción visibles, sobre las cuales la Iglesia militante pudiera ser establecida y extendida, y para que le sirviera de norma para conocer el contenido de su mensaje y la medida por la que examinarse continuamente.

Esta norma, esta medida, es la Palabra de Dios; las palabras de vida eterna que salieron de labios de Cristo y sustentaron desde un principio a los discípulos. No obstante, estas palabras hicieron más: inspiraron a un grupo de hombres, llamados apóstoles en un sentido estricto, para ser no sólo *recipientes*, sino *portadores* de la revelación.

¹⁰⁶Incluso si la palabra canon aplicada al Nuevo Testamento significó originalmente un catálogo o lista, esto no probaría, en modo alguno, la tesis de Semler que ve en el canon una medida eclesiástica de culto solamente, sin valor como norma de fe. Cfr. Ridderbos, op. cit., p. 85.

¹⁰⁷Gálatas 4:4

Advertimos, pues, que la autoridad intrínseca de los libros canónicos -tanto tomados individual como colectivamente- tuvo su origen en el corazón mismo de la historia de la redención y no en los de la posterior evolución de la Iglesia.

Dicha autoridad se deriva del carácter de los mismos escritos, no de la estima que luego hayan podido suscitar entre quienes los han venido a reconocer como canónicos.

La fragancia divina que exhalan los libros sagrados es la base para su reconocimiento y nos abre la pista para encontrar, detrás de su misma realidad literaria y humana, su sentido como canon, como norma y, en definitiva, como Palabra de Dios. Bavinck decía que la canonicidad de los libros de la Biblia surgía de su misma existencia. Tienen una autoridad que emana de su misma esencia; son autoridad en sí mismos, *iure suo*, simplemente por el hecho de existir. Karl Barth ha escrito que la Biblia se hace a sí misma canon.

Antes de pasar a ser canon, todo lo que constituye el contenido del mismo era ya autoridad porque era Revelación, Palabra de Dios en suma. Fue testimonio recogido por los apóstoles y que el mismo Espíritu Santo quiso poner en sus manos para su conservación y transmisión.¹⁰⁸

Con razón, Bruce señala que hemos de distinguir entre la canonicidad de un libro de la Biblia y su autoridad intrínseca: «Cuando atribuimos canonicidad a un libro, simplemente afirmamos que dicho libro pertenece al canon, o lista de libros reconocidos como regla de fe. Pero, ¿por qué? Porque admitimos que posee una autoridad especial. La gente habla y escribe, con frecuencia, como si la autoridad con la que se hallan revestidos los libros de la Biblia, en el juicio de los cristianos, fuera el resultado de haber sido incluidos en la lista sagrada del canon. La verdad histórica, sin embargo, nos enseña todo lo contrario; fueron incluidos en la Biblia -y se hallan en ella- porque fueron reconocidos como teniendo autoridad intrínseca. Por ejemplo, cuando

¹⁰⁸ Juan 11:26; 15:26,27; 16:13; 1 Corintios 11:23; 15:2; Hechos 2:42; 1 Juan 1:1-3; 2 Tesalonicenses 2:15.

Moisés bajó del Monte Sinaí y comunicó al pueblo todas las palabras que había recibido de Dios, leyendo del «libro del pacto» en el que les había escrito, el pueblo contestó: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho y obedeceremos” (Éxodo 24:7). Es decir, reconocieron que las palabras escuchadas de labios de Moisés eran palabras que provenían de Dios y, por consiguiente, normativas y llenas de autoridad. Pero no podemos decir que reconocieron estas palabras como *canónicas*, en el sentido “editorial” o literario de la palabra, toda vez que la idea de una lista o colección de tales escritos estaba todavía por venir, era algo futuro. O cuando Pablo, en la época del Nuevo Testamento, escribe a los cristianos de Corinto: “*Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor*” (1 Co. 14:37). Sin lugar a dudas, los miembros de la Iglesia cuyo discernimiento espiritual estaba alerta, reconocieron las palabras que les escribía Pablo como mandamientos de Cristo mismo. Pero la idea de un canon del Nuevo Testamento todavía tenía que tomar forma. Tanto lógica, como históricamente, la autoridad precede a la canonicidad¹⁰⁹ o, como escribió N. B. Stonehouse: «Los escritos bíblicos no poseen autoridad divina porque están en el canon, sino que están en el canon porque son inspirados».¹¹⁰ Por no verlo así, ha habido mucha confusión en todo lo que concierne a la problemática del canon, hasta el punto que ha habido quien ha hecho depender la autoridad de las Escrituras de su canonicidad, olvidando que ésta no es más que el reconocimiento humano de aquélla. Por el contrario, el concilio Vaticano I -pese al gran énfasis que puso en la autoridad del magisterio eclesiástico-, afirmó que la Iglesia tiene las Sagradas Escrituras como libros «sagrados y canónicos, no porque compuestos por sola industria humana, hayan sido luego aprobados por ella; ni solamente porque tengan la verdad sin error; sino porque escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por su autor, y como tales

¹⁰⁹F. F. Bruce, *The Books and the Parchments*, 1955, pp. 94,95.

¹¹⁰N. B. Stonehouse, *The Authority of the New Testament in The Infallible Word*, 1946, p. 88.

han sido entregados a la misma Iglesia». ¹¹¹

Tras la autoridad del canon se halla Dios. Y Dios en el despliegue de todo su poder redentor y revelador. De tal manera que revelación y salvación son partes de un todo inseparable. Es imposible desgajar la historia del canon del tronco de donde ha surgido: la historia de la salvación. Insertar toda la problemática del canon en la historia de la Iglesia únicamente y desvincularla así de las grandes obras salvadoras de Dios en Cristo, es olvidar, lamentablemente, que la acción y la voluntad salvífica del Dios Trino es ya en sí misma revelación. Equivale también a perder de vista que la revelación es la proclamación, la manifestación y la explicación de aquella acción redentora. El concilio Vaticano II estuvo acertado en este punto cuando declaró que «La revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas». ¹¹²

¹¹¹Denzinger, *El Magisterio de la Iglesia*, 1961, núm. 1787.

¹¹²Constitución *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación 1:2.

Sin embargo, aun admitiendo todo esto, hay quien hace una distinción entre revelación y Sagrada Escritura. Se reconoce la indisoluble unión, y común génesis, de la historia de la salvación y la revelación, pero se objeta que del Evangelio-realidad al Evangelio-fascículo, de la encarnación y redención a las páginas de Lucas o Marcos, por ejemplo, hay una distancia no sólo de tiempo sino de calidad. Se admite una perfecta conexión entre la obra redentora y la revelación, pero halla resistencia la admisión de la misma perfecta conexión entre revelación y Biblia, a lo sumo el vínculo que las une será un lazo que pondrá de manifiesto su distancia. Así, según este modo -o moda- de pensar, la Escritura no sería más que el documento humano, el registro falible e imperfecto, de la revelación divina; el testimonio humano de esta revelación. Este concepto, a nuestro juicio, adolece de un error capital: no haber discernido que el mismo Dios que es soberano en la salvación, lo es también en la revelación, y que si tan perfectamente ha obrado para que los efectos de su obra redentora llegaran hasta nosotros, no menos perfectamente ha dispuesto que la explicación de dicha obra -Revelación- llegara igualmente a nosotros con toda fidelidad, para que los cristianos de todo tiempo tuviéramos un apoyo firme para nuestra fe y un fundamento inconmovible para nuestra esperanza.

Cristo, no sólo impartió su enseñanza y su poder transformadores, sino que comunicó, a aquellos que Él mismo escogió para tal fin, su misma autoridad para que, por la acción del Espíritu Santo -que había de acompañar su testimonio-, pudieran dar a la Iglesia posapostólica una norma tangible y un fundamento perenne, principio de su vitalidad y desarrollo.

Pero, hay más todavía: la acción salvadora de Dios usa la Palabra como instrumento salvífico. «La Biblia no es sólo el *principium cognoscendi* -como subraya Berkhof- de la teología, sino que es el medio que emplea el Espíritu Santo para la extensión de su Iglesia y para la edificación de los creyentes. Es preeminentemente la palabra de la gracia de Dios, por consiguiente, el más

importante de los medios de gracia». ¹¹³ Tan imposible es divorciar la historia de la salvación de la revelación, como imaginar la aplicación de esa redención independientemente de la Palabra reveladora. No basta que haya habido una acción salvadora y reveladora de Dios; es menester que ambas puedan ser actualizadas para el hombre de hoy, para el hombre de todo tiempo. Que ello es así, nos lo asegura la carta de Santiago: «*El (Dios), de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad*»; ¹¹⁴ y el apóstol Pedro escribe: «*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre... y esta es la palabra que por el Evangelio os ha sido anunciada*». ¹¹⁵

¿Por qué identificamos el valor y la autoridad de la Palabra de Dios con el valor y la autoridad de los libros de la Biblia? ¿Cómo explicar que la Escritura haya adquirido este valor y sea precisamente su palabra -y no ninguna otra- el instrumento de que se vale el Espíritu no sólo para iluminar las mentes sino para salvar a las almas?

¹¹³L. Berkhof, *Teología Sistemática*, 1949, p. 610.

El Espíritu Santo obra *cum Verbo* y *per Verbum*; se sirve de la Palabra como del único instrumento capaz de llevar eficazmente la salvación obrada por Cristo hasta el hombre pecador.

¹¹⁴Santiago 1:18.

¹¹⁵1 Pedro 1:23-25

La respuesta a estas preguntas la encontraremos volviendo a la imagen arquitectónica del pueblo de Dios, concebido como templo santo,¹¹⁶ y al tratar de discernir la trabazón que existe entre los tres componentes de la construcción espiritual: la piedra angular (Cristo), el fundamento (apóstoles) y las piedras del edificio (los creyentes de todo lugar y tiempo). Sobre todo, si conseguimos comprender de qué manera las «piedras vivas» del edificio se relacionan con la «piedra angular», es decir; si entendemos correctamente la función exacta del fundamento apostólico que Dios ha querido dar a su pueblo.

11

¹¹⁶Efesios 2:20-22; 1 Pedro 2:4-8.

3

LAS SAGRADAS ESCRITURAS¹¹⁷

La probabilidad de una revelación por parte del Creador se origina de la naturaleza misma de la raza humana. Si el hombre no es nada más que un animal –es decir, un ser transitorio sobre la Tierra–, no habría necesidad de que el Creador se le revelara. Pero, en este caso, ¿qué finalidad tendría la Creación misma?

Consideremos el asunto desde el punto de vista evolucionista, que es aquel que comúnmente adoptan los filósofos materialistas. «El hombre –dicen– es el único animal que ha tenido la fortuna de alcanzar la mayor medida de inteligencia. La Biblia nos dice que el mundo fue creado para el hombre. La evolución nos presenta al hombre como señor del mundo, por haber sido el único ser que ha alcanzado el máximo grado de evolución mental. La cuestión fundamental en

¹¹⁷“Las Sagradas Escrituras” es el capítulo 3 del libro “Manual de Teología Apologética”, de Samuel Vila. Ed. CLIE.

ambas concepciones es que el hombre debe de ser considerado como un ser único y excepcional en la Creación. Pero ¿para qué esta excepcionalidad si el hombre no tiene un destino eterno? Y ¿para qué, en tal caso, la misma creación o evolución que se observa sobre la Tierra? Pero si la vida del hombre no termina en el sepulcro, es evidente que necesitamos conocer la voluntad de Dios durante nuestra existencia terrestre, a fin de prepararnos para una vida ulterior.

En el libro *Pruebas tangibles de la existencia de Dios* nos preguntamos: «¿Ha dado el Creador tal revelación de su voluntad? ¿Es posible –y probable– que el Autor Supremo del Universo se haya manifestado alguna vez a un pequeño planeta que no es sino como un grano de arena en su vasta creación?»

El hacerse tales preguntas de un modo dubitativo o negativo es una manifestación del falso concepto que tienen muchos hombres acerca de la verdadera naturaleza de Dios. Para el Supremo Creador que descubrimos en las obras de la Naturaleza nada hay demasiado grande ni demasiado pequeño. Un sabio naturalista decía que, al examinar las alas de las mariposas, le parecía como si el Creador no hubiese tenido otra cosa que hacer sino crear alas de mariposa; tal es la perfección y sabiduría que en ellas se observa.

Además, no sabemos cuántos mundos han obtenido el privilegio de la vida. Sabemos que este mundo lo ha obtenido. Los experimentos en los mundos vecinos son desalentadores; pero entre miles de millones de soles –y, posiblemente, muchos más planetas– nos parece lógico que pueda haber vida física en otros mundos; sin embargo, el número mayor o menor no es ningún obstáculo para un Dios infinito. La Biblia nos revela que el mayor interés de Dios es para los seres racionales, dotados de espíritu, que pueden tener comunión espiritua1 con Él (Sal. 139 y Prov. 8:31).

¿Se ha revelado Dios a los hombres?

Los cristianos creemos que Dios ha tenido a bien revelarse a este pequeño mundo, pero ¿cómo? ¿cuándo? ¿de qué maneras?

«Puede ser que Dios se haya revelado –me han dicho algunos objetores–, pero hace de ello tantos siglos, ¡si es que realmente sucedió! ¿Como podemos creerlo nosotros, cuando no hemos visto ninguna auténtica estrella de Navidad, ni oído cantares angélicos, ni ninguna otra cosa que se aparte del curso regular de la Naturaleza? Una revelación divina debería tener lugar en cada siglo, y aun mejor en cada generación, para que todos los hombres pudiéramos verla y comprobarla, por nosotros mismos. Entonces tendríamos evidencia de que Dios existe y de que estamos en comunicación con Él».

A esto he contestado que, si Dios no se revela cuando y como quisiéramos, tendrá para ello sus motivos. ¿Quiénes somos nosotros para discutirlo? Nadie tiene derecho a negar tal posibilidad y a fijar normas a Dios acerca de cómo y cuándo debe revelarse, recordando que a Él es a quien toca determinar y a nosotros observar, asegurarnos y creer.

En los días de Jesús la gente le pedía señales para creer, pero Él pedía fe antes de las señales, y las hacía allí donde encontraba fe (Véanse Mt. 9:22; Mr. 5:34; Lc. 8:48). ¿Qué más señales queremos de su presencia en el Universo que la sabiduría que se descubre en sus obras? Por eso se ha dicho que la fe honra a Dios. Es un reconocimiento que Él se merece, y le honra más cuanto más es puesta a prueba. Se ha dicho que cada acto de fe de los creyentes, a través de los siglos, es una bofetada en el rostro del desconfiado y rebelde Satanás. A uno que creyó al ver, le dijo Jesús: «Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados, los que no vieron, y creyeron» (Jn. 20:29).

Es bien seguro que Dios nos declarará un día por qué sus revelaciones a este mundo no han asumido aquellas formas que nuestra imaginación pedía, del mismo modo que hoy nos explicamos el porqué de muchos fenómenos de la Naturaleza que nuestros antepasados no comprendían.

Es muy posible que aquellas manifestaciones milagrosas que ciertos hombres desearían ver para asegurarse de que Dios existe y que les habla, no producirían el resultado que se imaginan. Quien no quisiera aceptar la doctrina que viniese acompañada de tales señales, hallaría la manera de olvidar tal obligación atribuyendo los hechos a cualquier otra causa que a una manifestación evidente de la Divinidad. Se inventarían teorías ingeniosas para atribuirlo todo a sugestión o magnetismo, y si la evidencia de tales señales no diera lugar a ello, se hablaría de leyes o fuerzas desconocidas en la Naturaleza. Es decir, se recurriría a cualquier explicación, por ridícula que fuese, para negar la evidencia de aquellas cosas que a los hombres no les gustara creer.

Por otra parte, una revelación frecuente y acompañada de milagros sería una forma de coacción, lo cual es inaceptable para todo aquel que conoce el verdadero sentimiento religioso, con sus características de libertad y espiritualidad.

La religión es, esencialmente, la reunión espontánea y voluntaria de un ser libre con su Creador. Por eso la intolerancia religiosa ha dado siempre resultados desastrosos y contraproducentes.

Una intervención evidente y terrorífica de Dios en este mundo, dada la naturaleza caída de los hombres, no haría sino aumentar la rebeldía de éstos al considerarse esclavizados por un ser irresistible. Sólo el amor puede cambiar ese sentir de nuestra naturaleza y darnos a entender que la voluntad del ser amado es buena, cualquiera que ella sea. Creemos que Dios se reveló a este mundo desde que hubo un solo hombre capaz de recibir su revelación.

La Biblia nos cuenta la creación y ordenación de este mundo de un modo muy sencillo, pero notoriamente acorde con los postulados más seguros de la ciencia moderna, y esto es ya la primera prueba de la veracidad del relato. La frase que Werner Keller puso como título a sus libros de arqueología: «*La Biblia es Verdad*», es adecuada también para otras categorías científicas. Indudablemente, después del breve relato de la Creación, que nos explica cómo el ser humano, creado a «imagen y semejanza de Dios», empezó a tener relación con el autor de su existencia, hay una interrupción que la propia Biblia atribuye al pecado, o sea, la actitud de desobediencia de la primera criatura humana, y una prueba de fe de la raza entera que ha durado siglos.

En próximos capítulos estudiaremos los posibles motivos de esta actitud que a primera vista nos parece dura e injusta, y que por cierto lo sería si no existiese otra vida y todas las maravillas que observamos en la Naturaleza y en nosotros mismos concluyeran con la muerte física. Ya lo hemos apuntado con la ilustración del niño que se entretiene en hacer pompas de jabón por el simple placer de ver cómo se deshacen. ¡Cuán absurdo sería tener que aplicar este ejemplo a la infinita sabiduría de la Divinidad, y cuán injusto e irracional resultaría tener que adjudicarlo al Autor de nuestra propia conciencia moral!

«Pero esta revelación del Creador ¿puede aplicarse o limitarse a la Biblia?», preguntan algunos filósofos. «La Biblia es un libro judío –nos han dicho algunos opositores–; la historia de un pueblo que se autoconsideró elegido de Dios y que atribuyó a Jehová sus éxitos y sus conquistas, incluso comprometiendo el nombre Divino, al atribuirle órdenes de exterminio como, por ejemplo, en el caso de los cananeos. ¿Cómo podemos considerar la Biblia como el libro de Dios, inspirado por el Espíritu Santo, y regla autoritaria e infalible de nuestra fe y conducta?»

Sin embargo, el hecho notorio e innegable es que la Biblia es el libro que más influencia ha

ejercido en el mundo. No es un libro escrito exclusivamente para el presente siglo, es cierto; sin embargo, debemos a la Biblia lo mejor de la civilización del siglo XX.

La Biblia habla en un lenguaje de autoridad

Ningún libro declara como éste el proceder de Dios. Unas dos mil veces se encuentra en el Antiguo Testamento la frase: «Así ha dicho el Señor Jehová», o bien: «Jehová habló», etc. El estilo del Nuevo Testamento es diferente, pero la autoridad es la misma. Jesús hablaba como el que lo sabe todo y no titubea de nada. Une la humildad a la mayor autoridad; declara haber venido de Dios y habla en su nombre (Jn. 8:42-51). Los apóstoles, humanos como nosotros, se muestran más cautelosos en su modo de expresarse y distinguen su propia opinión de la del Espíritu Santo. Esto es una señal de sinceridad (1 Co. 7:12-25). Pero ¡en cuán contados casos! Sus palabras son, por lo general –como las de los antiguos profetas–, venidas de Dios. Así lo expresa el apóstol san Pedro con referencia a las cartas escritas por san Pablo, poniéndolas a la altura de los escritos sagrados del Antiguo Testamento, por los que los judíos tenían tanta reverencia (2 Pe. 1:21, comparado con 3:16).

La Biblia es un libro judío, pero ¿no condena a los judíos sus defectos, comenzando por los mismos patriarcas e incluyendo a su héroe y figura principal el rey David? ¿Qué demuestra esta imparcialidad ética sino una autoridad de redacción superior al patriotismo judío?

Una notable imparcialidad

Si un comité de teólogos se hubiese reunido para escribir la Biblia, no sabríamos nada de las mentiras de Abraham, ni del adulterio de David, ni de las contenciones de san Pablo con Bernabé y san Pedro; pero la sabiduría superior del Espíritu Santo sabía cuánto podían ayudar

tales ejemplos a otros creyentes imperfectos.

Lo más curioso es que cuando el Señor escribe la historia de los pecados de los hombres, no escoge una persona humilde para avergonzarla, pues todavía no sabemos el nombre del ladrón en la cruz, ni de la pecadora, pero hace bajar a David de su trono para que le oigamos decir: «¡Ten piedad de mí, oh Dios!» Esta imparcialidad de la Sagrada Escritura no se encuentra en los libros sagrados de otras religiones, los cuales cuentan las virtudes y hazañas de sus dioses y de sus héroes al estilo de los escritores humanos.

La Biblia y la Ciencia

Por otra parte, aun cuando la Biblia no es ningún libro científico ni tiene por objeto revelarnos secretos de la Naturaleza –lo que la habría hecho incomprensible e inútil para muchas generaciones de lectores–, sino un resumen histórico de los propósitos de Dios para con el pueblo al que debemos las Sagradas Escrituras y, a través de éste, para con el mundo, cuando sus escritores tienen que referirse a hechos científicos no dicen las barbaridades que se encuentran en otros libros que nos son presentados como base fundamental de otras religiones.

Como hemos visto en el capítulo dedicado a la Creación, la Biblia nos cuenta la creación y ordenación de este mundo de un modo muy sencillo, pero notoriamente acorde con los postulados más seguros y comprobados de la ciencia moderna, no con especulaciones y teorías faltas de comprobación.

I. Compárese la historia de la Creación en el Génesis con la creencia de los indios, chinos y otros.

En los libros sagrados de los indios leemos: «Este mundo vino a existir millones y millones de siglos ha. Fue hecho llano, plano de tres ángulos, con collados y montes altos y grandes aguas.

Existe en varios pisos, y la masa entera está sostenida por cabezas de elefante, con sus colas extendidas hacia fuera y sus pies descansando en la caparazón de una tortuga inmensa, y la tortuga en una gran serpiente enroscada, y cuando los elefantes se sacuden, producen terremotos o temblores de tierra». Si halláramos tal enseñanza en el Génesis, sabríamos de cierto que la Biblia no es libro de Dios.

2. *Los chinos* nos dicen que su dios -Pivangu- esculpió los cielos de granito. Si tal afirmación necia ocurriera en el Génesis sabríamos en seguida que no fuera libro de Dios.

3. *En los días de Moisés los egipcios eran los guías del mundo en cuanto a las ciencias y, no obstante, sus mejores científicos enseñaban –según nos informa Platón– que los hombres nacieron del limo fangoso del Nilo. Otros científicos de Egipto enseñaban que el mundo salió de un huevo alado.*

Si encontráramos alguna de estas absurdas teorías en el Génesis, sabríamos que la Biblia no era un libro inspirado por Dios. Encontramos, en cambio, que la enseñanza del Génesis concuerda exactamente con los descubrimientos mejor probados por la Ciencia en los últimos cincuenta años.

Hoy, que tenemos un concepto más exacto de los elementos físicos, no podemos abrigar ideas supersticiosas acerca de ellos atribuyéndoles las facultades divinas que constituían las creencias religiosas de los paganos. Sabemos que cada uno de ellos tiene una función maravillosamente acertada y bien dispuesta en el conjunto armónico de la Naturaleza, nada más. Pero ¿no demostramos una mayor necedad si pretendemos que sus características esenciales, tan acertadas y bien coordinadas, son resultado del puro azar y no de un poder superior inteligente?

En 1885, Gladstone y Huxley debatieron este mismo asunto: si la historia de la Creación relatada

en el Génesis concordaba o no con los descubrimientos de la ciencia moderna. Habiendo completado sus argumentos, los dos convinieron en entregarlos a Dana, el más grande geólogo de su tiempo, dejándole determinar esta gran cuestión. Este Dana –el gran geólogo americano y amigo de ambos– examinó detenidamente los argumentos de los dos hombres, y su fallo se halla en la *Revista Nineteen Century*, mes de agosto de 1886. Aquí dice Dana: «En todos los puntos esenciales estoy de acuerdo con mister Gladstone y creo que el primer capítulo del Génesis y la Ciencia concuerdan».

Sir William Dawson, el científico más grande que ha producido Canadá, y uno de los más grandes geólogos de los tiempos modernos, está de acuerdo con Dana y dice: «El orden de la Creación, tal como consta en el Génesis, es perfecto a la luz de la ciencia moderna, y muchos de sus detalles presentan un notable acuerdo con los resultados de las investigaciones científicas nacidas en nuestros días» (Véase *El fin del mundo*, por Sir William Dawson).

Escuchemos también a Hugo Miller, por cierto uno de los más eminentes geólogos de nuestro tiempo. Dice: «A medida que en el transcurso del tiempo la antorcha brillante del mayor conocimiento científico aumenta, va esparciendo su luz y alumbrando los puntos oscuros, se ve mejor que los grandes oráculos antiguos de la Biblia –al parecer tan sencillos, pero tan maravillosamente llenos de sentido– se nos presentan limpios de todo error humano y demostrados como testimonios inspirados de Jehová» (Véase *Testimonio de las rocas*, por Miller).

Estos testimonios de científicos del siglo pasado han sido ratificados de muchos modos por científicos de nuestro propio siglo, como puede verse en las obras que anunciamos al final de este libro, y ello debe hacer pensar seriamente a quienes han aceptado el evolucionismo arrastrados por la opinión de profesores y escritores, no de las cumbres de la Ciencia, sino de

científicos medianos que no han tenido los conocimientos ni la paciencia necesarios para reflexionar y pensar debidamente en las dificultades que presenta la teoría de la evolución sin Dios.

Alusiones científicas curiosas

Acordémonos de que al escribir Moisés el Génesis estaban los judíos tan ignorantes de la Ciencia como los indios, chinos y egipcios, y, no obstante, hallamos aquí una descripción de la Creación confirmada por los más eminentes geólogos de los tiempos modernos. De esto no hay más que una explicación posible, a saber: que Dios, Creador del Universo, reveló este conocimiento a Moisés.

I. La Biblia nos dice, en los siguientes pasajes, que la Tierra es redonda y está suspendida en el espacio:

Proverbios 8:27 (1.000 a.C.): «Puso Dios un círculo sobre la haz del abismo». Isaías 40:22 (700 a.C.): «Él está sentado sobre el globo de la tierra». Así pues, según la Biblia, la Tierra es un círculo, es un globo. «¡Ah! –dirá el modernista–, eso es una expresión fortuita y no significa nada. ¡Si pudieras probar que la Biblia también sabía que la Tierra estuviera en suspensión en el espacio, cuando todos los sabios –tanto de Grecia como de la Edad Media, hasta Copérnico, en 1475– creían que descansaba sobre algún fundamento sólido, entonces acaso quedarías persuadido!» Lee, pues, Job 26:27 (1.500 a.C.): (Dios) «cuelga la tierra sobre nada». Sí; la Biblia enseña que la Tierra es redonda y que está suspendida en el espacio desde cientos de años antes de que naciera Copérnico, siendo él el primer científico que sentó tal teoría. ¿Cómo es que sólo la Biblia conocía estas verdades? No hay más que una explicación: es el Libro de Dios mismo.

2. *La Biblia sabía también que la Tierra giraba sobre su eje.*

Esto está claramente implicado en Génesis 1, donde se describen los días como siguiéndose el uno al otro y consistiendo cada día en «tarde y mañana», «día y noche». Esta sucesión de día y noche con regularidad sólo se explica por la rotación de la Tierra sobre su eje. Si no fuera por esta rotación, un lado —el más cercano al Sol— estaría siempre iluminado, mientras que el lado opuesto estaría siempre en oscuridad. De modo que si esta verdad científica no está positivamente afirmada, está muy claramente enseñada por la declaración que el día sigue a la noche con regularidad.

Como ejemplo de necedad anticientífica de la Biblia señalan los modernistas el día largo de Josué (10:12-14). Lo que Josué dijo en realidad fue: «Sol, sé inactivo». Deseaba que Dios prolongara la luz del día, dándole tiempo de derrotar cabalmente a los cinco reyes que le habían salido al encuentro. Léase ahora la gran obra *Acerca de la Biblia*, por Collet, pp. 284-288, y el libro *Los más altos críticos sobre los altos críticos*, por Munhall, p. 60, y se verá que el profesor Yotten, de Yale, en su gran obra *El largo día de Josué*, ha probado claramente que hubo un día largo en aquel mismo período de la historia del mundo. El profesor W. Maunder, F.R.S.A., del Observatorio Real de Greenwich, ha llegado a la misma conclusión que el profesor Yotten, después de la investigación científica más cuidadosa. Demuestra también Collet que Grecia, Egipto y China —los tres países que pueden llamarse el archivo del mundo— guardan, consignado en su historia universal, el mismo hecho en el mismo período de tiempo de Josué.

Si en algún lugar habla la Biblia de que el Sol se pone o se levanta, o se refiere a los cuatro ángulos de la Tierra, es siempre dentro de algún contexto que demuestra que el escritor está hablando en un lenguaje figurado y poético.

Lo mismo se observa claramente cuando habla en Job 9:6 y 26:11 y Salmo 75:3 de las columnas

de la Tierra, para referirse a la solidez y estabilidad del mundo que habitamos; pero ningún escritor bíblico hace semejante afirmación –como la hacen los mitos de la antigüedad pagana– desde un punto de vista objetivo y narrativo. Por ejemplo, no hallamos mención de semejante idea en el relato de la Creación; en cambio, tenemos afirmaciones en el libro de Job que dan a entender que aquéllas son expresiones poéticas y hacen vislumbrar rasgos de inspiración de conocimientos superiores, en pasajes como el antes citado, Job 26:7: «Él extiende el norte sobre vacío, cuelga la tierra sobre nada», que nos sugiere de un modo bastante claro la idea de la gravitación universal, que estaba sólo en el secreto de Dios en los días del patriarca Job y por muchos siglos después.

3. *Cerca del año 1500 de la era cristiana descubrió Copérnico que la Tierra da vueltas alrededor del Sol.*

Hasta aquel tiempo la Humanidad creía que el Sol daba vueltas alrededor de la Tierra. Este descubrimiento de Copérnico se consideraba un hecho científico maravilloso; no obstante, la Biblia conocía esto 1.500 a.C. Job 38:13-14 (1.500 a.C.) dice del alba o Sol: «... Que eche mano a los cabos de la tierra» y «ella muda de aspecto como el barro debajo del sello». Esto equivale a una clara declaración de que la Tierra es «heliocéntrica». ¿Cómo podía saber esto la Biblia, ya que lo ignoraba el hombre hasta 3.000 años después?

4. *Ningún científico antes de Galileo (1630 d.C.) se daba cuenta de que el aire tenía peso.*

Esto es considerado como un gran descubrimiento científico y, no obstante, en Job 28:25 (1.500 a.C.) leemos: «Al dar peso al viento» (*ruak*, «aire»). ¿Cómo podía la Biblia saber este secreto científico 3.130 años antes de Galileo?

5. *Hasta el tiempo de Galileo (1.630 d.C.) no había descubierto la Ciencia que los vientos tienen circuitos regulares y que las nubes de lluvia sólo contienen agua evaporada.*

Pero esto lo sabía la Biblia unos 2.400 años antes de nacer Galileo. Eclesiastés 1:6,7 (900 a.C.) dijo: «El viento tira hacia el mediodía y rodea al norte; va girando de continuo y a sus giros (circuitos) torna el viento de nuevo. Los ríos todos van a la mar y la mar no se hincha». ¿Por qué? «Al lugar de donde los ríos vinieron, allí tornan para correr de nuevo». Aquí tenemos, pues, estos dos grandes hechos científicos expuestos: 1°, que los vientos tienen circuito regulares, y 2°, que las nubes de lluvia se componen de agua evaporada, agua que antes había caído de las nubes a la tierra y sido recibida de nuevo por las nubes. «Al lugar de donde los ríos vinieron (de las nubes), allí tornan» (por la evaporación, naturalmente).

6. *Después de haber inventado Lord Rosse su gran telescopio*, tan potente que podía leerse un periódico a veinte millas de distancia, entonces se descubrió que en el Norte existía un espacio vacío sin una sola estrella solitaria. En todas las demás partes del cielo había estrellas a millones, pero ninguna en ese gran espacio del Norte. Pues veamos lo que dice la Biblia en Job 26:7 (1.500 a.C.): «Él extiende *el Norte sobre el espacio vacío*».

Y sigue la frase complementaria: «cuelga la Tierra sobre nada», que es todavía más admirable –como ya hemos hecho notar–, para expresar, en un lenguaje que no puede ser más claro para nosotros, ni más oscuro e incomprensible para los hombres de la época en que fue escrita, la ley básica de la mecánica celeste.

Pero nuestro énfasis aquí es acerca del descubrimiento de la astronomía moderna de que la parte norte del espacio astral se halla vacío de estrellas, tal como indica la frase inspirada del patriarca Job. ¿Cómo pudo saber esto Job, que vivió 3.500 años antes de que se inventaran los modernos telescopios?

7. *Hiparco (125 Era cristiana) dijo que había 1.022 estrellas. Ptolomeo (200 Era cristiana) dijo que había exactamente 1.026 estrellas. Galileo fue el primer científico que afirmó que las*

estrellas eran innumerables. Pero la Biblia sabía esto 1.400 a.C. Génesis 15:5: «Mira ahora a los cielos y cuenta las estrellas, si las puedes contar». Jeremías 33:22 (600 a.C.): «No puede ser contado el ejército (de estrellas) del cielo». ¿Cómo pudo la Biblia acertar en este punto en una edad cuando todos los eruditos del mundo ignoraban este hecho científico? De nuevo no hay más que una explicación: La Biblia es el Libro propio de Dios.

La superficie de la Tierra produce árboles y plantas, hierbas utilísimas como las gramíneas que producen el pan. ¿Quién diría que en su interior es una masa de fuego?

Debemos de tener en cuenta que el Asia Menor es una región exenta de volcanes, y que los hombres que vivían en el tiempo de los patriarcas –y por muchos siglos después– no tenían medios de viajar de un lado a otro del mundo sino de un modo muy lento que no les permitía enterarse de lo que había en otros lugares de la Tierra; tampoco tenían libros que explicaran los secretos de la constitución de la costra terrestre. Todo lo que aquellos patriarcas podían hacer era cavar un pozo con herramientas muy rudimentarias y encontrar agua; sin embargo, Job habla en este capítulo 28 como si conociera los secretos de la Geología y la Mineralogía. (Véase Job 28:5).

Conversando con un pastor modernista me decía que estos argumentos están pasados de moda, son viejos y gastados; que esto eran especulaciones de hace cien años para defender la inspiración de la Biblia, pero que hoy ya no se hace uso de tales argumentos, sino que actualmente está de moda dudar de que la Biblia sea nada más que literatura hebrea en la que por casualidad aparecen estos detalles rebuscados por los escritores fundamentalistas de mente atrasada y presentados como pruebas de inspiración.

Que estos argumentos sean antiguos y fuesen ya usados en libros de apologética de hace cien años, no lo negamos; pero ¿es que por ventura las premisas antiguas son falsas por el mero

hecho de ser antiguas? ¿Hay nada más antiguo que la tabla de sumar o la de multiplicar? Sin embargo, son válidas hoy lo mismo que hace quinientos años, pues la verdad es verdad en un siglo igual que en otro. Todas estas afirmaciones se hallan en la Biblia, y aunque es cierto que la Ciencia adelanta, no han descubierto los científicos ningún dato nuevo que contradiga las enseñanzas de la Biblia, antes todo lo contrario, como puede observarse en los libros que mencionamos últimamente y en otros que seguramente se escribirán cuando la Ciencia haya descubierto cosas que hoy se ignoran.

La Biblia no nos fue dada para satisfacer nuestra curiosidad sobre temas científicos; tiene una misión mucho más elevada y espiritual. No «para saber cómo es el cielo, sino para saber cómo ir al cielo», dijo el gran astrónomo cristiano Hershell. Pero es natural que si el omnisciente Espíritu de Dios inspiró de algún modo a sus redactores lo dejaría entrever en sus incidentales referencias científicas, y así es, efectivamente. El profesor Dana dijo acerca del primer capítulo de la Biblia dirigiéndose a una clase de estudiantes que terminaban su curso universitario: «Lo hallo corresponder perfectamente con la ciencia conocida»; y añadió: «Jóvenes, al entrar en el mundo para estar cara a cara con los problemas científicos, acordaos de que yo, un anciano que no he conocido más que ciencia en toda mi larga vida, os digo que no hay nada más verdadero en todo el Universo que las afirmaciones científicas contenidas en la Palabra de Dios».

La garantía de las profecías cumplidas

Las profecías maravillosas de la Biblia, que se han cumplido al pie de la letra, prueban que fue inspirada por Dios.

Deuteronomio 28:64-66 nos ofrece una profecía maravillosa: «Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un cabo de la tierra hasta el otro cabo de ella; y ni aun entre las mismas

gentes descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; que allí te dará Jehová corazón temeroso, y caimiento de ojos y tristeza de alma. Y tendrás tu vida *como* colgada delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no confiarás de tu vida». Léase la historia de los judíos –de cualquier autor– y se verá que este vaticinio, pronunciado por lo menos 1,400 años antes de Cristo, se ha cumplido al pie de la letra hasta en nuestros propios días, durante el gobierno de Hitler.

En Números 23:9 tenemos otra profecía notable referente a los judíos. Aquí se nos dice: «He aquí un pueblo que habitará solitario y no será contado entre las gentes». Estas palabras fueron dichas 1.400 años antes de Cristo, y hoy día vemos a los judíos esparcidos por todo el mundo entre todas las naciones; pero diferentes a todas las demás gentes, sin perder nunca su nacionalidad ni asimilándose a las gentes entre las cuales viven: permanece solitario.

Deuteronomio 28:68 nos proporciona otra predicción maravillosa acerca de los judíos: «Y Jehová te hará tornar a Egipto en navíos por el camino del cual te ha dicho: Nunca más volveréis; y allí seréis vendidos a vuestros enemigos por esclavos y por esclavas, y no habrá quien os compre». ¿Se cumplió alguna vez esta profecía? ¿Fueron llevados en navíos a Egipto alguna vez y vendidos allí como esclavos sin haber quien los comprara? Ciertamente.

Tanto Josefo como Diodoro nos dicen que cuando Tito tomó Jerusalén (año 70 d.C.), todos los judíos de 17 años arriba, tanto varones como hembras, fueron enviados a Egipto en navíos para trabajar en las minas: Allí fueron vendidos como esclavos, pero la mercancía era tan abundante que nadie quería comprar, precisamente como fue predicho por Moisés con 1.400 años de anticipación. Respecto a esta profecía, véanse *Maravillas de la Profecía*, por J. Urquhart, p. 223, y *La Biblia, Palabra de Dios*, por Bettex, p. 110. ¿Cómo pudo Moisés saber esto 1.400 años antes de acontecer?

VERACIDAD HISTÓRICA DE LA BIBLIA

No hay libro que haya sido más combatido que la Biblia en cuanto a su veracidad histórica, pues se buscaban fallos sobre este aspecto fácil de probar para poder desentenderse de aquellas afirmaciones que no nos es dable demostrar de otra manera que apelando a la autoridad de las Sagradas Escrituras.

Se afirmaba en el siglo pasado que la Historia contradecía las narraciones bíblicas. Fácil hubiera sido que la leyenda entrara a formar parte de este libro antiquísimo si no era inspirado por Dios, y así lo habían pretendido muchos críticos hasta que el pico y la pala del arqueólogo y la ciencia del filólogo impugnaron a los refutadores bíblicos. Los últimos descubrimientos arqueológicos han sido tan abundantes y tan evidentes en cuanto a confirmar la historicidad del relato bíblico, que han podido escribirse con abundancia de datos los libros *La Biblia tenía razón*, de W. Keller; *La Biblia es verdad*, de Sir Charles Marston, y muchos otros. Por ejemplo:

1. *En el Génesis se mencionan cuatro reyes que Wellhausen y todos los críticos habían declarado, durante largo tiempo, que no eran otra cosa que personajes de leyenda, ya que nada fuera de la Biblia se sabía de ellos.* Los críticos todos habían convenido en llamar a todo el Antiguo Testamento fábula o mito que no tiene fundamento en la Arqueología ni en la Historia fuera de la Biblia. Léase ahora el gran libro de Kyle —eminente arqueólogo— *Voz determinante de los monumentos en la crítica bíblica*, y se verá cómo la Arqueología ha demostrado ante el mundo que estos cuatro reyes del Génesis 14 eran personas reales y no fantásticas. Kyle dice —p. 102—: «Los cuatro reyes han sido resucitados de los muertos en la historia arqueológica»; y luego aduce pruebas que demuestran el hecho.

2. Hasta hace poco, los modernistas habían negado que existiera jamás el pueblo llamado

Heteo, ya que no se había descubierto huella alguna del mismo. Pero la Biblia habla de esta gente en Génesis 25:9; 26:34; 49:30; Éxodo 23:28 y en muchos otros lugares; así es que hallaba aquí todo crítico una prueba de la no inspiración de la Biblia.

Pero la pala del arqueólogo ha sacado a luz abundantes pruebas de la existencia de un pueblo poderoso que estuvo en constantes conflictos con Egipto hasta que una princesa se casó con el heredero de Egipto y cesaron las hostilidades.

En 1906 descubrió Winckler en Boghatz-Keui todo un tesoro de inscripciones en los jeroglíficos de los heteos, y así quedó probado de nuevo que el Antiguo Testamento tiene razón y que los críticos yerran, pues la arqueología moderna nos ha proporcionado una abundancia de detalles abrumadora acerca del poder de este pueblo.

El catedrático F. Hommel —el eminente filólogo de la Universidad de Munich—, después de exponer, de manera maestra, que el Pentateuco debía de haberse escrito como afirma la Biblia, por razón de muchas confirmaciones arqueológicas y filológicas, dice respecto a las listas de nombres en Números: «Se ha probado por las evidencias externas de tradición, preservada en las inscripciones del segundo milenio antes de Cristo, que son documentos genuinos y fehacientes, ante los cuales las teorías históricas construidas por los críticos modernos del Pentateuco han de fracasar irremisiblemente» (*La tradición antigua hebrea*, p. 301).

Nada extraño es que el conocido arqueólogo Ira Price dijera: «Estos relatos, cincelados en volúmenes de piedra dura, estampados en ladrillo perecedero, pintados en la oscuridad de las tumbas o esculpidos en cortes de montañas, nos proporcionan pruebas imparciales, irrefutables y concluyentes de la veracidad del Antiguo Testamento».

Ezequiel 26:12 refiere una predicción maravillosa respecto a Tiro cuando era una de las ciudades más poderosas del mundo. Sus muros eran entonces tan altos y gruesos que el

poderoso rey Senaquerib no logró tomarla ni en trece años de sitio. Pero en Ezequiel (590 a.C.) leemos: «Arruinarán tus muros, y tus casas preciosas destruirán; y pondrán tus piedras, y tu madera, y tu polvo en medio del mar».

Nabucodonosor tomó a Tiro como 550 años antes de Cristo, pero dejó casi todo el muro en pie y la mayor parte de las casas, contentándose con los despojos. Durante el sitio, la gente logró salir y escaparse, de noche, a una isla como media milla mar adentro, Allí edificaron una segunda ciudad de Tiro y, situada en una isla, construyeron para su defensa la fuerza naval más poderosa de la Antigüedad. Pasaron años y años sin cumplirse la profecía de Ezequiel: las piedras de los muros del Tiro antiguo, las maderas de sus casas y el mismo polvo de aquellas maderas no habían ido a parar a las aguas. Pero unos 315 años antes de Cristo llegó a las cercanías de Tiro Alejandro el Grande, en su gran marcha de conquistas. Pidió éste a los habitantes del nuevo Tiro ciertos favores que le fueron negados, viendo que sólo tenía un gran ejército y carecía de poder naval. Entonces Alejandro mandó a sus soldados derribar los muros de la antigua Tiro y construir con sus piedras y maderas un puente desde tierra hasta la nueva ciudad en el mar. Acabado el puente, salió y tomó la ciudad, y así se cumplió la gran profecía de Ezequiel, pronunciada siglos antes del nacimiento de Alejandro: «*Arruinarán tus muros, y tus casas preciosas destruirán; y pondrán tus piedras, y tu madera, y tu polvo en medio de las aguas*». Tal profecía, cumplida al pie de la letra, es prueba positiva de que la Biblia es el Libro de Dios mismo.

3. *En 2 Reyes 18:14 leemos que el rey asirio Senaquerib impuso a Ezequías, rey de Judá, un tributo de 300 talentos de plata y 30 talentos de oro. Hace pocos años se descubrió el relato de esta transacción, hecho por Senaquerib mismo, pero decía que había forzado a Ezequías a pagar 800 talentos de plata –en lugar de los 300 que dice la Biblia– y 30 talentos de oro. Los dos relatos estaban de acuerdo en cuanto al oro, pero en cuanto a la plata había una diferencia de*

500 talentos. Por supuesto, todos los críticos sacaban en consecuencia que la Biblia erraba, ya que el relato de Senaquerib mismo era fidedigno. Aquí, pues –decían–, tenemos una falsedad palpable contra la Biblia. Pero recientemente se han descubierto otros documentos que demuestran que mientras tanto el precio de la moneda era uno mismo en Judea y en Asiria respecto al oro, el precio de la moneda respecto a la plata era muy diferente. Se sabe ahora de cierto que se necesitaban 800 talentos de plata asiria para corresponder a 300 talentos de plata hebrea. Así es que la Biblia es correcta en cada detalle. (Véase *Todo acerca de la Biblia*, por Collet, p. 87).

4. *En Isaías 20:1 se menciona a Sargón, rey de Asiria.* Los historiadores Herodoto, Jenofonte, Beroso, Diodoro y Josefo no mencionan tal rey en ninguna parte, de lo que sacaban en consecuencia los críticos que tal rey nunca había existido, y señalaban esa afirmación como otro error de la Biblia. Pero hace pocos años, Bott desenterró el palacio de Sargón en Mosul, hallándose allí tablillas que confirmaban las palabras de Isaías respecto a este gran rey.

5 *De nuevo leemos en 2 Crónicas 33:10 que el rey asirio Esar-hadón aprisionó a Manasés y le llevó atado a Babilonia.* Ya que ni Herodoto, Beroso, Jenofonte, Diodoro ni Josefo mencionan este hecho, concluyeron los críticos que debía de ser falsa esa afirmación de la Biblia. Creían que siendo Nínive la capital, entonces debía de haberse llevado allí a Manasés y no a Babilonia. Otra vez declararon a la Biblia falsa. Pero en este caso también quedaron burlados los críticos, pues que Geo Adam Smith descubrió tablillas en Nínive que probaban que el relato de la Biblia era correcto en cada detalle.

6. *Por muchos años no se pudo hallar «Ur» de los caldeos;* así es que los críticos concluyeron que tal ciudad nunca había existido, y que, por tanto, Abraham, que se suponía haber vivido en aquella ciudad, debía de ser un ser legendario, y durante muchos años los críticos enseñaban

esto de palabra y por escrito. Finalmente, fue desenterrada por Rawlinson la ciudad de Ur, donde halló una biblioteca notable, y en ella el célebre Código de leyes de Hammurabi, y así probó al mundo que Abraham no sólo existió sino que tanto él como sus mayores sabían leer y escribir.

7. *Por mucho tiempo, el doctor Driver, de Oxford, y otros, creían que Moisés no podía haber escrito el Pentateuco, porque en época tan remota la gente no sabía escribir. Pero F. Petrie descubrió en 1887 las tablillas de Tell-el-Amarna en el norte de Egipto, y entre éstas se hallaban cartas de personas que habitaban, tanto en Egipto como en Palestina, mucho tiempo antes del nacimiento de Moisés. Así quedó probado otra vez que la Biblia tenía razón y que los críticos vivían engañados.*

8. *En 2 Reyes 19 tenemos el relato de Senaquerib, rey de Asiria, sitiando a Jerusalén con un gran ejército. Viendo el rey Ezequías que la ciudad se había de entregar —a no ser por la intervención del Dios Todopoderoso—, se cubrió de saco y ceniza y entró en el templo para orar, y Dios envió entonces a Isaías para decirle: «Yo ampararé a esta ciudad para salvarla por amor de mí y por amor de David mi siervo» (vers. 34). Luego leemos: «Y aconteció que la misma noche salió el ángel de Jehová e hirió en los campos de los asirios ciento ochenta y cinco mil; y como se levantaron por la mañana, he aquí los cuerpos de los muertos». Después nos dice la Biblia cómo Senaquerib huyó a su morada en Nínive, entró en su templo y fue asesinado por sus propios hijos. Ya que este relato no se hallaba confirmado por ningún historiador antiguo, los críticos iban afirmando por mucho tiempo que era falso. Pero en el mes de julio de 1921 el profesor Breasted descubrió un cono de seis lados que relata toda la historia del sitio de Jerusalén por Senaquerib, confirmando la narración bíblica en cada detalle.*

Acordémonos aquí de que en los últimos cien años se han hecho centenares de

descubrimientos arqueológicos, y que mientras veintenas de ellos han confirmado las narraciones bíblicas, ni uno ha probado que alguna afirmación bíblica fuese falsa. ¿Por qué? Porque la Biblia es el Libro de Dios.

9. *En 2 Reyes 3:4 se menciona Mesa, rey de Moab.* Otra vez sucede que ni Herodoto, Jenofonte, Beroso, Diodoro, Josefo, ni otro historiador alguno mencionan a este rey ni a su pueblo; así es que estaban seguros los críticos de que se equivocaba la Biblia. Andando el tiempo descubrió Klein la Piedra Moabita, en la cual está grabado todo lo concerniente al rey moabita y a los moabitas, quedando probado de nuevo que la Biblia es el libro más fidedigno de todos los libros.

10. *En Lucas 2:2 se menciona a Cirenio como gobernador cuando nació Cristo.* Siendo así que no existía confirmación histórica de este hecho, lo negaron, naturalmente, todos los críticos, y lo citaban como buena prueba del poco crédito que –según decían– merece la narración bíblica. Pero hace pocos años halló Sir William Ramsey una tablilla en Antioquía que confirmaba la afirmación de Lucas.

Tras los modernos descubrimientos acerca de los hititas y demás pueblos palestinos, lo que más nos admira es cómo pudo el ejército de Josué –que humanamente hablando no era más que un grupo de nómadas, ex esclavos escapados de Egipto– vencer a los poderosos ejércitos hititas y otros pueblos cananeos, que, según se han descubierto en los anales históricos, tanto de Palestina como de Egipto, tuvieron en jaque al propio Egipto. Antes de los descubrimientos arqueológicos de estos últimos años solían decir los grandes teólogos escépticos y los altos críticos de la Biblia –y aun tienen la desfachatez de repetirlo los actuales modernistas– que las fáciles victorias que se relatan en el libro de Josué son bravuconadas históricas del narrador hebreo. Hace todavía no muchos años, incluso se negaba que hubiese existido la nación hitita, y se consideraba totalmente falso y exagerado el informe de los espías como parte del mito de

Josué; pero hoy la pala del arqueólogo ha removido las ruinas de tremendas ciudades escondidas en las entrañas de la tierra, y los documentos cuneiformes, al igual que los jeroglíficos de Egipto, han puesto a la luz del día que si los israelitas, después de vagar como nómadas por cuarenta años en el desierto de Sinaí, pudieron realizar la conquista de Palestina, fue simple y llanamente porque iban acompañados del poder de Dios, tal y como profetizó el propio Moisés que ocurriría, según leemos en el capítulo 32 de Deuteronomio.

Aquí no entra la leyenda, sino que es la Historia que habla; una historia comprobada por documentos y por el hecho innegable de que los hebreos –la tribu de nómadas del desierto a quienes los documentos de los reyes palestinos llamaban *habiru* en sus peticiones de socorro a Egipto contra tales vecinos del desierto– finalmente tomaron posesión de su tierra. El cambio histórico que sucedió en Canaán, donde se hallaba establecida una poderosa colonia hitita, fue debido totalmente al poder misterioso del Dios de los hebreos, a quien continúan adorando los judíos y los cristianos de todo el mundo y, con un conocimiento más o menos exacto de su voluntad, también los mahometanos. Todo ello prueba que el Yahvé (Jehová) de la Biblia no era un dios mitológico como el Zeus de los romanos, sino el único y verdadero Dios creador del cielo y de la tierra. Sólo así pueden entenderse y explicarse los hechos históricos que cuenta la Biblia, y que la Historia y la Arqueología confirman.

En la actualidad –que es la época de la grande y final apostasía de la fe, según previno el mismo Jesucristo y los apóstoles que sería el tiempo del fin– era necesario que tales sucesos recibieran una certificación histórica innegable, a pesar de que los «sabios» de nuestros días cierran los ojos porque han decidido que los milagros no son posibles; pero no existe otra explicación, se busque donde se busque, que la de una intervención sobrenatural que hizo posible lo que la Historia no puede negar.

Profecías de cumplimiento actual

En Isaías 41:21 el único Omnisciente desafía a los ídolos o falsos dioses a que prueben su realidad y su ciencia por medio de profecías ciertas. Nadie jamás ha aceptado el reto; pero la Biblia habla con lenguaje inequívoco acerca del porvenir de ciudades, pueblos y naciones. Se destacan, entre otras profecías notables, las siguientes:

a) La destrucción de Babilonia y de otras ciudades antiguas. La famosa capital asiria, con más de un millón de habitantes, no presentaba probabilidad alguna, en tiempos del profeta Jeremías, de poder hallarse algún día arruinada y desolada como un yermo, ya que en aquellos tiempos estaba situada en un valle fértil, regado por el Eúfrates. Por más que llegara alguna vez a perder su importancia política, no habría razón para que quedara destruida y deshabitada –tal como describen los profetas hebreos– si no fuera, como lo ha sido, para que sirviese de ejemplo a las naciones de cómo Dios cumple sobre todos los pueblos su soberana voluntad.

Algunos viajeros que han visitado aquellos desolados parajes declaran que no podía expresarse en un lenguaje más enfático –pero más cierto– lo que ha venido a ser la capital del Imperio Babilónico.

Lo mismo puede decirse de otras ciudades antiguas como Tiro, Sidón y algunos pueblos vecinos del Estado de Israel, como Moab, Edom, etc., de los cuales escribían los profetas hebreos, y la Historia ha mostrado el cumplimiento exacto de tales vaticinios.

b) Otras profecías innegables y curiosas son las que se refieren al nacimiento, vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo, que se hallan escritas anticipadamente en los libros proféticos de Israel con toda clase de detalles Treinta pasajes del Antiguo Testamento se refieren a Cristo, de los cuales se cumplieron veinticinco el día de su muerte. Es evidente que Cristo no podía elegir

exactamente el lugar de su nacimiento, ni hacer obrar a los soldados romanos a su antojo, si hubiese sido solamente un hombre empeñado en parecer Mesías.

c) Otra profecía curiosa, y que confirma nuestra fe, es la que se refiere a la destrucción de Jerusalén, la dispersión de los judíos por todo el mundo y el retorno de este pueblo al final de los tiempos. La Biblia declara que los hijos de Israel debían de ser esparcidos, afligidos y perseguidos hasta el final de los tiempos, cuando reconocerían a su Mesías (Ez. 24 y 28 y Zac. 12:10). La historia de este pueblo es una prueba evidente de la inspiración de las Sagradas Escrituras.

Se cuenta que Federico I de Prusia dijo en cierta ocasión al pastor-capellán de su ejército en los tiempos cuando se estaban discutiendo en Europa las burlas de Voltaire y los enciclopedistas franceses en contra de la Biblia:

–Quiero que me des alguna prueba evidente de que la Biblia es un libro inspirado por Dios; pero debes hacerlo de un modo muy breve; ya sabes que yo soy hombre de pocas palabras.

–Majestad –respondió el pastor–, voy. a hacerlo en una sola palabra.

–¿Cuál?

–Judíos.

En efecto, la suerte de los judíos durante veinte siglos es un cumplimiento exacto de las profecías fijadas en la Sagrada Escritura. Permítasenos decir que en tiempos de Federico I faltaba todavía mucho para el cumplimiento de la última parte de la historia de este pueblo. Había sido realizado su esparcimiento por todas las naciones, y las persecuciones que Dios había previsto desde su entrada en la tierra de Canaán, en el libro de Deuteronomio, pero el retorno del pueblo israelita a su antigua patria desde todas las naciones de la Tierra no podía preverse de ningún modo en aquel siglo. Sin embargo, hoy es una realidad que preocupa a la

política internacional.

No puede alegarse, de ninguna manera, fraude *a posteriori* en cuanto a las profecías bíblicas, pues Babilonia existió por centenares de años después que la Biblia había sido concluida –o sea, en los días de Juan–, en el siglo primero de nuestra Era, y nada podía hacer suponer que al cabo de dos milenios se hallaría según lo describen en sus profecías Jeremías e Isaías. Pero hoy se encuentran en el estado de ruina absoluta que fue prevista por la omnisciencia divina.

d) Asimismo, los escritos referentes a Cristo eran leídos en todas las sinagogas por mucho tiempo antes y después de su Venida (Lc. 4:18-21). Él mismo los tuvo en sus manos; pero sus contemporáneos judíos los cumplieron al crucificarle, sin saber lo que estaban haciendo.

El reciente descubrimiento de ejemplares antiquísimos del libro de Isaías y de otras escrituras en las cuevas de Qumram, cerca del Mar Muerto, nos da una confirmación más de que las profecías bíblicas existían. escritas en la misma forma en que las tenemos hoy día, en los siglos inmediatos a la primera venida de Cristo.

Aunque no es ningún milagro, es, sí, un dato muy elocuente a su favor el hecho de que la Biblia, habiendo sido el libro más perseguido por los poderosos de la Tierra, exista hoy en tal abundancia en todas las naciones del mundo. No sólo no llegó a extinguirse cuando sus copias hechas a mano eran muy escasas, como ha ocurrido con otros libros antiguos, sino que se ha multiplicado y extendido de siglo en siglo, hablando a todas las naciones en su propia lengua.

Voltaire predijo que la Biblia sería un libro fuera de uso dentro de cien años –bueno, sólo para ser exhibido en los museos–, y un siglo después de su predicción, la Sociedad Bíblica de Ginebra había adquirido la misma casa de Voltaire y la utilizaba como centro de producción y difusión de las Sagradas Escrituras.

e) Finalmente, debemos señalar la maravilla de la iluminación del creyente por obra del Espíritu

Santo. «El lenguaje bíblico es oscuro –dicen algunos–. Por todas partes el símbolo y la metáfora confunden al lector superficial». Pero es que la Biblia no fue escrita para lectores superficiales, sino como una advertencia a los lectores inmediatos de muchas cosas que hoy ya no nos afectan; no obstante, por haber intervenido la inspiración de Dios en sus pro–hombres, es todavía una prueba de haber sido divinamente inspirada.

El hallazgo de joyas espirituales en la Biblia es uno de los más beneficiosos ejercicios del alma creyente. Cada texto personalmente descubierto, «en medio de frases menos importantes para nosotros» –aunque lo eran para los contemporáneos del libro–, brilla como un diamante en su cantera. ¿Quién les hace brillar de tal modo? ¿Por qué hablan a nuestra alma con tal plenitud? La Biblia no es solamente inspirada, sino inspiradora; despierta pensamientos divinos en el corazón. No importa cuál sea la promesa, a quién se diera o a quién se escribiera, ni en qué parte de la Biblia se halle. Nuestra alma siente que es para nosotros. Es el Espíritu que la inspiró quien la aplica a nuestras mentes espirituales, y ello es otra prueba –que no por ser subjetiva es menos convincente–, acerca de la inspiración de la Biblia, para quien con corazón simple y sincero busca la verdad y junta estas pruebas subjetivas a las muchas pruebas innegables que tenemos de carácter objetivo y que hemos venido exponiendo.

La Biblia no es un libro confesional

Un escritor católico romano, en una serie de controversias que tuvo con un pastor evangélico en dos semanarios de tendencia política opuesta que se publicaban en Terrassa, escribía: «Vosotros los protestantes debéis el Nuevo Testamento a la Iglesia Católica, ya que fue ella la que fijó el canon de los libros sagrados».

«No es cierto –respondía en el próximo artículo aquel Pastor¹¹⁸–, pues si vosotros hubieseis escogido los libros del Nuevo Testamento o hubieseis tenido parte alguna en la redacción del mismo, no habríais puesto textos tales como Mateo 1:25; Marcos 3:33-35 o Lucas 11:27-28, sin decir nada de Hebreos 10:28 y. 13:4; y de un modo especial habríais suprimido 1 Timoteo 3:1-5».

¹¹⁸Nicolás Busquets en *L'Acció*, replicando a *El Día*, durante el período político del general Bérenguer, previo a la República española 1931–1936.

Efectivamente, el argumento de que los protestantes hemos necesitado la autoridad de la Iglesia Católica para conocer cuáles son los libros inspirados del Nuevo Testamento, y que, por lo tanto, la autoridad del Magisterio viviente es superior a la Sagrada Escritura, carece de toda razón. Nosotros sabemos bien que las iglesias primitivas, que usaron en sus cultos los Evangelios y otros escritos de los apóstoles que tenemos hoy compilados en el Nuevo Testamento, dieron autoridad a estos libros por razón de su antigüedad, por haber sido escritos por los apóstoles o por personas muy allegadas a éstos que escudriñaron con diligencia la verdad de las cosas que escribieron (véase Lucas 1:4), y porque hallaron en estos escritos, por intuición del Espíritu Santo, la mayor satisfacción a las necesidades espirituales de sus almas.

Aceptamos, pues, como prueba de canonicidad en favor de los libros del Nuevo Testamento las numerosas citas que de ellos encontramos en los escritos de los primeros siglos. Si los que vivieron tan cerca de la edad apostólica consideraron a estos escritos como la revelación auténtica de Dios por Jesucristo, es natural que nosotros creamos lo mismo. Pero no se necesitó a la Iglesia Católica como organización, ni el decreto de un papa declarando qué libros eran canónicos y cuáles no lo eran, para que los escritores de los primeros siglos los consideraran como inspirados y los usaran como Palabra de Dios, tanto en lo que se refiere al Antiguo como al Nuevo Testamento. Tal decreto papal no habría sido, por otra parte, de mucho valor en aquellos tiempos, por la sencilla razón de que el papado no tenía entonces la autoridad que se le atribuyó siglos después.

El canon del A.T. y los apócrifos

Lo mismo puede decirse del Antiguo Testamento. Existen muchos libros apócrifos notablemente buenos entre la literatura hebrea anterior al cristianismo, como el juicioso libro llamado

Eclesiástico de Jesús Sirach, escritor judío del año 185 a.C. Sin embargo, no figura en los anales del canon judío. Creemos que Dios guió a los rabinos para establecer el canon hebreo, lo mismo que guió a las asambleas cristianas a escoger los libros realmente inspirados del Nuevo Testamento. Pero para el Antiguo Testamento tenemos además la guía segura que representa el uso que nuestro Señor Jesucristo y los apóstoles hicieron –o mejor dicho, dejaron de hacer– de tales escritos. Cristo y los apóstoles no hacen nunca la más leve mención de los escritos apócrifos; en cambio, usan abundantemente los escritos de los libros sagrados. Nunca leemos que Jesús ni los apóstoles declararan: «Esto es como dijo el profeta tal» (citando a un apócrifo); o bien: «Esto sucedió para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta cual» (refiriéndose a alguno de los apócrifos), como hacen con tanta frecuencia con los escritos de los verdaderos profetas.

El testimonio de los principales Padres de la Iglesia acerca de los escritos del Antiguo Testamento es también de gran valor. Ningún Padre de la Iglesia habla de los libros no admitidos en el canon judío con el énfasis y certeza con que hablan los primeros escritores cristianos de los libros considerados como inspirados por los judíos; y esto a pesar de la tremenda separación y antagonismo que existía entre los judíos y los cristianos en aquellos tiempos.

He aquí una de las razones por que millones de cristianos evangélicos consideramos Palabra de Dios, inspirada por el Espíritu Santo, a la versión del Antiguo Testamento que Jesús usó; y, después de Cristo, a los libros que figuran en el Nuevo Testamento, reconocidos por los cristianos de los primeros siglos, y aceptados hoy día tanto por los cristianos evangélicos como por los ortodoxos y los católicorromanos; y no aceptamos como inspirados a los libros apócrifos del Antiguo Testamento, introducidos en la Biblia tan sólo desde el Concilio de Trento en los años 1545 al 1563.

12

¿Qué hace que la Biblia sea tan especial?¹¹⁹

¹¹⁹«¿Qué hace que la Biblia sea tan especial?» es el primer artículo de la Sección 1, La Biblia, del libro “Respuestas a preguntas difíciles”, págs. 12-14. J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida.

El cristianismo cree y enseña que sólo la Biblia es la Palabra de Dios revelada. Aunque fue escrita por hombres, el autor original fue Dios Todopoderoso. Esta afirmación no fue hecha ni inventada por la Iglesia, sino que es lo que la Biblia afirma de sí misma.

"La palabra del Señor permanece para siempre" (1 Pedro 1:25). "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Timoteo 3:16). "Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 Pedro 1:21).

Más de 2.000 veces, en el Antiguo Testamento solamente, hay cláusulas como: "Y Dios habló a Moisés", "la palabra del Señor vino a Jonás" y "Dios dijo". Además, la Biblia dice ser un registro de las palabras y los hechos de Dios, así que se considera a sí misma como la Palabra de Dios.

El solo hecho de que la Biblia afirme que es la Palabra de Dios no prueba que lo sea, pues hay otros libros que afirman lo mismo. La diferencia está en que las Escrituras contienen evidencias indisputables de que son la Palabra de Dios.

Una razón por la cual la Biblia es diferente a otros libros es su unidad. Aunque este libro fue compuesto por hombres, su unidad deja ver la mano del Todopoderoso. La Biblia fue escrita durante un período de 1.500 años, por más de 40 autores humanos diferentes, de procedencias muy variadas, como Josué (general), Daniel (primer ministro), Pedro (pescador) y Nehemías (copero).

Los autores de los diversos libros escribieron en lugares diferentes, tales como el desierto (Moisés), la prisión (Pablo) y el exilio en Patmos (Juan). Los escritos bíblicos fueron compuestos en tres continentes diferentes (África, Asia y Europa), y en tres idiomas diferentes (hebreo, arameo y griego).

El contenido de la Biblia trata muchos temas controversiales. Sin embargo, la Biblia tiene unidad.

Desde el principio hasta el fin, se desenvuelve la historia del plan de Dios para salvar a la humanidad. Esta salvación se realiza a través de la persona de Jesucristo (Juan 14:6). Jesús mismo testificó que Él era el tema de toda la Biblia.

"Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (Juan 5:39,46,47).

En otro lugar: *"Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían"* (Lucas 24:27; vea también Lucas 24:44).

El Antiguo Testamento es la preparación (Isaías 40:3). Los evangelios son la manifestación (Juan 1:29). El libro de los Hechos es la propagación (Hechos 1:8). Las epístolas dan la explicación (Colosenses 1:27). El Apocalipsis es la consumación (Apocalipsis 1:7). Toda la Biblia habla de Jesús todo el tiempo.

Toda la Biblia es una unidad en la cual cada parte necesita las otras para ser completa. El doctor W. F. Albright lo explica de esta manera: "Para los escritores del Nuevo Testamento, la Biblia hebrea era las Santas Escrituras, y ellos eran los herederos directos de sus profetas. Es, por lo tanto, imposible entender el Nuevo Testamento sin reconocer que su propósito fue complementar y explicar la Biblia hebrea.

"Todo intento de volver a las fuentes del cristianismo sin aceptar toda la Biblia como nuestra guía, queda así condenado al fracaso" (citado por Roger T. Forster y Paul Marston, *That's a Good Question*, p. 67).

Si todavía alguien pensara que esto no es algo maravilloso, nos gustaría hacerle el siguiente reto: Reúna diez personas de la misma zona con un fondo educativo similar. todas hablan el mismo idioma, y todas son básicamente de la misma cultura; luego sepárelas y pídale que escriban su opinión sobre un solo tema controversial, como el significado de la vida.

Cuando hayan terminado, compare las conclusiones de estos diez escritores. ¿Están de acuerdo entre ellos? Por supuesto que no. Sin embargo, la Biblia no tuvo sólo diez autores, sino cuarenta. No fue escrita en una generación, sino en un período de más de mil quinientos años; no por autores con la misma educación, cultura e idioma, sino con una educación muy diferente, muchas culturas diferentes, de tres continentes y en tres idiomas diferentes, y finalmente, no sólo un tema, sino centenares.

Sin embargo, la Biblia es una unidad. Hay una completa armonía, que no se puede explicar hablando de coincidencias ni una conspiración decidida a engañar. La unidad de la Biblia es un fuerte argumento a favor de su inspiración divina.

La unidad de las Escrituras es sólo una razón, entre las muchas que apoyan la afirmación de la Biblia de que es la divina Palabra de Dios. Otras que se podrían explicar con detalles son el testimonio de la Iglesia primitiva, el testimonio de la historia y la arqueología, y la evidencia de las vidas transformadas a través de los siglos, por nombrar unas pocas.

Estos factores llevaron al gran arqueólogo W. F. Albright a la siguiente conclusión: "La Biblia sobresale en contenido por encima de toda la literatura religiosa anterior a ella; y de la misma manera sobresale también por encima de toda la literatura posterior, en la sencillez directa de su mensaje y la universalidad de su atractivo para todos los hombres de todas las tierras y épocas" (*The Christian Century*, noviembre de 1958).

La Biblia es especial. Es de carácter único. Ningún otro libro tiene tales credenciales. Ningún otro libro, ni siquiera se acerca a ella. "Inglaterra tiene dos libros, la Biblia y Shakespeare. Inglaterra hizo a Shakespeare, pero la Biblia hizo a Inglaterra" (Víctor Hugo, citado por Mead, *Encyclopedia of Religious Quotations*, p. 49).

13

Capítulo 5

¿ES LA BIBLIA LA PALABRA DE DIOS?¹²⁰

¹²⁰*Inspiración y Revelación* es el capítulo 18 del libro *“El Ocaso de los Incredulos”*, de Roger E. Dickson. Ed. CLIE.

La autoridad de la Biblia es un asunto crucial que está en gran discusión hoy día. Sin embargo, no es la cuestión primordial en el evangelismo. Muchos cristianos creen que deben probar que la Biblia es la Palabra de Dios antes de principiar a testificar. Eso no es lo importante. El punto crítico en la salvación es la relación de uno con el Señor Jesucristo –no la opinión que uno tenga de la Biblia. No importa lo que uno piense al respecto, la Biblia es la Palabra de Dios, y se puede llevar a una persona a que la tome en cuenta antes de que haya resuelto mentalmente la cuestión de su inspiración. Después de charlar con un inconverso, uno debe comprender que el tema es: "¿Qué pensáis del Cristo?", no "¿Qué pensáis de la Biblia?"

Todo lo que necesitamos para carear a una persona con las demandas del Señor Jesucristo es mostrarle que los Evangelios son documentos históricos confiables. Esto es bastante fácil, como veremos en otro capítulo posterior. Después de que una persona ha confiado en Cristo, la pregunta lógica que debiera hacer es: "¿Cuál era el punto de vista de Cristo tocante a la Biblia?" Como veremos, está sumamente claro que el Señor Jesucristo consideraba que las Escrituras son la Palabra divina con autoridad, Como seguidor de Cristo, el paso lógico de obediencia es aceptar su punto de vista de las Sagradas Escrituras.

Pero, ¿cómo podemos contestar esta pregunta que tiene tantas implicaciones para nosotros mismos como creyentes?

Mientras que las afirmaciones y demandas de la Escritura no son pruebas de sí mismas, son un testimonio significativo que no podemos ignorar.

En 2 Timoteo 3:16 leemos: "*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para*

redargüir, para corregir, para instruir en justicia". Aquí, la palabra "inspirada", no debe confundirse con el uso común de la palabra; como cuando decimos que a Shakespeare le vino una "inspiración" para escribir grandes dramas, o a Beethoven para componer grandes sinfonías. La inspiración, en el sentido bíblico es sin par. La traducción de la palabra, "inspirada", en realidad significa, "Dios respiró". No se refiere a los escritores, sino al escrito, lo cual es un punto importante.

Otra afirmación importante es la que encontramos en 2 Pedro 1:20,21: "*Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*". Otra vez aquí, se hace énfasis en el origen divino de la Escritura.

También es importante darse cuenta que los autores de la Escritura no eran simples máquinas escribiendo. Para producir el mensaje, Dios no los golpeó como a teclas de una máquina de escribir; no dictó las palabras, como tantas veces se ha caricaturizado a la inspiración bíblica. Es muy evidente que cada escritor tenía su propio estilo. Jeremías no escribió como Isaías, ni Juan como Pablo. Dios trabajó por medio del instrumento de la personalidad humana, guiando y controlando a los hombres de tal forma que lo que ellos escribieron es *lo que Él quería que se escribiese*.

Otras indicaciones de la afirmación del origen sobrenatural de las Escrituras están esparcidas a través de su contenido. Los profetas estaban conscientes de que eran portavoces de Dios y hablaban como tales: "*El espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua*" (2 S. 23:2). Jeremías dijo: "*Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca*" (1:9). Y Amós exclamó: "*Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?*" (Am. 3:8).

También es muy sorprendente que cuando algunos autores posteriores de la Escritura, citaron

partes de ella que ya habían sido escritas, a menudo las citaron como palabras habladas por Dios y no por un profeta en particular. Por ejemplo, Pablo escribe: "*Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones*" (Gá. 3:8).

Hay otros pasajes que hablan de Dios como si Él fuera las Escrituras. Por ejemplo: "Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra" (Ro. 9:17 y 9:16). Benjamín Warfield señala que estos casos en que se habla de la Escritura como si fuera Dios, y de Dios como si fuera las Escrituras, sólo pueden ser el resultado de una identificación habitual, en la mente del escritor, del texto de la Escritura con el habla de Dios. Llegó a ser muy común que usaran el término, "La Escritura dice", y "Dios dice", cuando en realidad lo que querían decir era, "La Escritura, la Palabra de Dios, dice". Estos dos pasajes juntos muestran una identificación absoluta de "La Escritura" con "el habla de Dios".

Los escritores del Nuevo Testamento sostienen tener la misma autoridad profética que los del Antiguo Testamento. Jesús dijo que Juan el Bautista era un profeta y más que un profeta; era el mensajero enviado especialmente para preparar el camino para la venida de Jesús (Mt. 11:9-15). Como dijo Gordon Clark: "Él era superior a todos los profetas del Antiguo Testamento. Sin embargo, el profeta más pequeño en el Nuevo Testamento era mayor que Juan. Por tanto, ¿no es lógico que los profetas del Nuevo Testamento tuvieran la misma inspiración que sus predecesores?"

Pablo sostuvo tener autoridad profética: "*Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor*" (1 Co. 14:37).

Pedro habla de las cartas de Pablo como las que algunos "*tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición*" (2 P. 3:16). La referencia a ellas en el mismo nivel con "las otras Escrituras", muestran que él consideraba que tenían la autoridad profética de la Escritura.

Sin embargo, lo más significativo es el punto de vista de Cristo de la Escritura. ¿Qué pensaba Él de ella? ¿Cómo la usó? Si podemos contestar esta pregunta tendremos la respuesta del mismo Verbo encarnado de Dios. En verdad. ¡Él es la autoridad para todo aquel que lo reclama como Señor!

¿Cuál fue la actitud de Jesús hacia el Antiguo Testamento? Él afirmó enfáticamente: "*Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido*" (Mt. 5:18). Citó la Escritura como autoridad final, y a menudo empezó una afirmación con la frase, "escrito está", como en el encuentro con Satanás en la tentación en el desierto (Mt. 4). Él habló de Sí mismo y de los eventos que rodeaban su vida como cumplimientos de la Escritura (Mt. 26:54,56).

Tal vez la aceptación más patente y con mayor alcance del Antiguo Testamento fue cuando Él declaró con decisión: "*La Escritura no puede ser quebrantada*" (Jn. 10:35).

Entonces, si aceptamos a Jesús como Salvador y Señor, sería una contradicción de términos y extrañamente inconsistente si rechazáramos la Escritura como la Palabra de Dios. En este punto estaríamos en desacuerdo con el que reconocemos como el Dios eterno, Creador del universo.

Algunos han sugerido que en su punto de vista del Antiguo Testamento, Jesús se ajustó a los prejuicios de sus oyentes contemporáneos. Ellos lo aceptaban como autoridad, y por eso Jesús apeló al Antiguo Testamento para que sus enseñanzas ganaran mayor aceptación, aunque Él no aprobara este punto de vista popular.

Sin embargo, graves dificultades rodean esta tesis. El reconocimiento y el uso de la autoridad que le dio Jesús al Antiguo Testamento no eran superficiales o no esenciales. Era el corazón de su enseñanza concerniente a su persona y trabajo. Él habría sido culpable de un gran engaño, y gran parte de lo que enseñó se hubiera basado en una falacia. Entonces, ¿por qué se ajustaría a

Jesús a este punto cuando en otros puntos, aparentemente menos importantes, dejó rotundamente de adaptarse a los prejuicios de su tiempo? Esto se ilustra más claramente en su actitud hacia el sábado. Y podríamos preguntarnos algo aún más básico: Si el transigir era un principio de su actuación, ¿cómo podemos saber cuándo se estaba acomodando a la ignorancia y prejuicios, y cuándo no?

Varias definiciones nos serán de gran ayuda para entender la Biblia como la Palabra de Dios.

A menudo se acusa a los que aceptan la Biblia como la Palabra de Dios, de que la toman "literalmente". Con frecuencia se hace la pregunta: "¿Cree usted en la Biblia literalmente?" Es como la pregunta: "¿Ha dejado de golpear a su esposa?" Un sí, o un no, condena al que lo dice. Siempre que se hace la pregunta, debe definirse cuidadosamente el término "literalmente". El tener un punto de vista literal de la Biblia, no significa que no nos damos cuenta de que en la Escritura se usan figuras literarias. Cuando Isaías habla de que los árboles dan palmadas de aplauso (Is. 55:12), y el salmista, de que los montes saltan como carneros (Sal. 114:4,6), no se debe pensar que el que toma la Biblia literalmente acepta tales afirmaciones literalmente. No, en la Biblia hay poesía como también prosa y otras formas literarias. Nosotros creemos que la Biblia se debe interpretar en el sentido en que los autores querían que los lectores la recibieran. Este es el mismo principio que usamos cuando leemos el periódico. Y es sumamente fácil distinguir entre las figuras retóricas y aquellas afirmaciones que el autor quiere que los lectores tomen literalmente.

Este punto está en contraposición con aquellos que no toman la Biblia "literalmente", Frecuentemente tratan de evadir la intención clara del texto y sugieren que las indicaciones bíblicas de ciertos eventos (por ejemplo: la caída del hombre y los milagros) son sólo cuentos para ilustrar y comunicar profundas verdades espirituales.

Los que sostienen este punto dicen que así como la verdad: No mate la gansa que pone los huevos de oro, no se basa en la veracidad literal de la fábula de Esopo, de igual forma no

insistimos en la historicidad de los eventos y registros bíblicos, para gozarnos y darnos cuenta de la verdad que contienen. Algunos escritores modernos han aplicado este principio hasta a la cruz y a la resurrección de Jesucristo. La expresión, "tomar la Biblia literalmente", entonces, es ambigua y debe definirse cuidadosamente para evitar gran confusión.

Otro término muy importante que debemos definir claramente es, "infallibilidad". ¿Qué significa, y qué no significa? Se puede evitar confusión considerable con una clara definición de este punto. Una tentación que debemos evitar es tratar de imponer los principios de precisión y exactitud científicos e históricos a los escritores bíblicos. Por ejemplo, la Escritura describe eventos fenomenológicamente, o sea, como *parecen ser*. Habla de la salida y puesta del Sol. Sabemos que en realidad el Sol no sale ni se pone, sino que la Tierra gira. Pero aun en nuestra era de esclarecimiento científico usamos "salida" y "puesta" del Sol, porque es una forma conveniente de describir lo que parece ser. Por esto no podemos aplicar un error a la Biblia cuando habla fenomenológicamente. Habla de esta forma, y los hombres de todas las edades y culturas la han entendido.

En los tiempos antiguos no existían los mismos principios de exactitud en asuntos históricos. Algunas veces se usan números redondos en lugar de cifras exactas. Cuando la policía calcula el número de personas en una multitud, sabemos que la cifra no es exacta, pero para el caso se acerca lo suficiente.

Algunos errores aparentes son, evidentemente, errores de transcripción, lo que quiere decir que se necesita un trabajo cuidadoso para establecer el texto verdadero. Discutiremos esto más ampliamente en el capítulo que trata de si podemos confiar o no en los documentos de la Biblia. Hay otros problemas que todavía no dan una fácil explicación. Debemos admitir esto sin reservas y recordar que muchas veces en el pasado los problemas se resolvieron una vez que se dispuso de más datos. La posición lógica, entonces, parecería ser que donde hay áreas de

aparente conflicto, se deje pendiente el problema y se admita nuestra presente inhabilidad para explicarlo, pero siempre se estará en espera de la posibilidad de un nuevo dato. La presencia de problemas no evita que aceptemos la Biblia como la Palabra sobrenatural de Dios.

Carnell lo expone brevemente: "Hay un paralelismo cercano entre la ciencia y el cristianismo, del que sorprendentemente pocos se dan cuenta. Así como el cristianismo supone que todo lo que hay en la Biblia es sobrenatural, del mismo modo los científicos dan por sentado que todo en la naturaleza es racional y ordenado. Ambas son hipótesis basadas en la mayor parte de la evidencia, aunque no en toda. La ciencia se apoya devotamente en la hipótesis de que todo en la naturaleza es mecánico, aunque en realidad el electrón misterioso continúa brincando, como lo expresa el principio Heisenberg de la incertidumbre. Y, ¿cómo es que la ciencia justifica esta hipótesis de que todo en la naturaleza es mecánico, cuando en otros términos admite que muchas áreas de la naturaleza no parecen conformarse a este patrón? La respuesta es que ya que en la naturaleza se observa la regularidad, esto es en su mayor parte, la hipótesis más fácil es suponer que es igual a través de todo".³

Una guía que ayuda en las contradicciones aparentes de la Biblia es: *Some Alleged Discrepancies in the Bible*, por John W. Haley (Gospel Advocate).

Una indicación de que la Biblia es la Palabra de Dios es el número notable de profecías cumplidas que contiene ella. No son vagas generalidades como las que dan los adivinos, como: "Un hombre bien parecido va a surgir en su vida". Tales predicciones son susceptibles a una fácil malinterpretación. Muchas de las profecías bíblicas especifican los detalles, y la autenticidad y veracidad de los profetas descansa en ellas. La misma Escritura aclara que el cumplimiento de la profecía es una de las evidencias del origen sobrenatural de la palabra de los profetas (Jer. 28:9). La falta de cumplimiento hubiera desenmascarado al falso profeta: "*Si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha*

hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él" (Dt. 18:21,22).

Isaías relaciona el hecho de desenmascarar al falso profeta con el descuido de predecir la profecía. "*Traigan, anúnciennos lo que ha venir; dígnannos lo que ha pasado desde el principio, y pondremos nuestro corazón en ello; sepamos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses" (Is. 41:22,23).*

Hay varias clases de profecías. Un grupo tiene que ver con las predicciones de la venida del Mesías, el Señor Jesucristo. Otras tienen que ver con eventos específicos en la historia, y otras con los judíos. Es muy significativo que los primeros discípulos citaron con frecuencia las profecías del Antiguo Testamento, para demostrar que Jesús había cumplido en detalle las profecías que se habían hecho muchos años antes. Sólo podemos mencionar un pequeño número representativo.

Jesús se refiere a las profecías que predecían de Él, en lo que debe haber sido uno de los estudios más interesantes de la Biblia, en la historia. Después de su resurrección, Él se encontró con dos discípulos en el camino a Emaús. Al escuchar la trágica historia de su propia muerte y sepultura, les dijo: "*¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!... Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Lc. 24:25,27).*

Uno de los ejemplos de predicción profética de Cristo más notable, es el que encontramos en Isaías 52:13-53:12; está lleno de eventos que no podían haber sido arreglados de antemano en un intento para que se produjera su cumplimiento. Involucran su vida, el rechazamiento de su ministerio, su muerte, sepultura, y su resurrección ante los injustos procesos judiciales.

Una ilustración sorprendente tanto de la predicción de Cristo como de los detalles históricos, la encontramos en Miqueas 5:2: "*Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de*

Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus sa1idas son desde el principio, desde los días de la eternidad". El gran Augusto César tuvo que dar un edicto para que este evento se llevara a cabo (cfr. Lucas 2:1-7).

Las predicciones trataban no sólo con la venida del Mesías, sino con reyes, naciones y ciudades. Tal vez la más notable tiene que ver con la ciudad de Tiro (Ez. 26). Aquí se nos da una serie de pequeños detalles de cómo Tiro sería destruida, y una cabal descripción de su destrucción, y el hecho de que nunca la reconstruirían (comp, vers. 4,14,21). Es una ilustración tremenda de la exactitud y realidad de las predicciones proféticas en la Biblia, ver cómo esta profecía se cumplió poco a poco cuando Nabucodonosor la atacó y con la matanza por Alejandro Magno.

Por último, tenemos las notables profecías acerca del pueblo judío, los israelitas. Otra vez, sólo podemos citar unas pocas de estas asombrosas profecías.

Moisés y Oseas predijeron la dispersión: "*Jehová te entregará derrotado delante de tus enemigos... y serás vejado por todos los reinos de la tierra*" (Dt. 28:25). "*Mi Dios los desechará, porque ellos no le oyeron; y andarán errantes entre las naciones*" [Os. 9:17). Se predijo persecución y desprecio: "*Y los daré por escarnio y por mal a todos los reinos de la tierra; por infamia, por ejemplo, por refrán y por maldición a todos los lugares donde yo los arroje*" (Jer. 24:9). Jeremías 31 hace la sorprendente predicción de la restauración de Israel como nación. Por siglos esto se consideraba absurdo. Sin embargo, algunos acontecimientos en nuestros días pueden ser un cumplimiento parcial de estas profecías. Todos los observadores están de acuerdo con que el restablecimiento de Israel como nación en 1948, es uno de los fenómenos políticos más asombrosos de nuestros tiempos.

Uno no puede contradecir la fuerza del cumplimiento de la profecía. Muchas de las profecías no podrían haber sido escritas después de los eventos predichos.

Hay entonces, un número de partes de evidencias sobre los que uno puede razonablemente basar su fe en que la Biblia es la Palabra de Dios. Aunque ayudan mucho estas pruebas, el testimonio del Espíritu Santo es lo que finalmente hace a uno creer que la Biblia es la Palabra de Dios. Al repasar la evidencia y al leer la Biblia, "le nace la luz" (se le revela), para usar la frase de Gordon Clark, de que la Biblia es la Palabra de Dios.⁴ Esta comprensión es obra del Espíritu Santo. Pero el Espíritu siempre labora con algún propósito. Esto involucra proporcionar *razones* para creer, y la explicación del mismo mensaje de la Escritura.

Los dos discípulos en el camino a Emaús se preguntaban: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros?" Participamos de esta misma experiencia, cuando, por medio del Espíritu Santo, llegamos a la convicción de que la Biblia es la Palabra de Dios, nos nutrimos de ella, y la compartimos con otra persona.

14

Lecciones cinco y seis

LEYENDO LA BIBLIA¹²¹

Un creyente necesita orar y también necesita leer la Biblia. La oración se asemeja al respirar, y la lectura de la Biblia, al comer. Diariamente todo creyente debe practicar las dos.

I. EL ORIGEN DE LA BIBLIA

1) "*Toda la Escritura es inspirada por Dios*" (2 Ti. 3:16).

El origen de la Biblia es Dios; fue Dios quien sopló Sus palabras de revelación a través de Su

¹²¹“*Leyendo la Biblia*” 1 y 2 son los capítulos 5 y 6 de “*Lecciones de Vida*”, Tomo I, págs. 32-35, 39-42. Witness Lee. Living Stream Ministry, Anaheim, California.

Espíritu primero dentro de los autores de las Escrituras y luego desde el interior de ellos. Lo que fue exhalado no solamente fueron palabras sino también espíritu.

2) "*Llevados del Espíritu Santo, hablaron los hombres de Dios*" (lit. 2 P. 1:21).

Debido a que la Biblia es el soplar de Dios de Sus palabras desde el interior de los hombres por medio de Su Espíritu, ella es el hablar de los hombres de la palabra de Dios la cual proviene de Dios, estando ellos llevados por el Espíritu Santo. Por consiguiente, la Biblia sale de Dios, siendo escrita por ciertos santos del Antiguo Testamento tales como los profetas, líderes y reyes de entre los israelitas, tanto como por varios santos del Nuevo Testamento, tales como los apóstoles, Marcos y Lucas, etcétera.

II. EL CONTENIDO DE LA BIBLIA

El contenido de la Biblia es extenso e inclusivo; los aspectos principales de este contenido son la verdad y la vida. La verdad nos trae la revelación y el conocimiento de todas las realidades en el universo, tales como la realidad de Dios, la realidad del hombre, la realidad del universo, la realidad de las cosas de la época actual, la época venidera y la eterna, y en particular, la realidad del Cristo designado por Dios y la iglesia escogida por Él. La vida es Dios que viene para ser nuestra vida a fin de que seamos regenerados, que crezcamos, y seamos transformados y conformados a la imagen de Cristo, quien expresa a Dios, a fin de que lleguemos a ser la expresión de Dios.

1) "*Tu palabra [la del Dios Padre] es verdad [realidad]*" (Jn. 17:17).

Esta palabra del Señor Jesús indica que la palabra de Dios en la Biblia es verdad; ella nos revela la realidad de Dios mismo y de Su economía, para que nosotros la obtengamos.

2) "*Anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida*" (Hch. 5:20).

Esto es lo que el ángel habló a Pedro, mandándole a predicar las palabras de la vida de Dios. Las palabras de vida son las palabras de la Biblia que predicaron los apóstoles. Ya que estas palabras contienen vida, pueden suministrar vida, y esta vida es simplemente Dios mismo. Esto comprueba que el contenido principal de la Biblia no es solamente verdad sino también vida.

III. LA FUNCIÓN DE LA BIBLIA

1) "*Ellas [las Escrituras] son las que dan testimonio de mí [Cristo]*" (Jn. 5:39).

La primera función de la Biblia es la de testificar de Cristo. Cristo es el tema y contenido de la Biblia, y la Biblia es la explicación y expresión de Cristo. Cristo es la Palabra viviente de Dios, y la Biblia es Su palabra escrita. Sin Cristo, la Palabra viva, como la realidad, las palabras escritas en la Biblia son sólo doctrinas vacías y letras vanas. No obstante, sin que la palabra escrita de la Biblia sea Su expresión. Cristo, la Palabra viva, sería abstracto e intangible. Por lo tanto, tenemos que leer la Biblia si deseamos conocer a Cristo.

2) "*Las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús*" (2 Ti. 3:15).

Por un lado, la Biblia testifica de Cristo; por otro, nos hace sabios para la salvación por la fe en Cristo Jesús, revelándonos el método de la salvación de Dios en Cristo y el camino de la salvación del hombre por la fe, para que sepamos cómo ser salvos.

3) "*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*" (1 P. 1:23).

La palabra viva de Dios en la Biblia es la simiente de vida la cual nos capacita para tener la vida

de Dios y ser regenerados.

4) "*Desead, como niños recién nacidos, la leche sin engaño de la palabra, para que por ella crezcáis para salvación*" (lit., 1 P. 2:2).

La leche de la palabra aquí se refiere a la palabra de Dios la cual viene a ser la leche nutritiva. Para los bebés espirituales recién regenerados, la palabra de Dios en la Biblia es la leche nutritiva que los hace crecer.

5) "*No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*" [Mt. 4:4).

Conforme al contexto de este versículo, las palabras que salen de la boca de Dios se refiere a las palabras de Dios en la Biblia. Las palabras de Dios en la Biblia no solamente son nuestra leche espiritual, sino también nuestro alimento espiritual que nos nutre para que crezcamos y lleguemos a la madurez.

6) "*Al abrirse, tus palabras (las de Dios) iluminan*" (lit., Sal. 119:130).

Una vez que entramos en la palabra de Dios, ésta se abre (se despliega) a nosotros y nos da luz, iluminándonos y dándonos sabiduría y revelación.

7) "*Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino*" (Sal. 119:105).

La palabra de Dios en la Biblia no solamente ilumina nuestros corazones y espíritus internamente para darnos sabiduría y revelación, sino que también da luz a nuestros pasos y caminos externamente para que no nos perdamos.

8) "*Toda la Escritura es... útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*" (2 Ti. 3:16-17).

Las palabras de la Biblia tienen las diversas funciones de enseñar, reprender, corregir e instruir a

la gente en justicia, para que el hombre de Dios sea cabal, plenamente preparado para toda buena obra.

Aparte de las varias funciones mencionadas arriba, hay muchas otras funciones de la Biblia, las cuales no son enumeradas aquí.

IV. LA PRECIOSIDAD Y DULZURA DE LA BIBLIA

1) *"Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata" (Sal. 119:72). "Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado" (Sal, 19:10).*

Estos versículos revelan la preciosidad de la palabra de Dios en la Biblia, la cual despierta nuestro deseo continuamente para ella.

2) *"¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca" (Sal. 119:103).*

Esto revela la dulzura y belleza de la palabra de Dios.

V. LAS SECCIONES DE LA BIBLIA

La Biblia entera se divide en dos partes. La primera parte es llamada el Antiguo Testamento, y la segunda parte es llamada el Nuevo Testamento.

A. EL ANTIGUO TESTAMENTO

Esto se refiere a la primera parte de la Biblia, la cual se compone de treinta y nueve libros que se dividen en:

1. Los libros de la Ley

Estos comprenden un total de cinco libros, de Génesis a Deuteronomio, y son llamados los libros de la ley porque en ellos se hallan los mandamientos, los estatutos y los juicios que forman la Ley.

2. Los libros de historia

Estos comprenden un total de doce libros, de Josué a Ester, y relatan la historia de los israelitas desde su entrada a Canaán hasta su regreso del cautiverio. Por lo tanto, éstos son llamados los libros de historia.

3. Los libros de poesía

Estos comprenden un total de cinco libros, de Job al Cantar de los Cantares, los cuales expresan en poesía las diferentes experiencias espirituales del pueblo de Dios.

4) Los libros de los profetas

Estos comprenden un total de diecisiete libros, de Isaías a Malaquías, escritos por los profetas cuyo contenido es principalmente las profecías concernientes a los israelitas, a los gentiles y a Cristo.

B. EL NUEVO TESTAMENTO

Esto se refiere a la segunda parte de la Biblia, la cual se compone de veintisiete libros que se dividen en:

1. Los libros de historia

Estos comprenden un total de cinco libros, del Evangelio de Mateo a los Hechos de los Apóstoles. Los cuatro primeros son una historia del Señor Jesús, y el último es la narración del mover de los discípulos en la tierra después de que el Señor ascendió a los cielos.

2. Las epístolas

Estas comprenden un total de veintiún libros, desde el libro de Romanos hasta el libro de Judas, las cuales son cartas escritas por los apóstoles a las iglesias, o a santos individuales. Ellas específicamente mencionan la iglesia y la condición apropiada en la vida y vivir espiritual de la iglesia y de los santos.

3. El libro de profecía

El único libro de profecía en el Nuevo Testamento es el de Apocalipsis, el cual es el libro que concluye el Nuevo Testamento, y es el último libro de toda la Biblia. Contiene profecías relacionadas con la iglesia, Israel, el mundo, la segunda venida de Cristo, el destino de Satanás, el juicio final y la época venidera y la eternidad.

VI. CÓMO LEER LA BIBLIA

Debido a que la Biblia es la palabra de Dios, su naturaleza es divina y espiritual. Tenemos que leerla con todas las partes de nuestro ser.

A. Primero, leyéndola con entendimiento

1) *"Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras"* (Lc. 21:15).

Al leer la Biblia, debemos primero usar el entendimiento de nuestra mente para comprender su texto, el cual está escrito en lenguaje humano, y reconocer su significado

B. Luego, leyéndola con sabiduría

1) *"La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros... en toda sabiduría"* (Col. 3:16).

2) *"Dios... el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él"* (Ef, 1:17).

Estos dos versículos indican que necesitamos entender con sabiduría la palabra concerniente a las cosas divinas reveladas por Dios en la Biblia. Efesios 1:17 también nos muestra que tal sabiduría está unida a nuestro espíritu. Esta sabiduría no es la que tenemos por naturaleza, sino la que obtenemos por medio de la oración. Tal sabiduría en nuestro espíritu es más profunda y más alta que el entendimiento en nuestra mente. Entendemos la letra de la Biblia con el entendimiento en nuestra mente, y comprendemos la verdad de la Biblia por medio de la sabiduría en nuestro espíritu.

C. Finalmente, recibéndola con el espíritu

1) "*Y tomad... la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en espíritu*" (lit., Ef. 6:17-18).

Aquí se nos dice que recibamos la palabra de Dios orando en el espíritu. Esto nos revela que también necesitamos ejercitar nuestro espíritu cuando leemos y recibimos la palabra de Dios. Esto se hace, indudablemente, por medio de la oración. Por lo tanto, al leer la Biblia, después de haber entendido el significado del texto con nuestro entendimiento y haber comprendido la verdad del texto con nuestra sabiduría, debemos usar nuestro espíritu mediante la oración para recibir las verdades de la Escritura en la parte más profunda de nuestro ser, esto es, en nuestro espíritu. En otras palabras, después de haber entendido el texto y haber recibido la verdad que contiene, todavía debemos ejercitar nuestro espíritu para convertir en oración lo que hemos entendido y comprendido a fin de que la verdad sea asimilada en nuestro espíritu y así llegue a ser nuestro suministro de vida y la base de nuestra experiencia espiritual.

D. Orar-leyendo

Otra forma simple, espiritual y más benéfica de leer la Biblia es orar-leerla. Nosotros tomamos el texto bíblico como oración y oramos-leemos con él. No sólo leemos y oramos simultáneamente,

u oramos y leemos, leemos y oramos; sino que también convertimos directamente el texto que leemos en las propias palabras de oración con las cuales oramos. A veces podemos aplicar el texto a nosotros mismos mediante la oración. Mientras más repetimos esta clase de orar-leer, más elevado y liberado llega a ser nuestro espíritu, y más grande, más profundo y más rico es el beneficio que recibimos.

VII. EL TIEMPO PARA LEER LA BIBLIA

Podemos leer la Biblia en cualquier momento y debemos hacerlo siempre que sea necesario. Sin embargo, hablando en términos generales, es mejor leer en la mañana antes de tener contacto con cualquier persona o cosa. Es especialmente bueno unir la lectura con la oración. Tales ocasiones no deben durar mucho tiempo. La forma más adecuada es orar por diez minutos y leer por diez minutos. Algunas veces la lectura y la oración pueden ser mezcladas.

Sección I

INTRODUCCIÓN¹²²

Durante muchos siglos la Biblia ha sido considerada por millones de personas como el libro más importante que se haya publicado jamás. Ha sido con mucho el éxito de librería *número uno* a través de toda la historia.

Patrick Henry proclamó que "la Biblia vale por todos los libros que se hayan impreso".

Charles Dickens escribió: "El Nuevo Testamento es el mejor libro que el mundo haya conocido".

Isaac Newton llegó a la conclusión de que "hay más señales seguras de autenticidad en la Biblia, que en cualquier historia profana".

Abraham Lincoln creía que "la Biblia es el mejor regalo que Dios jamás haya dado al hombre. Todo lo bueno del Salvador del mundo se nos comunica a través de este libro".

Daniel Webster dijo: "Si hay algo de valor en mi estilo y pensamientos, todo el crédito se debe a mis padres por inculcar en mí, desde mi niñez, un gran amor por las Sagradas Escrituras. Si obedecemos los principios enseñados en la Biblia, nuestro país seguirá prosperando siempre; pero si nosotros y la posteridad menospreciamos su instrucción y autoridad, no hay quien pueda

¹²²“Introducción a la Sección I”, “¿Qué significa que la Biblia es Inspirada?”, “¿Hasta qué punto es inspirada la Biblia?” y “¿Cómo pudieron unos hombres falibles producir una Biblia infalible?” son la Introducción y los tres primeros artículos de la Sección I, La Biblia, de Razones. J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida.

expresar la destrucción repentina que puede caer sobre nosotros y sepultar todas nuestras glorias en densas tinieblas".

George Washington afirmaba que "es imposible gobernar el mundo con justicia sin Dios y sin la Biblia".

A pesar de todo lo que se diga, la Biblia misma afirma ser más aun que el libro más grande que se haya escrito. Sostiene que es la propia Palabra de Dios, una revelación de Dios a los hombres.

Dos libros anteriores a éste, *Evidencia que exige un veredicto* y *Más evidencia que exige un veredicto*, trataron los temas de la precisión y la veracidad históricas de las Escrituras.

El autor sacó la conclusión de que hay más evidencia de la veracidad histórica del Nuevo Testamento solo, que de cualesquiera diez obras de la literatura clásica que se consideren juntas.

La sección tratará de la inspiración y la autenticidad divinas de la Biblia, y no de su exactitud histórica.

¿QUÉ SIGNIFICA LA EXPRESIÓN "LA BIBLIA ES INSPIRADA"?

La inspiración de la Biblia es un tema en extremo decisivo para el mundo de hoy. Muchos hablan de la inspiración de la Biblia, pero cuando se les pide que definan lo que quieren decir con la palabra "inspiración" salen con definiciones muy diversas.

Algunos alegan que la Biblia es inspirada del mismo modo que toda la gran literatura. –Estimula al corazón humano para que alcance nuevas cimas– dicen. Sin embargo, esto no le da a la Biblia

su carácter único. Muchas otras obras literarias, incluyendo las de Shakespeare, Milton, Dickens y Cervantes, han producido resultados semejantes. En otras palabras, ven la Biblia solamente como una obra maestra literaria de la humanidad, y no de origen divino,

Otros creen que la Biblia es inspirada porque *contiene* la Palabra de Dios... mezclada con mitos, errores y leyendas. Esta gente sostiene que no está bien identificar la Biblia como *la Palabra* de Dios; antes bien, dicen que es un testigo de que Dios habla a la humanidad. Dicho de otro modo, se puede encontrar en la Biblia la Palabra de Dios, pero no es sinónima con la Biblia.

Cuando se consideran las pruebas bíblicas, estos dos puntos de vista son insuficientes. La Biblia pone muy en claro que no es una literatura inspiradora o la historia falible de un mensaje de Dios, sino que es la Palabra infalible de Dios.

Hay dos versículos centrales en este asunto: 2 Timoteo 3:16 y 2 Pedro 1:21. El primero dice: *"Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia"*. "Inspirada" es una traducción de la palabra griega *teopneustos*, que significa "procedente del aliento de Dios". Así que el origen de la Escritura es Dios, no el hombre; .procede del "aliento" de Dios.

El segundo versículo, 2 Pedro 1:21, dice así: *"Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo"*. Esto también confirma que los escritores fueron movidos por Dios a registrar todo lo que Él deseó comunicar. No empleó Dios un sistema de dictado mecánico, como algunos dicen. Antes bien, usó a cada uno de los escritores, según su propia personalidad, para realizar una obra divina con autoridad.

El proceso de inspiración se extiende a todas y cada una de sus palabras ("toda la Escritura"), lo cual refuta la idea de que haya en ella mito y error. Puesto que Dios respalda estos escritos, y Él es perfecto, el resultado debe ser infalible. Si así no fuera nos podrían haber quedado errores

inspirados por Dios. Es muy importante que entendamos este concepto, pues toda la fe cristiana está fundada en la premisa de que "Dios está presente y no está en silencio", como dice con frecuencia Francis Schaeffer, notable teólogo de L'Abri.

Algunas veces es más fácil entender el concepto de inspiración si se compara con la *revelación*. La revelación tiene relación con el origen y la entrega misma de la verdad (1 Corintios 2:10). La inspiración, al contrario, se relaciona con la recepción y el registro mismo por escrito de esa verdad.

La inspiración significa que "Dios Espíritu Santo obró de un modo sobrenatural y único, de tal manera que las palabras escritas por los autores de las Escrituras también fueron palabras de Dios".

Los autores humanos de las Escrituras escribieron de modo espontáneo, usando su propia mente y experiencia. pero sus palabras no fueron meramente palabras de hombres sino, en realidad, palabras de Dios. El control de Dios estuvo siempre con ellos en sus escritos, y su resultado fue la Biblia, la Palabra de Dios en palabras de hombres.

¿HASTA QUÉ PUNTO ES INSPIRADA LA BIBLIA?

Si una persona reconoce que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios, a veces es posible que ponga en duda el grado de inspiración: ¿Incluye esto todos los libros, y todas las palabras? ¿Se extiende la inspiración también a los asuntos históricos? ¿Comprende también las copias manuscritas y las traducciones?

B. B. Warfield, teólogo reformado, nos da una declaración clásica sobre el grado de inspiración de las Escrituras:

“La Iglesia ha sostenido desde el principio que la Biblia es la Palabra de Dios en tal sentido que sus palabras, aunque escritas por hombres y aunque llevan impresas indeleblemente en ellas las marcas de su origen humano, fueron escritas bajo tal influencia del Espíritu Santo, que son también palabras de Dios, expresión suficiente de su mente y voluntad. Siempre ha reconocido también que esta concepción de co-paternidad literaria implica que la supervisión del Espíritu se extiende hasta la selección de las palabras por los autores humanos (inspiración verbal, no dictado mecánico) y protege el producto de todo lo que no esté de acuerdo con el origen divino de la obra, asegurando así entre otras cosas, esa total veracidad que presuponen en todos los lugares y sostienen los escritores bíblicos en cuanto a las Escrituras inerrancia.

“La doctrina de la inspiración plenaria afirma que los documentos originales de la Biblia fueron escritos por hombres que, aunque en ejercicio de su propia personalidad y talento literario escribieron bajo el control y la guía del Espíritu Santo, dando como resultado en cada palabra de los documentos originales un registro perfecto y sin errores del mensaje exacto que Dios quería transmitir a los hombres" (*The Inspiration and Authority of the Bible, La inspiración y autoridad de la Biblia*).

Hay dos adjetivos que describen el grado de inspiración de acuerdo con la Biblia: verbal y plenaria.

Plenaria significa completa, que se extiende a todas las partes. El apóstol Pablo dice en 2 Timoteo 3:16: "*Toda la Escritura es inspirada por Dios*". También les dijo a los tesalonicenses: "*Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios*" (1 Tesalonicenses 2:13).

La Biblia termina con esta advertencia: "Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que

están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro" (Apocalipsis 22:18,19).

Toda la Biblia es inspirada, no sólo ciertas partes.

La inspiración se extiende no sólo a todas las partes de la Biblia, sino también a las palabras mismas: *"Lo cual también hablamos. no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual"* [1 Corintios 2:13).

Algunas veces los escritores bíblicos fundan sus argumentos en una expresión particular o en una sola palabra. Por ejemplo, en Gálatas 3:16 el apóstol cita Génesis 3:15 y 7:8, cuando Dios le dijo a Abraham: "Y te daré a ti, y a tu *simiente* después de ti, la tierra en que moras". No dice "a tus simientes". Todo el argumento de Pablo se basa en que el sustantivo está en singular, no en plural. René Pache, en *The Inspiration and Authority of Scripture* (La inspiración y autoridad de las Escrituras, p. 77), da un resumen pertinente de esta idea. Podemos estar de acuerdo con él en que: "Con mucha frecuencia el significado de todo un pasaje descansa enteramente sobre una palabra, el número singular o el plural, el tiempo verbal, los detalles de una profecía, la precisión de una promesa o el silencio del texto sobre cierto punto".

Es de monumental importancia para identificar el grado de inspiración incluir todos los libros de las Escrituras, todas las partes de los libros y todas sus palabras tal como fueron dadas en el original. No se incluyen las copias de manuscritos, ni las traducciones que son reproducciones. Ningún manuscrito ni traducción alguna son inspirados; sólo lo es el original. Sin embargo, para fines prácticos, sí son inspirados, puesto que, con el gran número de manuscritos disponibles para escrutinio hoy en día, la ciencia de la crítica textual puede darnos un texto suficientemente representativo del original. Por lo tanto, podemos estar seguros de que al leer la Biblia recibimos la Palabra de Dios inspirada.

Charles Wesley, uno de los fundadores del Metodismo, escribió: "La Biblia debe ser invención de hombres buenos o ángeles, hombres malos o demonios, o de Dios. Por consiguiente:

"1. No podría ser invención de hombres buenos ni de ángeles, pues ellos ni querrían ni podrían hacer un libro, y mentir todo el tiempo mientras lo escribían, diciendo: «Así dice el Señor», pues era algo de su propia invención.

"2. No podría ser invención de hombres malos ni de demonios, pues ellos no harían un libro que señale todos los deberes, prohíba toda clase de pecado, y condene sus propias almas por toda la eternidad en el infierno.

"3. Por tanto, saco en conclusión que la Biblia debe ser dada por inspiración divina" (Robert W. Burtner y Robert E. Chiles. *A Compendium of Wesley's Theology*, Un compendio de la teología de Wesley, p. 20).

La evidencia de que *las propias palabras* de la Biblia son dadas por Dios se puede resumir brevemente así:

* Este es el postulado del conocido texto (2 Timoteo 3:16).

* Pablo da testimonio vehemente de que habló "con (palabras)... que enseña el Espíritu" (1 Corintios 2:13).

* Es evidente por la repetición de las palabras: "Escrito está".

* Jesús dijo que lo que estaba escrito en el Antiguo Testamento hablaba de Él (Lucas 24:27,44; Juan 5:39; Hebreos 10:7).

* El Nuevo Testamento equipara el concepto de "Palabra de Dios" con las Escrituras del Antiguo Testamento (Mateo 21:42; Romanos 15:4; 2 Pedro 3:16).

* Jesús indicó que ni aun la parte más pequeña de una palabra o letra del hebreo podría quebrantarse (Mateo 5:18).

* El Nuevo Testamento se refiere a las Escrituras como las "palabras de Dios" (Romanos 3:2;

Hebreos 5:12).

* En ocasiones se les dijo a los escritores: "No retengas palabra" (Jeremías 26:2). Juan llegó a pronunciar una advertencia sobre todos los que añadieren o quiten a las "palabras de la profecía de este libro" (Apocalipsis 22:18,19).

¿CÓMO PUDIERON UNOS HOMBRES FALIBLES PRODUCIR UNA BIBLIA INFALIBLE?

Uno de los argumentos más frecuentes que se presentan contra la infalibilidad de la Biblia se basa en el hecho de que fue escrita por autores humanos. Los seres humanos somos falibles. Puesto que la Biblia fue escrita por estos seres humanos falibles, por necesidad se llega a la conclusión de que la Biblia es falible. O, por lo menos, así razonan. Como el teólogo católico romano Bruce Vawter escribe: "Una literatura humana sin errores sería una contradicción en sí misma, pues nada es más humano que equivocarse" (*Biblical Inspiration*, Inspiración Bíblica, Filadelfia, Westminster 1972).

Aunque con frecuencia oímos esta acusación, no quiere esto decir que sea correcta. Concedemos que los seres humanos cometemos errores, y con frecuencia. Pero no cometemos errores en todos los casos, y no tenemos que cometer errores necesariamente.

Por ejemplo, hace varios años uno de los autores de este libro daba una clase sobre la veracidad de la Biblia. Para ella había escrito a máquina un bosquejo de una página del curso. El producto final no tenía errores, ni tipográficos, ni en la copia del original escrito a mano. Aunque el autor es humano e inclinado a errar, se puede decir que fue infalible en ese caso.

Lo que queremos decir es esto: No es imposible que un ser humano realice un acto sin equivocarse. No es imposible para el hombre falible registrar correctamente palabras y

acontecimientos. Así que excluir la posibilidad de tener una Biblia infalible alegando la falibilidad de los hombres, es algo incoherente.

John W. Montgomery, abogado y teólogo, ilustró así esta verdad: "Las instrucciones para hacer funcionar mi máquina lavadora, por ejemplo, son literalmente infalibles; si hago exactamente lo que dicen, la máquina responderá. La *Geometría* de Euclides es un libro de perfecta unidad interna; si se aceptan los axiomas, las pruebas se siguen de modo inexorable. Partiendo de tales ejemplos (que se pueden multiplicar fácilmente) debemos concluir que los seres humanos, aunque con frecuencia se equivoquen, no tienen por qué equivocarse en todos y cada uno de los casos.

"Por supuesto, la producción a través de varios siglos y por diferentes autores, de sesenta y seis libros infalibles, y con unidad interna, es una tarea enorme –y con gusto le pedimos al Espíritu de Dios que la realice– pero el caso es que no hay nada metafísicamente inhumano o contra la naturaleza humana en tal posibilidad. Si lo hubiera, ¿podemos imaginarnos las implicaciones que tendría esto en la Cristología? El Cristo encarnado, como hombre verdadero, también hubiera tenido que equivocarse; y ya hemos visto que el error en sus enseñanzas negaría totalmente el valor de la encarnación como revelación, dejando al hombre como antes en tinieblas en cuanto al significado de la vida y la salvación, como si no hubiera ocurrido la encarnación en absoluto" (*God's Inerrant Word*, La palabra infalible de Dios).

También creemos que hay suficientes pruebas de que la Biblia es la Palabra infalible de Dios. Las Escrituras mismas testifican: "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Timoteo 3:16). Si contiene errores entonces se debe considerar que el error es inspirado por Dios, lo cual es completamente incompatible con la naturaleza de Dios revelada en la Biblia; por ejemplo, Tito dice: "Dios, que no miente" (1:2) y Juan 17:17: "Tu palabra es verdad".

Los ejemplos se podrían multiplicar. El testimonio de las Escrituras es claro. Dios usó hombres falibles para que recibieran y pusieran por escrito su Palabra infalible, de modo que llegara hasta

nosotros correcta y sin errores. ¿Parece difícil de hacer? Para nuestro Dios no lo es. Él dijo: "He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí" (Jeremías 32:27).

16

LECCIONES SOBRE LA VERDAD

PRIMER NIVEL¹²³

PRIMERA LECCIÓN

LA BIBLIA

SINOPSIS

I. El origen de la Biblia:

- A. La Biblia, inspirada por Dios.
- B. La Biblia, el hablar de Dios por medio de hombres conducidos por el Espíritu Santo.
- C. La Biblia, el hablar de Dios en los profetas y en el Hijo.
- D. La Biblia, la revelación del Espíritu Santo.

¹²³"La Biblia" es la primera lección del libro "Lecciones sobre la Verdad - Primer Nivel", Volumen I, págs. 1-12. Anónimo, no impreso. Traducción del portugués: Arcadio Sierra Díaz.

II. Las funciones de la Biblia:

- A. Testificar respecto del Señor Jesús.
- B. Convertir a los hombres en sabios para la salvación.
- C. Llevar a los hombres a ser regenerados.
- D. Ser la leche espiritual de los creyentes.
- E. Ser el pan de vida de los creyentes.
- F. Convertir a los creyentes en íntegros.

III. Los escritores de la Biblia, los lugares donde ella fue escrita y las épocas en que fue escrita:

- A. El Antiguo Testamento.
- B. El Nuevo Testamento.
- C. Las épocas.

IV. La conclusión de la Biblia – el reconocimiento de la autoridad de la Biblia:

- A. El Antiguo Testamento:
 - 1. El Pentateuco.
 - 2. Los otros libros.
- B. El Nuevo Testamento:
 - 1. Los Evangelios.
 - 2. Los otros libros.

TEXTO

Después de ser salvos, a fin de obtener crecimiento espiritual, necesitamos conocer la Biblia. Por dos mil años los cristianos han reconocido que nadie puede conocer bien al Señor sin conocer la Biblia.

La herencia espiritual que Dios nos dio, por un lado incluye el Espíritu Santo, y, por otro lado, la Santa Biblia visible. Por un lado el Espíritu Santo está dentro de nosotros; por otro lado, la Escritura está fuera de nosotros. Un cristiano adecuado debe ser equilibrado entre esos dos lados. Si sólo tenemos el Espíritu Santo en el interior, pero no tenemos la Escritura exteriormente, fácilmente cometeremos errores. Si solamente tenemos la Escritura exteriormente, pero no tenemos el Espíritu Santo en el interior, nos convertiremos en muertos, sin vitalidad.

Un cristiano es como un tren que precisa del poder que le impulsa interiormente, y de los carriles exteriormente. Teniendo esos dos aspectos –el interior y el exterior– coordinados, el tren puede moverse y moverse muy bien. Eso es exactamente como el Espíritu Santo en nuestro interior y la Santa Escritura en nuestro exterior. Si usted está lleno del Espíritu Santo en el interior y también conoce la Biblia exteriormente, por consiguiente, como un cristiano, usted está vivo y estable, y asimismo es activo y adecuado. Usted es un cristiano vivo y estable, así como activo y genuino.

I. ORIGEN DE LA BIBLIA

A. La Biblia, inspirada por Dios

La Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16). Eso nos muestra que la Escritura no provino del pensamiento del hombre, de la mente humana, sino que, por el contrario, ella es el soplar del pensamiento y de la palabra de Dios, por el Espíritu, hacia adentro y a partir de los escritores. Vemos que la Biblia contiene los elementos de Dios y lleva Su sabor. Como cristianos, nuestra mayor alegría, o diríamos, nuestra mayor bendición, es que seamos capaces de contactar a

Dios y experimentarlo diariamente a través de la Palabra que Él inspiró.

B. La Biblia, el hablar de Dios por medio de hombres conducidos por el Espíritu Santo

En vista de que la Escritura es la Palabra de Dios inspirada a partir de hombres a través de Su Espíritu, ninguna palabra de la Escritura puede ser según la voluntad humana; por el contrario, los hombres fueron conducidos por el Espíritu y les habló Dios. La frase: *“Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”* (2 Pe. 1:21), posee un doble significado: primero, los hombres fueron conducidos por el Espíritu, segundo, los hombres hablaron de parte de Dios. En el original griego, ser conducido por el Espíritu Santo significa ser llevado, como un barco, por el viento. Los escritores de la Biblia recibieron la inspiración de Dios y estaban bajo el poder del Espíritu Santo, siendo conducidos y llevados por Él a proferir la Palabra de Dios. Además, cuando ellos hablaban, hablaban del interior de Dios. El Espíritu de Dios llevaba a los hombres a que hablaran, y también los hombres hablaban de dentro de Dios. En otras palabras, Dios hablaba Su propia palabra del interior de los hombres, a través de sus bocas.

El segundo libro de Samuel 23:2, dice: *“El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua”*. Esta palabra fue hablada por David. Él nos dice que las palabras que habló eran el hablar del Espíritu de Dios a través de él, y que la palabra de Dios era la que estaba en su lengua. No sólo el Espíritu Santo habló a través de él, sino que también la palabra de Dios estaba en su lengua y fue hablada de su boca. Eso es la Biblia.

C. La Biblia, el hablar de Dios en los profetas y en el Hijo

El Antiguo Testamento es el hablar de Dios en los profetas; el Nuevo Testamento es el hablar de

Dios en el Hijo, nuestro Señor Jesús (Hebreos 1:1-2). De modo que sea el hablar de los profetas en el Antiguo Testamento o el hablar del Señor Jesús en el Nuevo Testamento, ambos son el hablar de Dios, y ambos son de Dios.

D. La Biblia, la revelación del Espíritu Santo

Juan 16:13 dice: *“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”*. La palabra del Señor aquí también prueba que después del descenso del Espíritu, lo que Sus discípulos hablaron y escribieron les fue anunciado por el Espíritu. De modo que la Palabra del Señor aquí prueba que, después de Su descenso, todos los libros del Nuevo Testamento, escritos por Sus discípulos, fueron la revelación del Espíritu, y la autoridad divina de esos libros fue reconocida por Él.

Por lo tanto, la Escritura es la palabra escrita por hombres bajo la orden de Dios (Éxodo 34:27), la palabra del Espíritu de Dios hablada a través de hombres, la Palabra de Dios hablada por medio de la boca del hombre (2 Samuel 23:2), y la palabra hablada por hombres que eran movidos por el Espíritu (Marcos 12:36). El AT es la palabra proferida por los profetas bajo la orden del Señor (Jer. 1:7), la palabra de Dios venida al profeta (Ez. 1:3), la palabra del Espíritu de Dios hablada a través de los profetas (Zac. 7:7; Hch. 3:18; 28:25; Ro. 1:2; 1 Pe. 1:10-12). Algunas partes del Nuevo Testamento son el hablar de Dios al Señor Jesús (Juan 14:10), mientras que otras partes son palabras escritas por los apóstoles, como enseñado por el Espíritu (1 Co. 2:13). Las palabras escritas por los apóstoles enseñadas por el Espíritu son tan sagradas como las Escrituras del Antiguo Testamento (1 Pe. 3:15-16). Por consiguiente, toda la Biblia es originada de Dios; cada palabra y cada sentencia, cada jota y cada tilde (Mt. 5:18) es inspirado por Dios. De este modo los hombres no deben añadir ni quitar nada de las Escrituras Sagradas (Ap. 22:18-19).

II. LAS FUNCIONES DE LA BIBLIA

A. Testificar respecto del Señor Jesús

La primera función de la Biblia es testificar respecto del Señor Jesús (Juan 5:39). El Señor Jesús es el asunto y el contenido de la Biblia; la Biblia es la explicación y la expresión del Señor Jesús. El Señor Jesús es la Palabra viva de Dios; la Biblia es la Palabra escrita de Dios. La Biblia, la Palabra escrita de Dios, precisa contener al Señor Jesús, la Palabra viva, como su realidad; caso contrario, nada será más allá de simples doctrinas y letras vacías. El Señor Jesús, la Palabra viva, precisa de la Biblia, la Palabra escrita, como Su expresión; de otro modo, Él sería misterioso y difícil de ser conocido, vago y difícil de ser comprendido. No obstante, una vez que hay la explicación clara y definida, y la revelación inteligible de las Escrituras, el Señor Jesús puede ser conocido de manera práctica, y comprendido de manera definida por los hombres. No sólo cada libro del Nuevo Testamento revela al Señor Jesús, sino cada parte del Antiguo Testamento, sea (1) la ley de Moisés, (2) los profetas, o (3) los Salmos (esas son las tres partes principales del Antiguo Testamento), testifica y habla respecto del Señor Jesús. De este modo, si quisiéramos conocer al Señor Jesús, necesitamos leer y entender la Biblia.

B. Convertir a los hombres en sabios para la salvación

Las funciones de la Biblia poseen dos aspectos: uno es servir al Señor, y el otro es servirnos. Por un lado, ella testifica respecto del Señor Jesús, y, por otro lado, nos lleva a recibir gracia y a que seamos edificados. La primera función de la Biblia con respecto a nosotros es convertirnos en sabios para la salvación (2 Timoteo 3:15). Ella nos revela cómo salva Dios a los hombres en Cristo y cómo los hombres pueden ser salvos por fe, a fin de que podamos conocer el camino de la salvación.

C. Llevar a los hombres a ser regenerados

La primera función práctica de la Biblia con respecto a nosotros, es llevarnos a ser regenerados (1 Pe. 1:23). La Biblia es la Palabra del Dios vivo, y contiene la vida del Dios vivo. Cuando recibimos la palabra de las Escrituras dentro de nosotros por la fe, ella entra en nosotros como la simiente de la vida, sembrando la vida de Dios dentro de nosotros. De esa manera tenemos la vida de Dios y somos regenerados.

D. Ser la leche espiritual de los creyentes

Una vez somos salvos, aún no tenemos una comprensión suficientemente fuerte respecto de las cosas espirituales. Algunas partes de las Escrituras son como leche espiritual que pueden nutrirnos y hacernos crecer en nuestra vida espiritual (1 Pe. 2.2). De modo que un creyente recientemente regenerado debe desear ardientemente la leche sin engaño de la palabra. En caso contrario su vida espiritual no podrá crecer, y él continuará siendo un niño en Cristo (1 Co. 3:1-2).

E. Ser el pan de vida de los creyentes

La palabra de las Escrituras también es nuestro pan de la vida espiritual (Mt. 4:4). Así como nuestra vida física necesita de provisión, también nuestra vida espiritual necesita de provisión. La provisión de nuestra vida espiritual podrá ser adquirida sólo en la palabra de la Biblia. Para estar vivos y fuertes delante de Dios, no podemos depender sólo de pan, sino de toda palabra, esto es, de la palabra de la Biblia, que procede de la boca de Dios. Debemos tomar la Palabra de Dios como comida y comerla (Jer. 15:16), incluso considerando la palabra de la Biblia como más importante que nuestra comida (Job 23:12b). En caso contrario, nuestra vida espiritual no podrá crecer. Necesitamos practicar a fin de tener nuestras facultades ejercitadas en comprender la palabra de la Biblia, a fin de que podamos ser capaces de entender las palabras que son difíciles de interpretar, esto es, como aquellos que son maduros, podamos comer comida sólida (He.

5:13-14). En caso contrario, nuestra vida espiritual no podrá ser fuerte.

F. Convertir a los creyentes en íntegros

Las enseñanzas de la Biblia pueden darnos perseverancia, ánimo y esperanza (Ro. 15:4). Muchos cristianos han caído en tribulación y han enfermado. Siendo incapaces de soportar esas cosas, se sienten tristes y desesperanzados, aunque cuando leen una parte o una sentencia de la Biblia, adquieren la fuerza de la perseverancia en sus corazones, o reciben un consuelo indecible, y, de este modo, obtienen esperanza que va más allá de sus expectativas. La Biblia también relata muchas cosas tales como advertencias para que seamos amonestados, estemos alertas y no repitamos los errores pasados (1 Co. 10:11). Así, después de nuestra regeneración, la Biblia es útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en justicia, a fin de que nosotros, los hombres de Dios, seamos completos¹²⁴ (2 Ti. 3:16-17).

III. LOS ESCRITORES DE LA BIBLIA, LOS LUGARES DONDE ELLA FUE ESCRITA Y LAS ÉPOCAS EN QUE FUE ESCRITA

A. El Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento, desde Génesis hasta Malaquías, está compuesto por treinta y nueve libros. Los escritores incluyen Moisés, Josué, Samuel, Esdras, Nehemías, David, Asaf, Hemán, Etán, los hijos de Coré, Salomón, Agur, Lemuel, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías, por lo menos treinta y dos personas. Entre ellos hubo hombres eruditos, estadistas y militares; hubo sacerdotes, reyes y profetas; y hubo personas comunes, pastores y labradores.

¹²⁴Según el original en inglés.

Los libros del Antiguo Testamento fueron escritos en varios lugares; algunos en el Monte Sinaí, otros en el desierto, otros en la tierra de Canaán, otros en Jerusalén, y otros en tierras de gentiles.

B. El Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento, desde el evangelio de Mateo hasta Apocalipsis, está compuesto por veintisiete libros.

El evangelio de Mateo fue escrito por Mateo. Mateo era un colector de impuestos de bajo nivel; sin embargo él fue llamado por el Señor para ser uno de Sus doce apóstoles. Su evangelio probablemente fue escrito en Judea.

El evangelio de Marcos fue escrito por Marcos. Marcos fue un discípulo bastante humilde. Su evangelio probablemente fue escrito en Roma.

El evangelio de Lucas fue escrito por Lucas. Él era un médico gentil. Su evangelio probablemente fue escrito en una región gentil.

El evangelio de Juan fue escrito por Juan. Él era un pescador galileo con poca educación; sin embargo, fue llamado por el Señor para ser uno de Sus doce apóstoles. Su evangelio probablemente fue escrito también en un lugar gentil.

Hechos también fue escrito por Lucas. Este libro probablemente fue escrito también en una región gentil.

De Romanos a Hebreos existe un total de catorce libros, que fueron escritos por Pablo. Pablo era un miembro radical de la religión judaica. Además era un hombre de mucho estudio; dotado de talento, competente, agresivo, y lograba notables realizaciones. Él fue llamado por el Señor de manera especial en su juventud, para ser el apóstol de los gentiles. Todos sus libros fueron escritos en lugares gentiles; algunos fueron escritos en prisión en Roma.

La epístola de Santiago fue escrita por Santiago. Santiago era hermano en la carne del Señor Jesús (Gá. 1:19). Era también un cristiano devoto que se convirtió en una columna de la iglesia (Gá. 2:9); sin embargo, retuvo muchas cosas del antepasado judaico. Su epístola fue probablemente escrita en Jerusalén.

La primera y segunda epístolas de Pedro fueron escritas por Pedro. Pedro también era un pescador galileo con educación limitada, pero fue llamado por el Señor a ser el primero de Sus doce apóstoles. Sus dos epístolas fueron escritas en regiones gentiles.

La primera, la segunda y la tercera epístolas de Juan también fueron escritas por Juan. Todas fueron escritas en lugares gentiles.

La epístola de Judas fue escrita por Judas. Él también era un hermano en la carne del Señor (Judas 1; cfr. Gá. 1:19). Su epístola probablemente fue escrita en la región de Judea.

Apocalipsis también fue escrito por el apóstol Juan. Ese libro fue escrito en un lugar gentil, probablemente en la isla de Patmos.

C. Las épocas

Los primeros libros del Antiguo Testamento –el Pentateuco– fueron escritos en 1500 a.C.; el último libro, Malaquías, fue escrito alrededor del 400 a.C. Sin embargo, todo el Antiguo Testamento, con treinta y nueve libros, necesitó de 1.100 años para ser completado.

El primer libro del NT, el evangelio de Mateo, fue escrito cerca del 37-40 d.C.; el último libro, Apocalipsis, fue escrito por los años 94-96 d.C. Por tanto, el NT fue completado en cerca de cincuenta años. De modo que, para completar toda la Biblia, desde Génesis a Apocalipsis, se requirió un intervalo de tiempo de 1.500-1.600 años.

IV. LA CONCLUSIÓN DE LA BIBLIA

EL RECONOCIMIENTO DE LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

A. El Antiguo Testamento

1. El Pentateuco

Los cinco libros de Moisés en el AT, hace mucho tiempo fueron reconocidos por los judíos como provenientes de Dios, escritos por Moisés y pasados de generación a generación por sus padres. Hasta hoy, a pesar de que los judíos reconocieron todo el AT como originado a partir de Dios, ellos siempre han dado a los cinco libros de Moisés una posición especial. Por lo menos dos o tres copias del Pentateuco deben ser encontradas en toda sinagoga judía a través del mundo. Los judíos podrán no tener los otros libros del Antiguo Testamento, pero siempre tendrán los cinco libros de Moisés.

2. Los otros libros

Los otros libros del AT, por causa de su valor y autoridad, también fueron reconocidos, uno tras otro, por el pueblo de Dios como provenientes de Dios. Cierta escritor dijo que un árbol no necesita necesariamente tener su nombre grabado en sí, sólo necesita crecer, florecer y producir frutos, así será naturalmente reconocido por los hombres en cuanto a qué tipo de árbol es. De semejante modo es necesario definir de manera clara si los diferentes libros de la Biblia son de Dios, pues a medida que cada libro pasa por la prueba del tiempo, su valor y autoridad espontáneamente se manifestarán. Esa palabra es realmente adecuada y verdadera. Siguiendo el Pentateuco, a través de las generaciones, algunos entre el pueblo de Dios han sido inspirados para escribir la palabra de Dios. Lo que han escrito, después de un largo período de prueba por el tiempo, fue reconocido por el pueblo de Dios como originado de Dios. Porque fueron encontrados en sus escritos autoridad y poder.

En 457 a.C., Esdras, el escriba, reunió el Pentateuco y otros escritos de reconocida autoridad

entre el pueblo de Dios, y los ordenó a fin de que constituyeran el AT (todavía dos libros –Nehemías y Malaquías– estaban faltando por no haber sido aún escritos). Tanto Josefo, el historiador judío de reconocida autoridad, como los historiadores gentiles, han confirmado ese hecho.

Después de Esdras había entre los judíos un grupo de escribas llamado la Gran Sinagoga, que continuó haciendo la obra de compilación y revisión, obra que fue completada en 400 a.C. El Antiguo Testamento que ellos confirmaron contiene todos los libros que tenemos hoy. Así, cerca del 400 a.C., no sólo fueron completados los escritos del Antiguo Testamento, sino que también fue confirmado el AT y, de manera general, reconocido. De cualquier modo, máximo cerca del 277 a.C., cuando 70 eruditos tradujeron el AT al griego, todos los libros del AT debieron haber sido establecidos.

B. El Nuevo Testamento

1. Los Evangelios

Los evangelios y el AT eran frecuentemente leídos en las reuniones de la iglesia primitiva. De ese modo, entre los libros del NT, los cuatro evangelios fueron reconocidos por la Iglesia en primer lugar.

2. Los otros libros

Después de la muerte de los apóstoles, surgió una confusión por el hecho de que algunas personas que escribían libros, asumían la identidad de otros. De modo que los líderes en las iglesias primitivas, los así llamados padres de la iglesia, reunieron todos los escritos de los apóstoles y los colocaron en la misma posición que los evangelios. Después del martirio de Policarpo, todas las iglesias de manera general concordaron con el contenido del NT, excepto

en cuanto a Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 Juan, 3 Juan, Judas y Apocalipsis. Incluso había discordia en cuanto a la inclusión de esos 7 libros en la Biblia. Sin embargo, por cuanto esos 7 libros fueron definitivamente escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, poseyendo la autoridad y el valor divinos, después de otro largo período de tiempo de prueba, en el año 397 d.C., en el concilio realizado en Cartago, situado al norte de África, los líderes de las iglesias se reunieron e incluyeron esos 7 libros como parte del NT. Ellos también anunciaron que el NT estaba compuesto de 27 libros, igual al que tenemos hoy. Así, en 397 d.C., durante el concilio de Cartago, toda la Biblia, incluyendo el AT y el NT, fue reconocida de manera general y confirmada por el pueblo de Dios.

RESUMEN

Toda la Biblia es el soplo de Dios. Cada libro de la Biblia es la revelación de Dios, con cada línea y palabra procediendo de la inspiración del Espíritu Santo. La Escritura es infalible. las funciones de la Biblia son: 1) testificar respecto del Señor Jesús; 2) hacer al hombre sabio para la salvación y ser la simiente de regeneración del hombre; 3) ser la leche y la comida espiritual del creyente; y 4) convertir en íntegro al hombre de Dios.

Capítulo II

LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA¹²⁵

Cuando comenzamos a estudiar la Biblia, debemos recordar el hecho de que es la Palabra de Dios en un sentido especial, el único libro escrito por la inspiración directa del Espíritu de Dios –y esto la distingue de todos los demás libros del mundo. Al mismo tiempo debemos acordarnos de que hubo un elemento humano en la escritura de ella. El Espíritu Santo la inspiró, pero manos humanas la escribieron. De modo que Jesucristo, el Verbo, o la Palabra viviente, es divino-humano, así la Biblia, la Palabra escrita, es divina-humana. Jesús vino al mundo, el Verbo se hizo carne, para revelar el Padre a los hombres. Y la Biblia nos ha venido de Dios, vestida con los pensamientos y el lenguaje humano, para revelarnos la voluntad de Él.

¹²⁵“La Inspiración de la Biblia” es el capítulo 2 del libro “Introducción Bíblica”, de Alice E. Luce. Ed. Vida. Págs. 157-166.

La palabra inspiración representa la acción de soplar adentro. Job 32:8; 2 Tim. 3:16. La frase "inspirado de Dios" ha sido traducida "lleno del soplo de Dios". Juan 6:63; Hebreos 4:12. La inspiración que reclama la Biblia es el soplo de Dios que entra en los hombres, capacitándoles así para recibir y comunicar el mensaje divino. Era la obra del Espíritu de Dios en los hombres lo que les hizo capaces de recibir y comunicar las verdades divinas sin posibilidad de error. Hace al hombre inspirado infalible para hablar o escribir lo que el Espíritu Santo le dio, ora que expresase verdades anteriormente conocidas o no. En fin esta inspiración divina lleva al libro más allá del conocimiento o poder humano, y da a la Biblia una autoridad que no tiene ningún otro libro. Nuestra creencia en la inspiración plenaria de la Biblia es principio básico de nuestra fe. El cristianismo es una religión sobrenatural. Nos obliga a creer que **Díos ha hablado al hombre**. Él ha intervenido en la carrera pecaminosa del hombre con el fin de salvarle. Él ha intervenido de una manera sobrenatural, fuera de su tratamiento normal del universo. No estamos hablando del intercambio de Dios con el hombre en la naturaleza, de su providencia, su cuidado, ni su omnisciencia. Es algo más. Tú debes comenzar tu estudio de la Biblia con un corazón y una mente que dice: "Dios me ha hablado en su Hijo unigénito, el Señor Jesucristo; y en la Biblia tengo la historia infalible de todo lo que Él puede hacer para la raza humana". Hebreos 1:1-3; Juan 1:1-4.

Hay una diferencia entre la inspiración y la revelación. Por ejemplo, yo pierdo un peso en un cuarto, y lo busco con diligencia. El Espíritu de Dios puede ayudarme a hallarlo si está allí, y eso puede asemejar su obra en la **inspiración**, dirigiendo al escritor a escoger y relatar las cosas que son ya conocidas, como hizo Lucas. Lucas 1:1-4. Pero en la revelación es algo más, porque en ella Dios da al hombre las cosas que no se conocían antes, y cosas que él de ningún modo podría descubrir sin la obra sobrenatural del Espíritu de Dios. Alguien ha dicho: "La revelación

descubre nuevas verdades a los hombres (1 Corintios 2:10,11), y la inspiración les guía y controla en publicarlas". 1 Corintios 2:12,13.

Debemos distinguir también entre la inspiración y la iluminación. Hablamos de la iluminación que recibe algún músico o poeta ilustre; pero eso no es la inspiración infalible que se daba a los escritores de la Biblia. Nosotros mismos podemos ser iluminados por el Espíritu de Dios cuando estamos estudiando o predicando las escrituras de Pablo; pero eso no constituye la inspiración divina que él tenía en escribirlas. La inspiración de la Biblia difiere en cualidad y no sólo en cantidad de lo que puede recibir todo cristiano; es de una clase especial. Los escritores mismos afirman en todas partes del libro que **Dios hablaba por medio de ellos**. 2 Samuel 22:1,2; 1 Crónicas 28:19.

No toda la Biblia fue **revelada** por Dios a los escritores; pero sí, toda la Biblia fue inspirada por Él. Como ejemplos de las partes que fueron dadas por revelación podemos citar los primeros capítulos del Génesis, y la muerte de Moisés. Como ejemplo de hechos conocidos que el Espíritu Santo enseñó a los escritores a escribir, podemos mencionar el relato que Moisés hizo de los viajes entre Egipto y Canaán, y varias listas cronológicas que han sido copiadas de documentos ya en existencia. Nadie puede decir exactamente cuántas partes de la Biblia necesitaban revelaciones divinas; pero se extienden a su historia, su poesía, su profecía y su doctrina. Amós 3:7; Génesis 40:8; 41:16,38,39; Daniel 2:19, 28-30; Gálatas 1:11,12; Efesios 3:3-7; Apocalipsis 1:1,2; Juan 21:24-25.

La profecía es un mensaje de Dios por medio de un profeta, no siempre de predicción, pero siempre de proclamación de la voluntad del Señor. «El profeta era un interlocutor –uno que hablaba en nombre de Dios. Su misión era la de un intérprete, un testigo. "Tu hermano Aarón será tu profeta. Él hablará por ti al pueblo" (Éxodo 7:1; 4:16). En relación a Dios él era uno

escogido para recibir una revelación de la voluntad divina y entonces proclamarla a otros. Amós 3:8. A veces la verdad que él recibía tenía referencia al pasado, a veces al presente, y a veces al futuro. El profeta era el historiador que registraba e interpretaba lo pasado a la luz del propósito divino. Era el predicador que revelaba y aplicaba la voluntad de Dios a las condiciones actuales en su día. Era también el heraldo, proclamando y recalcando la inminencia de los juicios y de las bendiciones del Señor». Así tanto las palabras habladas como las escritas por un verdadero profeta de Dios fueron dadas por la inspiración del Espíritu de Dios. 1 Samuel 9:9; Jeremías 1:12-19; 23:16-40; Ezequiel 2:7; Jonás 3:2.

Hay que acordarse de la distinción entre declaraciones y el registro o crónica de las declaraciones. La Biblia no miente, pero relata muchas mentiras. Dice que el insensato ha dicho en su corazón que no hay Dios (Salmo 14:1). Los que leen de una manera descuidada han dicho que la Biblia enseña que no hay Dios. Pero no es así. Otro ejemplo podemos citar de 1 Samuel 31:3-5; 2 Samuel 1:6-10. La Biblia no dice que el mancebo amalecita mató a Saúl, sino que relata que él dijo **que lo había hecho**; y del capítulo anterior sabemos que él dijo una mentira.

Teorías erróneas de la inspiración

1. *Inspiración natural* es la teoría que enseña que la Biblia fue escrita por hombres buenos y sinceros, que tenían genio especial, o fuerza intelectual extraordinaria. Los hace iguales con Milton, Shakespeare, y otros escritores famosos. Esto no lo podemos aceptar, porque niega lo sobrenatural y reduce a los escritores bíblicos al mismo nivel que cualquier otro historiador humano.

2. *Grados de inspiración* es la teoría que dice que algunas partes de la Biblia, las más

importantes, son plenamente inspiradas de Dios, otras en un grado inferior, y otras partes son meramente palabras humanas. En contradicción podemos decir que el Espíritu de Dios no inspira una parte de un mensaje sino el mensaje entero. ¿Quién podría juzgar cuáles partes de la Biblia fueron inspiradas y cuáles no? Mira 2 Timoteo 3:16.

3. *Universal inspiración cristiana* es la teoría que reclama una inspiración igual para todos los escritores cristianos. Esto es muy sutil, y engaña a muchos, porque es verdad que el Espíritu de Dios puede iluminar y ayudar a todos los hijos de Dios, pero no en el sentido sobrenatural como lo hizo con los escritores de la Biblia. Compara los escritos de los Padres de la iglesia primitiva con las epístolas de Pablo, y nota la gran diferencia. Ellos, sí recibían la iluminación del Espíritu, pero no la plena inspiración.

4. *Inspiración de conceptos o ideas* es la teoría que enseña que no fueron las palabras sino solamente las ideas o los pensamientos lo que dio Dios, y después los hombres falibles los expresaron en sus propias palabras. Muchos de los críticos destructivos adoptan esta teoría, porque les permite rechazar todo lo que no les gusta. Pero el Dios infalible no escribe libros con errores. Si tan sólo los conceptos fueron de Dios, entonces el libro no tiene ninguna clase de inspiración.

5. *Dictado verbal*, o la teoría que hace a los escritores como el secretario de algún comerciante que toma dictado, escribiendo cada palabra de su jefe sin usar su propia mente. Esta teoría hace al hombre una máquina, un agente pasivo, y aunque enseña la inspiración de las palabras, no deja lugar para la inspiración del escritor. El Espíritu Santo no inspiraba las meras palabras sino también a los hombres que usaban las palabras.

En meditar sobre todas estas teorías, debemos procurar acercarnos más a Dios para comprender sus enseñanzas y evitar los errores a ambos lados. La Biblia debe ser tratada con

suma reverencia y estudiada con mucho esmero. Sin embargo no afirmamos que todas las partes son de igual importancia, aunque todas son igualmente inspiradas. Por ejemplo, recibo una carta de mi madre, en la cual me habla de haber hecho varios quehaceres de la casa, como hecho el pan, lavado las ropas, limpiado las ventanas, o pintado las sillas. Después me dice cómo Dios está bendiciendo en las cosas espirituales, y me anima a mí a seguir a mi Salvador con una consagración entera, y a dedicar toda mi vida a su servicio. Todos convendrán en que la segunda parte de la carta es de más importancia que la primera; pero todo es **igualmente la carta de mi madre**, y escrita por su propia mano. Esto es lo que queremos decir cuando reclamamos una inspiración igual para todas las partes de la Biblia.

La inspiración plenaria

El hecho de la inspiración de la Biblia nos es revelado desde su principio hasta su fin; y el testimonio del Espíritu de Dios en el creyente lo confirma y lo asegura, sin caber duda alguna. Pero el **modo** de la inspiración es un misterio que no puede ser exactamente definido por la pequeña inteligencia humana, porque es cosa divina. De la manera que la persona de Cristo, el Dios-Hombre, es inescrutable, y "*nadie conoce al Hijo sino el Padre*" (Mateo 11:27), así nadie puede explicar exactamente la relación entre los dos elementos –el divino y el humano– en el Libro de Dios. Pero el alma reverente, conociendo a Cristo como su Salvador y amándole fervientemente, reconoce a la vez su Palabra escrita, y la recibe como la revelación de Dios, aunque no puede explicar detalladamente el misterio de su inspiración. Todo depende de nuestra actitud hacia Él; y si le aceptamos a Él como nuestro Señor, aceptamos también su Palabra.

La inspiración que la Biblia reclama para sí misma es que los hombres santos escribieron con

sus propias manos y en sus propias palabras, demostrando cada uno su propio estilo, bajo una influencia tan poderosa del Espíritu de Dios que lo que han escrito (en los idiomas originales) es la Palabra misma de Dios; y el Libro entero constituye para la raza humana una **regla infalible** de fe y de conducta.

La inspiración plenaria (llena, completa) enseña que todas las partes de la Biblia son igualmente inspiradas, incluyendo su historia, poesía, profecía y doctrina. No afirma que los escritores eran máquinas, sino que hubo una cooperación vital y continua entre ellos y el Espíritu de Dios que les habilitaba. Ellos estaban tan plenamente rendidos a Él, que pensaban como Él, y escribían exactamente lo que Él les guiaba a escribir. Solamente un hombre así inspirado vitalmente por el Espíritu Santo podía detenerse de repente y decir: "*Mas esto digo por vía de concesión*", como Pablo en 1 Corintios 7:6,10,12.

El Espíritu Santo moraba en los escritores de la Biblia, los dirigía en sus procesos de meditación y de composición, en una manera libre que daba lugar para que la personalidad del escritor se manifestase por medio de las facultades mentales. Así es que Pablo no escribe en el mismo estilo que Pedro, e Isaías usa palabras distintas de las de Amós; aunque todos igualmente han escrito las palabras de Dios. Todo escritor bíblico tenía su propio estilo, su propio concepto de la verdad divina, su propio modo de razonar, y usó su propia memoria y los varios métodos de conseguir información, como manifiesta Lucas en el prólogo de su Evangelio. Lucas 1:1-4.

Aquí vemos el elemento humano en la inspiración verbal: el escritor que averigua los manantiales de su información, que escucha los informes de los testigos oculares, y coordina una relación de las cosas que apelaron a sus facultades razonadoras como dignas de creencia. Pero todo esto acontecía **bajo el poder y dirección del Espíritu Santo**, quien guardaba a los escritores de hacer el más mínimo error; y fue así una cooperación preciosa de lo humano con lo

divino.

El elemento divino en la inspiración se describe gloriosamente en 2 Pedro 1:20,21 y 2 Samuel 23:1,2. No por esfuerzos humanos ni de la voluntad del hombre fue traída la Palabra en ningún tiempo; sino que hombres santos y rendidos fueron movidos (impelidos como por un viento tempestuoso) por el Espíritu Santo. Así todos sus pensamientos y el movimiento de sus manos en escribir fueron dirigidos por el bendito Espíritu de Dios; y el resultado de esa gloriosa cooperación entre Dios y el hombre es que tenemos un Libro autorizado, uno en el cual podemos poner toda nuestra confianza por esta vida y la venidera. Cada palabra de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, fue inspirada por Dios, y no hay errores ni mentiras en ella.

En resumen, podemos presentar estos puntos acerca de la **Inspiración verbal plenaria**: (1) La Biblia registra la revelación de Dios al hombre, y esa revelación se puede resumir en una PERSONA, el Señor Jesucristo. (2) Para gozarse de su revelación es preciso conocerle a Él y vivir en comunión con Él, porque el hombre carnal no puede comprender las cosas de Dios. I Corintios 2;12-16; Mateo 11:25-27. (3) La inspiración de la Biblia abarca todas las ideas y las palabras de los libros originales. (4) Cesó cuando ellos fueron completados; y después ni los mismos escritores ni otros siervos de Dios pueden ser llamados hombres inspirados en el mismo sentido. (5) La inspiración que tuvieron para escribir la Biblia no les hacía máquinas, tampoco daba lugar para errores; sino que dio como resultado en una continua cooperación entre Dios y los hombres que mantenía el elemento humano y el elemento divino, y hacía a la Biblia un libro divino-humano. (6) Nuestra creencia en la inspiración verbal plenaria no nos enseña que todas las partes de la Biblia son de igual importancia, sino que todas son igualmente inspiradas.

Capítulo IV

LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA¹²⁶

Es corriente expresar la cualidad peculiar que diferencia a la Escritura de cualquier otra literatura, diciendo que es divinamente inspirada. Quizá sea innecesario decir que la Biblia no fue prácticamente escrita por la mano de Dios, si bien en dos ocasiones leemos que Dios escribe: una, en el Antiguo Testamento, y otra, en el Nuevo; pero en cada ocasión la escritura fue doble. En uno de los casos fue en relación con la ley, y en el otro, en relación con un acto especial de la **gracia** por parte del Señor Jesucristo (los Diez Mandamientos en tablas de piedra dados a Moisés se nos dice que fueron «escritos con el dedo de Dios». Éxodo 31:18 y 32:16, y en Juan 8:6 y 8 leemos que en dos ocasiones «Jesús se inclinó y con su dedo escribió en tierra»).

Tomando esto literalmente, podemos decir que nada ha quedado hasta el día de lo que escribió Dios mismo, por cuanto que las tablas de la ley fueron hechas pedazos a los pies de aquel Israel idólatra, en tanto que lo que escribiera Jesús en el templo, fuere lo que fuere, pronto fue hollado o pisoteado por los escribas y fariseos. No obstante, como se afirma por católicos y protestantes, tenemos en las manos un libro divino, «una carta escrita por Dios a los hombres».

Las Sagradas Escrituras son un conjunto de libros escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, y tienen, por tanto, a Dios por autor; sin embargo, Dios ha utilizado a hombres para que su

¹²⁶«La *Inspiración de la Biblia*» es el capítulo 4 del libro «¿Qué es la Biblia», de José Flórez. Ed. Alturas. Págs. 49-63

Palabra nos llegue escrita, según hemos expresado antes, en varios idiomas hasta nuestros días.

El grado de esta inspiración y la fórmula correcta de la misma ha sido, no hay que negarlo, tema de prolongada y acre discusión.

Es notable que mientras el espíritu de inspiración se percibe en las páginas de la Biblia y también iluminan cada palabra de la misma, el método divino de inspiración, es decir, la manera en que Dios comunicó sus pensamientos y palabras a los escritores de la Biblia, no se nos dice de un modo claro y tajante; esta es la razón por la que hay tal discrepancia entre los estudiantes de la Biblia incluso dentro del seno católico y del seno protestante, con respecto a la manera exacta en que las palabras de la Biblia nos fueron transmitidas a la posteridad.

Job dice (32:8): *«Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del omnipotente le hace que entienda»*. Y David afirma (2 Samuel 23:2): *«El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua»*, en tanto que Isaías afirma (1:2): *«Oíd, cielos, y escucha tú, tierra: porque habla Jehová...»* Y Jeremías expresa decididamente: *«Vino, pues, palabra de Jehová, a mí diciendo»*, sin que se nos exprese cómo llegó esa palabra a él, aunque un poco más adelante afirma: *«Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca»* (1:2,9).

Observaremos, al leer los profetas y los apóstoles, que si bien ellos afirman de modo claro que sus palabras fueron absoluta y totalmente procedentes de Dios, es decir, que ellos escribieron inspiradamente, sin embargo, ninguno de los escritores nos dice cómo se llevó a cabo semejante operación.

No debemos extrañarnos, por tanto, de que las doctrinas sobre la inspiración lleguen a ser, por ello mismo, a veces inconsistentes, como en el caso de aquel erudito que, no contento con defender la inspiración verbal, llegó a asegurar lo que él llamaba «inspiración acentual», es decir, que hasta los acentos de las lenguas en que originariamente fue escrita la Biblia

estuvieron controlados por Dios mismo. Los rabinos afirmaban que Dios mismo pasaba cierto tiempo del día estudiando la ley, y algunos de ellos mantenían que cada pasaje de la ley podía interpretarse de setenta maneras; se afirmaba, además, que la puntuación vocálica ya fue comunicada a Adán juntamente con el texto consonante. En cuanto a Filón, el famoso filósofo griego, que algunos consideran cristiano en su totalidad, sostenía una doctrina de inspiración tan elevada, que no sólo se detenía en el texto hebreo, sino también alcanzaba al texto de la Septuaginta, que, como sabemos, fue una traducción hecha del hebreo al griego por fines convencionales de la diáspora.

Inspirar, sinónimo de aspirar, tiene en esta primera aplicación el sentido de «atraer el aire exterior a los pulmones»; es decir, poner dentro algo que estaba fuera. Su segunda acepción. «infundir en el ánimo, sugerir afectos, ideas, designios», implica igualmente el «aplicar» algo a la persona, y en el sentido que nos compete a nosotros, en el teológico, significa «iluminar Dios el entendimiento de uno y mover su voluntad». Por ello al hablar de inspiración de la Biblia, el versículo tal vez más manido sea el de 2 Timoteo 3:16: «*Toda la Escritura es inspirada por Dios. y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia*»; en el que aparece por una sola vez en el Nuevo Testamento la palabra **zeopneustos**, compuesta de “Dios” y “espíritu”, significado que lleva el hálito o “soplo” de Dios.

En consecuencia, los hombres que fueron escribiendo la Biblia no eran simplemente escritores, sino hagiógrafos: esto es, escritores con una inspiración santa (**agios** significa “santo”), y de ahí que San Pedro diga: «*Los santos hombres de Dios, impulsados por el Espíritu Santo, hablaron*» (2 Pe. 1:21).

Ahora bien, ha sido y es tema debatido entre teólogos el determinar si el pensamiento que tenemos de la Biblia fue comunicado de modo sobrenatural, dejando la expresión al autor humano, o si tanto el pensamiento como la expresión fueron dictados por el Santo Espíritu, y si la inspiración comprendía todos los tópicos de que hablaban los autores o sencillamente las materias de fe y de conducta. Parecería que el teólogo sistemático sería la persona más

indicada para definir, provisto de su equipo; así, el famoso Sperry Chafer dice: «Es la inspiración una referencia a la influencia controladora que Dios ejerce sobre los autores humanos por los cuales el Antiguo y el Nuevo Testamento fueron escritos, y tiene que ver con la recepción del mensaje divino y con la exactitud con que se transcribe». Pero algún crítico afirma que se puede dar lugar a que sin tener en cuenta los hechos se defina *a priori* la doctrina de la inspiración de una manera rígida.

Efectivamente, de una parte tenemos los que afirman que la Biblia es un libro humano, en el que el hombre trata de buscar a Dios, justamente igual que en los Vedas del hindú o en los escritos de Confucio, en el Zend-Avesta de los persas o en el Corán de los mahometanos, no siendo de ninguna manera infalible; de otra parte, quienes afirman que la Biblia no es toda palabra de Dios, sino que la contiene, sirviéndonos de guía a la manera en que un abogado es libre de interpretar por el espíritu de un texto y no por sus palabras; en tercer lugar, hay quienes aceptan como inspiradas todas y cada una de las palabras que aparecen en la Biblia; esto es, admiten la «inspiración verbal», añadiendo que sin las palabras no puede precisarse con exactitud el sentido del mensaje. Alegan que esto creyeron grandes hombres que fueron visiblemente utilizados por Dios en el pasado, cuales Spurgeon, Carroll, Moody, Torrey, etc. La Biblia en este caso no sólo contiene, sino que es toda ella palabra de Dios, y es infalible.

En su libro *The faith of a Modern Christian*, en la página 16, el doctor Orr dice: «No hay ni puede haber en la inspiración divina ninguna supresión del genio humano ni de su facultad o individualidad. Las limitaciones del instrumento condicionan la receptividad del mensaje». Por su parte, Everett Harrison dice: «Sin lugar a dudas, la Biblia enseña que es inspirada», y añade una serie de pruebas masivas. Frank Gaebelien concluye en su libro: «... El hecho de que la Biblia misma reclame su inspiración es innegable». En efecto, normalmente, la Biblia, según hemos dicho, es conocida y considerada como Palabra de Dios, e incluso los líderes de las iglesias que se oponen a lo que se llama «inspiración verbal» admiten que ésta es creencia normal del cristianismo. También es doctrina histórica de la Iglesia Cristiana, creencia que persiste a pesar

de dos siglos de ataque abierto de parte de lo que se llama liberalismo religioso.

La verdad es que es mucho más importante para nosotros el sentir la inspiración de la Biblia cuando la leemos y la estudiamos que el formular cualquier dogma adecuado acerca de la inspiración misma; es mucho más vital que nuestra alma vibre de emoción en la lectura de la Biblia y que la experiencia de la redención, que es el punto clave para el hombre, produzca en nosotros los frutos de arrepentimiento y abra nuestra respuesta a Dios y al camino para la salvación de nuestras almas. Podremos, quizá, así entender un poco, con nuestra propia experiencia, lo que significara aquel fenómeno de posesión del Espíritu Santo, esa posesión del hombre que le controla y que llegó en los casos conocidos del Antiguo Testamento a condiciones de éxtasis, a veces religiosas, a veces no religiosas en carácter, que quedaron en las páginas de la Biblia para nuestra actual consideración. Por eso, lo impresionante de la profecía hebrea es el hecho de que partiendo de un nivel tan bajo como es el humano, ascienda a alturas tan considerables como son las palabras de Dios que el profeta da, convencido de que, sin dejar de ser hombre, el Espíritu le controla y le utiliza como instrumento afinado a la voluntad divina. Esto mismo ocurre en el Nuevo Testamento con los incidentes del día de Pentecostés y con las manifestaciones similares en la iglesia primitiva. El hablar en lenguas, cualquiera que sea la interpretación que le demos, era nota característica del Espíritu Santo poseyendo y controlando a ciertos seres humanos. Pero todavía más; cuando dejamos atrás el Antiguo y Nuevo Testamento ya escritos, y estudiamos la historia de la Iglesia, nos sorprendemos con frecuencia al encontrar condiciones casi similares que tienden a la conservación y mantenimiento de la pureza de la Santa Biblia a lo largo de los siglos. Hay también los grandes despertamientos religiosos que no pueden considerarse como casualidades de tipo social, sino como influencia del Espíritu Santo en un momento determinado por unas circunstancias también determinadas.

La gente ha venido disputando si debemos decir: «La Biblia es la Palabra de Dios» o «La Biblia contiene la Palabra de Dios». Lo primero significa que desde el principio hasta el fin la Biblia fue

dictada por el Espíritu Santo mismo, que seleccionó a los hombres que actuaron como sus amanuenses. Nada en este proceso era de origen humano y el libro era totalmente divino en todas sus partes; sin embargo, cuando esta teoría se puso a la prueba, muchos de los fenómenos no pudieron ser explicados porque había mucho en la Escritura, y especialmente en el Antiguo Testamento, que era difícil de aceptar como Palabra de Dios. La cruda moralidad, la baja espiritualidad, la teología defectuosa, eran difíciles de considerar en esta perspectiva de su origen; además, había muchas cosas que eran de sentido común, o que los hombres habían descubierto por sí mismos, sin ninguna iluminación especial del Espíritu Santo que fuese necesaria. Había cosas en el libro que eran bastante humanas para que se considerara todo Palabra de Dios; pero ya que contenía mucho que no podía ser descrito como tal, se hizo una distinción de los dos elementos, o sea, una parte considerada como palabra de hombre y otra parte considerada como Palabra de Dios; de ahí salió la fórmula que sirvió como patrón de que la Biblia no es la Palabra de Dios, sino que contiene la Palabra de Dios.

Hoy, sin embargo, parece que hemos sobrepasado ya semejante estado de discusión porque la antítesis no es real y la distinción nos concentra sobre una atención que parte de algo falso, toda vez que lo que hemos dejado ya atrás es el viejo concepto de la Escritura como compendio de doctrina y de ética principalmente, concepto que ya no es aceptable. Nosotros no vamos hoy a la Biblia a preguntarle en qué lugar está hablando Dios y en qué lugar es la voz del hombre la que oímos. No podemos decir esto es inspirado y aquello no lo es, porque semejante actitud nos llevará a grandes dificultades que no podemos explicar ni solucionar. La investigación actual nos presenta una teoría que reconoce que la Biblia en su totalidad no es tan sólo más grande que cualquiera de sus partes, sino que es sencillamente la suma total de todas ellas tomadas como fragmentos desconectados. La Biblia es una unidad orgánica que tenemos que juzgar como tal en su totalidad, y entonces veremos que lo que nos presenta es un desarrollo progresivo de Dios mismo, su propia y gradual comunicación al hombre finalizando con la llegada del mismo Dios a la vida humana de un modo intenso y excepcional que conmueve todo el pensar y el sentir de la

Humanidad.

Estas consideraciones han hecho que muchos eruditos digan que la inerrancia o infalibilidad sea «un corolario natural de la inspiración», porque si la Biblia es la Palabra de Dios, entonces participa del carácter de Dios, que incluye la infalibilidad.

Decir que lo que dice la Biblia no tiene error o es infalible significa confesar que tenemos fe en dos cosas; primera, en el origen divino de la Biblia, y segunda, en la veracidad de Dios. Sin embargo, la infalibilidad o inerrancia no podemos aplicarla sino a los autógrafos bíblicos; es decir, a los manuscritos originales, porque en el copiar repetido de los manuscritos se encuentran faltas comprensibles que son prueba de la flaqueza y debilidad humana al no tomar las debidas precauciones; los eruditos admiten que hay muchas variaciones en el resultado de la transcripción de errores de vista, de oído, de mano y hasta incluso del juicio de los escribas. Por ejemplo, en la primera epístola de San Juan, capítulo 5, versículo 7, se admite generalmente que hay una nota marginal de un manuscrito primitivo incorporado por error al texto, y muchos relatos de cronología, de número de soldados y otros detalles, pueden reflejar errores de transcripción, y con ello hemos de contar si sabemos que los escritores eran humanos, según dijimos, capaces de cometer errores. Una ilustración se ve comparando 2 Samuel 10:18 con 1 Crónicas 19:18.

La palabra **infalible** parece que se encuentra en la Biblia misma. La voz griega *asfaleia* (certidumbre, seguridad) la traducen algunos así en Lucas 1: «*También me ha parecido bien, habiendo tenido perfecto entendimiento de todas las cosas desde el principio, escribírtelas en orden, ¡oh, muy excelente Teófilo!, para que conozcas la infalibilidad de las cosas en las cuales has sido enseñado*».

No tenemos duda, desde luego, en aceptar que la inerrancia de la Biblia, o infalibilidad, es consecuencia fácil del sentido de inspiración. Si Dios inspira, lo inspirado no puede contener error; pero alguien pregunta: todo lo que el escritor enuncia, insinúa, afirma, ¿debe considerarse como enunciado, insinuado, afirmado por el Espíritu Santo? La lógica nos dirá que todo lo que el

hagiógrafo produzca inspirado es infalible, porque infalible es Dios.

Es de común inteligencia que el hombre, por ser racional, no puede convertirse en instrumento inanimado, y, por ende, tiene actividad propia, actividad que le lleva incluso al trabajo personal de buscar materiales, etc., como en el caso de Lucas; además, el hagiógrafo escribe frecuentemente de su propia experiencia. Otras veces Dios puede revelarle (momento en que coincide la revelación con la inspiración) verdades que el hagiógrafo desconoce. Escribe San Pedro (primera ep., 1:12): «*A los cuales (profetas] fue revelado que no para sí mismos administraban las cosas que ahora os son anunciadas...*», y se comprende que Moisés no tuviera idea de la importancia típica latente en las historias de Adán, Enoc, Abraham, Isaac y José, y que la posible tipología del Tabernáculo fuese asunto desconocido para él. ¿No se preguntaría por qué no se hacía referencia alguna a la parentela de Melquisedec ni a su historia? Wescott dice que «la inspiración puede ser considerada en un aspecto como lo correlativo de la Revelación. Ambas operaciones implican una extensión sobrenatural del campo de visión espiritual del hombre, pero en formas diferentes. Por inspiración concebimos el que sus poderes sobrenaturales sean excitados hasta contemplar con divina intuición la verdad que existe todavía en medio de la ruina moral y física del mundo. Por revelación vemos si se quitase el oscuro velo de encima de las cosas, de modo que aparezcan los recursos y facetas de la vida en su eterna naturaleza».

Unas veces el instrumento aprende en una grande experiencia las verdades que ha de transmitir a la posteridad, como Isaías y Ezequiel en sus visiones; en otros casos, la suprema convicción del escritor bíblico le viene lentamente, poco a poco, en su experiencia diaria, como en Jeremías, Pablo, David. Y por haber dejado el hombre sus pensamientos expresados en la Biblia, como igualmente sus sentimientos más internos (David) y sus palabras de erudito (Pablo), no se puede negar que en la Biblia exista no sólo la palabra de Dios al hombre, sino la palabra del hombre a Dios igualmente.

Existe la necesidad de una mezcla misteriosa de lo divino y lo humano en el Libro. Es indubitable

que Dios habla en la Biblia; pero a Él le ha placido hacerlo en ropaje humano muchas veces, en lenguaje de los hombres, porque a los hombres se dirigía, y ha sintonizado la música de su mensaje a los tiempos, los idiomas, los individuos, los temperamentos; mas el sello, el soplo, su espíritu permanece. Por ello, si los amigos de Job han hablado y sus palabras están dentro del libro inspirado, allí mismo Dios les dice: «No habéis hablado por mí con rectitud...» (12:8).

Consideramos que el doctor A. T. Pierson ha hecho una buena definición de la inspiración en su buen libro *Knowing the Scriptures*. Allí se lee: «El término inspiración verbal ha sido mal entendido. No significa, desde luego, que cada palabra que encontremos en la Biblia es la palabra de Dios o representa su pensamiento, pues algunas palabras relatan los hechos de los equivocados y de los impíos, ni son dichos suyos, porque en algunos casos el que habla es el diablo. Cualquier teoría que conceda igual importancia o autoridad a todas las palabras que encierra la Biblia es absurda... Cada estudiante debe observar lo que en la Biblia tiene autoridad y lo que solamente tiene exactitud. Las palabras de Satanás a Eva son exactas en el trasplante a la Sagrada Escritura, pero son falsas y engañosas en intención y en sentimientos respecto del pensar de Dios. La mayor parte del libro de Job, aunque relato inspirado de acontecimientos y dichos, no es de la aprobación de Dios... Incluso profetas y apóstoles, aparte de su carácter y capacidad como tales, siendo meros hombres falibles, estaban sujetos a equivocaciones (1 Reyes 19:4; Gal. 2:11-14), y podemos encontrar un principio muy instructivo sobre esto en 2 Sam. 7:2-7».

«²Dijo el rey al profeta Natán: Mira ahora, yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas. ³Y Natán dijo al rey: Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque Jehová está contigo. ⁴Aconteció aquella noche, que vino palabra de Jehová a Natán, diciendo: ⁵Ve y di a mi siervo David: Así ha dicho Jehová: ¿Tú me has de edificar casa en que yo more? ⁶Ciertamente no he habitado en casas desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado en tienda y en tabernáculo. ⁷Y en todo cuanto he andado con todos los hijos de Israel, ¿he hablado yo palabra a alguna de las tribus

de Israel, a quien haya mandado apacentar a mi pueblo de Israel, diciendo: ¿Por qué no me habéis edificado casa de cedro?».

Sabiendo que los escritores originales emplearon idiomas distintos al nuestro, que en tantos casos los manuscritos originales no se encuentran, que los copistas cometieron tantas faltas, que hay centenares de manuscritos, etc., no es posible sostener la inspiración verbal mecánica absoluta en nuestras Biblias; pero no hay razón para negar la inspiración verbal de sus originales en el sentido antes dicho, considerando como axiomáticamente infalible todo aquello que viene de Dios. La palabra infalible aparece también en Hechos 1:3, dándonos la idea de «incapacidad de errar», «no susceptible de engaño», etc., y la confirmación final de la infalibilidad de la palabra de Dios la encontramos en su cumplimiento. Consecuentemente, al decirnos algo seguro en cuanto al futuro nos proporciona consuelo y esperanza (Romanos 15:4).

La inspiración, revelación y autoridad de la Biblia son doctrinas íntimamente relacionadas, cada una de las cuales aporta sus productos al tema insoslayable del «mensaje de Dios al hombre». Y este mensaje fue indudablemente plasmado en la Biblia. Así lo vio la iglesia primitiva, así lo encontró el hombre, y meditando en ello, Calvino sentó su base para la creencia en el «testimonio interno de la Escritura». En aquellos momentos de la Reforma, cuando la Biblia estaba sometida al crisol de todas las críticas, los reformadores hallaron el **testimonium Spiritus internum** como respuesta a las preguntas incrédulas. En la Biblia, Dios habla y el hombre ha de oír.

Un hecho frecuentemente ignorado en el presente conflicto sobre la inspiración y la infalibilidad es la reivindicación de la exactitud de la Biblia llevada a cabo por medio de los descubrimientos arqueológicos del pasado siglo. Cuando el furor de la alta crítica destructiva y su aplicación de la evolución a la religión, a lo largo del siglo XIX, los eruditos parece que se disputaban el negar más cada día la autoridad de la Biblia, así que incluso los patriarcas llegaron a no ser considerados como individuos, sino como tribus, y sus vidas, como mitos; pero entonces la

ciencia de la arqueología comenzó a prestar su contribución, y los trabajos en Ur de los Caldeos, de Wooley, nos mostraron la autenticidad del cuadro de Abraham y se afirmó rotundamente que «vivió en una civilización avanzada». Las tabletas de arcilla babilónicas no solamente colocaron el arte de la escritura en un tiempo muy anterior al de los patriarcas, sino que el Código de Hammurabi reveló un nivel moral alto parecido al de los Diez Mandamientos casi unos quinientos años antes de Moisés.

Además del testimonio de las excavaciones tenemos el testimonio claro de la profecía. En palabras del profeta Isaías (8:20): «*¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido*».

Es maravilloso pensar que en la misma Biblia, el Espíritu Santo se anticipa a decirnos que las palabras de Dios no vinieron por la voluntad o deseo del hombre, sino que fueron movidos precisamente por el Espíritu de Dios. Ya citamos a San Pedro en su segunda carta (1:21), quien dijo lo siguiente: «*Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*». Por esta razón no es de extrañar que el Señor Jesucristo pasase todo su ministerio público en esta tierra explicando el sentido de las Escrituras del Antiguo Testamento, y nunca, en ninguna ocasión, hizo alusión a la posibilidad de algunos errores en las Sagradas Escrituras, y, sin embargo, sí recordamos que Él denunciaba los errores de su día (Mateo 23), y que estaba presto a detectar y a corregir los errores y faltas incluso de su propio pueblo (Lucas 9:55): «*Entonces, volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois*».

Si hubieran existido todos esos errores que han preocupado a tantos escépticos, el mismo Señor Jesucristo nos habría advertido contra ellos; pero no fue así, sino todo lo contrario, ya que Él, siendo, como dice el Apocalipsis (3:14), «*el testigo fiel y verdadero*», atestigua de la veracidad de las Escrituras al decir (Juan 10:35): «*Si llamé dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la **Escritura no puede ser quebrantada**), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?*». Y (Lucas 21:22):

«*Porque estos son días de retribución, para que se cumplan **todas las cosas que están escritas***». Él puede afirmar: «*Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido*» (Mateo 5:18).

Ahora bien, conviene precisar que los términos «la ley, los profetas y los salmos» eran las expresiones utilizadas por los judíos para representar todo el Antiguo Testamento, y el Señor Jesucristo no podría nunca hacer alusión al mismo y utilizarle si alguna de sus partes no fuese inspirada o tuviese errores; de ahí que Él afirme: «*todas las cosas que están escritas en la ley de Moisés y en los profetas y en los Salmos referentes a mí han de ser cumplidas*» (Lucas 24:44).

El teólogo luterano J. Theodore Mueller, en su estudio sobre la Escritura Santa, afirma que para Cristo mismo y según su indiscutible testimonio, los libros del Antiguo Testamento eran Palabra de Dios de una manera tan absoluta, que pudo decir a este respecto «*la Escritura no puede ser quebrantada*» (Juan 10:35); en este pasaje, la referencia al Salmo 82:6 («Yo dije: Vosotros sois dioses. Y todos nosotros hijos del Altísimo») tiene una gran importancia, porque aquí, en efecto, los hombres -los magistrados- son llamados “dioses” (hebreo, *Eloim*; griego, *Zeoî*). Esta apelación, según nuestro Salvador, no era equivocada, y no podía serlo por cuanto ya había dicho que la Escritura no podía ser quebrantada; de modo que este pasaje y muchos otros nos enseñan que la Biblia es **verbalmente** inspirada, y que en la Escritura cada palabra es una palabra de Dios infalible.

Lutero afirmaba que la única fuente de revelación es la Biblia, y que los libros sagrados contienen en sí mismos el testimonio de su propia inspiración; la claridad de la Biblia hace innecesaria la interpretación de un Magisterio de la Iglesia; Calvino creía en la necesidad de la experiencia subjetiva del testimonio del Espíritu Santo, como apuntábamos antes, en favor de cada uno de los libros inspirados, pero, en el campo racionalista y semirracionalista, Schleiermacher decía que «la inspiración es el contagio de la conciencia religiosa de Cristo a los apóstoles», mientras Rothe afirmaba: «La Escritura no es la palabra de Dios, sino consignación meramente humana de la revelación divina».

La Iglesia Católica define la “inspiración” como: «Una iluminación e influencia sobrenatural del Espíritu Santo sobre los escritores sagrados que los movió eficazmente a escribir, y de tal manera los asistió mientras escribían, que ellos concibieron rectamente todo y sólo lo que Él quería y la quisieran fielmente escribir, y lo expresaran aptamente con verdad infalible» (Cfr. León XIII, “*Providentissimus Deus*”).

Entendemos, pues, que Dios es la causa principal en cuanto que eleva e influye en un plano sobrenatural las potencias psíquicas del autor humano. El efecto es totalmente de ambos: el autor principal es Dios. Por eso el libro es principalmente divino. La causa instrumental es el hagiógrafo en cuanto que actúa por sus potencias connaturales y específicas.

El “sentido” de la Biblia no hace que la Biblia se equivoque. Si un padre dice a su hijo: «Te he dicho cincuenta mil veces que vengas a comer a la hora en punto», no está mintiendo en cuanto al número de veces, sino que quiere decir “muchas veces” o “bastantes veces”, y cuando la Biblia dice «La luna se enrojecerá, el sol palidecerá» (Isaías 24:23), el autor sagrado habla o escribe metafóricamente. No resulta “anticientífico” el que nosotros hoy digamos «Sale el sol, se pone el sol». Como dijera San Agustín: «El Señor no prometió el Espíritu Santo para instruirnos acerca del curso del sol o de la luna. Quería hacer cristianos, no matemáticos».

El Cantar de los Cantares es un poema que toma sus imágenes del amor de los esposos, pero no es un relato histórico. Los exterminios de poblaciones civiles de que se habla, por ejemplo, en el libro de Josué, hay que juzgarlos a la luz del derecho de guerra antiguo (y casi nos atrevemos a decir que “moderno”, en vista de las guerras y asolamientos del siglo veinte). Dios, por lo general, no los ordenaba (era un modo semita de hablar), pero los permitía para castigar a pueblos pervertidos y para preservar a Israel.

Finalmente, mencionemos un librito, escrito científicamente por el erudito Karl Sabiers, titulado *Astounding New Discoveries*, en el que se nos muestra, al parecer, sin ningún género de dudas, que la Biblia está escrita numéricamente, hablando de un modo perfectamente científico. En ese libro se revelan datos misteriosamente ocultos durante años y años, al decir del autor. Estos

descubrimientos maravillosos fueron atestiguados por la Fundación de Investigación Nobell, en California.

Se dice que los hechos estuvieron ocultos misteriosamente bajo la superficie misma de los textos originales de la Biblia, y el autor, después de enseñarnos cuáles son los textos originales, presenta su estudio minuciosamente, basándose en el valor numérico de dichos textos; así, él dice: «Queremos señalar un cierto número que ocurre en la Escritura más veces que ningún otro: se trata del número “siete”. Desde el primer libro de la Biblia hasta el último, el número siete es el más destacado de todo el libro; por ejemplo, el sábado era el séptimo día, en Egipto había siete años de abundancia y siete años de hambre; cuando la ciudad de Jericó fue capturada, el pueblo y los siete sacerdotes, que tenían siete trompetas, marcharon alrededor de la ciudad siete veces. Cada séptimo año la tierra de los israelitas no tenía que cultivarse ni plantarse; Salomón tardó siete años en construir su templo y después de acabarlo celebró una fiesta durante siete días. Naamán, el militar sirio, tuvo que lavarse siete veces en el río.

En el libro del Apocalipsis, último de la Biblia, este número resalta notablemente. Hay siete iglesias, siete candeleros, siete sellos, siete trompetas, siete estrellas, siete espíritus, etc., etc. En total, el número siete en el libro de Apocalipsis aparece más de cincuenta veces, y sabemos que durante mucho tiempo este número siete ha tenido una atracción particular y casi misteriosa entre los lectores de la Biblia, pero lo es mucho más cuando descendemos al fondo, tras la superficie del texto en hebreo y del texto en griego.

El autor nos dice que en el primer versículo de la Biblia las palabras en hebreo no son seis ni ocho, sino exactamente siete; esto se descubre con sólo contar las palabras. Ahora, si una persona cuenta las letras hebreas en estas siete palabras, descubre que el número de las letras se divide perfectamente por siete, que es un múltiplo exacto de siete. El número de letras en las siete palabras no es veintisiete ni veintinueve, sino exactamente veintiocho, o sea, cuatro por siete. cada dato numérico de “siete” que ocurre en la estructura del texto se llama una característica, o sea, una “característica numérica” las dos primeras ya han sido mencionadas,

pero ahora nos dice el autor que el número de palabras hebreas del versículo es exactamente siete, que el número de letras en las siete palabras es exactamente veintiocho, y continúa diciendo que las primeras tres de estas siete palabras hebreas contienen el tema y el predicado de la frase; estas tres palabras traducen «en el principio creó Dios»; el número de las letras de estas primeras tres palabras hebreas es exactamente catorce, o sea, dos por siete. Las últimas cuatro de estas siete palabras contienen el objeto de la frase. Estas cuatro palabras se traducen «los cielos y la tierra». El número de letras en estas cuatro palabras hebreas es catorce, o sea, dos por siete también. La característica cuarta es que las cuatro últimas palabras hebreas consisten en dos objetos: el primero, “los cielos”, y el segundo, “y la tierra”. El número de letras del primer objeto es siete exactamente y el número de letras del segundo objeto es siete también.

Hace también referencia al Nuevo Testamento en griego y en el capítulo 1 de San Mateo menciona que los primeros diecisiete versículos del libro forman una división lógica en sí misma porque tratan de un tema particular, o sea, la genealogía de Cristo. Los primeros diecisiete versículos del Testamento en griego están en dos secciones: versículos 1 al 11 y versículos 12 al 17, conteniendo cada sección sorprendentes rasgos o características numéricas en la estructura de su texto. Él dice: «El número de palabras de vocabulario griego empleadas en los primeros versículos no es cuarenta y ocho, no cincuenta, sino exactamente cuarenta y nueve, o sea, siete por siete». Él hace una explicación de lo que son las palabras del vocabulario para diferenciarlas de las palabras ordinarias, en donde hay conjunciones, etc., que no se deben considerar como las del vocabulario del escritor por su repetición, y, añade que el número de letras de esas cuarenta y nueve palabras es exactamente doscientas sesenta y seis letras de las palabras del vocabulario, el número de vocales es exactamente ciento cuarenta, o sea, veinte veces siete. De estas doscientas sesenta y seis letras del vocabulario, el número de consonantes es ciento veintiséis, o sea, dieciocho veces siete; sigue presentando una serie de características para mostrar continuamente la repetición del siete en las letras griegas.

Él dice que los hebreos y los griegos no emplearon cifras como nosotros, uno, dos, tres, cuatro, etc., para expresar los números, sino que emplearon las letras de sus alfabetos en su lugar, como sabemos; por ejemplo, si un hebreo o un griego quería escribir el número uno, escribía la primera letra de su alfabeto, si quería escribir el número dos, escribía la segunda letra del alfabeto, y si quería escribir el tres, escribía la tercera letra del alfabeto, etc., así que cada letra del alfabeto griego o hebreo significa un cierto número, y cada letra tiene un valor numérico; en otras palabras, cada letra en hebreo y en griego es un “número” lo mismo que es una “letra”.

Ya que cada letra tiene un valor numérico, cada palabra igualmente tiene un valor numérico, porque cada palabra está compuesta por una o más letras. El valor numérico de una palabra se obtiene añadiendo los valores numéricos de las varias letras de la mencionada palabra. A modo de ilustración, determina el número o mejor el valor numérico de la palabra Jesús. En griego Jesús se deletrea IHSOUS. La I vale por diez, la H vale por ocho, la S por doscientos, la O por setenta, la U por cuatrocientos. Si añadimos estos números, descubriremos que el valor numérico de la palabra Jesús es ochocientos ochenta y ocho. El valor numérico puede parecer, a primera vista, sin importancia, pero si encontramos en el libro del Apocalipsis (13:8) que el número de Satanás o el número del Anticristo se expresa definitivamente como el seiscientos sesenta y seis, empezaremos a entender que pueda tener algún significado el hecho de que el valor numérico de la palabra Jesús sea exactamente ochocientos ochenta y ocho.

Que existen leyes matemáticas en todas las manifestaciones de la naturaleza, nadie puede negarlo. Los planetas y los cielos están gobernados por leyes matemáticas definidas y, en efecto, la naturaleza no puede operar por casualidad, sino que, como hemos mencionado en capítulos anteriores, todo es obra y designio de un Dios sumamente inteligente. Sobre esta inteligencia y maravilla creadora de Dios se han escrito muchos libros. La Biblia nos dice que «*Él contó el número de las estrellas*» (Salmo 147), que Él «*saca a sus ejércitos por número*» (Isaías 40), que Dios «*midió las aguas con el hueso de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados*» (Isaías

40:12).

Si Dios colocó las estrellas en su debido orden y las numeró y midió las aguas y pesó los montes, no es sorprendente ni increíble que haya colocado palabras y letras en su libro con un orden exacto y las haya numerado y las haya guiado a combinaciones de números, siempre entendiendo que hablamos de los documentos originales, sin las equivocaciones de los copistas, y antes de las traducciones y versiones de la Biblia.

El sistema numérico de Dios, estampado sobre todas sus obras, se manifiesta en el campo de la ciencia; por ejemplo, en la esfera de la luz hay exactamente siete colores y los siete colores juntos dan la luz; en la esfera de la música hay exactamente siete tonos totales en la escala, mientras que cada nota octava comienza con lo que se llama una octava, y es simplemente repetición de la primera nota.

El cuerpo humano se renueva completamente o se cambia cada siete años, y cada parte del cuerpo se despoja de su materia antigua recibiendo depósitos de materia nueva viva. En siete años toda la estructura se altera, hasta las partículas más diminutas, y según los científicos se convierte esencialmente en un cuerpo nuevo; en ciertas enfermedades los días siete, catorce, veintiuno son críticos; el pulso del hombre es menor cada séptimo día, tanto si está enfermo como si está sano, y en las enfermedades provocadas por el agotamiento físico el pulso cambia cada siete días. El ser humano tiene un período de gestación de doscientos ochenta días (siete por cuarenta). ¿No es significativo que Dios ordenase que cada séptimo día fuese un día de reposo y que declarase que los años del hombre tenían que ser siete veces diez?

Los animales tienen un periodo de gestación como sigue: el ratón, veintiún días (siete por tres]; la liebre y la rata, veintiocho (cuatro por siete); el gato, cincuenta y seis (siete por ocho); el perro, sesenta y tres (siete por nueve), en tanto que el león son noventa y ocho días (siete por catorce); la oveja, ciento cuarenta y siete (siete por veintiuno). En cuanto a las aves, la incubación de la gallina común es veintiún días (siete por tres) y el pato veintiocho días (siete por cuatro).

El doctor Ivan Panin, ruso, nacido el 12 de diciembre de 1855, salió de Rusia y pasó un número de años en Alemania incrementando su cultura y estudios. Llegó a los Estados Unidos posteriormente y entró en la Universidad de Harvard, siendo amigo personal del famoso profesor William James y del presidente Eliot. Entre los millares de personas que han leído los textos griegos y hebreos de la Biblia, Ivan Panin fue el primero que descubrió la sorprendente realidad de estos hechos numéricos del texto de las Sagradas Escrituras.

Tan conmovido se sintió el doctor Panin que dedicó toda su vida a este propósito específico y definido. Contó minuciosamente todas las letras y sus palabras y les dio sus valores numéricos, hizo concordancias, preparó problemas matemáticos, y, a pesar de aquel esfuerzo físico y mental tremendo, prosiguió con fidelidad y con diligencia para dejar a la posteridad obras de gran utilidad. Preparó especialmente una concordancia griega del Nuevo Testamento con más de mil páginas que contenían cada una de las 137.903 referencias de las palabras griegas; las ordenó y las dispuso por orden alfabético y todas las referencias y capítulos y versículos fueron anotados. Después preparó libros especiales para vocabularios de las palabras griegas del Nuevo Testamento, y dispuso listas en dieciséis columnas con datos numéricos para cada palabra. Cuatro columnas contenían el orden del número, su valor y su lugar y el lugar que tenían referente al valor de cada palabra. Detrás de cada palabra presenta doce columnas que contienen la cantidad de veces que ocurre dicha palabra en el texto, el número de las formas, sílabas, letras, escritores, libros, diptongos, etc. Todo ello dio lugar a dos obras de gran importancia tituladas: «*Numeric Greek New Testament*» y «*Numeric English New Testament*»; ambos volúmenes son obras de erudición de importancia para la comprensión y estudio del texto de la Sagrada Escritura.

Podemos, pues, volvernos a la Biblia con mente abierta, con corazón abierto y ver que ahí está el mensaje de Dios en un ropaje preparado por los hombres, pero que en el fondo, en su grafología original, encierra el misterio de la sabiduría divina, preparada de modo maravilloso para que la Santa Biblia, su Palabra eterna, pueda seguir hablando al mundo a lo largo de los

siglos, en todos los países y en todas las lenguas.

19

CAPÍTULO V

HISTORIA, REVELACIÓN Y PLAN DE LA BIBLIA¹²⁷

¹²⁷*Historia, Revelación y Plan de la Biblia* es el capítulo 5 del libro “¿Qué es la Biblia?”, de José Flórez. Ed. Alturas. Págs. 65-75

La Inspiración, según hemos dicho, es el fenómeno por el cual Dios ha comunicado a los hombres, para que ellos lo comuniquen a su vez a otros hombres, su pensamiento, su voluntad, su plan para la salvación de la humanidad. Las Escrituras, la Biblia, es precisamente el medio elegido por Dios para llevar a cabo tal comunicación.

En consecuencia, la inspiración de la Biblia, según hemos podido observar, es un milagro, y tal milagro tenemos que aceptarlo o sencillamente rechazarlo. Si lo aceptamos, entonces consideraremos que el postulado inicial de nuestra fe está fundado sobre la autoridad soberana de las Sagradas Escrituras; si aceptamos la Biblia como tal, será para nosotros autoridad soberana en materia de fe y de costumbres de vida, en suma, será para nosotros Palabra de Dios inspirada, y podremos decir como el apóstol: «*Toda la Escritura es inspirada de Dios...*» (2 Timoteo 3:16).

Si la rechazamos, no podremos alegar motivo científico alguno por cuanto que es sobre un «acto de fe» precisamente donde la ciencia matemática ha fundado una sección de la geometría, pero, según dice la Biblia, sin fe «es imposible agradar a Dios».

Precisamente uno de los reformadores, Calvino, en la confesión de fe de las iglesias de la Reforma, llamada Confesión de la Rochelle (1559), dice: «Creemos que la Palabra que está contenida en estos libros (la Biblia) tiene a Dios por origen y detenta la autoridad de Dios solamente y no la autoridad de los hombres. Esta Palabra es la regla de toda verdad y contiene todo lo que es necesario para el servicio de Dios y para nuestra salvación; no es permitido, por tanto, a los hombres, ni siquiera a los ángeles, añadir nada a ella ni retocarla ni cambiarla...; se

desprende de ello que ni tradición, ni costumbres, ni la gran multitud, ni la sabiduría humana, ni los juicios, ni las leyes, ni los decretos, ni los concilios, ni las visiones, ni los milagros, pueden oponerse a esta Escritura santa, que, al contrario, requiere que todas las cosas sean examinadas, reguladas y reformadas, según la Biblia» (Confesión de Fe de las Iglesias de la Reforma de Francia, artículo número 5).

Un teólogo suizo, Emile Brunner, hace alusión a lo que él llama bibliolatría, y otro teólogo también suizo, Karl Barth, se extiende en consideraciones sobre cuándo la Biblia debe ser inspirada. Es cierto que el Apóstol afirma «*la letra mata y el espíritu vivifica*» (2 Co. 3:6) y está perfectamente claro que la letra sin el espíritu no vale, pero nosotros no pretendemos, al defender la Biblia, rendir un culto a la letra ni tampoco pretendemos considerar a la letra independiente del espíritu. El Apóstol, que declara «*toda la Escritura (toda la letra) es inspirada de Dios*», afirma al mismo tiempo la estrecha dependencia de la letra y del espíritu; más aún, la subordinación de la letra al espíritu que es el autor de la letra. ¿Es que por ello la letra no tiene valor alguno?

La pregunta surge de cómo apropiarse del mensaje de la Biblia; ¿cómo esta Palabra escrita puede ser para nosotros, para mí mismo como lector de la Biblia, Palabra de Dios? No basta, en efecto, admitir, de modo intelectual, la fórmula de que la Biblia es la Palabra de Dios, sino que es preciso de modo íntimo en nuestro ser, experimentalmente, y personalmente, estar convencido por la fe de que dicha Palabra es inspirada de Dios y mueve nuestro espíritu para creer por la fe. La Biblia no es para nosotros un libro cerrado, un libro misterioso, que leemos a la manera de aquel que no sabría leer y que no llegaría hasta nuestra alma ni siquiera podría ser asimilada por nuestro entendimiento. Sin lugar a dudas, la Biblia es algo que necesitamos abrir con una llave, y esta llave no es otra que el mismo Espíritu Santo, pues fue el señor Jesucristo el que nos dijo:

«*Cuando el Consolador (el Espíritu Santo) venga, él os conducirá a toda verdad*».

Cuando el Señor Jesucristo partió de este mundo, el día de la ascensión, no es que abandonase la tierra, sino, todo lo contrario, permaneció en ella en la forma del Espíritu Santo, por cuanto Él mismo afirmó: «*Si yo me voy, os lo enviaré*», y todos los estudiantes de la Biblia entienden que el Espíritu Santo es el Cristo vivo, es el Cristo eternamente vivo, es el Señor que no va ahora a dirigirse a un puñado de individuos privilegiados en la tierra de Palestina, sino que glorificado, omnipresente, puede operar simultáneamente en cualquier lugar del mundo con cualquier alma, en cualquier lengua y en cualquier situación. Esta es la posibilidad de actuación de Cristo, en su sentido teológico de trinidad y unidad en la divinidad.

De un modo peculiarmente divino, la Trinidad ha venido trabajando desde el principio, y por ello la Biblia es en gran parte la producción directa de la historia nacional y de la experiencia individual; tal conexión íntima de la propia manifestación divina en la historia humana es probablemente el hecho que debemos resaltar con mayor énfasis, porque lo que encontramos en la Escritura es el relato de una intensa actividad del Dios vivo en la vida humana, y esto es mucho más que la simple comunicación de ideas abstractas.

Lo que da unidad a la Biblia es la firme dirección de la misma hacia la consecución de un fin que sólo puede lograrse mediante dificultades y trabajos arduos. La unidad no es tan monótona y tan falta de colorido como para hacerla incompatible con la rica diversidad e incluso con las diferencias de la vida.

El Antiguo Testamento es la historia de la propia revelación de Dios en un pueblo elegido, y en él Dios trabaja por un método de selección; de toda la raza humana, Él ha elegido a un pueblo pequeño para que sea el instrumento de su propósito y el vehículo de su propia comunicación. ¿Por qué fue Israel y no otro pueblo el elegido? Dios no contesta a esto, sino que adapta el

medio a su fin, y en ello podemos ver que Israel tenía condición natural para la religión, que estaba perfectamente preparado para cumplir la tarea que se le asignó de la educación del mundo. Es bien conocido que mientras Grecia fue llamada por Dios para educar al mundo por medio de una literatura grandiosa y de un arte glorioso y una especulación filosófica, y llamó también a Roma para que sembrase en el mundo los grandes principios de la ley y de orden, seleccionó a Israel para que enseñase al mundo religión, y fue elegido, podemos suponerlo, en virtud de aquella calificación suprema que tenía para semejante tarea.

Hemos de entender, pues, que la revelación va emergiendo lentamente a lo largo de un proceso histórico continuado en el que Israel está siendo educado a su vez y preparado gradualmente para que llegue a una plenitud de verdad concerniente a los pensamientos y propósitos justos del Dios tres veces santo. Podemos entender todo el significado de este despliegue divino sólo si sabemos seguir el curso de la religión de Israel desde sus albores hasta su esplendor maravilloso, y podemos entonces medir rectamente la influencia divina que operaba en dicho pueblo, al compararlo con las religiones de los demás pueblos y de las demás civilizaciones.

Israel fue un pueblo muy joven, y miles de años antes de su nacimiento hubo grandes imperios que surgieron y poseyeron una civilización avanzada. Era, pues, inevitable que Israel debiese algo a aquellas civilizaciones; los hebreos heredaron las artes y la industria, la organización de la sociedad, principios de ley y de justicia y de ética, incluso parte de religión en sus comienzos, de los pueblos que le rodearon. El sistema de sacrificios, el rito de la circuncisión, las ideas y normas en cuanto a la limpieza y a la inmundicia, son ilustraciones de esta posible deuda de Israel con los otros pueblos, pero la cosa importante para nosotros es observar, no los rasgos o características que Israel haya podido asimilar de los pueblos limítrofes, sino las diferencias peculiares de Israel con los otros pueblos y las otras civilizaciones.

Israel no hizo contribución alguna al mundo que merezca mención, excepto su religión y la literatura que la misma creó, pero esta contribución fue la más grande que ningún país pudiese jamás hacer al mundo. En el sentido estricto de la palabra, la religión de Israel llegó a existir después del Éxodo a partir de Egipto, pero no fue entonces la primera vez que el pueblo se reunió con su Dios, aunque la historia primitiva de Israel sea algo oscura. El rasgo que llama poderosamente la atención del mundo es que la religión se basó en un pacto entre Yahveh e Israel. Semejante cosa no ha ocurrido con otros pueblos con sus dioses, por ejemplo, con Chemosh y Moab.

Si bien Yahveh escogió a Israel y no a otro pueblo, Israel también escogió a Yahveh y no a otro Dios, y este acto de elección mutua fue ratificado por el rito del pacto; pero una elección libre de semejante naturaleza, contraída por mutuo consentimiento, tiene en sí un elemento moral, y por ello desde el principio se percibe la dirección moral que se da a esta religión, que lleva el lazo de unión de las partes contrayentes.

Por ello mismo, porque no hay nada arbitrario en la acción de Dios, el hecho de que hubiese elegido a Israel mostraba que había discernido cualidades en aquel pueblo que le calificaban exactamente como instrumento de su propósito. Era frecuente entre los escritores antiguos referirse a la inspiración, ilustrando la relación del Espíritu Santo con el vehículo humano por la relación entre el músico y su instrumento, pero el músico no selecciona un instrumento que está estropeado y desafinado, sino que elige uno que le va a servir perfectamente para su propósito. Así podemos también pensar de modo similar que el Espíritu Santo seleccionó los órganos de inspiración más apropiados y más amoldables a su propósito. Finalmente, podemos terminar diciendo que Israel poseía un genio religioso y moral especialísimo que le hacía muy apropiado para que fuese el pueblo de la revelación de Dios.

Semejante revelación consistía en obras y en palabras, puesto que los hechos portentosos de la liberación del pueblo que culminaron en el Éxodo, la Providencia que les guiaba y cuidaba por el desierto en sus peregrinaciones, la conquista de Canaán, era todo ello para el piadoso israelita manifestaciones del carácter y del poder de su Dios. La elección de Israel, su destino sublime, la justicia de Yahveh, su manipulación de la naturaleza y de la historia para conseguir sus fines, no constituyeron simples artículos de fe comunicados por medio de los voceros inspirados de Dios, sino que eran hechos visibles realizados a la vista de todo un pueblo, de modo que Israel llegó a saber de su Dios de forma escrita y también de forma visible.

Sin embargo, a lo largo de la Biblia encontramos que hay un estrechamiento gradual de ese pueblo elegido. De los hijos de Abraham se elige a Isaac y se rechaza a Ismael; de los hijos de Isaac sólo Jacob recibe la bendición y la primogenitura. El reino del Norte cae en el siglo octavo antes de Jesucristo y se deja el reino del Sur. Los judíos fueron llevados en exilio, lo que hizo que muchos abandonaran la fe, pero los que tuvieron fe se purificaron más y más y abandonaron los elementos groseros del mundo material que les rodeaba, elevando la moralidad de su conducta, refinando su espiritualidad y ofreciendo una piedad más apasionada que había de afincarse en la Palabra escrita de Yahveh para saltar hacia un nuevo estadio del desarrollo histórico planeado por Dios. Israel fue, de esta manera, educado para responder al impulso del espíritu, y por ello el Antiguo Testamento es un relato o una historia de esta preparación o educación del pueblo, en las manos de Dios, para un nuevo desarrollo de su plan de salvación del hombre.

No es difícil seguir en los libros del Antiguo Testamento los principios de una fe y creencia más elevada, y todos los estudiantes de la Biblia pueden seguir fácilmente el camino que lleva al Evangelio, toda vez que éste vino para reemplazar todo lo que ya había pasado. El tipo supremo de religión es el evangelio, y éste no se nos revela en el Antiguo Testamento, sino en el Nuevo; no podemos, desde luego, olvidar que la preparación para el cristianismo tenía muchas facetas y

el Evangelio vino en el momento más oportuno, según dijera el apóstol San Pablo, en la plenitud de los tiempos, cuando muchas actividades y facetas del progreso convergieron para preparar las condiciones mejores para un desarrollo de la nueva religión. Muchos Estados y civilizaciones habían sido unificados en el Imperio Romano; la difusión del griego dio a los mensajeros de la cruz un lenguaje en el que pudiesen predicar su fe a las razas más distintas, y dio a los teólogos una terminología flexible y sutil, exquisitamente adaptada para expresar las tonalidades más delicadas del significado religioso.

Ya se habían perdido en su mayoría las viejas religiones y se había roto la moralidad en gran escala; por tanto, esta bancarrota del viejo mundo, tanto en fe como en costumbres y en moralidad, preparó el campo para que el hombre volviese sus ojos y su alma con ansiedad a ese Evangelio que ofrecía poder a la voluntad rota y sanidad al corazón destrozado.

La religión que Jesús vino a establecer era la revelación final y terminante de Dios; era una revelación dada mediante enseñanza, pero, lo más importante, mediante hechos gloriosos arrojados en un lenguaje lleno de encanto y de belleza. La doctrina de Dios más tierna y más amorosa llegó a tocar el sentimentalismo de los corazones en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Aquí también, como antes, la revelación llega como proceso histórico, proceso que Dios desvela, y de igual modo que el Antiguo Testamento contiene la historia de los primeros estadios de este proceso, así los Evangelios encierran la historia del más grandioso y último acto de Dios.

En el sentido moderno, entendemos que por sólo dos medios, razón y revelación, podemos alcanzar el conocimiento de Dios. Teológicamente, se entiende por revelación cualquier forma que Dios escoja para comunicarse Él mismo con los hombres, ya sea por hecho o por palabra. Nuestro verbo se deriva del latín «descubrir» o «desvelar», representando al griego

«*apocalipto*», de donde viene Apocalipsis.

Fueron los profetas del Antiguo Testamento quienes, por excelencia, tuvieron la especial sensibilidad de visión o audición para recibir la revelación de Dios, y así, en el caso de Samuel, la Biblia dice: «*Jehová había revelado al oído de Samuel*» (1 S. 9:15), igualmente que en la conocida historia del rey David: «*Porque Tú, Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, revelaste al oído de tu siervo...*» (2 S. 7:27), lo que confirma el célebre Amós con su declaración: «*Ciertamente el Señor Dios no hace nada sin revelar su secreto a sus siervos los profetas*» (3:7).

Al leer los libros del Antiguo Testamento surgen afirmaciones de profetas y hagiógrafos, en referencia a la revelación, tales cuales: «yo vi», «yo oí», lo que indica que sólo privilegiados o elegidos han tenido acceso a lo «escondido» o «reservado» de Dios, y luego lo han transmitido al pueblo, según la voluntad misma de Dios. La revelación, desde luego, ha sido siempre potestativa de Dios y no ha estado condicionada al esfuerzo humano.

El «revelar misterios» es frase normal en el notable profeta Daniel y su tema en el capítulo segundo es «*hay un Dios en el cielo que revela secretos*», pero cuando llegamos al Nuevo Testamento el cambio es notabilísimo. La revelación es fácilmente asequible por la fe y a través de Jesús. El evangelista San Mateo escribe: «*En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al padre conoce alguno, sino el Hijo; y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*».

Cuando Cristo afirma, en el Evangelio de San Lucas, «*nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*» (Lc. 10.22), entendemos que la revelación que procede de Dios es dada voluntariamente por Dios-Jesús a

los hombres, de una u otra forma, pero recogida siempre en la Biblia, que es el relato escrito y definitivo de su actuar y de su hablar.

San Pablo afirma que «*en el Evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe como está escrito: "Mas el justo por la fe vivirá"*» (Ro. 1:17), de modo que la Biblia ha de recibirse y aceptarse mediante la fe.

Consideremos brevemente lo que podemos llamar «el plan de la Escritura». Lo mismo que en el edificio de cualquier estilo se percibe con facilidad el plan del arquitecto, ya sea considerando el tejado, las ventanas, las puertas, etc., y así como en el cuerpo humano cada anatomista reconoce la elaboración del maravilloso plan, tanto si considera los nervios como los vasos sanguíneos o los huesos, así, tras todo cuanto hemos venido diciendo acerca de la inspiración, de la revelación y de la composición de la Escritura, cualquier lector podrá naturalmente esperar que, si la Biblia es realmente todo cuanto venimos diciendo, en ella encontremos lo que pudiéramos llamar clásicamente una «unidad orgánica».

La Biblia comienza diciendo «*en el principio Dios...*» y estas pocas palabras ya encierran toda la teología de la Biblia y constituyen su clave, no sólo la de la Biblia, sino la de todas las cosas creadas.

La Biblia termina con el hombre, última de todas las creaciones de Dios, y también la Biblia, en el último versículo del último libro, o sea, el Apocalipsis, termina diciendo así: «*La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con **todos** vosotros*», de modo que Dios está en un extremo de la Biblia y el hombre en el otro extremo, pero la Biblia es un mensaje de Dios para el hombre y su objeto es traer al hombre a Dios mismo, o sea, hacer que el hombre se acerque a Dios; en el centro mismo de la Biblia se nos dice (Salmo 118) que es precisamente el pecado lo que ha separado al hombre de Dios y Dios quiere atraer al hombre.

Todo el plan de la Biblia está preparado en los arcanos eternos de la divinidad, y si bien la palabra Trinidad no aparece en las páginas de la Biblia, su realidad y esencia teológica no han sido discutidas por ningún estudiante de la Biblia.

Un rabino judío, después de su conversión, mostró que la Trinidad se mencionaba efectivamente en los primeros dos versículos de la Biblia. Él descubrió que el original hebreo del primer versículo del Génesis debería de leerse de la siguiente manera: «En el principio Dios, Alef y Sof, crearon los cielos y la tierra»; aunque estas palabras que corresponden a «Alfa y Omega», uno de los títulos elegidos del Señor Jesucristo, nunca parece que se hayan traducido a ninguna Biblia, sin embargo, lo expresa Forlong en su libro «*Inspiration of the Bible*». Si en este primer versículo tenemos mención del Dios Padre y del Dios Hijo, en el segundo versículo leemos del Dios Espíritu Santo en las palabras: «*El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas*».

Los Unitarios confían en el **Shema** de los israelitas (Deuteronomio 6:4): «Oye, Israel, Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es» y parece que quieren hacer imposible nuestra doctrina de la Trinidad, pero si el original hebreo de este versículo, a juzgar por los eruditos, pudiese reproducirse perfectamente en español, se diría que contiene la prueba más clara y contundente de la doctrina, ya que la palabra traducida «nuestro Dios» es «*Elohen*», que viene de la voz hebrea «*Elohim*», que es el plural de «*Eloha*» (de la misma forma que querubín y serafín son palabras plurales).

La voz **Elohim** se ha traducido prácticamente por «dioses» en Génesis 3:5: «*Seréis como Elohim*» (dioses). Pero como *Elohen* tiene el sufijo de la primera persona en posesivo plural unido, entonces significa «nuestros dioses». De modo que la traducción literal sería: «Oye, Israel; Jehová nuestros dioses, Jehová uno es», pero además de esto, y del hecho significativo de que el nombre de Dios se menciona tres veces en el versículo (implicando por ello la

Trinidad), la palabra hebrea usada aquí para *uno* no se emplea nunca en relación con un cuerpo colectivo. Es *Echa*, lo que significa una unidad compuesta, y se habría usado en expresiones tales como «un racimo de uvas» o «todo el pueblo se levantó como un hombre». La palabra hebrea para uno (que significa absoluta unidad) es *Yacheed*, y sería empleada en tales expresiones como **sólo uno**, pero esta palabra **nunca**, ni una sola vez, se ha empleado para expresar la unidad de la divinidad; así lo expresa en sus disquisiciones con los judíos el reverendo J. Wilkinson.

Aunque vemos mencionada de tal manera la Santa Trinidad al comienzo de la Biblia, y luego a lo largo de sus páginas se hace referencia a la misma, las tres personas de la Trinidad fueron, sin embargo, reveladas sólo **progresivamente** en toda su plenitud al hombre; así encontramos: en el Antiguo Testamento la revelación de Dios Padre –esto tiende a eliminar nuestra infidelidad–. En los Evangelios tenemos la revelación de Dios Hijo –esto quita nuestro pecado–. En los Hechos de los Apóstoles encontramos la revelación de Dios Espíritu Santo –esto ablanda nuestra dureza de corazón.

En las Epístolas tenemos toda la revelación de la Trinidad, en palabras quizá más familiares que en cualquier otro sitio para los que ya son cristianos y aceptan los postulados anteriormente dichos; por ejemplo, en la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 13:14, se dice: «*la gracia de nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo*».

Además, el Libro, como Palabra Viva, cubre todos los tiempos, «ayer, hoy y por los siglos», según se dice en Hebreos, y podemos, pues, dividirla en tres grandes temas:

a) Su historia, que nos hace volver la vista al pasado y llevarnos al principio inabarcable de su propia sabiduría (Proverbios 8:23-30): «*Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra. Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas*

aguas. Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada; no había aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo».

En esa historia, la Biblia relata con igual fidelidad las vidas de los hombres malos y de los buenos, no para que canonicemos a los buenos, sino para seguirles en su ejemplo, como nos dice el autor de la Epístola a los Hebreos, y no para que nos consideremos nosotros orgullosamente mejores que los malos, como dice San Pablo en la Epístola a los Romanos, sino para que el ejemplo del bueno y del malo esté delante de nosotros y podamos evitar los pecados y mirar hacia el rostro de Dios con esperanza y agradecimiento. Esto es lo que podemos llamar el «ayer de Dios».

b) Su enseñanza espiritual y moral, que se desprende de cada página, llamándonos en cada pasaje de la historia, de la profecía, de la biografía, precepto, canción, etc., para que entendamos y consideremos los caminos de Dios en beneficio de nuestra propia alma. Este es el «hoy de Dios»; según dice el libro de Deuteronomio (32:29): «¡Ojalá (los hombres) fueran sabios, que comprendieran esto, y se dieran cuenta del fin que les espera!».

c) Su profecía, que mira hacia el desconocido futuro arrojando la única luz verdadera de la profecía, según dijera San Pedro, e iluminando aquel tiempo cuando la justicia se ha de realizar en la mano de Aquel que conoce los secretos de todos nuestros corazones («Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de

las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios», 1 Co. 4:5); cuando todo entuerto será enderezado, cuando toda desigualdad será ajustada, cuando toda injusticia será aclarada, cuando todo misterio sea explicado, cuando aquello que es bueno será ampliamente recompensado y cuando el pecado y la maldad serán castigados por siempre, Este es el «futuro de Dios».

En el plan de Dios encontramos que los diez mandamientos, aunque nunca fueron abrogados en ningún sentido, fueron, no obstante, condensados en dos: Amar a Dios y amar al hombre, según encontramos en el Evangelio según San Mateo 22.37-40: *«Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas»;* estos dos mandamientos fueron posteriormente reducidos a uno (*«Porque toda la ley se cumple en una palabra: Amarás»*. Gal. 5:14). Por tanto, como dice San Pablo en Romanos 13, *«el amor es el cumplimiento de la ley»*.

Encontramos al estudiar la Biblia que el Antiguo Testamento principia con Dios en la frase «en el principio Dios», y que el Nuevo Testamento empieza con Cristo: «libro de las generaciones de Jesucristo», y el lector nota también que, si bien el Antiguo Testamento contiene mucho de la Gracia, sin embargo, trata principalmente de la Ley, y así hallamos que termina con la palabra «maldición» en Malaquías; esto es normal cuando encontramos que el hombre ha violado la ley de la que habla el Antiguo Testamento y como está escrito en el Deuteronomio 27: *«Maldito aquel que no confirme todas las palabras de esta Ley para hacerlas»*.

Por otra parte, el Nuevo Testamento, aunque no excluye la Ley, trata principalmente de lo que se llama la Gracia, y así termina, no con una maldición, sino con una bendición, en palabras del Apocalipsis, cap. 22: *«La gracia del Señor Jesucristo sea con todos vosotros, amén»*.

Sabemos que en el Antiguo Testamento «la Ley fue dada por Moisés» y que en el Nuevo Testamento «la gracia... vino por nuestro Señor Jesucristo».

Es notable el contraste entre el primer milagro llevado a cabo por Moisés, que fue el de convertir el agua en sangre, que es tipo de muerte, en tanto que el primer milagro realizado por Jesucristo fue el de convertir el agua en vino, que es tipo o símbolo de la alegría y fortaleza.

También notamos la diferencia entre la primera pregunta que aparece al principio del Génesis; es la llamada de Dios al hombre, diciéndole: «¿Dónde estás tú?», en tanto que la primera pregunta en el Nuevo Testamento es la del que buscaba a Dios en Cristo, diciendo: «¿Dónde está Él?».

No podemos pensar por un momento en que el Antiguo y Nuevo Testamento son dos libros separados y opuestos. sino todo lo contrario, forman una unidad, si bien nos presentan dos aspectos de la mente y del propósito del Dios incambiable, Ambos elevan al Salvador y ambos revelan a nuestro bendito Señor como el centro de todo el plan divino de las edades, si bien cada uno lo hace desde un punto de vista diferente.

La Biblia es, efectivamente, el álbum de fotografías, por así decirlo, de Dios, y aunque, además, contenga el retrato de muchos santos y de muchos pecadores, es principalmente a Dios a quien estamos viendo a lo largo de la historia y a lo largo de su plan. La Biblia nos dice, sin embargo, que nadie ha visto a Dios en ningún momento (en el Evangelio de San Juan), porque nadie, según dice el libro del Éxodo, puede ver el rostro de Dios y vivir; pero cuando llegamos al Nuevo Testamento nos encontramos con que «*el Unigénito Hijo de Dios, que está en el seno del Padre, le ha declarado*». Resulta, pues, que lo que nosotros vemos al abrir la Biblia es, sencillamente, como dijera San Pablo en su segunda carta a los de Corintios, «*el rostro del Señor Jesucristo, que es la imagen del Dios invisible*», y, además, según dijera el mismo Apóstol a los de Colosas,

«*es el resplandor de su gloria y la misma imagen de su persona*», por eso afirma Jesucristo, «*el que me ha visto, ha visto al Padre*».

Podemos decir que de la misma manera que los planetas dan vueltas alrededor del sol, así todas las verdades de la Biblia dan vueltas alrededor de la persona del Señor Jesucristo, y también podemos decir que así como el adagio afirma que todos los caminos conducen a Roma, de igual forma cualquier parte, todo camino o toda faceta de la Sagrada Escritura conducen al Señor Jesucristo, casi igual que aquella columna de humo y de fuego iba dirigiendo a los israelitas, y aquella estrella fue dirigiendo a los magos hacia el Niño que había nacido de la bendita Virgen María.

En el plan de Dios, el ojo de la fe encuentra por encima de todos los sacrificios y ofrendas instituidas por la ley mosaica las palabras del último de los profetas, Juan el Bautista: «*He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*». Aquella verdad de la presencia de Cristo en todas las Escrituras del Viejo Testamento fue lo que llevó a Esteban, lleno del Espíritu Santo, a impresionar a sus oyentes en su último discurso anterior a su martirio, cuando al hablar de Cristo empleó estas palabras notables: «*Este es aquel que estuvo en la congregación, en el desierto, con el ángel y que habló (a Moisés) en el Monte Sinaí y con los padres*».

No hay duda alguna de que, como dijo un escritor conocido, «Cristo está en todas las Escrituras», y así, aunque este tema sea tan vasto, podemos intuir que la esencia de la Biblia está en Jesucristo, y cuando leemos y estudiamos la Biblia tenemos que situarnos en la postura del hagiógrafo, que se presentaba como instrumento moldeable para recibir la revelación de Dios y transmitirla a los hombres. Nosotros, una vez escrita la Biblia, podemos contemplar, como dice Pablo a los de Corinto, «la gloria del Señor, mirando a cara descubierta, como en un espejo».

20

Artículo 14, Sección 1

**¿POR QUÉ SIEMPRE OIGO QUE LOS
CRISTIANOS RECURREN A LAS
PROFECÍAS CUMPLIDAS PARA PROBAR LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA?¹²⁸**

¹²⁸ *¿Por qué siempre oigo que los cristianos recurren a las profecías cumplidas para probar la inspiración de la Biblia?* es el artículo 14 de la sección 1 de "Respuestas a preguntas difíciles", de J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida. Págs. 45-46.

A los creyentes en Jesucristo se les pregunta de continuo por qué creen que la Biblia es inspirada, y una respuesta común es que lo creen por las profecías cumplidas. El argumento de las profecías cumplidas es uno de los más poderosos que se pueden imaginar.

El apóstol Pedro, después de testificar que había visto a Jesús en toda su gloria, dijo: "*Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*" (2 Pedro 1:19). Aquí Pedro acude a las profecías cumplidas como testimonio a favor de la verdad de las Escrituras.

La Biblia misma señala el propósito de la profecía: "*Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho...*" (Isaías 46:9,10).

"*Lo que pasó, ya antes lo dije, y de mi boca salió; lo publiqué, lo hice pronto, y fue realidad. Te lo dije ya hace tiempo; antes que sucediera te lo advertí, para que no dijeras: Mi ídolo lo hizo, mis imágenes de escultura y de fundición mandaron estas cosas*" (Isaías 48:3,5).

El Nuevo Testamento habló de la venida de Jesucristo: "*Que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras*" (Romanos 1:2).

El testimonio de las Escrituras es que el propósito de las profecías es hacernos saber que Dios existe y que tiene un plan para este mundo. Al predecir personas, lugares y sucesos siglos antes de que aparezcan, la Biblia demuestra un conocimiento del futuro que es demasiado específico para considerarlo como una afortunada adivinación. Al dar ejemplos de profecías cumplidas, las Escrituras dan un testimonio poderoso de su propia inspiración.

Un ejemplo de esto sería la profecía del rey Ciro (Isaías 44:28; 45:1). El profeta Isaías, que escribe unos setecientos años antes de Cristo, predice a Ciro por su nombre, como el rey que dirá que Jerusalén será reconstruida y que se echarán los fundamentos del templo.

En los tiempos en que escribía Isaías, la ciudad de Jerusalén estaba construida y todo el templo estaba en pie. Sólo más de un siglo después, la ciudad y el templo serían destruidos por el rey Nabucodonosor, en el 586 a.C.

Después que Jerusalén fue tomada por los babilonios, fue conquistada por los persas cerca del 539 a.C. Poco después, el rey persa Ciro decretó la reconstrucción del templo de Jerusalén. ¡Esto fue unos ciento sesenta años después de la profecía de Isaías!

Así, pues, Isaías predijo que un hombre llamado Ciro, que nacería unos cien años después, daría la orden de reconstruir el templo que todavía estaba en pie en sus tiempos, y que no sería destruido hasta unos cien años después. Esta profecía es verdaderamente asombrosa, pero no es la única.

Hay, en realidad, centenares de profecías que predicen sucesos futuros. La idea de que el cumplimiento de las predicciones es resultado de coincidencias o del azar es absurda a la luz de las evidencias. Dios ha dado suficientes evidencias de su existencia y de la inspiración divina de las Escrituras por medio de las profecías cumplidas.

CAPÍTULO I

INSPIRACIÓN Y AUTORIDAD¹²⁹

Se admite universalmente que la Biblia es el libro más maravilloso del mundo. No se parece a ningún otro libro. Reclama más para sí que ningún otro, ejerce la mayor influencia, es el más leído de todos, el más amado, y ha sido el más odiado. Ha sido prohibido y quemado, pero vive

¹²⁹

"Inspiración y Autoridad" es el capítulo 1 del libro *"Nuevo Auxiliar Bíblico"*, de G. T. Manley. .B. P., págs. 3-21.

todavía y se extiende.

Contiene historias admirables, pero no es un libro de historia; es un tesoro de verdad respecto al bien y al mal, pero no es un libro de texto sobre ética; penetra más profundamente que ningún otro en los problemas de la vida, pero no es en modo alguno un manual de filosofía.

Siendo libro oriental, tiene, no obstante, atractivo universal. Es tan sencillo que un niño puede sin peligro chapotear en su orilla, y a la vez tan profunda que encierra aguas de gran calado en donde pueden nadar los más fuertes. A pesar de estar escrito por muchos hombres en el curso de siglos, ofrece una unidad notable; y aunque dado en muchas porciones y de diversas maneras, es maravillosamente completo. Siendo producto de la antigüedad, es aplicable a todos los aspectos de la vida moderna.

¿Qué es, pues, este libro, y cuál es su secreto? Es como la obra de Dios en la naturaleza con sus altas cordilleras y sus valles alpinos sonrientes y ricos en flores, tan distintos de las ciudades hechas por el hombre; lleva en su frente el sello de la mano del Creador.

El título de nuestra versión española dice así: "La Santa Biblia, que contiene los sagrados libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Antigua Versión de Cipriano de Valera, cotejada con diversas traducciones y revisada con arreglo a los originales hebreo y griego". Se le llama también: "Sagrada Palabra de Dios", "las Santas Escrituras", y "Santa Verdad de Dios".

Contiene treinta y nueve libros del Viejo Pacto (o Testamento) y veintisiete del Nuevo.¹³⁰ Estos forman la Biblia, los "libros", por excelencia ("biblia" en griego significa "libros"), y han sido reconocidos por todos los sectores de la iglesia cristiana, y en todas las edades, como el fundamento divinamente inspirado de la fe cristiana. Al objeto de descubrir su naturaleza y valor, hemos de empezar examinando los derechos que reclaman para sí.

¹³⁰Véase capítulo III

AFIRMACIONES DE LA BIBLIA EN CUANTO A SU PROPIA AUTORIDAD

a) *Las enseñanzas de Cristo*

El Antiguo Testamento y el Nuevo están inseparablemente unidos. El Nuevo en el Antiguo se encubre; el Antiguo en el Nuevo se descubre (S. Agustín). Cristo mismo dio tal testimonio del Antiguo Testamento, que negar la inspiración de aquél es plantear un reto directo a la autoridad de la enseñanza de Él.

Cristo asoció las palabras de las Escrituras de antaño con las Suyas propias, desarrollándolas, cumpliéndolas y confirmándolas como palabras que nunca pasarían (Mt. 5:17,18; 24:35; Juan 5:46,47). Apeló a ellas como a una autoridad divina y, por tanto, final (Mt. 19:4,5; Mr. 7:9-13; Juan 5:37). "*Escrito está* es Su justificación definitiva de proceder, el terreno sobre el cual basa principios".¹³¹ A las preguntas difíciles encuentra respuesta autoritativa en el Antiguo Testamento, del que cita la historia con indiscutible confianza, haciendo resaltar algunos de sus pasajes menos obvios, pero vitales (v.g. Lv. 19:18; véase Mt. 19:19, etc.).

¹³¹Swete, *The Holy Spirit in the New Testament*, pág. 330.

Él empleó las Escrituras para rechazar a Satanás, para corregir a los fariseos, instruir a Sus discípulos, confirmar Su misión y derramar Su alma en la cruz. Nuestro Señor puso Su "*imprimatur*" a las tres divisiones reconocidas del Antiguo Testamento: la Ley, los Profetas y los Escritos (Lc. 24:44). Él mismo guardó la Ley y animó a otros a cumplir sus enseñanzas y a guardar sus preceptos (Mt. 23:2,3; Mr. 1:44; Lc. 10:26). Testificó de la misión divina de los profetas (Lc. 11:49; comp. 2 Cr. 24:18-22) y, de palabra y obra, insistió en que las Escrituras proféticas *tenían* que ser cumplidas (Mr. 14:27,49; Lc. 21:32; Juan 13:18; 17:12). Atribuyó la escritura de un salmo a la inspiración del Espíritu Santo (Mr. 12:36). Sus dichos abundan en imágenes tomadas del Antiguo Testamento, siendo frecuentes sus citas del mismo cuando se acercaba a la cruz y después de Su resurrección (Lc. 24:45). Resulta difícil ver qué mayor endoso podía haberse puesto a su origen divino y autoridad que el que ofrecen Sus palabras y Sus hechos.

No puede decirse que Su enseñanza sobre este tema se "acomodara" a la ignorancia de Sus oyentes (¿acaso explicaría esto Su reprensión de Satanás?) o a las limitaciones de Su humanidad (¿acaso podría esto haberse aplicado después de Su resurrección?) La autoridad de la Escritura se encuentra tan entretrejida en Su vida y doctrina que no puede ni eliminarse, ni explicarse por ninguna doctrina de "*kenosis*",¹³² toda vez que, mientras afirmaba la limitación de Su conocimiento como Hijo del Hombre (Mr. 13:32) reclamaba autoridad suprema para Su enseñanza (Mr. 13:31; comp. Mr. 1:22; Juan 12:48-50). "Sus declaraciones no son nunca tentativas; hace sus predicciones con confianza sin igual, y ningún indicio hay de la menor confesión de error en nada de lo que enseñó".¹³³

¹³²Véase pág. 53.

¹³³J. W. Wenhem, *Evangelical Quarterly*, Abril 1945.

b) *La enseñanza del libro mismo*

Lo que Cristo enseñó respecto al Antiguo Testamento corresponde estrechamente a las afirmaciones de los propios escritores. Moisés afirma que registra las palabras del Señor (Gé. 1:3; Ex. 24:4; Dt. 29:1; 31:26), y más tarde, otros escritores confirman dicha afirmación (Jos. 8:31; 2 Re. 14:6; Sal, 19:7-11; 119:1). Los profetas afirman ser llamados de Dios, y que dan Su mensaje; no expresan sus propios pensamientos, sino que proclaman: "Así dice Jehová" (1 Sam. 3:15-21; Is. 1:2; 6:9; Jer. 1:4-9; 6:9; 36:2; Miq. 6:1).

Y lo que es cierto respecto del Antiguo Testamento lo es igualmente de las palabras de Cristo mismo. Las pronuncia con autoridad (Mt. 7:29); son espíritu y son vida, y no eran Suyas, sino recibidas del Padre (Juan 8:63; 17:8).

La naturaleza misma del caso nos dice que el testimonio sobre el origen divino de los libros del Nuevo Testamento ha de ser menos explícito que el referente a los libros que habían estado en uso por tan largo tiempo, pero pocos serán los que concedan el título de inspiración al Antiguo Testamento y lo nieguen al Nuevo. Cristo enseñó claramente que las Escrituras anteriores le señalaban a Él y que habían de cumplirse (Mt. 8:17).

Los escritos de la Ley y los Profetas habían de tener secuela (Lc. 16:16). Cristo nos dio palabras de vida eterna que nunca habían de pasar, y el mensaje que entregó a Sus discípulos era para todas las naciones y hasta el fin del mundo (Mt. 24:35; 28:20; Mr. 14:9; Lc. 24:47). Para su labor de testigos, les prometió Su Espíritu, quien les recordaría Sus enseñanzas y les guiaría a toda verdad (Juan 14:26; 15:26; 16:13; Hch. 1:8), promesa que fue debidamente cumplida (Hch. 15:28; 1 Co. 2:12,13; Ef. 3:5; 1 Juan 5:6). De vez en cuando, la voz del Señor les llegaba desde el cielo para encaminarles (Hch. 10:13; 22:21) y, finalmente, envió a Juan por Su ángel, Su revelación de las cosas que debían suceder (Ap. 1:1).

Los escritores del Nuevo Testamento afirman ser guiados por el Espíritu (1 Co. 2:13; 1 Pe. 1:12

; Ap. 1:10), y esperan que su enseñanza sea obedecida (1 Co. 14:37; 2 Tes. 3:14). Saben que su mensaje es la palabra de Dios (1 Tes. 2:13) recibida por revelación de Él (Gá. 1:12; 2:2; Ap. 1:1), y Pedro coloca las epístolas de Pablo entre las Escrituras inspiradas (2 Pe. 3:16). Por último, los apóstoles y evangelistas siguen a su Maestro en su apreciación del Antiguo Testamento, siendo su contenido para ellos "oráculos de Dios" (Ro. 3:2; comp. Hch. 7:38), y el escritor a los Hebreos, después de citar Génesis 2 y el Salmo 95, se refiere a ellos como "palabra de Dios" (1:4,7,12). Las palabras de la Escritura se citan como tribunal de última instancia (Mr. 15:28; Lc. 2:23; 3:4; Juan 19:24; Hch. 1:16; 4:25; 13:34; Ro. 15:8-12; He. 1:1; Stg. 2:23; 2 Pe. 1:21). Y de esta manera, desde el Génesis al Apocalipsis, la Biblia presenta el aserto tremendo de que en sus palabras Dios ha hablado al hombre.

LA REVELACIÓN

a) ***Su significado y su posibilidad***

La palabra "revelación" (griego, *apocalipsis*, desencubrimiento) significa quitar un velo a lo que antes estaba escondido en el misterio (Ro. 16:25; Ap. 1:1). En este sentido, Cristo fue revelado por primera vez cuando tomó sobre sí carne humana, y se revelará nuevamente cuando venga en gloria (Lc. 2:32; 1 Pe. 1:13). En el mismo sentido se dice que el Espíritu revela al alma individual verdades escondidas (1 Co. 14:26). Los filósofos han negado la posibilidad de la revelación, preguntando cómo puede el Infinito comunicarse con lo finito, el Creador con la criatura. ¿Cómo puede expresarse la verdad absoluta en los términos relativos del lenguaje humano? A esto podemos replicar que, si bien el hombre, buscando, no puede alcanzar el rastro de Dios (Job 11:7), no obstante, Dios, todo amor y sabiduría, puede hallar el medio de comunicarse con el hombre. El viajero describe lo desconocido en términos de lo conocido, y el

padre enseña al hijo paso tras paso. Así Dios, por medio de la Palabra escrita, y en la Palabra encarnada, se ha dignado impartir Sus pensamientos y revelarse a la humanidad.

Es evidente que para que haya una revelación, la iniciativa ha de quedar con Dios. Aun los pensamientos internos del hombre, nadie sino el hombre mismo puede comunicarlos (1 Co. 2:11); y, como dice Ireneo, "El Señor nos enseñó que nadie puede conocer a Dios, a menos que Dios mismo sea quien le enseñe; es decir, sin Dios, Dios no puede ser conocido". Y de hecho, Dios de tal manera ha venido en nuestra ayuda; abrimos las páginas de la Biblia y nos encontramos frente a "un nuevo mundo extraño, el mundo de Dios".¹³⁴

b) ***Cómo vino la revelación***

Los escritores del Antiguo Testamento creían que Dios les hablaba. Se nos dice que en tiempos antiguos Dios habló "*en los profetas en muchas porciones y de diversas maneras*" (He. 1:1, versión H. A.). La palabra de Jehová vino a Abraham en una visión (Gé. 15:1), a Moisés de en medio de la zarza (Éx. 3:4), a Aarón y María desde la columna de nube (Núm. 12:6), al niño Samuel por medio de una voz en la noche (1 Sam. 3:4), y a David por conducto de Natán como mensajero escogido de Dios (2 Sam. 12:1).

Mediante voces, visiones y sueños, Dios llamó y envió a sus siervos, "madrugando y enviándolos" (Jer. 25:4; comp. Lc. 11:49). Les entregó Su mensaje para que lo dieran al pueblo, y ellos proclamaron sin temor. "Así dice Jehová" (Ex. 4:22; Núm. 24:13; Jos. 7:13; Is. 6:7,8; Jer. 1:8; Amós 2:11; Mal. 1:2).

Al final de aquellos días, Dios habló en Su Hijo, y el Unigénito que está en el seno del Padre declaró a Aquel que ningún ojo vio jamás (Juan 1:18). Aun Él no habló de Sí mismo, sino como el Padre le enseñó (Juan 8:28) y, a pesar de ser expresadas en sencillo arameo, Sus palabras

¹³⁴Barth, *The Word of God and the Word of Man*, pág. 33.

eran espíritu y vida (Juan 6:63).

Los discípulos dan testimonio de haber oído de los cielos la palabra del Padre (Mr. 1:11; 9:7; Juan 12:28; 2 Pe. 1:17); Pablo recibió la palabra del Cristo glorificado, ya sea en visión abierta, en pleno día o en el silencio de la noche (Hch. 9:4; 23:11); ora por la voz de otro discípulo, ora por medio de un mensajero angelical (Hch. 21:11; 27:24). Hemos observado ya que la "revelación de Jesucristo" fue enviada y declarada a Juan por un ángel (Ap. 1:1).

Lo que tenemos en los evangelios no es una mera biografía de Jesús, ni un simple relato de hechos, sino el "testimonio de Jesús" (Ap. 1:2,9), que Juan asocia con la "Palabra de Dios". Es el testimonio (Hch. 1:8) de aquellos que, habiendo conocido a Jesús "según la carne", le conocen ahora como el Hijo de Dios ascendido y eterno. Un discípulo declara las cosas que él mismo ha visto y oído (1 Juan 1:3; Juan 21:24), otro escribe un relato ordenado de aquellas cosas que habían sido enseñadas por testigos oculares de la Palabra (Lc. 1:2,3).

Los escritores del Nuevo Pacto testifican del evangelio de la gracia de Dios (Hch. 20:24) y de cómo el Padre envió al Hijo para ser Salvador del mundo (1 Juan 4:14); su testimonio es el espíritu de la profecía (Ap. 19:10) y cualquiera que lo recibe atestigua que Dios es veraz (Juan 3:33).

De esta manera Dios ha encontrado un medio para transmitir a la humanidad Su mensaje, el cual tenemos ahora expresado en lenguaje humano y escrito para nuestra enseñanza en las páginas de la Biblia (Ro. 15:4), Procedamos a considerar la obra del Espíritu en las Escrituras y a través de ellas, o, en otras palabras, su inspiración.

LA INSPIRACIÓN

a) *La obra del Espíritu Santo*

Cuando Pablo escribió a Timoteo que "toda Escritura es inspirada divinamente" (2 Ti. 3:16), no cabe duda de que se refería a las "Sagradas Escrituras" (vers. 15) del Antiguo Testamento: literatura santa que podía hacer al lector sabio para la salvación. Al llamarlas inspiradas (*theopneustos*, alentadas de Dios), nos enseñó que "el aliento de Dios estaba en cada 'Escritura' así como el aliento del hombre está en sus palabras, haciéndolas vehículo de su pensamiento".¹³⁵

Que el Antiguo Testamento era obra del Espíritu Santo fue creencia y convencimiento de la Iglesia cristiana desde el principio, y que el Santo Espíritu "habló por los profetas" fue elemento primitivo del Credo Oriental. "Las Escrituras fueron dadas por el Espíritu Santo" escribía Clemente de Roma, a finales del siglo primero. Los profetas mismos eran conscientes de que un poder superior al suyo les dirigía (Is. 8:11; 61:1; Jer. 1:9; Ez. 3:4). siendo en realidad, "inspirados" por el Espíritu de Dios (2 Pe. 1:21).

Se ha dedicado mucho pensamiento y esfuerzo a definir más exactamente lo que es la inspiración, es decir, el modo en que operaba el Espíritu en las mentes de los escritores. Atenágoras comparó Su acción con la del flautista que hace vocalizar y armonizar a su instrumento.¹³⁶ Con toda seguridad, el proceso de inspiración no fue mecánico, porque el hombre no es una máquina, ni su Hacedor le trata como a tal. Él llamó a ciertos hombres para que fueran Sus mensajeros, y les encargó Su mensaje. Este se transmite a través del conducto de las personalidades de ellos, y en el proceso recibe el colorido de las circunstancias de ellos, las cuales Él ya había previsto (Jer. 1:5).

Ciertos rasgos característicos del mensaje divino, tal como se dio a Abraham, nos hacen pensar en sus rebaños y pastos, mientras viajaba a lo largo del camino que llevaba de Harán a la tierra

¹³⁵Moule, *The Second Epistle to Timothy*, (R.T.S.) pág. 123.

¹³⁶Swete. *The Holy Spirit in the Ancient Church*, pág. 45.

prometida; la escena cambia cuando la narración de José nos lleva a tierra de Egipto, y más tarde marchamos con Moisés por el desierto y oímos los truenos del Sinaí. ¡Cuán diferentes son los dulces cánticos de David, los discursos mordaces de Amós, las lamentaciones plañideras de Jeremías, los relatos cuidadosamente ordenados de Lucas, o la aplastante lógica y las exhortaciones amorosas de Pablo! ¡Cuán agradecidos debemos estar por ese elemento humano de la Biblia, y cuán digna es de estudio! Mucho ganamos por el retrato cuádruple de Cristo en los evangelios, cada uno de los cuales añade vida al cuadro; y la fe se confirma al tener el testimonio, no sólo de Pablo, sino de Santiago y Pedro, de Juan y Judas. Pero, si bien en la Escritura se discierne en todas partes el aspecto humano, el divino es siempre dominante.

b) *El elemento divino v el humano son inseparables*

El elemento divino y el humano no pueden separarse; no podemos decir que esto es humano y aquello divino. A veces se dice que la Biblia es la historia de una revelación; y lo es, pero también es algo más, porque la historia misma es parte inspirada de la revelación. También se dice, a veces, que la Biblia contiene la Palabra de Dios, lo cual es cierto; pero también es cierto que es la Palabra de Dios. No hay dos partes, como en un cuadro con su marco; una obra del artista y otra del vendedor. Dios no ha añadido Sus propias palabras a las de los profetas, sino que ha hablado *por boca* de los profetas. El Espíritu Santo no les dio un mensaje para luego dejar que ellos añadiesen lo que bien les pareciese. Buena cosa es para nosotros que esto sea así; porque sería de lo más absurdo pensar que el hombre, pecador e ignorante, pudiese juzgar y decir: "esta parte es humana y aquélla divina; esto es historia y aquello revelación". Semejante cosa significaría caer en el lazo de Satanás y hacernos como dioses (Gén. 3:5). Toca a nosotros recibir con mansedumbre la palabra ingerida (Stg. 1:21) tal como a Él le ha placido dárnosla por medio de aquellos que Él ha elegido para ser Sus instrumentos, dotándoles con Su Espíritu para Su obra.

c) *Inspiración verbal*

La expresión "inspiración verbal" no se halla en la Biblia, pero la idea, como dice Lightfoot, "se involucra en todo concepto de inspiración alguna ya que las palabras son a un tiempo el vehículo de las ideas y el medio de expresarlas"; además, una sola palabra puede ser importante, e incluso decisiva (véanse Mateo 12:37; Juan 10:35; Gálatas 3:16). El "juicioso" Hooker dijo que las Escrituras estaban planeadas con tal perfección que ni una palabra faltaba ni sobraba, y que los autores "ni hablaron ni escribieron una sola palabra de ellos mismos, sino que emitieron sílaba tras sílaba conforme el Espíritu la ponía en sus bocas".¹³⁷

A pesar de esto, el cristiano no piensa de sus libros sagrados como piensa el mahometano de su Alcorán, esto es, que pierde su virtud si se traduce a otra lengua; ni tampoco los considera como el indostano a los Veda, como un amuleto que no tiene poder sino en sánscrito. Por el contrario, la Biblia se deleita en la traducción, y el cristiano se goza en llevarla a otras razas en sus lenguas maternas, pues el valor real de las palabras no reside en su forma literal, sino en su espíritu y significado, y en el mensaje vivo que habían de transmitir. La Biblia es verbalmente inspirada en el sentido de que, como dijo San Gregorio, nos comunica "el corazón de Dios en las palabras de Dios", en aquellos "dichos de Dios" (*logia*) que eran el mayor tesoro de los judíos (Ro. 3:2), y en aquellas palabras de nuestro Redentor que son "espíritu y vida" (Juan 6:63).

¹³⁷Sermón V, pág. 4.

Mas aunque las palabras son inspiradas, han de ser recibidas, bajo el nuevo pacto, no en la letra, sino en el espíritu; no como grabadas mecánicamente en caracteres precisos e inalterables sobre piedra dura, sino como un mensaje vivo para el corazón del hombre.

Consideradas así, las diferencias verbales o las aparentes discrepancias aquí y allá entre los varios relatos del mismo incidente no deben sorprendernos o dejarnos perplejos, pues del mismo modo que la doble visión de un estereoscopio da perspectiva a la fotografía, así la presentación de varios aspectos del mismo personaje o acontecimiento hace que su realidad sea mejor entendida.

Incluso cuando los evangelistas presentan de modo diferente los dichos de Cristo, no abandonamos nuestra creencia en su inspiración, puesto que las variaciones, debidas en parte a la traducción del arameo y en parte a las diferentes impresiones causadas sobre aquellos que las oyeron, en realidad se suplementan mutuamente e iluminan el todo. De esto tenemos un ejemplo notable en el caso del triple relato de la transfiguración, en donde cada narración ayuda a confirmar nuestra fe en los hechos, y tiene algo que añadir para enriquecer el cuadro total.

d) ***El testimonio del Espíritu***

El proceso de la inspiración, que es obra del Espíritu Santo, terminó cuando la Biblia fue puesta por escrito por primera vez; pero luego viene su obra de iluminación cuando convence e ilumina a cada alma creyente.

Este hecho, que los reformadores llamaron "testimonio interno del Espíritu" (*testimonium Spiritus internum*) da la contestación a la pregunta que, con frecuencia, se hace sobre cómo podemos saber que la Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios. Ningún testimonio humano puede resolver esta pregunta. La Palabra se autentica ella misma, y a esto se añade el testimonio del divino Espíritu. Así, pues, cuando Dios habla, el hombre no puede sino escuchar: "*Antes bien*

sea Dios verdadero, mas todo hombre mentiroso" (Ro. 3:2-4); "*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice*" (Ap. 3:6).

La experiencia cristiana apoya esta enseñanza. Agustín cuenta cómo, antes de su conversión, las Escrituras le parecían inferiores a mucha de la literatura de Roma, pero después se convirtieron en su delicia y gozo; las dificultades desaparecieron, y vio en ellas la verdad, la inspirada Palabra de Dios.

Donde no hay fe, la Biblia puede estudiarse como literatura o historia, o incluso como teología, pero sin provecho espiritual. De igual modo que la onda de radio no origina impresión en el receptor si éste no está sintonizado, así, en el caso anterior, la voz de Dios no se oirá a través de la Palabra escrita (He. 4:2). Pero cuando un hombre ha nacido de nuevo, la Biblia se convierte para él en un libro nuevo. Entonces la influencia del Espíritu le hace verla como *desde adentro* y, como la belleza de los ventanales de color se revela por los rayos del sol que los atraviesan, así lo que antes era oscuro y trivial, cobra nuevo significado y belleza.

La necesidad de fe no quiere decir que se depona la inteligencia; por el contrario, se vivifica, y nunca es tan eficaz como cuando escucha la voz del Redentor. Es entonces cuando el Espíritu Santo, quien inspiró las Escrituras, actúa como divino intérprete de ellas; Él es quien "inspira el verdadero sentido en aquellos que con humildad y diligencia lo buscan" (Crisóstomo).

e) **La Palabra viva**

Si bien afirmamos que la Biblia es en sí misma la Palabra inspirada de Dios, no obstante, en otro sentido, su mensaje *viene a ser* la Palabra del Dios vivo para el individuo cuando es recibida por fe y aplicada por la obra del Espíritu (1 Pe. 1:23,25; 1 Co. 2:12,15; 1 Tes. 2:13).

En este sentido no es algo que nosotros poseemos, sino más bien algo que nos posee a nosotros. Es viva y eficaz, y juzga al pensamiento y a la voluntad (He. 4:12). El profesor

Romanes dio su testimonio de que cuando en sus días agnósticos comenzó a examinar la Biblia, de pronto se dio cuenta de que ella le estaba examinando a él. Instruye, redarguye y corrige (2 Ti. 3:16), y la sabiduría que comunica es divina.

La Palabra escrita es instrumento de Dios que vive y permanece, y por medio del cual Su voz aun habla directamente al alma. La Palabra, por tanto, viene a nosotros con *autoridad*, y ahora nos toca examinar la naturaleza y el alcance de esa autoridad.

SU AUTORIDAD

a) *Su naturaleza*

La fuente de la autoridad de la Biblia es Dios mismo. Su verdad esencial es consecuencia de su origen divino. Cristo mismo dijo: "*Tu palabra es verdad*" (Juan 17:17).

Agustín atribuyó la provisión divina de una revelación escrita, a la incapacidad del hombre para hallar a Dios por medio de la razón humana. "Puesto que éramos demasiado débiles para encontrar la verdad por la luz de la razón, y por esta misma causa necesitábamos la autoridad de la Escritura, comencé entonces a pensar que Tú no habrías dado nunca tal excelencia de autoridad a esa Escritura en todos los países, si no hubieras querido que por medio de ella fueses creído, y por medio de ella buscado".

El obispo Chillingworth, escritor reflexivo del siglo diecisiete, expresó el asunto de esta manera: "La razón convencerá a cualquiera, a menos que tenga una mente perversa, de que la Escritura es la Palabra de Dios, y entonces no puede haber otra razón mayor que esta: Dios lo dice, y por lo tanto, es verdad".

La autoridad de la Escritura, no obstante, según la opinión evangélica, no hace innecesario el uso de la razón. Pero la mente humana no ha de ponerse a sí misma por encima de la Palabra,

ni escoger en qué la seguirá y en qué no, sino que, dándose cuenta de que toda razón humana es limitada e imperfecta, encontrará su empleo más elevado en el esfuerzo para comprender las enseñanzas de ella, de apropiarse sus promesas y de obedecer sus mandatos, considerándola, como dijera Isaac Newton, "la más sublime filosofía".

La creencia en origen divino de la Biblia fue lo que decidió la actitud de los reformadores hacia ella. La situaron por encima de las tradiciones de la iglesia, que no pueden tener fuerza de obligación a menos que sean probadas por la Santa Escritura; y por encima de la autoridad de los Concilios Generales, ya que ellos no se gobiernan enteramente, como debieran, por el Espíritu y la Palabra de Dios.

Las Santas Escrituras son la autoridad final; una Escritura debe ser interpretada por otra, y ninguna ha de ser interpretada de tal manera que contradiga a otra.

Esta autoridad reside en la Biblia como un todo. El enlace entre el Antiguo y Nuevo Testamento es demasiado grande y penetrante para que jamás sea posible aceptar el uno como Palabra de Dios y rechazar el otro. Cuando Cristo reprendió a Satanás con la palabra "*Escrito está: No con sólo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios*" (Mt. 4:4), citaba las palabras de Moisés en el libro de Deuteronomio, uniendo de esta manera las dispensaciones antigua y moderna.

b) *Cómo se relacionan el Antiguo y el Nuevo Testamento*

Al leerse el Antiguo Testamento, debe recordarse que difiere del Nuevo debido a su carácter incompleto, temporal y preparatorio; se relaciona con él así como se relaciona el camino real con su punto de destino. La Ley y los Profetas fueron hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y quienquiera se esfuerza a entrar en él (Lc. 16:16). Los profetas preparan el camino del Señor, los Evangelios cuentan Su nacimiento y nos conducen hasta Su cruz y resurrección, y

los demás libros miran atrás a estos acontecimientos y adelante a Su segunda venida.

1. El Antiguo Testamento debe leerse a la luz del Nuevo. El verdadero significado de la Ley Mosaica se halla en Mateo caps. 5-7, donde su contenido moral se expone y se desarrolla, resumiéndose en la regla de oro de 7:12. No hemos de ver en la Ley, como hacían los fariseos, una colección de reglas triviales, sino una llamada a amar a Dios y a nuestro prójimo (Mt. 22:40), una lámpara y una luz con las cuales caminar, un almacén de sabiduría y de gracia, promesas y la delicia y gozo del corazón (Sal. 119). Los estatutos civiles, como también la filosofía proverbial de Israel, eran una inspirada selección del fondo común del mundo antiguo, adaptada a las necesidades del pueblo de Dios de tiempo en tiempo. El tabernáculo, con sus sacrificios y ceremonial, era, como enseña la Epístola a los Hebreos, una prefiguración de Cristo y Su obra Sumo Sacerdotal.

Los profetas fueron enviados por Dios para enseñar al pueblo y para ser los precursores de Cristo (Mr. 1:2,3); desde los tiempos de Abraham en adelante miraban a Su "día" y predecían Sus sufrimientos y entrada en gloria (Lc. 24:25,26; Juan 8:56; Hch. 3:21-24). No hay mejor manera de tratar a los libros históricos, que seguir el ejemplo de Cristo y de Sus apóstoles, aceptando sus narraciones sin objeción, y viendo en ellos la revelación de las obras poderosas de Dios y Sus justos juicios (Lc. 17:26-29; Hch 7), considerando los milagros que contienen como paralelos a los de los Evangelios, operados con misericordia por la misma mano todopoderosa.

2. El Antiguo Testamento es igualmente necesario al objeto de comprender el significado pleno del Nuevo, el cual mediante centenares de citas y referencias, apela a su autoridad, de modo que si esta fuese denegada, mucha de la enseñanza apostólica sería invalidada. El Nuevo Testamento es la secuela del Antiguo y, como tal, el heredero de las ideas que distinguen. La santidad y rectitud de Dios, Su juicio y Su misericordia, Su propósito redentor y la remisión de pecados mediante derramamiento de sangre, Su Espíritu y Su Rey ungido, todos fueron

revelados primeramente a Moisés y a los profetas, cuya enseñanza respalda y explica el significado de estos términos en la dispensación cristiana.¹³⁸

Además, Jesucristo según la carne era Hijo de David, Hijo de Abraham, la simiente prometida, el heredero del trono de David, y la gloria de Israel el pueblo de Dios (Is. 9:7; Jer. 23:5; Mt. 1:1; Lc. 1:32; Hch. 13:22; Gá. 3:16). Él es el segundo Adán, y no hay nombre en la larga línea de Su genealogía, ni acontecimiento alguno en la historia de redención del Antiguo Testamento, que no ilumine en mayor o menor grado Su maravillosa Persona y obra.

c) ***Su alcance***

Al aplicar la autoridad de la Biblia, es importante mantenerse dentro de los límites del propósito de ella. No se nos presenta como compendio de conocimientos, ni para evitarnos el estudio o la investigación. Por tanto, no hemos de ir a la Biblia para aprender astronomía, aun cuando un astrónomo de renombre¹³⁹ ha manifestado que no contiene ni un solo error astronómico. De la misma manera podemos creer que las reglas sanitarias levíticas tenían la aprobación divina y muestran un discernimiento notable de los principios de medicina sin pensar que fueron escritas para que se pongan en práctica en Europa hoy día. Los reformadores, en su día, hallaron necesario señalar que las ordenanzas civiles establecidas para Israel, aunque ordenadas por Dios, no se entendían obligatorias para todo el mundo en todos los tiempos. Así en nuestros días, podemos creer que los discípulos fueron guiados por el Espíritu a que tuvieran todas las cosas en común, sin pensar que esto enseñaba el sistema conocido por "comunismo".

¹³⁸ Véase Snaith, *Distinctive Ideas of the Old Testament*.

¹³⁹ Prof. E. W. Maunder, *The Astronomy of the Bible*.

Por otra parte, es la norma decisiva y suprema en toda cuestión de fe y práctica. En cualquier asunto que toque a su bienestar espiritual, el cristiano debe consultar las Escrituras y, luego de comprobar su enseñanza, debe aceptarla como "verdad cierta e infalible revelada por Dios, quien en virtud de Su infinito conocimiento, no puede ser engañado, y, en virtud de Su santidad transcendental, no puede engañar".¹⁴⁰ La palabra "infalible" suscita una dificultad en muchas mentes y merece una consideración cuidadosa.

d) ***Una guía infalible***

Llamar a la Biblia infalible no significa que hace infalible al lector, sino que rectamente comprendida siempre le llevará por buen camino. Dos deducciones parecen desprenderse del dicho de nuestro Señor a los saduceos: "*¿No erráis por eso, porque no sabéis las Escrituras, ni la potencia de Dios?*" (Mr. 12:24). En primer lugar, Él atribuyó su error a la ignorancia o al mal entendimiento de las Escrituras y de la omnipotencia de Dios, y también dio a entender que un conocimiento verdadero de las Escrituras indudablemente les llevaría por camino recto.

La falta de fe y de sabiduría puede impedir nuestra aprehensión del verdadero significado de la Biblia. El lenguaje del Oriente es más flexible y gráfico que el nuestro, y no siempre podemos determinar con exactitud qué se da como hecho histórico y qué como parábola. Aun los estudiante más devotos no siempre han estado de acuerdo en cuanto la relación exacta entre el fondo histórico y el marco dramático en libros poéticos como Job y los Cantares. Igualmente sería el afirmar que los escritores inspirados que copiaron genealogías o fragmentos de erudición de historias antiguas, fueran necesariamente movidos a corregirlas a la manera predilecta de las mentes occidentales del siglo veinte.

Pero tales advertencias en cuanto a la interpretación de la Escritura no ponen en duda su verdad

¹⁴⁰Pearson, *On the Creed*, 'ag. 16.

infallible. Muchos estudiantes, es verdad, han llegado a la conclusión de que la Biblia *no puede* ser infalible porque es obra de seres humanos falibles, y a causa de los defectos y discrepancias que encuentran en el texto actual. Pero esta segunda consideración no se aplica a lo que fue escrito en los documentos originales, y la primera no es una consecuencia lógica, por cuanto se ve a todas luces que Dios *pudo* preservar de error a los escritores.

La cuestión de la infalibilidad no puede decidirse mediante un razonamiento *a priori*. Debe, en último caso, depender de lo que ha sido revelado, y su recepción requiere tanto la fe en el poder de Dios como la comprensión espiritual. En el último análisis, solamente Dios puede ser testigo de Sí mismo.¹⁴¹

¹⁴¹Una exposición reverente y erudita del tema se encontrará en *The Infallible Word*, compilado por el personal del Seminario Teológico de Westminster, Filadelfia, y publicado en Gran Bretaña por la Tyndale Press.

Agustín tiene algunas palabras sabias que pueden servirnos de guía. Después de larga deliberación llega a esta conclusión: “No dudo de que los autores de los libros ni cometieron ningún error, ni expresaron nada que pudiese hacer errar. Si en uno de estos libros tropiezo con algo que parece ser contrario a la verdad, no vacilo en decir o que mi copia está equivocada, o que el traductor no ha comprendido enteramente lo que se dijo, o que yo mismo no lo he entendido”.¹⁴²

Después de haber hecho cuanto podamos, permanecerán dificultades no resueltas, como acontece en el mundo de la ciencia y en todo el campo del pensamiento humano; sin embargo, hallaremos alimento espiritual en lo que sí entendemos, y lo que no entendemos nos estimulará a mayor estudio.

e) ***La Palabra encarnada y la escrita***

El cristiano que se deja guiar por la enseñanza del Nuevo Testamento no caerá en peligro de “bibliolatría”, ni pondrá la autoridad de aquél por encima de la de Cristo, quien es el divino Hijo de Dios y el único a quien se debe adorar. Pero tampoco se unirá a aquellos que niegan que la Biblia sea “La Palabra escrita de Dios” y que afirman en cambio que “el mensaje de Dios fue hablado en su forma acabada y final por medio de una Persona más bien que por medio de un libro”.

Sobre este asunto, es fácil caer en confusión de pensamiento. Que la revelación suprema y definitiva de Dios fue en Su hijo, Jesucristo, es dogma fundamental del cristianismo, y ninguna autoridad puede exceder a la de Sus palabras. Pero Sus Palabras (y Sus hechos), que fueron objeto de experiencia directa de los apóstoles, se nos comunican únicamente por el testimonio de ellos, preservado en las páginas de los evangelios. Para nosotros, estos escritos, y no las

¹⁴²Epístolas, LXXXII.

experiencias primarias de los primeros discípulos, son “la forma acabada y final” del mensaje. La revelación cristiana no llegó a completarse sino después de Pentecostés y con la redacción total del Nuevo Testamento, y nuestra creencia en su inspiración “halla su justificación en las promesas de ayuda divina dadas por nuestro Señor a los apóstoles y su compañía, y el don especial del Espíritu poseído por la edad apostólica”.¹⁴³ Si no puede garantizarse la verdad del Nuevo Testamento, quedamos a la deriva en un mar de especulaciones. Un crítico podrá negar el nacimiento virginal de nuestro Señor, otro, Su resurrección corporal, y un tercero vendrá a robarnos algunos de Sus dichos más preciosos, hasta que no nos quede más que el Cristo atenuado de la imaginación de cualquier crítico a quien queramos seguir.

Es evidente que la revelación se nos hace en las Escrituras que tenemos, y no en algo a que pretendemos llegar detrás de ellas. Es a través del libro que llegamos a conocer a la Persona, y es a causa de la Persona que hemos recibido el libro. El Verbo encarnado y la Palabra escrita se apoyan mutuamente.

¹⁴³Swete, *The Holy Spirit in the New Testament*, pág. 389.

LA BIBLIA A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Réstanos decir una palabra acerca de la influencia que la Biblia ha ejercido en el mundo desde que fue completada en el primer siglo de nuestra era.

Mientras los libros del Nuevo Testamento se escribían, el mensaje que contienen era recibido como la Palabra de Dios (1 Tesalonicenses 2:13), porque era autenticado por las Escrituras del Antiguo Testamento (Hechos 2:16; 17:2,3,11) y por las "señales" que siguieron (Marcos 16:20; Hechos 5:12; 19:18-20). Las señales cesaron, pero el testimonio de la profecía cumplida y del Espíritu permanecieron.

Durante el siglo segundo el Antiguo Testamento era recibido por los convertidos como divinamente inspirado, tanto gentiles como judíos, sobre la autoridad de Cristo y Sus discípulos; al mismo tiempo, los escritos del Nuevo Testamento eran aceptados como apostólicos y considerados como igualmente autoritativos. Ireneo habla de ellos como "hablados por la Palabra de Dios y Su Espíritu",¹⁴⁴ y Orígenes¹⁴⁵ describe a los evangelistas, mediante la ayuda del Espíritu, como "incapaces de error o de lapso de memoria". La quema de Escrituras por Dioclesiano y otros perseguidores no pudo impedir la creciente influencia que tenían sobre la Iglesia Cristiana. A pesar de la decadencia espiritual en Oriente y Occidente, la Biblia era copiada y traducida por todas partes.

Con el renacimiento de la erudición en el siglo quince, la Biblia vino a ser base de estudios de escuelas y universidades. Al amanecer de la Reforma, en 1538, Enrique VIII ordenó que cada iglesia parroquial se proveyese de una Biblia en inglés. J. R. Green, en su *Short History of the English People*, describe lo que siguió en estas palabras: "Era leída en la iglesia y en el hogar, y

¹⁴⁴ *Adversus Haeresus* 2.38.

¹⁴⁵ Comentando Mat. 16:12.

en todas partes sus palabras, al llegar a oídos que la costumbre no había amortiguado, encendían un entusiasmo sensacional... Jamás se obró en nación alguna un cambio mayor. Inglaterra llegó a ser el pueblo de un libro, y ese libro era la Biblia". Escribiendo sobre la Versión Autorizada publicada en 1611, G. M. Trevelyan dice que el efecto de su estudio "sobre el carácter, la imaginación y la inteligencia nacional durante los tres siglos siguientes fue mayor que el de cualquier movimiento religioso desde la venida de San Agustín".¹⁴⁶ Sería fácil multiplicar este testimonio, citando de autores y oradores modernos.

¹⁴⁶*The History of England*, pág. 367.

El siglo pasado ha visto una inmensa expansión de la obra misionera, y con ella traducciones de la Biblia han circulado en todos los países. En la India es más leída que cualquier otro libro, y a menudo se halla en los labios de musulmanes educados que nunca leyeron el Alcorán y de indostanos que ignoran los Vedas. En Uganda es el libro fundamental de aquellos que saben leer, y ha levantado a los Baganda hasta el lugar primero entre las razas bantu. En China la atesoran muchos de posición elevada. Aquí tenemos las Palabras que pronunciara el generalísimo Chiang Kai Shek, al ser hecho prisionero por los bandidos en 1937: "Hace casi diez años que soy cristiano, y durante este tiempo he sido lector constante de la Biblia. Nunca antes me ha sido tan interesante este libro sagrado como durante mis dos semanas de cautiverio en Sian... A quienes me habían cautivado sólo les pedí una cosa: un ejemplar de la Biblia".

En verdad, podemos decir: *"Todos tus mandamientos son verdad. Ya ha mucho que he entendido de tus mandamientos, que para siempre los fundaste"* (Salmos 119:151,152).

22

II

NATURALEZA Y CARACTERÍSTICAS DE LA BIBLIA¹⁴⁷

¹⁴⁷"Naturaleza y características de la Biblia" es el capítulo II de la primera parte de *Hermenéutica Bíblica*, de José E. Martínez. Ed. CLIE. Págs. 39-63.

Todo hermeneuta, antes de iniciar su labor, ha de tener una idea clara de las características del texto que ha de interpretar, pues si bien es cierto que hay unos principios básicos aplicables a la exégesis de toda clase de escritos, no es menos cierto que la naturaleza y contenido de cada uno de éstos impone un tratamiento especial. Al ocuparnos de la interpretación de la Biblia, hemos de preguntarnos: ¿Qué lugar ocupan sus libros en la literatura universal? ¿Son producciones comparables a los libros sagrados de otras religiones? ¿Constituyen simplemente el testimonio de la experiencia religiosa de un pueblo, engalanado por la agudeza de sus legisladores, poetas, moralistas y profetas? ¿o forman, como sostiene la sinagoga judía respecto al Antiguo Testamento y la Iglesia cristiana respecto a la totalidad de la Escritura, un libro diferente y superior a todos los libros. el Libro, cuya autoría, en último término, debe atribuirse a Dios? ¿Puede establecerse una paridad entre Biblia y Palabra de Dios? Obviamente, la respuesta a estas preguntas desempeña un papel decisivo en la interpretación de las Escrituras judeo-cristianas. Pero ¿cómo obtener una respuesta válida?

El testimonio de la propia Escritura

No puede negarse seriamente que la Biblia, en su conjunto y en gran número de sus textos, presupone su origen divino, la peculiaridad de que, esencialmente, recoge el mensaje de Dios dirigido a los hombres de modos diversos y en diferentes épocas. Como reconoce C. H. Dodd, «la Biblia se diferencia de las demás literaturas religiosas en que se lo juega todo en la pretensión de que Dios se reveló realmente en unos acontecimientos concretos, documentados, públicos. A menos que tomemos esta pretensión en serio, la Biblia apenas si tiene sentido, por

grande que sea el estímulo espiritual que nos procuren sus pasajes selectos». ¹⁴⁸

¹⁴⁸ *La Biblia y el hombre de hoy*. Ed. Cristiandad, 1973, p. 169.

Lógicamente, no podemos aducir este echo como demostración de que hay un elemento divino en la Escritura, pero es un dato importante que nadie debe despreciar. El testimonio que una persona da de sí misma no es decisivo. Puede no ser verdadero; pero puede serlo y, de acuerdo con un elemental principio de procedimiento legal, tal testimonio no puede ser desechado *a priori*. A menos que pueda probarse fehacientemente su falsedad, la información que aporta siempre es de valor irrenunciable. Este principio es de aplicación a la Escritura. G. W. Bromiley lo expresa con gran luminosidad: «Cuando afirmamos la autoridad sin par de la Biblia, ¿es legítimo apelar al propio testimonio de la Biblia en apoyo de tal afirmación? ¿No es esto una forma abusiva de dar por cierto lo que está bajo discusión, hacer de la Biblia misma el árbitro primero y final de su propia causa? ¿No somos culpables de presuponer aquello que somos requeridos a probar? La respuesta a esta pregunta es, por supuesto, que no acudimos a la Biblia en busca de pruebas, sino de información».¹⁴⁹ Y esta información, examinada sin prejuicios, hace difícil rechazar la plausibilidad de una intervención divina en la formación de la Escritura y relegar sus libros a la categoría de literatura histórico-religiosa de origen meramente humano. Lo que A. B. Davidson escribió acerca del Antiguo Testamento podemos hacerlo extensivo a la totalidad de la Biblia: «No vamos a él con la idea general de que es la palabra de Dios dirigida a nosotros. No vamos a él con esa idea, pero nos alzamos con la idea después de haber tenido contacto con él».¹⁵⁰

Abundan los textos de la Escritura en los que se atestigua una revelación especial de Dios, quien de muy variadas maneras habla a sus siervos para comunicarles su mensaje. Una de las frases más repetidas en el Antiguo Testamento es: «Y dijo Dios», o la equivalente: «Vino palabra de Yahveh».

¹⁴⁹ *NBC*. Rev. 1973, pág. 3.

¹⁵⁰ *The Theology of the O.T.*, T. & T. Clark, Edinburgh, 1904, p. 4.

Esta «palabra» de Dios es creadora y normativa desde el principio mismo de la historia de Israel. (He aquí sólo unas citas del Pentateuco: Éx. 4:28; 19:6,7; 20:1-17; 24:3; Nm. 3:16,39,51; 11:24; 13:3; Dt. 2:2,17; 5:5-22; 29:1-30:20,) Israel adquiere plena conciencia de su identidad histórica bajo la influencia de los grandes actos de Dios y de la interpretación verbal que de esos actos da Dios mismo por medio de Moisés. Negar esta realidad nos obligaría a explicar el fenómeno del origen histórico de Israel sobre la de leyendas fantásticas, inverosímiles, poco acordes con la objetividad del marco geográfico-histórico y de costumbres que hallamos en los relatos bíblicos y con la seriedad del hagiógrafo. Por otro lado, mal cuadraría una base plagada de falsedades con la estructura político-religiosa de un pueblo que, desde el primer momento es instado a condenar enérgicamente el engaño de todo falso profeta (Dt. 13).

Además, la palabra de Dios se entrelaza con la historia del pueblo israelita no sólo en sus inicios, sino a lo largo de los siglos, hasta que Malaquías cierra el registro de la revelación veterotestamentaria. Todos los grandes acontecimientos en los anales de Israel están de algún modo relacionados con mensajes divinos. Dios habla a los jueces, a los reyes, a los profetas. Así, a lo largo de los siglos se va acumulando un riquísimo caudal de enseñanza, normas, promesas y admoniciones que guían al pueblo escogido hasta los umbrales de la era mesiánica. Esto hace que la historia de Israel sólo tenga sentido a la luz de la relación única entre el pueblo y Yahveh sobre la base de la revelación y del pacto que Él mismo ha establecido.

Pero no es únicamente la riqueza de contenido del Antiguo Testamento lo que sorprende. Llama la atención su coherencia y armonía. No se nos presenta como una simple acumulación de hechos, ideas y experiencias religiosas, sino como un proceso regido por una finalidad, como un conjunto en el que las partes encajan entre sí y que responde a esa finalidad. La historia de Israel, tal como aparece en la Escritura, es un todo orgánico, no una agrupación de historias. No es fácil explicar esta característica del Antiguo Testamento, y de la Biblia en general, si no

admitimos la realidad de la acción de Dios, tanto en la revelación como en la preservación y ordenamiento de ésta en la Escritura.

Al pasar al Nuevo Testamento, se observa igualmente el lugar preponderante de la palabra de Dios. Los evangelistas, testigos de cuando Jesús hizo y dijo (1 Jn. 1:1-3), ven en Él la culminación de la revelación de Dios. Era la Palabra de Dios encarnada, el gran intérprete de Dios (Jn. 1:14,18). Ponen en sus labios palabras que muestran la autoridad y el origen divino de sus enseñanzas (Mt. 5:21-48; 7:28,29; Jn. 7:16; 13:2,26; 8:28; 12:49; 14:10,24 y pasajes paralelos de Marcos y Lucas).

La comunicación divina no se extingue con el ministerio público de Jesús. Se completaría, según palabras de Jesús mismo, con el testimonio y el magisterio de los apóstoles bajo la guía del Espíritu Santo (Jn. 14:26; 16:13). Así lo entendieron los propios apóstoles, persuadidos de que sus palabras eran ciertamente «la palabra de Dios» (1 Ts. 2:13; véase también Hch. 4:31; 6:2,7; 8:14,25; 11:1; 12:24; 17:13; 18:11; 19:10; Col. 1:25,26; 1 Ts. 4:15; 2 Ti. 2:9; Ap. 1:2,9).

La convicción generalizada en profetas y apóstoles –campeones de probidad– de que eran instrumentos para comunicar el mensaje recibido de Dios, ¿puede atribuirse a una ilusión si no a superchería? Si nos libramos de prejuicios filosóficos, ¿no es más honesto dar crédito al testimonio de aquellos hombres? Si Dios existe, ¿no era de esperar su revelación? La Escritura se atribuye la función de ser testimonio y registro de esa revelación.

Credibilidad de la revelación

Desde un punto de vista lógico, cabía esperar que Dios se comunicara con los hombres de modo tal que éstos pudieran tener un conocimiento adecuado de Él, de su naturaleza, de sus propósitos y de sus obras. Tal conocimiento no podía ser alcanzado por la llamada revelación

general o natural. Es verdad que «*los cielos cuentan la gloria de Dios*» (Sal. 19:1). Las obras de la creación nos hablan de la sabiduría y el poder de Dios. Incluso nos muestran evidencias de su bondad; pero nada nos dicen de su justicia, de su misericordia o de los principios morales que rigen su relación con el universo, en especial con el hombre, hecho a imagen de Dios. Tampoco arroja luz la revelación general sobre el actual estado de la humanidad en su grandeza y en su miseria, sobre el sentido de la vida humana o sobre el significado de la historia. Aunque el pecado no hubiera oscurecido la mente humana –hecho que limita su capacidad de discernimiento–, la luz de la naturaleza habría sido insuficiente para tener un conocimiento adecuado de Dios y de su voluntad.

Si creemos en la bondad de Dios, es presumible que Dios no dejara al hombre en la oscuridad de su ignorancia con todos los riesgos que ésta conlleva. Para librarnos de ella, la razón humana es del todo ineficaz. Los más grandes pensadores de todos los tiempos no han hecho otra cosa que construir un laberinto entrecruzado por mil y una contradicciones en las que la mente se pierde víctima de la incertidumbre. Las conclusiones derivadas de reflexiones sobre la naturaleza o sobre la historia son poco fiables; tanto pueden conducirnos a formas más o menos arbitrarias de religiosidad como al agnosticismo o al ateísmo.

En lo que se refiere al orden moral, ningún examen empírico del universo o de la propia naturaleza humana puede guiarnos con certeza en lo que concierne a normas éticas. Lo recto y lo justo vendrá determinado por múltiples factores culturales y sociales, pero siempre será algo relativo, coyuntural, variable. Lo que en un lugar y época determinados se consideraba normal, en lugares distintos y en tiempos posteriores ha sido visto como abominación. Los sacrificios humanos, el infanticidio, la esclavitud, la prostitución sagrada, etc., no escandalizaban en la antigüedad. Hoy nos parecen monstruosidades. Pero todavía en nuestros días, cuando la ética, la psicología y la sociología tratan de sugerir normas de comportamiento, las divergencias

subsisten. Y a menudo, en muchos aspectos se observa un retroceso a aberraciones análogas a las de antaño: legalización del aborto, de la eutanasia, de la homosexualidad, etc.

Sólo una intervención de Dios mismo puede guiarnos a su conocimiento y al de las grandes verdades que conciernen decisivamente a nuestra existencia. Como afirma Bernard Ramm: «El conocimiento *acerca de* Dios debe ser un conocimiento que *proceda de* Dios, y su búsqueda debe dejarse gobernar por la naturaleza de Dios y de su autorrevelación».¹⁵¹ Muy sugerente es la ilustración que el mismo autor usa a continuación cuando compara la revelación especial a una autobiografía de Dios, la cual, obviamente, ha de ser infinitamente superior a cualquier biografía de Dios que pudiera proponerse.

Únicamente Dios podía dar al hombre el conocimiento que éste necesitaba. Pero ¿se lo ha dado? La necesidad de una revelación no es una prueba de que tal revelación haya tenido lugar. ¿Se ha comunicado Dios con los hombres de modo que puedan comprenderle y vivir en comunión con Él? El autor de la carta a los Hebreos nos da una respuesta categórica: «Dios ha hablado» (He. 1:1-3). Pero afirmación tan rotunda ¿tiene suficiente base de credibilidad?

La respuesta es positiva, aunque no simple. La base de credibilidad no radica tanto en argumentos lógicos como en hechos que se extienden a lo largo de la historia, en una trama compleja de acontecimientos humanos entrelazados con los hilos de la urdimbre divina. Como subraya Geerhardus Vos, «el proceso de la revelación no es sólo concomitante con la historia, sino que se encarna en la historia».¹⁵²

¹⁵¹ *La revelación especial y la Palabra de Dios*, La Aurora, p. 14.

¹⁵² *Biblical Theology*, Eerdmans, 1938, p. 15.

Debe tenerse presente, sin embargo, y contrariamente a lo que algunos sostienen, que la revelación no consiste sólo en eventos históricos, actos de Dios. Incluye manifestaciones verbales de Dios que interpretan los actos. Sin esta parte de la revelación, llamada «proposicional», los hechos históricos quedarían sumidos en la ambigüedad. Pongamos como ejemplo el éxodo, acontecimiento cumbre en la historia de Israel. Despojado de la interpretación oral dada por Dios a Moisés (Éx. 3), fácilmente perdería la riqueza de su hondo significado. La historia registra otros casos de movimientos migratorios y episodios de emancipación colectiva sin ninguna significación especial. La salida de Israel de Egipto pudo haber sido uno más. Pero la revelación bíblica no se limita a consignar el hecho escueto; añade lo declarado por Dios respecto a sus propósitos para con aquel pueblo y las especiales relaciones que a él le unirían con miras a convertirlo en un testigo del Dios verdadero y de su justicia.

Lo mismo podríamos decir del evento supremo de la Historia: la muerte de Jesús. Sin una explicación divina, este hecho podría interpretarse de los modos más diversos, y con toda seguridad ninguna interpretación expresaría el glorioso significado de lo acaecido en el Gólgota. Sólo la palabra de Dios, a través del Hijo, podía desentrañar el misterio de la cruz: «*Esto es mi sangre del nuevo pacto que va a ser derramada por muchos para remisión de pecados*» (Mt. 26:28). .

Los grandes actos de Dios son interpretados por Dios mismo, no por hombres. Así la interpretación divina completa la revelación a fin de que ésta cumpla su finalidad y libre a los hombres de equívocos, ambigüedades y errores. Como hace notar Óscar Cullmann, «la revelación consiste de ambos: del acontecimiento como tal y de su interpretación... Esta inclusión del mensaje salvador de los acontecimientos salvadores es del todo esencial en el Nuevo Testamento».¹⁵³ Podríamos añadir que es esencial en toda la Biblia.

¹⁵³ *Salvation in History*, SCM, 1967, p. 98.

La credibilidad de la revelación bíblica es avalada por su unidad esencial en la diversidad de sus formas y en su carácter progresivo. Sus variados elementos teológicos, éticos, rituales o ceremoniales constituyen un todo armónico, con unas constantes que se mantienen tanto en cuanto se refiere a los atributos y las obras de Dios como en lo relativo a la condición moral del hombre, a su relación con Dios, al culto, a la conducta, etc. En el centro está Dios mismo. Paulatinamente, de este centro va emergiendo con claridad creciente la figura del Mesías redentor, en quien culminará todo el proceso de la revelación.

En el período anterior a Cristo, la revelación es en gran parte preparatoria. Es anuncio, promesa. En Cristo, la revelación es el mensaje del cumplimiento, con el que se abren las perspectivas finales de la humanidad. En Él se cumplen multitud de predicciones del Antiguo Testamento; se hacen realidad sus símbolos y sus esperanzas. Todas las líneas del Antiguo Testamento convergen en Aquel que es el profeta por excelencia, el máximo sumo sacerdote y el gran rey cuyo imperio perdurará eternamente. Su persona, sus palabras y su obra constituyen el cenit de la revelación. Las teofanías o cualquier otra forma anterior de comunicación divina habían sido, en palabras de René Pache, «un relámpago en la noche, en comparación con la encarnación del que es la luz del mundo. Los profetas recogían y transmitían los fragmentos de los misterios que el Señor tuvo a bien comunicarles. Pero el Padre no tiene secretos para con el Hijo. Éste es en sí mismo *"el misterio de Dios... en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento"* (Col. 2:2,3)». ¹⁵⁴

A todo lo expuesto, podemos añadir la majestuosidad de la revelación bíblica en su conjunto, la profundidad de sus conceptos, la perennidad de sus principios, así como la incomparable influencia que ha ejercido –y sigue ejerciendo– en el mundo. Atribuir estas cualidades al genio

¹⁵⁴ *L'inspiration et l'autorité de la Bible*, p. 22.

religioso de unos hombres, enormemente separados entre sí en el tiempo y diversamente influenciados por el diferente entorno de cada uno de ellos, es apretarse sobre los ojos la venda de los prejuicios en un empeño obstinado de negar toda posibilidad de revelación.

Revelación y Escritura

Cuanto hemos señalado sobre la revelación tiene su base en el contenido de la Biblia. Sin ésta nada sabríamos de aquélla. Existe, pues, una correlación entre ambas. No es accidental esa correlación, sino que responde a un propósito y a una necesidad. No se produce porque algunos de los hombres a quienes Dios hizo objeto de su revelación se sintieran movidos por sus propias reflexiones a registrar en textos escritos el contenido de lo revelado. Según el testimonio bíblico, es Dios mismo quien, directa o indirectamente, ordena la «inscripturación» (Éx. 17:14; 24:4; 34:27; Dt. 17:18,19; 27:3; Is. 8:1; Jer. 30:2; 36:2-4; Dn. 12:4; Hab. 2:2; Ap. 1:11,19). No es preciso un gran esfuerzo mental para comprender que tanto los profetas del Antiguo Testamento como los apóstoles vieron en la escritura el único medio de preservar fielmente la revelación y lo utilizaron. La gran reverencia con que el pueblo judío miró siempre sus Escrituras y la autoridad divina que les atribuían se debían, sin duda, al convencimiento de que eran depósito de la revelación de Yahveh. Lo mismo puede decirse en cuanto al significado que para la Iglesia cristiana tenían tanto los libros del Antiguo Testamento como los del Nuevo. Los textos del primero son considerados como santos (Ro. 1:2) o sagrados (2 Ti. 3:15); como palabra de Dios (Jn. 10:35; Ro. 3:2). A los del Nuevo Testamento, desde el primer momento, se les atribuye un rango tan elevado que los equipara a «las demás Escrituras» (2 Pe. 3:16).

Lo sabio de preservar la revelación mediante la escritura no admite dudas. Por más que antiguamente —especialmente en Israel— la tradición oral de las tradiciones alcanzan elevadas cotas de fiabilidad, era inevitable que el contenido de la comunicación original sufriera

desfiguraciones en el transcurso del tiempo: La revelación no habría escapado a los efectos de este fenómeno natural. Su deformación habría sido probablemente más rápida y grave a causa de las fuertes influencias del paganismo que siempre se ejercieron sobre Israel. Sólo la escritura podía fijar la revelación de modo permanente. Y así lo entendió también la Iglesia cristiana.

Por supuesto, no se pretende que la Escritura haya recogido todo lo que Dios había revelado. Parte de los escritos proféticos no llegaron a ser incorporados al canon veterotestamentario (2 Cr. 9:29). Jesús hizo «otras muchas cosas» que no aparecen en los evangelios (Jn. 21:25) y los apóstoles escribieron cartas que no aparecen en el Nuevo Testamento (1 Co. 5:9; Col. 4:6). Pero el material recogido en los libros de la Escritura es suficiente para que se cumpliera el propósito de la revelación. Nada esencial ha sido omitido. El contenido de la Biblia es determinado para la finalidad de la misma: guiar a los hombres al conocimiento de Dios y a la fe. A partir de ese conocimiento y de esa fe, la Escritura capacita al creyente para vivir en conformidad con la voluntad de Dios.

Una comprensión clara del objeto de la Escritura nos libraría de los problemas que a menudo se han planteado alegando deficiencias de la Biblia desde el punto de vista científico o histórico. La revelación, y por ende la Escritura, no nos ha sido dada para llegar a aprender lo que podemos llegar a conocer por otros medios, sino con el único propósito de que alcancemos a saber lo que sin ella nos permanecería velado: la verdadera naturaleza de Dios y su obra de salvación a favor del hombre. Este hecho adquiere importancia capital cuando hemos de interpretar la Biblia, pues no pocas dificultades se desvanecen cuando se tiene en cuenta lo que es y lo que no es finalidad de la revelación.

Inspiración de la Biblia

Es éste uno de los puntos más controvertidos de la teología cristiana. Aun dando por cierto que

la revelación dio origen a la Escritura, queda por determinar hasta qué punto y con qué grado de fidedignidad lo escrito expresa lo revelado. ¿Cabe atribuir a la acción de escribir los libros de la Biblia una intervención divina, paralela y complementaria a la de la revelación, que garantice la fiabilidad de los textos? ¿Puede decirse que la Escritura fue inspirada por Dios de modo tal que nos transmite sin error lo que Dios tuvo a bien comunicarnos?

Existe en la teología contemporánea una tendencia a reconocer una revelación sobrenatural sin admitir una sobrenatural inspiración de la Biblia. Se acepta que Dios se manifestó y «habló» desde los días de los profetas hasta Jesucristo, pero no que la Escritura en sí sea revelación. Sólo puede concederse que la Biblia contiene el testimonio humano de la revelación. Lo revelado llevaba el sello de la autoridad de Dios; pero el testimonio escrito de profetas y apóstoles estaba expuesto a todos los defectos propios del lenguaje humano, incluidos la desfiguración y el error.

Esta concepción de la Escritura tiene su base en la filosofía existencialista y en la teología dialéctica. Para la neo-ortodoxia, representada principalmente por Karl Barth y Emil Brunner, el texto bíblico no puede ser considerado revelación, por cuanto está expuesto al control del hombre. Equipararlo a la revelación sería aprisionar al Espíritu de Dios –usando frase de Brunner– «entre las cubiertas de la palabra escrita».¹⁵⁵ La Biblia es digna del máximo respeto y debe ser objeto de lectura reverente, ya que Dios ha tenido a bien hablarnos a través de ella. La Biblia no es palabra de Dios, pero se convierte en palabra de Dios cuando, mediante su lectura, Dios nos hace oír su voz. Esto sucede independientemente de los errores que, según los teólogos neo-ortodoxos, contiene la Biblia.

¹⁵⁵Cit. por R. A. Finlayson, *Revelation and the Bible*, Baker Book House, 1958, p. 225.

Otras escuelas teológicas mantienen posturas semejantes. En el fondo, a pesar de sus alegatos en defensa de su distanciamiento del liberalismo racionalista, siguen imbuidos de su espíritu y comparten una actitud crítica respecto a la autoridad de la Escritura. La razón, el rigor científico y el pragmatismo existencial deben imponerse a cualquier dogma relativo a la letra de los textos bíblicos. Liberado el protestantismo del papa de Roma, no debe caer en la sujeción a un «papa de papel».

Pero esta postura ni expresa la opinión tradicional de la Iglesia cristiana, continuadora del pensamiento judío, ni hace justicia al propio contenido de la Escritura o a los principios de una sana lógica. Como veremos más adelante, las declaraciones de los profetas, las de Jesús y posteriormente las de sus apóstoles no dejan lugar a dudas en cuanto al concepto que la Escritura les merecía. Sin formular de modo muy elaborado una doctrina de la inspiración, aceptan de modo implícito lo que explícitamente afirmó Pablo: «Toda Escritura es inspirada divinamente» (2 Ti. 3:16). Es la única conclusión plausible, a menos que descartemos por completo el propósito de la revelación, Si Dios tuvo a bien revelarse a los hombres y si la Escritura era el medio más adecuado para que el contenido de tal revelación se preservara y difundiera, era de esperar que Dios asistiera a los hagiógrafos a fin de que lo que escribían expresara realmente lo que Dios había hecho, dicho o enseñado, ¿De qué utilidad sería un testimonio de la revelación deteriorado por errores, tergiversaciones, exageraciones y desfiguraciones diversas? Aun admitiendo la buena fe de los escritores sagrados, resultaría difícil una transmisión de la revelación sin caer en alguna forma de corrupción, propia de los defectos y limitaciones de todo ser humano. Sólo la acción inspiradora de Dios podía evitar tal corrupción. Como afirma Bernard Ramm, «la inspiración, es, por así decirlo, el antídoto contra la debilidad del hombre y sus intenciones pecaminosas. Es la garantía de que la palabra de la

revelación especial continúa con la misma autenticidad». ¹⁵⁶

Concepto de la inspiración

En opinión de muchos, aun de los más racionalistas, la Biblia constituye una obra magna, y a sus autores puede atribuirse el don de la inspiración, pero sin reconocer en ésta nada de sobrenatural. La inspiración bajo la cual escribieron los autores del Antiguo y del Nuevo Testamento es análoga a la que mueve al poeta, al pintor o al escultor a realizar sus obras maestras. Es la inspiración de los genios. La Biblia, según esta opinión, es la monumental producción del genio religioso de Israel.

¹⁵⁶ *La revelación especial y la Palabra de Dios*, p. 185.

Pero el concepto cristiano de la inspiración de la Escritura es diferente y superior. Tal concepto podía resultar mucho más claro en los días apostólicos que en nuestro tiempo. El antiguo mundo helénico estaba familiarizado con los oráculos paganos. Estos eran tenidos por inspirados en el sentido de que procedían de personas sobrenaturalmente poseídas –según se creía– por un poder divino, que hablaban bajo el impulso de un aflujo misterioso. Lo que de fraudulento o demoníaco pudiera haber en aquellos oráculos no modifica el concepto de inspiración existente en la mente popular cuando Pablo declaró que «toda Escritura es inspirada divinamente». Sus lectores, tanto judíos como griegos, entenderían perfectamente lo que quería decir: que la Escritura era la obra de hombres especialmente asistidos por el Espíritu de Dios para comunicar el mensaje de Dios.

A partir del concepto expuesto, podemos definir la inspiración de la Biblia como la acción sobrenatural de Dios en los hagiógrafos que tuvo por objeto guiarlos en sus pensamientos y en sus escritos de modo tal que éstos expresaran, verazmente y concordantes con la revelación, los pensamientos, los actos y la voluntad de Dios. Por esta razón, puede decirse que la Biblia es Palabra de Dios y, por consiguiente, suprema norma de fe y conducta.

El texto de 2 Timoteo 3:16, al que ya nos hemos referido, es fundamental para comprender el significado de la inspiración. El término griego usado por Pablo, *theopneustos*, indica literalmente que fueron producidas por el «soplo de Dios». Con ello se da a entender no sólo que los escritores fueron controlados o guiados, sino que, de alguna manera, Dios infundía a sus escritos una cualidad especial, de la que se derivaba la autoridad y la finalidad de la Escritura («útil para enseñar, para convencer, para corregir», etc.).

Que el texto mencionado se traduzca como algunos lo han traducido («toda Escritura divinamente inspirada es útil...») no modifica esencialmente el sentido de lo que Pablo quiso expresar, y esto no era otra cosa que la convicción generalizada entre los judíos de su tiempo de

que el Antiguo Testamento, en su totalidad, había sido escrito bajo la acción inspiradora de Dios. De modo gráfico y con gran acierto lo expresa G. W. H. Lampe cuando escribe: «La palabra (*theopneustos*) indica que Dios, de alguna manera, ha puesto en estos escritos el hálito de su propio Espíritu creativo, al modo como lo hizo cuando sopló aliento de vida en el hombre que había formado del polvo de la tierra (Gn. 2:2)». ¹⁵⁷

No menos significativo es el texto de 2 Pedro 1:20,21, en el que categóricamente se señala la función profética del Antiguo Testamento en relación de subordinación a la acción del Espíritu Santo. De modo tan correcto como expresivo traduce la Nueva Biblia Inglesa (*New English Bible*) el versículo 21: «Porque no fue por antojo humano que los hombres de antaño profetizaron; hombres eran, pero, impelidos por el Espíritu Santo, hablaron las palabras de Dios». «Impelidos» o «movidos» son términos usados para traducir el original *ferómenoí*, es decir «llevados», como lo es un barco de vela impulsado por el viento.

La acción divina sobre los hagiógrafos no debe entenderse en todos los casos como un fenómeno de manifestaciones psíquicas extraordinarias, tales como la visión, el trance, el sueño, audición de voces sobrenaturales, estados de éxtasis en los que el hombre es mentalmente transportado más allá de sí mismo. Podía consistir simplemente en la influencia sobre el pensamiento o en la guía divina que dirigiera la investigación y la reflexión del escritor (comp. Lc. 1:1-3).

¹⁵⁷ *The Interpreter's Dict. of the Bible*, Abingdon, II, p. 713.

Tampoco debe interpretarse la inspiración en sentido mecánico, como si Dios hubiese dictado palabra por palabra cada uno de los libros de la Biblia. En este caso no habría sido necesario que Dios se valiera de hombres especialmente dotados para escribir y, como irónicamente sugería Abraham Kuyper, «cualquier alumno de enseñanza primaria que supiera escribir al dictado podría haber escrito la carta a los Romanos tan bien como el apóstol Pablo».¹⁵⁸ La inspiración no anula ni la personalidad, ni la formación, ni el estilo de los escritos sagrados, sino que usa tales elementos como ropaje del contenido de la revelación. Los hagiógrafos pueden ser considerados como órganos humanos que Dios usa para producir la Escritura. Cada órgano conserva su particular naturaleza, lo que da como resultado una mayor variedad, belleza y eficacia al conjunto escriturístico. Este hecho ha sido ilustrado desde tiempos de los Padres de la Iglesia mediante metáforas de instrumentos musicales que suenan por el soplo del Espíritu Santo. Lo que se ha querido significar es que el origen de la Escritura es a la vez divino y humano. «La Iglesia –escribe Bernard Ramm– está obligada a confesar que la *graf* es a un tiempo palabra de Dios y palabra de hombre, y debe evitar todo intento de explicar el misterio de esta unión».¹⁵⁹

Es de suma importancia mantener equilibradamente el doble carácter de la Escritura. La exaltación desmedida de cualquiera de sus aspectos conduce a error. Pretender salvar la plena inspiración de la Biblia y lo que de divino hay en su origen anulando prácticamente su componente humano sería introducir en la bibliología una nueva forma de docetismo. La enseñanza doceta pugnaba por salvaguardar la plena divinidad de Cristo negando lo real de su humanidad. Tan equivocada como esta doctrina es la que sólo ve en la Biblia palabra de Dios y no palabra de hombres. Pero igualmente errónea –y de consecuencias más graves– es la

¹⁵⁸ *The Work of the Holy Spirit*, Eerdmans, 1946, p. 150.

¹⁵⁹ *La revelación especial y la Palabra de Dios*, p. 188.

conclusión a que llega la crítica radical de que los textos bíblicos son producción meramente humana a la que no hay por qué atribuir elemento alguno de inspiración sobrenatural.

Según algunos teólogos Dios puede comunicarnos algo de su verdad a través de la Biblia pero ello no cambia el hecho de que, a causa de sus inexactitudes y falsedades, la Biblia no sea racionalmente fiable. Estos teólogos, como atinadamente observa T. Engelder, «rehúsan creer que Dios ha hecho el milagro de darnos por inspiración una Biblia infalible; pero... están prestos a creer que Él realiza diariamente el milagro mucho mayor de hacer a los hombres capaces de descubrir la palabra infalible de Dios en la palabra falible de los hombres».¹⁶⁰

En los sectores evangélicos conservadores se tiende al desequilibrio por el lado del énfasis en el elemento divino de la Escritura, por lo que debemos ponderar objetivamente la dimensión humana de ésta. De lo contrario resultaría difícil refutar la acusación de «bibliolatría» que se hace contra los que sostienen tal énfasis.

¹⁶⁰*Scripture cannot be broken*, p. 129, ref. de René Pache, op. cit., p. 58.

Una posición intermedia es la de quienes admiten la existencia de una revelación especial, pero ven en la humanidad de la Escritura una causa de pérdida parcial y alteración de aquélla, dado que las características humanas condicionan lo escrito de tal manera que no es posible discernir en su texto la verdad de Dios. B. Warfield ilustró y refutó este punto de vista con excepcional lucidez: «Como la luz que pasa a través de los cristales coloreados de una catedral –se nos dice– es luz del cielo, pero resulta teñida por la coloración del cristal, así cualquier palabra de Dios que pasa por la mente y el alma de un hombre queda descolorida por a personalidad mediante la cual es dada, y en la medida en que esto sucede deja de ser la pura palabra de Dios. Pero ¿qué si esa personalidad ha sido formada por Dios mismo con el propósito concreto de impartir a la palabra comunicada a través de ella el colorido que le da? ¿Qué si los colores de los ventanales han sido ideados por el arquitecto con el fin específico de dar a la luz que penetra en la catedral precisamente la tonalidad y la calidad que recibe de ellos? Cuando pensamos en Dios el Señor dando por su Espíritu unas Escrituras autoritativas a su pueblo, hemos de recordar que Él es el Dios de la providencia y de la gracia, como lo es de la revelación y de la inspiración, y que Él tiene todos los hilos de la preparación tan plenamente bajo su dirección como la operación específica que técnicamente denominamos, en el sentido estricto, con el nombre de "inspiración"». ¹⁶¹

Frecuentemente se usa la analogía entre Cristo, en su doble naturaleza divina y humana, y la Biblia. En la encarnación de Cristo, la Palabra se hizo carne; en la Biblia, la Palabra se hizo escritura. Pero uno de los principales aspectos de la encarnación del verbo de Dios es precisamente el de la humillación con sus limitaciones. El Hijo realizaría su obra de revelación y redención en un plano de servidumbre. Sin embargo, conviene proceder con cautela al

¹⁶¹ISBE, III, p. 1480.

establecer el paralelo entre encarnación e «inscripturación», a fin de no racionalizar excesivamente el misterio de la Escritura. Las reservas al respecto de teólogos como B. Warfield, J. Packer y G. C. Berkouwer no son injustificadas.

Reconocida la concurrencia de ambos factores en la Escritura, el divino y el humano, hemos de admitir este último en su naturaleza real, no idealizada. Los hagiógrafos no se expresaron en lenguaje divino o angélico, sino en lenguaje de hombres, en el lenguaje propio de cada lugar, época, costumbres y demás circunstancias en que sus libros fueron escritos, con todas las limitaciones y debilidades inherentes a toda forma de lenguaje. No obstante, estas debilidades y limitaciones no menguan la riqueza de la revelación que la Escritura entraña, ni la cualidad de su inspiración divina. Que la Escritura llegue a nosotros como sierva no quiere decir que sea una sierva maniatada por la ambigüedad y la incertidumbre. Por el contrario, a pesar de su humana condición, no deja de ser el instrumento escogido para hacer llegar a nosotros con toda autoridad la palabra de Dios. La sierva es humilde, sí; pero cumple cabalmente el servicio que le ha sido asignado por su Señor.

La humanidad de la Biblia plantea problemas de interpretación, pero no de credibilidad. A lo largo de sus páginas, se suceden las más duras denuncias contra los falsos profetas. Toda invención o toda tergiversación del mensaje divino es condenada enérgicamente (Dt. 13:1-5; 18:20; Jer. 14:15; 28:5-17; Zac. 10:2,3; 13:3; Mt. 7:22,23; Gá. 1:6-9; 2 Pe. 2:1-3; Ap. 22:18,19). Podemos, pues, tener la seguridad de que los escritores sagrados fueron fieles transmisores del mensaje divino. Las dificultades exegéticas con que a menudo tropezamos en los textos bíblicos no afectan ni a la integridad moral de los escritores ni a la fidedignidad de sus escritos.

Cristo y la Escritura

Para el cristiano, la opinión de Cristo sobre cualquier cuestión es, lógicamente, decisiva. Y es

evidente que la autoridad de la Escritura, derivada de su inspiración divina, fue reiteradamente reconocida por Jesús.

Con respecto al Antiguo Testamento, Jesús pone su sello de aprobación sobre todas sus partes al reconocer su normatividad, con vigencia en su propia vida y en sus enseñanzas. Con el «Escrito está» rechaza las tentaciones del diablo. Con la misma frase u otras análogas, refuta las objeciones de sus adversarios y ratifica los principios éticos que han de regir la vida humana. Asimismo hace aflorar el abundante testimonio que de Él mismo dan los libros del Antiguo Testamento. Tanto su ministerio de predicación como sus obras milagrosas los realizaba en cumplimiento de lo que estaba escrito.

Si en algún momento parece que Jesús no sigue lo preceptuado en el Antiguo Testamento (comp. Mt. 5:21,44), antes ha dejado bien sentado que el propósito de su venida al mundo no es abrogar la ley o los profetas. No ha venido para anular, sino para cumplir (Mt. 5:17-19). Las aparentes modificaciones de las enseñanzas veterotestamentarias eran más bien una elevación de las mismas a un plano superior. Jesús superaba la letra de la ley para penetrar en la interioridad viva de los pensamientos, los sentimientos y las intenciones del hombre. En algún caso (la cuestión del divorcio, por ejemplo), la discrepancia de Jesús con lo prescrito en el Antiguo Testamento no hace sino poner de relieve la firmeza de los fundamentos morales revelados desde el principio, así como las vicisitudes de la revelación en el seno de una sociedad caracterizada por la dureza de corazón. Las normas mosaicas que regulaban el divorcio (lo mismo podría decirse de las relativas a la esclavitud) no significaban que Dios lo aprobaba. Reflejan simplemente la intervención divina para mitigar en lo posible los males causados por el pecado humano, Pero el advenimiento de Jesús abre plenamente las perspectivas del Reino de Dios; y en este Reino ya no caben concesiones de desorden moral. Sus principios éticos son absolutos. Esto es lo que Jesús quería decir, y de este modo, lejos de

vulnerar la autoridad del Antiguo Testamento, la confirmaba a la par que depuraba su interpretación. Esa confirmación se apoyaba en el reconocimiento del elemento divino de la Escritura. Si para Él «la ley y los profetas» han de permanecer esencialmente inalterables «hasta que pasen el cielo y la tierra» (Mt. 5:18) es porque equipara la Escritura con la Palabra de Dios que «permanece para siempre» (Is. 40:8).

Lo incuestionable de esta postura de Jesús es reconocido aun por críticos poco conservadores. Según indicación de Kenneth Kantzer, el profesor H. J. Cadbury, de la universidad de Harvard, declaró en cierta ocasión que estaba mucho más seguro de que Jesús compartía la idea judía de una Biblia infalible que de la creencia de Jesús en su propia mesianidad; Adolf Harnack, el más destacado historiador de la Iglesia en tiempos modernos, insiste en que Cristo, con sus apóstoles, con los judíos y con toda la Iglesia primitiva, expresa su completa adhesión a la autoridad infalible de la Biblia; y Bultmann reconoce que Jesús aceptó enteramente el punto de vista de su tiempo respecto a la plena inspiración y autoridad de la Escritura.¹⁶² Más recientemente Peter Stuhlmacher ha escrito: «La enseñanza de la inspiración de la Escritura no es aportada a la Biblia por la Iglesia en tiempos posteriores, sino que se halla en la Biblia misma y en su correspondiente visión».¹⁶³

No faltan quienes objetan que Jesús, en sus declaraciones relativas a la Escritura, como en otras cuestiones, se adaptaba a las ideas de su tiempo, aunque éstas no se ajustaran a la realidad ni a lo que Él pensaba íntimamente. pero esta hipótesis, como asevera León Morris «no puede mantenerse tras un examen serio. No explica por qué Jesús apeló a la Biblia cuando fue personalmente tentado. No explica por qué citó la Escritura cuando moría en la cruz. En aquellos momentos su empleo de las palabras familiares de la Biblia sólo podía deberse a que

¹⁶²Ref. de John W. Montgomery en *The Suicide of Christian Theology*, Bethany Fellowship, 1975, p. 372.

¹⁶³*Vom Verstehen des Neuen Testaments, eine Hermeneutik*, Vanderhoeck & Ruprecht. Göttingen, 1979, p. 47.

significaban mucho para Él, y no para causar una impresión favorable en los presentes. Se da el caso, además, de que Jesús no se distinguió nunca por adaptarse a creencias con las cuales no estaba de acuerdo. Sus ataques contra los fariseos lo demuestran. Asimismo, Jesús repudiaba las ideas mesiánicas nacionalistas tan populares en su tiempo. La realidad es que sería difícil hallar un solo caso claro en que Jesús se hubiera acomodado a las ideas normalmente aceptadas en cualquier esfera».¹⁶⁴

Hemos de añadir que Jesús no sólo corrobora la autoridad del Antiguo Testamento. Implícitamente sitúa en el mismo plano el testimonio apostólico, esencia de los libros del Nuevo Testamento. Era consciente de que su magisterio habría de ser completado por la acción del Espíritu Santo a través de los apóstoles (Jn. 15:12-15; 14:25,26). Ellos serían, además de sus testigos, los intérpretes de su palabra. Por eso fueron considerados desde el principio «fundamento» de la Iglesia (Ef. 2:20). Sus palabras, inspiradas por el Espíritu Santo, eran consideradas como palabra de Dios (1 Co. 2:13; 1 Ts. 2:13). Y si esto podía decirse de sus mensajes orales, no hay motivo por el que no se hubiera de reconocer el mismo hecho en sus escritos. Las razones que existieron para plasmar por escrito la revelación anterior a Cristo subsistían para fijar, también mediante escritura inspirada, el testimonio y las enseñanzas de los apóstoles y sus colaboradores. Sólo así la tradición original permanecería libre de corrupción en el correr de los siglos.

Es interesante notar que dos de los más grandes apóstoles, con toda naturalidad, colocan escritos del Nuevo Testamento en pie de igualdad con los del Antiguo. Pablo cita como texto de la Escritura palabras de Jesús registradas por Lucas (Lc. 10:7) junto a un texto de Deuteronomio (1 Ti. 5:18), mientras que Pedro –como vimos– equipara «todas» las epístolas de Pablo con «las

¹⁶⁴ *Creo en la revelación*, Caribe, 1979, p. 73.

demás Escrituras» (2 Pe. 3:16).

Al comparar el Nuevo Testamento con el Antiguo, se observa cómo ambos se complementan admirablemente en torno a su centro: Cristo. Y en ambos se percibe, a través del lenguaje humano, el hálito del Espíritu de Dios.

Ambos conceptos, aplicados a la Escritura, son ampliamente aceptados con las debidas matizaciones. Ambos se desprenden lógicamente de la inspiración de la Escritura. Sin embargo, los términos son teológicos más que bíblicos. Por este motivo, hemos de ser cautos en toda formulación dogmática respecto a estas características de la Biblia.

La etimología de «infalibilidad» nos ayuda a precisar su significado. Falibilidad se deriva del latín *fallere*, que quiere decir engañar, inducir a error, o bien ser infiel, no cumplir, traicionar.

En este sentido, puede decirse que la Biblia es infalible, que no induce a error y que no traiciona el propósito con el cual Dios la inspiró. Si así no fuese, la Escritura, como instrumento de comunicación de la revelación de Dios, carecería de valor.

La inerrancia -neologismo teológico— indica la ausencia de error en los libros de la Biblia.

Pero ¿qué amplitud debe darse a estos conceptos? La tendencia más generalizada en credos y declaraciones de fe ha sido la de aceptar la infalibilidad de la Escritura en todo lo concerniente a cuestiones de fe y conducta, mientras que la inerrancia se ha aplicado especialmente a los hechos históricos en su relación con la obra redentora.

Más allá de estas posiciones, ha habido quienes han defendido la inerrancia llevándola a extremos innecesarios, afirmando con vehemencia que en la Biblia no existe ninguna clase de error, ni siquiera los derivados de equivocaciones de los copistas, y soslayando cualquier problema que el texto pudiera plantear o sugiriendo soluciones poco convincentes.

En sentido opuesto, tampoco han faltado quienes sólo han reconocido fidedignidad a la Escritura

en lo tocante a materias doctrinales y éticas, a la par que han negado la inerrancia en lo tocante a relatos históricos. Huelga decir que ambas posturas adolecen de inconvenientes. La primera, de una falta de objetividad; la segunda, de un exceso de subjetividad.

Al hablar de infalibilidad e inerrancia, no podemos perder de vista que la finalidad de la Escritura no es proveernos de una enciclopedia a la cual recurrir en busca de información sobre cualquier tema. Ninguno de sus libros fue escrito para ser usado como texto para aprender cosmología, biología, antropología o incluso historia en un sentido científico. Lo que Agustín de Hipona dijo acerca del Espíritu Santo podría aplicarse a la Escritura; no nos ha sido dada para instruirnos acerca del sol y de la luna; el Señor quería cristianos, no matemáticos ni científicos. La revelación, y por consiguiente la Escritura, tiene por objeto dar al hombre el conocimiento que necesita de Dios, de sí mismo y de su salvación, entendida ésta en sus dimensiones individual y social, temporal y eterna.

La gran preocupación del Espíritu Santo –valga la expresión– al inspirar a los escritores sagrados no era controlar su forma de escribir a fin de no escandalizar a los científicos e historiadores de épocas posteriores, sino guiarlos en su testimonio de los grandes hechos salvíficos y en la fiel expresión de lo que se les había revelado. En cuanto al modo de escribir, sería absurdo pensar que lo hubieran hecho en lenguaje diferente del propio de su tiempo. Como subraya Ramm, «al juzgar la inerrancia de la Escritura, hemos de hacerlo de acuerdo con las costumbres, reglas y pautas de las épocas en que los varios libros fueron escritos y no según una noción un tanto abstracta o artificial de la inerrancia».¹⁶⁵

Cuando aplicamos este principio, muchos problemas que pudieran comprometer la inerrancia desaparecen. Se desvanecen, por ejemplo, las supuestas divergencias entre la Biblia y la

¹⁶⁵ *PBI*, P. 203

Ciencia. El escritor describe los fenómenos del universo según las apariencias sensoriales, sin pretender jamás impartir una enseñanza científica, y siguiendo –como se hace aún hoy popularmente– los modos de expresión comunes en su tiempo. Decir que el sol «sale» o «se pone» no es darle la razón a Ptolomeo y quitársela a Copérnico. Son frases del lenguaje común que los propios científicos usan fuera de su ámbito profesional.

Atribuir funciones psicológicas a determinados órganos o partes del cuerpo (riñones, corazón, huesos, entrañas, etc.) es frecuente en el Antiguo Testamento. Desde el punto de vista científico, esto sería un dislate. Pero los hagiógrafos se limitaban a usar las formas de expresión usuales en sus días para referirse al asiento de las emociones y de la conciencia.

Esta peculiaridad del lenguaje fenoménico –popular, no científico– debe ser tomada muy en cuenta por el exégeta. Es un servicio muy pobre el que se presta a la doctrina de la inspiración de la Escritura cuando en algunos textos del Antiguo Testamento, aislados de su contexto, se ven sensacionales declaraciones coincidentes con descubrimientos o logros posteriores de la Ciencia. Citando una vez más a Ramm, «el intérprete esmerado no tratará de hallar el automóvil en Nahum 1, el avión en Isaías 60, la teoría atómica en Hebreos 11:3 o la energía atómica en 2 Pedro 3. Todos esos esfuerzos por extraer de la Escritura teorías científicas modernas hacen más daño que bien».¹⁶⁶

Asimismo conviene tomar en consideración que el concepto antiguo de narración histórica no correspondía al de nuestro tiempo ni implicaba el mismo rigor científico. Ello nos ayuda a entender la presencia en el texto bíblico de algunas posibles «inexactitudes» de poca monta que en modo alguno comprometen la veracidad esencial del relato y menos aún el valor de su enseñanza. No podemos olvidar que los hagiógrafos, cuando escribían historia, no lo hacían

¹⁶⁶ *Op. cit.* p. 212.

como simples cronistas, sino con una finalidad eminentemente didáctica. Sus escritos son, más que un tratado de historia, una teología de la historia. Es de destacar, sin embargo, que la libertad con que los escritores de la Biblia –especialmente del Antiguo Testamento– trataban los hechos históricos se mantenía dentro de los límites de la veracidad básica, como lo han demostrado repetidamente los descubrimientos arqueológicos.

Tampoco los textos que pudiéramos considerar documentales, como las genealogías, revisten la exactitud que cabría esperar de un documento notarial o de una certificación del registro civil en nuestros días. La lista genealógica de Mateo 1 contiene «errores» si como tales interpretamos la omisión de algunos nombres. Pero la estructura de la mencionada genealogía, dividida en tres grupos de catorce generaciones cada uno (Mt. 1:17), evidencia un propósito que no era precisamente el de reproducir meticulosamente una línea genealógica completa.

Un ejemplo más, entre otros que podríamos citar. Marcos empieza su evangelio (Mr. 1:2) con una doble cita. La primera es tomada del libro de Malaquías; la segunda, de Isaías. Pero Marcos atribuye ambas a Isaías. Aquí el «error» parece clarísimo; pero se desvanece si tenemos presente la práctica normal entre los judíos de citar textos de varios profetas bajo el nombre del principal de ellos.

Por supuesto, no todos los problemas relativos a la inerrancia de la Escritura son tan fáciles de resolver. Algunos siguen esperando soluciones realmente satisfactorias. Pero las dificultades que subsisten en torno a determinados textos no afectan a la fidedignidad de que se ha hecho acreedora la Escritura en su conjunto. No son suficientes, ni en número ni en naturaleza, para devaluar la veracidad de la Biblia hasta el punto de reducirla a una colección de escritos humanos plagados de errores, mitos, leyendas y contradicciones.

Lo permanente y lo temporal de la Escritura

Una cuestión importante al interpretar la Biblia es la determinación de aquello que tiene un carácter invariable y general y lo que sólo fue transitorio o particular. Atribuir a todos los textos indiscriminadamente una vigencia perenne nos llevaría a grandes errores, a veces graves por sus derivaciones ético-sociales e incluso espirituales.

Puede servirnos de ilustración lo proscrito en el Antiguo Testamento sobre la esclavitud. En su día, la legislación mosaica podía considerarse de las más avanzadas, pues no sólo suavizaba aquella lacra social, sino que tendía a eliminarla. Pero pretender una prolongación indefinida de aquella normativa sería una aberración, ya que las disposiciones legales del Pentateuco respondían a la necesidad de una situación en una época concreta de la historia, no a la voluntad de Dios. Modificada aquella situación, podían variarse las leyes y suprimir la esclavitud, de acuerdo con los principios morales de la revelación, los cuales ensalzan la dignidad de todo ser humano como portador de la imagen de Dios. Tristemente, la falta de discernimiento entre lo temporal y lo permanente llevó a algunos cristianos a defender la esclavitud hasta el siglo XIX apoyándose en la Biblia.

Algo análogo acontece aún hoy en lo concerniente a la discriminación racial. No faltan quienes opinan que los negros están condenados a un estado de inferioridad y servidumbre perpetuas, basándose en una interpretación tan forzada como inhumana de la maldición recaída sobre Cam, hijo de Noé (Gn. 9:22-25).

En todo cuanto se refiere a materia legislativa, debe tenerse en cuenta que las normas dadas a Israel en el Pentateuco estaban enmarcadas en un tipo concreto de sociedad civil, condicionada en parte por los usos y costumbres de los pueblos vecinos. Sólo así aquilataremos adecuadamente la elevación moral y los acendrados principios de justicia que informaron las leyes civiles israelitas –muy superiores a los códigos de otros pueblos de aquella época– relativas a la propiedad, los préstamos, las relaciones sexuales y el matrimonio, el trabajo, la

opresión, el hurto, la administración de justicia, la violencia, el infanticidio (asociado a prácticas idolátricas), la esclavitud, la higiene, etc. Pero sería absurdo pensar que todas aquellas leyes han de seguir vigentes hoy en la sociedad de nuestro mundo occidental. John Bright se pregunta: «¿Cómo podríamos obedecerlas? En casos de supuesto adulterio, ¿exigiríamos a una mujer que demostrase su inocencia ingiriendo una pócima malsana, como se preceptúa en Nm. 5:11-31? ¿Habríamos de establecer ciudades de refugio para que los homicidas involuntarios pudieran hallar asilo en ellas, como se ordena en Nm. 35, Dt. 19:1-13, etc.? Hacer la pregunta ya es contestarla. ¡Evidentemente no! Esas leyes corresponden a una sociedad antigua completamente distinta de la nuestra; aceptarlas y tratar de aplicarlas en nuestra sociedad compleja sería totalmente ridículo».¹⁶⁷

Aun el lector superficial de la Biblia advierte que prácticamente todo el ritual prescrito en el Pentateuco y ratificado en otros libros del Antiguo Testamento había de ser abolido. Sus elementos (tabernáculo, sacerdocio y sacrificios) tenían un carácter simbólico. Prefiguraban la persona y la obra de Cristo. Lógicamente, al llegar la realidad prefigurada por aquellos símbolos, no había razón para su permanencia, como enfáticamente asevera el autor de la carta a los Hebreos (véase especialmente He. 8:3-7,13; 10:1-9). Pero los símbolos son testimonio expresivo de las verdades perennes de la santidad de Dios, la pecaminosidad del hombre, la expiación del pecado por el sacrificio para la reconciliación y la comunión con Dios y la rectitud de vida para mantener esa comunión.

En el Nuevo Testamento también hallamos textos a los que no puede atribuirse un carácter general. Hagamos uso de un ejemplo. La orden dada por Jesús al joven rico (Mr. 10:17-22), extendida a todos los seguidores de Cristo y literalmente cumplida, acarrearía a la Iglesia

¹⁶⁷ *The Authority of the Old Testament*, SCM, 1967, p. 55.

grandes dificultades y resolvería muy pocos problemas, aunque, por supuesto, la esencia de aquel mandato de Jesús, es decir, la necesidad de renunciar a cuanto pueda impedirnos seguirle, sí tiene un alcance general y permanente.

Otro ejemplo nos lo ofrece el decreto apostólico de Hechos 15. En él se impone, junto a la prohibición de la fornicación –de carácter perenne– a abstención de comer sangre o animales no degollados y carne sacrificada a los ídolos, lo que escandalizaba a los judíos. Se comprende que esto se incluyera en unas normas cuyo objeto era salvar a la Iglesia cristiana de la escisión en los días apostólicos. Pero sería caer en un literalismo desmesurado aplicar lo decidido en el concilio de Jerusalén para seguir manteniendo la prohibición de comer sangre cuando el problema que originó tal medida había dejado de existir. Sin embargo, detrás de lo temporal, en el decreto de aquel primer concilio cristiano descubrimos el principio del amor, que implica comprensión, tolerancia, abnegación, y que debe regir la vida de la Iglesia en todos los tiempos. Cómo distinguir lo permanente de lo temporal es cuestión que sólo puede decidirse aplicando las normas hermenéuticas. Pero en líneas generales ya podemos adelantar que ha de considerarse permanente cuanto tiene apoyo en la Biblia por encima de circunstancias cambiantes, y temporal aquello que más que a los principios básicos de la Escritura, responde y corresponde a situaciones concretas, particulares y pasajeras, dadas en un lugar y en un tiempo determinados.

En el deslinde de estos dos elementos –lo perenne y lo transitorio– es, por supuesto, necesario extremar la precaución para no ceder a la influencia del relativismo y al enfoque existencialista con que a menudo se pretende hoy interpretar los textos bíblicos. Lo que en la Biblia aparece con toda claridad como verdad o como norma perdurable no debe nunca ser anulado, desdibujado o debilitado bajo la presión de prejuicios contemporáneos. Las voces de los tiempos jamás deben desfigurar la Palabra eterna de Dios.

Lo esencial y lo secundario

Como hemos visto, tenemos razones para creer que «toda Escritura es inspirada divinamente» y que, por consiguiente, toda Escritura es «útil». Pero esto no significa que todos sus textos sean igualmente importantes. El pacto de Abraham con Abimelec, por ejemplo, no puede compararse en trascendencia con el pacto de Dios con Abraham. El rescate de Lot no tiene la misma magnitud que la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto. Las leyes ceremoniales del Pentateuco no alcanzan la altura incomparable del decálogo, como el salmo 150 no puede parangonarse con el 23, el 51 o el 103. No tiene la misma riqueza de significado la lista de los valientes de David que la de los doce apóstoles, ni puede equipararse en significación la muerte de Jacob con la muerte y resurrección de Jesús. Lo que Pablo enseña sobre las ofrendas en sus cartas a los corintios es bello y provechoso, pero no reviste la importancia del monumental capítulo 15 de la primera de esas cartas. Los saludos del capítulo 16 de la epístola a los Romanos llenan una página rebotante de delicadeza cristiana, pero carecen de la riqueza doctrinal y práctica de los capítulos precedentes. La *parusía* de Cristo, la resurrección, el juicio, los cielos nuevos y la tierra nueva son de más entidad que los detalles escatológicos. Por eso podemos hablar de lo esencial y lo secundario, de lo central y lo periférico en la Escritura.

No sólo podemos, sino que debemos tomar en consideración los diferentes grados de importancia de los textos bíblicos, destacando lo esencial como básico para una visión global adecuada de la Escritura y para su correcta interpretación. A ningún pasaje se le puede atribuir un significado contrario al contenido fundamental de la Biblia. Puede haber un margen de libertad –lo que no quiere decir arbitrariedad– en la interpretación de textos relativos a puntos periféricos de la revelación. Pero el núcleo esencial de la Escritura, por su claridad, por su solidez, por ser el fundamento de nuestra fe, debe ser expuesto y mantenido con el relieve y la

integridad que le corresponden.

Ese núcleo de la Escritura es el que aparece a lo largo de toda la historia de la salvación. En él hallamos unas constantes que surgen ya en los primeros capítulos del Génesis y se prolongan hasta el Apocalipsis: la soberanía del Dios creador en la grandiosidad de sus atributos, el hombre creado a imagen de Dios, la ruina acarreada al hombre y su entorno a causa de la caída en el pecado, la providencia amorosa de Dios a pesar de la rebeldía humana, la acción reveladora y redentora de Dios que tiene su cima en Jesucristo –con quien irrumpe el Reino de Dios en el mundo–, la expiación del pecado mediante el sacrificio de la cruz, el progreso de la historia hacia la victoria final de Cristo sobre todas las fuerzas demoníacas que dominan a la humanidad, la consumación del Reino y de una nueva creación.

Hemos de insistir en que la superior entidad de estos puntos de la revelación no merman el valor que tienen los restantes. Menos podemos pensar que sólo lo esencial es inspirado y que carece de inspiración lo secundario. Esto fácilmente nos conduciría a la teoría del «canon dentro del canon», tan distante del concepto que Cristo y los apóstoles tenían de la totalidad de la Escritura. No podemos acercarnos a la Biblia en busca de un núcleo de verdad divina como quien busca grano entre la paja con la idea de que el grano debe ser retenido mientras que la paja puede ser excluida e incluso quemada. Como vimos, la Escritura es un organismo vivo, ninguna parte del cual puede ser mutilada. Y así como en el cuerpo hay unos órganos más importantes que otros y unas partes más indispensables que otras, pero todos desempeñan una función útil, del mismo modo todas las porciones de la Escritura responden al propósito divino que determinó su inspiración. A través de todas y cada una de ellas llega a nosotros la Palabra de Dios, ante la cual sólo cabe una actitud de reverencia y sumisión.

Puntos claros y puntos oscuros

Paralelamente a lo dicho sobre lo esencial y lo secundario en la Escritura, podemos referirnos al hecho innegable de que no todas las partes de la Biblia presentan idéntica diafanidad. Tanto los eventos más sobresalientes en la historia de la salvación como las verdades básicas relativas a Dios y a su obra redentora aparecen en la revelación con claridad, aunque no con simplicidad y a pesar de que exijan –como vimos en el capítulo anterior– una exégesis esmerada de los textos.

En el estudio de la Escritura llegamos a ver con transparencia los atributos de Dios que presiden las obras de Dios, así como los principios morales y religiosos que deben regir la conducta humana. Resulta claro el significado de la muerte de Cristo y la salvación del pecador por la gracia de Dios en virtud de la obra expiatoria consumada en el Calvario y mediante la fe. Claro es asimismo lo que concierne a la naturaleza y misión de la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, o lo relativo a la segunda venida de Cristo en majestad gloriosa. Podríamos citar otros puntos importantes igualmente caracterizados por la perspicuidad con que aparecen ante nosotros. El material bíblico sobre el que descansan es tan abundante e iluminador que, a pesar de las dificultades naturales para comprender algunos de ellos, resultan realmente diáfanos. Cualquier oscuridad procederá no del testimonio de la Escritura, sino de prejuicios filosóficos.

Pero no puede decirse lo mismo de todo el contenido de la Biblia. El principio de Dt. 29:29 («*Las cosas secretas pertenecen a Yahveh nuestro Dios, mas las reveladas son para nosotros*») no zanja de modo simplista todos los problemas epistemológicos. No sitúa automáticamente todas las cuestiones relativas a conocimiento en dos zonas: la secreta, reservada exclusivamente a Dios, y la de la revelación, en la que todo se nos muestra con claridad radiante. En esta segunda zona hay puntos menos iluminados que otros; están envueltos en la penumbra y en ella permanecerán. Mencionamos unos pocos ejemplos en forma de preguntas: ¿Cómo se produjo la caída de Satanás y sus huestes? ¿En qué consistió el «descenso de Cristo a los infiernos»?

¿Existe una distinción esencial entre alma y espíritu? ¿Cómo armonizar las limitaciones de la encarnación de Cristo con la conservación de sus atributos divinos? ¿Es posible ordenar la escatología en sus detalles de modo que podamos llegar a determinar minuciosamente todos los hechos relacionados con la parusía del Señor?

Obsérvese que ninguno de los puntos más o menos oscuros de la revelación bíblica es fundamental. Y aunque el estudiante de la Biblia hará bien en esforzarse por tener la mayor luz posible sobre todos los textos difíciles, obrará mejor si a lo largo de su investigación y aun al final de ella mantiene una sana reserva en cuanto a sus conclusiones, una reserva emparejada con el respeto a las opiniones diferentes de otros cristianos igualmente amantes de la Palabra de Dios. Un reconocimiento sincero de la realidad respecto a los problemas planteados en las regiones sombrías de la revelación libraría a la Iglesia cristiana de controversias tan acaloradas como estériles, en las que suele primar el prejuicio teológico por encima de una exégesis objetiva e imparcial. La teología tiene un lugar en la interpretación bíblica, pero –como veremos más adelante– un abuso en la sistematización teológica puede bloquear fatalmente el camino hermenéutico. El exégeta no tiene por qué divorciarse del teólogo, pero tampoco debe hacerse su esclavo. Donde halle claridad, dará gracias a Dios por la luz. Pero cuando llegue a lugares oscuros, se guardará de encender su propia linterna a fin de iluminar lo que Dios, en su soberanía sabia, decidió dejar en la nebulosidad.

Aun el más erudito en cuestiones bíblicas reconocerá que la Escritura no nos ha sido dada para tratarla como si fuese un gigantesco crucigrama en el que aun los detalles más insignificantes encajarán perfectamente en una solución a la medida de nuestra curiosidad. Es cierto, del todo cierto, que el conjunto de la Escritura muestra en la interrelación de todas sus partes una coherencia, una unidad y una fuerza comunicativa del mensaje de Dios realmente maravillosas. Pero no es menos cierto que respecto a determinadas cuestiones secundarias presenta algunos

cabos sin atar. A este hecho no siempre se conforma el teólogo, tan dado a ligarlo todo sólidamente en su afán sistematizador. El intérprete de la Biblia ha de recordar a menudo, y con humildad, que sólo «*en parte conocemos y en parte profetizamos*» (1 Co. 13:9).

La vastedad del tema de la Escritura nos impide entrar en otras consideraciones acerca del mismo; pero lo expuesto puede ayudarnos a entender la especial naturaleza de la Biblia, requisito preliminar e indispensable para su interpretación.

LA BIBLIA HABLA DE SÍ MISMA¹⁶⁸

¹⁶⁸«*La Biblia habla de sí misma*» es el capítulo 13 del libro «*Por qué creo en la Biblia*», de Américo A. Tonda. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. Terología # 1. Págs. 189-191.

¿Qué afirman de sí las Escrituras? Pues... que son sagradas, libros de Dios y no de los hombres. Abrámoslas y al pronto nos encontramos con que los profetas, al lanzar sus oráculos, amonestan y gritan: *Esto dice el Señor..., Palabra de Yahveh...* Más de una vez Dios impone a los hagiógrafos la obligación de fijar en un libro tales o cuales cosas. Así en el Éxodo 17:14, Yahveh se manifiesta a Moisés y le ordena: "*Escribe esto para memoria en un libro*"; y en 34:27: "*Escribe tú estas palabras, porque conforme a estas palabras he hecho la alianza contigo y con Israel*". Lo mismo en Isaías 8:1: "*Y díjome Yahveh: Tómate un gran volumen, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y asíéntala en un libro, para que quede hasta el postrer día, para siempre, por todos los siglos*". Isaías a todo el libro lo califica de libro del Señor (34:16. Cfr. Ex. 24:2-3). Ordenes por el estilo nos las deparan los libros de Habacuc 2:2; Daniel 8:26 y 12:4; Ezequiel 24:2. El rey David canta en 2 Samuel 23:2: "*El Espíritu del Señor habló por mi intermedio, y su palabra ha sido en mi lengua*". Aun más, Jeremías nos cuenta pausadamente el origen divino de su libro profético. Yahveh le prescribe: "*Tómate un rollo de libro, y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel y contra Judá y contra todas las gentes, desde el día en que comencé a hablarte*". Es digno de leerse al respecto todo el capítulo 36.

Nada extraño entonces que el pueblo judío adjudicase a las Escrituras una autoridad divina. Jesús, dialogando con ellos, supone esta misma convicción de la cual Él participa plenamente. Con el término "la Escritura", "está escrito" y otros semejantes y equivalentes, el Rabí de Galilea distingue a la Biblia de cualquier otro libro (Mateo 4:4-10; Juan 7:38; 17:12). Por lo mismo arguye con los textos escriturísticos como si fuesen fuente de verdad indiscutible (Mateo 22:31; Juan 5:39; 10:35), hasta reconocerles la autoridad más rotunda (Mateo 5:18; Lucas 24:27,44). Particularmente, refiriéndose a David, admite su inspiración divina: "*¿Cómo pues David en espíritu lo llama Señor*", al Mesías? (Mateo 22:43).

Este comportamiento se repite en los apóstoles. Ellos también invocando "la Escritura" entienden separarla de todo libro profano, escrito por los hombres (Juan 19:24,28, 36-37), en ella cimientan sus argumentos (Gálatas 3:16; Hebreos 12:26; Hechos 2:30-36; 8:35; 15:15; 1 Corintios 14:21), concediéndole suprema autoridad (Hechos 1:16; 2 Pedro 1:10) sobre la base de que por aquellas páginas sopla el Espíritu de Dios que inspiró a los hagiógrafos (Mateo 1:22; 2:15; Hechos 1:16; 28:25; Romanos 1:2; Hebreos 1:1; 4:4). Para ellos, el Espíritu Santo habla en las Escrituras (Hechos 3:7; 9:8; 10:15; 12:5; 13:5). Todavía más, si cabe: en Gálatas 3:8; la expresión: *Dice la Escritura* equivale sin más a: *Dios dice*.

Concluimos, pues, que, en concepto de los judíos, del mismo Jesús y de sus discípulos, las Escrituras, como dictadas por el Espíritu Santo, tienen a Dios por autor. Convencimiento que, en opinión unánime de todos ellos, brota obviamente de la misma lectura de aquellos rollos sagrados, transmitidos de generación en generación, desde los tiempos más remotos.

Con más detenimiento se explaya San Pablo en su segunda carta a Timoteo sobre la profunda persuasión de los judíos y cristianos en punto a la inspiración divina de los libros veterotestamentarios. Así habla el apóstol a su discípulo: "*Desde tu niñez aprendiste las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada divinamente, y útil para enseñar y redargüir, para instruir en justicia*" (2 Ti. 3:15-16).

No puede exigirse confesión más categórica. Con ella coincide San Pedro, cuando escribe: "*la profecía no fue traída en tiempos pasados por voluntad humana, sino que estos santos hombres de Dios hablaron **siendo inspirados por el Espíritu Santo***" (2 Pe. 1:19-21).

Esto por lo que toca al Antiguo Testamento. Las cosas se ponen más oscuras por lo que atañe

al Nuevo, pues no poseemos un testimonio expreso de su inspiración divina, al menos total. Se nos insinúa, empero, por medio del Príncipe de los Apóstoles cuando nos pone de sobre aviso respecto de cierta dificultad con que se tropieza en la lectura de las epístolas de San Pablo, de donde proviene –anota– que algunos indoctos las interpretan malamente, *como las demás Escrituras* (del Antiguo Testamento) (2 Pedro 3:15-16). El propio San Pablo (1 Timoteo 5:18) pone en el mismo pie dos citas, una del Antiguo Testamento (Deuteronomio 25:4; 1 Crónicas 9:9) y otra del Nuevo (Lucas 10:7), otorgándoles a ambas el honroso título de *Escritura*, equiparando a Moisés y al Evangelista. También Juan diríase que coloca el Apocalipsis junto a los demás libros proféticos, atribuyéndole, por ende, el mismo carácter divino (1:3; 22:18. Ver también 1:10,11,19; 19:9,10).

Lo segundo que nos afirman las Escrituras es que Dios hablando en ellas con los hombres, quiere imperativamente ser escuchado por éstos. Les impone la obligatoriedad de creerle y obedecerle. La palabra divina no es sólo digna de ser oída (juicio de *credibilidad*), sino que también merece y debe ser acatada y tomada por norma de vida (juicio de *credendidad*), Yahveh en el Antiguo Testamento se dirigió a su pueblo exigiendo audiencia y sumisión, como a Padre y Señor. Cristo, en el Nuevo, no cambia de tono, como que prescribe que se preste atención a sus mensajeros, a los heraldos de la Buena Noticia, a sus apóstoles bajo pena de eterna condenación. Y al respecto basta y sobra lo dicho, pues las cosas están demasiado claras en los Evangelios. Jesús asegura a Nicodemo: "*Quien cree en el Hijo no es condenado; pero el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios*" (Juan 3:18). Aun más dura suena aquella otra sentencia del Señor en Marcos 16:16: "*El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará*". ¿Para qué seguir citando?

24

Capítulo 5

LA COMPOSICIÓN DE LAS ESCRITURAS¹⁶⁹

Dado que en las Sagradas Escrituras tenemos ante nosotros la Palabra de Dios bajo formas

¹⁶⁹«La composición de las Escrituras» es el capítulo 4 del libro *“Por qué creo en la Biblia”*, de Américo A. Tonda. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario. Teología # 1. Págs. 63-69.

humanas, esta Escritura posee, al igual que la Palabra Personal de Dios encarnada en Jesucristo, un lado divino y otro humano. El rostro de la Biblia vuelto directamente hacia nosotros, los hombres, es humano. Quien lee la Biblia sólo por revelación puede saber que lee un libro divino. El que nunca ha oído hablar de las Sagradas Escrituras, al tropezar con este libro, apenas puede pensar sino que tiene ante sí un libro humano al igual que otro cualquiera. Las páginas bíblicas se presentan como escritos redactados en un determinado ámbito cultural, por unos hombres determinados y en una lengua determinada. Más aún: la Biblia como obra antiquísima, redactada a través de siglos, ostenta una historia y aun una prehistoria literaria de difícil elucidación. Los libros sagrados no cayeron del cielo como una centella, ni los compuso una generación, ni fueron obra de unos cuantos autores geniales. Por el contrario, son el testimonio de una larga y riquísima experiencia religiosa, se fueron formando a través de los siglos, porque Dios se reveló a su Pueblo en cada instante de su acaecer histórico.

El archivo de la memoria

Ya hemos declarado que los profetas más que escribir, hablaban. Esto mismo se aplica a todos los pueblos primitivos. Es verdad que la escritura era conocida desde milenios. Y merece destacarse este hecho, porque los restos materiales de la vida, aun siendo numerosos y variados, no valen para reconstruir el pasado; es el verbo humano lo que nos permite resucitar el pasado, cuyo contenido fundamental es el pensamiento, la voluntad y la acción del hombre. En concreto, las culturas del antiguo Oriente Próximo desde muy temprano conocieron el arte de fijar por escrito sus ideas, y escribieron mucho.

En el Sumer se escribe desde finales del cuarto milenio o, mejor dicho, se graba sobre cuñas de barro que luego se secan al sol o se cuecen en hornos. Tanto en Egipto como en Mesopotamia escritura se apoya en el mismo principio de la *representación por imagen*, por donde esta

escritura es llamada pictográfica o ideográfica. Pero pronto se pasó a expresar con los ideogramas no solamente los conceptos, sino también el mero valor *fonético* del concepto representado. De este modo varios signos venían a expresar las sílabas de una palabra más larga. La originaria escritura ideográfica se convirtió así en silábica. Pero esto hizo también que tanto la escritura jeroglífica egipcia como la cuneiforme acádica se fueran complicando cada vez más, de suerte que sólo algunos especialistas la dominaban. En consecuencia, los "escribas" constituían en estos países una clase muy exclusiva y consciente de su propio valor. Si se quería simplificar el sistema, había que pasar de la escritura silábica a la alfabética.

Es indudable que debemos a los fenicios esta invención. Es muy posible que hayamos de buscar en Biblos su origen concreto, posiblemente entre el año 1500 y el 1000. Las más antiguas inscripciones en que aparece un alfabeto completamente desarrollado proceden del siglo -X. Son inscripciones de la necrópolis de Biblos. Un alfabeto de veintidós consonantes, sin vocales, con un orden que aparece ya fijo: el mismo que conocemos por el alfabeto hebreo. Por lo demás, conocemos también diversos testimonios de una escritura alfabética entre el 1800 el 1200 a.C., pero no podemos asegurar si han de considerarse como precedentes de la escritura fenicia o si son tentativas totalmente independientes.

La invención de la escritura alfabética, que facilita la expresión del pensamiento, figura entre las mayores conquistas de la mente humana, por muy natural que hoy nos parezca. ¿Y a quién no le sorprende que esta invención tuviera lugar, no en las grandes culturas de Egipto o Mesopotamia, sino en un país neutral y pequeño, en el suelo sirio-palestino, es decir, en la misma región en que después nacerían los primeros escritos sagrados? Parece como si Dios hubiera estado esperando que se descubriera el alfabeto para utilizarlo en la plasmación escrita de su Palabra.

Sobre la base de esta breve recapitulación, cabe afirmar que el pueblo hebreo y, singularmente, Moisés, el gran conductor y hombre culto, educado en la corte del faraón, estuvo en condiciones de echar mano de la escritura. De hecho, la Biblia nos informa de que Yahveh dijo al caudillo: "***Escribe esto para recuerdo en el libro y ponlo en los oídos de Josué***" (Ex. 17:14).

Con todo, no olvidemos que la escritura silábica, y más todavía la ideográfica, comportaban grandes dificultades. El leer y escribir era un arte que sólo dominaban unos pocos escribas, y que esta profesión constituía una clase privilegiada, ya que, incluso los reyes y los grandes, dependían de la habilidad y probidad de los letrados para la confección y lectura de los documentos oficiales. Difícil será poner seriamente en duda que, entre el grupo de personas acaudilladas por Moisés, hubo escribas o expertos en la escritura. E indudablemente el primero de ellos era el mismo Moisés, el cual había recibido formación literaria durante la época de su educación en la corte del faraón. Los signos arcaicos grabados en las paredes rocosas del Sinaí hacia el siglo -XVI, probablemente por hebreos semitas empleados en las minas egipcias, y que figuran entre los vestigios más antiguos que se conocen de una escritura alfabética, hacen totalmente plausible el hecho de la actividad literaria de Moisés. Que éste, dueño de un cincel o de un junco, contara también con el alfabeto, estamos lejos de poderlo probar.

Pero Dios agrega: "*y ponlo en los oídos de Josué*". Es decir, échalo en el torrente de la tradición de Israel. Los pueblos primitivos atesoraban su historia en las tradiciones. En Israel se dio la misma situación que vemos repetirse en la historia intelectual de muchos pueblos: las tradiciones antiguas, a menudo muy dispersas, son recopiladas mediante un vigoroso trabajo de composición y se transforman en literatura. Las tradiciones de Israel, como Pueblo de Dios, nos legarán una historia sagrada. La vida hebrea ofrece el espectáculo de un pueblo que progresivamente se alza a la dignidad de la civilización escrita. En la vida nómada no era la escritura más

que un medio secundario al servicio de la memoria, empleado ocasionalmente para las necesidades de la vida práctica (determinadas normas jurídicas, contratos, alianzas, formularios religiosos, análogos a los encontrados por millares en Babilonia).

Aquellos antepasados nuestros hacían gala de una portentosa retentiva. Sólo con dificultad podemos evaluar la importancia que tuvo en los pueblos primitivos la memoria. La desmesurada producción gráfica actual ha casi atrofiado esta facultad de nuestra vida social, en tal modo que nos parece inverosímil el extensísimo y metódico empleo que de ella hacían los antiguos. El archivo ordinario de los conocimientos era la memoria, no la escritura; se prefería el pensamiento viviente a su momia embalsamada. De muchos pasajes de las cartas de la cancillería faraónica en Tell-El-Amarna, en el siglo XIV, es posible argumentar que se desconfiaba a menudo del pensamiento escrito tanto en ocasiones juntamente con la carta se enviaba un mensajero para que, para mayor seguridad, repitiera de "memoria" lo escrito.

La confrontación y colacionamiento de las tradiciones

En este contexto histórico, la Biblia se formó tras un largo proceso de gestación y decantación, como el testimonio de una fe que reflexiona y madura. Hemos de imaginarla surgiendo, en primer término, de las habituales reuniones de los jeques, el clan, en las que se va narrando el origen y las vicisitudes, las tradiciones étnicas y religiosas de su ancestro. El acervo histórico se vehicula a través de la palabra cálida de los patriarcas, se consolida y acumula dentro del clan, sin que haya razón alguna para dudar de su exactitud general, siempre que no se exija de él más de lo que puede dar. La existencia de tradiciones de la época premosaica, es decir, de la época patriarcal, es indiscutible. El carácter popular generalmente asignado a los relatos patriarcales

del Génesis responde a esta situación.

De este modo, pues, los hebreos enriquecieron progresivamente sus tradiciones sagradas. Asentado Israel en el país de Canaán, en la época final de los Jueces sobre todo, se realizó un trabajo teológico de suma importancia. No se piense que estas tradiciones, provenientes de ambientes muy distintos y adheridos a los acontecimientos más diversos, se hayan reunido espontáneamente en un cuadro de conjunto tan bien trabado. Para esto fueron necesarias frecuentes y atrevidas combinaciones de tradiciones, que originariamente no poseían ningún punto de contacto, y debieron superarse complicadas interferencias entre sus materiales. La fuerza impulsora de esta obra gigantesca fue la convicción de que todas estas tradiciones, por muy grande que fuese la distancia y la autonomía que en otro tiempo las había separado, trataban de Israel y, por lo tanto, eran propiedad suya, pues esta imagen histórica, fruto de una inteligencia extraordinaria, tenía ante la vista la totalidad de Israel.

La posterior institución de la monarquía davídica y la creación del Estado israelita son un nuevo punto de partida. Israel alcanza la mayoría de edad nacional. La administración central en vías de organización, la cancillería estatal y la escuela de la corte vinculada a ella deben de haber dado un notable impulso a la escritura. Ha llegado el momento de hacer el balance del pasado. Israel adquiere mayor conciencia de sí mismo, de su pretérito, y principalmente de los acontecimientos que lo han convertido en Pueblo de Dios. La historiografía surge siempre y en todas partes de la vida política. Los escritores del rey ponen mano a la obra. Los secretarios de David y de Salomón, así como los sacerdotes, no están menos preocupados por consignar costumbres y prescripciones. El templo de Jerusalén, santuario del Yavismo, se convierte, como es natural, en depositario de los archivos. Para las tribus del centro y de las regiones septentrionales, había otros lugares santos que desempeñan el mismo papel. el primer período

de la monarquía aparece, muy por encima de los períodos restantes, como la época de un renacimiento intelectual y creativo que descubre dimensiones vitales enteramente nuevas. A partir de la deportación a Nínive de las tribus del norte (-722), debió de existir un período en el cual un grupo de hombres de Judá y Jerusalén coleccionaron de manera sistemática y se apropiaron de la rica herencia del reino septentrional; así también debieron llegar a Jerusalén los amplios complejos literarios de las historias de Elías y Eliseo, y otros anales y documentos provenientes de los archivos de la cancillería real del reino del norte. La tradición oral continúa desde luego su progresión, a pesar de estas redacciones, adquiriendo en muchos casos una forma estereotipada, hasta el punto de trasmitirse sin cambio substancial, en el marco de los santuarios, de las tribus y de las celebraciones domésticas. Tampoco se excluye la existencia previa de colecciones parciales. Sea lo que fuere, lo cierto es que los escribas reales emprenden un trabajo de colacionamiento que hará de ellos simultáneamente historiadores y teólogos.

Nace la historiografía

No se encuentra fácilmente otro pueblo que desde su juventud se haya ocupado tan diligentemente en la cuestión de su propio origen, de conocer las migraciones de su propia protohistoria y de atestiguar con documentos dignos de confianza la época en que se hizo sedentario. Israel, desde el momento en que entra en el mundo de la cultura, crea una historiografía auténtica. No se puede describir la aparición de la historiografía del antiguo Israel. En un momento determinado está ahí, y está ante nosotros en su configuración plena. Se plantea, de entrada, el problema de su propia existencia como pueblo, de los grandes acontecimientos políticos y los encuadra en un gran nexos causal del acontecer histórico. A los antiguos pueblos les fallaron las fuerzas para tamaña empresa. Naturalmente, en Egipto y en Mesopotamia, se llevaron diarios de la corte y anales, se destacaron listas de reyes; escribieron

crónicas de una ciudad; pero esto no es historiografía, no es interpretar la historia de un pueblo con visión unitaria. Israel posee el sentido histórico. Ha remontado lo especialísimo de su relación con Dios. Pero conocía también el mundo y el universo de otros pueblos. En lo referente a esto existe allí un eco de admiración, ya que una visión tan universal del mundo, como la que se describe, por ejemplo, en Génesis 1 o en la "tabla de los pueblos" (Génesis 10), no se encuentra en ningún pueblo antiguo. Tales aspectos no pueden darse sin una prolongada e intensa concentración mental en el tema. Estos son los dos aspectos contemplados tan intensamente por Israel: lo universal y lo particular.

Además, Israel estaba acostumbrado desde los tiempos más antiguos a ver en los sucesos especiales una actuación inmediata de Dios. Aun los acontecimientos de la vida pública y privada, que cualquier otra religión hubiera atribuido al influjo de los demonios o especiales poderes anónimos, los hombres del Antiguo Testamento los hicieron derivar de Yahveh. Esta idea de fe ponía en manos de esos hombres un poderoso principio de orden en el desarrollo inextricable del fluir histórico.

Será provechoso mantener ante los ojos desde un principio esta fundamentación religiosa del pensamiento histórico veterotestamentario, para formarse una idea clara sobre su diversidad absoluta, por ejemplo, con respecto a la historia griega. Los israelitas llegaron a tener un pensamiento histórico y luego una historiografía, partiendo de su fe en el poder de Dios sobre la historia. Para ellos la historia es algo organizado por Dios. Con sus promesas Dios encauza el movimiento. Según su voluntad le pone una meta y Él vigila. Ya estamos viendo lo siguiente: entramos en un modo de pensar histórico peculiarísimo, ya que el punto decisivo del acontecimiento no está en los escenarios terrenos: ni pueblos, ni reyes, ni héroes son auténticos protagonistas; y por ello, en último término, tampoco son el objeto de la descripción (No

conocemos el nombre del faraón del Éxodo). Y sin embargo, todos estos sucesos inmanentes se siguen con un interés que hace retener el aliento, y con una máxima participación interna, precisamente porque son el campo de la actividad divina. Tanto en Heródoto como en Tucídides, el objeto exclusivo de la historia escrita es el hombre inmanente a esa misma historia. He aquí la gran diferencia.

25

Capítulo III

LA INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA¹⁷⁰

¹⁷⁰“La Interpretación de la Biblia”, capítulo III del libro “Introducción Bíblica”, de Alice E. Luce. Ed. Vida, págs. 167-174.

El interpretar significa explicar o aclarar el sentido. Tras de la interpretación yace el proceso de indagación. Uno tiene que examinar la Biblia antes de explicarla. Pues la primera pregunta debe ser: "¿Qué dice?" y la segunda "¿Qué significa?" Muchos de los errores de interpretación han procedido de la negligencia en averiguar principalmente **lo que dice la Biblia**. Acordémonos de que es un libro escrito para toda la raza humana, para los pobres e ignorantes lo mismo que para los ricos y educados. El mensaje del amor de Dios hacia el pobre pecador no fue escrito en el lenguaje de los colegios y universidades que la gente común no pudiese comprender. Al contrario, fue escrito en lenguaje tan simple y sencillo que un niño puede comprenderlo, y se esconde de los sabios y sagaces de este mundo que no quieren humillarse para aprender de Dios. Mateo 11:25.

Notemos algunas reglas para la interpretación de la Biblia que nos ayudarán a comprender cuáles son los requisitos para explicarla bien:

1. Acepta el sentido literal de las palabras. La tendencia de hoy día es el tornar toda la historia de la Biblia en alegorías; y los modernistas lo hacen con el fin de quitar lo milagroso, porque no creen que Dios puede hacer maravillas. Hay partes de la Biblia que son alegorías, y contiene muchas parábolas y símbolos; pero la Biblia misma nos dice siempre cuándo es alegórica. Por ejemplo, en Apocalipsis 17:1-5 se ve una mujer sobre cuya cabeza está escrito: "**un misterio**", BABILONIA LA GRANDE. De eso podemos entender que el pasaje es alegórico, y que no fue una mujer literal sino un símbolo de una mujer mala que vio Juan en la visión. Pero en Lucas 16:19 Jesús dice: "**Había un hombre rico**"; de lo cual entendemos que él estaba contando una historia verídica y no una parábola.

2. Compara un pasaje con otro. Muchos errores han sido fundados sobre textos de la Biblia sin

referencia a otros pasajes que prueban que la interpretación es errónea. El Espíritu de Dios nunca se contradice; pues al establecer cualquier doctrina es preciso comparar todos los pasajes que hablan del mismo asunto, para averiguar toda la enseñanza.

3. Acuérdate del fin o propósito de las Escrituras. *"...las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra"* (2 Timoteo 3:15-17). *"Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, para que creyendo, tengáis vida en su nombre"* (Juan 20:30,31). La Biblia no es un libro científico, tampoco es un libro de historia, aunque contiene muchas verdades científicas y muchos datos históricos. Pero su fin nunca ha sido el de enseñar la historia ni la ciencia, sino enseñar al hombre cómo acercarse a Dios y andar con Él en una vida de santidad. Con este gran fin todas sus biografías, sus historias, y sus enseñanzas son coordinadas. Pues en la interpretación de cada página debemos esperar algo para acercarnos a Dios y enseñarnos más de Él.

4. Examina siempre el contexto de un pasaje. Hay palabras y frases que son usadas en distintos sentidos en la Biblia; y el sentido correcto se puede distinguir por escudriñar el contexto, o lo que precede y lo que sigue a dicho pasaje o texto. Por ejemplo, muchos han aplicado a las glorias del cielo las palabras de 1 Corintios 2:9: *"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó ni han subido en corazón de hombre, -pensamiento humano- son las que Dios ha preparado para los que le aman"*. Pero cuando se lee el verso siguiente, es evidente que no se refieren a la vida futura sino

a esta misma vida, y describen las gloriosas bendiciones espirituales que Dios ha preparado para los que reciben la plenitud de su Espíritu.

5. Acepta la Biblia como una revelación de Jesucristo. Jesús vino en forma humana para manifestarnos al Padre; pues Él se llama el Verbo o la Palabra de Dios. La Biblia es la Palabra escrita; y de modo que el cuerpo humano de Jesús manifestaba al Trino Dios, así la Biblia lo manifiesta y lo revela en todas sus partes, así en la historia y la poesía como en los Evangelios y las Epístolas. Toda interpretación que milita en contra del Espíritu o de las enseñanzas de Cristo, no puede ser correcta, porque todo el Libro lo revela a Él. Al leer y estudiar la Biblia es un buen plan buscar a Cristo en cada página.

6. No esperes siempre comprenderlo todo. De modo que Jesús, el Dios-Hombre, es inescrutable e incomparable por la mera sabiduría humana, así su Palabra es muy alta en su divina enseñanza, y la mente humana no es capaz de comprender todas sus profundidades. Dios ha prometido revelarlo todo por medio de su Espíritu al alma humilde que viene como un niño a los pies de Cristo. Pero aun al creyente bautizado con el Espíritu Santo, el conocimiento de la interpretación de la Biblia no viene en un momento. Somos tan tardos de corazón para aprender, que muchas veces aprendemos muy despacio. *"Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá"* (Isaías 28:10). Además hay misterios y cosas profundas en su Palabra que nunca podremos comprender hasta que le veamos cara a cara. *"Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros"* (Deuteronomio 29:29). *"Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido"* (1 Corintios 13:12) *"...y aún no se ha manifestado lo*

que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2).

El Señor quiere que pongamos todas nuestras fuerzas intelectuales y nuestra mayor atención en el estudio de su Palabra como el minero que cava para buscar el oro o la plata; y sin embargo no debemos desmayar si no podemos conseguirlo todo en un momento. *"Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios" (Proverbios 2:1-5).*

7. Busca a cada paso la iluminación del Espíritu Santo. No puede haber mejor ayuda en comprender un libro que el privilegio de preguntar su sentido a su autor mismo. El Espíritu Santo de Dios es el Autor de todas las Escrituras; pues si lo tenemos a Él con nosotros siempre, podemos pedir su ayuda en la interpretación, y preguntarle a cada paso cuáles son las verdades especiales que quiere grabar en nuestra memoria. El que estudia la Biblia sin la iluminación del Espíritu de Dios está comiendo la cáscara de la sandía y tirando la fruta; está poniendo una lámpara en la mesa sin llenarla de aceite; está sacando su automóvil a la calle sin gasolina. El Espíritu se revela tan sólo al alma obediente que tiene la determinación de poner en práctica todo lo que aprende. Usemos siempre estas dos oraciones cuando acudamos a la Biblia: "Abre mis ojos, y miraré a las maravillas de tu Ley," y "¿Qué dice mi Señor a su siervo?" Entonces, ***"Haced todo lo que os dijere"***. Salmo 119:18; Josué 5:14; Juan 2:5.

El testimonio que la Biblia da de sí misma

Antes de dejar nuestro estudio de la interpretación bíblica, será bueno anotar algo acerca de la manera en que la Biblia misma da testimonio de su origen divino. Te recomiendo, querido lector, que aprendas de memoria con exactitud estos pasajes siguientes, porque tendrás que usarlos muchas veces en tu ministerio, y te serán como una columna fuerte en la defensa de tu fe en la Biblia: Hebreos 1:1,2; 2:3,4; 2 Timoteo 3:16,17; 2 Pedro 1:19-21; Juan 10:34-36; 1 Pedro 1:10-12; 2 Samuel 23:1,2. Vemos aquí que Dios habló a los hombres en el Antiguo Testamento por medio de profetas, en los Evangelios por su Hijo, y después del Día de Pentecostés por medio de los escritores señalados e inspirados por Cristo mismo conforme a su promesa. Juan 16:12,13; 1 Corintios 2:13. Esto da la autoridad de Cristo mismo a todos los libros del Nuevo Testamento.

Vemos también de esas referencias que Jesús dijo terminantemente que **la Escritura no puede faltar**. Eso da su sello de autoridad a todo el Antiguo Testamento como los judíos lo tenían entonces, no dejando duda alguna acerca de su inspiración divina, su autenticidad, ni su credibilidad. Vemos también los usos espirituales y prácticos de las Escrituras a los que las aceptan como el mensaje de Dios a sus corazones. Se ve a la vez una nota de perplejidad en los que los escribieron, cuando Pedro nos dice que ellos inquirían al Señor acerca del tiempo del cumplimiento de sus profecías. El Espíritu Santo, que moraba en ellos, les daba visiones de un Salvador venidero que iba a **sufrir**, y también les mostraba el mismo Cristo que venía a **reinar** en gran poder y gloria. ¿Cómo podía ser eso? ¿Acaso podía el mismo Redentor prometido desde la caída del hombre en Edén, ser el Cordero manso que derramaba su sangre en una

cruz, y a la vez que venía en toda su majestad a establecer su reino en toda la tierra? (Léase todo el libro de Isaías).

Es una prueba marcada de la rendición completa de esos escritores que a pesar de esa incertidumbre en la mente, ellos seguían humildemente escribiendo lo que les daba el Espíritu sin quejarse de nada. Pedro no nos dice que Dios les explicó las dos Venidas del Salvador –la primera vez para morir, y la segunda vez para reinar– sino que nos revela la paciencia y la obediencia de ellos, cuando Dios les dijo que "no para sí mismos, sino para nosotros ellos ministraban estas cosas". Eso les sirvió de consolación, aunque ni ellos ni los ángeles podían comprender lo que ahora nos ha sido revelado en los "postreros días".

En varias partes del Antiguo Testamento encontramos una persona misteriosa que se llama el Ángel de Jehová. Era la Segunda Persona de la Trinidad, el Hijo de Dios, manifestándose en forma humana en los siglos antes que viniera a nacer como Niño en el pesebre de Belén. Esas manifestaciones en forma humana llamamos alumbraciones (o sombras) de la Encarnación. Génesis 16:10-13; 18:22; 22:11.15; 32:24-30; Éxodo 3:2; Josué 5:13-15; Jueces 6:12-23; Isaías 63:9; Zacarías 1:11,12; Malaquías 3:1. Este Ángel divino es la Persona a quien revelan las Escrituras. Alguien ha dicho que se puede resumir el Antiguo Testamento en la palabra CRISTO -el Redentor prometido, revelado en figuras y tipos, por medio de cuyo Sacrificio (todavía no visto) los santos se salvaban. El Nuevo Testamento se resume en la palabra JESÚS, el Salvador que vino y dio su vida en la cruz. Así tenemos la Biblia entera resumida en las dos palabras: CRISTO JESÚS. Su sacrificio en la cruz era y es el único medio de la salvación en cualquier edad; porque la cruz proyecta todos los siglos. Los que vivían antes de Cristo fueron salvos mirando su sacrificio hacia **adelante**; y todos los que hemos vivido después de su venida

somos salvos mirando hacia **atrás**, al Cordero de Dios que quita nuestros pecados.

Nota: Las preguntas sobre este capítulo figuran al final del libro.

26

Capítulo IV

EL CANON DE LAS ESCRITURAS¹⁷¹

¹⁷¹"*El Canon de las Escrituras*" es el capítulo IV del libro "*Introducción Bíblica*", de Alice E. Luce. Ed. Vida. Págs. 175-184.

La palabra canon se deriva del griego y significa una caña de medir o una regla. La usa la iglesia cristiana en el sentido de ser la regla, estatuto, o reglamento de lo que cree, especialmente en cuanto a los libros divinamente inspirados y aceptados como autorizados por la iglesia universal. La palabra se halla en tres pasajes del Nuevo Testamento Gálatas 6:16; Filipenses 3:16; 2 Corintios 10:13-17. Fue Atanasio de Alejandría, cerca de 300 d.C., que primero aplicara la palabra canon al catálogo de libros inspirados de la Biblia.

El canon de las Escrituras del Antiguo Testamento fue cerrado por Esdras y sus compañeros piadosos que formaron La Gran Sinagoga, cerca del 400 A.C. Lo dividieron en tres partes: (1) La Ley de Moisés; (2) Los Profetas; y (3) Los Salmos o Escrituras Santas. (Véase Cap. 1). El canon del Nuevo Testamento fue fijándose poco a poco por la iglesia cristiana durante los primeros dos siglos d.C. Desde el principio los cuatro Evangelios, los Hechos, trece Epístolas de Pablo, 1 Pedro y 1 Juan eran aceptados como canónicos por todas las iglesias, y no hubo duda acerca de su inspiración ni de su autoridad. Acerca de Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas, y el Apocalipsis había poca duda en algunas iglesias. Podemos ver aquí con cuánto cuidado e investigación minuciosa la iglesia primitiva formaba su canon; y el hecho de que estos siete libros fueron últimamente aceptados como inspirados por todas las iglesias cristianas nos da mucha confianza en ellos. El canon de los 27 libros del Nuevo Testamento fue confirmado por el Concilio de Cartago, 397 d.C.

Para formar un canon, es preciso tener lo siguiente: (1) Libros existentes. (2) Varios libros de un carácter semejante. No se puede hacer un canon de libros cuyas historias y doctrinas son distintas o contradictorias. (3) Una religión común. No se pueden proclamar dos religiones

distintas en el mismo canon. (4) Una nación o un pueblo unido por sus instituciones religiosas y políticas. (5) Una literatura sagrada nacional. (6) Un sistema de fe y conducta nacional. No se halla un canon de las creencias o supersticiones meramente verbales. (7) Un idioma común. (8) El arte y práctica de escribir.

Algunos preguntan: ¿Por qué es necesario tener un canon de las Escrituras Santas? Podemos contestar: (1) Primeramente para que tengamos una revelación completa de Dios. La Biblia es (en un sentido) un Libro, todo inspirado por Dios, que explica al hombre pecador el plan de la salvación y la voluntad del Señor para su vida. Pero cada libro por separado tiene su lugar, y la revelación no es completa sin **todos** ellos. (2) En segundo lugar, es necesario para que tengamos la revelación **escrita**. Cuando vivían todavía los profetas o los apóstoles, ellos enseñaban a sus discípulos, y el mensaje de Dios iba esparciéndose oralmente. Pero después de que ellos murieron, y cesó la inspiración divina, era preciso que las generaciones siguientes tuvieran el mensaje en forma permanente para ser preservado. En 302 d.C. el Emperador Diocleciano mandó destruir todos los libros y documentos cristianos. Pues cuán necesario era que todos los cristianos supiesen cuáles eran los libros inspirados, para esconderlos y protegerlos. (3) La tercera razón por qué necesitamos un canon de las Escrituras Santas es para excluir los muchos libros espúreos que fueron escritos en los siglos después de Cristo, pero según declaración de toda la iglesia **no** tenían las señales de la inspiración del Espíritu Santo. En 330 d.C. Constantino, el primer emperador cristiano, mandó hacer 50 copias de las Escrituras para ser colocadas en las iglesias de Constantinopla; y por esa fecha fue claramente establecido cuáles eran los 66 libros que constituían el canon del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento

En estas notas acerca de la Introducción Bíblica General no podemos explicar cómo cada libro fue investigado y aceptado como canónico, porque ese estudio viene en la **introducción especial**. Ahora empero vamos a dar unas notas acerca del tiempo cuando fue cerrado el canon del Antiguo Testamento. El cautiverio de Babilonia quitó la idolatría de la nación judía; y ellos volvieron a su país con un gran respeto por las Escrituras Santas y por sus líderes Zorobabel, Esdras, Nehemías, Hageo, Zacarías y Malaquías. Lee con cuidado todo el libro de Nehemías, notando cómo la gente apreciaba la Palabra de Dios, y el espíritu de arrepentimiento y contrición que manifestaba en el capítulo 9, a pesar de que algunos habían traspasado los mandamientos de Dios contrayendo matrimonio con mujeres paganas.

Una cosa muy importante es que siempre nos acordemos de la obra continua del Espíritu Santo de Dios. Él no sólo inspiró a los escritores de los libros de la Biblia, sino también guiaba a los que arreglaron el canon y lo cerraron. Esdras, el dirigente de la segunda sección de la Vuelta del Cautiverio, no sólo era un sacerdote, sino también un hábil escriba, fundador del gremio de escribas que se conocían entre los judíos como abogados, maestros, jueces, escritores, y copistas de las Escrituras, hasta el tiempo de Cristo. Esdras 7:6; 11:12,21; Nehemías 8:1,4,8,13; 12:26,36. Los últimos escritores del A.T. eran Nehemías y Malaquías. Todos los 39 libros del Antiguo Testamento fueron escritos antes de 430 a.C. Desde entonces (como el historiador Josefo testifica) **no fue añadido nada al canon del Antiguo Testamento**

Después de la ascensión de Cristo, cuando todos sus apóstoles estaban en el mundo, su mensaje se esparcía verbalmente dondequiera que viajaban los cristianos. Para ellos la Biblia consistía en el canon del Antiguo Testamento redactado por Esdras y garantizado por Jesucristo mismo muchas veces durante su ministerio terrenal. Pero poco a poco aparecían nuevos libros

relatando la vida y las enseñanzas de Jesús, y mientras más se extendía la Iglesia cristiana. más necesidad había de esos libros. Podemos notar tres razones urgentes para un canon autorizado: (1) El deseo de los cristianos de tener en un volumen, el relato de la vida y ministerio de su Salvador. (2) La existencia de libros espúreos que salieron a la luz aun en el segundo siglo d.C. enseñando doctrinas falsas. (3) La traducción de sus libros en otros idiomas. ¡Cuán importante, pues, que todos supiesen cuáles eran los libros canónicos, para excluir a todos los demás!

De los escritos de los Padres de la iglesia primitiva podemos notar las siguientes pruebas que usaban para declarar un libro canónico o no: (1) Si fue escrito por un apóstol o con su autoridad. (2) Si era leído en todas las iglesias y aceptado como inspirado. (3) Si tenía ayuda y edificación para las necesidades espirituales del hombre. (4) Si toda la Iglesia tenía el testimonio del Espíritu Santo que era autoritativo. Puestos a prueba de esta manera, los 27 libros que ahora tenemos en el Nuevo Testamento fueron aceptados por todas las iglesias, y todos los demás libros rechazados.

Unas notas acerca de los libros apócrifos

La palabra **apócrifa** (adjetivo en griego) significa secreto u oculto, y muchas veces se usaba para las escrituras secretas de alguna secta que no revelaba sus más profundas enseñanzas sino a los adeptos. En la iglesia primitiva vino a significar las escrituras apocalípticas o difíciles de comprender; y más tarde las que eran espúreas, heréticas, o falsificadas. En una palabra, los libros apócrifos son los que han sido juzgados **no** canónicos por los judíos (hablando del Antiguo Testamento) y la iglesia cristiana. Los libros apócrifos del Antiguo Testamento existentes todos en griego son 14: I y II de Esdras, Tobías, Judit, lo restante de Ester, la Sabiduría de Salomón,

Eclesiástico, Baruch, y la Epístola de Jeremías, El Cantar de los tres jóvenes santos, la Historia de Susana, Bel y el Dragón, la Oración de Manasés, I y II de los Macabeos.

De estos 14 libros la iglesia romana dice que 11 son canónicos, y éstos se imprimen en su Biblia, omitiendo la Oración de Manasés y los dos libros de Esdras. De los manuscritos más antiguos del Antiguo Testamento algunos tienen ciertos de los libros apócrifos, pero no todos, y algunos los imprimen después del Nuevo Testamento como libros útiles para la historia, pero no canónicos. De éstos los más importantes son los dos libros Macabeos que nos dan una historia clara y comprensiva de las guerras en Palestina que tuvieron lugar durante el período entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento

No se sabe con certidumbre quiénes eran los autores de los libros apócrifos, pero es probable que fueron escritos por judíos de Alejandría, con la excepción de los libros de Macabeos y Eclesiástico cuyos autores muy probablemente eran judíos de Palestina misma, La mayor parte de los eruditos creen que fueron escritos entre 200 a.C. y 100 d.C. Aunque estos libros no tienen la autoridad divina ni fueron aceptados como inspirados por la iglesia protestante, sin embargo ellos son de mucho interés para nosotros como una parte de la literatura antigua de los judíos. Ellos contienen muchas cosas absurdas, erróneas, y contradictorias; sin embargo nos describen una época en la historia judía cuando no había revelación divina, y nos revelan mucho acerca de la nación escogida, sus esperanzas y temores, sus guerras e historia, su filosofía y pensamiento durante esa época.

Otra cosa digna de mención es la influencia de estos libros sobre los escritores del Nuevo Testamento. Ninguno de éstos los trata como inspirados ni los incluye en el canon, pero es cierto que los leían, y probable que en Hebreos 11:34-38 el autor se refería a los mártires de la guerra

macabea. Los judíos en todas partes del mundo aceptan el mismo canon del Antiguo Testamento como los protestantes, y ninguno de los libros apócrifos jamás fue incluido. Aparecen en la Versión Antigua Latina (150 D.C.), y en muchas copias de la versión de los Setenta; pero es probable que en la original de esta versión **no fueron incluidos**, sino que la LXX era una traducción en griego del hebreo solamente de los 39 libros que ahora tenemos en el Antiguo Testamento

He aquí las 20 razones presentadas por H. S. Miller para rechazar los libros apócrifos del canon del Antiguo Testamento:

1. Todos están de acuerdo en que ellos nunca fueron incluidos en el canon hebreo.
2. Nunca fueron citados por nombre en el Nuevo Testamento por Cristo ni por sus apóstoles, aunque ya existían.
3. Josefo, el historiador judío (100 d.C.), los omite, enumerando solamente los libros que los judíos consideraban ser inspirados por Dios.
4. Filón, el Judío, el gran filósofo de Alejandría (20 a.C. hasta 50 d.C.), escribió prolíficamente y citaba muy a menudo del Antiguo Testamento pero nunca mencionó los libros apócrifos.
5. No se hallan en los catálogos de libros canónicos hechos durante los primeros cuatro siglos d.C.
6. Jerónimo (400 d.C.), declara que el canon hebreo consiste en los mismos 39. Había muchos **tárgumes** (traducciones del hebreo original), libros que nosotros tenemos en el Antiguo Testamento y rechaza los libros apócrifos terminantemente.
7. Ellos mismos nunca reclaman la inspiración ni la autoridad divinas.

8. No tienen el elemento profético verdadero, ni hablan como un mensaje de Jehová.
9. Contienen muchos errores históricos, geográficos y cronológicos; se contradicen a sí mismos, a la Biblia, y a la historia profana.
10. Ellos enseñan doctrinas y aprueban prácticas en contra de las enseñanzas de la Biblia. Por ejemplo, toleran la práctica de mentir, justifican el suicidio y el asesinato, y enseñan la justificación por obras o por limosnas, los encantamientos mágicos, los muertos que oran por los muertos, etc.
11. Se nota en su estilo una rigidez, falta de originalidad, y la calidad artificial que nunca se ve en los libros canónicos.
12. Mucha de su literatura es legendaria, de cuentos absurdos.
13. Los milagros que ellos relatan y las descripciones de seres sobrenaturales contienen mucho que es fabuloso, grotesco y necio.
14. Aun lo que podemos llamar su nivel espiritual y moral está muy por debajo del de los libros del Antiguo Testamento.
15. Los libros apócrifos fueron escritos después del Antiguo Testamento, cuando su canon era ya cerrado, y sin embargo algunos de ellos profesan imitar si no tomar su lugar.
16. La iglesia primitiva declaraba que algunos de ellos contenían instrucción provechosa, pero nunca los hizo canónicos ni autorizados en cuestiones de doctrina hasta que la iglesia romana en su Concilio de Trento (1546 d.C.) por una mayoría pequeña los incluyó en su canon de la fe y pronunció maldiciones sobre todo aquel que no los aceptase como divinos.
17. La Iglesia cristiana, sucesora de la judía, recibió los 39 libros de los judíos y nunca los ha

cambiado.

18. De las palabras mismas de Cristo y sus apóstoles vemos que ellos reconocían el canon ya fijo del Antiguo Testamento y pusieron su sello sobre él. Mateo 23:35 cubre todo el Antiguo Testamento desde Génesis hasta Crónicas (el último libro del Antiguo Testamento en hebreo).

19. Había muchos tǎrgumes (traducciones del hebreo original en arameo) que los judíos imprimían con los libros del Antiguo Testamento cuando el idioma de Palestina había cambiado tanto que era necesario interpretar los libros a los lectores y oyentes. Véase Nehemías 8:8. Pero ningún tǎrgum existe de los libros apócrifos.

20. El estudiante de la historia nunca puede ponerlo al mismo nivel que los libros canónicos, porque siente una diferencia radical y espiritual entre ellos, y los libros apócrifos se condenan a sí mismos.

Podemos creer con toda seguridad que en el Antiguo Testamento y Nuevo Testamento tenemos ahora la plena revelación de Dios, que fue escrita y redactada bajo la inspiración directa del Espíritu de Dios, y que constituye la única Palabra de Dios, distinta de todos los demás libros del mundo. La preservación de los libros de la Biblia ha sido una de las maravillas de la historia. Moisés fue el primer escritor (Éxodo 24:4,7; 34:27); y él puso el libro de la Ley al lado del Arca en el Tabernáculo. Deuteronomio 31:26. Josué escribió la historia de la muerte de Moisés, completando así el Pentateuco (los cinco libros de Moisés), y añadió el libro que lleva su nombre. Josué 24:26,27.

Durante el reinado del cruel rey Manasés, probablemente los sacerdotes tuvieron que esconder las copias de la Biblia; y una de ellas fue descubierta en los días de Josías. 2 Reyes 21:16; 22:18. Esdras fundó el orden de **escribas**, que no solamente copiaban los manuscritos de los

libros de la Biblia, sino que los guardaban y los explicaban también. Todos los cristianos debemos una deuda inmensa de gratitud a la nación judía por haber guardado los libros sagrados por tantos siglos.

Nota: Las preguntas sobre este capítulo figuran al final del libro.

27

Capítulo V

EL ARTE DE ESCRIBIR SUS MATERIALES¹⁷²

Mira a un niño recién nacido. Cuando siente alguna necesidad, cuando le irrita algo, o tiene algún dolor, él grita, porque el grito es su único modo de expresarse. Más tarde el niño aprende a hacer uso de sus ojos, y mira las cosas que le rodean. Aprende también a usar sus brazos, y cuando ve alguna cosa atractiva, extiende su mano hacia ella. Poco a poco, conforme al desarrollo de su cuerpecito, el niño aprende a hablar, que es una manera mucho más eficaz para expresar sus deseos y sus pensamientos.

^{172a}EL ARTE DE ESCRIBIR SUS MATERIALES" es el capítulo V del libro "Introducción bíblica", de Alice E. Luce. Ed. Vida. Págs. 185–194

Hay muchas tribus enteras en el siglo XX, que no han progresado más allá de esto. Tienen su idioma, y hablan entre sí; pero ése es su único modo de expresión. Se relata algo interesante acerca del principio de la obra misionera en las Islas Hébridas en el Pacífico del Sur. El misionero Juan Paton con su esposa estaban comenzando su obra en una isla de caníbales que no tenían lenguaje escrito, y los misioneros estaban procurando enseñárselo. El misionero estaba edificando una iglesia a cierta distancia de la choza donde vivía, cuando notó que no tenía su destornillador. Tomó, pues, un pedacito de madera y escribió una notita a su esposa, pidiendo la herramienta. Dio la tablilla a un mozo; pero éste preguntó qué tenía que decir a la señora. "No importa", dijo el misionero, "la madera le dirá".

El mozo incrédulo llevó la tablilla, la vio la señora, e inmediatamente le entregó el destornillador. Es increíble el resultado que hubo de este acontecimiento en toda la isla. La fama del misionero se extendió por doquier: "¡Él es un mago: puede hacer hablar la madera!" Sí, el arte de escribir es algo que sobrepuja al de hablar. El hombre que nunca ha oído de la escritura tiene sus pensamientos, y los expresa por medio de ademanes o de palabras. Cuando aprende a escribir, los expresa por medio de signos o símbolos. Una letra es un símbolo de un **sonido**; una palabra escrita expresa una **idea**; y una frase expresa un **pensamiento**.

Podemos notar tres grados en el desarrollo del arte de escribir. Primero se hacían cuadros toscos de los **objetos** mismos; pero eso no bastaba, y los hombres poco a poco comenzaron a hacer otra clase de cuadros para representar **ideas**; después otros que representaban **sonidos**. Estas tres clases de símbolos se llaman pictogramas, ideogramas, y fonogramas, y la escritura que se hace de este modo se llama pictografía. Los fonogramas después se desarrollaron en tres clases: (1) Los de **palabras**, cuando cada símbolo representa una palabra entera, como la lengua china que requiere miles de símbolos porque hay miles de palabras. (2) Los fonogramas

de **sílabas**, que requieren unos 500 símbolos como la escritura cuneiforme que fue usada en todas partes del mundo entonces conocido desde el tiempo de Adán hasta el imperio persa, aun después de la invención de la escritura alfabética. (3) Los fonogramas de **letras**, o el sistema alfabético, que reduce el número de símbolos a unos 30.

Un alfabeto es una lista de los signos que se usan para representar los **sonidos** elementales de cualquier idioma. La palabra se deriva del griego, en cuyo lenguaje alfa y beta son los primeros dos símbolos (como **a** y **b** en nuestro idioma). El alfabeto más antiguo ahora conocido es el de los fenicios, que consta de 22 letras. De éste fueron poco a poco derivados el de los hebreos y otros semitas, también el de los griegos, romanos, alemanes, ingleses, y otros europeos. Muchos creen que en el principio los fenicios tomaron prestados sus 22 signos de los egipcios antiguos, que tenían varias clases de escritura. Nos causa sorpresa ver que tantas naciones por tantos siglos (3000 años) persistieron en el uso de la escritura cuneiforme, que es muy incómodo, y no adoptaron (especialmente para sus documentos gubernamentales) el sistema alfabético, que economiza mucho el tiempo y el espacio.

Yo quiero que mi lector tome ahora un mapa de los países del Antiguo Testamento que abarque el territorio en medio del Mar Negro y el Mar Mediterráneo en el oeste, el Mar Caspio y el Golfo Pérsico en el este, las Montañas de Ararat en el norte, y el desierto de Arabia en el sur. Estudia bien este mapa, acordándote que los imperios de antaño salían de las montañas del norte y del este, y se esparcían sobre las llanuras, ola tras ola. Una civilización o imperio poco a poco se hacía débil, debido a la vida de más comodidades y menos guerra en las llanuras; y entonces pronto vendría otra ola de las naciones más robustas para conquistarlo y ocupar su lugar. Si te acuerdas bien de este giro de eventos, te será más fácil aprender de memoria los varios idiomas y sus cambios durante los siglos del Antiguo Testamento

El imperio más importante de que se sabe algo unos cuatro mil años a.C. era el de los sumerios. Parece que dominaban un territorio inmenso, y que inventaron el sistema cuneiforme de escritura. Dibujaban sus cuadros toscos en barro blando con la punta de una caña. La tablilla de barro entonces fue horneada (de la manera que se hace ahora con ladrillos) y se hacía tan dura que no era posible quebrarla. Más tarde principió la costumbre de escribir con un punzón cuya punta era triangular; y al mismo tiempo la escritura fue simplificada de cuadros en cuneiforme con unos 600 símbolos que representaban **sílabas** y no letras.

El idioma semítico de más antigüedad es el lenguaje de los asirios, que conquistaron a los sumerios y adaptaron su forma cuneiforme de escritura. Su idioma a veces se llama asirio y a veces babilónico. Después sucedió el imperio de los heteos, que florecieron de 2000 hasta 1000 a.C. y usaron el mismo sistema cuneiforme, aunque en ese tiempo la escritura alfabética también comenzó a usarse, venida de Egipto y Fenicia. Mira en tu mapa las tres esferas de influencia: De Egipto y Fenicia en el oeste, de Babilonia en el centro, y de Asiria en el este.

El segundo idioma del Antiguo Testamento es el **arameo**, que usaba la forma alfabética de escritura. Los medos hicieron un alfabeto de 39 signos, y los persas después de ellos usaban una escritura con letras, aunque persistían en usar el cuneiforme en sus documentos gubernamentales. La mayor parte del Antiguo Testamento fue escrita en hebreo, que fue el idioma oficial de la nación judía. Era un lenguaje compuesto, formado del fenicio, heteo y cananeo; y su escritura era casi idéntica a la de Fenicia. El hebreo fue usado siempre por las clases cultas, aunque al fin del Antiguo Testamento hallamos la gente común hablando el arameo o siriaco. Es probable que la lengua de los judíos en el tiempo de Cristo fue el arameo, y que ellos no entendían el antiguo hebreo mejor que sus antepasados en el tiempo de Esdras y Nehemías (400 a.C.), cuando tenían que "aclarar el sentido" al leer el Antiguo Testamento (Nehemías 8:8).

Un **libro** es un registro de pensamientos en forma de palabras escritas o inscritas en cualquier material. Hemos hablado de la escritura en tablillas de barro; y millones de esos libros, grandes y chicos, han sido excavados por la pala del arqueólogo en los países bíblicos. Otros materiales usados en varios siglos han sido metales, piedras, papiro y papel. Cuando Abram pasó de Ur a Canaán (2000 a.C.) él dejó una civilización en Babilonia en la cual cada casa tenía su propia biblioteca; y cuando visitó Egipto vio otra civilización antigua con sus monumentos, obeliscos, templos y sepulcros cubiertos de inscripciones. Cuando yo era niña los críticos modernistas estaban burlándose de nosotros que creíamos lo que el Antiguo Testamento mismo dice acerca de su escritura, y ellos proclamaban a voz en cuello que el arte de escribir no fue conocido en el tiempo de Moisés (1500 a.C.). Pero durante el medio siglo pasado, la arqueología ha producido millones de pruebas de la falsedad de sus acusaciones en contra de la Biblia, para vergüenza eterna de los que impugnan las verdades de la Palabra de Dios.

Es interesante notar algunas de las referencias a materiales para escribir en la Biblia misma:

(1) **Tablillas de barro.** Ezequiel 4:1; Jeremías 17:13. Se puede comparar la mención de un "tiesto de olla" en Job 2:8, porque muchos de estos tiestos han sido excavados por los arqueólogos, usados por los pobres para anotar acontecimientos en sus vidas, cuando no podían comprar materiales más costosos. Un tiesto con palabras escritas se llama un **ostracon**, plural **ostraca**. Unos 20 de estos preciosos *ostraca* han sido descubiertos con palabras de los Evangelios en Griego. Es creído que eran escritos por cristianos pobres en el siglo VII.

(2) **Piedra.** Muchas de las inscripciones sobre muros, pilares, obeliscos, etc., son tan antiguas como las tablillas de barro. Podemos mencionar tres piedras notables: (a) La roca de Behistun en Irán, que dio la clave para descifrar todas las escrituras cuneiformes. (b) La piedra de Rosetta en Egipto, que dio la clave para descifrar los jeroglíficos de Egipto. (c) La piedra de Moab, escrita

por Mesa, rey de Moab, cerca de 850 a.C. 2 Reyes 3:4. La escritura en piedras está mencionada en Éxodo 24:12; 31:18; 32:15,16; Deuteronomio 6:22; 27:2-8; Josué 8:30-32. Nótese también en Josué 24:26,27 cómo una gran piedra fue colocada como testigo, y Josué dijo que "ella ha oído todas las palabras", etc. En Habacuc 2:11 leemos que "La piedra clamará desde el muro, y la tabla del enmaderado le responderá". ¿Quién enseñó a Josué y a Habacuc los descubrimientos de la ciencia moderna, que todo sonido está encerrado en la materia que lo rodea, y nada se pierde? Así que en el día del juicio Dios solamente tendrá que mandar a los muros, paredes, montañas, rocas, etc., que reproduzcan los sonidos que ellos tienen almacenados, y los pecadores serán condenados por sus mismas voces.

(3) **Plomo**. Job 19:23,24. Este metal fue hallado en muchos países, y era muy útil para grabar inscripciones.

(4) **Bronce**, una mezcla de cobre con estaño, fue usada mucho en el tiempo de Moisés, y fue empleada en las vasijas santas del Tabernáculo. Se usaba también para escribir diplomas y varios documentos públicos.

(5) **Oro**. Éxodo 28:36. Se han excavado muchas monedas, anillos, etc., de oro, con inscripciones.

(6) **Plata**. Mateo 22:19,20. La moneda del tributo, llamada **denario**, se hacía de plata.

(7) **Joyas**, sobre las cuales se graban nombres u otras inscripciones. Éxodo 28:9,11,21; 39:6-14.

(8) **Marfil**, en forma de tablillas, fue usado en partes de Europa.

(9) **Madera**. Hay pruebas de que las hojas, la corteza, y aun la madera misma se usaban para escribir. Es interesante notar que la palabra "book" (libro) en inglés, se deriva de "*bark*" (corteza),

y prueba que la madera era uno de los materiales frecuentemente usados para hacer libros.

(10) **Huesos** o cueros de animales.

(II) **Cera**, en forma de tablillas. Isaías 8:1; 30:8; Habacuc 2:2; Lucas 1:63. Aunque no se menciona la cera, los estudiantes bíblicos creen que en todas estas referencias se habla de tablillas hechas de cera.

(12) **Lino**, que fue usado por los egipcios, los romanos, y otras naciones más antiguas. Todos estos doce materiales fueron empleados en la vida diaria de las varias naciones para escribir sus cartas y documentos.

Ahora vamos a notar algo acerca de los materiales en los cuales la Palabra de Dios fue escrita en los manuscritos originales. Nadie sabe con certidumbre, porque no existe ahora ni un solo ejemplar de los originales. Hemos hablado ya de la costumbre antigua de escribir sobre tablillas de barro; y es posible que varios de los libros más antiguos de la Biblia fueron escritos de esta manera. Pero hay dos materiales más que debemos mencionar, es decir, el papiro y el cuero. Se sabe que el papiro era usado en Egipto por lo menos en el 2700 a.C. La planta de papiro crecía en aquellos días en las márgenes del río Nilo. Del meollo de su tallo se hacía el material para escribir, en hojas de seis a quince a cuarenta cm. de largo y de ocho a veintidós cm. de ancho. Se hacían rollos de cualquier medida pegando las hojas una con otra.

El cuero se usaba en Egipto más o menos en la misma época que el papiro, y muchos eruditos favorecen la teoría de que los manuscritos originales del Antiguo Testamento fueron escritos en pieles de ovejas o cabras, por ser este material mucho más durable que el papiro. Se preparaba el cuero con mucho cuidado y se cortaban sus hojas a veces de cuarenta y cinco a setenta cm. de altura. Las hojas se cosían una con otra para proveer todo el espacio que se necesitaba para

el libro; y con un palito a cada cabo se arrollaba. La escritura se arreglaba en columnas. Salmo 40:7; Jeremías 36:2,6, 23,29; Ezequiel 2:9; Zacarías 5:1,2; Esdras 6:2. Todos los manuscritos hebreos que han sido hallados son rollos de sinagoga escritos sobre cuero, o copias privadas en forma de **códices** (manuscritos en forma de libros), estos últimos a veces escritos sobre lino o papel.

Es probable que los manuscritos originales del Nuevo Testamento fueron escritos en papiro; pero pocos años después se usaban también la vitela y el pergamino, ambos hechos de cuero, pero de una clase especial. La vitela es el material más precioso, hecho de las mejores pieles de becerros o antílopes. El pergamino era casi la misma cosa, hecho de pieles de ovejas o cabras. La preparación de ambos se hacía con sumo esmero, para poderse escribir a los dos lados. En el primer siglo d.C. comenzó el uso de vitela en lugar de tablillas de cera entre los ricos; y por el siglo cuarto se reconoció el pergamino como el mejor material para escrituras permanentes, dejando el uso de papiro. Acuérdate de que hasta ahora estamos hablando de **manuscritos**, es decir, ejemplares de las escrituras copiadas a mano; y todavía no se había inventado el papel ni el arte de imprimir. El papel fue hecho en China en el siglo II a. C., pero no se hizo común en Europa sino hasta 1200 d.C. Aun entonces no se empleaba mucho para copiar las Escrituras, sino que se seguía el uso de vitela y pergamino hasta la invención de la imprenta en 1450 d.C. Desde entonces se ha usado el papel. La palabra hebrea por **tinta** (Jeremías 36:18) describe algo que **fluye suavemente**; y la palabra griega significa **negro**. 2 Corintios 3:3; 2 Juan 12; 3 Juan 13. La pluma usada para escribir en papiro, vitela, o pergamino, se hacía de una caña. Ezequiel 9:2,3,11.

Nota: Las preguntas sobre este capítulo figuran al final del libro.

28

Capítulo VI

MANUSCRITOS Y VERSIONES DE LA BIBLIA¹⁷³

¹⁷³“*Manuscritos y versiones de la Biblia*” es el capítulo VI del libro “*Introducción Bíblica*”, de Alice E. Luce. Ed. Vida. Págs. 195–207.

Unas definiciones importantes deben aprenderse de memoria. Un **manuscrito bíblico** es una copia escrita a mano en hebreo o griego, los idiomas originales. Hay dos clases de manuscritos: (1) **Uncial**, escrito en letras mayúsculas; (2) **Minúsculo**, escrito en letras minúsculas, que a veces se llama cursivo. Un **Códice** es un manuscrito en forma de rollos. No existe ninguno de los manuscritos originales; probablemente porque Dios sabía que si los hubiera preservado, los hombres los habrían venerado más que a su Autor, y los habrían adorado. Véase 2 Reyes 18:4. En cuanto a los manuscritos que la pala del arqueólogo excava, hay que decidir si son **genuinos**, es decir, si fueron escritos por el autor o los autores cuyos nombres llevan, a la fecha a que se refiere y si contienen la información dada originalmente por sus escritores. Entonces tiene que decidir si son **auténticos**, es decir, si esa información o ese contenido es verídico. Los eruditos de la iglesia cristiana que se han ocupado con el estudio de los manuscritos por muchos años tienen la experiencia en este asunto, y todos sus fallos son anunciados públicamente; pues un manuscrito fraudulento se descubre muy pronto. Un libro o manuscrito se llama espúreo cuando no se puede probar bien su escritor; y se llama **corrompido** si su contenido ha sido cambiado. Se habla también de la **credibilidad** de los manuscritos, queriendo decir que son fidedignos; y de la **integridad** de ellos cuando se cree que su contenido es auténtico y no ha sido cambiado.

No se puede exagerar la deuda de gratitud que nosotros hemos contraído con los judíos por su cuidado extremo en la preparación y preservación de los manuscritos del Antiguo Testamento. El Talmud (libro religioso de los rabinos) nos da las reglas que ellos exigían de cada escriba, algunas de las cuales son éstas: El pergamino tenía que ser hecho de las pieles de animales limpios, preparado sólo por judíos, las hojas unidas por cordones hechos de piel de animales

limpios. Cada columna podía tener no menos de 48 y no más de 60 renglones. El escriba tenía que trazar primero los renglones, y si tres palabras se escribieran fuera del renglón, el manuscrito no valía nada.

Acerca de la tinta: Tenía que ser negra, preparada por una receta especial. El escritor no podía escribir una sola palabra de su propia memoria; sino que tenía que poner delante una copia auténtica, y tenía que pronunciar cada palabra en alta voz antes de escribirla. Debía limpiar la pluma con mucha reverencia antes de escribir el nombre de Dios; y antes de escribir **Jehová** tenía que bañarse todo el cuerpo, para que no fuese contaminado aquel Nombre pavoroso. El tenía que observar reglas muy estrictas acerca de la forma de las letras, los espacios entre letras, palabras, y párrafos, su manera de asir la pluma, el color del pergamino, etc., etc. Cada palabra y cada letra fueron contadas y una revisión cuidadosa hecha de cada rollo no más de 30 días después de su escritura. Un error hallado condenaba la hoja; y si se encontraban tres errores en una hoja, todo el rollo era desechado.

En vista de este cuidado extremo de parte de los judíos para preservar perfectas las Escrituras Santas, podemos tener plena confianza de que Dios ha guardado su Palabra durante todos los siglos desde 1500 a.C. cuando Moisés escribió las primeras páginas (Éxodo 24:4) hasta el último trabajo de Juan el teólogo cerca de 100 d.C.; y también durante los siglos de esta dispensación de gracia. En el tiempo de Cristo los judíos tenían la misma reverencia por su Libro, y el Señor mismo puso su sello sobre sus tres divisiones. Lucas 24:27,44; Juan 10:35. Él garantizó también los libros de sus discípulos, que ellos escribirían después de su ascensión. Juan 16:12-14; 1 Corintios 2:12,13. Pues nuestra fe en la inspiración y autoridad de la Biblia, así del Nuevo Testamento como del Antiguo Testamento está basada en nuestro Señor Jesucristo. La reverencia de los judíos puede ilustrarse por las palabras de un rabino anciano a un escriba joven: "Ten cuidado como trabajas, porque tu obra es una obra celestial. Cuidado de no omitir ni añadir una sola letra de tu manuscrito, porque haciendo eso tú serías un destructor del mundo".

Los manuscritos del Nuevo Testamento también fueron copiados con mucho cuidado por los cristianos de los primeros siglos; muchas veces los monjes fueron los que los copiaban y los guardaban escondidos durante los tiempos de persecución. Pero es triste relatar que durante los siglos de obscuridad (500 a 1000 d.C.) los monjes mismos vinieron a ser tan ignorantes y mundanos que no apreciaban el valor de los manuscritos que tenían; y así perecieron muchos de inestimable valor, como verás después en tu estudio de los manuscritos especiales.

Vamos a mencionar ahora unos manuscritos y códices de valor, que nos prueban cómo Dios ha preservado su Palabra, y nunca ha permitido que se apague su luz aun en tiempos de gran obscuridad. El manuscrito más antiguo que tiene su fecha escrita es el **Códice de Leningrado, 916 d.C.**, que contiene los Profetas Posteriores en hebreo, vitela, en Rusia. El más antiguo que contiene **todo el Antiguo Testamento** está en la misma biblioteca en Rusia, fechado 1010 d.C. Hay un manuscrito del Pentateuco en Londres, vitela, códice, fecha probable 820-850 d.C. No hay certidumbre en estas fechas. Cerca de dos mil manuscritos del Antiguo Testamento se conocen, pero pocos son completos.

Más de cuatro mil manuscritos del Nuevo Testamento han sido registrados, y su número va creciendo con las excavaciones de la arqueología. Voy a mencionar los cuatro más bien conocidos, cuyas descripciones deben ser memorizadas por el estudiante:

1. **Códice Vaticano**, quizás el más antiguo que existe, conocido por la letra B. Contiene todo el Antiguo Testamento en griego, la versión de Los Setenta, todo el Nuevo Testamento, en griego, también libros apócrifos. Propiedad de la iglesia romana, guardado en el Vaticano, vitela, uncial, 325 d.C.

2. **Códice Sinaítico**, 350 d.C., griego, conocido por el título Aleph, la primera letra del alfabeto hebreo. No se sabe dónde fue escrito, fecha probable 340 d.C., griego, vitela, contiene la mitad del Antiguo Testamento y todo el Nuevo Testamento y parte de los libros apócrifos. Es ahora propiedad del gobierno británico, guardado en el Museo de Londres, Inglaterra. La historia de

este manuscrito es muy interesante. El Dr. Tischendorf, profesor bíblico de Alemania, estaba viajando de un país a otro buscando manuscritos antiguos de la Biblia en el año 1844. Llegó al monasterio de Santa Catalina al pie del Monte Sinaí en Arabia. Allí vio en el pasillo un canasto lleno de materiales que iban a usar para prender la lumbre en el fogón; y los monjes le dijeron que ya habían quemado dos canastos de los mismos pergaminos.

Tischendorf no podía disimular su deleite al reconocer allí un tesoro de valor inestimable, pero los monjes ignorantes, que no sabían leer, comenzaron luego a maliciar que tenían algo que podrían vender más caro, y no dejaron al profesor ni leer los pergaminos. Solamente 43 hojas que ellos creían que no tenían ningún valor, se vendieron a él. Esas hojas, sin embargo, tenían una parte del Antiguo Testamento y todavía quedan en la Universidad de Leipzig, Alemania. En 1853 Tischendorf visitó otra vez el mismo monasterio, pero no encontró nada. En 1859 hizo otra visita, esta vez comisionado por el Zar de Rusia, y parecía que su viaje otra vez había sido infructuoso. Pero cuando él estaba saliendo muy de mañana, el mayordomo le dijo que tenía un ejemplar de la Versión de los Setenta, y llevó al profesor a su cuarto. Allí él sacó un paquete envuelto en un paño rojo. Al abrirlo, se revelaron a los ojos del visitante encantado no sólo los pergaminos del Antiguo Testamento que él había visto quince años antes, sino también el Nuevo Testamento completo.

A Tischendorf, le fue permitido quedarse una noche más en el monasterio, y llevar los manuscritos a su cuarto para mirarlos. Él sintió que la ocasión era demasiado sagrada para dormir; pues pasó toda la noche copiando todo lo que pudo de los tesoros que había encontrado. Después todo el Códice fue prestado al Zar, y a fines de 1859 éste lo consiguió de los monjes y fue puesto en la gran biblioteca rusa como propiedad del gobierno y la iglesia Ortodoxa del Oriente. La revolución de 1917 lo dejó caer en poder de los bolcheviques ateos, pero ellos eran muy astutos en calcular su precio. Los protestantes de Inglaterra al fin lo compraron para depositarlo en el Museo Británico de Londres, y tuvieron que pagar cien mil libras esterlinas

(cerca de 510.000 dólares) que es la más grande compra literaria jamás registrada. Véase un artículo en **Literary Digest** de enero 6 de 1934.

3. **Códice Alejandrino**, 450 D.C., griego, vitela, uncial, conocido por la letra A, contiene el Antiguo Testamento y Nuevo Testamento completos (con excepción de unas hojas), y está en el Museo Británico de Londres. Probablemente fue escrito en Alejandría, Egipto. En 1621 fue llevado a Constantinopla, y en 1624 fue presentado al Embajador Británico en Turquía para ser obsequiado por él a Jacobo I, rey de Inglaterra. Este es el mismo Jacobo que autorizó la Versión de toda la Biblia en inglés que fue completada en 1611: pero él murió antes de la llegada de este Códice, que fue después aceptado por Carlos I en 1627 y colocado en la Biblioteca Real. Finalmente en 1757 el Rey Jorge II, regaló esa biblioteca a la nación británica, y el Códice famoso llegó al Museo Británico. Este fue el primer manuscrito uncial para ser usado por los traductores bíblicos.

4. **Códice Efraim**, 450 D.C., conocido por la letra C, vitela de segunda clase, griego, contiene la mayor parte del Antiguo Testamento y ciertos libros del Nuevo Testamento Este manuscrito se llama un **palimpsesto** (borrado y escrito de nuevo, porque tiene dos obras, una encima de la otra). La vitela era un material muy costoso; y muchas veces los escribas borraban una escritura vieja para escribir en el mismo pergamino algo distinto. En la ignorancia de la edad tenebrosa, a veces una escritura de gran valor fue cubierta por otra que no valía nada. Este Códice C, que tenía los sermones del Padre Efraim de la iglesia siríaca (299-378 d.C.) fue escrito en Alejandría y llevado a Italia cerca de 1500 d.C. En 1553 cayó en poder de Catalina de Médicis, que quería leer los sermones de Efraim. Ella era una mujer italiana de malísima reputación; pero vino a ser esposa y madre de reyes franceses. Cuando ella murió, el código fue puesto en la Biblioteca Nacional de París, donde está todavía.

Cerca del fin del siglo XVII, un estudiante notó que en algunas páginas él podía discernir otra escritura debajo; y después de investigaciones por los eruditos, la escritura de arriba fue borrada

y la de abajo restaurada, que resultó ser una copia muy antigua de la Biblia en griego. Fue el mismo Dr. Tischendorf que tuvo mejor éxito en el trabajo de restauración, y él era el primero que pudo leerla bien, redactando y publicándola en 1845.

Es bueno siempre guardar en tu mente una distinción clara entre los manuscritos copiados en los idiomas originales de hebreo y griego y las **versiones** o traducciones de ellos en otros idiomas. La versión de los LXX, es probablemente la primera traducción que fue hecha, y es una versión del Antiguo Testamento en griego, hecha en Alejandría, Egipto, de 280 a 180 a.C. No existe la versión original, y el más antiguo manuscrito de la versión de los LXX que tenemos ahora está fechado cerca de 350 d.C. El mero hecho de que las Escrituras hebreas fueron traducidas en griego dos siglos antes de Cristo, prueba que ellas todas existían entonces, y que el canon del Antiguo Testamento había sido cerrado. Y prueba también que los judíos que hablaban griego en Egipto y otros países necesitaban y consiguieron una traducción de sus Libros Sagrados en el idioma conocido por todo el mundo de aquel entonces. En el plan de Dios esto era una preparación para la circulación después del Nuevo Testamento en el mismo idioma griego. Cristo y sus apóstoles muy a menudo citaban pasajes de la versión de los LXX.

Es probable que la primera versión de la Biblia por manos cristianas fue una traducción del hebreo del Antiguo Testamento y del griego del Nuevo Testamento en **siriaco** cerca de 150 d.C. Debemos notar también la **Vulgata**, nombre que significa común o corriente, que fue hecha por Jerónimo cerca de 400 d.C. Es una traducción del hebreo original del Antiguo Testamento en latín, aunque es probable que tradujo los Salmos de la versión de los LXX. El Nuevo Testamento él revisó y corrigió de varias versiones latinas ya existentes. La Vulgata fue la versión usada por las iglesias de Europa y África hasta el tiempo de la Reforma, cuando comenzaron a hacer y usar versiones en sus propios idiomas.

Versiones de la Biblia en inglés

(1) La Versión de Juan Wyclif. 1383. Él era uno de los más eruditos de su siglo, y ha sido llamado el primer protestante, porque predicó por muchos años proclamando las verdades bíblicas y protestando en contra de los errores de Roma, que entonces gobernaba las iglesias de Inglaterra. Muy pocos sabían leer el latín, y Wyclif abogaba por el derecho de cada hombre de leer la Biblia por sí mismo; y él resolvió dar a los ingleses una versión en su propio idioma. Él fue muchas veces arrestado, perseguido, y vituperado; pero con la ayuda milagrosa de Dios logró su intento, e hizo una versión de la Biblia entera de la Vulgata en inglés. En aquel tiempo un escriba tardaba diez meses para copiarla, y a veces un ejemplar costaba 100 dólares. Wyclif murió en su cama, a pesar de la rabia y furia de sus enemigos romanos. Años después de su muerte, sin embargo, por orden del Papa, su tumba fue abierta, la caja y el esqueleto quemados públicamente, y las cenizas tiradas en el río Swift. Un predicador cristiano (Tomás Fuller) después escribió: "El Swift las llevó al Avón, el Avón a la Sabrina, la Sabrina a los mares estrechos, y éstos al gran océano. Así las cenizas de Wyclif son símbolos de su doctrina, que ahora ha sido esparcida en todas partes del mundo.

(2) Llegamos ahora al tiempo de la invención de la imprenta por Gutenberg en Alemania, 1450 d.C. Esto fue una ayuda tremenda en la diseminación de la Palabra de Dios. Notaremos la versión de **Guillermo Tyndale**, primero del N.T, del griego original, que fue impresa en Alemania en 1525. Él completó una versión del Pentateuco del hebreo en 1530, y siguió traduciendo los demás libros del Antiguo Testamento hasta su martirio en 1536, dejando a su amigo Juan Rogers para completar la obra. La Biblia entera fue impresa en inglés en 1537; pero a causa del odio y persecución de las autoridades al mero nombre de Tyndale, fue publicada bajo el nombre de Tomás Mateo, y siempre ha sido conocida en Inglaterra como la Biblia de Mateo.

Tyndale, del cual el mundo no era digno (He. 11:38), no podía hallar reposo en ninguna parte de su Inglaterra nativa; pues la dejó en 1524 para viajar en Alemania y otras partes libres del

continente de Europa, desterrado por su fe y sus esfuerzos a dar la Biblia a la gente común. Estudiaba y traducía en secreto, y buscaba impresores evangélicos para imprimir su Nuevo Testamento. Se dice que no menos de 18.000 ejemplares fueron pasados de contrabando en Inglaterra, escondidos debajo de tela, sacos de harina, de grano, de azúcar, etc. Los obispos tenían sus soldados inspeccionando los barcos que llegaban a todos los puertos al este de Inglaterra, y ellos lograron hallar cientos de ejemplares del Nuevo Testamento, los cuales quemaban públicamente en las plazas de Londres. Sin embargo los preciosos libros seguían llegando y vendiéndose, porque había muchos comerciantes evangélicos, y la gente común estaba ansiosa de conseguir la Biblia. Los obispos mismos iban a Colonia y Amberes en busca de los mismos, y ellos pagaban enormes sumas a los impresores, comprando todos los que encontraban. Es verdad que ellos siempre los quemaban; pero ese mismo hecho aumentó la demanda por la Biblia, y el dinero habilitó a Tyndale a imprimir más.

Los romanistas buscaban a Tyndale mismo por años, mientras él huía de un país a otro. Al final le arrestaron y fue quemado en la plaza de Amberes. Aun durante los meses que le guardaron encarcelado, él estaba ocupado día y noche con su traducción del Antiguo Testamento. Se dice que la influencia de la obra de Tyndale no ha cesado hasta el día de hoy, porque la hermosa versión autorizada inglesa de 1611 fue prácticamente una revisión de la de Tyndale, y es la Biblia más amada de los de habla inglesa hasta la fecha. Es difícil comprender cuánto ha costado a los líderes el trabajo de darnos la Biblia en los idiomas de los varios países.

(3) La Versión Autorizada, traducción de los idiomas originales por 47 eruditos ingleses bajo los auspicios de Jacobo I en 1611. Esta es la versión más usada hasta el día de hoy.

(4) La Versión Revisada, una revisión de la anterior, hecha por dos comisiones, una en Inglaterra y otra en los EE.UU. El N.T, fue publicado en 1881 y el Antiguo Testamento en 1885.

(5) La Versión Revisada Normalizada (Standard) cuya revisión se hizo en los EE. UU., y que fue publicada en 1952.

Versiones de la Biblia en español

1. Una **traducción de la Vulgata** hecha bajo los auspicios del rey Alfonso X (el Sabio) de 1252 a 1284 d.C.
2. La **Biblia de Ferrer**, versión del latín al valenciano, publicada en Valencia en 1478.
3. El Nuevo Testamento de **Francisco de Encinas**, 1543.
4. La versión de **Ferrara**, traducción del Antiguo Testamento al castellano para los judíos, 1553.
5. Revisión del Nuevo Testamento de Encinas por Juan Pérez, 1556.
6. La Biblia de **Casiodoro de Reina**, 1569.
7. La de **Cipriano de Valera**, revisión de la anterior, 1602.
8. La de **Felipe Scio** de San Miguel, obispo de Segovia, 1793 (católica-romana).
9. La de **Félix Torres Amat**, 1824. También romana, más libre en su traducción.
10. **Nácar Colunga**, católica (1944).
11. La Versión Moderna, traducida de las lenguas originales bajo los auspicios de la Sociedad Bíblica Americana, a fines del siglo XIX. Hay también varias versiones que circulan entre los cristianos evangélicos que son revisiones de la Biblia de Valera. La de Cipriano de Valera, revisión de 1960.

Rollos del Mar Muerto

Con esta denominación convencional se conocen los rollos manuscritos descubiertos en varias cuevas al noroeste del Mar Muerto, cerca de un lugar denominado Qumran. El descubrimiento llegó a oídos de los eruditos en el año 1947, algunos de los cuales declararon de inmediato que se trataba del "descubrimiento más importante hasta entonces de manuscritos del Antiguo

Testamento".

De los centenares de rollos encontrados, quizá el más importante es el que contiene el libro de Isaías. Según cálculos, sería anterior en mil años al más antiguo texto que se poseía de dicho profeta.

Después del descubrimiento de estos rollos importantes, que según la opinión general datan de una época que media entre el último siglo antes de Cristo y el primer siglo de la era cristiana, se procedió a la exploración sistemática de la región. Se hallaron numerosas cuevas, y hasta ahora se han explorado once, en donde se han hallado numerosos manuscritos, muchos de los cuales son estudiados en la actualidad.

Nota: Las preguntas sobre este capítulo figuran al final del libro.

LOS LIBROS DE LA BIBLIA¹⁷⁴

No; no hay más que una sola Biblia, un solo libro de Dios, que el profeta llamaba en su tiempo «libro de Jehová», el cual quedó completo con los libros del Nuevo Testamento una vez realizada su obra el Cristo, Hijo de Dios y Salvador del hombre. ¿Es que acaso puede Dios confundir al hombre cuando quiere que su mensaje sea diáfano y único? ¿Podría Dios haber entregado a la Humanidad dos libros para que no sepamos qué carta quedarnos? Sin embargo, todos nosotros hemos oído y leído lo de «biblias falsas», «biblias protestantes», y es necesario que sepamos lo que de verdad haya en ello.

En principio debemos decir que si afirmamos que la Biblia es católica, con ello damos razón a los católicos, y si afirmamos que es protestante, con ello damos razón a los protestantes; pero, afortunadamente, para impedir el orgullo o rivalidad humana, la Biblia se presenta como divina, con todas sus pruebas, y cualquier persona que se ponga del lado de la Biblia tiene siempre la Verdad, que es móvil. Bien decía Cristo: «Tu Palabra, ¡oh Padre!, es Verdad».

¹⁷⁴«Los libros de la Biblia» es el capítulo 4 del libro *¿Qué es la Biblia?*, de José Flórez. Ed. Alturas. Págs. 77-93.

Un hecho es, desde luego, harto conocido: los protestantes siempre han leído la Biblia; los católicos, no. Por ello mismo, los inteligentes de la Iglesia de Roma, empezando por su cabeza, el Papa, quieren despertar de su letargo, y para su propio bien, a los millones de católicos para quienes todavía la Biblia es un libro prohibido. La Academia Francesa dio un premio a M. Charles por su libro «¿Qué es la Biblia?», y las jerarquías de la Iglesia Católica le felicitaron. Ahora bien; en ese libro, que lleva la aprobación eclesiástica, tanto en Francia como en España, la autora dice: «Pero entre los católicos hay un axioma: La Biblia es un libro protestante. ¡Yo no leo la Biblia! Esperemos que se abra una nueva era y, por fin, muchos comprenderán la necesidad de que hay que recurrir a los textos inspirados, «A la Palabra viva y permanente de Dios» (1 Pe. 1:23). San Jerónimo, en tiempos difíciles e inciertos como los nuestros, decía: «Si hay algo aquí abajo que mantenga en la sabiduría y que en las tribulaciones y en los torbellinos del mundo mantenga el equilibrio del alma, creo que es, antes que nada, la meditación y la ciencia de las Escrituras...» Pero un hecho más extraordinario todavía me ha sido contado por una de mis amigas, que encontró el otro día a una señora saliendo de la iglesia. Acababa de oír un sermón de su cura y, muy emocionada, casi confidencialmente, le dijo a mi amiga: «Creo que nuestro cura es protestante... Acaba de decir: «Leed la Biblia, es la Palabra de Dios». Pero la Biblia es un libro protestante, ¿verdad?», Mi amiga, más instruida, pudo felizmente llevar a la señora a la realidad y tranquilizarla sobre el caso del «cura protestante»... Quizá el clero no invite bastante a los laicos a alimentarse de «ese pan substancial...»

No creemos exagerar al decir que durante años y años el laico católico sólo ha oído hablar de la Biblia por referencias, y su ignorancia ha dado lugar a ciertos males; al propio tiempo, se ha encontrado a sí mismo en inferioridad frente al protestante, conocido también por «hombre del Libro». Este ha querido imitar al pueblo de Dios, a quien Dios mismo dijo: «*Harás congregar el pueblo, varones, mujeres y niños, y tus extranjeros que estuvieren en tus ciudades, para que*

oigan y aprendan... y cuiden de poner por obra todas las palabras de esta ley» (Dt. 31:12). El protestante ha creído saber que para no equivocarse debe conocer la Biblia, como amonestara Jesucristo a quienes sólo superficialmente eran religiosos: «*¿No erráis por eso, porque no sabéis las Escrituras ni la potencia de Dios?*» (Mr. 12:24). Y, en realidad, el nombre de protestante, tan mal interpretado en España, le ha venido por su amor a la Biblia, pues cuando el Emperador Carlos V puso en peligro la libertad del partido evangélico alemán, los evangélicos hicieron una declaración que decía así: «Teniendo en cuenta que no hay doctrina exacta fuera de la que es conforme a la Palabra de Dios; que el Señor prohíbe enseñar cualquier otra; que cada texto de la Escritura Sagrada debe ser explicado por textos más claros; que este Libro Sagrado es idóneo para disipar las tinieblas del creyente, en todos sus aspectos, estamos resueltos, con la gracia de Dios, a mantener la predicación simple y exclusiva de su Única Palabra, tal como se encuentra contenida en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, sin añadirle nada. Sólo esta Palabra es verdadera. Es la norma segura de toda la doctrina y de toda la vida, y nunca puede fallar ni engañar...; no podemos consentir ningún acto o decreto contrario a Dios, a su Palabra, a la salvación de las almas y a la buena conciencia». Después de la Dieta de Spira, en 1529, se les llamó **protestantes** a causa de dicha declaración; pero el nombre verdadero, anterior a la Reforma, es el de evangélicos y hombres que se basan en la Verdad de la Biblia.

El amor a la Biblia llevó a los «protestantes» a los calabozos de la Inquisición y a la hoguera de los quemaderos de España, al desierto, como en el caso de los Hugonotes y Valdenses, y a otros extremos de heroicidad y sacrificio, antes que vender su fe a las conveniencias del siglo, y la piedad «protestante», fundada en la Santa Palabra de Dios, ha sido reconocida por todos. La lectura de la Biblia guía la oración del «protestante» y su culto personal, o familiar, celebrado al comienzo de cada día o en cualquier otra ocasión, apropiada, consiste esencialmente en la

lectura de un pasaje de las Escrituras y en una oración orientada, en general, y guiada y sostenida por esta lectura. No es para el evangélico sólo ocasión de instruirse y de adquirir conocimientos teológicos la lectura de la Biblia, sino ocasión también de responder a Dios por la oración, luego de haberle oído a Él en Su Santa Palabra. Es útil recordar lo que el padre Curci dijo sentidamente en **Vaticano Regio VI, 16**: «Entre los protestantes, especialmente los de Inglaterra, el pueblo, gracias al estudio continuo de la Biblia por el clero y su lectura por los legos, mayormente la del Nuevo Testamento, tienen un conocimiento más extenso y completo de Cristo, el soberano objeto de nuestra fe, que el que se encuentra en el gremio católico-romano». La Encíclica «*Divino Afflante Spiritu*» dio pie para que cierto sector inteligente del campo católico español se decidiera a hacer una traducción directa de los originales hebreo y griego, como tenían los protestantes en España desde hacía muchísimos años, y, consecuentemente, vimos aparecer la Biblia de Nacar-Colunga y la Bover-Cantera. La revista «Momento», de Barcelona, fechada en 6 de marzo de 1952, refiriéndose a esta última Biblia, hace una historia, firmada por el catedrático de hebreo de aquella Universidad, y dice: «... Casiodoro de Reina, morisco granadino, que de fraile pasó a luterano, y que es autor de la primera versión protestante completa y directa de los libros sagrados al castellano. La Biblia de Reina, llamada «del Oso» por la figura de la portada, fue impresa en Basilea (1567-69), donde solían crujir las Biblias protestantes. Antes de Casiodoro de Reina, otros reformistas españoles pusieron manos en traducciones incompletas del Texto Sacro. Juan de Valdés trasladó los Salmos y algunas cartas paulinas; Francisco de Enzinas, todo el Nuevo Testamento; Juan Pérez retocó estas traducciones. Para Menéndez y Pelayo la traducción de los Salmos de Juan Pérez no tiene par en la prosa castellana. La versión de Casiodoro de Reina, corregida por Cipriano de Valera, se ha ganado las prensas del protestantismo. Fue editado por vez primera en Amsterdam en 1602. Desde entonces hasta nuestros días –desde el siglo XIX, sobre todo–, las secciones

protestantes extranjeras imprimen y malvenden ediciones y más ediciones de la Biblia de Valera, la cual tiene de bueno lo castizo del lenguaje, y de malo, aparte de algunos galicismos, su origen protestante y su falta absoluta de notas aclaratorias. En lengua y en ser traducción de los textos originales lleva buena ventaja a las dos versiones completas castellanas que hasta el año 1944 leíamos los católicos: la «infelicísima» del escolapio padre Felipe Scio, impresa en Valencia, a final del siglo XVIII (1791-93), y la más lograda del canónico barcelonés Félix Torres Amat, publicada en Madrid (1823-25). Ambas traducen la Vulgata Latina, lo mismo que la Biblia de Colunga-Turrado, publicada por la Editorial Católica hace pocos años».

En el segundo artículo sobre el mismo tema, aparecido en el número siguiente, dice Díez Macho: «Después de tantos siglos y de tantas traducciones, los católicos de habla castellana no podíamos aún leer una Biblia española completa, vertida de las lenguas originales “de la verdad griega y hebrea”..., en los países protestantes, en los que abundan las versiones vernáculas de los textos sagrados...»

Conviene, sin embargo, explicar, aunque someramente, cuáles son los libros aceptados por los cristianos y cuáles no; cuáles son los seguros y cuáles los dudosos; cuáles entraron en el canon y cuáles no.

La Biblia es el producto de un desarrollo lento y largo, en el curso del cual los documentos fueron compilados, editados y, finalmente, fueron autorizados como válidos para ser incorporados en el Canon. Hay, sin embargo, algunas fuentes que la misma Biblia cita, como, por ejemplo, el libro de Jaser (Josué 10:13) y el Libro de las Guerras de Jehová (Números 21:14).

Aparte de ciertas referencias a escritos como el Cántico de Moisés (Dt. 32:1-43), el compilador del libro de las Crónicas refiere siempre a sus lectores a ciertas fuentes, como los relatos, literalmente «palabras», de Samuel, Natán, Gad, las profecías de Aías y de Isaías, relatos extensos de los reyes de Judá y de Israel. Lo que se dice en otros lugares de los profetas

Samuel [1 Samuel), Natán [2 Samuel 12) y Gad [2 Samuel 24:11) ilustra la clase de material que se tenía a mano para escribir los libros. .

Las profecías y los oráculos se transmitían oralmente y también se ponían en forma escrita, como, por ejemplo, las menciones de Isaías 30:8 y Habacuc 2:2, que dicen:

«Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero, eternamente y para siempre».

«Y Jehová me respondió y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella».

También aprendemos cómo los oráculos de Jeremías los escribía su propio escriba, Baruc, si leemos el capítulo 36 de dicho libro de Jeremías.

Un paso claro en el desarrollo del Antiguo Testamento se indica en el Deuteronomio, cuyo título equivocado implica una segunda ley, y se debe a la traducción de la Septuaginta de lo que es la «copia de la ley» en 17:18. Su descubrimiento en el reino de Josías se encuentra en el relato del segundo libro de los Reyes, capítulo 22, y el término Torah o Ley, se le aplicó en Deuteronomio 1:5, etc., convirtiéndose más tarde en el término de todo el Pentateuco, cuya promulgación se asocia con el famoso Esdras, que encontramos en el libro de Nehemías, capítulo 8, si bien se suscitan cuestiones difíciles en cuanto a cronología, etcétera, que no podemos ahora aquí discutir. De todas formas, el Canon del Antiguo Testamento hebreo, que comienza con el Pentateuco, creció gradualmente y tiene tres partes: a) el Pentateuco (Génesis a Deuteronomio); b) Josué a Reyes y desde Isaías a Malaquías (llamados, respectivamente, profetas anteriores y posteriores), y c) los escritos, que comprenden los otros libros (incluyendo también a Ruth, Lamentaciones y Daniel). Este Canon fue fijado alrededor del año 100 de nuestra Era; luego de dudas expresadas con respecto a los libros de Crónicas, el Cantar de los Cantares, Eclesiastés y algún otro libro.

El Antiguo Testamento de los judíos y de los protestantes tiene 39 libros, y no están dispuestos, como tampoco lo están en las Biblias católicas, en orden cronológico, ni siquiera en el orden en que aparecieron en su original hebreo; pero se dispusieron según el orden que por primera vez adoptó la versión Septuaginta. Parece ser que esta disposición de los distintos libros y su colocación, y los títulos dados a algunos de ellos, son de origen humano, al tratar de editarlos o de prepararlos para el servicio de las sinagogas y posteriormente de las iglesias cristianas. Este orden ha sido seguido en la mayoría de las traducciones de la Biblia y de sus revisiones.

Sin embargo, todos confiesan que el orden en que los libros aparecen en nuestras Biblias es muy notable desde distintos puntos de vista, e incluso algunos han llegado a decir que la disposición, aunque de origen humano, ha sido guiada por la misma divinidad. Los verdaderos nombres o títulos de los libros, sin embargo, se indican, generalmente, ya sean por las palabras con que empiezan o por el significado del nombre que lleva el personaje principal del libro. Por ejemplo, el libro del Génesis se llama, como leemos en su primer versículo, «En el principio»; el libro del Éxodo, como dice su primer versículo, «Estos son los nombres»; el libro de Samuel significa «Pedido a Dios»; el libro de Isaías, «La salvación de Jehová».

Un ejemplo notable de esto se halla en el Nuevo Testamento en el Apocalipsis, que llamamos «La revelación del Apóstol San Juan»; pero que, en realidad, como su primer versículo indica, es «La revelación de Jesucristo».

El orden y posición de los libros, como dijimos antes, si bien de origen humano se presentó en tres partes, a las que el mismo Jesucristo alude, es decir: la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos u otros escritos. En el Evangelio de San Lucas 24:44 leemos: «*Todas las cosas que están escritas en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos, respecto de mí, han de cumplirse*». También en el mismo Evangelio de San Lucas y en el mismo capítulo leemos que Jesucristo estaba explicando las Escrituras a los suyos, referentes a su propia persona, a su

vida, muerte y resurrección, y dijo el evangelista que Cristo empezó a explicarles las Escrituras comenzando por Moisés, y todos los profetas, y todas las Escrituras»; o sea, que hace las tres divisiones del Antiguo Testamento a que nos referimos antes.

Esta división es como sigue:

1. **LA LEY** (5 libros).

Génesis.

Éxodo.

Levítico.

Números.

Deuteronomio.

2. **LOS PROFETAS** (8 libros).

Profetas anteriores (4 libros).

Josué.

Jueces.

Samuel (1 y 2).

Reyes (1 y 2).

Profetas posteriores (3 libros).

Isaías.

Jeremías.

Ezequiel.

Profetas menores (12 libros).

Oseas.

Joel,
Amós.
Abdías.
Jonás.
Miqueas.
Nahum.
Habacuc.
Sofonías.
Hagéo.
Zacarías.
Malaquías.

3. LOS SALMOS Y OTROS ESCRITOS (11 libros).

Salmos.
Proverbios.
Job.
Cantar de los Cantares.
Ruth.
Lamentaciones.
Eclesiastés.
Ester.
Daniel.
Esdras-Nehemías.

Crónicas (primera y segunda).

TOTAL, 24.

En las Biblias católicas aparecen unos cuantos libros que no son aceptados como canónicos, y por ello aparecen bajo el título de «Deuterocanónicos», o sea, después del canon, y, por tanto, reconocidos en todo el mundo como Apócrifos. Esta es una palabra griega que significa «ocultos» o «secretos», y que se adoptó porque precisamente la fecha de los mismos, su origen y la paternidad literaria de ellos era sumamente dudosa. Se supone que algunos de ellos fueron escritos unos cuantos siglos antes de Jesucristo, aunque algunos otros fueron escritos mucho después de Él. Tradicionalmente hay catorce o quince libros en la Apócrifa, y en cuanto a su tipo literario pueden clasificarse como sigue:

- a) Históricos: Primero y segundo de los Macabeos. Primero de Esdras (tercero de Esdras en la Vulgata).
- b) Legendarios: Adiciones al libro de Ester, la oración de Azarías y el Canto de los Tres Jóvenes, Susana, Bel y el Dragón, Tobías y Judit.
- c) Proféticos: Baruc, La carta de Jeremías (que se considera el capítulo 6 de Baruc) y La Oración de Manases.
- d) Apocalípticos: Segundo de Esdras [cuarto de Esdras en la Vulgata).
- e) Didácticos: Eclesiástico y Sabiduría de Salomón.

En el siglo IV, cuando San Jerónimo hizo la revisión de la Antigua Latina [que contenía los libros Apócrifos, sacados de la Septuaginta griega) tuvo cuidado en indicar, por medio de prefacios a los dichos libros y a las partes que no se hallaban en el canon hebreo, que precisamente no estaban incluidos en los libros de autoridad judaica, no debiendo ser utilizados «para establecer cualquier doctrina». Luego, los copistas de los manuscritos de la Vulgata Latina omitieron todos

esos prefacios, y así provocaron la confusión en cuanto a dónde estaba el canon hebreo y dónde no estaba; la consecuencia fue que muchos padres de la Iglesia no llegaron a hacer distinción alguna al citar tanto de unos libros canónicos como de los Apócrifos. Así llegamos hasta el Concilio de Trento, en abril 8 de 1546. en que la Iglesia Católica Romana puso el sello de su autoridad en esos once libros Apócrifos (o parte de los libros), y decretó anatema cualquiera que no los recibiera, según la Biblia Vulgata Latina, con los demás libros sagrados y canónicos. La consecuencia es que todavía hoy las Biblias católicas contienen los siguientes libros mezclados con los libros verdaderamente canónicos del Antiguo Testamento, distinción que, aunque muy suave, se puede notar en nuestras Biblias católicas actuales hechas por sus traductores en las introducciones: Tobías, Judit, adiciones al libro de Ester, Sabiduría de Salomón, Eclesiástico, Baruc (incluyendo la epístola de Jeremías), tres adiciones de Daniel, primero y segundo de Macabeos.

Durante la Reforma, cuando hubo plena libertad para refutar tantas cosas, los reformadores Lutero, Calvino, Zwinglio, etc., reavivaron la antigua enseñanza de que solamente los libros del canon hebreo tenían que considerarse de autoridad, y por eso, en la mayoría de las ediciones protestantes de la Biblia no aparecen los libros Apócrifos juntos con los de autoridad canónica; hay que decir, sin embargo, que la primera edición de la Biblia inglesa autorizada en 1611 incluyó los libros Apócrifos, como lo había hecho antes la Biblia de Coverdale en 1535, en cierto modo de una manera apologética, cosa que, como hemos dicho antes, fue rechazada durante la Reforma; pero el artículo 6 de la Iglesia de Inglaterra dice: «Leerlos para ejemplo de vida e instrucción de modales; sin embargo, no sirven para establecer ninguna doctrina».

En el año 1957 se hizo la primera traducción de los libros Apócrifos en una versión revisada standard por un Comité de eruditos americanos, y hoy día, en los contactos entre católicos y protestantes mediante la Secretaría del Vaticano y las Sociedades Bíblicas Unidas, está en

discusión el problema de estos libros llamados Apócrifos.

De estos libros, dice el célebre historiador Josefo, a finales del primer siglo de la Era Cristiana, en su famoso discurso *Contra Apión* [cap. 1, part. 8): «Desde Artajerjes hasta nuestros días se han escrito varios libros, pero no los consideramos dignos de confianza idéntica a los libros que les precedieron porque se interrumpió la sucesión de los profetas. Esta es la prueba del respeto que tenemos a nuestras Escrituras».

En cuanto a los libros Apócrifos, dice el erudito P. H. Scott: «La lectura de los libros Apócrifos revela una considerable diferencia de carácter entre ellos y los libros canónicos, particularmente en los fragmentos narrativos de los libros. En los libros canónicos, el retrato de los personajes es, en todos los casos, completamente fiel y sin tapujos. Incluso con los personajes considerados desde ciertos aspectos como ideales, tales cuales Abraham, David, no hay vacilación en narrar con perfecta fidelidad sus pecados y faltas, sus deficiencias espirituales y fracasos, de igual manera que sus triunfos espirituales; es decir, son personajes sacados de la vida real. Pero no ocurre así con los Apócrifos; son personajes idealizados. Tobit, Tobías, Judit y los Macabeos, por ejemplo, son presentados como personajes que jamás pueden hacer mal, y en algunos casos se hace lo mismo con el pueblo elegido, Israel, presentándolo como la única nación justa. En estos aspectos hay un decaimiento definitivo del nivel espiritual de esos relatos comparados con los del Antiguo Testamento... Por otra parte, en los libros Apócrifos nos encontramos en una atmósfera diferente. En el libro de Sabiduría se describen las plagas de Egipto con tal riqueza de detalle y belleza que raya en lo fantástico; en el segundo de Macabeos, las apariciones de los jinetes cubiertos con armaduras de oro, ayudando a los judíos a ganar tremendas victorias, se introducen según las costumbres de las leyendas romanas de Cástor y Polux; en Tobías, el método de restaurar la vista a Tobías usando las agallas de un pez bendecido por el ángel Rafael; en Bel y el Dragón (añadido a Daniel), el profeta Habacuc es llevado por los pelos a

Babilonia, volando con un ángel, para alimentar a Daniel en el foso de los leones, y así numerosas inconsistencias y claras falsedades... Y al comparar los dos libros de los Macabeos, vemos que no están de acuerdo en muchos lugares, y que incluso el autor confiesa sus graves defectos... Contrariamente, los libros del Antiguo Testamento, inspirados, aunque compuestos por una variedad de escritores, muestran un alto grado de consistencia, y es perfectamente posible demostrar su exactitud por los descubrimientos arqueológicos y otros estudios».

Si tenemos presente el rasgo único de la Biblia mencionado anteriormente, esto es, su construcción numérica, el científico descubrirá pronto que los libros Apócrifos no pueden equipararse con los inspirados. El erudito en lenguas orientales Karl Sabiers, de Los Angeles, a quien nos referimos en el capítulo cuarto, dice: «Varias personas han dedicado mucho tiempo a examinar los clásicos griegos por ver si hallan la misma estructura matemática que en la Biblia, pero no han encontrado ni rastro. En todo el mundo no se encuentra una pieza literaria que contenga tan sorprendentes rasgos numéricos. Los libros Apócrifos no presentan señales de esta construcción numérica».

Independiente de esto, creemos que hay fragmentos de los libros Apócrifos que se vuelven contra las prácticas de la Iglesia Romana; por ejemplo, la adoración de las imágenes. Copiamos de una Biblia católica del libro de Sabiduría 13:10: «Pero malaventurados son y fundan en cosas muertas sus esperanzas, aquellos que llamaron dioses a las obras de mano de los hombres, al oro y a la plata labrados con arte o a las figuras de los animales o a una pieza inútil obra de mano antigua. Como cuando un artífice hábil corta del bosque un árbol derecho y diestramente le quita toda la corteza, y, valiéndose de su arte fabrica mañosamente un mueble a propósito para el servicio de la vida, y los restos los recoge para cocer la comida; y aun de estos restos que para nada sirven por estar torcidos y llenos de nudos, lo va puliendo a ratos desocupados, y con la pericia de su arte va dándole hasta hacer de él la imagen de un hombre, o darle la semejanza de

un animal, pintándole de bermellón y poniéndole la encarnadura y cubriéndole todos los agujeros y hendiduras que hay en él; y haciendo después para la estatua un nicho conveniente la coloca en la pared y la afirma con clavos para que no caiga al suelo, usando con ella de esta precaución, porque sabe que no puede valerse a sí misma puesto que es una mera imagen, la cual ha de menester ayuda para sostenerse. Y, sin embargo, ofreciéndole votos le consulta sobre su hacienda, sobre sus hijos y sobre sus matrimonios. Ni se corre de hablar con aquellos que no tienen vida; antes bien, suplica por la salud a un inválido y ruega a un estafermo; para hacer un viaje se encomienda a quien no puede menearse; y para sus ganancias y sus labores y el buen éxito de todas las cosas, hace oración al que es inútil para todo. Asimismo piensa otro navegar y estando para surcar las encrespadas olas, invoca a un leño más endeble que aquel en que se va. A este leño le inventó la codicia de ganar y le fabricó el artífice con su saber, mas tu providencia, ¡oh, Padre!, lleva el timón, por cuanto en medio del mar abriste camino a tu pueblo que huía de Egipto».

Por todo ello, no se beneficia la Iglesia Romana al pretender, cosa ya descalificada, poseer «la Biblia completa» con esos libros espúreos, sino todo lo contrario. De nuevo acudimos a Josefo, el historiador judío, que en su obra *Contra Apión*, libro primero, sección ocho, dice como sigue: «Nosotros no tenemos una multitud innumerable de libros entre nosotros que estén en desacuerdo y se contradigan como tienen los griegos, sino solamente veintidós libros, que contienen los relatos de todos los tiempos pasados; que son, según creemos firmemente, de origen divino, y hemos dado crédito fiel a los libros de nuestra nación de forma evidente, ya que durante tantísimas edades ninguno se ha atrevido en nuestro pueblo ni a añadir ni a quitar nada de ellos, ni siquiera a incorporar ningún cambio en dichos libros».

De modo que está perfectamente claro, en el testimonio de Josefo, de que, aunque algunos de los libros Apócrifos hayan podido estar escritos en su tiempo, no ha hecho ningún intento de

incorporarlos ni nadie lo hizo hasta el tiempo de los apóstoles, no pudiendo, por tanto, considerarse a los libros Apócrifos entre las Escrituras Sagradas. Todavía más, hay pruebas de que la primera introducción de tales libros espúreos entre los libros del canon sagrado pudo haber tenido lugar centenares de años después, porque el obispo Cirilo de Jerusalén, que nació por el año 315 de nuestra era, ya se refería a la traducción de la Septuaginta en su día, y mostraba que en aquel tiempo los libros Apócrifos no se habían incluido todavía en la traducción griega, ya que en su día la dicha Septuaginta o versión griega del Antiguo Testamento contenía tan sólo los veintidós libros sagrados de los judíos. Sus palabras son: «Leed las Escrituras divinas, o sea, los veintidós libros del Antiguo Testamento, que tradujeron los setenta y dos intérpretes». [Es decir, la traducción llamada Septuaginta).

Además, si la Septuaginta hubiese realmente contenido aquellos libros Apócrifos en los días de nuestro Señor y hubiese sido reconocido de modo general con tales libros por los judíos como una especie de versión autorizada, habría sido natural que Cristo hubiese levantado su voz en protesta solemne contra la impiedad de incluirles en un canon sagrado; sin embargo, no levantó ninguna protesta, y aunque tenemos en el Nuevo Testamento unas 263 citas directas y unas 370 alusiones a pasajes del Antiguo Testamento, sin embargo, entre todo ese vasto número no hay ni sólo una referencia justificada por Cristo o por sus apóstoles a esos escritos Apócrifos. P. E. Kahle, A. Rahlfs y otros eruditos discrepan sobre el número de libros que en su origen tuviera la versión LXX.

Es preciso aclarar aquí que en la lista anteriormente dada de veinticuatro libros representamos la manera de contar judía; sin embargo, Josefo cuenta veintidós, según hemos visto también referido por el obispo Cirilo de Jerusalén, y se cree que Josefo, como otros judíos, dieron el número de letras que tiene el alfabeto hebreo, probablemente uniendo el libro de Ruth al de los Jueces y el libro de Lamentaciones al de Jeremías; así fue seguido por unos cuantos de los

Padres de la Iglesia, entre ellos Orígenes y San Jerónimo. Nosotros contamos treinta y nueve libros porque separamos individualmente los profetas menores, y dividimos los libros de Samuel, de Reyes, de Esdras y de Nehemías, como igualmente Crónicas en dos libros cada uno de acuerdo con el uso del Antiguo Testamento griego o Septuaginta (versión de los Setenta) y posteriormente de la Vulgata Latina.

Ahora, una vez considerada la cuestión de los libros Apócrifos, debemos decir que ha habido otros libros, mencionados en la propia Biblia, que no llegaron nunca a nuestras manos. Esos libros son: «el libro de las Guerras del Señor» (Números 21:14); «el libro de Jaser» (Josué 10:13); «el libro de Natán el profeta» (1 Crónicas 29:29); «el libro de Gad el vidente» (1 Crónicas 29:29); «la profecía de Ahías sionita» (2 Crónicas 9:29); «las visiones de Iddo el vidente» (2 Crónicas 9:29).

No hay duda, pues, de que hubo ciertos libros escritos por profetas y otros que no se han introducido en lo que hoy llamamos la Biblia y no se nos dice cuál fue el propósito de los tales ni por qué desaparecieron, siendo así que otros sí han hallado su lugar en el canon. No será difícil aceptar que esos libros eran de naturaleza limitada y local, conteniendo asuntos, por ejemplo, relacionados con ciertas experiencias de las peregrinaciones de los israelitas (Números 21:14) e incidentes en la vida de Josué (Josué 10:13), o de David (1 Crónicas 29:29), o de Salomón (2 Cr. 9:29), etc., que no eran ni necesarios ni deseables que hubiesen sido incluidos para tener un lugar permanente dentro de los escritos sagrados.

Las Escrituras, como sabemos, no tienen la intención de mostrarnos todos los detalles de las vidas y hechos de todos los hebreos, sino que vienen a nosotros como un sumario condensado de todos aquellos hechos, incluyendo solamente las cosas que podrían servirnos para entender cuál sea el propósito divino, ya que, como dijera el apóstol San Pablo a su discípulo Timoteo, todas estas Escrituras son *«útiles para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en*

justicia», y todo aquello, incluso en las vidas del pueblo de Dios, que no servía para este gran propósito y finalidad se omitía, de modo que muchos detalles o relatos que podrían ser interesantes en sí mismos no se conservaron para la posteridad como se conservaron los que tenemos en la actualidad guiados por la providencia de Dios.

Cuando leemos tales expresiones como «*ahora el resto de los hechos de Salomón, primeros y postreros, ¿no están escritos en el libro de Natán el profeta, y en la profecía de Abias silonita, y en las visiones de Iddo el vidente?*» (2 Cr. 9:29), recibimos una sencilla declaración registrada por el Espíritu Santo de que, además del relato inspirado que nos muestran estas grandes verdades, había otros relatos, tal vez más completos, de aquellos hechos maravillosos y extraños del gran Salomón, en tanto que las mismas palabras empleadas parece que nos dan a entender que el relato de la Biblia, o sea, todo lo que se contiene en el libro de Dios, es lo que Dios mismo considera necesario conservar para nuestra admonición o instrucción.

Además, cuando pensamos en la maravillosa carrera de los israelitas, desde los primeros días de su historia hasta la época de su dispersión, lo maravilloso es, no que hubiera medía docena de libros fuera de la Biblia que contengan relatos parciales de aquel pueblo único, sino que no nos enterásemos de que había muchísimos más libros registrando estos hechos. De cualquier manera, es evidente que los libros que son mencionados lo fueron para servir el propósito divino conveniente, como prueba independiente y externa, como testimonio de la verdad de aquello que los profetas dijeron y escribieron.

Pasando ahora del Antiguo al Nuevo Testamento, dejamos al viejo Israel por el «Israel de Dios», como dice San Pablo a los de Galacia y San Pedro en su primera epístola. El Antiguo Testamento es un libro sagrado de judíos y de cristianos, pero los caminos se separan, y ahora en el Nuevo tenemos a Jesús, el Cristo, que significa el Ungido, el Mesías esperado, a los heraldos del reino del Padre y a todo un equipo de seguidores en corporación llamados «el

cuerpo de Cristo», animados por su Espíritu, que habrá de seguir hasta nuestros días.

El Nuevo Testamento hereda del Antiguo, y aunque tiene un fondo hebreo y arameo, difiere del judaísmo de los rabinos por la influencia de los judíos de lengua griega y del mundo griego. En este Nuevo Testamento una vez más encontramos profetas, y Jesús era un profeta, incluso «falsos profetas»; hay parábolas (como también en los escritos rabínicos) y visiones como en el Antiguo Testamento; las profecías de Amós, capítulo 7, podrían ser escritas al estilo del Nuevo Testamento, incluso como la de Mateo 13, que bien podría enmarcarse en el Antiguo Testamento. Existen problemas similares de composición, por ejemplo, los Dichos de Jesús, tales como los oráculos de los profetas anteriores, por ejemplo, el Sermón del Monte y el capítulo 23 de Mateo, versículos del 13 al 36 (*«Mas, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los que están entrando»*. Mateo 23.13).

Los libros del Nuevo Testamento comienzan con las narraciones, los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Los Evangelios nos llevan a la crucifixión de Jesús, a su muerte por los pecados de los hombres y a su resurrección, siendo esto lo que se llama la historia de la Pasión, que es fundamental. Hay gran repetición en los relatos de los evangelistas, y ya entre los años 170 y 180 de nuestra era aparece lo que se llamó una «Harmonía» de los Evangelios que fue muy popular. Esta, el ***Diatessaron***, de Taciano, tenía como base el cuarto Evangelio, recordando así la opinión moderna de que el Pentateuco está compuesto de varias fuentes y que tiene como base un código sacerdotal, que le dio su forma actual. Pero al examinar más profundamente el contenido del cuarto Evangelio, se ve que es distinto a los otros tres, y a los primeros se les llama «Sinópticos» por causa de su estrecha relación entre ambos. Hay pasajes en Marcos que no aparecen ni en Mateo ni en Lucas, considerándose peculiares a dicho Evangelio; pero Mateo y Lucas tienen material en común que se dice que viene de Marcos o de

otra fuente extraña, que los eruditos alemanes llamaron **Q** (*Quelle* =fuente); en cualquier libro bueno sobre Introducción al Nuevo Testamento podremos encontrar disquisiciones sobre la formación de estos tres Evangelios llamados Sinópticos, pero independientemente de ellos y con otra estampa tenemos el cuarto Evangelio, que puede leerse juntamente con las epístolas de San Juan y con el libro del Apocalipsis, ya que de modo tradicional se dice que tanto el Evangelio como éstas son obra de San Juan, el hijo de Zebedeo.

Tiene rasgos muy distintivos, como, por ejemplo, destaca el ministerio de Jesucristo en Jerusalén y no, como hacen los sinópticos, en Galilea; la limpieza del templo la sitúa antes y la última cena no es, como lo es en Marcos, una comida pascual.

Para San Juan no es el reino que va a venir la nota principal, sino la vida actual: Vida, Luz y Espíritu son los conceptos dominantes, y aunque sea un libro místico, tiene sus pies asentados sobre la tierra y trata a Jesucristo de modo real, tanto en la naturaleza humana como divina, en subordinación a su Padre. Desde el principio Jesús es la luz del mundo, el Mesías, el Hijo de Dios. La ley judaica ya ha pasado, el Logos se ha hecho carne y ha habitado entre los hombres. Ese Logos, además de «Palabra», es «razón», es la palabra creadora desde el principio y en ella también se encierra el sentido de «sabiduría», así que todo el prólogo de San Juan tiene un gran valor filosófico, y todo su Evangelio, aunque con gran simplicidad, es un real enfoque místico, filosófico y metafísico de la figura de Jesucristo, Hijo del hombre e Hijo de Dios.

San Lucas, que se muestra a sí mismo como artista consumado en su Evangelio, nos ofrece el libro de los Hechos, y en él el relato de la extensión y diseminación de la nueva religión a partir de la resurrección, según encontramos en dicho libro «empezando desde Jerusalén». El libro indica cómo se predicó el cristianismo, nos presenta el surgir de la iglesia en Jerusalén bajo la dirección de Santiago, el hermano de Jesús, y del primer mártir, Esteban, después de su declaración de cristianismo. Felipe predica entre los samaritanos y San Pablo (Saulo) se

convierte de violento guía persecutor en cristiano vehemente. San Pedro, hombre de mente más liberal que Santiago, tiene a su cargo la admisión de los gentiles a la comunidad cristiana, y se presenta el problema de las condiciones de membresía de estos gentiles, siendo palpitante el asunto de «limpio» e «inmundo», en especial ya refiriéndose a la comida. El Consejo Apostólico, importantísimo, del capítulo 15, resuelve la cuestión, pero no del todo, y Pablo, que es la figura central en el resto de ese libro de los Hechos, continúa sus viajes misioneros con los resultados que el lector de la Biblia puede sacar leyendo sus cartas o epístolas dejadas en el Nuevo Testamento.

En los primeros años de la Iglesia cristiana, los convertidos se hacían mediante el testimonio personal, y la gente que había conocido a Jesús y había experimentado el poder de su amor lo contaba a otros. La vida de estas personas y sus palabras atraían a los oyentes, aunque no a todos, y se «reunían» con ellos para estudiar o hablar de estas cosas. Los que se habían arrepentido y admitían esta «nueva vida» eran llamados «hermanos» y se disponían, como los primeros, a testificar; así nació la Iglesia.

Entretanto, aunque el hebreo era la lengua tradicional de Palestina, los libros sagrados, esto es, el Antiguo Testamento, escritos antes de nacer Jesús, eran leídos por los propios judíos en lengua griega, en las comunidades dispersas, formadas por las conquistas de Alejandro. Aquella traducción griega se llamó Septuaginta, como sabemos, y se empleó en las sinagogas del Mediterráneo. Fue el griego la lengua más usada, y por esta razón los primeros cristianos hablaban y escribían en griego, según vimos. Por eso, cuando llegó la hora de escribir los libros que hoy componen el Nuevo Testamento, se hizo en dicha lengua. Es posible, no obstante, que algún evangelio o fragmento haya sido escrito en arameo primeramente (como los discursos de Mateo, fragmentos de Lucas o el Apocalipsis), pero la verdad es que todo el Nuevo Testamento ha sido siempre publicado y circulado en griego por todo el Imperio Romano.

En el segundo y amplio viaje misionero de San Pablo aparece lo primero que, probablemente, se ha escrito del Nuevo Testamento, la primera carta que mandó a los cristianos de Tesalónica, dándoles consejos sobre ciertos problemas que sus ayudantes, Silas y Timoteo, le habían comunicado. La carta fue bien recibida, pero luego Pablo sintió la necesidad de escribir otra, la segunda, a los Tesalonicenses, dando más exactas instrucciones sobre ciertos pensamientos, ya que aquellos cristianos hacían frente a la persecución y creían que Cristo volvería rápidamente para llevárselos al cielo.

Conforme estos grupos de iglesias cristianas recibían aquellas cartas, se iban haciendo copias, y pronto comenzaron a circular aquellas epístolas de San Pablo, formándose gradualmente el cuerpo de los escritos del Nuevo Testamento. En cierta ocasión San Pablo escribe: *«Y cuando esta carta fuere leída entre vosotros (los de Colosas), haced que también sea leída en la iglesia de los laodicenses; y la de Laodicea que la leáis también vosotros»*. Aparece por aquel tiempo el Evangelio de San Marcos, la Carta de Santiago, etc. La necesidad de alcanzar nuevos convertidos y de continuar el testimonio de los primeros discípulos, llevó a escribir los evangelios, las cartas, exhortaciones, sermones, etc., que circularon seguidamente, todo escrito, naturalmente, a mano, probablemente sobre hojas de papiro, y ya en el siglo II adquirieron aquellos escritos la forma de un libro, con hojas de pergamino.

Los nueve o diez autores de los veintisiete escritos del Nuevo Testamento eran muy dispares en cuanto a carácter, espíritu y cultura, como igualmente diferían las circunstancias que les llevaron a escribir, si bien estaban íntimamente unidos por una común inspiración y una «fe igualmente preciosa», como por la fuerte convicción de que eran «siervos de Jesucristo» y «dispensadores de los misterios de Dios».

Como podemos deducir, los escritores del Nuevo Testamento no se habían forjado de antemano un plan, de común acuerdo. sino que cada uno actuaba independientemente, movido por el

impulso divino, sin saber que sus escritos habían de formar, corriendo el tiempo, un volumen precioso que recibiría el nombre de Nuevo Testamento, para unirse al Antiguo Testamento y formar el total de las Escrituras Sagradas o Biblia.

Ninguno de los escritos va destinado sólo a judíos o sólo a gentiles, ya que vienen motivados por la situación y los deberes de la primera iglesia cristiana, presuponiendo ya conocimiento y fe cristiana. De aquí que no contenga ningún libro del Nuevo Testamento un resumen intencionado y completo respecto de la enseñanza apostólica, sino que todos exponen el Evangelio en límites determinados, teniendo en cuenta las circunstancias especiales y las preocupaciones de los primeros lectores. Así es como nosotros podemos apreciar hoy la riqueza de la inspiración apostólica, recibiendo también en nuestro corazón, al otro lado de los siglos, las bendiciones espirituales que Dios desea dispensarnos.

Es fácil colegir, al leer, que los Evangelios (vida, muerte y resurrección de Cristo) se relacionan con el pasado, que los Hechos y las Epístolas se relacionan con el presente, y el Apocalipsis con el futuro.

En los Evangelios vemos al fundador de la religión revelada; en los Hechos y en las Epístolas, los fundamentos de la misma; en el Apocalipsis, su cumplimiento. En el primer grupo tenemos una introducción, en el segundo una aplicación y en el tercero una realización, o, visto de forma más clara, respecto de Jesús, en los Evangelios Cristo es el Profeta, en los Hechos y Epístolas el Sacerdote, en el Apocalipsis el Rey que viene.

El valor de estos escritos, históricos y espirituales, es desproporcionado, si lo medimos por su número y extensión, ya que la influencia y aplicación que han ejercido en la vida y en la Historia son incalculables.

Los escritores del Nuevo Testamento, como Jesús mismo, se vieron envueltos en problemas de diversa índole, al presentar la verdadera doctrina, pues por aquella época el pensamiento de las

gentes se encontraba influido por los distintos partidos, que aparecen mencionados en el Nuevo Testamento.

El mismo San Pablo nos dice que él era fariseo, partido que se caracterizaba por su fidelidad al diezmo, su separación de lo inmundo, etc., provocando una sucesión de reglas interminables; tenían su ley oral, o serie de interpretaciones no escritas, de los oráculos divinos, que pasaba de doctor a doctor, formando un sistema elaborado de tradición.

Además de los fariseos había los saduceos, que tenían intereses más seculares y contaban entre sus seguidores a los principales sacerdotes. Contrariamente a los fariseos, rechazaban la doctrina de los ángeles y la creencia en la resurrección del cuerpo, motivo de disputa entre ellos, según se ve en el Nuevo Testamento, en el mismo Sanhedrín, tanto en sus relaciones con Jesús como en sus polémicas con Pablo.

Otro partido, el de los esenios, aunque pequeño en número, era influyente por la buena fe y ascetismo de sus miembros. Y, finalmente, apareció la facción de los zelotes, que estaban descontentos con la paciencia de la nación en cuanto a Roma, promulgando el tomarse la justicia por su cuenta, llegando hasta la violencia.

La masa del pueblo judío no pertenecía a ninguno de estos partidos, y se veía imposibilitada para cumplir los mandamientos de los fariseos y de los esenios, no dejándose vencer por la aparente piedad de aquellos religiosos, todo lo que puede descubrirse a lo largo de los escritos novotestamentarios.

El Nuevo Testamento, como el Antiguo Testamento, fue una colección de colecciones, y también fue formado gradualmente, aunque durante un período de tiempo mucho más corto.

Tanto católicos como protestantes tienen los mismos libros del canon («vara o regla para medir») y nunca han discutido sobre ellos. La ignorancia popular habla de «epístolas de paja» y «evangelios de San Pedro» que hay o deja de haber en las Biblias, pero las personas cultas

saben que un Nuevo Testamento católico es idéntico a un Nuevo Testamento protestante, y que si el Antiguo Testamento católico añade unos libro Apócrifos o deuterocanónicos, no por esa merma se va a decir que la Biblia católica es «completa» ni que la protestante es «falsa». Para llegar a una Biblia común o ecuménica, la primera incógnita a despejar es «¿qué hacemos con los libros Apócrifos?»

30

Sección 1
(apartes)

RAZONES¹⁷⁵**¿CÓMO SE SABE QUE LOS ESCRITOS DEL APÓSTOL PABLO FUERON INSPIRADOS?**

Saulo de Tarso, quien después de su conversión fue el apóstol Pablo, escribió por lo menos doce cartas que se han incluido en el Nuevo Testamento. ¿Por qué debemos aceptar las cartas de este hombre como Palabra de Dios?

Pablo afirmó que él era "apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre...)" (Gálatas 1:1). Él era apóstol; había visto a Cristo resucitado. Preguntaba retóricamente: "¿No soy apóstol?... ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?" (I Corintios 9:1). Estaba, por lo tanto, en posición de autoridad al principio de la Iglesia.

¹⁷⁵«¿Cómo se sabe que los escritos del apóstol Pablo fueron inspirados?», «¿Cómo consideró Jesús el Antiguo Testamento?», «¿Tiene la Biblia carácter sobrenatural?» son tres artículos de la Sección 1 de *Razones*, libro de J. McDowell y D. Stewart. Ed. Vida. Págs. 19-22 y 59-61.

Este apóstol también recibió una revelación única de parte de Dios: *"El evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo"* (Gálatas 1:11,12). Este llamamiento fue dado al apóstol al nacer: *"Agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, ...revelar a su Hijo en mí"* (Gálatas 1:15,16).

El mensaje divino que Pablo recibió fue transmitido correctamente a las iglesias y a los individuos a quienes escribió. Él le dice a Tito: *"Dios, que no miente, ...a su debido tiempo manifestó su palabra por medio de la predicación que me fue encomendada por mandato de Dios nuestro Salvador"* (Tito 1:2,3).

Continuó diciendo: *"Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño, sino que según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones"* (1 Tesalonicenses 2:3,4).

La revelación dada a Pablo fue como un metro para medir otras supuestas revelaciones: *"Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema"* [Gálatas 1:8]. Su mensaje tenía el sello de la autoridad divina: *"Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor"* (1 Corintios 14:37).

En su primera carta a los Tesalonicenses, Pablo estableció su autoridad, sin dejar lugar a dudas: *"Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes"* (1 Tesalonicenses 2:13). *"Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios"* (1 Tesalonicenses 4:8).

El discípulo Simón Pedro confirmó el hecho de que los escritos de Pablo tenían la autoridad divina: "*Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición*" (2 Pedro 3:15,16).

Por consiguiente, tenemos pruebas de que Pablo, a quien llamó el Señor Jesucristo mismo en el camino a Damasco, escribió con la autoridad de Dios. Fue el instrumento escogido de Dios para revelar los misterios de Cristo Jesús, pues sin sus escritos, la explicación de la muerte y resurrección de Cristo quedaría incompleta.

¿CÓMO CONSIDERÓ JESÚS EL ANTIGUO TESTAMENTO?

Se podrían citar muchas razones por las cuales el Antiguo Testamento es Palabra de Dios, pero es el Señor Jesús mismo quien presenta el argumento más fuerte. Como Dios humanamente encarnado, Jesús habla con autoridad definitiva, y su testimonio con respecto al Antiguo Testamento no deja lugar a dudas.

Jesús creía que el Antiguo Testamento era divinamente inspirado; que era verdadera Palabra de Dios. Él dijo: "*La Escritura no puede ser quebrantada*" (Juan 10:35). Se refirió a las Escrituras como "el mandamiento de Dios" (Mateo 15:3,6). También indicó que era indestructible: "*Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido*" (Mateo 5:18). Obsérvese que menciona hasta las palabras y las letras.

Al comunicarse con la gente de su tiempo, con sus discípulos o los jefes religiosos, Jesús se refirió constantemente al Antiguo Testamento: "*¿No habéis leído lo que os fue dicho por Dios?*" (Mateo 22:31); "*Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?*" (Mateo 21:16, citando Salmo 8:2); "*¿No habéis leído lo que hizo David?*" (Mateo 12:3). Se podrían multiplicar los ejemplos para demostrar que Jesús estaba familiarizado con el contenido del antiguo Testamento. Lo citó con frecuencia, y tenía plena confianza en él. Confirmó muchos de los relatos del Antiguo Testamento, tales como la destrucción de Sodoma y la muerte de la esposa de Lot (Lucas 17:29,32), el asesinato de Abel a manos de su hermano Caín (Lucas 11:51), el llamamiento de Moisés (Marcos 12:26), la alimentación con el maná en el desierto (Juan 6:31-51), el juicio contra Tiro y Sidón (Mateo 11:21) y muchos otros.

Jesús no solamente confirmó la historicidad de estos relatos, sino que también autenticó algunos de los pasajes que se disputan más hoy en día. Muchos eruditos modernos no creen que Moisés escribió los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, pero Jesús sí (véanse Mateo 19:8,9; Juan 7:19; Marcos 12:29-31).

Algunos eruditos contemporáneos también suponen la existencia de más de un profeta Isaías, pero Jesús creyó en uno solo. En Lucas 4:17-21, cita a Isaías 61:1,2 (el supuesto segundo Isaías, o deuterio-Isaías), mientras que en Mateo 15:7-9 se refiere a la primera parte de la obra de Isaías (Isaías 6:9) sin el menor indicio de que piense en más de un autor.

Muchos rechazan en estos días la narración de Daniel, al negarle a Daniel su paternidad literaria, pero el Señor Jesús creía que él era profeta (Mateo 24:15). El relato de Adán y Eva se ridiculiza como leyenda, pero Jesús creía que la historia era verdadera (Mateo 19:1-6).

Asimismo, la historia de Noé y el diluvio universal no sólo es autenticada por Jesús (Mateo

24:37), sino que también la usó como ejemplo de su segunda venida. Finalmente, lo más increíble de todo –el relato de Jonás y el gran pez– lo usa Jesús como señal de su resurrección (Mateo 12:39 ss.).

Parece que Jesús se anticipó a refutar la crítica bíblica del siglo XX al autenticar estas narraciones. La conclusión es sencilla: Si una persona cree en Jesucristo, debe también ser consecuente y creer que el Antiguo Testamento y sus relatos son correctos. Muchos quieren aceptar a Jesús, pero desean también rechazar una gran parte del Antiguo Testamento. No existe tal opción. O Jesús sabía de qué estaba hablando, o no. Se ve con claridad que Jesús consideró el Antiguo Testamento como Palabra de Dios; siempre demostró una absoluta confianza en él.

¿TIENE LA BIBLIA

CARÁCTER SOBRENATURAL?

La Biblia no es un libro común. Se revela como la Palabra sobrenatural de Dios escrita a través de seres humanos. La Biblia es la Palabra de Dios escrita en palabras de hombres. Esto es posible, porque el Dios de la Biblia tiene poderes ilimitados. Llegamos a esta conclusión por las pruebas, no debido a cierto razonamiento cerrado o preconcebido.

Para que un libro sea considerado como venido del Dios todopoderoso debe llenar ciertos requisitos. En primer lugar, se nos debe transmitir con precisión desde el tiempo en que fue originalmente escrito, para que tengamos una representación exacta de lo que Dios hizo y dijo. También debe ser correcto al tratar de personajes y acontecimientos históricos. Un libro que confunda nombres, fechas y sucesos, no tiene derecho de afirmar que viene del Dios infalible.

Aun más, toda revelación de Dios debe estar desprovista de absurdos científicos que delatarían una paternidad literaria meramente humana.

Cualquier obra procedente de Dios debe llenar por lo menos los requisitos anteriores. La Biblia lo hace de sobra. Cuando consideramos los hechos, la Biblia revela su origen divino.

El texto de la Biblia ha sido transmitido con precisión. Podemos estar seguros de que lo que tenemos hoy en día es una representación correcta de lo que se confió originalmente a los hombres. Por ejemplo, hay más evidencias de veracidad en el texto del Nuevo Testamento, como reflejo exacto de lo que se escribió inicialmente, que la que hay en cualesquiera treinta obras de literatura clásica juntas.

Si se juzgan los documentos del Nuevo Testamento con las mismas normas o pruebas que se aplican a los clásicos griegos, las evidencias favorecen con gran ventaja al Nuevo Testamento. Si alguien afirma que tenemos un texto seguro de los clásicos, entonces se vería forzado a admitir también que tenemos un texto del Nuevo Testamento que es digno de confianza.

El Nuevo Testamento no sólo tiene un texto con pruebas de veracidad superiores a las de los clásicos, sino que también está en mejor forma textual que los 37 dramas de William Shakespeare, escritos en el siglo XVII, después de la invención de la imprenta. En cada uno de sus dramas hay lagunas, vacíos en el texto impreso donde no se tiene idea de lo que se dijo originalmente. Esto obliga a los eruditos que estudian esos textos a hacer una "enmienda de conjetura" (adivinar palabras atractivas) para llenar el espacio en blanco. Debido a la abundancia de las copias del Nuevo Testamento escritas a mano (más de 25.000), nada se ha perdido en la transmisión de su texto.

La historia que se registra en las Escrituras, también se ha comprobado que es exacta. En

cuanto hemos podido examinar, los nombres, lugares y sucesos mencionados en la Biblia han sido registrados con precisión.

El libro de los Hechos, por ejemplo, una vez considerado espurio, ha sido reivindicado por los descubrimientos modernos. Afirma el experto en historia romana A. N. Sherwin-White: "La confirmación de la historicidad del libro de los Hechos es abrumadora... Es absurdo tratar de negar su historicidad aun en los detalles. Los especialistas en historia romana por mucho tiempo lo han considerado veraz" (A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman law in the New Testament*, La sociedad y la ley de Roma en el Nuevo Testamento, p. 189).

Los que sostienen que la Biblia no es históricamente veraz, no son historiadores profesionales. Por esto el gran arqueólogo William F. Albright dijo: "Todas las escuelas radicales de crítica neotestamentaria que existieron en el pasado o que existen hoy en día son pre-arqueológicas y, como fueron edificadas 'en el aire', se consideran, por lo tanto, anticuadas en nuestros días" (William F. Albright, "Retrospecto y prospecto en la arqueología del Nuevo Testamento", en *The Teacher's Yoke*, El yugo del profesor, ed. E. Jerry Vardaman, p. 29). El testimonio de las evidencias históricas es que se puede confiar en la Biblia como documento en el que hay precisión.

Cuando la Biblia habla sobre asuntos científicos, lo hace con palabras sencillas aunque correctas y desprovistas de absurdos. Mientras otros relatos sobre la formación del universo y otros asuntos científicos parecen ridículos, no hay lugar de la Biblia que lo parezca. No es lo que se esperaría de un libro escrito por hombres de la era precientífica.

Los asuntos científicos también se escriben con moderación (así como en el relato de la creación en Génesis). La narrativa bíblica es precisa y concisa, en contraste directo con la cruda

historia babilónica que sostiene que la tierra fue hecha de una parte del cuerpo de uno de los dioses que le había sido cercenada en una lucha en los cielos.

Asimismo, el diluvio de los tiempos de Noé se presenta en palabras sencillas, pero precisas, con sentido científico. (Véase *The Genesis Flood*, El diluvio del Génesis, por John C. Whitcomb y Henry Morris, en cuanto a asuntos tales como la navegabilidad del Arca, etc.). La claridad y moderación que la Biblia demuestra en lo científico es exactamente lo que se esperaría de un libro inspirado por Dios.

La Biblia no sólo llena los requisitos mínimos de originalidad divina, sino que también contiene pruebas poderosas de su origen divino.

Esto se ilustra con la magnífica unidad de las Escrituras. Al pensar en todo lo que implica, la unidad de la Biblia nos da razones para creer que es un libro sobrenatural.

Supongamos que se escogen diez personas que vivan en la misma época histórica, de la misma zona geográfica, con la misma preparación intelectual y que hablen el mismo idioma, y se les pide que escriban independientemente sobre su concepto de Dios. Las probabilidades de tener como resultado un testimonio uniforme son muy remotas.

Sería lo mismo si se les pidiera que escribieran acerca del hombre, la mujer o el sufrimiento humano, pues es natural que los seres humanos difieran en opiniones sobre asuntos controvertibles. No obstante, los escritores bíblicos no sólo están de acuerdo sobre estos temas, sino también sobre docenas más. Tienen completa unidad y armonía. La historia de las Escrituras de principio a fin es una sola: la redención del hombre, aunque Dios usó diferentes autores humanos para escribirla. El carácter sobrenatural de la Biblia es una de las razones por las cuales creemos en la veracidad del cristianismo.

Sección I

LA BIBLIA CREO EN ELLA¹⁷⁶

El propósito de esta sección es edificar una confianza creciente en la Palabra de Dios. La Biblia

¹⁷⁶La Biblia, creo en ella" es la Sección I del libro "Evidencia que exige un veredicto", Tomo I. de J. McDowell. Ed. Vida. Págs. 15-79.

es digna de confianza y puede soportar un examen prolijo.

El bosquejo que viene a continuación tiene el propósito de ayudarle a usar con efectividad este material.

1A. LA BIBLIA ES ÚNICA

1B. En su continuidad	16
2B. En su circulación	20
3B. En su traducción	21
4B. En su supervivencia	21
5B. En sus enseñanzas.....	24
6B. En su influencia sobre la literatura.....	26

2A. LA BIBLIA ES DIGNA DE CONFIANZA

1B. El texto bibliográfico	43
2B. La prueba de la evidencia interna.....	63
3B. La prueba de la evidencia externa.....	65
4B. Su confirmación mediante la arqueología.....	67

Capítulo 1

LA SINGULARIDAD DE LA BIBLIA

1A. LA SINGULARIDAD DE LA ESCRITURA

1B. Introducción

Una y otra vez, como si fuese un disco rayado, escucho la frase, "Oh, ¿usted no lee la Biblia, verdad que no?" A veces está expresada de esta otra manera, "¡Vaya! pero si la Biblia es nada más que otro libro, usted debería leer... etc." También está el caso del estudiante que se enorgullece porque la Biblia está en su librero junto con sus otros libros, tal vez polvorienta y sin siquiera haber sido abierta, ¡pero está allí! con los otros "grandes."

Y tenemos el caso del profesor que desacredita la Biblia ante sus alumnos y se ríe despreciativamente ante el pensamiento de leerla, y para qué hablar de tenerla en la biblioteca de uno.

Las anteriores preguntas y observaciones me molestaban cuando procuré, no siendo cristiano todavía, refutar la Biblia como la Palabra de Dios al hombre. Finalmente llegué a la conclusión de que eran expresiones trilladas de hombres y mujeres prejuiciados, faltos de conocimiento, e ignorantes.

La Biblia debiera estar en la parte más alta de nuestra estantería, y ella solamente. La Biblia es "única." ¡Eso es! Las ideas de que he echado mano para describir la Biblia están resumidas en la palabra "única."

Webster debe haber tenido en mente este "Libro de libros" cuando escribió la definición para "único": "1. uno y especial; singular; solo. 2. diferente de todos los otros; no tiene igual o semejante."

El profesor M. Montiero-Williams (citado por Sidney Collet, *All About the Bible*, Fleming Revell), ex-profesor de Sánscrito en Boden, pasó 42 años estudiando libros del oriente, y dijo al compararlos con la Biblia:

"Apílelos, si quiere, al lado izquierdo de su mesa de estudio; pero coloque su propia Santa Biblia

al lado derecho –ella sola, completamente sola allí– y con un amplio espacio entre ellos. Por cuanto... hay un abismo entre ella y los así llamados libros sagrados del oriente, abismo que separa a ésta de los otros en forma total, sin esperanza, y para siempre... un abismo tan profundo que no puede ser atravesado por ninguna ciencia de pensamiento religioso." 8/314,315

2B. La Biblia es única.

Es el libro "diferente de todos los otros" en las maneras siguientes (además de muchas otras más):

1C. ÚNICA EN SU CONTINUIDAD. He aquí un libro:

1. Escrito en un período de 1600 años.
2. Escrito a lo largo de 60 generaciones.
3. Escrito por más de 40 autores de todas las clases sociales, incluyendo reyes, campesinos, filósofos, pescadores, poetas, estadistas, eruditos, etc.:

Moisés, líder político, adiestrado en las universidades de Egipto.

Pedro, un pescador

Amós, un pastor

Josué, un general militar

Nehemías, un copero

Daniel, un primer ministro

Lucas, un médico

Salomón, un rey

Mateo, un cobrador de impuestos

Pablo, un rabino.

4. Escrito en diferentes lugares:

Moisés en el desierto

Jeremías en una celda carcelaria

Daniel en la ladera de un cerro y en un palacio

Pablo dentro de los muros de la prisión

Lucas mientras viajaba

Juan en la isla de Patmos

Otros en medio de los rigores de una campaña militar.

5. Escrito en diferentes épocas:

David en tiempos de guerra

Salomón en tiempos de paz.

6. Escrito bajo diferentes estados de ánimo:

Algunos escribieron desde las cumbres del gozo y otros escribieron desde las profundidades de la tristeza y desesperación.

7. Escrito en tres continentes:

Asia, África y Europa.

8. Escrito en tres idiomas:

Hebreo: Era el idioma del Antiguo Testamento

En 2 Reyes 18:26-28 es llamado "la lengua de Judá."

En Isaías 19:18 recibe el nombre de "la lengua de Canaán."

Arameo: Era la "*lingua franca*" del Cercano Oriente hasta el tiempo de Alejandro el Grande (Siglo VI a.C. hasta el siglo IV a.C.) 14/218

Griego: Idioma del Nuevo Testamento. Era el idioma internacional en los tiempos de Cristo.

9. Incluye entre su material centenares de asuntos de controversia. Un asunto de controversia es tal que al mencionarse o discutirse crea opiniones contrarias.

Los autores bíblicos hablaron sobre centenares de asuntos de controversia con armonía y continuidad desde Génesis hasta Apocalipsis. Hay sólo una historia en desarrollo: "La redención del hombre efectuada por Dios."

Geisler y Nix (*A General Introduction to the Bible*, Moody Press, 1968) lo expresan de esta manera:

"El 'Paraíso perdido' del Génesis se convierte en el 'Paraíso recobrado' de Apocalipsis. Mientras que la verja que conduce hasta el árbol de vida es cerrada en el Génesis, se abre para siempre en el Apocalipsis." 14/24

F. F. Bruce (*The Books and the Parchments*, Fleming H. Revell) observa que: "Cualquier parte del cuerpo humano puede ser debidamente explicada únicamente en relación con el cuerpo entero. Y cualquier parte de la Biblia puede ser explicada únicamente en forma adecuada en relación con la Biblia entera." 6/89

Bruce concluye de este modo:

"La Biblia, a primera vista, parece ser una colección de literatura -principalmente judaica-. Si inquirimos respecto de las circunstancias bajo las cuales fueron escritos los varios documentos bíblicos, llegaremos a descubrir que fueron producidos en intervalos que cubrieron un período de cerca de 1400 años. Los escritores escribieron en varios países, desde Italia en el occidente hasta Mesopotamia y posiblemente Persia en el oriente. Los escritores mismos forman un número heterogéneo de personas, no solamente separados unos de otros por centenares de años y centenares de kilómetros, sino que pertenecían a los más diversos niveles de vida. En sus filas tenemos reyes, guardas de ganado, soldados, legisladores, pescadores, estadistas,

cortezanos, sacerdotes y profetas, un rabino fabricante de carpas y un médico gentil, sin decir nada de otros de quienes poco sabemos aparte de los escritos que nos dejaron. Los escritos mismos pertenecen a una gran variedad de estilos literarios. Incluyen historia, leyes (civiles, penales, éticas, rituales, sanitarias), poesía religiosa, tratados didácticos, poesía lírica, parábolas y alegoría, biografía, correspondencia personal, memorias y diarios personales, añadido a los tipos claramente bíblicos de la profecía y escritos apocalípticos.

"Por todo ello, la Biblia no es simplemente una antología; existe una unidad en todo el conjunto. Una antología es compilada por un antologista, pero no hubo antologista que compilara la Biblia." 6/88

10. Conclusión de continuidad -una comparación con los *Grandes Libros del Mundo Occidental*. Un representante de los *Grandes Libros del Mundo Occidental* llegó hasta mi casa reclutando vendedores para su serie. Extendió ante mí la cartilla de las series de *Grandes Libros del Mundo Occidental*. Estuvo hablando durante cinco minutos con nosotros acerca de la serie de *Grandes Libros del Mundo Occidental*, y nosotros pasamos una hora y media hablándole acerca del Más Grande de todos los libros.

Lo desafié para que seleccionara 10 de esos autores, que pertenecieran todos a la misma clase social, que fueran de la misma generación, del mismo lugar, de la misma época, que tuvieran el mismo estado de ánimo, que fueran del mismo continente, que hablaran la misma lengua y que trataran de solamente un asunto de controversia (la Biblia habla de cientos de ellos con armonía y pleno acuerdo).

Luego le pregunté: "¿Se mostrarían ellos (los autores) de acuerdo?" Hizo una pausa y luego replicó, "¡No!" ¿Qué resultaría de todo ello?" volví a preguntarle. Inmediatamente dijo: "una mezcla."

Dos días más tarde él rindió su vida a Cristo (el tema de la Biblia). ¿Cómo explicar esto? ¡Muy

simple! Cualquier hombre que estuviese buscando sinceramente la verdad, consideraría un libro con la singularidad mencionada.

2C. ÚNICA EN SU CIRCULACIÓN.

Estoy citando básicamente cifras de las Sociedades Bíblicas. Estas cifras fueron extraídas de la *Encyclopaedia Britannica, Americana, One Thousand Wonderful Things About the Bible (Pickering), All About the Bible (Collett), Protestant Christian Evidences (B. Ramm), A General Introduction to the Bible (Geisler y Nix)*.

PUBLICACIÓN BÍBLICA

Fecha	Biblias	Nuevo Testamento	Porciones (libros separados, etc)
Alrededor de 1804 (Soc. Bíblica Británica)	409.000	x	x
en 1928 (Gedeones de	965.000	x	x

América)			
(Sociedad Bíblica Nacional - Escocia	88.070 .068		
(Sociedad Bíblica de Dublin)	6.987. 961		
(sociedad Bíblica Alemana, 1927)	900.00 0		
en 1930	12.000 .000		
en 1932	1.330. 213.81 5		
en 1947	14.108 .436		
en 1951	952.66	1.913.	13.135.9

	6	314	65
--	---	-----	----

en 1955	25.393 .161		
1950 - 19 60 (anual- mente)	3.037. 898	3.223. 986	18.417.9 ß9
en 1963	54.123 .820		
en 1964 (Soc. Bíblica American a)	1.665. 559		
Otras	69.852 .337	2.620. 248	39.856.2 07
en 1965	76.953 .369		
en 1966	87.398 .961		

La Biblia ha sido leída por más gente y publicada en más idiomas que cualquier otro libro. Se han producido más copias de ella en su totalidad y más porciones y selecciones que de cualquier otro libro en la historia. Algunos argumentarán que en cierto mes o año se vendieron más copias de algún otro libro. Sin embargo, por sobre todo, no hay absolutamente ningún libro que alcance o comience siquiera a compararse en circulación con las Escrituras. El primer libro formal que se publicó fue la Vulgata Latina. Fue impresa en la prensa de Gutenberg. 49/478-480

Hy Pickering dice que hace alrededor de 30 años a la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, para cumplir con las demandas de material que tenía, le era necesario publicar: "una copia cada tres segundos, día y noche; 22 copias cada minuto del día y de la noche; 1369 copias cada hora del día y de la noche; 32876 copias cada día del año. Y es profundamente interesante saber que este sorprendente número de Biblias se despachaba a varias partes del mundo en 4583 bultos que pesaban 490 toneladas." 36/227

Geisler y Nix cita a S. L. Greenslade (ed.), *The Cambridge History of the Bible*, p. 479: "Ningún otro libro ha conocido nada que se aproximara a esta circulación constante." 14/122

El crítico tiene la razón: "¡Esto no prueba que la Biblia sea la Palabra de Dios!" Pero muestra de manera muy real que la Biblia es única.

3C. ÚNICA EN SU TRADUCCIÓN

La Biblia fue el primer libro que se tradujo (La Septuaginta: traducción griega del Antiguo Testamento hebreo, 250 a.C.). 50/1147

La Biblia ha sido traducida y vuelta a traducir y parafraseada más que cualquier otro libro existente.

La *Encyclopaedia Britannica* dice que "al llegar 1966, la Biblia entera había aparecido... en 240 idiomas y dialectos... uno o más libros completos de la Biblia en 739 idiomas adicionales, un total de publicación de 1280 idiomas". 12/588

3000 traductores bíblicos trabajaban en la traducción de las Escrituras entre 1950 y 1960.
12/588

Según los hechos, la Biblia permanece única ("una de una especie") en lo que a traducción se refiere.

4C. ÚNICA EN SU SUPERVIVENCIA

1D. *Supervivencia a través del tiempo*

Escrita en materiales perecibles (ver página 29), teniendo que ser copiada y recopiada durante centenares de años antes de la invención de la prensa de imprimir, sin embargo esto no perjudicó su estilo, su corrección ni su existencia. La Biblia, comparada con otros escritos antiguos, tiene más evidencia manuscrita que diez piezas cualesquiera de literatura clásica combinadas (ver página 49).

A.T. Robertson, el autor de la gramática más completa del Nuevo Testamento griego, escribió: "Existen unos 8000 manuscritos de la Vulgata Latina y cuando menos 1000 de las otras versiones primitivas. Añádase unos 4000 manuscritos griegos y tenemos 13000 copias manuscritas de porciones del Nuevo Testamento. Además de todo esto, gran parte del Nuevo Testamento puede reproducirse de las citas de los escritores cristianos primitivos." 39/70

John Warwick Montgomery (*History and Christianity*, usado con permiso de Inter-Varsity Press, Downers Grove, Ill.), dice que "el manifestarse escéptico respecto del texto resultante de los libros del Nuevo Testamento equivale a lanzar a la oscuridad todos los clásicos de la antigüedad, pues ningún documento del período antiguo está tan bien respaldado bibliográficamente como el Nuevo Testamento." 34/29

Bernard Ramm (*Protestant Christian Evidences*, Moody Press), habla de la precisión y número de la autoridad manuscrita bíblica:

"Los judíos lo preservaron como ningún otro manuscrito ha sido preservado jamás. Con su

masora (*parva, magna, y finalis*) llevaban la cuenta de cada letra, sílaba, palabra y párrafo. Tenían clases especiales de hombres dentro de su cultura cuya exclusiva misión era preservar y transmitir estos documentos con fidelidad prácticamente perfecta -escribas, abogados, masoretas-. ¿Quién contó jamás las letras, sílabas y palabras de Platón o Aristóteles? ¿De Cicerón o de Séneca?

"En relación con el Nuevo Testamento, existen alrededor de trece mil manuscritos, completos e incompletos, en griego y en otros idiomas, que han sobrevivido desde la antigüedad. Ninguna otra obra clásica de la antigüedad cuenta con tal respaldo." 36/230-1

John Lea en *The Greatest Book in the World* comparó la Biblia con Shakespeare:

"En un artículo en el *North American Review*, un escritor hizo algunas interesantes comparaciones entre los escritos de Shakespeare y las Escrituras, en donde muestra que mucho mayor cuidado debe haberse tenido con los manuscritos bíblicos que con otros escritos, aun cuando había mucha mayor oportunidad de preservar el texto correcto por medio de copias impresas que cuando todas las copias tenían que hacerse a mano. Él dijo:

"Parece extraño que el texto de Shakespeare, que ha estado en existencia menos de doscientos ocho años, sea mucho más incierto y corrupto que el del Nuevo Testamento, que ahora tiene dieciocho siglos de antigüedad, durante casi quince de los cuales existió solamente en forma manuscrita... Con solamente doce o veinte excepciones, el texto de cada versículo del Nuevo Testamento puede decirse que está de tal manera establecido por el consenso general de los eruditos que cualquier disputa en cuanto a sus lecturas debe atribuirse más bien a la interpretación de las palabras que a cualquier duda respecto de las palabras mismas. En cambio, en cada una de las treinta y siete obras teatrales de Shakespeare hay probablemente un centenar de lecturas todavía en disputa, una gran porción de lo cual afecta el significado de los pasajes en que ocurren". 30/15

2D. Supervivencia a través de la persecución

Como ningún otro libro, la Biblia ha soportado los ataques mal intencionados de sus enemigos. Muchos han tratado de quemarla, de prohibirla y de "ponerla fuera de la ley desde los días de los emperadores romanos hasta el presente en los países dominados por el comunismo." 36/232

Sidney Collett, en *All About the Bible*, dice: "Voltaire, el destacado incrédulo francés que murió en 1778, dijo que cien años después de su época el cristianismo sería borrado de la existencia y pasaría a la historia. ¿Pero qué fue lo que sucedió? Voltaire ha pasado a la historia; mientras que la circulación de la Biblia continúa creciendo en casi todas partes del mundo, llevando bendiciones por donde va. Por ejemplo, la catedral inglesa en Zanzibar está construida sobre el sitio del Antiguo Mercado de Esclavos, ¡y la mesa de la comunión está sobre el mismo lugar en donde en otro tiempo estuvo el poste para los azotes! El mundo abunda con semejantes ejemplos... Como alguien ha dicho con mucho acierto: "Intentar detener la circulación de la Biblia, 'Sería lo mismo como poner nuestro hombro contra la quemante rueda del sol y tratar de detenerlo en su llameante curso". 8/63

En lo concerniente a la jactancia de Voltaire respecto de la extinción del cristianismo y de la Biblia en 100 años, Geisler y Nix señalan que "solamente cincuenta años después de la muerte de éste, la Sociedad Bíblica de Génova usó la misma prensa y casa de él para producir montones de Biblias". 14/123-124 ¡QUÉ IRONÍA DE LA HISTORIA!

En el año 303 d.C. Diocleciano expidió un edicto (*Cambridge History of the Bible*, Cambridge University Press, 1963), para destruir a los cristianos y a su libro sagrado: "...se promulgó en todas partes una carta imperial, ordenando que las iglesias fuesen demolidas y las Escrituras fuesen destruidas por el fuego, y proclamando que aquellos que detentaban altos puestos perderían todos los derechos civiles, mientras que los que estaban en sus casas, si persistían en su profesión del cristianismo, serían privados de su libertad." 49/476; 13/259

La ironía histórica del anterior edicto para destruir a la Biblia es que Constantino, el emperador que siguió a Diocleciano, 25 años más tarde comisionó a Eusebio para que preparara 50 copias de la Escritura a expensas del gobierno.

La Biblia es única en su supervivencia. Esto no prueba que la Biblia sea cierta. No, pero prueba que permanece sola entre los libros. Un estudiante que anda en busca de la verdad debería considerar un libro que tiene las anteriores cualidades únicas.

3D. *Supervivencia en medio de la crítica*

H. L. Hastings, citado por John W. Lee, ha ilustrado con gran fuerza la manera única en que la Biblia ha soportado los ataques de la infidelidad y del escepticismo:

"Los incrédulos han estado refutando y atacando este libro, y sin embargo, en la actualidad permanece tan sólido como una roca. Su circulación aumenta, y es más amado y querido y leído hoy que nunca antes. Los incrédulos, con todos sus asaltos, han hecho tanta impresión en este libro como la que haría un hombre con un martillo de tapicero golpeando las pirámides de Egipto. Cuando el monarca francés propuso que se persiguiera a los cristianos en sus dominios, un anciano estadista y soldado le dijo, 'Señor, la Iglesia de Dios es un yunque contra el cual se han gastado muchos martillos'. Así es como los martillos de los incrédulos han estado golpeando contra este libro por las edades, pero los martillos se gastan, y el yunque todavía dura. Si este libro no hubiese sido el libro de Dios, hace tiempo que los hombres lo hubieran destruido. Los emperadores y papas, reyes y sacerdotes, príncipes y gobernantes, todos ellos han probado su mano contra él; ellos mueren y el libro todavía vive." 30/17-18

Bernard Ramm añade que: "Más de un millar de veces las campanas han anunciado la muerte de la Biblia, se ha formado la procesión fúnebre, se ha inscrito la lápida mortuoria, y se ha leído el oficio. Pero de manera inexplicable, el cadáver nunca ha aparecido.

"Ningún otro libro ha sido tan molido, acuchillado, cernido, escudriñado, y vilipendiado. ¿Qué

libro de filosofía o de religión, de psicología o de *belles lettres* de los tiempos clásicos o modernos ha sido sujeto a un ataque masivo semejante al que ha sufrido la Biblia? ¿Con el mismo rencor y escepticismo? ¿Con tal perfección y erudición? ¿Sobre cada capítulo, línea y declaración?

"La Biblia todavía es amada por millones, leída por millones, y estudiada por millones."
36/232-233

Hubo un tiempo cuando se hablaba de "los resultados confirmados de la alta crítica" pero ahora los más altos críticos están cayendo al lado del camino. Tomemos por ejemplo la "Hipótesis documentaria." La base para su desarrollo fue que el Pentateuco no pudo haber sido escrito por Moisés pues los "resultados confirmados de la alta crítica" han demostrado que la escritura no se conocía en el tiempo de Moisés. Por consiguiente, es obvio que tenía que ser de autor más reciente. Las mentes de los críticos se pusieron a trabajar: los escritores J, E, P, D reunieron todo el material. Fueron tan lejos como para dividir un versículo en tres diferentes autores. Construyeron grandes estructuras de crítica.

Pero fue entonces cuando unos individuos descubrieron el "código negro." 50/444. Tenía sobre sí caracteres en forma de cuña y contenía en detalle las leyes de Hamurabi. ¿Era posterior a Moisés? ¡No! Era anterior a la época de Moisés; y no solamente eso, sino que era anterior a Abraham (2.000 a.C.) Sobrepasaba en antigüedad a los escritos de Moisés cuando menos en tres siglos. 50/444. Sorprendentemente, era anterior a Moisés, a quien se suponía ser un hombre primitivo carente de alfabeto.

¡Qué ironía de la historia! La "Hipótesis documentaria" aún es enseñada, sin embargo, su base original ("los resultados confirmados de la alta crítica") ha sido erradicada tras haberse demostrado su falsedad.

Los críticos dijeron que los muros de Jericó no pudieron haberse desplomado, y usted sabe que

ellos están equivocados. Se desplomaron.

Los "resultados confirmados de la alta crítica" negaron la existencia de los hititas (pueblo que en aquel tiempo se mencionó solamente en el Antiguo Testamento); no existían otros registros de ellos. Deben ser un mito. Bueno, se equivocaron otra vez. Como resultado de la arqueología, ahora hay centenares de referencias que cubren más de 1200 años de civilización hitita.

Earl Radmacher, presidente del Seminario Bautista Conservador, Portland, Oregon, citando a Nelson Glueck, ex-presidente del Seminario Teológico Judaico en el Colegio Hebreo Unión de Cincinnati, y quien es uno de los tres más famosos arqueólogos, dice:

"Yo le escuché (a Glueck) cuando él estuvo en el Templo Emmanuel en Dallas, y vi cómo se enrojecía su rostro al decir, 'He sido acusado de enseñar la inspiración verbal, plenaria de la Escritura. Quiero que se me entienda que yo nunca he enseñado esto. Lo que he dicho es que en todas mis investigaciones arqueológicas jamás he encontrado un artefacto de la antigüedad que contradiga alguna de las declaraciones bíblicas'". 51/50

La Biblia es única cuando se trata de enfrentar a sus críticos. No existe otro libro en toda la historia como ella. Una persona que ande buscando la verdad haría bien en considerar a un libro que tiene las cualidades mencionadas.

5C. ÚNICA EN SUS ENSEÑANZAS

1D. Profecía

Wilbur Smith (*The Incomparable Book*, Beacon Publications), que es un hombre que ha leído miles de libros, concluye que, "sea cual fuere la idea que tengamos respecto de la autoridad y del mensaje presentado en el libro que llamamos la Biblia, existe consenso unánime de que en muchos sentidos este es el más notable volumen que se haya producido en estos cinco mil años de escritura por parte de la raza humana.

"Es el único volumen producido por el hombre, o por un grupo de hombres, en el cual se puede

encontrar un gran cuerpo de profecías relativas a naciones en forma individual, a Israel, a todos los pueblos de la tierra, a ciertas ciudades, y a la venida de Uno que sería el Mesías. El mundo antiguo tuvo muchas maneras diferentes de determinar el futuro, conocidas como adivinación, pero en toda la gama de la literatura griega y latina no hallaremos verdadera profecía específica referente a un gran hecho histórico por suceder en el futuro distante, ni profecía alguna referente a un Salvador que se levantaría entre los humanos, a pesar de que en dicha literatura se emplean las palabras profeta y profecía..." 43/9,10

"El mahometanismo no puede señalar ninguna profecía acerca de la venida de Mahoma, que hubiera sido expresada cientos de años antes de su nacimiento. Tampoco pueden los fundadores de ningún culto en este país identificar ningún antiguo texto que preanunciara específicamente su aparición." 43/9,10

2D. Historia

Desde 1 Samuel y a través de 2 Crónicas uno halla la historia de Israel, cubriendo cerca de cinco siglos. *The Cambridge Ancient History*, (Vol. I, p. 222) dice: "Los israelitas manifiestan ciertamente un gran genio para la construcción histórica, y el Antiguo Testamento representa el más antiguo escrito histórico en existencia."

Wilbur Smith cita al distinguido arqueólogo, Profesor Albright, quien comienza de este modo su ensayo clásico, *The Biblical Period*:

"La tradición nacional hebrea excede a todas las demás por la claridad con que describe los orígenes tribales y familiares. En Egipto y en Babilonia, en Asiria y en Fenicia, en Grecia y en Roma, buscaremos vanamente algo comparable. No hay nada como ella en la tradición de los pueblos germánicos. Ni la India ni la China pueden presentar algo similar, puesto que sus más antiguas memorias históricas son depósitos literarios de tradición dinástica distorsionada, sin trazas del cuidador de ganado o campesino tras el semidiós o rey con el cual comienzan sus

registros. Ni en los más antiguos escritos históricos hindúes (los Puranas) ni en las primeras historias griegas, existe huella del hecho de que tanto los Indoarios como los helenos fueron nómadas en otro tiempo, que emigraron a sus posteriores territorios procedentes del norte. Los asirios, a decir verdad, recordaron vagamente que sus primeros gobernantes, cuyos nombres ellos mencionan pero sin detalles en lo referente a sus hechos, moraron en carpas, pero hacía mucho tiempo que se había olvidado de dónde habían venido." 43/24

(Este ensayo se halla en *Los Judíos, Su Historia, Cultura y Religión*, ed. por Louis Finkelstein.)

3D. Personalidades

Lewis S. Chafer, fundador y ex-presidente del Seminario Teológico de Dallas, lo expresa de este modo: "La Biblia no es la clase de libro que el hombre escribiría si pudiera, o que podría escribir si quisiera hacerlo."

La Biblia trata con mucha franqueza acerca de los pecados de sus personajes. Lea las biografías actuales, y fíjese cómo tratan de encubrir, pasar por alto, o ignorar la parte sombría de la gente. Como ejemplo tome el caso de los grandes genios literarios; la mayoría son pintados como santos. La Biblia no procede de ese modo. Cuenta las cosas simplemente como son:

Los pecados del pueblo denunciados - Deuteronomio 9:24

Pecados de los patriarcas - Génesis 12:11-13; 49:5-7

Los evangelistas describen sus propias faltas y las faltas de los apóstoles - Mateo 26:31-56; 8:10-26; Juan 10:6; 16:32; Marcos 6:52; 8:18; Lucas 8:24,25; 9:40-45

Desorden en las iglesias -1 Corintios 1:11; 15:1; 2 Corintios 2:4; etc.

Muchos dirán, "¿Por qué tuvieron que poner ese capítulo referente a David y Betsabé?" Bueno, es que la Biblia tiene el hábito de contar las cosas como son.

6C. ÚNICA EN SU INFLUENCIA SOBRE LA LITERATURA CIRCUNDANTE

Cleland B. McAfee escribe en *The Greatest English Classic*: "Si se destruyeran todas las Biblias en todas las grandes ciudades, el Libro podría ser restaurado en todas sus partes esenciales a partir de las citas de ella en las estanterías de la biblioteca pública de la ciudad. Existen obras, provenientes de casi todos los grandes escritores literarios, dedicadas especialmente a mostrar la gran influencia que la Biblia ha tenido sobre ellos." 32/134

El historiador Philip Schaff (*The Person of Christ*, American Tract Society, 1913) describe vívidamente la singularidad de ella lo mismo como la del Salvador que ella presenta:

"Este Jesús de Nazaret, sin dinero ni armas, conquistó más millones que Alejandro, César, Mahoma, y Napoleón; sin ciencia y sin erudición, derramó más luz sobre las cosas divinas y humanas que todos los filósofos y eruditos combinados; sin la elocuencia de las escuelas, habló tales palabras de vida como nunca antes o después fueron dichas, y produjo efectos que yacen más allá del alcance del orador o del poeta; sin escribir ni una sola línea, puso en movimiento más plumas, y proporcionó temas para más sermones, oraciones, discusiones, volúmenes de erudición, obras de arte, y cánticos de alabanza que el ejército completo de grandes hombres de los tiempos antiguos y modernos."

Bernard Ramm (*Protestant Christian Evidences*, Moody Press, 1957) agrega: "Existen complejidades de estudios bibliográficos que no tienen paralelo en ninguna otra ciencia o departamento del conocimiento humano. A partir de los Padres Apostólicos, por allá por el año 95 d.C., hasta los tiempos modernos, existe un gran río literario inspirado por la Biblia -diccionarios bíblicos, enciclopedias bíblicas, léxicos bíblicos, atlas bíblicos, y geografías de la Biblia. Estos pueden considerarse como el punto de partida. Luego, a la ventura, podemos mencionar la vasta bibliografía sobre teología, educación religiosa, himnología, misiones, los idiomas bíblicos, historia de la Iglesia, biografía religiosa, obras devocionales, comentarios, filosofía de la religión, evidencias, apologética, etc. Parece haber un número interminable."

36/239

Kenneth Scott Latourette (*A History of Christianity*, Harper and Row, 1953), quien fuera historiador de Yale, dice:

"Una evidencia de su importancia, del efecto que él ha tenido sobre la historia, y presumiblemente, del desconcertante misterio de su ser, es el hecho de que ninguna persona que haya vivido sobre este planeta ha evocado una cantidad tal de literatura entre tantos pueblos e idiomas, y que, lejos de menguar, el torrente continúa en aumento." 28/44

3B. La conclusión es obvia

Lo anterior no es una prueba de que la Biblia sea cierta, pero para mí es una prueba de su singularidad ("diferente de todos los otros; no tiene igual o semejante").

Un profesor me hizo notar:

"Si usted es una persona inteligente, leerá el libro que ha atraído la atención más que los demás, en el caso de que usted ande en busca de la verdad."

P. S. La Biblia fue el primer libro religioso que fue llevado al espacio exterior (en microfilm). Es el primer libro leído que describe el origen de la tierra (los astronautas leyeron Génesis 1:1 - "En el principio... Dios..."). Y ahora piense: Voltaire dijo que en 1850 este libro estaría extinguido.

Podría usted añadir que es uno de los libros más costosos (si es que no resulta ser el de mayor valor). La Biblia Vulgata Latina de Gutenberg se vende en más de 100.000 dólares. Los rusos vendieron el Códice sinaítico (una de las copias más antiguas de la Biblia) a Inglaterra en 510.000 dólares. 36/227

Usted debiera tomar nota. El telegrama más largo del mundo fue la Versión Revisada del Nuevo Testamento, enviada desde Nueva York a Chicago. 36/227

Capítulo 2

¿CÓMO FUE PREPARADA LA BIBLIA?

2A. PREPARACIÓN DE LAS ESCRITURAS

Muchos tienen interrogantes respecto del trasfondo de la Biblia, de sus divisiones, y del material usado para su producción. Esta sección le familiarizará con la construcción de ella, y tengo la seguridad de que le dará al lector un mayor aprecio por la Palabra de Dios.

1B. Materiales usados en su preparación

1C. MATERIAL DE ESCRITURA

1D. Papiro. El hecho de que no se hayan podido recobrar muchos de los manuscritos antiguos (un manuscrito es una copia a mano de las Escrituras), se debe básicamente a los materiales perecibles empleados para escribir.

El material de escritura más común de la antigüedad fue el papiro, que se hacía de la planta denominada papiro. Esta caña crecía en los lugares poco profundos de los lagos y ríos de Egipto y de Siria. Desde el puerto sirio de Biblos se embarcaban grandes cargamentos de papiro. Se supone que la palabra griega para libros (Biblos) proviene del nombre de este puerto.

The Cambridge History of the Bible presenta un relato de la manera en que se preparaba el papiro para escribir:

"Las cañas eran cortadas en tiras de toda su longitud y luego se las reducía a muy finas rebanadas antes de ser golpeadas y prensadas para formar dos capas que se colocaban en

ángulo recto una respecto de la otra. Al secarse, la superficie blanquecina se suavizaba con una piedra o con otro implemento. Plinio se refiere a varias cualidades del papiro y se le halla en diversos grosores y superficies antes del período del Nuevo Reino, tiempo en que las hojas eran a menudo muy delgadas y traslúcidas." 49/30

El fragmento más antiguo de papiro que se conoce data de 2400 a.C. (Harold J. Greenlee, *Introduction to New Testament Textual Criticism*, William B. Eerdmans Publishing Company, derechos reservados 1964) 19/19

Los primeros manuscritos se hicieron en papiro y habría sido difícil que sobrevivieran excepto en zonas secas tales como las arenas de Egipto o en cavernas similares a las de Qumran, en donde se descubrieron los rollos del Mar Muerto.

El papiro estaba en pleno uso hasta alrededor del tercer siglo d.C. 19/20

2D. Pergamino. Este era el nombre que se daba a las "pieles curtidas de ovejas, cabras, antílopes, y otros animales". Estas pieles eran desprovistas del pelo y se las rasqueteaba, con el fin de producir un material de escribir más durable.

F.F. Bruce escribe que "la palabra 'pergamino' proviene del nombre de la ciudad de Pérgamo, en Asia Menor, pues la producción de este material de escritura estuvo asociada durante algún tiempo con aquel lugar." 6/11

3D. Vitela. Era el nombre que se le daba al cuero de ternero. A menudo la vitela se teñía de color púrpura. Algunos de los manuscritos que se conservan en la actualidad son de vitela púrpura. La escritura sobre vitela teñida era generalmente de color dorado o plateado.

Harold Greenlee dice que los más antiguos rollos de cuero datan de alrededor del 1500 a.C. 19/21

4D. Otros materiales de escritura

1E. Ostraca. Esta era alfarería sin vidriar, muy común entre el pueblo. El nombre técnico es

"tiesto" o "cacharro", y se le ha encontrado en abundancia en Egipto y Palestina (Job 2:8).

2E. Se hacían inscripciones en piedra con una "pluma de hierro."

3E. Tablillas de arcilla se inscribían con un instrumento agudo y luego se secaban con el fin de que el registro quedara en forma permanente (Jeremías 17:13; Ezequiel 4:1). De todos los materiales de escritura éste era el más barato y uno de los más durables.

4E. Tablillas de cera. Se empleaba un estilete metálico sobre un trozo de madera plana recubierta con cera.

2C. INSTRUMENTOS USADOS PARA ESCRIBIR

1D. *Cinzel.* Instrumento de hierro para grabar en piedra.

2D. *Estilo metálico.* "Instrumento de cabeza plana y con forma de cuña, el estilo se usaba para hacer inscripciones en arcilla y en tablillas de cera." 14/228

3D. *Pluma.* Una caña con punta "era hecha de juncos (*juncus maritimus*) de 15 a 40 centímetros de largo, quedando el extremo cortado en forma de cinzel con el fin de poder hacer inscripciones con forma gruesa o delgada, con los lados ancho o angosto de la misma. La pluma de caña estaba en uso desde comienzos del primer milenio en Mesopotamia, desde donde muy bien pudo ser adoptada, en tanto que la idea de usar una pluma de ave parece haber provenido de los griegos en el siglo tercero a.C." (Jeremías 8:8). 49/31

Se usó pluma sobre vitela, pergamino y papiro.

4D. La *tinta* era generalmente un compuesto de "carbón, goma y agua." 6/13

2B. Forma de los libros antiguos

1C. ROLLOS.

Se hacían pegando hojas de papiro unas con otras y luego enrollando estas largas tiras alrededor de un palo. El tamaño del rollo estaba limitado por la dificultad en usar el rollo. La escritura se hacía usualmente por un solo lado. Un rollo escrito por ambos lados recibe el nombre de "**opistógrafo**" (Apocalipsis 5:1). Se tiene conocimiento de rollos que medían 48 metros de largo. El rollo promedio media alrededor de 7 a 12 metros.

No es de extrañarse que Calimaco, un catalogador profesional de libros de la biblioteca de Alejandría, dijera que "un gran libro es una gran molestia." 33/5

2C. FORMA DE CÓDICE O DE LIBRO.

Con el fin de facilitar la lectura y reducir el bulto, las hojas de papiro se disponían en forma de un libro y se escribían por ambos lados. Greenlee dice que el cristianismo fue la principal razón por la cual se desarrolló la forma de código o de libro.

Los autores clásicos escribieron sobre rollos de papiro hasta alrededor del siglo tercero d.C.

3B. Tipos de escritura

1C. ESCRITURA UNCIAL era la que usaba letras mayúsculas, las que eran dibujadas con sumo cuidado. Se le conoció como el "libro de mano". El Vaticano y el Sinaítico son manuscritos unciales.

2C. ESCRITURA MINÚSCULA era "un escrito de letras más pequeñas con mano corrida (conectadas)... fue creado para aumentar la producción de libros". 33/9 Este cambio fue iniciado en el siglo noveno. 33/9

Los manuscritos hebreo y griego fueron escritos sin separación entre palabras. (El hebreo se escribió sin vocales hasta el año 900 d.C., cuando aparecen los masoretas).

Bruce Metzger (*The Text of the New Testament*, Oxford University Press, 1968) responde a aquellos que hablan de las dificultades de un texto continuo:

"No debe pensarse, sin embargo, que tales ambigüedades ocurren muy a menudo en el griego. En ese idioma es una regla, con muy pocas excepciones, que las palabras nativas griegas terminan únicamente en una vocal (o en un diptongo) o en una de tres consonantes: v, p, s. Además, no debe suponerse que la *scriptio continua* presentara dificultades excepcionales para la lectura, pues aparentemente era costumbre en la antigüedad leer en voz alta, aun cuando se estuviera solo. De modo que a pesar de la ausencia de espacio entre las palabras, por el hecho de pronunciar para sí lo que se leía, sílaba tras sílaba, uno pronto se acostumbraba a leer la *scriptio continua*." 33/13

4B. Divisiones

1C. LIBROS (ver página 33)

2C. CAPÍTULOS

Las primeras divisiones (586 a.C.) se le hicieron al Pentateuco. 154 agrupaciones (*sedarim*) para facilitar su lectura en un plan de tres años. Cincuenta años más tarde se le seccionó en 54 divisiones (*parashiyoth*) y en 669 segmentos más pequeños para facilitar la ubicación de referencias. Estas se usaron en un ciclo de lecturas de un año.

Los griegos hicieron divisiones alrededor del año 250 d.C. El más antiguo sistema de división en capítulos data del año 350 d.C. aproximadamente, en los márgenes del Códice Vaticano. 33/22 Geisler y Nix escribieron que "no fue sino hasta el siglo 13 que estas secciones fueron cambiadas... Esteban Langton, profesor de la Universidad de París, y más tarde Arzobispo de Canterbury, dividió la Biblia según la moderna división en capítulos (c. 1227)". 14/231,232

3C. VERSÍCULOS.

Los primeros indicadores de versículos variaron desde el uso de espacios entre palabras, hasta

letras o números. No se usaron sistemáticamente de manera universal. Las primeras divisiones en versículos ampliamente aceptadas aparecieron alrededor del 900 d.C.

La Vulgata Latina fue la primera Biblia que incorporó la división tanto en capítulos como en versículos en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Capítulo 3 EL CANON

3A. EL CANON

1B. Introducción

1C. SIGNIFICADO DE LA PALABRA "CANON"

La palabra canon viene de una raíz que significa "caña" (en hebreo es "*ganeh*" y en griego es "*Kanon*"). La "caña" se utilizó para medir y eventualmente llegó a tener el significado de "norma."

Orígenes utilizó la palabra "canon para expresar lo que llamamos la 'regla de fe', la norma por la cual hemos de medir y evaluar..." Más tarde llegó a significar una "lista" o "índice". 6/95

La palabra "canon" aplicada a la Escritura significa "una lista oficialmente aceptada de libros". 11/31

Una cosa que debe recordarse es que la Iglesia no creó el canon o los libros incluídos en lo que llamamos Escrituras. Más bien, la Iglesia reconoció los libros que fueron inspirados desde su comienzo. Estos fueron inspirados por Dios al ser escritos.

2C. PRUEBAS A QUE SE SOMETÍA UN LIBRO PARA INCLUIRLO EN EL "CANON". Había

básicamente cinco principios guías que se usaban para determinar si un libro era o no canónico, o de la Escritura. Geisler y Nix toman nota de estos cinco principios: 14/141

1. ¿Es autoritativo? - ¿Provino de la mano de Dios? (¿viene este libro con un divino "Así dice el Señor"?)

2. ¿Es profético? - ¿Fue escrito por un hombre de Dios?

3. ¿Es auténtico? (Los Padres de la Iglesia eran partidarios de la política de "si estás en duda, deséchalo". Esto realzó la "validez de su discernimiento de los libros canónicos").

4. ¿Es dinámico? - ¿Tiene el poder de Dios que transforma las vidas?

5. ¿Fue recibido, reunido, leído y usado? - ¿fue aceptado por el pueblo de Dios?

Pedro reconoció las obras de Pablo como Escritura al mismo nivel que la Escritura del Antiguo Testamento (2 Pedro 3:16).

28. Canon del Antiguo Testamento

1C. FACTORES QUE DETERMINARON LA NECESIDAD DEL CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

1D. El sistema judaico de sacrificios concluyó con la destrucción de Jerusalén y del Templo en el año 70 d.C. Los judíos fueron esparcidos y se vieron en la necesidad de determinar cuáles libros constituían la autorizada Palabra de Dios, a causa de la existencia de muchos escritos extra-Escriturales y de la descentralización. Los judíos llegaron a ser un pueblo de un Libro, y fue este Libro lo que los mantuvo unidos.

2D. El cristianismo comenzó a florecer y comenzaron a circular muchos escritos de los cristianos. Los judíos necesitaban urgentemente poner a éstos en evidencia y excluirlos de entre sus escritos y de su uso en las sinagogas.

Uno necesita tener cuidado para separar el canon hebreo de las Escrituras, de la variedad de literatura religiosa.

2C. EL CANON HEBREO

1D. A continuación aparece la división del canon del Antiguo Testamento judaico (ha sido tomado de mis apuntes del seminario pero puede hallarse en muchos libros tales como las ediciones modernas del Antiguo Testamento judío. Verifique *The Holy Scriptures*, según el texto masorético y *Biblia Hebraica*, Rudolph Kittel, Paul Kahle -eds.)

La Ley (Torah)

1. Génesis
2. Éxodo
3. Levítico
4. Números
5. Deuteronomio

Los profetas (Nebhiim)

A. Profetas anteriores

1. Josué
2. Jueces
3. Samuel
4. Reyes

B. Profetas posteriores

1. Isaías
2. Jeremías

3. Ezequiel

4. Los Doce

Las Escrituras (Ketubim o Hagiografía (GK))

A. Libros Poéticos

1. Salmos
2. Proverbios
3. Job

B. Cinco rollos (*Megilloth*)

1. Cantar de Cantares
2. Rut
3. Lamentaciones
4. Ester
5. Eclesiastés

C. Libros Históricos

1. Daniel
2. Esdras-Nehemías
3. Crónicas

Aun cuando los cristianos tenemos el mismo canon del Antiguo Testamento, el número de libros difiere, pues nosotros dividimos Samuel, Reyes, Crónicas, etc. en dos libros cada uno; los judíos consideran también a los Profetas Menores como un solo libro.

El orden de los libros también difiere. El Antiguo Testamento protestante sigue un orden tópico en lugar de un orden oficial. 14/22

3C. EL TESTIMONIO DE CRISTO RESPECTO DEL CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO

1D. Lucas 24:44. En el aposento alto Jesús dijo a sus discípulos, "*era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos*". Con estas palabras "Él indicó las tres secciones en que estaba dividida la Biblia hebrea -la Ley, los Profetas, y los 'Escritos' (aquí llamados 'los Salmos' probablemente porque el Libro de Salmos es el primero y el más largo de esta tercera sección)". 6/96

2D. Juan 10:31-36; Lucas 24:44. Jesús no estaba de acuerdo con las tradiciones orales de los fariseos (Marcos 7, Mateo 15) pero no sucedía lo mismo con su concepto del canon hebreo. 6/104 "No existe evidencia alguna de disputas entre Él y los judíos concerniente a la canonicidad de algún libro del Antiguo Testamento". 52/62

3D. Lucas 11:51 (también Mateo 23:35): "*...desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías*". Jesús confirma aquí su testimonio respecto de todo el canon del Antiguo Testamento. Abel, como todos saben, fue el primer mártir (Génesis 4:8). Zacarías es el último mártir que se menciona (de acuerdo al orden del Antiguo Testamento hebreo. Véase la lista bajo 2C, 1D), habiendo sido apedreado mientras profetizaba al pueblo "en el patio de la casa de Jehová" (2

Crónicas 24:21). Génesis era el primer libro del canon hebreo y Crónicas era el último. Jesús dijo básicamente "desde Génesis hasta Crónicas", o, de acuerdo a nuestro orden, "desde Génesis hasta Malaquías". 6/96

4C. TESTIMONIOS DE ESCRITORES EXTRA BÍBLICOS

1D. El registro más antiguo referente a una triple división del Antiguo Testamento se halla en el prólogo del libro *Eclesiástico* (130 a.C.). El prólogo, escrito por el nieto del autor, dice: "La Ley, y los profetas y los otros libros de los padres". Existían tres divisiones definidas de la Escritura. 52/71

2D. Josefo (fines del primer siglo d.C.) escribe en *Contra Apion I*: "Desde Artajerjes hasta nuestro tiempo todo ha sido registrado, pero no ha sido considerado digno del mismo crédito que lo que había precedido, pues la exacta sucesión de los profetas cesó. Pero la clase de fe que hemos colocado en nuestros propios escritos se evidencia por nuestra conducta; pues aun cuando ha pasado muy largo tiempo, nadie se ha atrevido a añadirles algo, o a suprimirles algo, ni a alterarlos en manera alguna".

"Desde Artajerjes" se refiere al tiempo en que fue escrito el último libro –Malaquías. Crónicas es el libro que ocupaba el último lugar en el canon hebreo, pero Malaquías fue el último que se escribió.

3D. *El Talmud*

1E. Tosefta Yadaim 3:5 dice: "El Evangelio y los libros de los herejes no contaminan las manos; los libros de Ben Sira y cualesquiera otros libros que hayan sido escritos desde su tiempo no son canónicos". 35/63; 14/129

2E. Seder Olam Rabba 30, escribe: "Hasta este punto (tiempo de Alejandro el Grande) los profetas profetizaron por medio del Espíritu Santo; desde este tiempo en adelante inclina tu oído

y atiende a los dichos de los sabios". 14/129

3E. El Talmud babilónico, Tratado "Sanhedrín" VII-VIII,24: "Después de los últimos profetas, Hageo, Zacarías, y Malaquías, el Espíritu Santo se apartó de Israel".

4D. Melitón, Obispo de Sardis, es el autor de la más antigua lista del canon del Antiguo Testamento de que tenemos noticia (170 d.C.)

Eusebio (Historia Eclesiástica IV,26) guardó el registro de sus comentarios. Melitón dijo que él había obtenido esta lista mientras viajaba en Siria. Los comentarios de Melitón se encontraron en una carta dirigida a Anesimio, su amigo: "Sus nombres son éstos... cinco libros de Moisés: Génesis, Éxodo, Números, Levítico, Deuteronomio, Jesús Naue, Jueces, Rut. Cuatro libros de Reinados, dos de Crónicas, los Salmos de David, los Proverbios de Salomón (llamados también Sabiduría), Eclesiastés, Cantar de cantares, Job. De los Profetas: Isaías, Jeremías, los Doce en un solo libro, Daniel, Ezequiel, Esdras".

F. F. Bruce comenta que "Es muy posible que Melitón incluyera Lamentaciones con Jeremías, y Nehemías con Esdras (aun cuando es curioso hallar a Esdras clasificado entre los profetas). En ese caso, su lista contiene todos los libros del canon hebreo (arreglados de acuerdo al orden de la Septuaginta), con la excepción de Ester. Pudiera ser que Ester no haya estado incluido en la lista que él recibió de sus informantes en Siria". 6/100

5D. La división en tres secciones del presente texto judío (con 11 libros en los Escritos) se deriva de la Mishnah (tratado Baba Bathra, siglo V d.C.). 14/20

5C. TESTIMONIO DEL NUEVO TESTAMENTO RESPECTO DEL ANTIGUO TESTAMENTO COMO UN TODO:

Mateo 21:42; 22:29; 26:54,56.

Lucas 24

Juan 2:22-26; 5:39; 10:35

Hechos 17:2,11; 18:28

Romanos 1:2; 4:3; 9:17; 10:11; 11:2; 15:4; 16:26

1 Corintios 15:3,4

Gálatas 3:8; 3:22; 4:30

1 Timoteo 5:18

2 Timoteo 3:16

2 Pedro 1:20-21; 3:16

"Como dice la *Escritura*" (Juan 7:38). Sin más identidad específica debe haber habido un entendimiento general de la relación de la Escritura con varios libros.

6C. EL CONCILIO DE JAMNIA

Muchos estudiantes dicen: "Ciertamente, sé lo referente a los cánones. Los líderes se reunieron en un concilio y decidieron cuáles eran los libros que mejor les ayudaban y en seguida obligaron a los demás a aceptarlos". Esto es lo más alejado de la verdad que uno pudiera imaginarse.

Los comentarios de F. F. Bruce y de H. H. Rowley vienen aquí muy al caso:

F. F. Bruce (*The Book and the Parchments*, Fleming H. Revell, 1963): "La razón principal para inquirir si los 'Escritos' estaban completos en el tiempo de nuestro Señor es que se conservan registros de discusiones que se suscitaron entre los rabinos después de la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. acerca de algunos de los libros de esta sección. Cuando la destrucción de la ciudad y del templo eran inminentes, un gran rabino que pertenecía a la escuela de Hillel en el partido farisaico -Yochanan ben Zakkai era su nombre- obtuvo permiso de los romanos para reconstruir el Sanhedrin sobre una base puramente espiritual en Jabneh o Jamnia, entre Joze y

Azoto (Ashdod). Algunas de las discusiones que se llevaron a cabo en Jamnia fueron mantenidas mediante la trasmisión oral y por fin fueron registradas en los escritos rabínicos. Entre sus debates consideraron si se les debía conceder reconocimiento canónico a los libros de Proverbios, Eclesiastés, Cantar de Cantares y Ester. Se habían presentado objeciones contra estos libros por varias razones; Ester, por ejemplo, no contenía el nombre de Dios, y Eclesiastés no lograba armonizar fácilmente con la ortodoxia contemporánea. Pero la conclusión de los debates de Jamnia fue el firme reconocimiento de todos estos libros como Santa Escritura". 6/97 Edward J. Young (*The Infallible Word*, Presbyterian and Reformed Publishing Co.) cita a H. H. Rowley (*The Growth of the Old Testament*, London, 1950, p. 170) apropiadamente:

"En verdad es dudoso que podamos hablar con corrección acerca del Concilio de Jamnia. Estamos informados que se suscitaron discusiones entre los rabinos, pero no tenemos conocimiento que se hubiera llegado a decisiones formales u obligatorias, y es probable que las discusiones fueran informales, aun cuando no por ello sirvieran menos para ayudar a cristalizar y a fijar más firmemente la tradición judaica". 52/73

7C. LA LITERATURA APÓCRIFA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

1D. Introducción

El término significa "escondido u oculto" -de la palabra griega *apokruphos*. Jerónimo, en el siglo cuarto, fue el primero en denominar "apócrifos" a este grupo de literatura.

2D. ¿Por qué no son canónicos?

Además de que no reunían los requisitos para la canonicidad (ver página 32), *Unger's Bible Dictionary* (Moody Press, 1966) da razones por las cuales fueron excluidos:

1. "Abundan en inexactitudes y anacronismos históricos y geográficos.
2. "Enseñan doctrinas falsas y fomentan prácticas que están en desacuerdo con la Escritura inspirada.

3. "Recurren a tipos literarios y despliegan una artificialidad en las materias y en el estilo que no guarda relación con la Escritura inspirada.

4. "Carecen de los elementos distintivos que le dan a la genuina Escritura su carácter divino, tal como el poder profético y poético y el sentimiento religioso". 50/70

3D. Un sumario de los libros individualmente

Ralph Earle, en su excelente guía de estudio *How We Got Our Bible* (Baker Book House, 1971), da breves detalles de cada uno de los libros. He decidido, por causa de su calidad, incluir su bosquejo en lugar de producir otro.

"*I Esdras* (alrededor de 150 a.C.) cuenta de la restauración de los judíos a Palestina después del exilio babilónico. Tiene gran cantidad de material de Crónicas, Esdras, y de Nehemías, pero el autor ha añadido mucho material legendario.

"El asunto más interesante es la Historia de los Tres Guardias. Ellos estaban discutiendo cuál era la cosa más fuerte del mundo. Uno dijo, "El vino"; otro, "el Rey"; el tercero, "la Mujer y la Verdad". Pusieron estas tres respuestas debajo de la almohada del rey. Cuando éste despertó, requirió que los tres hombres defendieran sus respuestas. La decisión unánime fue: "La verdad es grande y supremamente fuerte". A causa de que Zorobabel fue el autor de esta respuesta, se le permitió como recompensa, reconstruir el Templo en Jerusalén.

"*II Esdras* (100 d.C.) es una obra apocalíptica que contiene siete visiones. Martín Lutero se vio tan confundido por estas visiones que se dice arrojó el libro al Río Elba.

"*Tobías* (comienzos del segundo siglo a.C.) es una novela corta. De tono firmemente farisaico, exalta la Ley, los alimentos limpios, los lavados ceremoniales, la caridad, el ayuno y la oración. Es claramente antiescritural en su afirmación de que las limosnas hacen expiación por el pecado.

"*Judit* (aproximadamente de mediados del segundo siglo a.C.) es también ficticio y farisaico. La

heroína de esta novela es Judit, una hermosa viuda judía. Cuando su ciudad fue sitiada ella salió acompañada de su criada, llevando comida judía limpia, y fue hasta la carpa del general enemigo. El quedó prendado de la belleza de ella y le dio un lugar en su carpa. Afortunadamente, él había bebido con bastante liberalidad y se sumergió en un estupor de ebriedad. Judit tomó entonces la espada de él y le cortó la cabeza. Luego ella y su criada abandonaron el campo, llevando la cabeza de él en su bolso de provisiones. Esta fue suspendida sobre el muro de una ciudad vecina y el ejército asirio, falto de dirigente, fue derrotado.

"*Adiciones a Ester* (alrededor de 100 a.C.). Ester es caso único entre los libros del Antiguo Testamento, pues no hace mención del nombre de Dios. Se nos dice que Ester y Mardoqueo ayunaron pero no específicamente que hubiesen orado. Para compensar esta falta, las Adiciones tienen largas oraciones atribuidas a estos dos, junto con un par de cartas supuestamente escritas por Artajerjes.

"*La Sabiduría de Salomón* (alrededor de 40 d.C.) fue escrito para impedir que los judíos cayeran en el escepticismo, materialismo, e idolatría. Como en los Proverbios, la Sabiduría es personificada. Hay muchos nobles sentimientos expresados en este libro,

"*Eclesiástico*, o Sabiduría de Sirac (alrededor de 180 a.C.), manifiesta un alto nivel de sabiduría religiosa, algo semejante al libro canónico de Proverbios. Contiene también muchos consejos prácticos. Por ejemplo, sobre el asunto de los discursos después de las comidas dice (32:8):

"Habla concisamente; di mucho en pocas palabras..."

"Actúa como un hombre que sabe más de lo que dice".

Y de nuevo (33:4):

"Prepara lo que tienes que decir, y entonces serás escuchado".

"En sus sermones, John Wesley cita varias veces del libro de Eclesiástico. Todavía se usa

ampliamente en los círculos anglicanos.

"*Baruc* (alrededor de 100 d.C.) se presenta a sí mismo como habiendo sido escrito por Baruc, el escriba de Jeremías, en el año 582 a.C. En realidad, está tratando probablemente de interpretar la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. El libro aconseja a los judíos que no vuelvan a rebelarse, sino que permanezcan sumisos al emperador. A pesar de esto, la revolución de Bar-Cochba en contra de los romanos se llevó a cabo pronto después, entre 132 y 135 d.C. El sexto capítulo de Baruc contiene la así llamada "Carta de Jeremías", con su fuerte advertencia en contra de la idolatría -dirigida probablemente a los judíos de Alejandría, Egipto.

"Nuestro libro de Daniel contiene 12 capítulos. En el siglo primero antes de Cristo se le añadió un décimo tercer capítulo, la historia de Susana. Ella era la bella esposa de un judío principal en Babilonia, a cuya casa acudían frecuentemente los ancianos y jueces judíos. Dos de éstos se enamoraron de ella y trataron de seducirla. Cuando ella dio voces, los dos ancianos dijeron que la habían encontrado en brazos de un joven. Ella fue llevada a juicio. Puesto que había dos testigos que concordaban en su testimonio, fue hallada culpable y sentenciada a muerte.

"Pero un joven llamado Daniel interrumpió el proceso y comenzó a interrogar a los testigos. Preguntó a cada uno por separado bajo qué árbol del jardín habían hallado a Susana con su amante. Al dar respuestas diferentes se les condenó a muerte y Susana se salvó.

"*Bel y el dragón* fue añadido aproximadamente en el mismo tiempo y se le llamó capítulo 14 de Daniel. Su propósito principal era demostrar la necedad de la idolatría. Realmente contiene dos historias.

"En la primera, el rey Ciro le pregunta a Daniel por qué no adora a Bel, puesto que esa deidad manifestaba su grandeza consumiendo diariamente muchas ovejas, junto con mucha harina y aceite. Daniel esparció cenizas sobre el templo en donde había sido colocada la comida aquella noche. Por la mañana el rey llevó a Daniel para mostrarle que Bel se había comido toda la

comida durante la noche. Pero Daniel le indicó al rey las huellas de los pies de los sacerdotes y de sus familiares, marcadas en la ceniza esparcida en el piso y demostrándole así que eran ellos los que habían entrado secretamente debajo de la mesa. Los sacerdotes fueron muertos y el templo destruido.

"La historia del dragón es obviamente tan legendaria en carácter como la anterior. Junto con Tobías, Judit y Susana, estas historias pueden clasificarse como mera ficción. Tienen muy poco valor religioso.

"*El Canto de los Tres Jóvenes Hebreos* sigue a Daniel 3:23 en la Septuaginta y en la Vulgata. Toma prestado mucho de su contenido del Salmo 148 y es antifonal como el Salmo 136, conteniendo 32 veces el refrán: «*Cantad alabanzas a él y exaltadle grandemente por siempre*».

"*La Oración de Manasés* fue compuesta en tiempos de los Macabeos (siglo segundo d.C.) en calidad de la supuesta oración de Manasés, el malvado rey de Judá. Obviamente fue sugerida por la declaración en 2 Crónicas 33:19 -«*Su oración también, y cómo fue oído, he aquí estas cosas están escritas en las palabras de los videntes*». ¡Puesto que esta oración no se halla en la Biblia, algún escriba tenía que suplir la deficiencia!

"*I Macabeos* (siglo primero a.C.) es tal vez el libro más valioso de los apócrifos, pues describe las hazañas de los tres hermanos Macabeos -Judas, Jonatán y Simón. Junto con Josefo es nuestra más importante fuente histórica en lo referente a la historia judía durante esta época crítica y excitante.

"*II Macabeos* (del mismo tiempo) no es continuación de *I Macabeos*, sino un relato paralelo, ocupándose únicamente de las victorias de Judas Macabeo. Generalmente se piensa que es más legendario que *I Macabeos*". 11/37-41

4D. Testimonio histórico de su exclusión

Geisler y Nix (*A General Introduction to the Bible*, Moody Press, 1968) proporciona una sucesión de diez testimonios de la antigüedad en contra de la aceptación de los apócrifos:

1. "Filón, filósofo judío de Alejandria (20 d.C. – 40 d.C.), citó abundantemente el Antiguo Testamento y aun reconoció la triple división, pero nunca citó de los apócrifos como inspirados.
2. Josefo (30 – 100 d.C.), historiador judío, excluye explícitamente a los apócrifos, dejando en 22 el número de libros del Antiguo Testamento. Tampoco cita de estos libros como Escritura.
3. Jesús y los escritores del Nuevo Testamento nunca citaron los apócrifos, aun cuando hay centenares de citas y referencias a casi todos los libros canónicos del Antiguo Testamento.
4. Los eruditos judíos de Jamnia (año 90 d.C.) no reconocieron los apócrifos.
5. Ningún canon o concilio de la iglesia cristiana durante los primeros cuatro siglos reconoció los apócrifos como inspirados.
6. Muchos de los grandes Padres de la iglesia primitiva hablaron en contra de los apócrifos, por ejemplo, Orígenes, Cirilo de Jerusalén, Atanasio.
7. Jerónimo (340 - 420 d.C.), el gran erudito y traductor de la Vulgata, rechazó los apócrifos como parte del canon. Disputó a través del Mediterráneo con Agustín acerca de este punto. Al principio rechazó aun traducir los libros apócrifos al latín, pero más tarde hizo una apresurada traducción de unos pocos de ellos. Después de su muerte, y literalmente "sobre su cadáver", los libros apócrifos fueron incorporados a su Vulgata Latina directamente de la antigua versión latina.
8. Muchos eruditos católico romanos durante el período de la Reforma rechazaron los apócrifos.
9. Lutero y los reformadores rechazaron la canonicidad de los apócrifos.
10. No fue sino hasta el año 1546, en una acción polémica en el Concilio de contrarreforma de Trento, que los libros apócrifos recibieron pleno reconocimiento canónico por la Iglesia Católica Romana. 14/173

3B. El Canon del Nuevo Testamento

1C. PRUEBAS A QUE SE SOMETIA UN LIBRO PARA INCLUIRLO EN EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO.

1D. Vea página 32.

2D. El factor básico para determinar la canonicidad del Nuevo Testamento fue la inspiración de Dios, y su prueba principal: su calidad de apostólico, 14/181

Geisler y Nix aclaran este punto:

"En la terminología del Nuevo Testamento, la iglesia estaba *'edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas'* (Efesios 2:20) a los cuales Cristo había prometido guiar a *'toda la verdad'* (Juan 16:13) mediante el Espíritu Santo. Se dice que la iglesia en Jerusalén continuó *'en la doctrina de los apóstoles y en la comunión'* (Hechos 2:42). El término "apostólico", tal como se usa para la prueba de canonicidad, no significa necesariamente "que tiene a un apóstol como su autor", o "que fue preparado bajo la dirección de los apóstoles..."

"Parece mucho mejor aceptar la opinión de Gaussen, Warfield, Charles Hodge, y la mayoría de los protestantes, que era la autoridad apostólica, o la aprobación apostólica, esa prueba principal de canonicidad, y que no significaba meramente que tuviera a un apóstol como su autor". 14/183

N. B. Stonehouse escribe que la autoridad apostólica "que se revela en el Nuevo Testamento nunca está separada de la autoridad del Señor. En las epístolas existe un firme reconocimiento de que en la iglesia hay solamente una autoridad absoluta, la autoridad del Señor. En cualquier parte en que los apóstoles hablan con autoridad, lo hacen como ejerciendo la autoridad del Señor. De este modo, por ejemplo, donde Pablo defiende su autoridad en calidad de apóstol, él basa su reclamación única y directamente en razón de haber recibido una comisión por parte del

Señor (Gá. 1 y 2); donde él asume el derecho de regular la vida de la iglesia, reclama para su palabra la autoridad del Señor, aun cuando no haya sido dada una palabra directa del Señor (1 Co. 14:37; cotéjese 1 Co. 7:10)... " 97/117,118

"El único que habla en el Nuevo Testamento con autoridad propia y genuina es el Señor". 53/18

2C. LOS LIBROS CANÓNICOS DEL NUEVO TESTAMENTO

1D. Tres razones para la determinación de la canonicidad del Nuevo Testamento. 11/41

1E. Marción (140 d.C.), que era un hereje, desarrolló su propio canon y comenzó a propagarlo. La Iglesia necesitaba anular su influencia determinando cuál era el verdadero canon de las Escrituras del Nuevo Testamento.

2E. Muchas iglesias orientales estaban usando en sus servicios libros que eran decididamente espurios. Esto exigía una decisión concerniente al canon.

3E. El Edicto de Diocleciano (303 d.C.) en que se declaraba la destrucción de los libros sagrados de los cristianos. ¿Quién deseaba morir por lo que era un simple libro religioso? ¡Era necesario saberlo!

2D. Atanasio de Alejandría (367 d.C.) nos da la más antigua lista de libros del Nuevo Testamento que cuadra perfectamente con el actual Nuevo Testamento. Esta lista se encontró en una carta festiva dirigida a las iglesias.

3D. Poco tiempo después de Atanasio, dos escritores, Jerónimo y Agustín, definen el canon de 27 libros. 6/112

4D. Policarpo (115 d.C.), Clemente y otros se refieren a los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento con la frase, "como se ha dicho en estas Escrituras".

5D. Justino Mártir (100 - 165 d.C.) al referirse a la eucaristía escribe en su Primera Apología 1.67:

"Y en el día llamado Domingo se efectúa en cierto lugar una reunión de todos los que viven en ciudades o en el campo, y se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, según el tiempo lo permite. Luego, cuando el lector ha cesado, el presidente presenta el consejo y la invitación a imitar estas buenas cosas".

Él añade en su *Diálogo* con Trifón (pp. 49, 103, 105, 107) la fórmula "está escrito", cuando cita de los evangelios. Tanto él como Trifón deben haber sabido a qué se refería "está escrito".

6D. Ireneo (180 d.C.)

F. F. Bruce escribe de la importancia de Ireneo:

"La importancia de la evidencia yace en su vinculación con la edad apostólica y en sus asociaciones ecuménicas. Criado en Asia Menor a los pies de Policarpo, el discípulo de Juan, llegó a ser Obispo de Lyons en la Galia, en el año 180 d.C. Sus escritos confirman el reconocimiento canónico de los cuatro Evangelios y de Los Hechos, Romanos, 1 y 2 de Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 de Tesalonicenses, 1 y 2 de Timoteo, Tito, 1 Pedro, 1 Juan y Apocalipsis. En su tratado *Contra las Herejías* III, ii, 8, es evidente que para el año 180 d.C. la idea del Evangelio con sus cuatro narraciones distintas había llegado a ser tan axiomática a través de toda la cristiandad, que podía referirse a ella como un hecho establecido, tan obvio, inevitable y natural como los cuatro puntos cardinales (como decimos nosotros), o los cuatro vientos". 6/109

7D. Ignacio (50 – 115 d.C.) "No deseo ponerte un mandamiento como lo hicieron Pedro y Pablo; ellos eran apóstoles..." Trall. 3.3.

8D. Los Concilios de la Iglesia. Es aproximadamente la misma situación como en lo referente al Antiguo Testamento (ver página 35).

F. F. Bruce declara que "Cuando por fin un Concilio de la Iglesia -el Sínodo de Hipona en el año 393 d.C.- confeccionó una lista de los veintisiete libros del Nuevo Testamento, no confirió sobre

ellos ninguna autoridad que éstos ya no poseyeran, sino que simplemente reconoció su canonicidad establecida previamente. (Los dictámenes del Sínodo de Hipona fueron vueltos a promulgar cuatro años más tarde por el Tercer Sínodo de Cartago)". 6/113

Desde aquella ocasión no ha habido seria oposición a los veintisiete libros aceptados del Nuevo Testamento, ni de parte de los católicos ni de parte de los protestantes.

3C. LOS APÓCRIFOS DEL NUEVO TESTAMENTO

14/200-205

Epístola del pseudo Bernabé (70-79 d.C.)

Epístola a los Corintios (96 d.C.)

Antigua homilía, o la así llamada Segunda Epístola de Clemente (120-140 d.C.)

Pastor de Hermas (115-140 d.C.)

Didaké, Enseñanza de los Doce (100-120 d.C.)

Apocalipsis de Pedro (150 d.C.)

Los Hechos de Pablo y Tecla (170 d.C.)

Epístola a los Laodicenses (siglo IV)

El Evangelio de acuerdo a los Hebreos (65-100 d.C.)

Epístola de Policarpo a los Filipenses (108 d.C.)

Las Siete Epístolas de Ignacio (100 d.C.), y muchas más.

Capítulo 4

LA CREDIBILIDAD DE LA BIBLIA

Parte 1 – Confirmación por el Texto Histórico.

4A. LA CONFIABILIDAD Y VERACIDAD DE LA ESCRITURA

1B. Introducción

Lo que aquí estamos estableciendo es la confiabilidad histórica de la Escritura, no su inspiración. La confiabilidad histórica de la Escritura debiera ser sometida a prueba con el mismo criterio con el cual han sido probados todos los documentos históricos.

C. Sanders en *Introduction to Research in English Literary History*, hace una lista de los tres principios básicos de la historiografía y los explica. Estos son: la prueba bibliográfica, la prueba de la evidencia interna y la prueba de la evidencia externa. 40/143 ff.

2B. La prueba bibliográfica de la confiabilidad del Nuevo Testamento.

La **prueba bibliográfica** consiste en un examen de la transmisión textual por medio de la cual llegaron hasta nosotros los documentos. En otras palabras, no teniendo los documentos originales, ¿cuán de confiar son las copias que tenemos en relación con el número de manuscritos y el intervalo de tiempo entre el original y las copias en existencia? 34/26

1C. LOS ERUDITOS TESTIFICAN DE LA AUTORIDAD DE LOS MANUSCRITOS:

Ezra Abbot, miembro del Comité de la Revisión Americana, escribió respecto de las distintas lecturas en sus *Critical Essays* (Ensayos críticos): "El número de 'lecturas diferentes' asusta a

algunas personas inocentes, y es uno de los puntos más destacados en los escritos de los más ignorantes incrédulos en el cristianismo. '¡Ciento cincuenta mil diferencias de lectura!' ¿No bastan todas estas para hacer que el texto entero del Nuevo Testamento sea incierto, y para destruir de esta manera el fundamento de nuestra fe?

"La verdad del caso es más o menos de este modo. De las ciento cincuenta mil lecturas diferentes, más o menos, del texto del Nuevo Testamento griego, podemos, como lo ha hecho notar el Sr. Norton, desechar diecinueve vigésimos tras una primera consideración, por ser obviamente de un carácter tal, o apoyados por una tan pequeña autoridad, que ningún crítico les consideraría el derecho de reclamar su aceptación. Esto nos deja, digamos, unas siete mil quinientas. Pero de éstas, una vez más, aparecerá al examinarlas que diecinueve de veinte son de tal naturaleza que no afectan el sentido; están relacionadas con asuntos ortográficos, o con la construcción gramatical, o con el orden de las palabras, o con otros asuntos tales como los ya mencionados, al hablar de variaciones sin importancia.

"Afectan únicamente la forma de expresión, no el significado esencial. Esto reduce el número a tal vez unas cuatrocientas que implican una diferencia de significado, el que a menudo es muy leve, o la omisión o añadido de unas pocas palabras, lo que es suficiente para hacerles objeto de la curiosidad y del interés, mientras que unos pocos casos excepcionales entre ellos podrían considerarse relativamente importantes. Pero nuestras ayudas críticas son ahora tan abundantes que en la mayoría de los casos de divergencia de lectura estamos en condiciones de determinar cuál es el texto verdadero con un muy buen grado de confianza. En todos los escritos antiguos existen pasajes en los cuales el texto no puede precisarse con seguridad; y lo mismo es cierto de la interpretación". 30/4

Philip Schaff en *Comparison to the Greek Testament and the English Version* llega a la conclusión de que solamente 400 de las 150.000 implican duda respecto del significado textual, y que solamente 50 de éstas eran realmente de gran significado. Ninguna de las variantes, dice

Schaff, altera "algún artículo de fe o precepto del deber que no esté abundantemente respaldado por otros pasajes de los cuales no hay duda, o por el tenor completo de la enseñanza escritural". 42/177

Benjamin Warfield en *Introduction to Textual Criticism of the New Testament* cita la opinión de Ezra Abbot respecto de los diecinueve vigésimos de las variantes de lectura del Nuevo Testamento diciendo: "tienen muy escasa base, aun cuando son lecturas diferentes; y diecinueve vigésimos del resto son de tan poca importancia que su adopción o rechazo no causaría diferencia apreciable en el sentido de los pasajes en que ocurren". 54/14

Geisler y *Nix* hacen el siguiente comentario respecto de cómo se cuentan las variantes textuales: "Existe ambigüedad al decir que hay unas 200.000 variantes en los manuscritos existentes del Nuevo Testamento, puesto que éstas representan únicamente 10.000 lugares en el Nuevo Testamento. Si una sola palabra es mal escrita en 3.000 manuscritos diferentes, esto se considera como 3.000 variantes o lecturas". 14/361

Fenton John Anthony Hort, que ha trabajado toda su vida con los manuscritos y que es aceptado comúnmente como un guía aproximado, dice: "La proporción de palabras que están virtualmente aceptadas como exentas de toda duda es muy grande, no menor, en un cálculo aproximado, a los siete octavos del total. Por consiguiente, el octavo restante, que está formado en su mayor parte por cambios de orden y por otras trivialidades comparativas, constituye la zona a la cual dedica su atención la crítica.

"Si los principios seguidos en esta edición son ciertos, esta zona puede llegar a reducirse grandemente. Reconociendo en todo lo que vale el deber de abstenerse de hacer decisiones perentorias en casos en donde la evidencia deja el juicio en suspenso entre dos o más lecturas, hallamos que, colocando a un lado las diferencias de ortografía, las palabras que en nuestra opinión todavía quedan sujetas a la duda, forman únicamente alrededor de un dieciseisavo de todo el Nuevo Testamento. En esta segunda estimación, la proporción de variaciones

comparativamente triviales es aun mucho mayor que en la primera; de modo que lo que puede llamarse de alguna manera una variación substancial es nada más que una pequeña fracción de toda la variación restante, y difícilmente formaría más de una milésima parte del texto entero".

22/2

Geisler y *Nix* dicen con respecto a las anteriores observaciones de Hort que, "solamente alrededor de una octava parte de todas las variantes tenía algún peso, ya que la mayoría de ellas son asuntos meramente mecánicos tal como de deletreo o de estilo. Del total, entonces, solamente alrededor de un sesentavo no significa más que 'trivialidades', o puede con alguna razón llamarse 'variaciones substanciales'. Matemáticamente, esto significaría que el texto es puro en un 98.33 por ciento". 14/365

Warfield declara valientemente que los hechos muestran que la mayor parte del Nuevo Testamento "nos ha sido transmitido sin, o casi sin, variaciones: y aun en la forma más corrupta en la cual ha aparecido, para usar las frecuentemente repetidas palabras de Richard Bentley, 'el verdadero texto de los escritores sagrados es competentemente exacto; ...ni siquiera un precepto moral o artículo de fe ha sido pervertido o se ha perdido... no importa cuan descuidadamente usted escoja, aun si escoge lo que es peor en diseño, de todo el cúmulo de lecturas". 54/14; 55/163

Schaff cita a Tregelles y a Scrivener: "Poseemos tantos manuscritos, y tenemos la ayuda de tantas versiones, que nunca se nos deja frente a la necesidad de conjeturar respecto de los medios de remover erratas. (Tregelles, *Greek New Testament*, "Prolegómena", P.X.)

"'Muy lejos está', dice Scrivener, 'la abundancia de nuestros recursos de causar duda o perplejidad al genuino estudiante de la Santa Escritura. Más bien esto le conduce a reconocer más ampliamente su integridad general en medio de las variantes parciales. ¿Qué daría el atento lector de Esquilo por tener una guía semejante a través de las obscuridades que ponen a prueba su paciencia y que perjudican su disfrute de aquel sublime poeta?'" 42/182

F. F. Bruce en *The Books and the Parchments* escribe que, si no hay evidencia textual objetiva a disposición para corregir un error obvio, entonces "el crítico textual debe obligadamente emplear el arte de enmienda por conjetura -arte que demanda la más severa auto disciplina. La enmienda debe recomendarse a sí misma como obviamente correcta, y debe dar explicaciones acerca de la manera en que se introdujo la corrupción. En otras palabras, debe ser 'intrínsecamente probable' y 'transcripcionalmente probable'. Es dudoso que haya alguna lectura en el Nuevo Testamento que requiera ser enmendada por conjetura. La riqueza de testimonio es tanta que la verdadera lectura casi invariablemente tiene que haber sido preservada al menos por uno de los miles de testigos". 6/179,180

El hecho de que los errores textuales no perjudican a la doctrina ha sido enfáticamente establecido por Sir Frederick Kenyon (una de las grandes autoridades en el campo de la crítica textual del Nuevo Testamento): "Una palabra de prevención, a la que ya se ha hecho referencia, debe enfatizarse para concluir. Ninguna doctrina fundamental de la fe cristiana descansa sobre una lectura en disputa. Referencias constantes a errores y divergencias de lectura, semejantes a las que son necesarias en el plan de este libro, podrían dar origen a la duda de si la substancia, lo mismo como el lenguaje de la Biblia, no estarían abiertos a la duda.

"Estamos en condiciones de afirmar con toda firmeza que, en substancia, el texto de la Biblia es veraz: Especialmente esto es cierto en el caso del Nuevo Testamento. El número de manuscritos del Nuevo Testamento, de antiguas traducciones del mismo, y de citas de él en los escritos más antiguos de los escritores de la Iglesia, es tan grande que es prácticamente seguro que la verdadera lectura de cualquier pasaje dudoso haya sido preservada en alguna de estas autoridades de la antigüedad. No puede decirse esto de ningún otro libro antiguo en el mundo.

"Los eruditos están satisfechos de poseer substancialmente el texto verdadero de los principales escritores griegos y romanos cuyas obras han llegado hasta nosotros, tales como Sófocles, Tucídides, Cicerón y Virgilio; sin embargo, el conocimiento que tenemos de sus escritos

depende de un mero puñado de manuscritos, mientras que los manuscritos del Nuevo Testamento se cuentan por cientos, y aun por miles". 25/23

Benjamin Warfield dijo: "Si comparamos el estado presente del texto del Nuevo Testamento con el de cualquier otro escrito antiguo, debemos declararlo maravillosamente correcto. Tal ha sido el cuidado con que ha sido copiado el Nuevo Testamento -cuidado que indudablemente ha nacido como producto de una genuina reverencia por sus santas palabras- tal ha sido la providencia de Dios al preservar para su Iglesia en cada una y en todas las épocas un texto competentemente exacto de las Escrituras, que no solamente es el Nuevo Testamento sin rival entre los antiguos escritos en cuanto a la pureza de su texto tal como ha sido transmitido actualmente y puesto en uso, sino que también en la abundancia de testimonio que ha llegado hasta nosotros a modo de compensación por sus comparativamente poco frecuentes fallas". 54/12

Los editores de la Revised Standard Version dicen que: "Resultará obvio para el atento lector que todavía en 1946, lo mismo como en 1881 y en 1901, ninguna doctrina de la fe cristiana ha sido afectada por la revisión, por la simple razón que, de los millares de variantes en lectura en los manuscritos, ninguna ha resultado de tal naturaleza que requiera una revisión de la doctrina cristiana". 16/42

Burnett H. Streeter cree que a causa de la gran cantidad de material textual para el Nuevo Testamento "el grado de seguridad de que... el texto ha llegado a nosotros en forma digna de confianza es *prima facie* muy alto". 46/33

Frederic G. Kenyon continúa en *The Story of the Bible* (William B. Eerdmans Publishing Co.): "Es alentador hallar al fin que el resultado general de todos estos descubrimientos (de manuscritos) y todo este estudio es para fortalecer la prueba de la autenticidad de las Escrituras, y nuestra convicción de que tenemos en las manos, en substancial integridad, la verdadera Palabra de Dios". 26/113

Millar Burrows de Yale (*¿What mean these stones?* Meridian Books, 1956) dice: "Otro resultado de comparar el Nuevo Testamento griego con el idioma de los papiros es un incremento de la confianza en la transmisión precisa del texto del Nuevo Testamento mismo". 68/52

Burrows continúa diciendo que los textos "han sido transmitidos con notable fidelidad, de tal modo que no es necesario dudar en absoluto en lo referente a la enseñanza transmitida por ellos". 68/2

Howard Vos (*Can I Trust My Bible*, Moody Press, 1963) declara que: "Desde el punto de vista de la evidencia literaria, la única conclusión lógica es que el caso de la confiabilidad del Nuevo Testamento es infinitamente más fuerte que el de cualquier otro registro de la antigüedad". 79/176

2C. EVIDENCIA MANUSCRITA DEL NUEVO TESTAMENTO

A. T. Robertson, el autor de la más completa gramática del Nuevo Testamento griego, escribió, "Existen unos 8.000 manuscritos de la Vulgata Latina y cuando menos 1.000 de las otras versiones primitivas. Añádase a esto más de 4.000 (Bruce Metzger dice que ahora tenemos cerca de 5.000. 6/36) manuscritos griegos y tenemos 13.000 copias manuscritas de porciones del Nuevo Testamento. Además de todo esto, gran parte del Nuevo Testamento puede reproducirse a partir de las citas de los primitivos escritores cristianos". 39/29

Bruce Metzger dice que: "De los aproximadamente 5.000 manuscritos griegos... contienen todo o parte del Nuevo Testamento..." 33/36

John Warwick Montgomery dice que, "el manifestarse escéptico del texto resultante del Nuevo Testamento es hacer que toda la antigüedad clásica quede condenada a la oscuridad, pues ningún documento del período antiguo está tan bien respaldado bibliográficamente como el Nuevo Testamento". 34/29

Sir Frederic G. Kenyon, quien fue director y principal bibliotecario del Museo Británico y cuya autoridad no fue sobrepasada por nadie para hacer declaraciones referentes a manuscritos, dice: "...además del número, los manuscritos del Nuevo Testamento difieren de los de autores clásicos, y esta vez la diferencia significa una clara ganancia. En ningún otro caso hay un intervalo de tiempo tan corto entre la composición del libro y la fecha del más antiguo manuscrito existente, como en el caso del Nuevo Testamento. Los libros del Nuevo Testamento fueron escritos a fines del primer siglo; los más antiguos manuscritos existentes (exceptuando los fragmentos de menor importancia) son del siglo cuarto -digamos de 250 a 300 años más tarde. "Esto puede parecer un intervalo considerable, pero es nada si se le compara con la mayoría de los grandes autores clásicos y los más antiguos manuscritos de sus obras. Creemos que tenemos en lo esencial un texto correcto de las siete obras existentes de Sófocles; sin embargo, el más antiguo manuscrito substancial sobre el cual está basado fue escrito más de 1400 años después de la muerte del poeta". 24/4

Kenyon continúa en *The Bible and Archaeology*: "Entonces el intervalo entre las fechas de la composición original y la más antigua evidencia existente llega a ser tan pequeño que resulta en efecto despreciable, y el último fundamento para cualquier duda de que las Escrituras hayan llegado hasta nosotros substancialmente como fueron escritas ha sido quitado. Tanto la autenticidad como la integridad general de los libros del Nuevo Testamento debe ser considerada como establecida definitivamente". 56/288

3C. EVIDENCIA MANUSCRITA DEL NUEVO TESTAMENTO COMPARADA CON OTROS AUTORES Y OBRAS DE LA ANTIGÜEDAD

El gran erudito *F.F. Bruce*, en *The New Testament Documents*, pinta vívidamente la comparación entre el Nuevo Testamento y los escritos históricos antiguos: "Tal vez podamos

apreciar la riqueza del Nuevo Testamento en cuanto a testimonio manuscrito si comparamos el material textual para obras de la antigüedad histórica. Para las *Guerras de las Galias*, de César, (compuesta entre los años 58 y 50 a.C.) hay varios manuscritos en existencia, pero únicamente nueve o diez son buenos, y el más antiguo es de unos 900 años posterior a César. De los 142 libros de la historia romana de Livio (59 a.C. - 17 d.C.), solamente sobreviven 35; éstos han llegado hasta nuestro conocimiento a través de no más de 20 manuscritos de alguna importancia, sólo uno de los cuales, y que contiene fragmentos de los libros III-VI, tiene una antigüedad que llega al siglo cuarto. De los 14 libros de las *Historias* de Tácito (100 d.C.) sobreviven solamente cuatro y medio; de los 16 libros de sus *Anales*, sobreviven 10 completos y dos en parte. El texto de estas porciones existentes de sus dos grandes obras históricas depende enteramente de dos manuscritos, uno del siglo noveno y otro del undécimo.

"Los manuscritos existentes de sus obras menores (*Dialogus de Oratoribus*, *Agrícola*, *Germania*) descienden todos de un códice del siglo décimo. La *Historia* de Tucídides (460-400 a.C.) ha llegado hasta nosotros a través de ocho manuscritos, el más antiguo de los cuales pertenece al 900 d.C., y unos pocos fragmentos de papiro, pertenecientes a alrededor de comienzos de la era cristiana. Lo mismo es cierto respecto de la *Historia* de Heródoto (488-428 a.C.). Sin embargo, ningún erudito clásico prestaría atención a un argumento de que la autenticidad de Heródoto o de Tucídides está en duda por cuanto los más antiguos manuscritos de sus obras que son de alguna utilidad para nosotros son de más de 1.300 años después que los originales". 7/16

Los siguientes datos han sido tomados de la obra de F.W. Hall, "*MS Authorities for the Text of the Chief Classical Writers*", *Companion to Classical Text* (Oxford, Clarendon Press, 1913).

AUTOR	Fecha escrit	Más temp	Laps o de	No .
-------	-----------------	-------------	--------------	---------

	ura	rana copia	tiem po	co pi as
César	100-4 4 a.C.	900 d.C.	1.00 0 años	10
Livio	59 a.C.-1 7 d.C.			20
Platón (<i>Tetralogías</i>)	427-3 47 d.C.	900 d.C.	1.20 0 años	7
Tácito (<i>Anales</i>)	100 d.C.	1.100 d.C.	1.00 0 años	20 (-)
obras menores	100 d.C.	1.000 d.C.	900 años	1
Plinio el Menor (<i>Historia</i>)	61-11 3 d.C.	850 d.C.	750 años	7
Tucídide	460-4	900	1.30	8

s (historia)	00 d.C.	d.C.	0 años	
Suetonio (<i>De Vita Caesaru n</i>)	75-16 0 d.C.	950 d.C.	800 años	8
Heródoto (<i>Historia</i>)	480-4 25 a.C.	900 d.C.	1.30 0 años	8
Horacio			900 años	
Sófocles	496-4 06 a.C.	1.000 d.C.	1.40 0 años	10 0
Lucrecio	Murió el 55 o 53 a.C.		1.10 0 años	2
Cátulo	54 a.C.	1.550 d.C.	1.60 0 años	3

Eurípides	480-406 a.C.	1.100 d.C.	1.500 años	9
Demóstenes	283-222 a.C.	1.100 d.C.	1.300 años	200*
Aristóteles	384-322 a.C.	1.100 d.C.	1.400 años	5_
Aristófanes	450-385 a.C.	900 d.C.	1.200 años	10

*Todos de una copia.

_De cualquier obra

4C. CRONOLOGÍA DE LA AUTORIDAD DE LOS MANUSCRITOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Procedimiento de fechado: Algunos de los factores que ayudan a determinar la edad de un manuscrito son: 14/242-46

1. Materiales
2. Tamaño y forma de letra
3. Puntuación
4. Divisiones del texto
5. Ornamentación
6. Color de la tinta

7. Textura y color del pergamino

El *Manuscrito John Ryland* (130 d.C.) se conserva en la Biblioteca John Ryland de Manchester, Inglaterra (fragmento más antiguo del N.T.). "A causa de su temprana fecha y ubicación (Egipto), a alguna distancia del lugar tradicional de composición (Asia Menor), esta porción del evangelio de Juan tiende a confirmar la fecha tradicional de la composición de este evangelio, alrededor de fines del primer siglo". 14/268

Bruce Metzger habla de la difunta crítica: "Si se hubiese conocido este pequeño fragmento durante el medio siglo pasado, esa escuela de crítica que fue inspirada por el brillante profesor de Tubingen, Ferdinand Christian Baur, no habría argumentado que el cuarto evangelio no fue compuesto hasta alrededor del año 160". 33/39

El *Papiro Chester Beatty* (200 d.C.) se conserva en el Museo C. Beatty en Dublin y es propiedad en parte de la Universidad de Michigan. Esta colección contiene códices en papiro, tres de los cuales contienen grandes porciones del N.T. 6/182

En *The Bible and Modern Scholarship*, Sir Frederic Kenyon dice que "El resultado neto de este descubrimiento -en gran medida el más importante desde el descubrimiento del Sinaítico- es, en efecto, reducir el espacio de tiempo entre los más tempranos manuscritos y las fechas tradicionales de los libros del Nuevo Testamento en tal medida que pierden importancia las discusiones respecto de su autenticidad. Ningún otro libro antiguo tiene algo parecido a un testimonio de su texto tan temprano y abundante, y ningún erudito exento de prejuicios negaría que el texto ha llegado hasta nosotros substancialmente sano". 23/20

El *Papiro Bodmer II* (150-200 d.C.) se halla ubicado en la Biblioteca Bodmer de Literatura Mundial y contiene la mayor parte del evangelio de Juan.

Bruce Metzger dice que este manuscrito fue "el descubrimiento más importante entre los manuscritos del Nuevo Testamento desde la adquisición del papiro Chester Beatty..." 33/39,40

En su artículo 'Zur Datierung des Papyrus Bodmer II (p 66)', Anzeiger der osterreichischen Akademie der Wissenschaften, phil.-hist, kl., 1960, Nr. 4, pp. 12033, "Herbert Hunger, director de la colección papirológica de la Biblioteca Nacional de Viena, le atribuye una fecha anterior, a mediados del siglo segundo y quien sabe si de la primera mitad del mismo; ver su artículo". 33/39,40

Diatesarón: significa "una armonía de cuatro partes". El griego "*dia tessarón*" significa literalmente "a través de cuatro". 6/195 Esto fue una armonía de los evangelios hecha por Taciano (alrededor de 160 d.C.).

Eusebio, en la *Historia Eclesiástica*, IV, 29 Loeb ed., I, 397, escribió: "...el que había sido su líder, Taciano, compuso de alguna manera una combinación y colección de los evangelios, y le dio a ésta el nombre de EL DIATESARÓN, y aun existen porciones de ésta..." Se cree que Taciano, cristiano asirio, fue el primero que compuso una armonía de los evangelios; en la actualidad se conserva solamente una pequeña porción. 14/318-19

El *Còdice Sinaítico* (350 d.C.) se encuentra en el Museo Británico. 12/579 Este manuscrito que contiene casi todo el N.T. (falta Marcos 16:9-20 y Juan 7:53-8:11) y más de la mitad del A.T., fue "descubierto por Tischendorf (nada menos que en un papelerero) en el Monasterio del Monte Sinaí en 1844, le fue presentado por el Monasterio al Zar ruso en 1859, y comprado por el pueblo y el gobierno británico a la Unión soviética en 100.000 libras en la Navidad de 1933. 4/183

El *Còdice Vaticano* (325-50 d.C.) se guarda en la Biblioteca del Vaticano. La Biblia casi completa. Bruce Metzger dice que este es uno de los manuscritos más valiosos de la Biblia griega. 33/47

Còdice Alejandrino (400 d.C.) guardado en el Museo Británico; la Enciclopedia Británica cree que fue escrito en griego en Egipto. Contiene casi toda la Biblia.

Còdice Efraímico (400 d.C.) guardado en la Biblioteca Nacional, París. La *Enciclopedia Británica*

dice que "su origen en el siglo quinto y la evidencia que proporciona lo hacen importante para el texto de ciertas porciones del Nuevo Testamento". 12/579; 6/183

Todos los libros están representados en este manuscrito, excepto 2 Tesalonicenses y 2 Juan. Este manuscrito es un palimpsesto.

Códice Beza (450 d.C.) se guarda en la Biblioteca Cambridge y contiene los Evangelios y Hechos, no solamente en griego, sino que también en latín.

Códice Washingtoniano (o Freeriano) 450-550 d.C., contiene los cuatro Evangelios en el siguiente orden: Mateo, Juan, Lucas y Marcos. 19/39

Códice Claromontano (del 500), contiene las epístolas paulinas. Es un manuscrito bilingüe.

5C. UNA CONCLUSIÓN OBVIA DE LOS MANUSCRITOS DEL NUEVO TESTAMENTO Y SU AUTORIDAD.

F.F. Bruce dice: "No existe un cuerpo de literatura antigua en el mundo que goce del tal riqueza de buena atestación textual como el Nuevo Testamento". 6/178

J. Harold Greenlee continúa, "...el número de manuscritos del Nuevo Testamento que tenemos a nuestra disposición es abrumadoramente mayor que los que hay de cualquier otra obra de literatura antigua. En tercer lugar, los más tempranos manuscritos existentes del N.T, fueron escritos mucho más cerca a la fecha del escrito original que en el caso de cualquier otra pieza de literatura antigua". 19/15

F.J.A. Hort con toda justicia añade que "en la variedad y plenitud de la evidencia sobre la cual descansa el texto del Nuevo Testamento, éste queda como un caso excepcional y ventajosamente único entre los escritos en prosa de la antigüedad". 22/561

F.J.A. Hort pasó 28 años estudiando el texto del N.T. Alexander Sautes dice que la Introducción de la cual él es autor junto a Brooks F. Westcott es "un logro jamás sobrepasado en la erudición

de cualquier país". 44/103

Greenlee escribe en *Introduction to New Testament Textual Criticism* con respecto al espacio de tiempo entre los manuscritos originales (los autógrafos) y los manuscritos existentes (las antiguas copias en existencia) diciendo que "los manuscritos más antiguos conocidos de la mayoría de los autores clásicos griegos datan de una fecha de mil años o más posterior a la muerte del autor. El intervalo de tiempo para los autores latinos es algo menor, variando hasta un mínimo de tres siglos en el caso de Virgilio. En el caso del N.T., sin embargo, dos de los manuscritos más importantes fueron escritos dentro de trescientos años después que se completó el N.T., y algunos de los libros virtualmente completos del N.T., lo mismo como extensos manuscritos fragmentados de muchas partes del N.T. datan de hasta solamente un siglo después de los escritos originales". 19/16

Greenlee añade que "Puesto que los eruditos aceptan generalmente como dignos de confianza los escritos de los antiguos clásicos aun cuando los más tempranos manuscritos fueron escritos tanto tiempo después que los originales y el número de manuscritos existentes es, en muchos casos, tan pequeño, queda en claro que la confiabilidad del texto del N.T. está de igual modo asegurada". 19/16

Bruce Metzger en *The Text of the New Testament* escribe convincentemente de la comparación: "*Las obras de varios autores antiguos han sido preservadas hasta nuestros días por el hilo de transmisión más delgado posible. Por ejemplo, la historia compendiada de Roma por Velleius Paterculus sobrevivió hasta los tiempos modernos únicamente en un manuscrito incompleto, del cual se hizo la edición con que contamos -y este único manuscrito se perdió en el siglo diecisiete después de haber sido copiado por el beato Renano en Amerbach. Aun los Anales del famoso historiador Tácito, en lo que se refiere a los primeros seis libros, se conservan en un solo manuscrito, el que data del siglo noveno. En 1870 se consumió en un incendio de la biblioteca municipal de Estrasburgo, el único manuscrito conocido de la Epístola a Diogneto, composición*

cristiana primitiva que los editores incluyen comúnmente en el cuerpo de escritos de los Padres Apostólicos. *En contraste con estas cantidades, la crítica textual del Nuevo Testamento se ve abrumada por la riqueza de su material*". 33/34

Geisler y Nix lo concluyen mediante una comparación entre las variaciones textuales de los documentos del N.T. y de las obras antiguas: "En seguida del Nuevo Testamento, hay mayor cantidad de manuscritos existentes de la ILIADA (643) que de cualquier otro libro. Tanto ésta como la Biblia fueron considerados 'sagrados', y ambos sufrieron cambios textuales y la consiguiente crítica de sus manuscritos griegos. El Nuevo Testamento tiene alrededor de 20.000 líneas". 14/366

Ellos continúan diciendo que "la Ilíada (tiene) alrededor de 15.600. Solamente 40 líneas (o 400 palabras) del Nuevo Testamento están en duda, mientras que de la Ilíada se cuestionan 764 líneas. Este 5 por ciento de corrupción textual se compara con el medio por ciento de similares enmiendas en el Nuevo Testamento.

"El poema épico de la India, el *Mahabharata*, ha sufrido todavía una mayor corrupción. Es de alrededor de ocho veces el tamaño de la Ilíada y la Odisea juntas, cerca de 250.000 líneas. De éstas, unas 26.000 líneas son corrupciones textuales (10 por ciento)". 14/367

La gran ventaja de contar con una gran multitud de manuscritos es que es más fácil reconstruir el original (autógrafo).

A

B

C

D E F G

H I J K L M N O

P Q R S T U V W X Y Z

Comenzando con los manuscritos correspondientes a las letras "P-Z" uno puede reconstruir el manuscrito original letra "A".

6C. LA CONFIABILIDAD DE LOS MANUSCRITOS APOYADA POR LAS VERSIONES MAS ANTIGUAS.

Otro firme apoyo para la evidencia textual y para la exactitud son las versiones antiguas. Por lo general, "la literatura antigua raramente era traducida a otro idioma". 19/45

El cristianismo ha sido una fe misionera desde su nacimiento. "Las más antiguas versiones del Nuevo Testamento fueron preparadas por misioneros para ayudarse en la propagación de la fe cristiana entre pueblos cuya lengua nativa era el siríaco, el latín o el copto". 33/67

Las versiones siríaca y latina (traducciones) del N.T. fueron hechas alrededor del año 150 d.C. Esto nos traslada en el tiempo hasta una época muy cercana a los originales.

A

(Texto original)

150 d,C.

△
**Varios manuscritos
 del griego
 existentes hoy**

**Versión (latina)
 300-400 d.C.**

**Versión (siríaca)
 150-250 d.C.**

△
 △
 /
**Varias copias
 copias
 de la versión
 versión
 existentes hoy
 hoy**

**Varias
 de la
 existentes**

Hay más de 9.000 copias existentes de las versiones antiguas.

1D. Versiones siríacas

La *Antigua Versión Siríaca* contiene cuatro evangelios, copiados alrededor del siglo cuarto. Es necesario explicar que "El siríaco es el nombre generalmente dado al arameo cristiano. Está escrito en una variación del alfabeto arameo". 6/193

Teodoro de Mopsuestia escribió, "Ha sido traducida a la lengua de los sirios." 6/193

Siríaco peshita. El significado básico es "simple." Fue la versión corriente. Producida alrededor de 150 a 250 d.C., hay más de 350 manuscritos existentes hoy, los que datan del 400. 14/317

Filojenia (508 d.C.). Policarpo tradujo un nuevo Nuevo Testamento siríaco para Filojenas, obispo de Mabug". 19/49

Siríaco harkleiana. 616 d.C. por Tomás de Harkel.

Siríaco palestina. La mayoría de los eruditos fechan esta versión alrededor de 400-450 d.C. (siglo quinto). 33/68-71

2D. Versiones latinas

Latina antigua. Hay testimonios desde el siglo cuarto hasta el siglo trece de que en el tercer siglo "circulaba en el Norte de África y en Europa una antigua versión latina..."

Latina antigua de Africa (Códice Babiense) 400 d.C. Metzger dice que "E. A. Lowe muestra marcas paleográficas de haber sido copiado de un papiro del siglo segundo". 33/72-74

El *Còdice Corbiense* (400-500 d.C.) contiene los cuatro evangelios.

El *Códice Vercellense* (360 d.C.)

El *Códice Palatino* (siglo quinto d.C.)

La *Vulgata Latina* (significa "común o popular"). Jerónimo era el secretario de Dámaso, quien era

obispo de Roma. Jerónimo cumplió la petición del obispo respecto de una versión, entre 366-384. 6/201

3D. Versiones coptas (o egipcias)

F. F. Bruce escribe que es probable que la primera versión egipcia haya sido traducida en el tercer o cuarto siglo. 6/214

Sahídica. A comienzos del tercer siglo. 33/79-80

Bahairica. El editor, Rodalphe Kasser, le atribuye fecha en las proximidades del siglo cuarto. 19/50

Egipcio medio. Cuarto o quinto siglo.

4D. Otras versiones

Armenia (400+ d.C.). Parece haber sido traducida de una Biblia griega obtenida en Constantinopla.

Georgiana.

7C. CONFIABILIDAD DE LOS MANUSCRITOS APOYADA POR LOS ERUDITOS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

La *Enciclopedia Británica* dice: "Cuando el erudito textual ha examinado los manuscritos y las versiones, todavía no ha agotado la evidencia en lo que al texto del Nuevo Testamento se refiere. Los escritos de los padres de la iglesia primitiva reflejan a menudo una forma de texto que difiere de la que se encuentra en uno u otro de los manuscritos. En algunos casos estos escritos representan el único acceso a las tradiciones textuales que hace ya mucho tiempo desaparecieron; por consiguiente, su testimonio con relación al texto, especialmente cuando corrobora las lecturas que vienen de otras fuentes, pertenece a la clase de testimonio que los críticos textuales deben consultar antes de formar sus conclusiones". 12/579

J. Harold Greenlee dice que las citas de la Escritura en las obras de los primitivos escritores cristianos "son tan extensivas que el N.T. podría virtualmente ser reconstruido a partir de ellas sin el uso de los manuscritos del Nuevo Testamento". 19/54

Bruce Metzger reitera lo anterior, en referencia a las citas en los comentarios, sermones, etc., diciendo que "En verdad, son tan extensivas estas citas que si todas las fuentes de nuestro conocimiento del Nuevo Testamento fuesen destruidas, éstas serían suficientes por sí solas para reconstruir prácticamente todo el Nuevo Testamento". 33/86

Geisler y Nix declaran que "las citas son tan numerosas y amplias que si no hubiera manuscritos del Nuevo Testamento en existencia, el Nuevo Testamento podría reproducirse a partir de los escritos de los padres primitivos solamente". 14/357

Geisler y Nix hacen un resumen total cuando relatan en *General Introduction to the Bible* que Sir David Dabrymple (Charles Leach, *Our Bible: How We Got It*, pp. 35-36) estaba comentando maravillado la preponderancia de la Escritura en los escritos de los primeros tiempos cuando alguien le preguntó, "Supongamos que el Nuevo Testamento hubiese sido destruido, y para fines del tercer siglo se hubiesen perdido todas las copias, ¿podría haber sido reconstruido basándose en los escritos de los Padres de los siglos segundo y tercero?"

Después de un gran trabajo de investigación, Dabrymple concluyó:

"Miren esos libros. ¿Recuerdan la pregunta referente al Nuevo Testamento y los Padres? Esa pregunta despertó mi curiosidad, y como yo poseía todas las obras existentes de los Padres del segundo y tercer siglos, comencé a escudriñar, y hasta el momento he hallado todo el Nuevo Testamento, con la excepción de once versículos". 14/357

ADVERTENCIA: José Angus en *The Bible Handbook*, p. 56, presenta varias limitaciones de los escritos patrísticos primitivos:

1. Las citas se usan a veces sin precisión verbal.

2. Algunos copistas tenían tendencia a cometer errores o alteraciones intencionales.

Clemente de Roma (95 d.C.) Orígenes, en *De Principus*, libro II, capítulo 3, lo llama un discípulo de los apóstoles. 4/28

Tertuliano en *Contra las herejías*, capítulo 23, escribe que él (Clemente) fue designado por Pedro.

Ireneo continúa en *Contra las herejías*, Libro III, Capítulo 3, que él "tenía la predicación de los apóstoles todavía resonándole en los oídos, y la doctrina de ellos todavía frente a sus ojos".

Él cita de:

Mateo	1 Pedro
Marcos	Hebreos
Lucas	Tito
Hechos	
1 Corintios	

Ignacio (70-110 d.C.) fue el obispo de Antioquía y sufrió martirio. Conoció bien a los apóstoles y fue discípulo de Policarpo Sus siete epístolas contienen:

Mateo	Efesios	1 y 2 de Tesalonicenses
Juan	Filipenses	1 y 2 de Timoteo
Hechos	Gálatas	1 Pedro
Romanos	Colosenses	
1 Corintios	Santiago	

Policarpo (70-156 d.C.), martirizado a los 86 años de edad, fue obispo de Esmirna y discípulo del apóstol Juan.

Bernabé (70 d.C.)

Hermas (95 d.C.).

Tatian (170 d.C.).

Ireneo (170 d.C.) fue obispo de Lyon.

Clemente de Alejandría (150-212 d.C.). 2400 de sus citas son de todos los libros del Nuevo Testamento, exceptuando solamente a tres.

Tertuliano (160-220 d.C.) fue un presbítero de la iglesia de Cartago y cita el Nuevo Testamento más de 7.000 veces, de las cuales 3.800 son de los evangelios.

Hipólito (170-235 d.C.) tiene más de 1.300 referencias.

Justino Mártir (133 d.C.) combatió al hereje Marción.

Orígenes (185-253 o 254). Este vocinglero escritor compiló más de 6.000 obras. Él reúne más de 18.000 citas del Nuevo Testamento. 14/353

Cipriano (muerto en 258 d.C.) fue obispo de Cartago. Usa aproximadamente 740 citas del A.T, y 1.030 del N.T.

Geisler y *Nix* concluyen con justicia que "Un breve inventario en este punto revelará que había unas 32.000 citas del Nuevo Testamento con anterioridad al tiempo del Concilio de Nicea (325). Estas 32.000 citas no son exhaustivas, y ni siquiera incluyen a los escritores del siglo cuarto. Con sólo añadir el número de referencias usadas por otro escritor más, Eusebio, que floreció antes y que fue contemporáneo del Concilio de Nicea, se logrará que el total de citas del Nuevo Testamento sobrepase las 36.000". 14/353-354

A todo lo anterior se podría añadir a Agustín, Amabio, Lactancio, Crisóstomo, Jerónimo, Gayo Romano, Atanasio, Ambrosio de Milán, Cirilo de Alejandría, Efraín el Sirio, Hilario de Poitiers, Gregorio de Nicea, etc., etc.

Recomiendo comprar y estudiar *A General Introduction to the Bible* por Geisler y Nix. Ellos han hecho un excelente trabajo en este aspecto de la autoridad de los manuscritos.

PRIMITIVAS CITAS PATRÍSTICAS
DEL NUEVO TESTAMENTO*

ES CRI TO R	Ev an- gel ios	He ch os	Epí sto las pa u- lina s	Epí stol as gen era- les	Ap oca lips is	To tal
Just ino Márt ir	26 8	10	43	6	3 (26 6 alu- sion es)	33 0
Iren eo	1.0 38	194	499	23	65	1.8 19
Cle men te Alej.	1.0 17	44	1.1 27	207	11	2.4 06

Orígenes	9.231	349	7.778	399	165	17.922
Tertuliano	3.822	502	2.609	120	205	7.258
Hipólito	734	42	387	27	188	1.378
Eusebio	3.258	211	1.592	88	27	5.176
Totales	19.368	1.352	14.035	870	664	36.289
*14/357						

8C. CONFIABILIDAD DE LOS MANUSCRITOS APOYADA POR LOS LECCIONARIOS

Este es un aspecto grandemente descuidado, y sin embargo el segundo más grande grupo de manuscritos del N.T. son los leccionarios.

Bruce Metzger nos proporciona el fondo de los leccionarios: "Siguiendo la costumbre de la sinagoga, de acuerdo a la cual se leían porciones de la Ley y de los Profetas en el servicio divino cada Sábado, la Iglesia cristiana adoptó la práctica de leer pasajes de los libros del Nuevo

Testamento en los servicios de adoración. Se desarrolló un sistema regular de lecciones de los Evangelios y las Epístolas, y comenzó la costumbre de disponer éstos de acuerdo a un orden fijo de domingos y de otros días santos del año cristiano". 33/30

Metzger sigue diciendo que se han catalogado unos 2.135, pero que hasta el presente la mayoría de ellos espera análisis crítico.

Harold Greenlee declara que "los más antiguos fragmentos de leccionarios son del siglo sexto, mientras que los manuscritos completos datan del siglo octavo y más tarde". 19/45

Los leccionarios eran por lo general más bien conservadores y usaban los textos más antiguos, y esto los hace muy valiosos en la crítica textual. 33/31

3B. La Prueba Bibliográfica para la Confiabilidad del Antiguo Testamento.

En el caso del A.T. no tenemos la abundancia de autoridad manuscrita próxima como en el caso del N.T. Hasta el descubrimiento reciente de los Rollos del Mar Muerto, el manuscrito hebreo existente más antiguo era de alrededor de 900 d.C. Esto significaba un período de tiempo intermedio de 1.300 años (el A.T. hebreo fue completado alrededor de 400 a.C.). A primera vista pudiera parecer que el A.T. no es más digno de confianza que otro tipo de literatura antigua. (Ver página 49 para una comparación con la literatura secular),

Con el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto, se ha hallado un número de manuscritos del A.T. que los eruditos afirman ser anteriores al tiempo de Cristo.

Cuando se conocen los hechos y se comparan, hay una abundancia abrumadora de razones por las cuales podemos creer que los manuscritos que poseemos son dignos de confianza. Veremos, como lo ha declarado Sir Frederic Kenyon, que "el cristiano puede tomar la Biblia en su mano y decir sin temor o vacilación que tiene en ella la verdadera Palabra de Dios, transmitida sin pérdida esencial, de generación en generación, a través de los siglos". 25/23

Primero, con el fin de ver la singularidad de la Escritura en su confiabilidad, uno necesita examinar el cuidado extremo con que los copistas transcribieron los manuscritos del A.T.

1C. LOS TALMUDISTAS (100-500 d.C.)

Durante este período se empleó mucho tiempo en catalogar la ley civil y canónica hebrea. Los talmudistas tenían un sistema bastante intrincado para la transcripción de los rollos de la sinagoga. *Samuel Davidson* en el *Hebrew Text of the Old Testament*, 2a. ed., p. 89, según es citado en *A Dictionary of the Bible*, James Hastings, IV, 949. 14/241

Samuel Davidson describe algunas de las disciplinas de los talmudistas en lo referente a las Escrituras. Estas minuciosas prescripciones (voy a utilizar la numeración incorporada por Geisler y Nix) son como sigue: "[1] Un rollo de la sinagoga debe estar escrito sobre las pieles de animales limpios, [2] preparadas para el uso particular de la sinagoga por un judío. [3] Estas deben estar unidas mediante tiras sacadas de animales limpios. [4] Cada piel debe contener un cierto número de columnas, igual a través de todo el códice. [5] La longitud de cada columna no debe ser menor de 48 ni mayor de 60 líneas; y el ancho debe consistir de treinta letras. [6] La copia entera debe ser rayada con anticipación; y si se escriben tres palabras sin una línea, no tiene valor. [7] La tinta debe ser negra, ni roja, verde, ni de ningún otro color, y debe ser preparada de acuerdo a una receta definida. [8] Una copia auténtica debe ser el modelo, de la cual el transcriptor no debiera desviarse en lo más mínimo. [9] Ninguna palabra o letra, ni aún una jota, debe escribirse de memoria, sin que el escriba haya mirado al códice que está frente a él... [10] Entre cada consonante debe intervenir el espacio de un pelo o de un hilo; (11) Entre cada nueva *parashah*, o sección, debe haber el espacio de nueve consonantes; [12] entre cada libro, tres líneas. [13] El quinto libro de Moisés debe terminar exactamente con una línea; aun cuando no rige la misma exigencia para el resto. [14] Además de esto, el copista debe sentarse con vestimenta judía completa, (15) lavar su cuerpo entero, (16) no comenzar a escribir el

nombre de Dios con una pluma que acaba de untarse en tinta, [17] y si un rey le dirigiera la palabra mientras está escribiendo ese nombre, no debe prestarle atención".

Davidson añade que "Los rollos en los cuales no se observan estas reglas son condenados a ser sepultados en la tierra o a ser quemados; o se les excluye a las escuelas, para que se les use como libros de lectura".

¿Por qué no contamos con manuscritos más antiguos? La misma ausencia de manuscritos antiguos, cuando se toman en cuenta las reglas y precisión de los copistas, confirma la confiabilidad de las copias que tenemos en la actualidad.

Los talmudistas estaban tan convencidos que cuando terminaban transcribiendo un manuscrito tenían un duplicado exacto, que le daban a la copia nueva igual autoridad.

Frederic Kenyon en *Our Bible and The Ancien Manuscripts* habla con mayor extensión sobre lo anterior y la destrucción de las copias más antiguas: "El mismo cuidado extremo que se daba a la transcripción de los manuscritos se halla también en el fondo de la desaparición de las copias más antiguas. Cuando un manuscrito había sido copiado con la exactitud prescrita por el Talmud, y había sido debidamente verificado, la copia era aceptada como auténtica y considerada como de igual valor con cualquier otra copia. Si todas eran exactamente correctas, la edad *no significaba ventaja para un manuscrito*; al contrario, la edad era una positiva desventaja, puesto que con el paso del tiempo un manuscrito estaba expuesto a sufrir mutilaciones o deterioro. Una copia deteriorada o imperfecta era condenada de una vez como inadecuada para ser usada.

"En cada sinagoga había una 'Gheniza', o armario de madera, en el cual se colocaban los manuscritos desechados por defectuosos; y de estos receptáculos se han recobrado algunos de los más antiguos manuscritos existentes en la actualidad. De este modo, lejos de considerar una copia más antigua de las Escrituras como más valiosa, el hábito judío ha sido preferir la más

nueva, por ser más perfecta y libre de perjuicios. Las copias más antiguas, una vez consignadas a la 'Gheniza', naturalmente perecían, ya por descuido o por ser quemadas deliberadamente cuando la 'Gheniza' se llenaba demasiado.

"Por tanto, no debiera sorprendernos ni inquietarnos la ausencia de copias muy antiguas de la Biblia hebrea. Si, a las causas ya enumeradas, añadimos las repetidas persecuciones (que involucraban muchas veces la destrucción de la propiedad) a que han estado sujetos los judíos, existe otra buena razón para la desaparición de los manuscritos más antiguos, y los que restan deben ser aceptados en el sentido en que preservan aquello que únicamente profesan preservar -es decir, el texto masorético". 25/43

"La reverencia por las Escrituras y la consideración por la pureza de su texto sagrado no se originaron después de la caída de Jerusalén". 18/173

Uno puede retroceder hasta Esdras 7:6,10 en donde se dice que Esdras era un escriba diligente".

Él era un profesional, experto en la Escritura.

2C. EL PERÍODO MASORÉTICO (500-900 d.C.)

Los masoretas (de *Masora*, "Tradición") aceptaron la laboriosa tarea de editar el texto y de establecer un patrón. Sus cuarteles generales estuvieron en Tiberias. El texto con el cual concluyeron los masoretas fue el llamado texto "masorético". Este texto resultante tenía el añadido de puntos para las vocales con el fin de asegurar una apropiada pronunciación. Este texto masorético es en la actualidad el texto hebreo autorizado.

Los masoretas estaban bien disciplinados y trataron el texto "con la mayor reverencia imaginable, y pusieron en práctica un complicado sistema de salvaguardas contra deslices de los escribas. Contaban, por ejemplo, el número de veces que aparecía cada letra en cada uno

de los libros; señalaron la letra central del Pentateuco y la letra central de la Biblia hebrea entera, e hicieron todavía cálculos más complicados que éstos. 'Parece que se cuenta todo lo susceptible de ser contado'. dice Wheeler Robinson (*Ancient and English Versions of the Bible* -1940- p. 29) y compusieron métodos mnemónicos mediante los cuales podían recordarse fácilmente los varios totales". 6/117

Sir Frederic Kenyon dice que "Aparte de registrar variantes de lectura, tradición, o conjetura, los masoretas asumieron un número de cálculos que no entran en la esfera ordinaria de la crítica textual. Numeraron los versículos, palabras, y letras de cada libro. Calcularon la palabra media y la letra media de cada uno. Enumeraron los versículos que contenían todas las letras del alfabeto, o un cierto número de ellos; etc. Estas trivialidades, como con justicia podemos considerarlas, tuvieron sin embargo el efecto de asegurar atención minuciosa a la transmisión precisa del texto; y no son sino una excesiva manifestación de un respeto por las Sagradas Escrituras, lo que en sí no merece sino elogios. En verdad, los masoretas estaban ansiosos de que ni una jota ni una tilde, ni una letra muy pequeña, ni una parte pequeña de una letra, o de la Ley fueran descuidadas o se perdieran". 25/38

3C. CITAS Y OBSERVACIONES ACERCA DE LA CONFIABILIDAD DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Las brillantes observaciones de Robert Dick Wilson, (*A Scientific Investigation of the Old Testament*, Moody Press) hacen retroceder el asunto de la veracidad y confiabilidad de las Escrituras hasta el tiempo del Antiguo Testamento: "En 143 casos de transliteración del Egipcio, Asirio, Babilonio y Moabita al Hebreo, y en 40 casos de lo opuesto, es decir 184 en total, la evidencia demuestra que por 2300 a 3900 años el texto de los nombres propios en la Biblia hebrea ha sido transmitido con la más minuciosa precisión. El hecho de que los escribas originales los hubiesen escrito con tan estrecha conformidad a los correctos principios filológicos

es una prueba maravillosa de su diligente cuidado y erudición; aún más, el que el texto hebreo hubiese sido transmitido por copistas a través de tantos siglos es un fenómeno inigualado en la historia de la literatura". 48/71

Wilson añade que "Hay alrededor de cuarenta de estos reyes que vivieron desde el 2000 antes de Cristo hasta el 400 a.C. Cada uno aparece en orden cronológico ...con referencia a los reyes del mismo país y con respecto a otros reyes de otros países... posiblemente no podría caber en la imaginación una evidencia más fuerte de la precisión substancial del Antiguo Testamento que esta colección de reyes'. Matemáticamente, es de una posibilidad en 750.000.000.000.000.000.000.000.000.000 que esta precisión fuese una mera circunstancia". 48/70-71

A causa de la evidencia, Wilson concluye:

"La prueba de que las copias de los documentos originales han sido transmitidas con substancial corrección durante más de 2.000 años no puede ser negada. Que las copias en existencia 2.000 años antes hubiesen sido transmitidas del mismo modo de los originales no es meramente posible, sino, como lo hemos demostrado, parece probable por las analogías de documentos babilónicos existentes hoy, de los cuales tenemos originales y copias, con millares de años de diferencia, y de veintenas de papiros que muestran, cuando se les compara con nuestras ediciones modernas de los clásicos, que han tomado lugar únicamente cambios menores en el texto en más de 2.000 años, y especialmente por la precisión científica y demostrable con la cual ha sido transmitida hasta nosotros la adecuada escritura de los nombres de reyes y de los numerosos términos extranjeros incrustados en el texto hebreo". 48/85

F.F. Bruce cree que el "texto de base consonante de la Biblia hebrea que los masoretas editaron había sido transmitido hasta su tiempo con notable fidelidad durante un período de casi mil años". 6/178

William Green concluye que "puede decirse con toda seguridad que ninguna otra obra de la

antigüedad ha sido transmitida con tanta precisión". 18/181

En lo concerniente a la precisión de la transmisión del texto hebreo, Atkinson, que fue vice-bibliotecario de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, dice que es "poco menos que milagrosa."

El *Rabino Aquiba*, del siglo segundo d.C., que tenía el deseo de producir un texto exacto, dijo que "la transmisión precisa masorética del texto es un límite para la Torah". 21/211

4C. EL TEXTO HEBREO

El *Códice del Cairo* (895 d.C.) se halla en el Museo Británico. Fue producido por la familia masorética de Moshe ben Asher, Contiene los profetas posteriores y los anteriores. 6/115-116

Códice de los Profetas de Leningrado (916 d.C.) contiene Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce profetas menores.

El más antiguo manuscrito completo del Antiguo Testamento es el *Códice Babilónico Petropalitano* (1008 d.C.) que se encuentra en Leningrado. Fue preparado en base a un texto corregido del Rabino Aarón ben Moshe ben Asher antes de 1000 d.C. 14/250

El *Códice Alef* (900+ d.C.) es un manuscrito excepcionalmente valioso. Por un tiempo se le creyó perdido, pero fue redescubierto en 1958. No escapó al deterioro.

Códice del Museo Británico (950 d.C.) contiene parte de Génesis hasta Deuteronomio.

Códice de los profetas de Reuchlin (1105 d.C.). La preparación de este texto fue hecha por el masoreta ben Naphtali.

5C. EL TESTIMONIO DE LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO RESPECTO DE LA CONFIABILIDAD DE LAS ESCRITURAS HEBREAS

La gran pregunta fue formulada primeramente por Sir Frederic Kenyon, "¿Representa este texto hebreo, que nosotros llamamos masorético, y del cual hemos demostrado su descendencia de un texto proveniente de 100 d.C. aproximadamente, con fidelidad el texto hebreo tal como fue escrito originalmente por los autores de los libros del Antiguo Testamento?" 25/47

Los Rollos del Mar Muerto nos dan la respuesta clara y positiva.

El problema antes del descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto era, "¿Cuan precisas son las copias que tenemos en la actualidad del texto del primer siglo? ¿Podemos confiar en el texto, siendo que éste ha sido copiado ya muchas veces?"

¿Qué son Los Rollos del Mar Muerto?

Los Rollos están compuestos de unos 40.000 fragmentos inscritos. De estos fragmentos, se han reconstruido más de 500 libros.

Se descubrieron muchos libros y fragmentos extra-bíblicos que arrojaron luz sobre la comunidad religiosa de Qumran. Escritos tales como los "Documentos Zadokite", un "Reglamento de la Comunidad" y el "Manual de Disciplina" nos ayudan a comprender el propósito y la vida cotidiana de Qumran. En las varias cavernas hay comentarios de las Escrituras que resultan de mucha ayuda.

¿Cómo se encontraron los Rollos del Mar Muerto?

Aquí me gustaría citar de Ralph Earle (*How we Got Our Bible*, Baker Book House), quien da una respuesta vívida y concisa en cuanto a cómo se descubrieron los Rollos:

"La historia de este descubrimiento es uno de los relatos más fascinantes de los tiempos modernos. En Febrero o Marzo de 1947 un pastor beduino cuyo nombre era Mahomed estaba empeñado en la búsqueda de una cabra perdida. Lanzó una piedra hacia el interior de una cueva en un cerro en la parte occidental del Mar Muerto, aproximadamente a 12 kilómetros al sur de Jericó. Ante su sorpresa, oyó el sonido de artículos de alfarería que se quebraban. Al

investigar, descubrió un cuadro sorprendente. En el suelo de la caverna había varias vasijas de gran tamaño que contenían rollos de cuero, envueltos en tela de lino. A causa de que las vasijas estaban cuidadosamente selladas, los rollos se habían conservado en excelente condición durante casi 1.900 años. (Fueron colocados allí evidentemente en el 68 d.C.)

"Cinco de los rollos hallados en la caverna del Mar Muerto No. I, como se le conoce ahora, fueron comprados por el arzobispo del Monasterio Sirio Ortodoxo de Jerusalén. Mientras tanto, otros tres rollos fueron comprados por el Profesor Sukenit de la Universidad Hebrea del lugar.

"Cuando recién se descubrieron los rollos, no se les dio publicidad. En Noviembre de 1947, dos días después que el Profesor Sukenit adquirió tres rollos y dos vasijas provenientes de la caverna, anotó en su diario: "Pudiera ser que este fuese uno de los descubrimientos más grandes hechos en Palestina, un descubrimiento con el que ni soñábamos". Pero estas significativas palabras no fueron publicadas en aquella ocasión.

"Afortunadamente, en Febrero de 1948, el arzobispo, que no podía leer hebreo, telefoneó a la Escuela Americana de Investigación Oriental en Jerusalén y contó lo referente a los rollos. Gracias a la buena providencia, el director del establecimiento en aquel entonces era un joven erudito de nombre John Trever, que también era un excelente fotógrafo aficionado. Mediante una ardua y dedicada labor consiguió fotografiar cada columna del gran rollo de Isaías, que tiene 8 metros de largo y 25 centímetros de altura, Él mismo desarrolló los negativos y envió unas pocas copias por correo aéreo al Dr. W.F. Albright de la Universidad John Hopkins, que era ampliamente reconocido como el decano de los arqueólogos bíblicos americanos. A vuelta de correo, Albright escribió: '¡Mis calurosas felicitaciones por el mayor descubrimiento de manuscritos de los tiempos modernos!... ¡Qué descubrimiento más absolutamente increíble! Y felizmente no puede existir ni la más leve duda en el mundo respecto de la genuinidad del manuscrito'. La fecha que él le estimó fue de 100 a.C." 11/48-49

Trever cita algunas otras opiniones de Albright: "No hay duda en mi mente de que el escrito es

más arcaico que el papiro Nash... soy de opinión que su fecha es de alrededor de 100 a.C..."
14/260

El valor de los Rollos.

Los más antiguos manuscritos que teníamos eran de 900 d.C. en adelante. ¿De qué modo podíamos asegurarnos de su exacta transmisión desde el tiempo de Cristo en el año 32 d.C.? Ahora lo sabemos, gracias a la arqueología y a los Rollos del Mar Muerto. Uno de los rollos que se hallaron era un manuscrito completo del texto hebreo de Isaías. Los paleógrafos le asignan fecha de alrededor de 125 a.C. Este manuscrito resulta así más de 1000 años más antiguo que cualquier otro manuscrito que poseíamos anteriormente.

Los otros manuscritos bíblicos (de este hallazgo) son de entre 200 d.C. hasta 68 d.C.

El impacto de este descubrimiento consiste en la exactitud del rollo de Isaías (125 a.C.) con el texto masorético de Isaías (916 d.C.) que es 1000 años posterior. Esto demuestra la desacostumbrada precisión de los copistas de la Escritura durante un período de más de mil años.

"De las 166 palabras de Isaías 53, hay solamente diecisiete letras cuestionadas. Diez de estas letras son una simple cuestión de deletreo, lo que no afecta el sentido. Otras cuatro letras son cambios menores de estilo, como es el caso de conjunciones. Las tres letras restantes comprenden la palabra 'luz', que se añade en el versículo 11, y que no afecta grandemente el significado. Además, esta palabra está apoyada por la LXX y IQ Is. De este modo, en un capítulo de 166 palabras, hay solamente una palabra en cuestión (tres letras) después de mil años de transmisión - y esta palabra no cambia grandemente el significado del pasaje". 14/263

F.F. Bruce dice que "Un rollo incompleto de Isaías, hallado junto con los otros en la primera caverna de Qumran, al cual se le ha designado convenientemente como 'Isaías B', concuerda más estrechamente todavía con el texto masorético". 6/123

Gleason Archer declara que las copias de Isaías de la comunidad Qumran "probaron ser idénticas, palabra por palabra, con nuestra versión hebrea autorizada en más de 95% del texto. El 5% de variación consistió mayormente de deslices obvios de la pluma y de variaciones en el deletreo". 57/19

Millar Burrows (*The Dead Sea Scrolls*, p. 304) citado por Geisler y Nix concluye que "Es cosa que maravilla el hecho de que a través de algo así como mil años el texto haya tenido tan poca alteración. Como dije en mi primer artículo sobre el rollo, 'Aquí yace su principal importancia, apoyando la fidelidad de la tradición masorética.'" 14/261

6C. LA SEPTUAGINTA VERIFICA LA GENUINIDAD DEL TEXTO HEBREO

Los judíos estaban esparcidos fuera de su tierra natal y se hacia necesario tener las Escrituras en la "*lingua franca*" de aquel tiempo. La Septuaginta (cuyo significado es 'setenta' y que comúnmente se abrevia usando los numerales romanos: LXX) fue el nombre que se le dio a la traducción griega de las Escrituras hebreas durante el reinado del rey Ptolomeo Filadelfo, de Egipto (285-246 a.C.)

F.F. Bruce proporciona una interesante versión del origen del nombre de esta traducción. En una carta que da a entender haber sido escrita alrededor de 250 a.C. (dicho de manera más realista: poco tiempo antes del año 100 a.C.) por Aristeas, un oficial de la corte del rey Ptolomeo a su hermano Filócrates:

"Ptolomeo fue famoso como patrocinador de la literatura, y fue bajo su reinado que se inauguró la gran biblioteca de Alejandría, una de las maravillas culturales del mundo durante 900 años. La carta describe cómo Demetrio de Falero, que se dice fue el bibliotecario de Ptolomeo, despertó el interés del rey en la Ley judía y le aconsejó enviar una delegación al sumo sacerdote Eleazar, a Jerusalén, El sumo sacerdote eligió como traductores seis ancianos de cada una de las doce

tribus de Israel y los envió a Alejandría, junto con un hermoso pergamino de la Torah, especialmente preciso. Los ancianos fueron regiamente agasajados, y demostraron su sabiduría en el debate; luego constituyeron su residencia en una casa en la isla de Faros (isla que ya era famosa por su faro), donde en setenta y dos días completaron su tarea de traducir el Pentateuco al griego, presentando una versión convenida como resultado de conferencia y comparación". 6/146-147

Puesto que la LXX está muy cerca del Texto Masorético que tenemos en la actualidad, ayuda a establecer la confiabilidad de su transmisión a través de 1300 años. La LXX y las citas escriturales que se encuentran en los libros apócrifos de Eclesiástico, el libro de Jubileos, etc., proporcionan evidencia de que el texto hebreo actual es substancialmente el mismo que en el año 300 a.C.

Geisler y Nix, en su utilísima obra, *A General Introduction to the Bible*, mencionan cuatro importantes contribuciones de la Septuaginta. "[1] Estableció un puente sobre la separación religiosa existente entre las gentes de habla hebrea y las de habla griega, al satisfacer las necesidades de los judíos de Alejandría, [2] conectó la separación histórica entre el Antiguo Testamento hebreo de los judíos y los cristianos de habla griega, los que la usarían con su Nuevo Testamento, [3] y proveyó un precedente para que los misioneros hicieran traducciones de las Escrituras a los varios idiomas y dialectos; [4] vence el obstáculo de la crítica textual por medio de su substancial armonía con el texto del Antiguo Testamento hebreo (Alef, A, B, C, et al.)". 14/308

F.F. Bruce presenta varias razones por las cuales los judíos perdieron el interés en la Septuaginta:

1. "...fue porque desde el siglo primero d.C. en adelante los cristianos la adoptaron como su versión del Antiguo Testamento y la usaron libremente en su propagación y defensa de la fe cristiana. 6/150

2. "Otra razón para la pérdida del interés de los judíos en la Septuaginta yace en el hecho de que alrededor del 100 d.C. se estableció un texto revisado autorizado de la Biblia hebrea por eruditos judíos..." 6/151

7C. TEXTO SAMARITANO (siglo quinto a.C.)

Este texto contiene el Pentateuco y tiene valor para determinar las lecturas textuales. Bruce dice que "las variaciones entre el Pentateuco samaritano y la edición masorética (916 d.C.) de estos libros son totalmente insignificantes cuando se las compara con la zona de concordancia". 6/122

8C. LOS TARGUMES (aparecen en forma escrita-copias, alrededor de 500 d.C.)

Su significado básico es "interpretación". Son paráfrasis del Antiguo Testamento.

Después que los judíos fueron llevados en cautividad, el idioma caldeo tomó el lugar del hebreo. Por consiguiente, los judíos necesitaban las Escrituras en el idioma que se hablaba entonces.

Los principales targumes son [1] *El Targum de Onkelos* (60 a.C., se le atribuye la paternidad de Onkelos, discípulo del gran erudito judío Hillel. Contiene el texto hebreo del Pentateuco. [2] *El Targum de Jonathan ben Uzziel* (30 a.C.?). Contiene los libros históricos y los profetas.

F.F. Bruce proporciona un fondo más interesante sobre los targumes: "...la práctica de acompañar la lectura pública de las Escrituras en la sinagoga con una paráfrasis oral en el arameo vernáculo se desarrolló en los últimos siglos a.C. Naturalmente, cuando el hebreo estaba haciéndose menos y menos familiar a la gente común como idioma hablado, fue necesario proveerles de una interpretación del texto de la Escritura en un idioma que ellos conocían, si es que habían de comprender lo que se leyera. El oficial encargado de la presentación de esta paráfrasis oral recibía el nombre de "*methurgeman*" (traductor o intérprete) y la paráfrasis misma se llamaba un quiere mucho targum.

"...al *methurgeman*... no se le permitía leer su interpretación de un rollo, pues la congregación

podría erróneamente pensar que él estaba leyendo las Escrituras originales. Con el propósito de obtener mayor precisión, sin duda, se estableció más adelante que no deberían traducirse más de un versículo del Pentateuco y no más de tres de los profetas de una vez.

"En su debido tiempo estos Targumes se redujeron a la forma escrita". 6/133

¿Qué valor tienen los targumes?

I. Anderson en *The Bible, the Word of God* declara el valor que ellos tienen, diciendo: "La gran utilidad de los más antiguos targumes consiste en su vindicación de la genuinidad del texto hebreo, al probar que éste era el mismo en el período en que se hicieron los targumes, que el que existe entre nosotros en la actualidad". 4/17

9C. LA MISHNA (200 d.C.)

El significado es "explicación, enseñanza". Contiene una colección de tradiciones judías y de exposiciones de la ley oral. Escrita en hebreo y considerada a menudo como la Segunda Ley. 14/306

Las citas Escriturales son muy similares al texto masorético y significan un testimonio de su confiabilidad.

10C. LOS GEMARAS (Palestino, 200 d.C.; Babilónico, 500 d.C.)

Estos comentarios (escritos en arameo) que se desarrollaron alrededor de la Mishna contribuyen a la confiabilidad textual del texto masorético.

La Mishna más el Gemara babilónico componen el Talmud babilónico.

Mishna + Gemara babil. = Talmud babilónico

Mishna + Gemara palest. = Talmud palestino.

11C. EL MIDRASH (100 a.C. - 300 d.C.)

Este estaba compuesto de estudios doctrinales del texto hebreo del Antiguo Testamento. Las citas del Midrash son principalmente masoréticas.

12C. LA HEXAPLA (Séxtuple)

La producción de Orígenes (185-254 d.C.) de una armonía de los evangelios en seis columnas: textos de la LXX, Aquila, Teodacio, Simmaco, hebreo en letras hebreas y en letras griegas.

La Hexapla más los escritos de Josefo, Filón y los Documentos Zadokitas (literatura de la comunidad Qumran del Mar Muerto) "rinden testimonio en cuanto a la existencia de un texto muy similar al masorético desde el 40 al 100 d.C". 55/148

4B. La Prueba Interna en Cuanto a la Confiabilidad de las Escrituras

1C. EL BENEFICIO DE LA DUDA

Respecto de esta prueba, John Warwick Montgomery escribe que los críticos literarios todavía siguen la regla establecida por Aristóteles de que "el beneficio de la duda debe concedérsele al documento mismo, y el crítico no debe adjudicarse ese privilegio para sí". 34/29

Por consiguiente, "uno debe escuchar los clamores del documento que está siendo analizado, y no debe suponerle fraude o error a menos que el autor se descalifique a sí mismo por contradicciones o por reconocidas imprecisiones en cuanto a los hechos". 34/29

Horn magnifica esto, diciendo: "Piensen por un momento acerca de lo que necesita demostrarse respecto de una 'dificultad' con el fin de transferirla a la categoría de un argumento válido contra la doctrina. Ciertamente se requiere mucho más que la mera apariencia de contradicción. Primero, debemos asegurarnos de que hemos entendido el pasaje correctamente, el sentido en el cual usa las palabras o los números. Segundo, que poseemos todo el conocimiento existente acerca de este asunto. Tercero, que ya no es posible que se arroje más luz sobre él por el avance del conocimiento, de la investigación textual, de la arqueología, etc.

"...las dificultades no constituyen objeciones", añade Roberto Horn. "Los problemas sin resolver no necesariamente son errores. Esto no es empequeñecer la zona de dificultad; es verla en perspectiva. Las dificultades nos retienen y los problemas nos hacen buscar mayor claridad; pero hasta el momento en que tengamos claridad total y final sobre cualquier asunto no estamos en condiciones de declarar, 'Aquí hay un error comprobado, una objeción incuestionable a una Biblia infalible'. Es ampliamente sabido que innumerables 'objeciones' han sido plenamente resueltas desde que comenzó este siglo". 58/86-87

2C. VALOR DE LA FUENTE PRIMARIA

Escribieron en calidad de testigos presenciales o información de primera mano:

Lucas 1:1-3: *"Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo".*

2 Pedro 1:16: *"Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad".*

1 Juan 1:3: *"Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo".*

Hechos 2:22: *"Varones israelitas, oid estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis..."*

Juan 19:35: *"Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice*

verdad, para que vosotros también creáis".

Lucas 3:1: "En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Tranconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia..."

Hechos 26:24-26: "Diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco. Mas él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón".

F.F. Bruce, profesor de Rylands de Crítica Bíblica y de Exégesis en la Universidad de Manchester, dice, en lo referente al *"valor de la fuente primaria de los registros del Nuevo Testamento:*

"Los primitivos predicadores del evangelio sabían el valor del... testimonio de primera mano, y apelaron a él una y otra vez. 'Somos testigos de estas cosas', fue su constante y confiada declaración. Y de ningún modo puede haber sido tan fácil, como algunos escritores parecen pensar, el inventar palabras y hechos de Jesús en aquellos tempranos años, cuando había alrededor tantos de sus discípulos, los que podían recordar lo que había y lo que no había sucedido.

"Ciertamente, la evidencia es que los cristianos primitivos tenían cuidado de hacer distinción entre los dichos de Jesús y sus propias declaraciones o juicios. Pablo, por ejemplo, al discutir los molestos temas del matrimonio y del divorcio en 1 Corintios 7, tiene cuidado de hacer esta distinción entre su propio consejo sobre el tema y la reglamentación decisiva del Señor: 'no yo, sino el Señor', y luego, 'yo digo, no el Señor'.

"Y no era únicamente con testigos presenciales amistosos con los que contaban los primitivos

predicadores; había otros menos bien dispuestos que también estaban en conocimiento de los principales hechos del ministerio y muerte de Jesús. Los discípulos no podían permitirse arriesgar imprecisiones (por no decir nada de manipulación intencionada de los hechos), lo que sería puesto al descubierto de inmediato por parte de aquellos que harían esto con verdadero placer. Por el contrario, uno de los puntos fuertes de la predicación apostólica original era la confiada apelación al conocimiento de los oyentes; ellos no solamente decían, 'Nosotros somos testigos de estas cosas,' sino también, 'Como vosotros mismos sabéis' (Hechos 2:22). Si hubiese habido tendencia a apartarse de los hechos en cualquier forma, la posible presencia de testigos hostiles en el auditorio habría servido como eficaz correctivo". 7/33, 44-46

3C. FUENTE PRIMARIA COMPETENTE

El Nuevo Testamento debe ser considerado por los eruditos en la actualidad como un documento competente de fuente primaria desde el primer siglo.

Cartas de Pablo – 51-62 d.C.

Marcos – 64-70 d.C.

Mateo – 80-85 d.C.

Lucas – 80-85 d.C. - Buena evidencia para una fecha anterior a 64 D. C.

Hechos – 85 d.C. más

Juan – Antes de 100 d. C.

Kenyon escribe que hay "evidencia confirmatoria de la existencia del cuarto Evangelio en las proximidades de fines del primer siglo".

Un hombre (Nelson Glueck) que fue el más destacado arqueólogo bíblico del mundo dijo:

"Ya podemos decir enfáticamente que no hay base sólida para atribuir fecha posterior a 80 d.C. a ningún libro del Nuevo Testamento, lo que significa una anterioridad de dos generaciones a la fecha de 130 y 150 dada por los críticos más radicales del Nuevo Testamento en la actualidad".

65/136

Él reitera esto en una entrevista para *Christianity Today*, del 18 de Enero de 1963, citado por John Warwick Montgomery: "En mi opinión, cada libro del Nuevo Testamento fue escrito por un judío bautizado entre los años cuarenta y los ochenta del primer siglo d.C. (muy probablemente en alguna fecha entre 50 y 75 d.C.)". 34/35

5B. Prueba de la Evidencia Externa de la Confiabilidad de la Escritura

1C. AUTENTICIDAD COMPROBATORIA

"¿Confirman o niegan el testimonio interno provisto por los documentos mismos otros materiales históricos?" 34/31

En otras palabras, ¿qué otras fuentes existen aparte de la literatura bajo análisis que comprueban su precisión, confiabilidad y autenticidad?

2C. EVIDENCIA CONFIRMATORIA DE AUTORES EXTRA-BÍBLICOS

Eusebio, en su *Historia Eclesiástica III*. 39, preserva los escritos de Papías, obispo de Hierápolis (130 d.C.), los que éste consiguió del Anciano (apóstol Juan): "El Anciano acostumbraba decir también esto: 'Marcos, que había sido el intérprete de Pedro, escribió con precisión todo lo que él (Pedro) mencionó, ya fueran dichos o hechos de Cristo, aunque no precisamente en orden. Por cuanto él no fue ni oyente ni compañero del Señor; pero después, como dije, él acompañó a Pedro, quien adaptaba sus enseñanzas según la necesidad lo requería, y no como si estuviera haciendo una compilación de los dichos del Señor. De modo que Marcos no cometió error al registrar algunas cosas de este modo, como él (Pedro) las mencionaba; por cuanto el interés de él era éste: no omitir nada que hubiese oído, ni incluir entre ello alguna declaración falsa'".

Papías comenta también respecto del Evangelio de Mateo: "Mateo registró los oráculos en la lengua hebrea (es decir, arameo)".

Ireneo, obispo de Lyons (180 d.C., que fue discípulo de Policarpo, obispo de Esmirna;

martirizado en 156 d.C., había sido un cristiano por 86 años, y fue un discípulo de Juan el Apóstol). Escribió:

"Según Gregorio de Tours, él (Ireneo) convirtió casi toda la población de Lyons y envió otros misioneros a otras partes de la Europa pagana".

Contra las Herejías III; "Tan firme es la base sobre la cual descansan estos Evangelios, que los mismos herejes aportan testimonio en su favor, y, partiendo de éstos (documentos), cada uno trata de establecer su propia y particular doctrina."

Los cuatro Evangelios habían llegado a ser tan axiomáticos en el mundo cristiano que Ireneo puede referirse a ello (el conjunto de cuatro Evangelios) como un hecho establecido y reconocido, tan obvio como los cuatro puntos cardinales.

"Pues del modo como existen cuatro cuartos del mundo en el cual vivimos, y cuatro vientos universales, y así como la Iglesia está dispersa por toda la tierra, y el evangelio es el pilar y base de la Iglesia y el aliento de vida, así es natural que tuviese cuatro pilares, respirando inmortalidad desde todos los ámbitos y reavivando el fuego de vida entre los hombres. De donde es manifiesto que el Verbo, el arquitecto de todas las cosas, quien se sienta sobre los querubines y mantiene unidas todas las cosas, habiéndose manifestado a los hombres, nos ha dado el evangelio en forma cuádruple, pero mantenido unido mediante un Espíritu.

"Mateo publicó su Evangelio," continúa Ireneo, "entre los hebreos (es decir, judíos) en su propia lengua, cuando Pedro y Pablo estaban predicando el Evangelio en Roma y fundando la iglesia en ese lugar. Después de su partida (es decir, muerte, la que fuertes tradiciones ubican en el tiempo de la persecución neroniana, el año 64), Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, se encargó en persona de consignar por escrito la substancia de la predicación de Pedro. Lucas, el seguidor de Pablo, registró en un libro el evangelio predicado por su maestro. Luego Juan, el discípulo del Señor, que también se había recostado en su pecho (esto es una referencia a Juan

13:25 y 21:20), produjo su Evangelio, mientras vivía en Efeso, en Asia".

Sir William M. Ramsay: "La historia de Lucas no tiene parangón respecto de su veracidad". 95/81
Clemente de Roma (95 d.C.) usa la Escritura como si ésta fuera de fiar y auténtica.

Ignacio (70-110 d.C.). Fue obispo de Antioquia y sufrió martirio por su fe en Cristo. Conoció a todos los apóstoles y se hallaba en el "grupo de acción" (en otras palabras, un discípulo) de Policarpo, quien fue discípulo del apóstol Juan.

Elgin Moyer en *Who Was Who in Church History* (Moody Press, 1968) escribe que Ignacio mismo dijo: "preferiría morir por Cristo antes que reinar sobre el mundo entero. Échenme a las fieras para que por medio de ellas pueda ser participante de Dios". Se dice que fue arrojado a las bestias feroces en el coliseo de Roma. Sus epístolas fueron escritas durante su viaje desde Antioquía hacia el martirio." 59/209

Ignacio daba crédito a la Escritura por la manera en que basaba su fe sobre la exactitud de la Biblia. El tenía abundancia de material y de testigos para descubrir la veracidad de las Escrituras.

Policarpo (70-156 d.C.) fue un discípulo de Juan y sucumbió al martirio a la edad de 86 años a causa de su tenaz devoción a Cristo y a las Escrituras. La muerte de Policarpo demostró su confianza en la exactitud de las Escrituras.

"Aproximadamente en el año 155, durante el reinado de Antonino Pío, cuando estaba llevándose a cabo una persecución local en Esmirna y varios de sus miembros habían sido martirizados, él fue sindicado como el dirigente de la iglesia, y marcado para el martirio. Cuando se le dijo que se retractara y viviría, se dice que declaró: 'Ochenta y seis años le he servido, y no me ha causado ningún mal. ¿cómo puedo hablar mal de mi Rey que me salvó?' Fue quemado en la estaca, muriendo como un heroico mártir por su fe". 59/337 Indudablemente él tenía amplios contactos para enterarse de la verdad.

Flavio Josefo - historiador judío. Las diferencias entre el relato de Josefo del bautismo de Juan el Bautista y el del Evangelio, es que Josefo dice que el bautismo de Juan no era para remisión de pecados, mientras que la Biblia (Marcos 1:4) dice que sí lo era; y que Juan fue muerto por razones políticas y no por su denuncia del matrimonio de Herodes con Herodías. Es muy posible, como lo sugiere Bruce, que Herodes creyera que podía matar dos pájaros de un tiro al encarcelar a Juan. Con respecto a la discrepancia sobre su bautismo, Bruce dice que los Evangelios presentan un relato más probable desde el punto de vista "histórico-religioso" y que son más antiguos que la obra de Josefo y, por consiguiente, más exactos. Sin embargo, lo que realmente interesa es que el bosquejo general del relato de Josefo confirma el de los Evangelios. 7/107

En *Antigüedades XVIII, 5.2*, Josefo hace mención de Juan el Bautista. En razón de la manera en que está escrito este pasaje, no existe base para sospechar interpolación cristiana. En este pasaje leemos:

"Sucedió que algunos de los judíos pensaban que el ejército de Herodes había sido destruido por Dios, y que era un muy justo castigo para vengar a Juan, por sobrenombre el Bautista. Pues Herodes le había matado, aun cuando era un buen hombre, que ordenaba a los judíos que practicasen la virtud, que fuesen justos unos con otros y piadosos hacia Dios, y que se unieran en el bautismo. Enseñó que el bautismo era aceptable a Dios si es que se sometían a él no con la finalidad de procurar la remisión de ciertos pecados, sino para la purificación del cuerpo, si el alma ya había sido purificada por la justificación. Y cuando los demás se reunieron a su alrededor (pues fueron grandemente conmovidos al escuchar sus palabras), Herodes temió que su poder persuasivo sobre los hombres, grande como era, pudiese conducir a un levantamiento, ya que ellos parecían dispuestos a seguir su consejo en todo. De modo que pensó que era mucho mejor prenderle y matarle antes que causase algún tumulto, que tener que arrepentirse de tribulaciones posteriores, después que hubiese sucedido una revuelta. Por causa de esta

sospecha de Herodes, Juan fue enviado encadenado a Maqueros, la fortaleza que mencionamos anteriormente, en donde se le dio muerte. Los judíos creyeron que era para vengarle que el ejército fue derrotado, pues Dios deseaba traer el mal sobre Herodes". 7/106

Taciano (170 D. C.) fue un cristiano asirio que organizó la Escritura con el fin de componer la primera "armonía de los Evangelios", llamada el ***Diatessarón***.

Parte 2 - Confirmación por la Arqueología.

3C. EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

Nelson Glueck, el afamado arqueólogo judío, escribió que "Puede declararse categóricamente que ningún descubrimiento arqueológico ha contradicho alguna referencia bíblica". Él prosiguió su declaración en cuanto a "la casi increíble precisión del registro histórico de la Biblia, la que resulta particularmente veraz cuando está respaldada por los hechos arqueológicos".

William F. Albright, conocido por su reputación de ser uno de los grandes arqueólogos, declara: "No puede quedar duda que la arqueología ha confirmado la substancial historicidad de la tradición del Antiguo Testamento". 64/176

Albright añade: "El excesivo escepticismo manifestado hacia la Biblia por importantes escuelas históricas de los siglos dieciocho y diecinueve, ciertas fases del cual todavía aparecen periódicamente, ha sido progresivamente desacreditado. Descubrimiento tras descubrimiento han establecido la exactitud de numerosos detalles, y han hecho crecer el reconocimiento del valor de la Biblia como fuente histórica". 61/127-128

John Warwick Montgomery ("*Evangelicals and Archaeology*", derechos reservados por Christianity Today, usado con permiso) expone un problema típico de muchos eruditos de la actualidad: "Tomás Drobena, investigador del Instituto (Americano de Estudios de la Tierra Santa) advierte que donde la arqueología y la Biblia parecen estar en tensión, el asunto casi

siempre se relaciona con fechas, que es la zona más débil de la arqueología corriente y en la cual los científicos a menudo reemplazan el sólido análisis empírico por razonamientos *a priori* y circulares". 60/47-48

El profesor *H.H. Rowley* (citado por Donald F. Wiseman en *Revelation and the Bible*, ed., Carl Henry, Baker Book House, 1969) dice que "No es a causa de que los eruditos actuales comienzan con presuposiciones más conservadoras que sus predecesores el que ellos tengan un respeto mucho mayor por las historias patriarcales de lo que era común en otro tiempo, sino porque la evidencia lo garantiza". 62/305

Merrill Unger (*Archaeology and the New Testament*, Zondervan Publishing House, 1962) declara: "El papel que está desempeñando la arqueología en la investigación acerca del Nuevo Testamento (lo mismo como en la del Antiguo Testamento) facilitando el estudio científico, balanceando la teoría crítica, ilustrando, elucidando, suplementando y autenticando el fondo histórico y cultural, constituye el punto brillante en el futuro de la crítica del texto sagrado". 88/25-26

Millar Burrows de Yale observa: "La arqueología ha refutado en muchos casos los puntos de vista de los modernos críticos. Ha demostrado en varias ocasiones que estos puntos de vista descansan sobre suposiciones falsas e irreales, y sobre esquemas artificiales de desarrollo histórico (AS 1938, p. 182). Esta es una verdadera contribución, y no debe minimizarse". 68/291

F.F. Bruce indica: "En aquellos puntos en que se ha sospechado de inexactitud en Lucas, y en los cuales la exactitud ha sido vindicada por alguna evidencia hallada en inscripciones, resulta legítimo decir que la arqueología ha confirmado el registro del Nuevo Testamento". 86/331

Merrill Unger resume: "La arqueología del Antiguo Testamento ha redescubierto naciones enteras, ha resucitado pueblos importantes, y de la manera más asombrosa ha llenado las lagunas históricas, haciendo inmensurables añadiduras al conocimiento de los contextos

bíblicos". 88/15

William Albright continúa: "A medida que el estudio crítico de la Biblia sea más y más influenciado por el rico y nuevo material proveniente del Antiguo Cercano Oriente, veremos un constante crecimiento en el respeto por el significado histórico de pasajes y detalles del Antiguo Testamento que en la actualidad son descuidados o despreciados". 2/81

Burrows expone la causa de una excesiva incredulidad : "El excesivo escepticismo de muchos teólogos liberales se deriva no de una cuidadosa evaluación de los datos disponibles, sino de una enorme predisposición contra lo sobrenatural". 79/176

El arqueólogo de Yale añade a su anterior declaración: "En el todo, sin embargo, el trabajo arqueológico ha fortalecido incuestionablemente la confianza en la veracidad del registro escritural. Más de un arqueólogo ha visto crecer su respeto por la Biblia por causa de la experiencia de excavar en Palestina". 68/1 "En general, tales evidencias como las que nos ha proporcionado hasta aquí la arqueología, especialmente proveyendo manuscritos adicionales y más antiguos de los libros de la Biblia, fortalecen nuestra confianza en la exactitud con que el texto ha sido transmitido a través de los siglos". 68/42

Sir Frederic Kenyon dice: "Es por consiguiente legítimo decir que, con respecto a aquella parte del Antiguo Testamento contra la cual estuvo principalmente dirigida la crítica desintegradora de la segunda mitad del siglo diecinueve, la evidencia de la arqueología ha servido para restablecer su autoridad, y de igual modo para aumentar su valor haciéndola más inteligible por medio de un conocimiento más pleno de su contexto y de sus deslindes. La arqueología no ha dicho todavía su última palabra; pero los resultados ya conseguidos confirman lo que sugeriría la fe: que la Biblia no puede hacer otra cosa sino ganar a consecuencia de un aumento del conocimiento". 56/279

La arqueología ha producido una abundancia de evidencia para substanciar la corrección de

nuestro texto masorético. (Ver página 61).

Bernard Ramm escribe referente al *Sello de Jeremías*: "La arqueología también nos ha dado evidencia respecto de la precisión substancial de nuestro texto masorético. El sello de Jeremías, que era un sello que se usaba para estampar los sellos de resina en los jarros de vino, y que está fechado en los alrededores del primer o segundo siglo d.C., tiene grabado Jeremías 48:11 y, en general, está conforme al texto masorético. Este sello '...confirma la precisión con que fue transmitido el texto entre el tiempo en que se hizo el sello y el tiempo en que se escribieron los manuscritos'. Aun más, el *Papiro Roberts*, cuya fecha es del segundo siglo a.C., y el *Papiro Nash*, fechado por Albright antes de 100 a.C., confirman nuestro texto masorético". 37/8-10

William Albright confirma los hallazgos del Dr. Ramm : "Podemos descansar seguros de que el texto consonante de la Biblia hebrea, aun cuando no infalible, ha sido preservado con una exactitud tal vez no igualada por ninguna otra literatura del Cercano Oriente... No, el flujo de luz que está siendo derramado sobre la poesía bíblica hebrea de todos los períodos mediante la literatura Ugarítica garantiza la relativa antigüedad de su composición lo mismo como su sorprendente precisión en la transmisión". 63/25

El *arqueólogo W. F. Albright* (*The Archaeology of Palestine*, Pelican Books, 1960) escribe concerniente a la precisión de las Escrituras como resultante de la arqueología: "El contenido de nuestro Pentateuco es, en general, mucho más antiguo que la fecha en que finalmente se editó; nuevos descubrimientos continúan confirmando la precisión histórica o la antigüedad literaria de un detalle tras otro... Es, por consiguiente, puro hipercriticismo negar el carácter claramente mosaico de la tradición del Pentateuco". 61/224

Albright continúa (*The Biblical Period from Abraham to Ezra*, Harper, 1960) diciendo que los críticos solían comentar de este modo: "Hasta hace poco era la moda entre los historiadores bíblicos tratar las leyendas patriarcales del Génesis como si fueran creaciones artificiales de los escribas israelitas de la Monarquía Dividida, o cuentos narrados por los imaginativos rapsodas

junto a las fogatas de los campamentos israelitas durante los siglos que siguieron a la ocupación por ellos del país. Nombres eminentes entre los eruditos pueden citarse entre los que han considerado el contenido de Génesis 11 - 50 como producto de invención posterior, o como una retrogresión de eventos y acontecimientos bajo la monarquía en el pasado remoto, acerca del cual se pensaba que nada podía realmente haberse conocido por parte de los escritores de los días posteriores". 67/1-2

Ahora todo ha cambiado, dice Albright: "Los descubrimientos arqueológicos desde 1925 han cambiado todo esto. Aparte de unos pocos testarudos entre los más viejos de los eruditos, escasamente podrá encontrarse un caso de un historiador bíblico que no haya sido impresionado por la rápida acumulación de información que apoya la substancial historicidad de la tradición patriarcal. De acuerdo a las tradiciones de Génesis, los antepasados de los israelitas estuvieron íntimamente relacionados con los pueblos seminómades de Transjordania, Siria, la cuenca del Eufrates y el Norte de Arabia en los últimos siglos del segundo milenio a.C., y en los primeros siglos del primer milenio".

Millar Burrows continúa: "Para ver la situación con claridad, debemos distinguir dos clases de confirmación: general y específica. La confirmación general es un asunto de compatibilidad sin corroboración definida de puntos particulares. Gran parte de lo que ya se ha discutido como explicación e ilustración puede ser considerado también como confirmación general. El cuadro calza en su marco; la melodía y el acompañamiento son armoniosos. La fuerza de tal evidencia es acumulativa. Mientras mayor es la cantidad de detalles en el cuadro del pasado presentado por la Biblia que descubrimos compatible con lo que sabemos de la arqueología, aun cuando el testimonio no sea directo, más fuerte es nuestra impresión de autenticidad general. La mera leyenda o ficción se traicionaría inevitablemente por anacronismos e incongruencias". 68/278

1D. Ejemplos del Antiguo Testamento de Confirmación Arqueológica.

1E. Génesis muestra que los antecesores de Israel vinieron de Mesopotamia. Es con este hecho

con el cual concuerdan los hallazgos arqueológicos. Albright dice que es "más allá de toda duda razonable que la tradición hebrea está en lo correcto al trazar la descendencia de los patriarcas directamente desde el Valle de Balikh en la Mesopotamia nor-occidental". La evidencia está basada en la coincidencia de los hallazgos bíblicos y arqueológicos que trazan el movimiento de estos pueblos saliendo de la tierra de Mesopotamia. 67/2

2E. Según las Escrituras, "Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras" (Génesis 11:1) antes de la Torre de Babel. Después de la construcción de la torre y de su destrucción, Dios confundió la lengua de toda la tierra (Génesis 11:9). Muchos filólogos modernos dan fe de la posibilidad de un origen tal para los idiomas del mundo. Alfredo Trombetti dice que él puede trazar y probar el origen común de todos los idiomas. Max Mueller también da fe del origen común. Y Otto Jespersen va tan lejos como para decir que el idioma fue dado a los primeros hombres directamente por Dios. 72/47

3E. En la genealogía de Esaú se hace mención de los horeos (Génesis 36:20). En un tiempo se aceptó la idea de que estas gentes fueron "habitantes de las cavernas", a causa de la similitud entre horeo y la palabra hebrea para caverna –de donde nació la idea de que vivían en cavernas. Ahora, sin embargo, los descubrimientos han demostrado que ellos formaban un prominente grupo de guerreros que vivían en el Cercano Oriente en la época patriarcal. 72/72

4E. Durante las excavaciones de Jericó (1930-1936), Garstang encontró algo tan sorprendente que una declaración de su hallazgo fue preparada y firmada por él y por otros dos miembros del equipo. Refiriéndose a estos hallazgos, Garstang dice: "En lo que se refiere al hecho principal, entonces, no hay dudas: los muros cayeron hacia afuera tan completamente que los atacantes pudieron encaramarse a ellos y pasar por encima de sus ruinas hasta el interior de la ciudad". ¿Qué era lo inusitado? El hecho de que los muros de las ciudades no caen hacia afuera, sino que caen hacia adentro. sin embargo, en Josué 6:20 leemos: "...y el muro se derrumbó. El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron". Los muros se

hicieron caer hacia afuera.

5E. Descubrimos que la genealogía de Abraham es definitivamente histórica. sin embargo, parece haber dudas en cuanto a si estos nombres representan individuos o ciudades antiguas. Lo que sí es cierto respecto de Abraham es que él mismo fue un individuo y que existió. Esto es lo que nos dice Burrows: "Todo indica que aquí hay un individuo histórico. Como se ha hecho notar anteriormente, a él no se le menciona en ninguna fuente arqueológica conocida, pero su nombre aparece en Babilonia como un nombre personal en el mismo período al cual él pertenece". 68/258-259

Se hicieron tempranos intentos de mudar la fecha de Abraham hasta el siglo 15 o 14 a.C., lo que sería un tiempo muy tardío para él. No obstante, Albright señala que a causa de la fecha mencionada anteriormente, y de otra evidencia, tenemos "una gran cantidad de evidencia proveniente de nombres personales y de lugares, casi todo lo cual está contra un desplazamiento tan arbitrario de la fecha tradicional". 67/9

6E. Aun cuando la evidencia arqueológica específica para las historias de los patriarcas puede que no aparezca, las costumbres sociales de las historias calzan bien con el período y con la región de los patriarcas. 68/278-279

Gran parte de esta evidencia provino de excavaciones en Nuzu y Mari. Los trabajos en Ugarit arrojaron luz sobre la poesía y la lengua hebreas. En los códigos hitita, asirio, sumerio y Eshunna se hallaron rastros de la legislación mosaica. Mediante estos estamos en condiciones de ver la vida de los hebreos en contraste con el mundo árabe de alrededor y, como dice Albright, "Esto es una contribución ante la cual todo lo demás pierde significación". 63/28

Los descubrimientos que se han hecho hasta ahora han conducido a los eruditos, sin importar cuál haya sido su opinión religiosa, a afirmar la naturaleza histórica de los relatos asociados con los patriarcas. 62/305

7E. Julio Wellhausen, un bien conocido crítico bíblico del siglo 19, tuvo la impresión de que el registro acerca del lavacro hecho de los espejos de bronce no constituía una inscripción original en el Código sacerdotal. Al proceder de este modo, él pone el registro del tabernáculo demasiado tarde para la época de Moisés, sin embargo, no existe razón válida para emplear la fecha posterior propuesta por Wellhausen (500 a. C.). Existe evidencia arqueológica específica de tales espejos de bronce en lo que se conoce como el Período del Imperio en la historia de Egipto (1500-1200 a. C.). De este modo, vemos que este período resulta contemporáneo con Moisés y con el Éxodo (1500-1400 a.C.). 72/108

Henry M. Morris (The Bible and Modern Science, Moody Press, 1956) observa: "Todavía existe el problema, por cierto, en la completa armonización del material arqueológico con la Biblia, pero nunca es tan serio como para no tener involucrada una verdadera promesa de solución inminente a través de investigación más profunda. Debe ser extremadamente significativo que, en vista de la gran masa de evidencia corroboradora con relación a la historia bíblica de estos períodos, no existe hoy ni un solo hallazgo confiable de la arqueología que pruebe que la Biblia esté errada en algún punto". 96/95

2D. Ejemplos del Nuevo Testamento

1E. La confiabilidad de Lucas como historiador es incuestionable. Unger nos dice que la arqueología ha autenticado las narrativas evangélicas. especialmente Lucas. En palabras de Unger, "En la actualidad hay acuerdo general en los círculos eruditos de que los Hechos de los Apóstoles es la obra de Lucas, que pertenece al primer siglo, y que involucra la labor de un cuidadoso historiador que se mostró substancialmente preciso en su uso de fuentes de documentación". 88/24

Sir William Ramsay es considerado como uno de los más grandes arqueólogos que han existido. Recibió su adiestramiento en la escuela histórica alemana de mediados del siglo diecinueve. A consecuencia de esto, él fue enseñado que el libro de los Hechos fue un producto de la mitad del

siglo segundo d.C. Él estaba firmemente convencido de esto, y se dispuso a probar esta enseñanza. Sin embargo, fue obligado a cambiar por completo sus creencias debido a la abundante evidencia puesta al descubierto por sus investigaciones. De esto habló él cuando dijo: "Puedo decir con toda honestidad que comencé esta investigación sin prejuicio favorable a la conclusión que ahora procuraré justificar ante el lector. Por el contrario, comencé con una disposición contraria a ello, pues la ingenuidad y aparente integridad de la teoría de Tubinga en un tiempo habían logrado convencerme completamente. En aquel tiempo yo no tenía programado investigar el asunto con minuciosidad; pero más recientemente vine a estar en contacto con el libro de los Hechos en calidad de autoridad para la topografía, las antigüedades y la sociedad de Asia Menor. Gradualmente comenzó a crecer en mí la idea de que en varios detalles la narración demostraba una veracidad maravillosa. En efecto, comenzando con la idea fija de que la obra era esencialmente una composición del segundo siglo, y sin nunca dar crédito a su evidencia como digna de confianza para las condiciones del primer siglo, gradualmente llegué a encontrar que era un aliado útil en algunas investigaciones obscuras y difíciles". 93/36 Citado del libro de Ramsay: *St. Paul the Traveller and the Roman Citizen*, Baker Book House, 1962. 94/7-8. (Citado por E.M. Blaiklock, *Layman's Answer: An Examination of the New Theology*, Hodder and Stoughton, 1968).

Ramsay tenía también un muy alto concepto de la habilidad de Lucas como historiador.

"Lucas es un historiador de primera categoría; no son sus declaraciones de hecho meramente dignas de confianza; está poseído del verdadero sentido histórico; él fija su mente en la idea y en el plan que rige en la evolución de la historia, y adecúa su tratamiento de los incidentes en proporción a la importancia que éstos tienen. A los eventos críticos e importantes les da su debida proporción y muestra su verdadera naturaleza hasta con detalles, mientras que toca levemente u omite enteramente mucho que no tenía valor para su propósito. En resumen, este autor debiera ser colocado junto a los más destacados historiadores". 9/222

Hubo un tiempo en que prevalecía la idea de que Lucas había estado totalmente errado al describir las circunstancias que rodearon el nacimiento de Jesús (Lucas 2:1-3). Se argumentaba que no había habido censo, que Cirenio no era gobernador de Siria en aquel tiempo y que no era cierto que todos tuviesen que volver al hogar de sus antepasados. 70/159-160; 72/285

En primer lugar, los descubrimientos arqueológicos prueban sin sombra de duda que los romanos mantenían un empadronamiento regular de los contribuyentes, y mantenían también censos cada 14 años. Este procedimiento comenzó en verdad bajo Augusto, y el primero tuvo lugar bien en 23-22 a.C. o en 9-8 a.C. Este último sería aquel al cual Lucas se refiere.

En segundo lugar, hallamos evidencia de que Cirenio fue gobernador de Siria alrededor del año 7 a.C. Esta suposición está basada en una inscripción hallada en Antioquía asignándole este puesto a Cirenio. Como resultante de este hallazgo, ahora se supone que él fue gobernador dos veces. Una vez en el año 7 a.C. y la otra en el año 6 d.C. (fecha asignada por Josefo). 70/160

Finalmente, en relación con las prácticas de empadronamiento, un papiro hallado en Egipto contiene instrucciones para la realización de un censo. Dice así: "A causa del censo que se aproxima es necesario que todos los que por cualquier causa residan fuera de sus hogares se preparen de inmediato para volver a sus propios distritos con el fin de que puedan completar el registro familiar del empadronamiento y que las tierras de cultivo puedan retener a los que pertenecen a ellas". 70/159-160; 72/285

Al principio los arqueólogos creían que la implicación de Lucas de que Listra y Derbe estaban en Licaonia y de que Iconio no lo estaba era errónea (Hechos 14:6). Basaban su creencia en los escritos de romanos tales como Cicerón, quien indicaba que Iconio estaba en Licaonia. De este modo, los arqueólogos dijeron que el libro de los Hechos no era confiable. Sin embargo, en 1910, Sir William Ramsay encontró un monumento que mostraba que Iconio era una ciudad frigia. Hallazgos posteriores confirman esto. 72/317

Entre otras referencias históricas de Lucas está aquella de "Lisantias tetrarca de Abilinia" (Lucas 3:1) al comienzo del ministerio de Juan el Bautista en el año 27 d.C. El único Lisantias que conocían los antiguos historiadores era uno que fue asesinado el año 36 a.C. Sin embargo, una inscripción hallada cerca de Damasco habla de un "liberto de Lisantias el tetrarca", y se le ha asignado fecha entre el año 14 y el 29 d.C. 89/321

En su epístola a los Romanos escrita desde Corinto, Pablo hace mención del tesorero de la ciudad, Erasto (Romanos 16:23). Durante las excavaciones de Corinto de 1929, se halló una losa con la inscripción: ERASTVS PRO:AED:S:P: STRAVIT ("Erasto, curador de edificios públicos, colocó esta losa a sus propias expensas"). Según Bruce, el enlosado muy probablemente existía en el primer siglo d.C. y el donante y el hombre mencionado por Pablo son la misma persona. 7/95; 79/185

También existe una inscripción fragmentaria hallada en Corinto, la que se cree decía originalmente "Sinagoga de los hebreos". Es probable que haya estado sobre el umbral de la sinagoga en la cual Pablo discutía (Hechos 18:4-7). Otra inscripción corintia hace mención del "mercado de carne" de la ciudad al que Pablo se refiere en 1 Corintios 10:25.

De este modo, gracias a los muchos hallazgos arqueológicos, la mayoría de las ciudades antiguas mencionadas en el libro de los Hechos han logrado ser identificadas. Como resultado de los mismos ahora pueden trazarse con exactitud los viajes de Pablo. 7/95; 65/118

Lucas escribe del alboroto en Efeso y presenta el cuadro de una asamblea cívica (*Ecclesia*) llevándose a cabo en un teatro (Hechos 19:23 y siguientes). La verdad es que allí era donde se reunía, como queda establecido por una inscripción que habla de las estatuas de plata de Artemisa (o Diana) siendo colocadas en el "teatro durante una sesión plena de la *Ecclesia*". Las excavaciones practicadas en el lugar del teatro comprobaron que éste tenía capacidad para 2.500 personas. 89/326

Lucas relata también que en Jerusalén se desató un alboroto a causa de que Pablo introdujo a un gentil al Templo (Hechos 21:28). Se han encontrado inscripciones que, en griego y en latín, dicen: "Ningún extranjero podrá entrar más allá de la barrera que rodea el templo y sus alrededores. Cualquiera que sea sorprendido en infracción será personalmente responsable por su muerte consiguiente". ¡Una vez más se prueba que Lucas estaba en lo cierto! 89/326

También se encontraba en duda el uso por parte de Lucas de ciertas palabras. Lucas se refiere a Filipos como una "parte" o "distrito" de Macedonia. Él usa la palabra griega *meris*, la que ha sido traducida "parte" o "distrito". F.J.A. Hort creía que Lucas estaba equivocado al usar el término de este modo. Él decía que *meris* se refería a una "porción", no a un "distrito," y esta era la razón para su desacuerdo. Sin embargo, las excavaciones arqueológicas han demostrado que esta misma palabra, *meris*, se usaba para describir las divisiones del distrito. Así es como la arqueología ha mostrado una vez más la exactitud de Lucas. 72/320

A Lucas se le atribuyeron otros usos indebidos de palabras. Técnicamente, él no estaba en lo correcto al referirse a los gobernantes de Filipos como *pretors*. De acuerdo a los eruditos, dos *duumvirs* habrían gobernado la ciudad. Sin embargo, como de costumbre, Lucas estaba en lo cierto, Los hallazgos han demostrado que el título de *pretor* se empleaba para designar a los magistrados de una colonia romana. 72/321

Su elección de la palabra *procónsul* como título para Galión (Hechos 18:12) es correcta, como queda demostrado por la inscripción en Delos que declara en parte: "Como Lucio Junio Galión, mi amigo, y procónsul de Acaya..." 79/180

La inscripción de Delos (52 d.C.) nos proporciona un período fijo de tiempo para establecer el ministerio de un año y medio de Pablo en Corinto. Tenemos conocimiento de esto por el hecho, proveniente de otras fuentes, de que Galión se instaló en su puesto el primero de julio y de que su desempeño en el cargo duró solamente un año, y que ese año coincidió con el trabajo de Pablo en Corinto. 89/324

Lucas da a Publio, el jefe en la isla de Malta, el título de "hombre principal de la isla" (Hechos 28:7). Se han desenterrado inscripciones que le dan el título de "hombre principal". 89/325

Un caso más es el referente a su uso de *politarjas* para denotar las autoridades civiles de Tesalónica (Hechos 17:6). Puesto que *politarja* no se halla en la literatura clásica, volvió a suponerse que Lucas estaba equivocado. Sin embargo, se han hallado unas 19 inscripciones que hacen uso del título. Lo interesante del caso es que cinco de ellas son con referencia a Tesalónica.

En 1945 se descubrieron en la vecindad de Jerusalén dos osarios (receptáculos para huesos). Estos osarios exhibían escritura pictográfica, la que su descubridor, Eleazar I. Sukenit, proclamó como "los más primitivos registros de la cristiandad." Estos receptáculos sepulcrales fueron hallados en una tumba que se hallaba en uso antes del año 50 d.C. Los escritos decían *Iesous iou* y *Iesouis aloth*. Había también cuatro cruces. Es muy probable que la primera haya sido una oración a Jesús pidiendo ayuda, y la segunda una oración para resurrección de la persona cuyos huesos estaban contenidos en el osario.

¿No es de maravillarse que E.M. Blaiklock, profesor de clásicos en la Universidad de Auckland, llegue a la conclusión de que "Lucas es un consumado historiador, digno de ser clasificado junto a los grandes escritores griegos"?

2E. *El Enlosado.* Durante siglos no ha habido registro de la corte donde Jesús fue juzgado por Pilato (llamado Gabata o el enlosado, Juan 19:13). Muchos dijeron: "Es un mito. Vean (la Biblia) no es histórica".

William F. Albright en *The Archaeology of Palestine*, muestra que esta corte fue la corte de la Torre Antonia, que fue el cuartel general militar de Roma en Jerusalén. La corte fue destruida en 66-70 d.C. durante el sitio de Jerusalén. Quedó sepultada cuando se reconstruyó la ciudad durante el tiempo de Adriano, y no se descubrió sino hasta en fecha muy reciente. 61/141

3E. *La Fuente de Betesda*, otro lugar del cual no hay registro, excepto en el Nuevo Testamento, ahora puede ser identificado "con suficiente exactitud en la sección nordeste de la antigua ciudad (la zona llamada Bezetha, o 'Prado Nuevo') en el primer siglo d.C., habiéndose hallado rastros de ella en el curso de las excavaciones cerca de la iglesia de Santa Ana en 1888". 89/329

CONCLUSIÓN

Después de haber tratado de desbaratar la historicidad y validez de las Escrituras, llegué a la conclusión de que éstas son históricamente dignas de confianza. Si uno desecha la Biblia como poco digna de confianza, debe entonces descartar también casi toda la literatura de la antigüedad. Un problema que tengo que encarar con frecuencia es el deseo de muchos de aplicar un nivel y clase de prueba a la literatura secular y otro diferente a la Biblia. Es necesario aplicar la misma clase de prueba, ya sea que la literatura que se investigue sea secular o religiosa. Habiendo hecho esto, creo que uno puede tomar las Escrituras en su mano y decir: "La Biblia es veraz e históricamente digna de confianza".

BIBLIOGRAFÍA

1. Albright, William F. "*The Elimination of King 'So'.*" *The Bulletin of the American Schools of Oriental Research*. No. 171, October, 1963, p. 66.
2. Albright, William F. *From the Stone Age to Christianity*. Baltimore: John Hopkins Press, 1946.
3. Anderson, J.N.D. *Christianity: The Witness of History*. London: Tyndale Press, 1969. Usado con permiso de Inter-Varsity Press, Downers Grove, Il. 60515.
4. Anderson, J. *The Bible, the Word of God*. Brighton: n.p., 1905
5. Aristóteles. *El Arte de la Poesía*.

6. Bruce, F.F. *The Books and the Parchments*. Ed. Rev. Westwood: Fleming H. Revell Co., 1963.
7. Bruce, F.F. *The New Testament Documents: Are They Reliable?* Downers Grove, Il. 60515: Inter-Varsity Press, 1964. Usado con permiso.
8. Collett, Sidney. *All About the Bible*. Old Tappan: Revell, n.d.
9. Culver, Robert D. "The Old Testament as Messianic Prophecy". *Bulletin of the Evangelical Theological Society*. Vol. VII, No. 3, 1964.
10. Dodd, C.H. *More New Testament Studies*. Manchester: University Press, 1968.
11. Earle, Ralph. *How We Got Our Bible*. Grand Rapids: Baker Book House, 1971.
12. *Encyclopaedia Britannica*. Vol. 3. Reimpreso con permiso, derechos reservados por *Encyclopaedia Britannica*, 1970.
13. Eusebio. *Historia Eclesiástica*. VIII, 2.
14. Geisler, Norman I. and William E. Nix. *A General Introduction to the Bible*. Chicago: Moody Press, 1968.
15. Glueck, Nelson, *Rivers in the Desert; History of Neteg*. Philadelphia: Jewish Publications Society of America, 1969.
16. Grant, F.C. *An Introduction to the Revised Standard Version of the New Testament*, 1946.
17. Green, Michael. *Runaway World*. Downers Grove, Il. 60515: Inter-Varsity Press, 1968. Usado con permiso.
18. Green, William Henry. *General Introduction to the Old Testament - The Text*. New York: C. Scribner's Sons, 1899.
19. Greenlee, J. Harold. *Introduction to New Testament Textual Criticism*. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1964. Usado con permiso.
20. Hall, F.W. "MS Authorities for the Text of the Chief Classical Writers". *Companion to Classical*

Text. Oxford: Clarendon Press, 1913. Usado con permiso.

21. Harrison, R.K. *Introduction to the Old Testament.* Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1969. Usado con permiso.
22. Hori, Fenton John Anthony and Brooke Foss Westcott, *The New Testament in the Original Greek.* New York: Macmillan Co., 1881. Vol. 1.
23. Kenyon, Frederic G. *The Bible and Modern Scholarship.* London: John Murray, 1948.
24. Kenyon, Frederic G. *Handbook to the Textual Criticism of the New Testament.* London: Macmillan and Company, 1901.
25. Kenyon, Frederic G. *Our Bible and the Ancient Manuscripts.* New York: Harper and Brothers, 1941.
26. Kenyon, Frederic G. *The Story of the Bible.* Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1967. Usado con permiso.
27. Klausner, Joseph. *Jesus of Nazareth.* New York: The Macmillan Co., 1946.
28. Latourette, Kenneth Scott. *A History of Christianity.* New York: Harper & Row, 1953.
29. Lea, John W. *The Book of Books.* Philadelphia: n.p., 1922.
30. Lea, John W. *The Greatest Book in the World.* Philadelphia: n.p., 1929.
31. Liplady, Thomas. *The Influence of the Bible.* New York: Fleming H. Revell, 1924.
32. McAfee, Cleland B. *The Greatest English Classic.* New York: n.p., 1912.
33. Meizger, Bruce M. *The Text of the New Testament.* New York and Oxford: Oxford University Press, 1968.
34. Montgomery, John Warwick. *History and Christianity.* Downers Grove, Il. 60515: Inter-Varsity Press, 1971. Usado con permiso.
35. Pfeiffer, R.H. *Introduction to the Old Testament.* New York: Harper & Row, 1948.

36. Ramm, Bernard. *Protestant Christian Evidences*. Chicago: Moody Press, 1957. Usado con permiso.
37. Ramm, Bernard. "Can I Trust My Old Testament?" *The King's Business*. Feb. 1949.
38. Robertson, Archibald T. *An Introduction to the Textual Criticism of the New Testament*. London: n.p., 1907.
39. Robertson, A.T. *Introduction to the Textual Criticism of the New Testament*. Nashville: Broadman Press, 1925.
40. Sanders, C. *Introduction in Research in English Literary History*. New York: Macmillan Company, 1952.
41. Schaff, Philip. *History of the Christian Church*. Vol.1 (8 vols.). Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960. Usado con permiso.
42. Schaff, Philip. *Companion to the Greek Testament and the English Version*. Ed. rev. New York: Harper Bros., 1883.
43. Smith, Wilbur M. *The Incomparable Book*. Minneapolis: Beacon Publications, 1961.
44. Souter, Alexander. *The Text and Canon of the New Testament*. New York: Charles Scribner's Sons, 1912.
45. Stott, John R.W. *Basíc Christianity*. Downers Grove, Il. 60515: Inter-Varsity Press. 1971. Usado con permiso.
46. Streeter, Burnett Hillman. *The Four Gospels*. London: Macmillan & Co., 1930.
47. Turner, H.E.W. *The Historicity of the Gospels*. London: A.R. Mowbray, 1963.
48. Wilson, Robert Dick. *A Scientific Investigation of the Old Testament*. Chicago: Moody Press, 1959. Usado con permiso.
49. Greenslade, Stanley Lawrence (ed.). *Cambridge History of the Bible*. New York: Cambridge

University Press, 1963.

50. Unger, Merrill F. *Unger's Bible Dictionary*. Ed. rev. Chicago: Moody Press, 1971. Usado con permiso.

51. Conversación con el Dr. Earl Radmacher, Dallas, Texas, Junio de 1972.

52. Young, Edward J. "*The Authority of the Old Testament*". *The Infallible Word* (a symposium). Philadelphia: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1946.

53. Murray, John. "*The Attestation of Scripture*". *The infallible Word* (a symposium). Philadelphia: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1946.

54. Warfield, Benjamin B. *Introduction to Textual Criticism of the New Testament*. Séptima edición. London: Hodder and Stoughton, 1907.

55. Skilton, John H. "*The Transmission of the Scripture*". *The Infallible Word* (a symposium). Philadelphia: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1946.

56. Kenyon, Frederic G. *The Bible and Archaeology*. New York: Harper & Row, 1940.

57. Archer, Gleason. *A Survey of the Old Testament*. Chicago: Moody Press, 1964. Usado con permiso.

58. Horn, Robert M. *The Book That Speaks for Itself*. Downers Grove, Il. 60515: Inter, Varsity Press, 1970. Usado con permiso. . .

59. Moyer, Elgin S. *Who Was Who in Church History*. Ed. rev. Chicago: Moody Press 1968. Usado con permiso.

60. Montgomery, John W. "*Evangelicals and Archaeology*". *Christianity Today*. Derechos reservados el 16 de agosto de 1968. Usado con permiso.

61. Albright, W.F. *The Archaeology of Palestine*. Ed. Rev. Harmondsworth, Middlesex: Pelican Books, 1960.

62. Wiseman, Donald F. "*Archaeological Confirmation of the Old Testament*". *Revelation and the Bible*. Editado por Carl Henry. Grand Rapids: Baker Book House, 1969.
63. Albright, William F. "*Old Testament and the Archaeology of the Ancient East*". Hallado en *Old Testament and Modern Study* por Harold Henry Rowley. Oxford University Press, 1951.
64. Albright, William F. *Archaeology and the Religions of Israel*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1956.
65. Albright, William. *Recent Discoveries in Bible Lands*. New York: Funk and Wagnalls, 1955. Por cortesía del editor.
66. Archer, G.L. *A Survey of Old Testament Introduction*. Chicago: Moody Press, 1964. Usado con permiso.
67. Albright, William. *The Biblical Period from Abraham to Ezra*. New York: Harper & Row, 1960
68. Burrows, Millar. *What Mean These Stones?* New York: Meridian Books, 1956.
69. Collier, Donald. "*New Radiocarbon Method for Dating the Past*". *Biblical Archaeologist Reader*. Editado por G.E. Wright and D.N. Freedman. New York: Doubleday & Co., 1961.
70. Elder, John. *Prophets, Idols and Diggers*. Indianapolis, New York: Bobbs-Merrill, 1960.
71. Frank, Henry Thomas. *Bible, Archaeology and Faith*. Nashville: Abingdon Press, copyright 1971.
72. Free, Joseph. *Archaeology and Bible History*. Wheaton: Scripture Press Publications, 1969.
73. Freedman, D.N. and J.C. Greenfield (eds.). *New Directions in Biblical Archaeology*. Garden City: Doubleday and Co., 1969.
74. Heidel, Alexander. *The Babylonian Genesis*. Chicago: University of Chicago Press, 1963.
75. Kline, M.G. *Treaty of the Great King*. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1963. Usado con permiso.

76. Lapp, Paul W. *Biblical Archaeology and History*. New York: World Publishing Co., 1969.
77. Unger, M.F. *Archaeology and the Old Testament*. Chicago: Moody Press, 1954. Usado con permiso.
78. Vardaman, Jerry. *Archaeology and the Living Word*. Nashville: Broadman Press, 1965.
79. Vos, Howard. *Can 1 Trust My Bible?* Chicago: Moody Press, 1963. Usado con permiso.
80. Vos, Howard. *Genesis and Archaeology*. Chicago. Moody Press 1963 Usado con permiso,
81. Vos, Howard. *An Introduction to Bible Archaeology*. Chicago: Moody Press, 1956. Usado con permiso.
82. Whitcomb, John C., Jr. *Darius the Mede*. Philadelphia: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1963.
83. Wright, G.E. *Biblical Archaeology*. Philadelphia: Westminster Press, 1957.
84. Wright, G.E. and D.N. Freedman. *Biblical Archaeologist Reader*. New York: Doubleday and Company, 1961.
85. Wright, G.E. "Some Radiocarbon Dates". *Biblical Archaeologist Reader*. Editado por Wright and Freedman. Garden City: Doubleday and Co., 1961.
86. Bruce, F.F. "Archaeological Confirmation of the New Testament". *Revelation and the Bible*. Editado por Carl Henry. Grand Rapids: Baker Book House, 1969.
87. Tenney, Merrill C. "Reversals of New Testament Criticism". *Revelation and the Bible*. Editado por Carl Henry. Grand Rapids: Baker Book House, 1969.
88. Unger, Merrill F. *Archaeology and the New Testament*. (Volumen que forma pareja con *Archaeology and the Old Testament*). Grand Rapids: Zondervan Publishing House, copyright 1962. Usado con permiso.
89. Bruce, F.F. "Archaeological Confirmation of the New Testament". *Revelation and the Bible*.

Editado por Carl Henry. Grand Rapids: Baker Book House, 1969.

90. Garstang, John. *Joshua Judges*. London: Constable, 1931.

91. Ramsay, Sir W.M. *The Bearing of Recent Discovery on the Trustworthiness of the New Testament*. London: Hodder and Stoughton, 1915.

92. Blaiklock, E.M. *The Acts of the Apostles*. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1959. Usado con permiso.

93. Blaiklock, Edward Musgrave. *Layman's Answer: An Examination of the New Theology*. London: Hodder and Stoughton, 1968.

94. Ramsay, W.M. *St. Paul the Traveller and the Roman Citizen*. Grand Rapids: Baker Book House, 1962.

95. Ramsay, W.M. *The Bearing of Recent Discovery on the Trustworthiness of the New Testament*. Grand Rapids: Baker Book House, 1953.

96. Morris, Henry. *The Bible and Modern Science*. Ed. rev. Chicago: Moody Press, 1956. Usado con permiso.

97. Stonehouse, Ned B. "*The Authority of the New Testament*". *The Infallible Word*. Philadelphia: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1946.

Capítulo 6

¿SE PUEDE CONFIAR EN LOS DOCUMENTOS BÍBLICOS?¹⁷⁷

Hace algunos años, una revista destacada tenía un artículo que pretendía mostrar que en la Biblia hay miles de errores.

¿Cómo sabemos que el texto de la Biblia que tenemos hoy, después de muchas traducciones y versiones a través de los siglos, no es sino un pálido reflejo del original? ¿Qué garantía tenemos de que las supresiones y embellecimientos no han oscurecido totalmente el mensaje original de la Biblia? ¿Qué importancia tiene la exactitud histórica de la Biblia? Por supuesto, ¡lo único que cuenta es el mensaje!

¹⁷⁷“¿Se puede confiar en los documentos bíblicos?” es el capítulo 6 del libro “La razón de nuestra fe”, de Paul E. Little. Ed. Las Américas. Págs. 55-67.

Pero el cristianismo está arraigado en la historia. En un censo romano incluyeron a Jesucristo. Si las referencias que la Biblia hace de la historia no son ciertas, podrían surgir fuertes dudas acerca de la confiabilidad de otras partes del mensaje que están basadas en eventos históricos. De igual forma, es crucial para nosotros saber que básicamente tenemos los mismos documentos que la gente de hace casi 2.000 años. Y, ¿cómo sabemos que los libros que tenemos ahora son los que deben estar en la Biblia? O, ¿que no debemos incluir otros? Estas preguntas son dignas de contestar.

Si creemos que la Biblia es la Palabra de Dios, inspirada verbalmente, el trabajo de establecer la exactitud del texto es de suma importancia. Este trabajo se llama crítica textual. Tiene que ver con la autenticidad del texto, es decir, cómo el texto actual se compara con los originales, y con cuánta exactitud se copiaron los antiguos manuscritos. .

Brevemente, veamos los antecedentes del Antiguo y Nuevo Testamentos.

El trabajo de un escriba era altamente profesional y hecho con gran cuidado. También era un trabajo del que sólo se encargaba un judío con la más alta devoción. Se daba perfecta cuenta de la necesidad de tener extremo cuidado y exactitud, puesto que creía estar tratando con la Palabra de Dios. No hay copias completas del Antiguo Testamento en hebreo, anteriores a los años 900 d.C., pero parece evidente que se conservó muy cuidadosa y fielmente el texto desde, por lo menos, el año 100 ó 200 d.C.

Se puede comprobar esto si se comparan algunas traducciones del hebreo al latín y griego de ese tiempo. Esta comparación revela la copia cuidadosa del texto hebreo durante este período. El texto que data de los años 900 d.C. se llama *texto masorético*, porque fue el producto de los escribas conocidos como masoretas. Todas las copias actuales del texto hebreo que vienen de este período, están notablemente de acuerdo y atestiguan la habilidad de los escribas al leer y corregir las pruebas.

Pero, ¿cómo podemos saber la precisión y autenticidad del texto del tiempo pre-masorético? Surgen preguntas acerca del cuidado que los escribas tuvieron durante este tiempo, que fue un período turbulento en la historia de los judíos.

En 1947 el mundo supo de lo que se ha denominado como el mayor descubrimiento arqueológico del siglo. En cuevas en el valle del Mar Muerto se encontraron antiguos recipientes que contenían los ahora famosos rollos del Mar Muerto. Por medio de estos rollos, es evidente que más o menos de los años 150 a.C. a 70 d.C., un grupo de judíos vivió en un lugar llamado Qumrán. Vivían en una sociedad comunal que operaba similar a un monasterio. Además de labrar la tierra, pasaban el tiempo estudiando y copiando las Escrituras. Aparentemente ellos creían que los romanos iban a invadir la tierra y por eso pusieron los rollos de piel en recipientes y los escondieron en cuevas, en las laderas de los farallones del oeste del Mar Muerto.

En la providencia de Dios permanecieron sin ser tocados, hasta que un beduino errante, pastor de cabras, los encontró accidentalmente en febrero o marzo de 1947. Exploraciones cuidadosas siguieron al descubrimiento accidental, y se descubrieron otras cuevas que contenían rollos. El hallazgo incluía la copia completa del manuscrito más antiguo conocido hasta ahora, del libro de Isaías, y fragmentos de casi cada libro del Antiguo Testamento. Además estaba una copia fragmentada que contiene mucho de Isaías 38-66. También se encontraron los libros de Samuel en una copia muy gastada, junto con dos capítulos completos de Habacuc. Además se descubrieron varios escritos extrabíblicos, como las reglas de esa comunidad antigua.

Puede verse claramente el significado de este encuentro para los que no creen en la exactitud del texto del Antiguo Testamento. En un golpe dramático, se vencieron los obstáculos de casi 1.000 años en cuanto a la edad de los manuscritos que ahora tenemos. Al comparar los rollos del Mar Muerto con los textos masoréticos, podemos tener una clara indicación de la exactitud, o falta de ella, de la transmisión a través de un período de casi un milenio.

¿Qué fue lo que en realidad se aprendió? Al comparar el manuscrito de Qumrán de Isaías 38-66 con el que tenemos, los eruditos descubrieron que "el texto se acerca extremadamente a nuestro texto masorético. Una comparación de Isaías 53 muestra que sólo 17 letras se diferencian de las del texto masorético. Diez de estas son meras diferencias de deletreo y no causan ninguna diferencia en el significado. Otras cuatro son pequeñas diferencias, tales como la presencia de conjunciones, que a menudo son cuestiones de estilo. Las otras tres letras son la palabra «luz» en hebreo, que van después de «verán» en el versículo 11. De 166 palabras en este capítulo, sólo ésta está en duda, y de ninguna manera altera el significado de este pasaje. *Esto es muy característico de todo el manuscrito*".¹

Otros testigos de la antigüedad garantizan la precisión de los copistas que finalmente nos dieron el texto masorético. Uno de éstos es la traducción griega del Antiguo Testamento, llamada Septuaginta o LXX, porque según se cree, fue hecha por setenta judíos eruditos en Alejandría. La mejor estimación de la fecha es alrededor del año 200 a.C.

Hasta el descubrimiento de los rollos del Mar Muerto, había existido la pregunta del por qué se diferenciaba el texto de la LXX del de los masoretas. Ahora es evidente que el texto masorético no ha tenido cambios significativos desde los alrededores del año 200 a.C. Algunos de los rollos que se encontraron, muestran una clase de hebreo similar al del texto que sirvió de base para la traducción de la versión de los setenta. En especial el libro de Samuel se asemeja a la Septuaginta, que parece ser una traducción más bien literal, y nuestros manuscritos son buenas copias de la traducción original.

Otro testigo de la antigüedad, es la evidencia de un tercer tipo de texto, similar al que conservaban los samaritanos. Copias de los viejos rollos del Pentateuco existen hoy día en Nablus, Palestina.

En el año 200 a.C., existían especialmente tres tipos de textos. Nuestra pregunta es: ¿Cuál es la versión original del Antiguo Testamento a la luz de estas tres "familias" de textos que tenemos

para escoger?

R. Laird Harris concluyó: "Podemos estar seguros que aún en los años de 225 a.C., los copistas trabajaban con gran cuidado y exactitud en el Antiguo Testamento. En ese tiempo había dos o tres tipos del texto disponibles para copiar. Estos tipos se diferenciaban tan poco entre sí, que podemos deducir que hasta los copistas más antiguos transmitieron fiel y cuidadosamente el texto del Antiguo Testamento. En verdad, sería escepticismo arrebatado negar que tenemos el Antiguo Testamento en una forma que se acerca mucho a la que usó Esdras cuando les enseñó la ley a los que habían regresado del cautiverio de Babilonia".²

¿Qué del Nuevo Testamento? Otra vez, basados en las evidencias, tenemos la convicción de que hay un texto que no se diferencia en ninguno de los pormenores importantes, de los originales de los diferentes libros, tal como salieron de las manos de escritores humanos. Un gran erudito, F.J.A. Hort, dijo que aparte de variaciones insignificantes de gramática o de ortografía, no más que una milésima parte de todo el Nuevo Testamento se ve afectada por las diferencias en la interpretación.³

El Nuevo Testamento se escribió en griego. Más de 4.000 manuscritos del Nuevo Testamento, o partes de él, han llegado hasta nuestros días, en diferentes materiales. A principios de la era cristiana, el material comúnmente usado para escribir era el papiro. Lo hacían de cierto junco (o caña) y era muy durable. En los últimos cincuenta años, se han descubierto muchos restos de documentos que se escribieron en papiro, entre los que se incluyen fragmentos de manuscritos del Nuevo Testamento.

Un segundo material que los griegos usaron para sus manuscritos fue el pergamino. Era de piel de ovejas y cabras, pulido con piedra pómez. Lo usaron hasta fines de la Edad Media, cuando el papel empezó a reemplazarlo.

Las fechas de los documentos del Nuevo Testamento indican que fue escrito durante la vida de

los contemporáneos de Cristo. Todavía vivían personas que podían recordar las cosas que Él había dicho y hecho. Muchas de las cartas paulinas se escribieron antes que algunos de los Evangelios.⁴

Es muy clara la evidencia de la antigüedad de los escritos del Nuevo Testamento. La riqueza de los materiales del Nuevo Testamento se hace más evidente cuando lo comparamos con otros documentos antiguos que se han aceptado sin ninguna duda. Bruce observa que sólo existen nueve o diez buenos manuscritos de la Guerra de Galia, de César. El más antiguo de estos manuscritos fue escrito unos 900 años después del tiempo de César. Conocemos la *Historia de Tucídides* (alrededor de 460-400 a.C.) de ocho manuscritos, siendo el más antiguo cerca de 900 d.C., y unos cuantos fragmentos de papiro de principios de la era cristiana. Lo mismo es cierto de la *Historia de Herodoto* (alrededor de 480 - 425 a.C.). Sin embargo, ningún estudioso clasisista le prestaría atención al argumento de que la autenticidad de Herodoto y Tucídides está en duda porque los manuscritos más antiguos de sus trabajos, que para nosotros no tienen ninguna importancia, son de unos 1.300 años después de los originales.⁵

En contraste, existen dos excelentes manuscritos del Nuevo Testamento que datan del siglo IV. Fragmentos de copias de papiro de libros del Nuevo Testamento aun son de unos 100 ó 200 años antes. Tal vez el testimonio más antiguo que tenemos, es un fragmento de un códice en papiro que contiene Juan 18:31-33,37. Data más o menos de 130 d.C.

De otras fuentes obtenemos más evidencia de la autenticidad del Nuevo Testamento. Estas son alusiones y citas que tanto amigos como enemigos del cristianismo hacen de los libros del Nuevo Testamento. Los padres apostólicos, que escribieron entre los años 90 y 160 d.C., muestran que estaban familiarizados con la mayoría de los libros del Nuevo Testamento.

De descubrimientos recientes, parece evidente, que la escuela Valentín de gnósticos era conocedora de muchos de los libros del Nuevo Testamento.⁶

Hay otras dos fuentes de datos para establecer la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento. La primera fuente es las versiones, que son aquellos manuscritos que se tradujeron del griego a otras lenguas. Las de mayor importancia son los siguientes tres grupos: las versiones siríacas, las versiones egipcias o cópticas y las versiones latinas. Al estudiar las versiones cuidadosamente, se han descubierto datos importantes de los manuscritos originales en griego, de los que se hicieron las traducciones.

Finalmente, tenemos la evidencia de los leccionarios, las lecciones que se usaban en los servicios públicos de las iglesias, como lectura. A mediados del siglo XX, se habían clasificado más de 1.800 de estas lecciones. Hay leccionarios de los Evangelios, de los Hechos y de las Epístolas. Aunque no aparecieron antes del siglo VI, el texto que citan puede ser muy antiguo y de la más alta calidad.⁷

Aunque ha habido muchos cambios en las múltiples ocasiones en que se ha copiado el Nuevo Testamento, la mayoría de ellos son de poca importancia. La ciencia de la crítica textual, que es muy exigente, nos permite estar seguros del texto verdadero del Nuevo Testamento. En lugar de compartir la "alarma" de la revista *Look* de todos los "errores", como llamó a las pequeñas variaciones en la Biblia, podemos confiar en la conclusión del finado Sir Frederic Kenyon, un estudioso reconocido mundialmente de los manuscritos antiguos. Dijo: "Entonces el intervalo entre las fechas de la composición original y la evidencia más temprana existente es tan pequeño que, de hecho, puede pasarse por alto, y ya se ha eliminado la última base para cualquier duda de que las Escrituras nos han llegado substancialmente como fueron escritas. Se puede dar por sentado que tanto la autenticidad como la integridad general de los libros neotestamentarios han sido establecidas finalmente".⁸

Una pregunta que se relaciona estrechamente con la de la autenticidad del texto presente es: ¿Cómo sabemos que los libros que están en la Biblia son los que deben estar y no otros? Esta se ha llamado la pregunta de los cánones. Se implican diferentes preguntas, tanto para el

Antiguo como para el Nuevo Testamento.

La iglesia protestante aceptó exactamente los mismos libros del Antiguo Testamento que tenían los judíos, y que aceptaron Jesús y los apóstoles. Desde el Concilio de Trento en 1546, la iglesia católica incluye 14 libros apócrifos. El orden de la Biblia en español es igual al de la versión de los Setenta. Es diferente a la Biblia hebrea, puesto que ellos dividen los libros en tres grupos: La **ley** (Génesis a Deuteronomio), conocidos también como Torá o Pentateuco; los **profetas**, que incluye a los primeros (Josué, Jueces, Samuel, Reyes) y los profetas posteriores (Isaías, Jeremías, Ezequiel y el libro de los doce: Oseas hasta Malaquías); y los **escritos**, que son los libros restantes del canon del Antiguo Testamento.

Los libros se recibieron como autoridades porque se reconocían como declaraciones de hombres inspirados por Dios para revelar su Palabra. Tal como lo dice E.J. Young: "Cuando se escribió la Palabra de Dios, vino a ser la Escritura, que por haber sido lo que Dios había hablado, poseía absoluta autoridad. Como era la Palabra de Dios, era canónica. Entonces, lo que determina la canonicidad de un libro es que el libro sea inspirado por Dios. De allí que se hace una distinción adecuada entre la autoridad que poseían los libros del Antiguo Testamento como inspiraciones divinas y el reconocimiento de esa autoridad de parte de Israel".⁹

Este desarrollo lo vemos en el trabajo de Moisés. Las leyes que dio y las que dieron los profetas posteriores, eran para que se respetaran como decretos de Dios mismo. Se observaron en ese entonces y por las generaciones postreras. De hecho, la ley se descuidó, pero los líderes espirituales de Israel reconocían su autoridad. Fue el reconocimiento de esta autoridad la que sacudió a Josías cuando se dio cuenta de todo el tiempo que se había menospreciado la ley (2 Re. 22:11).

Cuando examinamos los escritos de los profetas, es evidente que ellos creían que hablaban con autoridad. Preámbulos comunes a sus mensajes eran: "Así ha dicho Jehová" y "Vino, pues, palabra de Jehová a mí diciendo".

No está claro en qué plano de autoridad aceptaban los escritos. Sin embargo, *está* claro que los *aceptaban*. En los tiempos del Nuevo Testamento, la costumbre era describir por lo menos algunos de estos escritos como declaraciones del Espíritu Santo.

Ya para el principio de la era cristiana, el término "Escritura" había llegado a significar un cuerpo inalterable de escritos divinamente inspirados, que se reconocían plenamente como llenos de autoridad. Jesús usó el término en este sentido y sus oyentes le entendieron perfectamente cuando dijo: "*La Escritura no puede ser quebrantada*" (Jn. 10:35). Es muy interesante notar que no existía ninguna controversia entre nuestro Señor y los fariseos en cuanto a la autoridad del Antiguo Testamento. La contienda surgió porque ellos habían agregado su tradición y le habían dado la misma autoridad que la que tenía la Escritura.

En el año 90 d.C., en el concilio de Jamnia, se tuvieron discusiones sencillas acerca del canon. Es problemático decir si se llegó a decisiones formales o válidas. Parece que la discusión se centró, no en si debía incluirse ciertos libros en el canon, sino en si algunos debían excluirse. De cualquier modo, los que estaban presentes reconocieron lo que ya se había aceptado, en lugar de traer a la existencia lo que no había existido. En otras palabras, reconocieron pero no establecieron la canonicidad presente de los libros del Antiguo Testamento.

Los libros apócrifos no sostienen ser la Palabra de Dios u obra de los profetas. Varían grandemente en su contenido y mérito. Algunos, como I Macabeos, probablemente fueron escritos alrededor del año 100 a.C., y tienen valor como antecedente histórico. Otros tienen más la característica de leyenda y son de poco valor. Aunque estos libros no se incluyeron al principio, más tarde se agregaron a la LXX. Por eso los incluyó Jerónimo en la Vulgata Latina. No obstante, Jerónimo sólo aceptaba los libros del canon hebreo; los otros los reconoció sólo como con valor eclesiástico. Se vio en conflicto con la acción posterior del Concilio de Trento, en tiempos de la Reforma, cuando se elevaron los libros apócrifos a un nivel canónico.

Es muy importante notar que ni los judíos ni los cristianos de los primeros siglos de la era

cristiana aceptaron los libros apócrifos en el canon judío, ni los consideraron como parte de las Escrituras inspiradas. Esto se hace evidente del estudio de los escritos de Josefo, el historiador judío, y de Agustín, el gran obispo de Hipona en África del norte.

Es interesante que los escritores del Nuevo Testamento no citan ni una vez los libros apócrifos. Por último, para el Antiguo Testamento tenemos el testimonio de nuestro Señor para la canonicidad de los treinta y nueve libros que tenemos ahora.

¿Qué de los libros del Nuevo Testamento?

Aquí, en cuanto a los libros del Antiguo Testamento, pertenecen al canon por haber sido inspirados, no por haber recibido el "voto" de un grupo para su canonicidad. Sin embargo, la historia del reconocimiento de la canonicidad del Nuevo Testamento es muy interesante. Mucho del material del Nuevo Testamento sostiene tener autoridad apostólica. Es muy claro que Pablo y Pedro escribieron con esta autoridad en mente. Pedro se refiere específicamente a las cartas de Pablo como Escritura (2 Pe. 3:15,16).

Judas (ver. 18) dice que 2 Pedro 3:3 es palabra de los apóstoles. Algunos padres de la Iglesia, tales como Policarpo, Ignacio y Clemente, mencionan un número de libros del Nuevo Testamento como llenos de autoridad.

El furioso ataque de la herejía a mediados del siglo II hizo que reviviera el concepto de canon en el pensamiento de los cristianos. Se delineó claramente lo que tenía autoridad y lo que no, Ireneo y luego Eusebio, en el siglo III, dieron más luz en sus escritos. La fijación final del canon, como lo conocemos, fue en el siglo IV. En el Este, una carta de Atanasio de 367 d.C. hace una clara distinción entre las obras en el canon, que se describen como las únicas fuentes de instrucción religiosa, y otras que les era permitido leer a los creyentes. En el Oeste, el canon se fijó por la decisión del concilio de iglesias que se llevó a cabo en Cartago en el año 397 D.C.

A través de este período, generalmente se usaron tres criterios para establecer que algunos

escritos en particular eran los verdaderos documentos de la voz y mensaje del testimonio apostólico. En primer lugar, ¿podemos atribuirle autoridad a un apóstol? Los Evangelios de Marcos y Lucas no cumplen específicamente este criterio, pero se aceptaron como el trabajo de asociados cercanos a los apóstoles. En segundo lugar, existía el asunto del uso eclesiástico, eso es, el reconocimiento de un libro por una iglesia líder o por la mayoría de las iglesias. En tercer lugar, la conformidad con las normas de la doctrina básica.

Estos datos son útiles e interesantes, pero en último análisis, como con la cuestión de la inspiración de las Escrituras, la canonicidad es tema del testimonio del Espíritu en los corazones del pueblo de Dios.

En los días de incertidumbre, ¡qué roca es la Escritura! Dice nuestro Señor: "El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán".

IV

EL CANON APOSTÓLICO¹⁷⁸

Hemos visto que la tradición tiene, según el Nuevo Testamento, a los apóstoles como sus órganos transmisores, Por esto, es tradición apostólica. Forzosamente, tenemos que plantearnos una cuestión: «Si la tradición apostólica debe ser considerada como norma de la revelación para todos los tiempos: ¿Cómo hacer actual para nosotros el testimonio que Dios ha decidido dar a los apóstoles para la salvación del mundo? ¿Cómo hacerlo real en nuestra época?». ¹⁷⁹

Para responder adecuadamente esta cuestión, hemos de volver a cuanto dijimos en el primer capítulo sobre la estrecha, íntima e indisoluble, relación que existe entre la historia de la salvación y la revelación. No nos importa tanto el saber cómo la Iglesia, o las iglesias, han contestado las preguntas que nos hemos formulado, como la respuesta que la misma historia de la salvación tiene para estas cuestiones. Para ello, habremos de dirigir nuestra atención al Antiguo Testamento y estudiar la manera que Dios escogió para que la palabra de los profetas, la paradosis profética, llegara al pueblo de Israel, y ver luego cómo el testimonio profético y el testimonio apostólico constituyen dos grandes etapas de una misma y única revelación.

¹⁷⁸«*Inspiración y Revelación*» es el capítulo 18 del libro «*El Ocaso de los Incredulos*», de Roger E. Dickson. Ed. CLIE.

¹⁷⁹Oscar Cullmann. *La Tradition*, p. 33. – ³Hebreos 1:1,2.

«¹Dios -leemos en la carta a los Hebreos-, *habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras* ²**en otro tiempo** a los padres por los profetas, **en estos postreros días** nos ha hablado por el Hijo». ³ Hemos querido subrayar algunas expresiones de este texto que nos muestran lo que podría denominarse «los tiempos de revelación». En efecto, estos dos primeros versículos de la epístola a los Hebreos, enseñan de manera diáfana que la revelación no es un proceso continuado a lo largo de los siglos como el fluir incesante de un río que, sin descanso lleva sus aguas al mar. Por el contrario, la revelación corresponde a la actividad redentora de Dios. Lo que Dios hizo es el fundamento de lo que Dios dijo. ⁴ Ahora bien, este obrar de Dios es esporádico. La revelación, como la salvación, ha sido obrada por Dios en ciertos instantes de la historia, no a través de toda la historia. De ahí la diferencia entre lo que es, en términos generales, la historia de la humanidad y lo que, especialmente, llamamos «historia de la salvación», enmarcada en aquélla, pero cualitativa y sacramentalmente diferenciada. Por eso, el autor de la epístola a los Hebreos escribe acerca de las dos grandes épocas de la revelación -que en realidad corresponden a los períodos de la intervención salvadora de Dios en favor de su pueblo: patriarcas, Moisés, profetas, etc.: el «*otro tiempo*» de los «profetas» (desglosado de «*muchas maneras*» y a su vez dividido en varios períodos correspondientes a las varias intervenciones redentoras del Señor de Israel) y los «*postreros días*» en que Dios nos ha hablado definitivamente «por el Hijo», que corresponden al período de Cristo y sus apóstoles. Los «*postreros días*» son los del cierre de la revelación, en espera de la segunda venida de Cristo que constituirá la última y definitiva manifestación de Dios en el mundo presente. La revelación quedó concluida con la muerte del último apóstol (no con la muerte de Cristo, según podemos entender fácilmente por todo lo expuesto en los capítulos anteriores sobre el

⁴«Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras» Salmo 103:7.

apostolado como agente transmisor de la revelación de Jesucristo). Durante el «*otro tiempo*» y las «*muchas maneras*» de la revelación de antaño, el obrar de Dios podía parecer «abierto», y hasta enigmático. Muchos no acertaban a ver con claridad cuál sería la réplica definitiva de Dios a las respuestas negativas del hombre frente a la obra misericordiosa del Señor; y se preguntaban si la última de sus palabras sería una palabra de ira o una palabra de amor. En «*los postreros días*» no cabe ya esta duda, pues Dios nos ha hablado por el Hijo de manera definitiva que no puede ser superada ni reemplazada.⁵ El irrevocable decreto salvador de Dios en Cristo es perfecto y consumado. Con Cristo cierra, pues, la historia todo proceso revelador. Nada nuevo ha de decirse, ni puede decirse, porque todo está dicho -hecho y dado- en el Hijo salvador y revelador. La clausura de la revelación no debe, por lo tanto, ser entendida como algo de signo negativo, o como un empobrecimiento, de la fe. Todo lo contrario. Este cierre está cargado de fuerza y sentido positivos. Con el último de los apóstoles de Cristo, la transmisión del mensaje quedó cerrada. El pueblo de Dios -la Iglesia-, lo tiene todo desde entonces: tiene lo que antaño dijo el Señor «*muchas veces*» y «*de muchas maneras a los padres por los profetas*» y lo que «*en los postreros días*» nos ha comunicado por el Hijo. Vive, en suma, en la plenitud de la verdad. ¿Cómo ha llegado esta plena verdad hasta nosotros?

Si la revelación es dada por Dios al hombre en los grandes momentos de su obrar redentor, no

⁵Cf. Oscar Cullmann, *Christ et le Temps*, Neuchâtel-París, 1947.

«El problema de la relación entre Escritura y Tradición puede considerarse como un problema de la relación teológica entre el tiempo apostólico y el tiempo de la Iglesia. Todas las demás consideraciones dependen de la solución que se dé a este problema... El tiempo en que se desarrolla la historia de la salvación abarca el pasado, el presente y el futuro. Pero, hay un centro que sirve de punto de orientación, de norma, a toda la extensión de esta historia, y este centro lo constituye lo que nosotros llamamos el tiempo de la revelación directa o tiempo de la encarnación. Comprende los años que van del nacimiento de Cristo a la muerte del último apóstol, es decir, a la muerte del último testigo ocular que ha visto a Jesús resucitado y que ha recibido, bien del Jesús encarnado, o del Cristo resucitado, el mandato directo y único de dar testimonio de lo que ha visto y oído. Este testimonio puede ser oral o escrito.

«Todas las fracciones particulares del Tiempo total derivan su sentido de estos breves años que son los años de la revelación...

«Si consideramos la fe cristiana, desde el ángulo del Tiempo, diremos que el «escándalo» de la fe cristiana consiste en creer que estos pocos años que para la historia profana no significan ni más ni menos que otros períodos de la historia, son el centro y la norma de la totalidad del Tiempo. De este escándalo tenemos un símbolo en el hecho de que tenemos por costumbre contar los años a partir del que suponemos fue el de la fecha del nacimiento de Cristo. Es únicamente a partir de los acontecimientos de estos años centrales que la fe ve el desarrollo en los dos sentidos, hacia atrás y hacia adelante, de la historia de la salvación en el interior de la historia profana. Es solamente a la luz de estos años que espera un cumplimiento de todas las cosas ligado al retorno de Cristo y es, sobre todo, a la luz de estos años que cree, en el tiempo presente, en una Iglesia-cuerpo de Cristo por medio de la cual el Señor ejerce su reino actual en el universo.

«El problema Escritura-Tradición concierne al lugar que asignemos al Tiempo de la Iglesia en relación con el Tiempo de la encarnación», Oscar Cullmann, *La Tradition*. pp. 29,30.

cabe duda de que para tener conocimiento tanto de la redención como de la revelación divina hemos de ponernos en contacto con los testigos auténticos y autorizados del doble acontecimiento que se produjo en cada ocasión que Dios irrumpió en la historia profana. Y si la promesa divina va unida al mensaje de los apóstoles y profetas, como testigos auténticos y autorizados hasta tal punto que los que han de creer llegarán a la fe solamente por la palabra de éstos,⁶ se infiere que únicamente mediante nuestra escucha del mismo mensaje profético y apostólico podremos adquirir la fe que nos salva y nos revela los misterios de Dios. ¿Cómo podemos hoy, nosotros, prestar dicha escucha?

Hagámonos también otra pregunta: ¿Cómo llegó hasta Israel la palabra profética? El entendimiento de la transmisión de la Palabra de Dios «*en otro tiempo*», nos dará la clave para la comprensión de dicha transmisión «*en los postreros días*» de la revelación.

⁶Juan 17:20. – ⁷Deuteronomio 18:15,18,20.

En Deuteronomio se le promete a Israel que después de Moisés, el Señor suscitará profetas que hablarán en su nombre. Pero la profecía se da como un don singular que no queda confinado al criterio de ninguna institución levítica. Conviene observar que, así como el ministerio sacerdotal (litúrgico, ritual) fue dado a la familia de Moisés -en su descendencia-, convirtiéndolo en institución que fue constituida en la condición misma de la validez del culto israelita, el ministerio profético, por el contrario, no está ligado a ninguna línea institucional. La institución no es en la profecía la condición básica; antes al contrario: el don profético, el carisma dado por Dios a quien quiso y cuando quiso, es el requisito indispensable para la validez de la función profética. En realidad, comprendemos que Dios pudiera dejar lo ritual en manos de una familia, la casa de Leví, pero que, al mismo tiempo, eludiera institucionalizar de igual modo la transmisión de su verdad. Esta transmisión vino por los cauces que su libre y soberana gracia escogió. El Señor, que conoce los corazones de los hombres, sabe de su natural propensión al pecado y al error. Las mismas «escuelas de los profetas», que desempeñaron al principio una importante labor espiritual,⁸ resultaron ineficaces a la larga para ser instrumentos de revelación. Exceptuado Samuel (fundador de aquéllas) y seguramente algunos de sus discípulos, no salió de las mismas ningún profeta escritor (entendemos por tales a los que nos han legado su mensaje de forma escrita, que es lo mismo que decir: los que nos han legado realmente su mensaje). En un momento muy crítico de la historia de Israel, cuando Dios no puede echar ya mano de los profetas de aquellas «escuelas», levanta a Amós, un rústico hombre del campo,⁹ convirtiéndolo en mensajero de su verdad. Es que el profeta verdadero no lo era por propia elección, sino porque Dios lo llamaba a dicha vocación y ministerio. Y este llamamiento -como luego el de los apóstoles- era individual; personalmente, el Señor fue llamando a sus profetas y enviándolos a

⁸1 Samuel 19;19,20; 2 Reyes 2:1-5,15; 4:38.

⁹Amós 7:14,15. Cfr., sobre la función del profeta en el Antiguo Testamento, Nuevo Auxiliar Bíblico, edit. por G. T. Manlev, p. 34: el «sentido general con que este título se da allí a todo escritor *inspirado*, sea cual haya sido su función técnica».

su tarea con el cargo, y la carga de la autoridad divina.

Los profetas proclaman bien alto su llamamiento recibido de Dios -como después haría Pablo-¹⁰ y explican que son portavoces del mensaje de Dios, que no expresan sus propias opiniones sino la Palabra de Dios. Por esto, una y otra vez, anuncian: «Así dice Yahvé».¹¹ No hay duda de que la predicación profética fue inspirada. Mas, no sólo su predicación, sino que su puesta por escrito lo fue igualmente.¹² Aún más, lo que realmente quedaba de su mensaje se hallaba únicamente en los escritos que legaron a Israel. Porque sólo el mensaje del profeta, en tanto que profeta inspirado y mandado por el Señor mismo, era tenido como norma de verdad. Su palabra, tanto oral como escrita, era reconocida como Palabra de Dios, pero una vez fallecidos estos profetas apóstoles, la única manera de tener acceso a su palabra consistía y consiste hoy en acudir a sus escritos.

¹⁰Gálatas 1:1, 11-24.

¹¹1 Samuel 3:15-21; Isaías 1:2; 6:9; Jeremías 1:4-9; 6:9; 36:2; Miqueas 6:1.

¹²Éxodo 24:4; Deuteronomio 29:1; 31:9,26.

Sin duda alguna, tanto Moisés como los demás profetas, hicieron y dijeron mucho más de lo que ha quedado registrado en sus libros, pero las palabras, como dice el refrán, «se las lleva el viento...» (*Verba vola, scriptura manet*). Sólo en los escritos proféticos tenía garantía Israel de encontrar «palabra profética», Palabra de Dios. De ahí que, cuando los judíos trataron de introducir la tradición de los rabinos como un complemento de la revelación profética, desagradaron a Dios, y Cristo tuvo que recriminarles severamente.¹³

¹³ «Entonces se acercaron a Jesús fariseos y escribas venidos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué tus discípulos transgreden la tradición de los ancianos...? Él respondió y les dijo: ¿Por qué transgredís vosotros el precepto de Dios por vuestras tradiciones?... Habéis anulado la Palabra de Dios por vuestra tradición. Muy bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí, pues me dan un culto vano, enseñando doctrinas que son preceptos humanos. Dejando de lado el precepto de Dios, os aferráis a la tradición humana. Y les decía: En verdad que anuláis el precepto de Dios para establecer vuestra tradición...» Mateo 15:3-6; Marcos 7:7-9.

Comentando este pasaje, dice G. Ricciotti: «¿Cuál era el supremo e inapelable estatuto que debía regir la nación elegida? A esta pregunta los fariseos respondían que la *Torah* (esto es, la «Ley» del Antiguo Testamento) era sólo una parte, y no la más importante, del estatuto nacional-religioso, ya que al lado de aquella Ley escrita, y más amplia que ella, existía la «Ley oral», constituida por los innumerables preceptos de la «Tradición». Esta Ley oral estaba constituida por un material inmenso, puesto que comprendía, además de los elementos narrativos y de otro género, todo un sistema de preceptos prácticos, que abarcaban las más variadas acciones de la vida religiosa y civil... Este cúmulo de creencias y costumbres tradicionales no tenían casi nunca una verdadera relación con la *Torah* escrita, pero los fariseos suponían que sí, y para demostrarlo, sometían frecuentemente a una exégesis arbitraria el texto de la *Torah*. Aun en las ocasiones en que no recurrían a este sistema, se referían a su principio fundamental de que Dios había dado a Moisés en el Sinaí la *Torah* escrita con sólo 613 preceptos y, además, la Ley oral, mucho más amplia y no menos obligatoria. Y aún más obligatoria si cabe. Hallamos, en efecto, que con el transcurso del tiempo, a medida que los doctores de la Ley o escribas elaboraban sistemáticamente el inmenso material de la tradición, ésta iba asumiendo una importancia práctica, si no teórica, mayor que la misma *Torah* escrita. En el *Talmud*, que es, en sustancia, la tradición codificada, se contienen sentencias como ésta: «Mayor fuerza tienen las palabras de los escribas que las palabras de la *Torah*; y: Peor es ir contra las palabras de los escribas que contra las palabras de la *Torah* (Sanhedrin XI, 3). Las palabras de la *Torah* contienen cosas prohibidas y cosas permitidas, preceptos leves y preceptos graves, pero las palabras de los escribas son todas graves (Barakoth, pal. I, 3b). Partiendo de este principio fundamental, los fariseos estaban en regla y podían legislar cuanto quisieran fundando toda decisión en su Ley oral». Giuseppe Ricciotti, *Vida de Jesucristo*, n. 30 y 31,

Razón tenía Jeremías, pues, cuando exclamaba: «¿Cómo os decís: tenemos la sabiduría, poseemos la Ley de Yavé? La convirtieron en mentira las mentirosas plumas de vuestros escribas». Jeremías 8:8.

Cristo condenó tal estado de cosas. No se opuso al canon que los fariseos aceptaban, sino a la tradición oral que hubiese invalidado este canon. Cfr. F.J. Young, *The authority of the Old Testament* en, *The Infallible Word*, p. 60.

Según Cristo, existe una absoluta oposición entre Palabra de Dios y palabra de hombres. La Palabra divina se halla contenida exclusivamente en lo que Él llama «los preceptos de Dios», en oposición a las doctrinas humanas.

Si nosotros hemos de creer en el Dios de los profetas, hemos de ir directamente a los escritos de los profetas. San Pablo, al hablar del «Evangelio» que Dios «había antes prometido por sus profetas», puntualiza: «en las Escrituras santas».¹⁴ Es decir, esta promesa que constituye el meollo de la esperanza mesiánica y la misma alma de todo el mensaje de los profetas, ha llegado a Pablo «*en las santas Escrituras*». Y aunque no cabe descartar los elementos de tradición oral, rabínica, que habían sido transmitidos al apóstol, como a todo judío, lo importante, lo básico y fundamental, para él es que la promesa del Evangelio fue dada «por los profetas», «en las santas Escrituras». Esto es lo que daba toda su garantía a la promesa y a su cumplimiento.

«Respecto al antiguo pacto -escribe Ricciotti- la nueva doctrina es, no ya una abrogación, sino una integración y un perfeccionamiento».¹⁵

De ahí que «la formación del canon del Nuevo Testamento haya sido similar a la del Antiguo Testamento».¹⁶

Sí el nuevo Pacto, sellado con la sangre de Cristo, es la culminación del Antiguo, su consumación perfecta, ¿cabe esperar que su mensaje redentor nos sea dado por medios inferiores a los utilizados para canalizar la revelación del Antiguo?

La Iglesia aparece como continuadora de Israel, considerando la Escritura hebrea como Escritura cristiana y, lo que es más importante, dándole el lugar único de autoridad e infalibilidad que ya había tenido en el pueblo de Dios del antiguo pacto. Israel había sido gobernado como pueblo escogido mediante la revelación escrita registrada en sus libros sagrados. No había otra autoridad que pudiese erigirse como juez por encima de la Escritura. Israel fue bendecido

¹⁴Romanos 1:1-3.

¹⁵G. Ricciotti, op. Cit., p. 129.

¹⁶*Verbum Dei*, Comentario a la Sagrada Escritura, I, p. 45.

cuando obedeció y castigado cuando desechó la Palabra de Dios. Y esta misma norma es seguida igualmente en la primitiva Iglesia. La Palabra de Dios es la autoridad final e inapelable de las comunidades apostólicas.

Al testimonio del Antiguo Testamento añadieron los apóstoles el testimonio de la vida y las enseñanzas de Cristo. Esta predicación, la «buena nueva» (Evangelio), que empezó a propagarse oralmente, fue pronto recogida en multitud de apuntes y notas¹⁷ que circularon profusamente por todas las nuevas comunidades cristianas. El afán natural de poseer relatos de la vida y palabras de Jesús, multiplicó sin duda estos escritos. Sin embargo, sólo fueron aceptados por las iglesias aquellos escritos que evidentemente estaban basados en el testimonio apostólico y desecharon todos los demás como apócrifos.¹⁸ Así, la palabra «Evangelio» que designó en su origen la predicación oral del mensaje redentor, fue transferida a los documentos en los cuales las futuras generaciones poseerían esta predicación. Ya no se hizo más distinción, aquellos libros constituían el único Evangelio de Cristo.¹⁹ Muy tempranamente también, a estos relatos de la vida de Jesús se sumaron las cartas de los apóstoles, consideradas, no como comunicaciones privadas, sino oficiales, que eran leídas en las comunidades cristianas.²⁰

Dios se sirvió en la antigüedad de los profetas para transmitir la verdad que había de quedar codificada en lo que hoy conocemos como Antiguo Testamento. De idéntica manera, se valió de los apóstoles para comunicar al mundo la plena revelación en Cristo. Al afirmar este hecho, ¿no estamos vindicando el fundamento histórico -revelador y redentor- del canon del Nuevo

¹⁷Lucas 1:1-3. Orígenes (53-54), cuando comentaba este pasaje, distinguía ya, al lado de los cuatro evangelios inspirados y recibidos como tales por la Iglesia, otros muchos «compuestos por quienes se lanzaron a escribir evangelios sin estar investidos de la gracia del Espíritu Santo» (*Hom. in Lc. 1*; PG 13, 1801), y que, por tanto, estaban destituidos de toda autoridad. Según él, tales libros estaban, sobre todo, en poder de los herejes». Los Evangelios Apócrifos, Ed. de Aurelio de Santos, BAC, p. 2.

¹⁸Ibid. Cfr. Jacques Hervieux, *Lo que no dice el Evangelio*.

¹⁹Th. Zahn, *Introduction to the New Testament*, Vol. II, p, 387.

²⁰1 Corintios 14:37; 1 Tesalonicenses 5:27; 2 Tesalonicenses 3:14; Colosenses 4:16.

Testamento, y adelantando ya su correcta valoración como norma apostólica perenne?

Un examen más atento de algunos textos neo-testamentarios nos convencerá de que la *fijación escrita* de la paradosis apostólica es la forma definitiva por la cual la Iglesia de todos los tiempos podrá actualizar, y hacer real, en cada época y circunstancia de su existencia, el mensaje evangélico. La tradición escrita habrá de ser la norma a través de la cual la Iglesia se sentirá unida y sumisa a la palabra de los apóstoles.

El que se diera este proceso, de la paradosis oral a la paradosis escrita, es algo lógico y evidente por sí mismo, y por la misma naturaleza de esta paradosis. El paso de los años y la propagación de la Iglesia por todo el mundo, obligaron ya en vida de los apóstoles a que éstos se sirvieran especialmente del método epistolar para relacionarse con los cristianos. Y esto de manera creciente. Luego, con la muerte de los apóstoles, la tradición oral fue perdiendo en certidumbre y se tornó más frágil y vacilante, abocando en una plena y consciente valoración de la tradición escrita como regla firme y segura, estable y perenne, para todos los creyentes de todo lugar.

Todo lo expuesto, no se deduce *a posteriori* de la historia; el mismo Nuevo Testamento aporta los datos suficientes para demostrar que la tradición apostólica fue, finalmente, transmitida de forma escrita, con una clara intencionalidad providencial.

Podemos considerar 1 Corintios 15, en donde el apóstol, extensa e intencionadamente, establece la tradición sobre la resurrección de manera categórica, y para ello se sirve de la escritura como del instrumento que habrá de zanjar definitivamente toda posible polémica. Pablo no escribe nada nuevo, pero está interesado en que los fieles retengan su palabra: «*tal como yo os la anuncié*». ²¹ Y con este fin, repite su enseñanza poniéndola por escrito. El significado de esta fijación gráfica es muy importante, pues acaba con las dudas que algunos tenían en

²¹1 Corintios 15:2 (versión Nácar-Colunga). Cfr. Gálatas 2:5,14. Estos pasajes tienen que ver con la fijación de «la verdad del Evangelio» en las propias palabras de los apóstoles. Cfr. H.N. Ridderbos, *The Authority of the New Testament Scriptures*, p. 86 y testimonios que aporta en favor de esta interpretación de Kümmel, A, Friedrichsen, Grosheide, etc.

relación con la doctrina de la resurrección. Y determina, una vez por todas, la creencia apostólica sobre el particular para prevenir futuras desviaciones de la verdad. Tenemos aquí el sentido profundo de la tradición escrita: la fijación perdurable de la palabra apostólica que conducirá al canon escrito.

Lo mismo podemos decir del prólogo del Evangelio de Lucas, que hemos citado repetidas veces; Lucas tenía una correcta comprensión de todas las cosas que habían sucedido desde el principio y, con objeto de comunicar esta misma certeza a Teófilo, le escribe para que esté todavía más firme en todo aquello en que ha sido instruido.²²

El apóstol Pedro sintió la necesidad de que su testimonio fuese registrado en forma escrita.²³ Y el apóstol Juan fue consciente de la misma exigencia,²⁴ aun más, san Juan recibió un mandamiento concreto del Señor para poner por escrito la revelación que estaba llamado a dar.²⁵

La tradición escrita tiende a fortalecer la confianza en la veracidad de dicha tradición. La hace más precisa y exacta.

«Hemos de reconocer -escribe Stonehouse- no solamente que Dios ha hablado en Cristo para realizar la salvación del hombre, sino que en el cumplimiento de este grande y amplio plan redentor, por medio de la acción soberana del Espíritu Santo, Dios ha encontrado el medio de atender a la necesidad de su pueblo concediéndole la inestimable bendición de la Palabra escrita. Bajo esta perspectiva, el reconocimiento del carácter personal e histórico de la revelación especial -cuando sus características son examinadas de acuerdo con los propios

²²Lucas 1:1-4.

²³2 Pedro 1:12-15; 3:2 y 15.

²⁴Juan 21:24.

²⁵Apocalipsis 1:11,19; 19:9.

datos de esta revelación- nos abrirá el camino para una mejor comprensión de su manifestación escrita. En suma, a medida que el proceso de la revelación va siendo percibido en toda la amplitud de su contexto, vamos reconociendo que la Sagrada Escritura constituye un aspecto -el aspecto cumbre, históricamente- de esa historia en la cual Dios, en Cristo y por Su Espíritu Santo realiza su propósito redentor». ²⁶ La fijación, por la escritura, de la tradición apostólica debe, pues, situarse dentro de la misma historia de la salvación y como su coronación perfecta. De ahí que, como hemos venido repitiendo, la génesis del canon del Nuevo Testamento no hay que buscarla en la subsiguiente historia de la Iglesia sino en la mismísima circunstancia de la historia de la salvación.

²⁶Ned B. Stonehouse, *Special Revelation as Scriptural*, en *Revelation and the Bible* (ed. Carl F. H. Henry), pp. 75,76.

Calvino decía: «Si consideramos la mutabilidad de la mente humana, cuán fácilmente cae en el olvido de Dios, cuán grande es su propensión a errores de toda clase, cuán violenta es su pasión por la constante fabricación de religiones nuevas y falsas, será fácil percibir la necesidad de que la doctrina celestial quedara escrita, a fin de que no se perdiera en el olvido, se evaporara en el error o se corrompiera por la presunción de los hombres».²⁷

O, como escribe Van Til: «El hombre, en su estado de inocencia, conversaba con Dios y aprendía su voluntad, pero cuando el hombre pecó, se produjo una ruptura entre el hombre y Dios, de efectos definitivamente terribles. El hombre necesita un nuevo tipo de revelación por dos razones: **1)** está en pecado y necesita una revelación de gracia; **2)** el hombre en pecado corrompe la revelación, de modo que tiene necesidad de una revelación incorruptible para poder tener un conocimiento verdadero de Dios y de la voluntad divina. La Escritura como revelación externa, se hizo necesaria a causa del pecado del hombre. Esta revelación tiene que venirnos *de fuera*, de manera externa y no interna, y subjetivamente, ya que una revelación externa es la única que puede neutralizar las tendencias corruptoras de la naturaleza humana. Así que la Escritura es la voz de Dios en un mundo de pecado. Siendo un Libro, es objetivo; por ser la Palabra de Dios tiene autoridad absoluta. En último término, el hombre piensa y obra o bien sometándose a la autoridad divina o a la autoridad humana. Y toda filosofía, fuera de la Biblia, es autoridad humana. La Biblia es, pues, para el cristiano la autoridad final, absoluta e infalible».²⁸

La lógica de estas citas no se basa, sin embargo, en ciertas proposiciones o interpretaciones que los cristianos aportan cuando quieren comprender el hecho del Nuevo Testamento (y toda la Escritura). Hemos visto cómo esta lógica surge del estudio directo y objetivo del texto apostólico

²⁷Juan Calvino, *Institución*, I, cap VI.

²⁸C. Van Til, *Christin Theistic Ethics*, pp. 19-21.

y, por lo tanto, la consideramos no como un pre–juicio a través del cual consideramos la fijación por escrito de la tradición apostólica, sino, todo lo contrario: como un pos–juicio que se deduce del estudio directo de esta misma tradición dentro de su propio marco en la historia de la salvación.

Como señala Cullmann, el hecho de que los apóstoles, o sus portavoces que les sirvieron de amanuenses, tomaran la pluma para dar a la tradición una expresión escrita, «es un hecho de la más alta importancia *para la historia de la salvación*».²⁹ Y el subrayado es del propio Cullmann. Y es en este momento, cuando la enseñanza apostólica empieza a transmitirse no sólo de manera oral, sino por escrito, que comienza a hacerse una distinción entre la tradición oral y la tradición escrita. Esta diferenciación alcanzará su fase final al quedar concluso el canon del Nuevo Testamento. Se trata, exactamente, del mismo proceso que ocurría en Israel al ponerse por escrito el mensaje profético. La tradición oral cedía su lugar a un canon de libros que contenían esta tradición fija y perpetuamente.

²⁹Oscar Cullmann, *La Tradition*, p. 42.

Al llegar a este punto, hemos de hacer una aclaración: la opinión de la crítica liberal extrema, en el sentido de que los escritos del Nuevo Testamento no fueron considerados, originalmente, como sagrados o canónicos por sus autores ni por sus destinatarios, debe ser rectificada, pues no corresponde a la evidencia de los datos que poseemos. Según la crítica extrema, el problema de la historia del canon se convertiría simplemente en saber cómo los libros del Nuevo Testamento *fueron tornándose* obras sagradas. Es posible -muy probable- que, al principio, los destinatarios de estas obras no tuvieran conciencia del valor que encerraban. Esto ha ocurrido con toda clase de escritos y en todos los tiempos. Cuánto más con los libros cuyo discernimiento es obra del Espíritu Santo. Sin embargo, pronto tuvo la Iglesia la certeza de que aquellas obras eran iguales en autoridad -por ser idénticas en calidad- que las que formaban el Antiguo Testamento, reconocido siempre como Palabra de Dios según la pauta que Cristo mismo trazara. Y esta certeza la adquirió bien pronto por una razón muy sencilla: la enseñanza apostólica fue siempre aceptada como la máxima autoridad, y esta autoridad especial que revestía toda su proclamación oral, fue fácilmente discernida en el anuncio escrito del Evangelio. «No deberíamos olvidar nunca -escribió J. Gresham Machen- que las epístolas de Pablo fueron escritas conscientemente en la plenitud de la autoridad apostólica. Su autoridad, como la autoridad de otros libros del Nuevo Testamento, no fue algo simplemente atribuido a los mismos después por la Iglesia, sino que era inherente a ellos desde el principio».³⁰

³⁰J. Gresham Machen, en *The Princeton Theological Review*, oct. 1923, p. 649.

En varios lugares, el Nuevo Testamento nos informa de la manera cómo la autoridad de la tradición apostólica escrita, era relacionada con la autoridad del Antiguo Testamento. Pablo, por ejemplo, quería que sus cartas fuesen leídas en las iglesias, exactamente como se hacía con los libros del Antiguo Testamento.³¹ Y con este fin, las comunidades primitivas solían intercambiar las cartas del apóstol que poseían. Y lo mismo puede decirse del Apocalipsis de Juan, que él suponía sería leído en las iglesias.³² La idea de una escritura neo-testamentaria halla una expresión más clara todavía en el Evangelio de Juan. No sólo cuando su autor aplica a sus propios escritos la promesa del Espíritu Santo, que había de llevar a los apóstoles a testificar bajo su particular inspiración,³³ sino cuando llega al final del Evangelio y afirma que su testimonio de Jesús consiste allí precisamente en haberlo puesto por escrito.³⁴ Gracias al hecho de que cuanto pertenece al Evangelio fue escrito, el lector puede creer que Jesús es el Cristo.³⁵ Digno de especial mención es también el *terminus technicus* que emplea el apóstol al final de su libro, por cuanto es el mismo que usa al referirse al Antiguo Testamento,³⁶ de lo que infiere el propio Juan que sus lectores prestarán la misma fe a sus escritos que a los de la antigua escritura hebrea.

Este proceso deriva su lógica de la misma naturaleza de la historia de la revelación. Si el antiguo Pacto fue preparatorio y señaló al tiempo de la plenitud del Mesías, es natural que, venido éste y atentos a sus testigos autorizados, la palabra del nuevo Pacto sea recibida con la misma veneración y acatamiento que la del antiguo, Además, la misma autoridad de los apóstoles

³¹ 1 Tesalonicenses 5:27; Colosenses 4:16. Cfr. 2 Tesalonicenses 3:14, en donde la palabra escrita de Pablo se presenta como autoridad inapelable, a la que hay que obedecer, y determina el carácter y los límites de la comunión cristiana: «*Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence*»

³² Apocalipsis 1:3.

³³ Juan 16:13 y ss. Cfr. Juan 15:26-27.

³⁴ Juan 21:24.

³⁵ Juan 20:30,31.

³⁶ Juan 2:17; 6:31,45; 10:34; 12:14; 15:25.

presupone esta evolución y su naturaleza especial, única, y esporádica la exige. El concepto neo-testamentario de la tradición lleva inexorablemente a su fijación en forma escrita.

Ya vimos cómo a los apóstoles se les consideró investidos con un carácter que el Antiguo Testamento concede únicamente a los ángeles.³⁷

Pedro coloca al mismo nivel de autoridad canónica las palabras de los profetas y los mandamientos de los apóstoles: «para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por los apóstoles».³⁸

Pablo, en Romanos 16:26, asegura que el misterio oculto desde tiempos eternos es hecho ahora manifiesto «por las Escrituras de los profetas -del Antiguo Testamento-,³⁹ mientras que en Efesios 3:5, al considerar el mismo misterio, afirma que ahora el mismo ha sido revelado por el Espíritu Santo a sus santos apóstoles -del Nuevo Testamento-.⁴⁰ ¿Por qué habrá, pues, de sorprendernos que el Nuevo Testamento coloque las cartas de Pablo al mismo nivel de autoridad que las escrituras del Antiguo Testamento?⁴¹

³⁷Hebreos 2:2 y ss.

³⁸2 Pedro 3:2.

³⁹Por «Escrituras de los profetas» algunos autores entienden la forma escrita del Nuevo Testamento (cf. M. J. Lagrange, *Saint Paul Epître aux Romains*, p. 379). El Nuevo Testamento, en su modalidad de escritura, sería considerado por Pablo como instrumento revelador en el mismo sentido que el Antiguo Testamento. Muchos exégetas, incluyendo al propio Lagrange, rechazan este punto de vista. En cualquier caso, la comparación de Romanos 16:26 con pasajes tales como Efesios 3:4 y ss.; Colosenses 1:25 y ss.; 2 Timoteo 1:9 y ss., muestra que la actividad apostólica, en palabra o en escritos, es tenida por el propio apóstol como el desarrollo directo y lógico de las Escrituras del Antiguo Testamento.

⁴⁰También en Efesios 2:20 se hace mención de «apóstoles y profetas». Cf nota 24 del Cap. II.

⁴¹2 Pedro 3:16, en donde por «otras Escrituras» hay que entender el Antiguo Testamento, según la mayoría de intérpretes. Cf. H. N. Ridderbos, op. cit., p. 87.

Pero, acaso sea en el Apocalipsis, como en ningún otro libro, en donde quede más fuertemente subrayada la autoridad divina de los escritos del Nuevo Testamento. Su autor aparece como escribiendo bajo el mandato directo, y la dirección especial, del Señor mismo.⁴² Además, la salvación se nos presenta como íntimamente ligada a la lectura, la meditación y la guarda de todo lo que está escrito en el libro; y todo ello, seria y solemnemente enfatizado.⁴³ Asimismo, se amenaza con castigos y plagas a los que quiten o añadan algo a las palabras del libro.⁴⁴ De ahí nuestra afirmación de que quizá en ningún otro escrito aparezca más diáfana la noción de que el Nuevo Testamento es la revelación de Dios registrada en un libro único para dar expresión plena y final al mensaje redentor. Y lo que explícitamente se dice en el Apocalipsis -y del Apocalipsis-, es orientador de la situación, carácter y función de los demás libros del Nuevo Testamento. Por cuanto, como escribe Ridderbos: «indica que la autoridad de Dios no se limita a las grandes y poderosas obras llevadas a cabo en Cristo Jesús, sino que se extiende asimismo a su proclamación en las palabras y escritos de aquellos que fueron especialmente escogidos como autorizados portadores e instrumentos de la revelación divina. La tradición escrita establecida por los apóstoles, en analogía con los escritos del Antiguo Testamento, adquiere por consiguiente el significado que le conviene como fundamento y norma de la futura Iglesia».⁴⁵

No todo lo que dijeron los apóstoles se encuentra registrado en el Nuevo Testamento, pero -por la providencia divina-, en sus páginas ha quedado consignado cuanto era necesario para nuestra salvación y nuestra iluminación espiritual. De la misma manera que el Antiguo Testamento no contiene todo lo que dijeron Moisés y los profetas pero sí lo que era necesario para la vida religiosa del pueblo de Israel: «No se trata de que todo lo que dijeron los profetas y

⁴²Apocalipsis 1:11,19; 2:1 y ss.; 14:13; 19:9; 21:5.

⁴³Apocalipsis 1:3.

⁴⁴Apocalipsis 2:18 y ss.

⁴⁵H. N. Ridderbos, op. cit., p. 27. Cf. Ned B. Stonehouse, op. cit., pp. 75-86.

los apóstoles, como maestros inspirados de la Iglesia, se halla en la Escritura, sino de que lo registrado es suficiente para la fe y la práctica del pueblo de Dios, y ya no será superado».⁴⁶ Que nada de lo sustancial ha quedado sin fijar, lo prueban las palabras de los mismos apóstoles cuando dicen repetir siempre lo que constituye el fundamento de la fe: «Yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis y estéis confirmados en la verdad presente».⁴⁷

Juan 21:25 debe ser leído juntamente con Juan 20:31. Si lo hacemos así entenderemos que: «Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen cada una por sí, ni aun en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir. *Estas, empero, son escritas para que creáis* que Jesús es el Cristo, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre».

34

⁴⁶Paul K. Jewet, *Revelation as Historical and Personal*, en *Revelation and the Bible*, p. 55.

⁴⁷2 Pedro 1:12.

VII

EL MÉTODO GRAMÁTICO-HISTÓRICO¹⁸⁰

Hemos reservado para este método el último lugar no por ser en la historia de la hermenéutica el más próximo a nosotros, sino porque la primacía que sobre todos los demás le corresponde le hace acreedor a una atención y un espacio superiores. Es el primero de los métodos para la práctica de una exégesis objetiva.

Como su mismo título indica, tiene por objeto hallar el significado de un texto sobre la base de lo que sus palabras expresan en su sentido llano y simple a la luz del contexto histórico en que fueron escritas. La interpretación se efectúa de acuerdo con las reglas semánticas y gramaticales comunes a la exégesis de cualquier texto literario, en el marco de la situación del autor y de los lectores de su tiempo.

Es tarea del intérprete determinar con la mayor precisión posible lo que el hagiógrafo quiso realmente decir. Salvo casos excepcionales (algunas profecías, por ejemplo; véase 1 Pe. 1:10-12), los escritores bíblicos sabían bien lo que habían de comunicar, y su lenguaje, en toda su variedad de géneros y estilos, significaba lo que decía. Atribuir a un pasaje significados

¹⁸⁰«El método gramático-histórico» es el capítulo VII del libro *“Hermenéutica Bíblica”*, de José M Martínez. Ed CLIE. Págs. 121.133.

acordes con la «comprensión previa» o los prejuicios del intérprete, pero ajenos a la intención del autor, no es interpretar, sino violar el texto.

Violación se comete también cuando de algún otro modo se pretende establecer una diferencia entre lo que los hagiógrafos pensaban y lo que escribieron, con lo que se trata de introducir en los textos, como propias de sus autores, ideas extrañas. El católico Edward Schillebeeckx, refiriéndose a «la distinción un tanto misteriosa entre "lo dicho" y "lo pensado" que hacen algunos», atinadamente escribe: «Mediante ella, se le atribuye a un autor la notable propiedad de no decir nunca lo que auténticamente piensa, y no pensar nunca lo que realmente dice. Esto tiene para el intérprete la cómoda consecuencia de poder introducir en el texto sus propias intenciones, lo cual resulta tanto más justificado cuanto efectivamente el texto no ha dicho lo que quería decir, sea lo que fuere».¹⁸¹ Alude seguidamente a ciertos teólogos que dominan el arte de deducir más o menos lo contrario de lo que, por ejemplo, dijo en realidad un padre de la Iglesia, y da la razón a P. van Buren, quien se pregunta: «¿por qué desmitologizamos al Dios de la Biblia y no a los dioses del Olimpo? Los dioses griegos pueden muy bien seguir siendo lo que son en sus propias circunstancias griegas; ¡sólo, según parece, es al Dios de Israel y a Jesús el Cristo a quien hemos de desmitologizar! ¿Acaso para los teólogos renovadores no hay nada sagrado?»¹⁸² La conclusión de Schillebeeckx, que hacemos nuestra, es: «Lo único que quiero decir con esto -en cierto modo jocosamente- es que normalmente -excepción hecha de algún género literario particular, por ejemplo retruécanos o sátiras- un autor dice de hecho lo que piensa, y piensa lo que dice. En "lo dicho", dentro de un determinado juego lingüístico, el sentido de lo dicho se encuentra "abierto" ante el destinatario»¹⁸³

El método gramático-histórico, que ya tuvo sus antecedentes en la escuela de interpretación de

¹⁸¹ *Interpretación de la fe*, Ed. Sígueme, p. 83.

¹⁸² *Op. cit.*, pp. 83, 84,

¹⁸³ *Op. cit.*, p. 84.

Antioquía en el siglo IV (Teodoro de Mopsuestia y Juan Crisóstomo), fue revitalizado por los reformadores del siglo XVI. Tanto Lutero como Calvino insistieron en que la función del intérprete es exponer el texto en su sentido literal, a menos que la naturaleza de su contenido obligue a una interpretación figurada.

Lutero escribía: «Hay poderosas razones para mis sentimientos, especialmente el que no debiera ser ultrajada la forma de las palabras de Dios ni por hombre ni por ángel alguno; por el contrario, siempre que sea posible, ha de preservarse su significado más simple; y a no ser que de modo evidente el contexto muestre lo contrario, deben ser entendidas en su sentido propio, escrito». En otro lugar afirmaba: «Sólo el sentido simple, propio, original, el sentido en que está escrito, hace buenos teólogos. El Espíritu Santo es el escritor y el orador más sencillo que hay en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, sus palabras no pueden tener más que un sentido simple y singular, el sentido literal de lo escrito o hablado».¹⁸⁴

¹⁸⁴Citas de J. Bright, *The Authority of the Old Testament*, p. 43.

No menos enfáticas son las afirmaciones de Calvino: «El verdadero significado de la Escritura es el significado obvio y natural. Mantengámoslo decididamente... es una audacia rayana en el sacrilegio usar las Escrituras a nuestro antojo y jugar con ellas como si fuesen una pelota de tenis, tal como muchos antes han hecho... La primera labor de un intérprete es permitir al autor que diga lo que dice, en vez de atribuirle lo que nosotros pensamos que habría de decir».¹⁸⁵

Verdad es que la finalidad principal tanto de Lutero como de Calvino fue combatir los errores y excesos del método alegórico y que no llegaron a elaborar formalmente un sistema de interpretación gramático-histórico; pero consolidaron las bases sobre las cuales el método podría desarrollarse al enfatizar la supremacía del sentido manifiesto, literal, de la Escritura, así como el deber del intérprete de descubrir y exponer objetivamente lo que el autor expresó.

El estudio gramático-histórico de un texto incluye su análisis lingüístico (palabras, gramática, contexto, pasajes paralelos, lenguaje figurado, etc.) y el examen de su fondo histórico. Consideraremos cada uno de ellos por separado. Pero antes hemos de referirnos a dos cuestiones preliminares: las lenguas de la Biblia y la autenticidad del texto.

LAS LENGUAS DE LA BIBLIA

Una interpretación a fondo de la Escritura exige el sólido conocimiento de las lenguas en que sus libros fueron escritos, pues ninguna traducción puede expresar toda la plenitud de matices de los textos originales. Los grandes exegetas bíblicos han de ser verdaderos lingüistas que dominen el hebreo, el arameo y el griego. Hay un nivel inferior en el campo de la interpretación en el que no se precisa ser especialista en filología semítica o clásica. Pero aun en planos más modestos es importante conocer algunas peculiaridades de los idiomas de la Biblia que han de ser tenidas en cuenta en el momento de traducir o interpretar. Nos referiremos someramente a las más

¹⁸⁵J. Bright, *Op. cit.*, pp. 43, 44.

importantes, sin llegar ni siquiera a un epítome de las gramáticas hebrea o griega.

El hebreo

En esta lengua está escrito todo el Antiguo Testamento, con excepción de algunas porciones escritas en arameo (Esd. 4:8-6:18; 7:12-26; Jer. 10:11 y Dn. 2:4b-7:28).

Pertenece el hebreo al grupo de lenguas semitas, más concretamente a la rama cananea, lo que explica su estrecha relación con las lenguas ugarítica, fenicia, moabita y edomita.

Se distingue por su plasticidad. El pensamiento hebreo no era abstracto, como el de los griegos, sino concreto. Lo inmaterial a menudo se expresa por medio de lo material; el sentimiento, mediante la acción, y la acción, mediante el instrumento. De ahí el uso frecuente de antropomorfismos. Estas expresiones y muchas otras análogas no son meras metáforas, propias del lenguaje poético en cualquier literatura. Para los israelitas tenían un significado más literal que para nosotros, ya que ellos no hacían una distinción absoluta entre la naturaleza animada y la inanimada. El mundo natural constituye un todo del que el hombre forma parte (véase Sal. 104:23 a la luz del contexto). En el pensamiento hebreo, el hombre se «naturaliza» y la naturaleza se «personifica». Quizá ello explica que en hebreo no exista el artículo neutro. Por otro lado, la diferencia entre prosa y poesía no es tan marcada como en otras lenguas, pero la prosa contiene muchas de las cualidades poéticas. Esto debe ser tomado en consideración al interpretar textos del Antiguo Testamento; sobre todo en el momento de decidir sobre la literalidad de un pasaje.

Las primeras particularidades que llaman la atención y que distinguen al hebreo de las lenguas indoeuropeas, es que los textos escritos se leen de derecha a izquierda y del final hacia el principio, y que todas sus letras son consonantes. Esta última característica llegó a originar problemas en el transcurso del tiempo. En el período intertestamentario el hebreo fue sustituido

por el arameo como lengua del pueblo. Pese a ello, la pronunciación de los textos sagrados era cuidadosamente preservada y transmitida de generación en generación en las sinagogas y escuelas rabínicas. Llegó, sin embargo, el momento en que, a causa de serías discrepancias originadas en sectas del judaísmo (la de los karaítas principalmente), se hizo apremiante la necesidad de fijar de modo definitivo la pronunciación tradicional.

Para conseguir tal propósito, los masoretas judíos introdujeron en sus textos signos que se colocaban encima, dentro o debajo de las consonantes para indicar las vocales. No se sabe a ciencia cierta en qué momento histórico se inició esta labor; pero es evidente que se desarrolló a partir del siglo VI d. de C. -siguiendo el ejemplo de los gramáticos sirios- y se completó en el siglo VIII.

Hubo tres sistemas de vocalización: el babilónico, con signos supralineales; el palestinese, con signos predominantemente infralineales, y el tiberiense. El generalmente usado en los textos impresos del Antiguo Testamento es el último, adoptado y minuciosamente elaborado por los masoretas de la escuela de Tiberias. Era tan exacto que no sólo indicaba las vocales, sino también su prolongación, su tono, su intensidad gutural, etc., lo que daba al sistema un valor superior al de las vocales normales de muchas otras lenguas. Su rostro prevaleció en las escuelas y en las sinagogas, si bien no puede asegurarse que correspondiera exactamente a la pronunciación del antiguo hebreo.

Otra peculiaridad de esta lengua es que, a pesar de que ya en sus primeras inscripciones las palabras aparecen separadas por un punto, tal separación es más bien irregular en los manuscritos del Antiguo Testamento de fechas tempranas. Esa es la razón por la que algunas versiones difieren a menudo en sus apreciaciones relativas a esa cuestión.

Asimismo carecía el hebreo de puntuación, lo que lógicamente también era motivo de numerosas dudas. Para obviar esta dificultad, así como la debida a la irregularidad en la separación de las palabras, los masoretas establecieron igualmente signos adecuados para la

lectura correcta del texto.

El vocabulario del hebreo bíblico se distingue por su limitación, que contrasta con la riqueza de términos de las lenguas europeas. Es particularmente notable la escasez de adverbios, adjetivos y nombres abstractos, deficiencias que se suplen mediante frases preposicionales y verbos auxiliares, por la aposición de genitivos descriptivos y por medio de otros recursos gramaticales.

La gramática hebrea no se ajusta a la estructura de las lenguas greco-latinas. Es la propia del tipo semítico. Las palabras pertenecen a tres clases de categorías: nombres, que indican realidades concretas o abstractas; verbos, que expresan acción, y partículas, que señalan los diversos tipos de relación entre nombres y verbos.

Los nombres, que incluyen los adjetivos y los pronombres, sólo tienen masculino y femenino. Todos los objetos, incluidos los inanimados, aparecen como dotados de vida. Los montes, los ríos y los mares, por ser representativos de majestad y fuerza, son masculinos, y en no pocos textos, personificados. Los nombres de ciudades, tierras o localidades, considerados como madres de sus habitantes, son femeninos.

El plural hebreo a menudo expresa, más de una idea de pluralidad de individuos, la de plenitud, superabundancia o majestad. La primera palabra del Salmo 1 es un nombre en plural. Literalmente habría de traducirse «las bienaventuranzas del hombre», con lo que se quiere exaltar la suprema dicha del hombre que «no anda en consejo de malos, etc.». La palabra «vida» en el Antiguo Testamento está frecuentemente en plural, como en Gn. 2:7. «Sopló en su nariz sopló de *vidas*». De igual modo, en el versículo 9 hallamos «árbol de *vidas*».

Esta forma de plural tiene una modalidad especial en lo que se ha denominado plural de excelencia, especialmente aplicado al nombre de Dios (*Elohim*).

El verbo se caracteriza por su raíz triliteral en todos los casos. En su conjugación se distinguen

no sólo número y persona, como en español, sino también género. No puede hablarse propiamente de tiempos, sino más bien de estados del sujeto y de lo completo e incompleto de la acción. La idea de pasado, presente o futuro no es inherente a las formas de conjugación. En todo caso, tal idea debe deducirse del contexto. Eso explica la diversidad observada en las versiones del Antiguo Testamento, sobre todo en la traducción de los textos poéticos. Así, mientras en la versión de Reina Valera se ha traducido «*Jehová es mi pastor, nada me faltará*» (Sal. 23:1), en otras se ha optado por el presente: «Nada me falta.» Observación análoga puede hacerse en cuanto al primer versículo del Salmo I, en el que el verbo ha tomado en las diversas traducciones las formas de «anduvo» o «anda». Esta última forma, en presente, parece más coherente con el versículo que sigue.

Este modo de usar los tiempos del verbo posiblemente es exponente de toda una concepción filosófica del tiempo. «Cualquiera que fuese su posición o punto de vista -observa M. S. Terry-, el orador o escritor parece haber contemplado todas las cosas como si tuviese una relación subjetiva con el objeto de su observación. El tiempo para él era una serie de momentos (abrir y cerrar de ojos) de carácter continuo. El pasado se introducía siempre en el futuro y el futuro se perdía en el pasado».¹⁸⁶ Este modo de comprender y expresar los hechos es sumamente valioso para captar la perspectiva gloriosa de las obras de Dios a lo largo de la historia. «La forma de pretérito perfecto -añade Terry- se usa también al hablar de cosas que han de realizarse de modo cierto en el futuro. En tales casos, el acontecimiento futuro se concibe como algo ya consumado; se ha convenido en una conclusión anticipada y un propósito de Dios asegurado. Así, por ejemplo, en el texto hebreo de Gn. 17:20 se lee: «*En cuanto a Ismael, también te he oído, y he aquí que le he bendecido y le he hecho fructificar y le he multiplicado mucho en gran manera.*» Todo esto había de realizarse en el futuro, pero aquí es presentado

¹⁸⁶ *Biblical Hermeneutics*, p. 83.

como algo ya concluido. Estaba determinado en el propósito divino, y desde un punto de vista ideal el futuro era visto como algo que ya había acontecido». ¹⁸⁷

Las partículas o partes invariables de la oración gramatical, por su riqueza de matices, tienen gran importancia en el hebreo y deben tomarse en consideración.

La sintaxis es comparativamente simple. El orden normal en las frases es el siguiente: predicado, sujeto, complemento y palabras especificativas. Puede, sin embargo, variar la colocación de sujeto y predicado, poniéndose en primer lugar el que deba tener mayor énfasis. Las frases son generalmente simples y breves, y aun las frases compuestas resultan claras. No existen períodos largos estructurados mediante una construcción complicada. Un buen ejemplo es el capítulo 1 de Génesis. Dejando a un lado las dificultades que en otros aspectos pueda entrañar este texto, su estructura gramatical no puede ser más simple.

Teniendo en cuenta los rasgos distintivos del hebreo, es evidente que esta lengua constituía el medio más adecuado para comunicar de modo sencillo los grandes hechos de Dios y su mensaje registrados en el Antiguo Testamento.

El griego

Como es bien sabido, el griego del Nuevo Testamento no es el de la literatura clásica, sino el *koiné* o dialecto común, hablado desde los tiempos de Alejandro Magno (siglo IV a. de C.) hasta los de Justiniano (siglo VI d. de C.) aproximadamente. Era la lengua del pueblo, y se usaba en todo el mundo mediterráneo. Aunque seguían hablándose las lenguas vernáculas en las diferentes regiones, el ***koiné*** era el único medio de comunicación entre todas ellas; venía a ser como un puente entre las diferentes islas lingüísticas.

¹⁸⁷ *Op. cit.*, p. 84.

Desprovisto de las sutilezas y convencionalismos literarios del griego clásico, el *koiné* era una lengua viva, vigorosa, con el sabor de la vida cotidiana. Se distingue por un estilo claro, natural, realista, a menudo vehemente, que facilita la identificación del oyente o lector con lo que se dice. Por tal motivo suele usarse el presente histórico en las narraciones, el superlativo con preferencia al comparativo, y el lenguaje directo más que el indirecto. Los elementos enfáticos abundan. Así puede observarse que a menudo se usan pronombres como sujetos de verbos que no los necesitan. Hace uso de pocas conjunciones. La más frecuente es *kai* (y); pero ésta abunda, lo que hace que las cláusulas coordinadas excedan con mucho a las subordinadas. En este aspecto se asemeja al hebreo. Todo ello hace del *koiné* un idioma de fácil comprensión. Por eso tiene aplicación también a esta lengua lo que dijimos respecto al hebreo. De modo providencial se convertía en vehículo sumamente apropiado para hacer llegar al mundo con claridad el mensaje del Evangelio.

En el *koiné* del Nuevo Testamento conviene, sin embargo, tener en cuenta el substrato hebraico-araméico-cristiano que contiene.

Hay en el texto novotestamentario palabras hebreas o arameas que se han transcrito literalmente al griego. Por ejemplo, *abba*, padre (Mr. 14:36; Ro. 8:15); *hosanna*, salva ahora (Jn. 12:13); *síkera*, bebida alcohólica (Lc. 1:15); *Satán* (2 Co. 12:7), etc.

En otros casos, términos griegos expresan conceptos hebreos, lo que debe tenerse muy presente en el momento de traducir o interpretar ciertos pasajes. Puede servirnos de orientación el vocablo *rema*. Los escritores griegos lo habían usado para significar «palabra» o expresión oral. Pero en la Septuaginta se emplea para traducir el término hebreo *dabar*, que tenía un doble significado: palabra y asunto o acontecimiento: este último es el que predomina. En este sentido se usa en Lc. 2:15: «Veamos esto que (*to-remá-touto*) ha sucedido».

Algunas formas de expresión también son derivadas del hebreo: «buscar la vida» de alguien (Mt.

2:20; Ro. 11:3); «aceptar la persona», en el sentido de mostrar parcialidad (Lc. 20:21; Gá. 2:6) o «poner en el corazón» (Lc. 1:66; 21:14; Hch. 5:4). Asimismo siguen la pauta hebrea algunas formas de construcción gramatical.

Especial mención merece también el hecho de que no pocas palabras griegas reciben en el Nuevo Testamento un nuevo significado. Así *parakaleō*, que originalmente significaba «llamar» o «convocar», en el Nuevo Testamento expresa también las ideas de suplicar, consolar, alentar, fortalecer. La palabra *eirêné*, como expresión de estado opuesto al de guerra, es elevada por la vía del concepto hebreo (bienestar en su sentido más amplio) hasta las alturas del bienestar supremo alcanzado en la nueva relación que el hombre puede tener con Dios por la obra mediadora de Cristo y mediante la fe. Como hizo notar F. Bleek, «habría sido imposible dar expresión a todos los conceptos e ideas cristianas del Nuevo Testamento si los escritores se hubiesen limitado estrictamente a usar las palabras y frases comunes entre los griegos con los significados que normalmente tenían. Estas ideas cristianas eran totalmente desconocidas para los griegos, por lo que no habían formado frases adecuadas que pudieran darles expresión».¹⁸⁸

Este hecho hace necesario que el intérprete del Nuevo Testamento esté en condiciones de conocer no sólo el significado original o corriente del léxico griego, sino también los nuevos matices adquiridos por muchas palabras como herencia del pensamiento hebreo y por imperativo de los nuevos conceptos surgidos con el cristianismo.

Lo expuesto sobre la importancia del dominio de las lenguas originales tiene especial aplicación a los especialistas en exégesis. Evidentemente son muchos los estudiantes, pastores y predicadores ocupados en la exposición de la Escritura que nunca llegan a alcanzar tal conocimiento. Pero no por eso deben renunciar al trabajo necesario para aproximarse tanto

¹⁸⁸Ref. de Temy, *Op. cit.*, p. 124.

como les sea posible al texto original y a las peculiaridades lingüísticas que inciden en la determinación de su significado. En la actualidad existen diccionarios, concordancias¹⁸⁹ y comentarios exegéticos que, usados con discernimiento, pueden ayudar a conseguir resultados muy satisfactorios.

AUTENTICIDAD DEL TEXTO

Una de las primeras tareas del exégeta es la de examinar el pasaje bíblico que ha de interpretar a la luz de la crítica textual, la cual tiene por objeto acercarnos al máximo al texto primigenio. En la actualidad no existe ni uno solo de los autógrafos bíblicos. Ello es comprensible, dada la fragilidad de los materiales -generalmente papiro- que antiguamente se usaban para la escritura. Hoy tan sólo disponemos de copias manuscritas más o menos antiguas.

Misión de los expertos en crítica textual es recopilar y comparar los diversos manuscritos, así como las versiones y citas antiguas, siguiendo principios y normas por las que se detectan las corrupciones del texto y se determina con certeza o con un elevado grado de probabilidad cuál fue el texto original.

¹⁸⁹Para el texto griego del Nuevo Testamento existe la *Concordancia Greco-española*, de H. M. Petter, editada por CLIE. En cuanto a diccionarios es recomendable el *Greek-English Lexicon of the New Testament*, versión corregida y aumentada de la *Grimm's Wilke's Clavis Novi Testamenti* por J. H. Thayer.

Esta tarea es una gran necesidad. Como afirmaba B. F. Westcott, «una Biblia corrompida es signo de una Iglesia corrompida; una Biblia mutilada o imperfecta, signo de una Iglesia que todavía no ha alcanzado una percepción completa de la verdad. Es posible que hubiéramos deseado... esto de otra manera. Podíamos haber pensado que una Biblia cuyas partes, en su totalidad, mostrasen una evidencia visible e incuestionada de su origen divino, separada desde el principio del conjunto y destino de las literaturas restantes mediante un acto solemne, habría respondido perfectamente a nuestra concepción de lo que el registro escrito de la revelación debiera ser. Pero no es ese el modo de obrar de Dios entre nosotros. Tanto en la Iglesia como en la Biblia, Él actúa a través de hombres. A medida que seguimos el proceso de su formación, cada paso parece ser verdaderamente humano; y cuando contemplamos el conjunto, reconocemos gozosos que todas sus partes son también divinas».¹⁹⁰

Si la labor de los críticos es necesaria, también es ardua. Exige diligencia y meticulosidad ilimitadas en la aplicación de las técnicas más modernas. Pero sus resultados son un beneficio inestimable para la Iglesia cristiana. En nuestros días podemos leer versiones recientes de gran calidad, basadas en textos que, sin ningún género de dudas, coinciden sustancialmente con lo escrito por los autores del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento.

Respecto al proceso de corrupción de los primeros textos, una serie de hechos y circunstancias nos hace comprender lo prácticamente inevitable de las alteraciones que se fueron introduciendo en las copias sucesivas de los libros de la Biblia en el transcurso de siglos. Algunas de esas alteraciones fueron totalmente involuntarias, debidas a la gran semejanza de determinadas letras, especialmente en el hebreo, o incluso de palabras. El cambio -muy fácil- de una sola letra por otra parecida podía dar como resultado una palabra distinta, y una palabra diferente de la original generalmente expresa una idea también diferente. La transposición,

¹⁹⁰IDB, vol. IV, pp. 608, 609.

repetición u omisión de letras o palabras, la similitud de algunas frases, las abreviaturas mal interpretadas y la incorporación al texto de notas marginales fueron asimismo causa de corrupción involuntaria.

Otras veces las modificaciones podían tener una cierta intencionalidad: el deseo de aclarar, ampliar o incluso corregir piadosamente lo que el autor había escrito, si el copista estimaba que el texto no era suficientemente conspicuo, completo u «ortodoxo». En esos casos, la alteración podía consistir en la supresión de frases difíciles, en la sustitución de una palabra o frase oscura por otra más clara o en la adición de una nueva frase. Algunas de estas formas de corrupción respondían, sin duda, a un afán dogmático, como sucedió con el texto de 1 Juan 5:7 («*porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno*»), que no apareció en ningún manuscrito de los primeros siglos.

La corrección de las corrupciones se lleva a cabo siguiendo procedimientos técnicos de gran rigor científico. En toda investigación crítica se toman en consideración tanto los factores externos como los internos. Son externos la fecha, el carácter y el valor del manuscrito. De carácter interno, el estilo y el contenido.

Resumiendo lo que más ampliamente señala Terry, podemos decir que la crítica textual debe efectuarse de acuerdo con los siguientes principios:

1. Una variante que es apoyada por el testimonio combinado de los más antiguos manuscritos, de las más tempranas versiones y de citas patristicas es, por lo general y sin duda alguna, la variante genuina del autógrafo original.
2. La autoridad y valor de una variante no depende del número de manuscritos en que se encuentra, sino de la época, del carácter y del lugar de los mismos.
3. La variante que concuerda con el estilo peculiar de un escritor, con el contexto y con la naturaleza del tema es preferible a la que carece de estos puntos internos de apoyo.

4. La variante más breve debe ser preferida a la más extensa.
5. La más difícil y oscura es más fiable que la que resulta más llana y sencilla. Esta regla se aplica especialmente a los pasajes en que fácilmente el copista pudo verse tentado a suavizar o simplificar el lenguaje o bien a aclarar una dificultad aparente.¹⁹¹

La tarea de descubrir las alteraciones del texto bíblico en el avance hacia la consecución del original es delicada; pero es mucho lo que de positivo se ha conseguido en el transcurso del tiempo, especialmente durante los tres últimos siglos.

Por lo que respecta al Antiguo Testamento, es de enorme valor el trabajo de los masoretas o críticos judíos en el período comprendido entre los siglos V y X d. de C. Ellos, basándose en manuscritos antiguos y en las notas críticas acumulados en siglos anteriores, legaron a la posteridad el llamado texto masorético, punto de partida para toda investigación crítico-textual del Antiguo Testamento. Esta investigación se completa con un estudio comparativo de textos tales como los manuscritos descubiertos en Genizah (Egipto), los de las cuevas de Qumrán, próximas al Mar Muerto, el Pentateuco Samaritano, los Targums, la Hexapla de Orígenes, etc., y de versiones antiguas como la Septuaginta y la Siríaca o Peshitta.

La suma de esfuerzos y descubrimientos en el campo de la crítica textual del Antiguo Testamento ha permitido llegar a resultados sumamente satisfactorios. En nuestros días el texto de la llamada *Biblia Hebraica Stuttgartensia* es probablemente el mejor elaborado.

La crítica textual del Nuevo Testamento se basa hoy en el estudio de unos cinco mil manuscritos del texto griego, de más de diez mil versiones antiguas y de miles de citas de padres de la Iglesia. Es de destacar que ninguna obra de literatura de la misma época alcanza, ni con mucho, un volumen tan asombroso de material para su evaluación crítica. El texto del Nuevo

¹⁹¹Para un estudio más detenido de esta cuestión, véase M. S. Terry, op. cit., pp. 132 y ss.

Testamento de que podemos disponer en nuestros días es infinitamente más genuino que el de cualquier escrito de Virgilio o de Ovidio.

Los manuscritos griegos del Nuevo Testamento se clasifican en dos grandes grupos: el de los unciales, escritos con mayúsculas y sin separación de palabras, y el de los minúsculos o cursivos, en tipo de escritura que empezó a usarse a partir del siglo IX de la era cristiana. Al primero corresponden los más antiguos y valiosos: el Sinaítico (siglo IV), el Vaticano (siglo IV) y el Alejandrino (siglo V).

El valor de todos estos manuscritos es complementado por el de las versiones antiguas del Nuevo Testamento, algunas de ellas probablemente del siglo II, y por el de innumerables citas de los Padres. El conjunto de esos documentos, debidamente analizados, ha permitido determinar el texto auténtico de la casi totalidad del Nuevo Testamento. Según declaración de Fenton J. A. Hort, uno de los más eminentes especialistas en crítica textual, menos de una milésima parte del Nuevo Testamento está alterado.¹⁹² Y esa milésima escasa no afecta a ninguno de los grandes hechos y verdades del Evangelio. Hoy podemos tener la certidumbre de que los textos logrados coinciden sustancialmente y de modo incomparable con lo escrito por los autores sagrados.

Es digna de encomio la magnífica labor realizada por los expertos desde el Renacimiento. Logro notable significó la impresión (en 1515) y demorada publicación (1522) de la *Biblia Políglota Complutense*, del cardenal Jiménez de Cisneros, con el texto griego del Nuevo Testamento y el latín de la Vulgata en sendas columnas paralelas. Los editores, cuidadosamente escogidos entre eruditos de toda Europa por el propio Cisneros, llevaron a cabo una esmerada labor crítico-selectiva. Para ello usaron, según su propio testimonio, «no copias ordinarias... sino

¹⁹²B. Ramm. PBI, p. 209.

antiguas y correctas; de tal antigüedad que sería totalmente impropio no reconocer su autoridad». ¹⁹³ Sin duda, el texto griego de la Políglota Complutense superó a otros que se publicaron posteriormente.

Imprimido después que la Complutense de Cisneros, el Nuevo Testamento de Erasmo apareció (1516) antes que aquélla. También contiene en dos columnas el texto griego y el de la Vulgata revisado. Pero la precipitación con que hubo de realizarse el trabajo, hizo que el conjunto de la obra fuese inferior a la Complutense.

Otra edición importante en el siglo XVI fue la de Robert Stephanus, impresor erudito de París, cuyo texto (originalmente una refundición de la Poliglota y de Erasmo y posteriormente casi una reproducción de Erasmo con diversas variantes marginales) fue reconocido como el ***textus receptus*** en la Gran Bretaña. En la edición de 1551 de Stephanus, apareció por primera vez la división del texto en versículos.

En el siglo XVII, la familia Elzvir publica varias ediciones del Nuevo Testamento sobre la base del texto de Stephanus, y la segunda de estas ediciones (1633) se convierte en el *textus receptus* para el continente europeo.

¹⁹³ *IDB*, vol. IV, p. 599.

Posteriormente, Bengel, Wettstein, Griesbach y Matthaei hacen nuevas aportaciones editoriales. Pero son los investigadores del siglo XIX, entre los que descuellan Lachmann, Tregelles, Tischendorf, Westcott y Hort, von Soden, Alford y Wordsworth, quienes, rompiendo las ataduras del *textus receptus*, dan un impulso definitivo a la crítica textual.

Sobre la base de esa ingente labor crítica, se han efectuado algunas de las versiones más recientes de la Biblia en diferentes lenguas. Pueden mencionarse como ejemplos la Biblia de Jerusalén, la Nueva Biblia Española, ambas católicas, la «Revised Standard Version» y la «New English Bible», en inglés, y la «Zürcher Bibel» (Biblia de Zurich), en alemán. De este tipo de versiones puede sacar gran provecho quienquiera que se ocupe en trabajos exegéticos. Y, por supuesto, son indispensables para quien no domina el hebreo y el griego.

Es imprescindible que quien interpreta la Biblia, sea cual sea su grado de especialización, tenga a su alcance un texto depurado de la Escritura y trabaje sobre el mismo. Cuanto mayor sea el respeto por la auténtica Palabra de Dios, tanto mayor será el empeño en beneficiarse de los logros de la crítica textual.

LAS LENGUAS DE LA BIBLIA¹⁹⁴

Antes de llegar a nosotros, aun en copia o traducción, la Palabra divina de Dios, que está contenida en la Biblia, pasa por cuatro estados sucesivos. Primeramente existió en la mente de Dios desde toda la eternidad. De su mente pasó a la de los hombres por la voluntad de Él. Desde aquellas mentes que las recibieron de Dios pasó al lenguaje humano, en donde tomó forma concreta mediante palabras. Esta fue su primera traducción, la que fue vigilada y dirigida por Dios, de manera que vino a ser Su palabra. Desde entonces los hombres la han copiado, traducido y reproducido a través de los siglos. En virtud de dichas traducciones ha pasado de país en país, y de un idioma a otro, pero ¿cuáles fueron las lenguas originales?

En su discurso sobre Historia Universal decía Bossuet, según el Diccionario Teológico de Bergier, que «los libros que los egipcios y los otros pueblos llaman divinos, se han perdido hace largo tiempo y apenas nos resta alguna confusa memoria de ellos en las antiguas historias»; pero que, en cambio, «los judíos han sido los únicos cuyas Sagradas Escrituras han estado en tanta más veneración cuanto que han sido más conocidas, y ellos solos son los que, entre todos los pueblos antiguos, han conservado los monumentos primitivos de su religión a pesar de estar llenos de testimonios de su infidelidad y de la de sus antepasados, y aun hoy día este mismo pueblo subsiste sobre la tierra para llevar a todas las naciones, a donde se ha dispersado, juntamente con la religión, los milagros y las predicciones que la hacen inalterables...»

Efectivamente, según la Biblia misma, es a los propios judíos a quienes cabe el honor de que la Palabra divina les haya sido confiada, pues San Pablo dice, en su carta a los de Roma: «¿Qué más tiene el judío?... lo primero ciertamente, que la palabra de Dios les ha sido confiada», y, consecuentemente, es en el pueblo judío donde hemos de encontrar el texto de la Escritura a lo

¹⁹⁴«Las lenguas de la Biblia» es el capítulo III del libro «Qué es la Biblia», de José M. Martínez. Ed. Alturas. Págs. 35-48

largo de su historia.

La escritura del texto del Viejo Testamento empieza con Moisés en el Pentateuco, según se ve con claridad en pasajes como el que sigue: «Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro...» «... Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová...» «... Y tomó el libro de la alianza y leyó a oídos del pueblo» (Ex. 17 y 24); pero es, desde luego, falta de vista afirmar que Moisés escribió todo el Pentateuco, como es falta de ciencia el negar que escribió, toda vez que en la Biblia se echan de ver distintas fuentes y compiladores. Kenyon nos recuerda «el libro de las batallas de Jehová en Números 21:14. Evidentemente, con el tiempo el Pentateuco fue llamado «el libro de Moisés», o «los libros de Moisés», aunque Moisés hiciera uso de materiales anteriores («el libro de las generaciones de Adán», 5:1, etc.). No pudo escribir pasajes como el de su propia muerte, en Deuteronomio 34, simplemente porque no era necesario que así fuese, contra la idea de algunos rabinos de que «escribió su muerte por anticipación». Pero no es fácil de aceptar, al otro lado, la larga argumentación de Peake para demostrar que Moisés no escribió ni una jota de esos libros. Indudablemente, como leemos en 2 Crónicas 34:14, allí se ve «la mano de Moisés».

Los primeros años de la vida de Moisés se encuentran en el libro del Éxodo, tras la muerte de José, después del cambio histórico del gobierno de los Hyksos al gobierno de la Dinastía XVIII, y de acuerdo con lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles, que concuerda con el relato de Josefo, «Moisés fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en sus dichos y hechos». Ahora bien, la ciencia nos dice, y Sir Charles Marton lo hace resaltar en «*The Bible comes Alive*», que muchos de los sentimientos y parte del lenguaje de los profetas del Viejo Testamento y de los Salmos estaban ya escritos en Egipto cuando Moisés era joven. La sabiduría de los egipcios incluye una tónica alta de moral, y las inscripciones en las galerías, pasillos, cámaras de los monumentos y pirámides recuerdan que al menos la mitad de los Diez Mandamientos constituían ya casi una ley en aquellos tiempos, al condenarse aquellos pecados que aparecen en la Ley de Moisés. «El libro de los Muertos» reconoce las leyes morales de los

Mandamientos sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo con estas palabras: «Yo no maté hombres..., no robé..., mi corazón no codició..., no hablé mentiras..., no cometí adulterio». Sir Charles Marston llega a decir: «Moisés no hizo aquellas leyes; existían ya».

También las excavaciones de Ugarit, que nos dieron la famosa biblioteca de lo que algunos llaman «Colegio Teológico de Ugarit (Ras Shamra)», muestran que casi todo el ritual y sacrificios estaba relacionado allí, y que las expresiones técnicas empleadas para estos sacrificios en el hebreo arcaico son las mismas empleadas en el original hebreo del Antiguo Testamento. La fecha que algunos sabios han atribuido a estas tabletas, el 1400 a. de C., significaría que fueron escritas unos cuarenta años después de que la ley fue promulgada en el Sinaí a los israelitas, a lo más ochenta años.

Pero es a la muerte de su protectora, Hatshepsut, cuando Moisés tiene que huir de Thotmes III a la tierra de Madian (Ex. 2:15), y allí pasa cuarenta años (Ex. 7 y Hch. 7), y allí recibe la Revelación. El título de quien le mandaba, desde la zarza, librar a los israelitas de Egipto era YHWH, o Yahveh, «EL SER», que aparece repetidamente en las cartas de Lakish, si bien una forma anterior, según las tablillas de Ras Shamra, es YH, o Jah. Cuando Moisés vuelve a Egipto y se enfrenta con el sucesor de Thotmes, Amenthotep II, si la cronología de Marston es aceptable, pide que deje ir a los israelitas «camino de tres días por el desierto» para sacrificar a Yahveh.

Allí, en el Monte de Sinaí, recibe la orden de escribir, y la cuestión eterna de la inspiración del texto queda pendiente de las palabras: «Habló Dios todas estas palabras, diciendo.» El Deuteronomio (4:8) pregunta: «¿Qué nación hay que tenga estatutos y derechos justos, como es toda esta ley...?»

Otros escritores, después de Moisés, inspirados también, fueron levantados de tiempo en tiempo. En el libro de Josué leemos: «Josué hizo alianza con el pueblo el mismo día, y le puso ordenanzas y leyes en Sichen, y escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios...» (24:25,26). Notemos en esta frase la idea de lo definido del libro. Las palabras «*bassefer*

hazze», según Green, «en el libro este», se refiere al libro muy bien conocido, al libro de mucha eminencia, es decir, el de Dios.

A este respecto, el profesor Garstang ha dicho que tras años de estudio está convencido de «que no solamente fueron estos relatos fundados en general sobre hechos, sino que debieron derivarse de escritos anteriores, casi contemporáneos a los acontecimientos descritos, tan detallada y de confianza es su información».

No se hace mención especial en el Antiguo Testamento de cada escritor en su orden, sino que se les menciona más bien por casualidad, en el curso de la historia de los acontecimientos principales, y las fuentes que los compiladores emplearon se encuentran acá y allá, sin cronológica mención, como «el libro de Jasher», «el libro de los hechos de Salomón», «el libro de las Crónicas de los reyes de Israel», o de Judá, etc.

En «Samuel recitó fuego al pueblo el derecho del reino, y escribiólo en el libro, el cual guardó delante de Jehová» (1 Sam. 10:25), se presenta otra vez el artículo enfático «*bassefer*», en el libro. Muchos de los Salmos de David fueron encomendados al cuidado de los jefes de los músicos, y comparando Jeremías 25:11,16 con Daniel 9:2 se ve que también Jeremías fue considerado como escritor canónico, estando sus escritos en «el libro» que poseía sin duda Daniel.

El término «semítico» se aplica a un grupo de idiomas, cuyos caracteres comunes se advierten sin gran dificultad, y algo similar ocurre actualmente con las lenguas que se derivan del latín, o sea, la portuguesa, la española, la francesa, la italiana y la rumana. Por ejemplo, la voz padre es *Ab* en hebreo, *Ab* en arameo, *Abu* en acádico y *Ab* en árabe.

Sin embargo, estas interesantes semejanzas en el vocabulario no simplifican por ello el estudio de cada una de estas lenguas; por tanto, sus estructuras gramaticales (anexos, sufijos, tiempo de los verbos, etc.) son un acicate y una dificultad para el estudio de ellas.

El origen de la denominación de «lengua semítica», que empezó a usarse por el año 1780, se

basa en la declaración del Génesis, 10:1, «éestas son las generaciones de los hijos de Noé, Sem, Cham y Jafet, que engendraron hijos después del diluvio».

Es comprensible que, salvo los especialistas, nadie lea la Biblia en sus textos originales, y en cuanto al Nuevo Testamento, si bien hay muchos bachilleres y estudiantes de Filosofía y Letras que dedicaron años al estudio de Demóstenes, o Platón, o Sófocles, ignoran que el Evangelio se escribió en griego, y tienen que recurrir a una traducción si quieren leerlo.

Se dice que el hebreo puede compartir con la lengua china el triste privilegio de ser un mundo cerrado e inaccesible, y que hay que renunciar definitivamente a estudiar lo escrito en tal idioma. Sin embargo, eruditos como Paul Auvray aseguran que ese prejuicio es lo que justifica el que haya tan pocos hebraistas.

Durante mucho tiempo el antiguo hebreo se conoció únicamente a través de los escritos bíblicos, pero a partir de finales del siglo pasado, con la abundancia de descubrimientos arqueológicos, aparecieron una serie de documentos extrabíblicos que permiten aumentar en cierto modo el conocimiento de la lengua hebrea; por otro lado, el uso del hebreo se continuó dentro del judaísmo mucho tiempo después de la constitución de la Biblia, y existe una numerosa literatura en lengua hebrea.

En cuanto al arameo antiguo, no se encuentran demasiados documentos, ya que, a decir de los especialistas, no hay nada anterior a los siglos X y IX, y no debe sorprender que así sea, porque los arameos nómadas no poseían indudablemente la escritura, y se servían de tradiciones orales.

Es de lamentar que los reinos arameos de los siglos X al XI no dejasen a la posteridad obra literaria alguna.

A. Dupont-Sommer, director de Altos Estudios, encargado de curso, en la Sorbona, dice en su libro «Les Araméens», refiriéndose a la lengua, lo que sigue: «El arameo es una lengua semítica, igual que la asirio-babilónica, el fenicio, el hebreo y el árabe, asemejándose más al

fenicio y al hebreo. Nuestro conocimiento de esta lengua hasta el reinado de Sargon, se reduce a un número muy pequeño de inscripciones descubiertas todas ellas recientemente», y describe una serie de ellas dando datos científicos que no precisamos mencionar aquí. Según dicho autor, los arameos cuando se instalaron en Mesopotamia y en Siria, durante los siglos IX y X antes de Jesucristo, no poseían lengua escrita ni lengua literaria alguna; eran todavía beduinos incultos, y los príncipes de aquellos nuevos reinos arameos se vieron inclinados a adoptar como lengua escrita la misma lengua de los países que habían conquistado, igual que adoptaron más o menos completamente aquella civilización. Por eso en Guzana, Mesopotamia, las inscripciones del rey arameo Kapara, que parecen ser del fin del segundo milenio, van escritas en caracteres cuneiformes y en lengua asiria.

Se ha dicho algunas veces que el arameo es un hebreo corrompido, especie de jerga degenerada, que los judíos trajeron al regresar de su destierro en Babilonia; pero los eruditos dicen que no podemos sostener tal afirmación desde el punto de vista histórico, y menos aún desde el punto de vista lingüístico, porque el arameo se extendió paulatinamente a través de todo el Próximo Oriente, y esa invasión pacífica, que empezó desde la época de los reinos arameos, coincidió, en lo que se refiere al reino de Judá, más o menos con la dominación de los persas.

No es, pues, el arameo un hebreo en decadencia, sino una lengua tan original como la hebrea misma y más antigua en algunos puntos, según el profesor Auvray. Parece ser que, usando una analogía de nuestros tiempos, podríamos decir que el hebreo y el arameo tienen las mismas relaciones que el español y el portugués o que el italiano y el francés.

Desde luego, la mayor parte del Antiguo Testamento está escrito en hebreo, lengua que aparece mencionada como «la lengua de Canaán» (Is. 19:18) y «lengua judaica» (Is. 36:11 y Neh. 13:24), siendo esta descripción la más cercana a la realidad, puesto que el hebreo surgió, según W. Thomas, de una fusión del dialecto arameo-árabe, hablado por los hebreos que invadieron Canaán en el siglo XV a. de C., según apuntamos antes. En el Nuevo Testamento se llama a la

lengua «hebreo» o «hebraico» (Apo. 9:11 y 16:16; Juan 5:2; 19:13,17).

Lo más importante del hebreo es que poseía un alfabeto y no otro tipo de grafología, lo cual facilita enormemente la transmisión y estudio del texto, y es notable que el libro de Dios fuese escrito en esta lengua y no en la de civilizaciones más avanzadas, como la china o la siria, que no habían inventado un alfabeto, y sus caracteres eran más bien ideogramas.

Por eso un erudito, señalando la intervención divina en escoger este lenguaje, dice que se habrían aumentado enormemente las dificultades de los estudiantes de la Biblia si los hebreos, al llegar al desierto, hubiesen adoptado la escritura cuneiforme de Canaán, cuando asimilaron aquella civilización.

Es interesante la respuesta de Halley a la cuestión de la Escritura, al decir: «Posiblemente fue en un hebreo arcaico, que estaba en uso en los días de Moisés, en rollos de piel o de papiro; pero ¿quién sabe si fue escrito en principio en el lenguaje cuneiforme de Palestina y de Siria (conocido también en Egipto) sobre tabletas de arcilla, y de allí se vertió al hebreo? En realidad, por «su estilo fragmentario y repetido, en partes, podíamos esperarlo así, y ver que se trataba de libros traducidos de tablillas, cada una de las cuales podía ser un libro en sí». En cuanto a los originales, que no se poseen, como diremos más adelante, pero que se han transmitido con bastante fidelidad, si fueron de piel o de papiro, con el uso se estropearían y serían reemplazados por otras copias: si fueron tabletas de arcilla, tal vez algunos de los reyes idólatras de Israel las rompería».

En realidad hay dos períodos que deben notarse en la historia de la lengua hebrea y que se distinguen por divisiones obvias, desde Moisés hasta la cautividad de Babilonia, y desde entonces hasta la conclusión del Canon. En el primer período la lengua viene a ser casi la misma, con excepción del estilo individual del escritor. Algunas palabras llegaron a ser anticuadas de una época a otra, como se desprende del versículo: «Antiguamente en Israel cualquiera que iba a consultar a Dios decía así: Venid y vamos hasta el vidente, porque el que ahora se llama profeta antiguamente era llamado vidente» (1 Sam. 9:9; esto lo aprecian mejor en

su original hebreo los entendidos); pero, según el doctor Ginsburg, estos cambios, que se habían introducido gradualmente, comenzaron de una manera más técnica en los días de Esdras por ciertos hombres conocidos por *Soferim*, o escribas, como los que hemos citado con anterioridad. En este tiempo que sigue a la cautividad el Antiguo Testamento fue dividido en párrafos y versículos.

En los escritos de los profetas más recientes, como Jeremías, Sofonías, etc., hay una decadencia manifiesta por la introducción de términos extranjeros especialmente arameos. Esther, Daniel, Ezequiel, Nehemías y Esdras presentan un contraste notable respecto a la pureza, encontrándose más anomalías en Ezequiel que en otros escritores. Los profetas siguientes al destierro, Hageo, Zacarías y Malaquías, escribieron en un estilo menos corrompido, y se nota un avance hacia la pureza, aunque no se habla así en sus tiempos.

La lengua hebrea se escribía y se escribe de derecha a izquierda, y solamente se escribían las consonantes, registrándose lo que podíamos llamar una fuga de vocales, lo cual condensaba y condensa la escritura, haciéndola difícil de leer, especialmente con el paso del tiempo y los cambios de la lengua. Justamente esta práctica es causa de variedades en el texto, como apunta Sir F. Kenyon, porque es fácil de comprender que puede dar lugar a errores. Por ejemplo, si pudiésemos trasladar el sistema al español y nos encontrásemos con la palabra siguiente: M.R., podríamos pensar que decía moro, mora, mero, muro, mira, María, etc.

Pero hablamos antes de los escribas, y en esta dificultad vienen en nuestra ayuda, como igualmente acuden a serenarnos cuando nos sorprendemos al saber que los manuscritos hebreos más antiguos que poseemos son de la Era Cristiana, y nada menos que del siglo IX, ya que nuestro pensamiento vuela a los lejanos errores, mutilaciones y corrupciones. Este cuerpo de escribas, talmudistas y masoretas inventaron la puntuación vocálica de las palabras, basándose en la tradición de la pronunciación, que se registraba en el Talmud. La escuela de doctores judíos que afrontaron semejante trabajo se hallaba en Tiberias: pero no fue este trabajo de una sola generación ni de un solo lugar, y una comparación entre el texto del viejo y del

Nuevo Testamento puede darnos idea de la dificultad y de la importancia, a un tiempo, de dicha puntuación. En Génesis 47:31 leemos: «Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama», y en Hebreos 11:21: «adoró estribando sobre la punta de su bordón». La palabra hebrea M.T. podía ser *mita* (cama) o *mate* (bordón], y así se tradujo a la Septuaginta, griego, antes de la puntuación masorética, y de allí citó el escritor de la epístola mencionada.

Después del regreso de Babilonia declinó el uso del hebreo como lengua hablada, quedando como lengua sagrada, y ocupando su lugar en el pueblo el arameo; pero algunos eruditos, como el profesor M. H. Segal, dicen que hasta el tiempo de Cristo el hebreo fue lengua hablada de Judea, si bien conceden, con respecto al lenguaje de Jesús. que el arameo era la lengua vernácula de Galilea en el período romano. El profesor T. W. Manson ha sugerido que, en sus discusiones con los fariseos, Jesús pudo emplear el hebreo como ellos. Este hebreo rabínico (desarrollo posterior del hebreo bíblico) fue el lenguaje de la Mishna, codificación de la tradición oral puesta por escrito por el año 200 después de Cristo.

Mencionemos que estas diferencias de lenguaje las señala la misma Biblia, como, por ejemplo, en el caso de la alianza en Mizpa, donde Jacob pone al majano un nombre en la «lengua de Canaán» y Labán otro en arameo (Génesis 31), y en el caso de Jueces 12, donde los de Ephraim no podían pronunciar la palabra «*shiboleth*». En tiempos del Nuevo Testamento vemos que a Pedro «se le conoció» que era galileo, pues, según Bruce. tenían fama de pronunciar de modo gutural.

Winton Thomas dice que en Esther, Eclesiastés y muchos Salmos se descubre una poderosa influencia aramea, y que por el segundo siglo antes de Cristo, el hebreo, como lengua hablada. fue muerto. El libro de Daniel (c. 165 a. de C.), dedicado a la lectura popular, muestra la verdadera extensión de la influencia aramea por entonces.

En uno de los escritos rabínicos se lee: «No sea el arameo ligeramente estimado por ti, viendo que el Santo (bendito sea Él) ha dado honor a esta lengua en la Ley, los Profetas y los Escritos», lo que indica que la lengua aramea se encuentra en porciones en las tres divisiones principales

del Antiguo Testamento. Se encuentra una mención en arameo en la Ley (Gé. 31:47), un versículo en los profetas (Jer. 10:11) y dos considerables secciones en los Escritos (Dan. 2:4 a 7:28 y Esdras 4:8 a 6:18 y 7:12-26).

Al arameo se le llamó antiguamente caldeo, porque en Daniel 2:4 algunas traducciones, como la Autorizada inglesa, dieron pie a llamar caldeo al arameo, por una inferencia errónea. En este libro de Daniel han quedado sin traducir algunas palabras arameas, como «*mene*», «*tekel*», «*upharsin*».

Los judíos dicen: «Moisés nos ha dado la ley, pero Esdras la ha restaurado», y por ello se dice que fue Esdras quien, tras la cautividad, reunió todos los libros sagrados y formó lo que se llama el canon del Antiguo Testamento; opinión que otros no comparten. Lo cierto es que a la vuelta del cautiverio, tanto Esdras como Nehemías, tuvieron que enfrentarse con una dificultad lingüística. Mucho pueblo no entendía el hebreo, especialmente los hijos de los matrimonios mixtos, y cuando la gran concentración de Jerusalén para oír a Esdras y a sus ayudantes leer «*El libro de la ley de Moisés*», la lectura tuvo que interpretarse al arameo, siendo notable aquí que la voz «*meforash*», que se traduce por «con interpretación» (aunque en español aparece como «claramente»), es la misma aramea «*mefarash*», que se empleaba precisamente como término técnico en el servicio diplomático del Imperio persa. Conociendo las dos lenguas, aquellos hombres pudieron traducir al pueblo lo escrito en el libro Sagrado, y las gentes «se entristecieron y lloraron».

Esta «interpretación» es sencillamente lo que se llama «*targum*», o paráfrasis oral del texto hebreo de la Escritura, y es la prueba más temprana y directa que se posee del texto corriente entre los judíos.

Distintos hombres, sin perder su personalidad y su idiosincrasia de escritor, en distintas épocas, fueron escribiendo la Biblia, y ese Libro, ese texto, fue considerado como sagrado.

Leemos, pues, que el rey Josafat mandó a una comisión de príncipes y levitas y doctores de la

ley que «enseñaran en Judá, teniendo consigo el libro de la ley de Jehová, y recorrieron todas las ciudades de Judá enseñando al pueblo» (2 Cr. 17:9). La consecuencia fue que «cayó pavor de Jehová sobre todas las tierras», y más tarde, cuando Joas es coronado, el sumo sacerdote Joiada le unge, le pone la corona y le entrega «el testimonio» (2 Cro. 23), de conformidad con lo mandado en Deuteronomio: «Y será, cuando se asentare sobre el solio de su reino, que ha de escribir para sí en un libro un traslado de esta ley, del original de delante de los sacerdotes levitas» (17:18), viniendo obligado el rey a tenerlo consigo y a leerlo todos los días de su vida..., «a fin de que se prolonguen sus días en su reino».

Aunque el conocimiento de la lengua hebrea se hallaba en un nivel bajo durante la Edad Media en la Iglesia, pudo, no obstante, imprimirse un Antiguo Testamento hebreo, después de la invención de la imprenta, en 1488. Antes de la época de Tyndale, Europa tenía algunos eruditos judíos de importancia que conocían la lengua de las Escrituras hebreas, habían hecho comentarios, gramáticas y diccionarios, entre los cuales estaba Ibn Ezra de Toledo (1092 - 1167). Salomón Rashi o Isaaki (de 1105), David Kimchi (Quimchi) (de 1190), Moisés Ben Marmón o Maimónides (1135-1204), Abrabanel (1436-1507). Nicolás de Lyra, que era franciscano (1270-1340), influyó casi más que ningún otro individuo de la Europa medieval en los eruditos para abandonar el texto estereotipado de la Biblia Latina y hundirles en el mar de los códices de lenguajes originales y en los manuscritos para la búsqueda de un texto más perfecto. Su comentario influyó a Martín Lutero de tal forma que se dijo: «*Si Lyra non Lirasset, Lutherus non saltasset*»; pero Lutero no fue el único que cayó bajo su influencia, sino que también Melanchthon y Rhegius (Urbanua) lo hicieron, y el comentario también llegó hasta Oxford y Cambridge, siendo conocido indudablemente por Wyclif y Tyndafe. Por esta razón se hizo un comentario posterior que decía: «*Si Lyra non Lyrasset, nemo doctorum in Bibliam saltasset*», o sea, «Si Lira no hubiese tocado la lira, ninguno de los eruditos de la Biblia habría danzado».

Su conocimiento del hebreo hizo pensar que su madre era judía; basó su comentario en los textos originales hebreo y griego, y utilizó con toda libertad la obra de los eruditos judíos,

especialmente el hábil Rashi. Erasmo, Calvino, Olivetan y Farel llegaron a esta Universidad y se beneficiaron de la hermenéutica exegética de tan famoso erudito.

Johannes Reuchlin (1455-1522), a quien Philip Schaff llamó padre del aprendizaje del hebreo en la Iglesia cristiana», estudió griego en la Universidad de París, y aprendió los rudimentos del hebreo del mismo John Wessel, que había trabajado allí durante dieciséis años antes que él. Reuchlin pagó diez monedas de oro a un rabino para que le explicase una simple frase hebrea que no podía descifrar.

Basándose en las obras de David Kimchi (Quimchi), que procedía de una familia distinguida de eruditos judíos, el tal Reuchlin preparó su Gramática Hebrea y Diccionario Hebreo, que fueron de tanta utilidad para los maestros cristianos. Reuchlin murió dos años antes de que Tyndale abandonara Inglaterra.

Con respecto a los libros del Nuevo Testamento, éstos fueron escritos en griego en el primer siglo después de la muerte y resurrección de Cristo. Los documentos originales fueron escritos con toda probabilidad sobre papiro con tinta (estos dos materiales de escritura se mencionan explícitamente en la segunda carta del Apóstol San Juan, versículo 12: «*Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido*»). Los escritos más cortos (como la Epístola a Filemón, la segunda y tercera epístolas de Juan y la de Judas) requerirían una hoja de papiro de un tamaño conveniente, pero los otros libros más largos serían escritos en rollos de papiro. El más largo de todos, que constituye las dos partes de la historia de Lucas y, además, los Evangelios de Mateo y de Juan, representan tanto material escrito, que seguramente se emplearía un rollo de papiro de una longitud normal. Las cartas y el libro del Apocalipsis, cuando se escribieron, se enviaron a individuos o a iglesias a quienes iban dedicadas, en tanto que los dos volúmenes de Lucas iban dirigidos a un tal Teófilo; por lo que respecta a los Evangelios, con toda probabilidad se depositaron en las iglesias de Roma, Antioquía y Efeso.

La revelación en el Antiguo Testamento, que en primer lugar fue comunicada a una nación

particular, se expresó apropiadamente, según hemos visto antes, registrándose en el lenguaje de aquella nación, Israel. Una revelación más amplia, sin embargo, transmitida por un nuevo pacto, no podía restringirse del modo que lo fue el Antiguo Testamento, así que las palabras pronunciadas por el anciano Simeón, al ver al Salvador niño, no tuvieron que esperar mucho para tener cumplimiento, una vez que el Salvador hubiese llevado a cabo su obra de Salvación: «Porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel».

El evangelista que narra este incidente cierra su Evangelio diciéndonos cómo Jesús preparó un programa para sus discípulos, al objeto de que el arrepentimiento y la remisión de los pecados fuesen predicados en su nombre a todas las naciones del mundo, empezando por Jerusalén. El lenguaje más apropiado para la propagación de este mensaje tenía que ser, naturalmente, aquel que fuese más conocido en todas las naciones, y este lenguaje ya estaba preparado: era la lengua griega, que en el tiempo en que el Evangelio comenzó a proclamarse en las naciones, ya constituía lengua internacional, hablado no sólo alrededor de las costas del Egeo, sino por todo el Mediterráneo oriental y, además, en otras áreas más lejanas.

La internacionalización del griego hizo que el Antiguo Testamento fuese traducido del hebreo al griego, según entendemos por el famoso documento conocido por «Carta de Aristeas»; pertenece al año 100 a. de C., aunque dice haber sido escrito un siglo y medio antes de dicha fecha. Aristeas era un oficial de la corte del rey Ptolomeo Filadelfo de Egipto (285-246 a. de C.) y se dirige a su hermano Filocrates, para comunicarle la traducción para la biblioteca del gran rey, de las Escrituras de los judíos a la lengua griega.

La historia de esta traducción ha sido expresada de varias maneras; pero el nombre de Septuaginta o versión de los Setenta ha permanecido hasta nuestros días y constituye un documento de la máxima importancia para los estudios bíblicos. El valor de esta Septuaginta, en el plano de los estudios eruditos de crítica del texto, es notabilísimo, por cuanto nos representa un texto hebreo del que ha partido, que no poseemos, y que, lógicamente, es anterior a los

códices que poseemos de la Era Cristiana.

Las secciones del Antiguo Testamento de los grandes códices de los siglos IV y V (Vaticano, Sinaítico, Alejandrino) están en griego. Jesús y los Apóstoles emplearon el Antiguo Testamento en griego, y los judíos de la dispersión en las provincias de Asia, Galacia, Acaya, Macedonia y Roma también la emplearon. Exceptuando, posiblemente, una colección de dichos y narraciones del Evangelio según San Mateo, todos los libros del Nuevo Testamento parecen haber sido escritos originalmente en griego.

El griego aparece primeramente en la historia como lengua hablada mediante tres olas sucesivas de inmigrantes que entraron en la península balcánica desde el Norte. Estas olas pertenecen a períodos diferentes en el curso del milenio dos mil a mil antes de Cristo, y se conocen, respectivamente, como la Jónica, Aquea y Doria. Hasta el año trescientos a. de C. los distintos dialectos griegos pueden clasificarse en tres grupos, que corresponden a estas tres emigraciones; como los Jónicos fueron el primer grupo de griegos que bajaron al sur de Grecia, se vieron presionados por sus sucesores que venían detrás, y la mayoría de ellos fueron arrojados de Grecia, propiamente dicha, para encontrar hogar en el mar Egeo, y allí se pusieron en contacto con los pueblos de Asia.

Antes de ser conocidos por el término de «Jónicos», el nombre que se les dio fue el de «griegos», y en hebreo, los griegos fueron llamados los Bene Yavan, hijos de Yavan o Javan, nombre que es idéntico a Jión, antecesor de los Jónicos. Un importante grupo de jónicos permanecieron en la península griega mientras sus compatriotas jónicos se refugiaron al otro lado del mar; éstos fueron los habitantes del Ática, distrito de Atenas. Más adelante, no solamente los jónicos, sino los otros griegos fundaron colonias en Asia Menor, en Libia, Chipre, Creta, Sicilia, el Sur de Italia, Marsella y alrededor de las costas del Mar Negro, incluyendo la península de Crimea.

El mundo griego fue dividido así en un gran número de pequeños Estados; pero dondequiera que la lengua griega era hablada, allí estaba Grecia. El griego, pues, se habló en todo el mundo

Egeo durante 3.500 años, y se jacta de tener una literatura que se extiende hasta más de 1.000 años antes del nacimiento de Jesucristo. Los monumentos más antiguos de la literatura griega, las épicas homéricas, la Ilíada y la Odisea, se alzan como obras clásicas de primer rango mundial, y por la expresión delicada y la clásica flexibilidad griega, este idioma se considera como uno de los más importantes de toda la Humanidad.

Es importante señalar que, debido a las condiciones y circunstancias que siguieron a la conquista macedónica, las diferencias antiguas entre los dialectos griegos dieron lugar en los últimos tres siglos a. de C. al nacimiento de lo que se llamó griego «helenístico», llamado frecuentemente «lengua común» del griego o «Koiné dialectos», porque fue la forma de griego que se extendió más ampliamente por el mundo. Este Koiné o lenguaje común incorporó rasgos distintivos y característicos de los dialectos más antiguos, pero principalmente del ático, que era el dialecto de Atenas y del territorio vecino.

Este griego helenístico se convirtió en la lengua oficial de los imperios que sucedieron al dominio y conquista de Alejandro después de su muerte (323 a. de C., incluyendo aquellos imperios que uno tras otro dominaron la Tierra Santa (el imperio Ptolomeo de Egipto, que dominó hasta el 198 a. de C., y el Imperio Seleucida de Siria, que conquistó a Palestina del poder de Egipto como resultado de la batalla de Panio, en aquel mismo año, y controló el país hasta que se establecieron los asmoneos en un breve tiempo de independencia judía alrededor del año 141 a. de C., manteniéndolo durante unos ochenta años).

Cuando Palestina fue incorporada al Imperio Romano en el año 63 a. de C., como parte de la provincia Siria, el griego continuó siendo lenguaje común de aquellas regiones y de todo el Imperio Romano oriental en general. El Imperio Romano, por otra parte, era bilingüe; en el Ejército, el latín era lengua oficial de todo el Imperio; pero, por lo demás, el griego continuó siendo lengua oficial de todas las lenguas del Mediterráneo oriental. En la ciudad de Roma misma el griego se hablaba tanto como el latín, lo mismo en las clases altas como en las bajas; para las clases altas el griego era la lengua de la cultura y de la educación, y un hombre como

Cicerón escribía en griego con la misma facilidad que en latín; pero para las clases bajas, los esclavos y los obreros hablaban, generalmente, el griego desde su nacimiento. Los primeros cristianos romanos hablaban el griego de una forma natural, y cuando Pablo escribió su carta a la iglesia de Roma, les escribió en griego, aunque, sin duda, pudo haberles escrito en latín de haber sido necesario.

Aunque la Koiné borró la mayoría de las distinciones dialectales primitivas en el griego, no carecía de distinciones dialectales dentro de ella, ni pudo haber sido de otra manera, toda vez que era una lengua viva. San Jerónimo decía que encontraba provincialismos silicios en el griego de San Pablo, y mientras los eruditos de tiempos pasados exageraron la extensión de lo que ellos llamaron «griego judío» del Nuevo Testamento, nos sorprenderíamos, sin embargo, si los oradores que tenían un fondo semítico, más o menos remoto, no lo dejasen entrever al usar el griego, porque hay ciertos giros semíticos de pensamiento y modos de lenguaje fáciles de percibir. Aparte de eso, no se puede evitar, en el Nuevo Testamento, la influencia de la «traducción griega» de la Septuaginta y la influencia de la lengua arameica vernácula de los judíos palestinos; incluso Pablo, aunque no era judío palestino, sino educado en Tarso, pertenecía a una familia que hablaba arameo, no griego, en su hogar, y quizá sea esto lo que expresa él, cuando dice en su carta a los de Filipos, capítulo 3:5, afirmando que era «un hebreo de hebreos», hijo que hablaba arameo, de padres que hablaban arameo.

Fue en esta lengua original en que, al parecer, la voz celestial se dirigió a Pablo, en el relato de los Hechos, donde nos cuenta su conversión con la frase «lengua hebrea».

La persona acostumbrada a leer buen griego encuentra extraño el griego de la Septuaginta; pero a un lector acostumbrado al idioma hebreo, la Septuaginta griega es perfectamente inteligible. Las palabras son griegas, pero la construcción es hebrea; esta fue la versión en que tantísimos cristianos primitivos conocieron el Antiguo Testamento y para aquellos hombres que se convinieron en «los hombres de un solo libro» la influencia del estilo, el giro hebreo del griego del Nuevo Testamento y la influencia toda de la Septuaginta fue notabilísima. Esto es aplicable

incluso a un escritor como San Lucas, que dominaba un estilo griego bueno e idiomático, ensalzado por todos los estudiantes del texto original.

Nigel Turner llega a afirmar, en su calidad de erudito de primer rango: «Cualquiera que haya estudiado la lengua clásica de los grandes dramaturgos, los grandes autores de la prosa griega, o al renombrado orador Demóstenes, y cuyos estudios no le hayan llevado más adelante, no podrá entender el lenguaje del Nuevo Testamento. En vocabulario y estilo, pero mucho más en su contenido de pensamiento, es casi una lengua totalmente nueva. Varias influencias produjeron este efecto; algunas de ellas fueron graduales y algunas muy repentinas».

Estos libros, escritos en las lenguas indicadas, constituyen la Biblia que hoy tenemos, después de haber sido aprobado su canon en dos ocasiones. Los libros aceptados en el canon hebreo del Antiguo Testamento son los libros aprobados por el Sínodo de Jamnia en Palestina entre los años 90 y 100 de nuestra era; dicho canon no incluye los libros que generalmente se llaman Apócrifos, que sí estaban incluidos en la Septuaginta o versión Griega del siglo III antes de Cristo. El canon del Nuevo Testamento comprende los libros incluidos en la Biblia Vulgata Latina de San Jerónimo (405 A.D.), correspondientes al canon aprobado en el Concilio de Cartago en el año 397 A.D. y el Concilio de Laodicea en 365 A.D. Este canon sobrevivió por encima de unos cuarenta libros que circulaban y que no fueron aceptados ni considerados legítimos por las iglesias. El consenso del canon recibido reflejaba el juicio común de las iglesias griegas, latinas, coptas y siríacas.

En nuestro siglo XX, el esfuerzo de tantos eruditos está llevándonos a un texto mejor, trasladándonos en claridad a un hebreo anterior al de los masoretas, a un latín anterior al de la Vulgata, a un siríaco anterior a la versión Peshitta y a un idioma de la Koiné griega anterior a las correcciones de los copistas clásicos».

Las grandes Biblias políglotas, la «Complutense» de Alcalá. La «Real» de Amberes, la de París y la de Walton, de Londres, revelaron cuán grande era el acuerdo de los textos transmitidos en diferentes idiomas, por diferentes conductos, a lo largo de un período de más de mil años. A

pesar de ello, la investigación moderna continúa añadiendo testimonios a la unidad esencial del mensaje de la Biblia transmitido tan perfectamente; pero en medio de hechos que indican la posibilidad de algunos cambios del texto que puedan haber ocurrido antes del tiempo de Constantino, cuando el cristianismo fue aceptado por el Imperio. El mismo Orígenes de Alejandría (182-251 A.D.) escribía: «Está claro que hay una gran diferencia en las copias por la pereza de los escribas o por la audacia de algunos que se han atrevido a introducir alguna corrupción como corrección, incluso de otros que han quitado alguna palabra por alguna razón personal». Todo este trabajo es el que tienen delante los estudiosos eruditos del texto, para, en su labor de crítica, darnos las palabras más exactas posibles en las versiones y traducciones de la Biblia que se renuevan de época en época.

La Biblia, faro de la Humanidad para todas las épocas, hizo escribir a D. F. Sarmiento: «Como si Dios hubiese querido mostrar a los hombres la importancia de la palabra escrita, el libro más antiguo del mundo, el primer libro que escribieron los hombres, el libro por excelencia, la Biblia ha llegado a nuestras manos al través de cerca de cuatro mil años. Cuando el renacimiento de las ciencias después de siglos de barbarie, ensanchó la esfera de acción de la inteligencia sobre el globo, la publicación de la Biblia fue el primer ensayo de la imprenta; la lectura de la Biblia echó los cimientos de la educación popular, que ha cambiado la faz de las naciones que la poseen».

Capítulo VII

TRADUCIENDO LA BIBLIA¹⁹⁵

Con respecto a la Biblia que tenemos hoy en nuestra propia lengua conviene recordar que las lenguas, idiomas y dialectos del mundo, especialmente del mundo del Imperio Romano, han cambiado durante los últimos dos mil años, o sea, desde que, según vimos, se cerró el canon de la Sagrada Escritura con los libros de autoridad reseñados anteriormente.

Consecuentemente, de tiempo en tiempo, los oráculos de Dios han sido traducidos por estudiosos, reverentes y devotos, a los lenguajes de su época; se sigue que los primeros traductores tuvieron la ventaja de llevar a cabo su trabajo a partir de documentos primitivos, muchos de los cuales se han perdido, en tanto que los traductores modernos tienen en su favor el mayor número de documentos recientemente descubiertos, que, al parecer, no estuvieron al alcance de algunos de los traductores primeros.

Sabemos que muchos siglos antes de la invención de la imprenta, la Biblia nos había sido conservada por medio de copias escritas a mano, o sea, manuscritos; la historia de los manuscritos y de las versiones constituye en sí la historia del texto bíblico, y las citas patrísticas constituyen un buen punto de referencia para los eruditos.

¹⁹⁵“Traduciendo la Biblia” es el capítulo 7 del libro “¿Qué es la Biblia?”, de José Flórez. Ed. Alturas. Págs. 95-108.

Digamos de antemano que al examinar un manuscrito hay que tener en cuenta si iba destinado a la lectura en la sinagoga o al servicio privado, pues los primeros fueron con más probabilidad copiados con exactitud; los particulares contenían, por lo general, sólo parte del Antiguo Testamento. Muchos manuscritos contienen la fecha, aunque esto puede dar lugar a engaños y a superchería; incluso un manuscrito copiado de otro más antiguo lleva la fecha del primero. Por eso no hemos de extrañarnos de que incluso grandes autoridades difieran al calcular la fecha de estos documentos. Resulta difícil, por tanto, el determinar la edad de los manuscritos hebreos, ya que los eruditos no tienen, como en los griegos o latinos, diferentes períodos por las diferentes formas de letras, formas de columnas, iniciales, etc.

Los judíos han considerado que los manuscritos de España son los mejores, pero dos eruditos, Kennicott, inglés, y De Rossi, italiano, afirman que prefieren los alemanes. Finalmente, los manuscritos pueden distinguirse porque contengan un texto oriental o un texto occidental, el primero derivado de la escuela de Babilonia y el segundo de la de Palestina, pues cada una de estas dos escuelas tenían su propio Talmud, cada uno con un sistema diferente de vocalización y cierto número de variaciones textuales, que desde luego no afectan al sentido mismo del texto. Probablemente el manuscrito más antiguo que se posee de la Biblia hebrea es el que fue adquirido por el Museo Británico a finales del siglo pasado (XIX). No lleva fecha, pero su escritura es de un tipo anterior al de las copias más antiguas que se poseen de fecha precisada, y, consecuentemente, se calcula que fue escrito por el siglo IX. Contiene el Pentateuco escrito en forma de libro (no de rollo), y presenta la Massora mayor y menor en los márgenes. El manuscrito más antiguo, que contiene una declaración exacta de su fecha, de confianza, es el de Leningrado; fue escrito en el año 916, y comprende los Profetas Menores, escrito en pergamino a dos columnas, con la Massora intercalada abajo y en el margen exterior. Los acentos y los signos vocálicos aparecen escritos sobre las letras en vez de debajo, según el sistema en uso en Babilonia.

Aunque estos dos manuscritos se consideran como los más antiguos, existen muchos otros que parecen ser más antiguos, especialmente en Rusia, y están fechados entre los años 489 y 789; pero, por desgracia, estas fechas no son de garantía, porque se ha comprobado que muchos de ellos son obra fraudulenta de un judío llamado Firkowitzsch. En Cambridge existe un manuscrito en la biblioteca de la Universidad, que lleva la fecha del 856, pero no todos los eruditos la aceptan. Entre los otros manuscritos quizá el más notable sea el Códex Ben-Asher, ahora en Aleppo, que se supone fue escrito en el siglo X; el Códex Laudianus, en Oxford, contiene todo el Antiguo Testamento, y se afirma es del siglo X.

Existen unos tres mil manuscritos del texto hebreo repartidos por muchas bibliotecas europeas y de América del Norte, pero no se poseen los originales. No obstante, como bien dice J. Patterson Smith, «los que existen, aunque no muy antiguos, son de gran autoridad, teniendo en cuenta la reverencia de los escribas en cuanto a la conservación del texto... Hay tan pocos cambios en el Antiguo Testamento revisado en comparación con el Nuevo... Pues desde luego la razón principal para emprender la revisión del texto hebreo se debe al aumento del conocimiento de la lengua hebrea y a la crítica textual».

La cuestión de la fidelidad que los masoretas hayan podido reflejar en la transmisión del texto hebreo queda para la crítica textual, pero no pudiendo ir más allá del año 100 de nuestra era con los manuscritos hebreos, tenemos que contentarnos con ese texto que se nos ha legado sin cambio de importancia, según Kenyon. Hace unos años se encontró un pequeño fragmento del Antiguo Testamento que contenía parte del capítulo VI del Deuteronomio, e incluía los Diez Mandamientos. Se le conoce por «**Papiro Nash**» y es muy antiguo. A juzgar por el tipo de escritura, los eruditos han calculado que es de una época anterior a Cristo, y W. F. Albright, en «Journal of Biblical Literature» (1937) y otras revistas, lo coloca entre los años 150 a 100 a. de C. Es natural que si tuviésemos los manuscritos originales tendríamos la autoridad de las plumas inspiradas, pero creemos que en este asunto también se nos pide fe. Los manuscritos del

Antiguo Testamento que poseemos se han considerado de fecha más reciente que los del Nuevo Testamento hasta agosto de 1947, cuando se hizo un descubrimiento de gran importancia para la crítica del texto hebreo: rollos jerosolimitanos de Isaías y del Comentario de Habacuc, así como fragmentos del Génesis, Levítico, Deuteronomio, Jueces, Daniel, procedentes del desierto de Judá. Se les conoce por «Manuscritos del Mar Muerto» y fueron hallados por beduinos, e identificados por E. L. Susenik y John Trever, en Palestina.

El doctor Trever observó que la escritura de estos manuscritos era similar a la del Papiro Nash, y que por lo mismo se trataba de documentos tan antiguos como el diminuto fragmento del Deuteronomio; en consecuencia, unos mil años más antiguos que los otros manuscritos que se poseen de Isaías. Mucho se ha escrito acerca de este notable descubrimiento en revistas y periódicos cristianos y no cristianos, y muchos entendidos han hecho estudios y trabajos al objeto. El profesor de Arqueología del Wheaton College, Joseph P. Free, dice que unos beduinos, buscando una cabra perdida, dieron con una cueva, dentro de la cual encontraron muchos rollos de pergamino en jarras cubiertas por una especie de pez, y uno de ellos resultó ser el libro de Isaías. Los beduinos llevaron los documentos a Belén y más tarde a Jerusalén. Se hizo un examen de la cueva y se vio que contenía cuarenta jarras de la época anterior a Cristo. Todos los eruditos, incluyendo al jefe de Antigüedades del reino de Jordania actual, parecen estar de acuerdo en la antigüedad. Albright ha dado la fecha del año 100 antes de Cristo para el rollo de Isaías.

Por su parte, John C. Trever, profesor de la Escuela antes citada y primera persona que estuvo en contacto con el descubrimiento de los rollos, juntamente con el padre Butros Sownmy, del convento ortodoxo sirio de Jerusalén, ha escrito para las Sociedades Bíblicas Unidas, y entre otras cosas dice: «No es difícil entender por qué todos los amantes de la Biblia de todo el mundo han proclamado la noticia del descubrimiento de los rollos del Mar Muerto como «el descubrimiento de manuscritos más grande de los tiempos modernos...» Hasta ahora unos

diecisiete documentos bíblicos y no bíblicos han sido hallados en dicha cueva, a unas ocho millas del Sur de Jericó, y es probable que este número ascienda a más a medida que sean identificados los doscientos fragmentos que encontraron los excavadores. El número exacto de fragmentos, además de los tres rollos hasta ahora anunciados en la Universidad Hebrea de Jerusalén, no se ha dado a conocer aún... El rollo completo de Isaías se encuentra en posesión del arzobispo sirio Atanasio Y. Samuel, y es el mejor conservado... En importancia, le sigue el «Documento Sectario» o «Libro de Disciplina», con sus once columnas de texto claro en cinco pieles... El tercer rollo, «Comentario del Libro de Habacuc», se encuentra en manos del arzobispo sirio, que los compró a los beduinos; pero todavía queda en su poder un cuartó rollo no abierto, si bien logré separar un fragmento considerable, y podemos identificarlo como el libro perdido del Lamech. Además de estos cuatro extensos documentos, el arzobispo posee varios fragmentos, entre los que he encontrado tres importantes de Daniel, siete de los Salmos...»

Resumiendo, por lo menos en lo que se refiere al rollo de Isaías, podemos estar seguros de que no sólo es el manuscrito hebreo de la Biblia más antiguo, sino también el manuscrito bíblico más antiguo en cualquier idioma, y, por otra parte, juntamente con la Septuaginta, traducción griega más antigua del texto hebreo, constituye un instrumento importantísimo para la recuperación del texto primitivo.

Hemos mencionado la Septuaginta, y ésta entra en la designación de versiones antiguas hebreas del texto hebreo que conviene conocer.

Desde luego, la versión del Viejo Testamento que posee una historia más larga es la hecha por los samaritanos, si bien, estrictamente hablando, no podemos llamar versión o traducción al Pentateuco samaritano, toda vez que está escrito en la lengua hebrea, aunque en caracteres diferentes a los que aparecen en los manuscritos que poseemos; pero ya hemos dicho antes que la escritura cuadrada que aparece en los textos masoréticos tiene su origen en la reforma de Esdras tras la cautividad. Ningún manuscrito de la Biblia samaritana (que sólo contiene el

Pentateuco) es más antiguo del siglo X; todos los que se conocen actualmente están escritos en pergamino o en papel en forma de libro, exceptuando los tres rollos de Nablus, sin puntuación vocálica ni acentos, que se conservan con gran reserva y es difícil examinarlos.

En realidad, las versiones o traducciones del Antiguo Testamento que son antiguas e inmediatas, esto es, hechas del original (la traducción de una traducción ya existente se llama secundaria), son cuatro: la Septuaginta, en griego; los Targums, en caldeo; la Peschita, en siríaco, y la Vulgata, en latín. Cada una de estas versiones representa la tradición de una región particular: Septuaginta, judíos de Alejandría; Targums, judíos de Jerusalén y Babilonia; Peschita, cristianos de la iglesia occidental; Vulgata, cristianos del Norte de Africa.

Un Targum es la paráfrasis escrita del texto hebreo para los que hablaban arameo, y de estos Targums, el que nos ha llegado en mejores condiciones es el babilónico, del Pentateuco, atribuido a Onkelos, a veces identificado con Aquila, autor de una traducción muy literal al griego. La fecha del documento es incierta. Otro Targum, de los Profetas, atribuido a Jonathan ben Uzziel, fue escrito por el siglo IV y es algo más libre que el de Onkelos. Un tercer Targum palestinese, el de la Ley, se le atribuye también a este mismo Jonathan, pero no fue escrito probablemente hasta el siglo VII, según Kenyon.

Los eruditos, generalmente, como hace Green, dan mayor importancia a las versiones antiguas cristianas, derivadas directamente del hebreo, y en primer término presenta la versión de los setenta o Septuaginta, porque en realidad es la más importante de todas, tanto textual como históricamente, constituyendo el medio más electivo de comparar el texto masorético. Fue, por otra parte, la Biblia de la cristiandad europea.

Las relaciones entre israelitas y egipcios fueron muy antiguas, pues ya en el siglo V se encuentran noticias documentales (papiros arameos de Elefantina) de la colonia judía establecida en aquella isla del Nilo. En Jeremías 43 se hace referencia a los que huyeron a Egipto; pero fue en tiempos de Alejandro Magno cuando, fundada Alejandría, se otorgaron

privilegios a los judíos.

Las conquistas de Alejandro Magno hicieron que la lengua griega se convirtiera en el idioma oficial y comercial del Imperio helénico y, durante bastante tiempo, también del Imperio romano. Los judíos que residían fuera de Palestina, obligados por las deportaciones, tan frecuentes en los tiempos antiguos, o bien por necesidades comerciales, tenían que aprender necesariamente la lengua griega. Muchos de ellos, al fijar su residencia definitiva en países extranjeros, iban olvidando la lengua hebrea, sustituyéndola principalmente por la lengua griega. Bastaba una generación o dos transcurridas en ambiente helénico para acostumbrarse al uso de la lengua griega. Al principio de la era cristiana vivían en Egipto un millón de judíos. En Alejandría, centro principal, gozaban de privilegios especiales: habitaban en un distrito separado de la ciudad, y tenían un etnarca propio, que ejercía la autoridad judicial en los litigios entre los mismos judíos. La lengua hebrea se fue perdiendo entre estos judíos helenizados. Y ante el dilema de renunciar al uso de las Sagradas Escrituras o de hacerlas accesibles, traduciéndolas al griego, optan por esta segunda alternativa. De este modo surge la versión alejandrina o de los Setenta.

Varios relatos han aportado distintos autores sobre la formación de aquella famosa traducción; pero parece cierto que bajo Ptolomeo Filadelfo (285-246 a. de C.) se tradujo el Pentateuco, y luego el resto, pudiéndose afirmar que en el siglo II anterior a nuestra era, estaba traducido a dicha lengua todo el Antiguo Testamento. Esta versión fue hecha del texto hebreo contemporáneo, muy anterior, por tanto, al que hoy poseemos, masorético (excepción hecha de los mencionados hallazgos del Mar Muerto, que estudian los entendidos).

La Septuaginta contiene en sus últimos tiempos no solamente todos los libros del Antiguo Testamento canónico, sino también los libros llamados Apócrifos, que nunca existieron en el tiempo hebreo. San Jerónimo, como dijimos en el capítulo anterior, los rechazó de su Biblia latina, porque no estaban en el texto original; pero más adelante se incorporaron a la Vulgata. Todos los libros del Nuevo Testamento, según vimos, fueron escritos en griego, con la posible

excepción de Mateo, y la mayoría de las citas que allí se hacen del Viejo Pacto se toman de la Septuaginta, no del original hebreo, pues esta traducción se convirtió en la Biblia de los judíos de habla griega, y circuló por Palestina, Asia y Egipto.

El origen del nombre de esta traducción hay que encontrarlo en un documento antiguo, la carta de Aristeas (por el año 100 a. de C.), que dice ser escrita siglo y medio antes de esa fecha. En ella este Aristeas, oficial de la corte del rey Ptolomeo Filadelfo de Egipto (285-246), da cuenta a su hermano Filócrates de cómo el bibliotecario de la corte, Demetrio de Falerum, interesó al rey para conseguir la Ley judía y de cómo se envió una delegación al Sumo Sacerdote de Jerusalén, Eleazar, que mandó a Alejandría como introductores a seis ancianos de cada una de las doce tribus. En una residencia de la isla de Faros completaron en setenta y dos días la traducción del Pentateuco al griego.

Por el largo período que abarca la Septuaginta, los manuscritos que poseemos, que son muchos, pueden dividirse en papiros y pergaminos, unciales y cursivos. De los primeros, según la lista del reverendo P. L. Hedley, hay 174. Se encuentran en el Museo Británico de Londres, en Berlín, en Washington (Freer Greek MS.]. En la John Rylands Library, de Manchester, se hallan los famosos papiros Chester Beatty, que constituyen el descubrimiento más notable de este coleccionista americano, después del Códex Sinaítico, por Tischendorff, hecho en 1930. A juzgar por la apreciación de sir Frederick Kenyon, los papiros Chester Beatty han contribuido más que nada al conocimiento tanto de la producción del libro como de la historia del texto de la Biblia griega con respecto al período antes oscuro que precedió a los grandes manuscritos en pergamino del siglo cuarto.

En cuanto a los manuscritos unciales en pergamino, tenemos el **Códex Sinaítico**, descubierto en el Monasterio de Santa Catalina, en el Monte Sinaí, por el erudito alemán antes mencionado, Constantino Tischendorff, en 1844. Se le distingue con la primera letra hebrea, *alef*, y representa una copia en pergamino de toda la Biblia griega (aunque buena parte del Antiguo Testamento se

ha perdido). Hasta 1933 se encontraba en la Biblioteca imperial de San Petersburgo, de donde pasó a las vitrinas del Museo Británico, comprado por aquel Gobierno. Fue escrito el documento en el siglo IV. En segundo lugar, existe el **Códex Alejandrino**, escrito en la primera parte del siglo V y que contiene toda la Biblia. Se conserva en el Museo Británico, igualmente. También el **Códex Vaticano**, que le sigue, contiene toda la Biblia, y aparte de los papiros, es el ejemplar más antiguo y mejor de la Septuaginta. El texto de las ediciones corrientes de esta versión se derivan principalmente de este manuscrito, conservado en el Vaticano. El **Códex Ephraemi**, palimpsesto escrito en el siglo V y ahora conservado en la Biblioteca Nacional de París.

Cuando la escritura primera de un pergamino es borrada por algún medio para volver a escribir encima, el documento recibe el nombre de *palimpsesto* (voz griega que da esa idea). Existen, además, otros manuscritos de la Septuaginta, de menor importancia, en otras bibliotecas, como las de Oxford, Milán, Viena, Leningrado, etc.

Los manuscritos cursivos de la Septuaginta son demasiado numerosos para que puedan describirse detalladamente, pues en la gran edición de Holmes y Parsons se presentan no menos de 280.

La segunda en importancia de las versiones inmediatas del texto hebreo es la siríaca, y debemos observar que así como la samaritana y la griega fueron hechas antes del cristianismo, las restantes lo fueron después de éste; efectivamente, fuera de las comunidades samaritanas y judías, no había deseo de conocer las Escrituras hebreas por parte de los otros pueblos hasta que la predicación del Evangelio demostraba que en ello había cumplimiento de las profecías en el Antiguo Testamento contenidas. Así, por el siglo I o II aparece la **Versión Peshitta** (según pronunciación nestoriana, o «Peshitto», pronunciación jacobina; en ambos casos significa sencilla, común, vulgata o *koiné*] y sus autores fueron varios, conservando un texto bastante semejante al masorético, Se conoce un número considerable de copias; la mayoría de ellas forman parte de una espléndida colección de manuscritos sirios que fueron obtenidos por el

Museo Británico del Monasterio de Santa María Deipara (Egipto) en 1842. Entre ellos hay un manuscrito fechado en el año 464, que tiene el honor de ser el ejemplar más antiguo de la Biblia en cualquier idioma, exceptuando, por supuesto, los documentos del Mar Muerto. Dos padres sirios, Ephraem y Aprates, hacen muchas citas de esta versión en sus escritos. La Peshitta no presenta los libros apócrifos, lo que muestra que fue hecha, naturalmente, del texto hebreo.

La importante versión ***Vulgata Latina***, hecha por San Jerónimo por los años 383 y 420 de nuestra era viene a continuación. Sabemos que la Iglesia cristiana hablaba más el griego que el latín, y que incluso en Roma las cartas de Pablo eran leídas en griego, pero las clases humildes, especialmente del África Preconsular. Numidia, Hispania y las Galias necesitaban, tan pronto como penetró el cristianismo, una traducción de la Sagrada Escritura a su lengua, que era el latín.

Parece ser que el nombre de Vulgata puede encerrar la idea de que la Palabra de Dios «va a llegar al pueblo»; pero, en cualquiera de los casos, habiendo tanto analfabetismo en aquellos días, el pueblo recibiría con dificultad de una manera directa la Palabra; no es menos cierto, sin embargo, que la Biblia se «presentó» al pueblo mediante esculturas, catedrales, pinturas, celosías, escenas dramáticas o autos sacramentales, etcétera. No fue en Europa, sino en el Norte de África, donde se produjo la primera traducción latina, aunque varios textos latinos aparecieron en otras regiones, dando lugar a las variedades romana o italiana, gálica e hispana; alguien dice que no se trata de una sola traducción con varias recensiones. En todo caso, la «*Vetus latina*» es notable no porque represente el texto hebreo, sino porque representa un texto griego pre-hexaplar, al menos del siglo II, del Antiguo Testamento y de los textos originales del Nuevo. No existe un manuscrito entero del Antiguo Testamento, pero varios padres latinos lo citan. Y Tertuliano, por el año 200, parece conocerlo bien.

Debido a la multiplicidad, diversidad y variedad de versiones de la «*vetus latina*», pareció bien al Papa español Dámaso (fallecido en el 384) encargarse a un buen entendido y capaz erudito

bíblico, Sofronio Eusebio Jerónimo, nacido en el 346, la revisión de la Biblia latina con referencia al griego. Jerónimo comenzó por el Nuevo Testamento y pronto se dio cuenta de que en una traducción conviene siempre acudir a las fuentes. Por ello, en el Antiguo Testamento, en casos de divergencia, tomaba siempre el texto hebreo. Esta gran obra le ocupó desde el 390 hasta el 404 y los libros fueron publicándose a medida que se terminaba la traducción.

Se dice que fue la Vulgata la primera versión que presentó el texto dividido en capítulos, en una de sus ediciones, en 1250, atribuyéndose dicho trabajo al cardenal Hughes de Sainte-Chair; otros opinan que lo hizo Langton, arzobispo de Canterbury, en 1227. El texto hebreo fue igualmente dividido en capítulos por Mardoqueo Nathan, en 1445, y parece que fue otro judío, Athias, quien en 1661 hizo la división en versículos. La división en versículos del Nuevo Testamento es más moderna todavía. El eminente editor del texto griego, Robert Estienne, imitó a Nathan, y modificando la división del Nuevo Testamento, lo presentó con una división en versículos por vez primera en 1551.

La importancia de la Vulgata no puede equipararse a la Septuaginta, porque de ella tradujo Jerónimo; sin embargo, el texto hebreo accesible a este traductor era el mismo masorético que ha llegado hasta nosotros. Por ello, la versión de Jerónimo es de poca ayuda cuando se quiere recuperar el texto hebreo tal como existía siglos antes del cristianismo. Un erudito dice que Jerónimo llega en muchos casos a ser tan libre, que se convierte la traducción en paráfrasis, y en otros llega a ser tan literal, que es ininteligible; pero que, en general, su obra es de gran importancia y satisface a los padres de la iglesia romana.

Como podemos entender, estas versiones inmediatas son las más importantes, ya que las secundarias parten de la Septuaginta y son una traducción de una traducción. Entre ellas se encuentran (además de la «*vetus latina*») la Siríaca, Filoxénica o Hexaplaria, la Etiópica, la copta o Menfítica, la Saídica o Tebaidica, la Basmúrica (estas tres de Egipto, por regiones), la Árabe, la Armenia, la Georgiana, la Gótica (hecha por el obispo Ulfilas en el 350, y de ella dice el

historiador Gibbon: «Suprimió prudentemente los cuatro libros de los Reyes por no irritar el espíritu fiero de los bárbaros») y otras. Todas ellas fueron hechas antes del siglo VII y, naturalmente, contienen los mismos libros de la versión de los Setenta.

Las nuevas traducciones de la Biblia, por lo general, han sido mal recibidas. La versión Septuaginta del Antiguo Testamento requirió la famosa «carta de Aristeas» para que fuese aceptada públicamente, y mucho después de que apareciese se continuó diciendo que había sido una calamidad para Israel, lo mismo que cuando los Padres hicieron el becerro de oro. La Vulgata latina de San Jerónimo fue atacada ampliamente como revolucionaria, herética y subversiva de la fe cristiana, por haberse apartado (justificadamente) de los textos latinos antiguos inferiores.

Cuando llegamos al año 1455, la Biblia de Gutenberg se presenta en la historia como el más grande y valioso de cuantos libros hay, si bien no ha sido posible hasta ahora aclarar algunos hechos referentes a la misma, después de numerosos trabajos y estudios.

Un ejemplar encuadernado e iluminado por Enrique Gremer de aquella Biblia, también conocida por el nombre del Cardenal Mazarino, abrió enormes posibilidades a la divulgación de los libros, principalmente de la Biblia, si bien se tardaron muchos años hasta que fuese reconocida la necesidad de traducir al mundo, en todas las lenguas posibles, la Palabra de Dios.

Cien años antes de la Reforma, la Iglesia promulgó la siguiente ley en Inglaterra: «Puesto que es peligroso, como testifica San Jerónimo, traducir el texto de la Sagrada Escritura de una lengua a otra, debido a que en tales traducciones no es fácil conservar el significado exacto en todos los detalles...; por tanto, decretamos y ordenamos que nadie reimprima ni traduzca por su propia autoridad texto alguno de la Sagrada Escritura en la lengua inglesa ni en ninguna otra lengua, en forma de libro, folleto o tratado».

Pero los reformadores, y las iglesias evangélicas hasta la fecha, han insistido en que el mensaje

de la Biblia es para ser comunicado a cada persona en su propia lengua. Por tanto, han querido traducir la Biblia con el fin de poner las Buenas Nuevas al alcance de todo hombre, aun con los problemas y riesgos que la traducción y revisión implica en cuanto a la conservación de su significado original.

Además de esto, conscientes de que el libro de nuestra fe tiene que conservarse sin alteración, los hombres de estudio en las iglesias cristianas se han dedicado al cuidadoso estudio de las lenguas originales y a la recopilación de los centenares de manuscritos que dan testimonio a la forma original de las Escrituras. También se han lanzado al estudio de las culturas de los tiempos bíblicos, para saber mejor cuáles eran las situaciones en que los autores sagrados fueron impulsados a escribir, y cómo relacionaron su mensaje con los problemas específicos de sus tiempos. De estos estudios está resultando un mejor entendimiento y una apreciación más profunda de la Biblia como el libro de autoridad para toda la Iglesia cristiana.

Gracias a las Sociedades Bíblicas Unidas, la Biblia ha sido hoy traducida a más de 1.280 idiomas o dialectos, lo que supone un gigantesco esfuerzo de erudición y de preparación de materiales y de hombres, distribuidos en Comités por toda la tierra.

El traductor tiene que tener mente alerta para no perder nada de la vida y cultura del pueblo al que va a servir, y tiene que identificarse con los distintos tipos de personas, cristianas o no. Hay que confesar, sin embargo, que muchas traducciones se han llevado a cabo sin tener una preparación profunda, y esos misioneros han traducido con bendición, en su calidad de pioneros, a la espera de otros que vendrían detrás a perfeccionar su obra. Esto explica las continuas revisiones de traducciones de la Biblia, pero no justifica una proliferación de traducciones por personas aisladas, sin haberse antes formado un equipo de hombres preparados.

Hay que reconocer dos tipos de pueblos a quienes el misionero o traductor va a servir: los que tienen cultura y los que no la tienen, siendo mayoría las traducciones hechas para pueblos sin

cultura, en muchos casos con una lengua puesta por escrito recientemente.

El Evangelio de la verdad se presenta a veces en medio de una mentalidad pagana de miedo, ignorancia, fanatismo, superstición, etc. En las naciones con cultura, el traductor tiene que situar la Biblia junto a la masa de escrituras u otras traducciones que el pueblo ha venido reverenciando durante mucho tiempo. El Hinduismo estableció modos de pensamiento y vocabularios religiosos en la vida del pueblo, y lo mismo hizo el Islam; por tanto, los traductores tienen que comparar términos que a veces no tienen sentido en la Biblia.

Guillermo Carey tradujo la Biblia al lenguaje sagrado de los Vedas, el Sánscrito, y Morrison al lenguaje chino, y tantos otros vinieron tras ellos, movidos por el mismo espíritu, para formar legión de especialistas en los muchos centenares de lenguas del mundo.

En el caso de una lengua sin pensamiento sistematizado, donde el pueblo es animista y adora palos, árboles y ríos, y todas las manifestaciones se definen vagamente, constituyendo una especie de Dios que provoca el miedo, el deseo y el apetito, etc., el traductor se encontrará en una mayor dificultad si trata de diferenciar los títulos o nombres del Señor, como Yahvé, Adonai, Elohim, El Shadai, etc. En otros lugares no se conocen las palabras para pecado, arrepentimiento, justicia, pureza, amor, y no se tiene idea del cielo, infierno, juicio, ni nada sobre «vida eterna», etc., que son términos cristianos, y en tantos casos, no existiendo el equivalente para Dios, ¿qué sentido podrá tener la Encarnación?

Aparte de ello, tomemos palabras y frases de sentido geográfico y físico que no comprenden quienes no han visto la cosa. ¿Cómo se van a traducir las higueras para los esquimales, que nunca las han visto, o la nieve para los negros de la Costa de Oro? ¿Cómo se va a hablar de salterio o de arpa a los negros de Liberia, cuya única música es el tambor del brujo? ¿Cómo se va a hablar de la tierra o del mapamundi a aquellos que no han visto más que su pequeño trozo de horizonte? ¿Cómo se va a traducir la frase «el cordero de Dios» a personas que nunca han visto un cordero? Muchos animales salvajes de la Biblia, como los zorros y los lobos, no se

encuentran en ciertas partes del mundo, así que es difícil traducir «lobos con piel de cordero», como dijera Cristo. En los Andes hay que comparar las llamas con los camellos de Palestina.

La viña es uno de los árboles más importantes de la Biblia, pero es difícil de explicarlo a personas que no han visto nunca una viña y no saben el gusto que tiene el vino.

Más complejas son las dificultades para encontrar los términos del espíritu y de Santo Espíritu, porque muchos pueblos primitivos saben que los espíritus viven en los árboles, en la cima de los montes, son el humo insustancial que sale de las chimeneas de las chozas, y son la sombra de los muertos. No sólo los hombres, sino también los animales, tienen sus propios espíritus, como el buey, el león, el cerdo y la cabra.

Otras palabras cristianas características, como amor, gracia y redención, han sido tema de profunda investigación bíblica. Andrew Hensey, que hizo la versión Mongo-Naundu para el pueblo bantú del Congo en África Central, estuvo buscando durante meses una palabra equivalente a «amor». Por fin encontró a una mujer que decía a su hijita en voz baja «*Ok'eefe*», y cuando le preguntó por el significado, la mujer tardó en contestar, y luego confesó: «Hombre blanco, *ok'eefe* quiere decir que yo cuido tanto a mi niñita, que cuando pienso que le va a pasar algo malo, me duele». Así, aquella palabra *ok'eefe* vino a ser sinónima del amor por su sentido de «preocuparse tanto que duele».

En cierta parte de la India se aceptaba que el Dios de los cristianos era de color azul claro, cosa natural para los nativos porque uno de sus dioses, Krisna, era de azul oscuro. No había manera de persuadirles de su error, y entonces, haciendo uso de una antigua versión del Padrenuestro donde se dice, en vez de «nuestro Padre que estás en los cielos», nuestro Padre celestial, se dio el nombre de Padre del cielo, porque éste tiene el color azul claro.

En la versión Chinatec, de Méjico Central, la interpretación literal de la palabra «gracia» es «anchura de corazón», y en el dialecto Barrow, de los esquimales, se traduce por «ayuda

inmediata misericordiosa». La palabra «pecado» en el idioma Kipsigis se tuvo que traducir por «*chalvokta*», que describe el hecho de «echar sangre por la garganta», ya que en los ritos de sacrificios se cortaba al animal el cuello de forma que echara sangre por la garganta, implicando la muerte de la víctima.

El escupir, por ejemplo, es mala costumbre entre los occidentales, pero lo encontramos como base idiomática en la traducción de versiones africanas. En Zande, la palabra usada para «perdón» significa literalmente «tapar con saliva», y el Shilluk, cuando dos hombres se reconcilian ante el Juez, la costumbre exige que escupan en el suelo, delante de cada uno de ellos. Esta es la palabra cristiana para reconciliación.

En algunas regiones del Sudán la forma en que se comunican la bendición es escupiendo en la cabeza, mientras que los de la tribu Moro bendicen a sus amados escupiéndoles en la cara, lo que resulta harto difícil para el traductor cuando tiene que traducir la Pasión de Jesús y aquel incidente de la saliva que era humillante.

En muchísimas lenguas, tan separadas como la Yipounou del África Occidental y la Kekchi de Guatemala, la «duda» se representa como teniendo «dos corazones». Con tanta frecuencia nosotros consideramos la duda como cierta extraña e indefinida incertidumbre, como oscuridad de pensamientos en conflicto, y así, en cierto modo, nos asemejamos a los indios Chol del Sur de Méjico, que hablan de la duda como «torbellino de palabras en el corazón», porque las dudas parecen presionar por todas partes sin ver camino fácil de certidumbre; pero si estudiamos nuestras dudas descubriremos que son como «dos corazones», uno que dice sí y otro que dice no.

Cuando los evangelistas de las tribus Bambara, en el África Occidental, hablan a sus gentes de «redención», lo que ellos dicen es «Dios sacó nuestras cabezas». Tales palabras, tan extrañas para nosotros, refrescan en la memoria de aquellas gentes el comercio de esclavos, cuando los árabes irrumpían en aquella parte de África, capturaban a veces pueblos enteros y hacían

mercancía de ellos. Cada esclavo llevaba un collar de hierro en el cuello y una cadena que le amarraba a su compañero, siendo llevados cautivos en largas filas, para venderlos a los traficantes portugueses, que los llevaban a los mercados de esclavos.

Si a su paso por algún poblado, el jefe del mismo o el rey quería redimir a algún amigo o conocido, pagaba a los árabes oro, marfil o cualquier otra cosa, y entonces, literalmente, para librar al hombre había que sacarle la cabeza del collar de hierro; de esta manera los predicadores Bambara declaran al pueblo: «Todos nosotros hemos sido esclavos del pecado y de nuestros malos deseos, llevados por el látigo de Satanás, pero Jesucristo sacó nuestras cabezas, y así como en tiempos antiguos el que era libertado de la esclavitud sentía privilegio por servir al que le redimía, así nosotros, al ser redimidos por Cristo, le reconocemos como Maestro y Señor para siempre».

Muchas veces hay que transferir caracteres extraños a caracteres latinos, y con frecuencia los misioneros han tenido que inventar nuevos caracteres de escritura para gentes que no tenían ningún alfabeto. James Evans, por ejemplo, ideó el silabario Cree en 1841, y S. Pollard la escritura que lleva su nombre, empleada por las lenguas Miao y otras del Sur de China.

Ciertamente las dificultades que presentan para la imprenta las ortografías con caracteres no romanos han contribuido a la negativa de emplearlas para los nuevos lenguajes, y el erudito Norman Brown describe la reforma de caracteres que ha venido teniendo lugar en la India, en Pakistán y en Ceylán, por los requerimientos de la imprenta moderna. Donde los caracteres romanos se han introducido, como en las tribus de Garo Khasis, Lushais, Kuki y Naga, las gentes han considerado la introducción o imposición de caracteres indios como una manifestación de imperialismo cultural que el mismo Gobierno de la India reconoce.

La influencia de una política gubernamental motiva el mantenimiento de ortografías no romanas a las cuales el misionero traductor tiene que someterse, como ocurre en Taiwan, Sudán y Etiopía. En Taiwan el Gobierno nacionalista chino se opone a los sistemas romanizados en parte

porque abogan por ellos los comunistas chinos; en el Sudán el Gobierno reconoce la conveniencia de que el trabajo lingüístico en las tribus se haga en caracteres árabes, y en Etiopía la política del Gobierno es de que toda la obra misionera se lleve a cabo de modo oral y que no haya literatura vernácula.

En los tiempos modernos, los sistemas de escritura para lenguas que antes no habían sido escritas de África, Asia, América y Oceanía, se han basado en alguna forma del alfabeto romano, como le llama la tradición, exceptuándose la Unión Soviética, donde el alfabeto ruso o cirílico se ha venido usando para muchas lenguas, particularmente de Asia.

Estas son unas pequeñas indicaciones de las enormes dificultades con que los traductores de la Biblia se enfrentan para poder llevar el mensaje de Dios a todos los hombres, sin distinción de raza, cultura, lengua, y dicho trabajo, notabilísimo y capital, es preocupación diaria de los servicios técnicos de las Sociedades Bíblicas Unidas, que operan en todos los países.

Capítulo IX

INTERPRETANDO LA BIBLIA¹⁹⁶

Cuando decimos que la Biblia llega a manos humanas corremos el riesgo de dar una falsa impresión: la idea de que el ser humano pueda tomar la Biblia, que es la Palabra de Dios, y manejarla y disponer de ella como si se tratara de cualquier cosa. La realidad es que no son los hombres los que tratan con la Biblia, sino Dios con ellos por medio de la Biblia, y de forma totalmente incomparable. Un muchacho congolés, después de haber escuchado la lectura de la Biblia en su propia lengua, pidió al misionero que se la prestara para llevarla a su pueblo, en la jungla, y leerla a sus familiares. Cuando el misionero le preguntó qué es lo que tanto le gustaba del libro, contestó: «Hace agujeros en mi corazón.» Esta historia nos recuerda las palabras de Cristo: «*Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños*». Esa es exactamente la forma en que la Palabra de Dios trata con el hombre o la mujer, atraviesa el corazón como un cuchillo, según leemos en la carta a los hebreos: «*La Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu...*» Los occidentales lo expresamos de una manera más erudita, y decimos que la Palabra de Dios se enfrenta con el

¹⁹⁶«*Inspiración y Revelación*» es el capítulo 18 del libro «*El Ocaso de los Incredulos*», de Roger E. Dickson. Ed. CLIE.

hombre existencialmente. Quizá sea una forma menos sofisticada de expresarlo, pero sería más realista que los conceptos incoloros del filósofo. El encuentro mutuo entre la Biblia y los seres humanos no es cosa especulativa, ni literaria, ni religiosa. No hay nada de ceremonia en ello, nada que impresione de manera particular, a primera vista. Es algo que vence al hombre de una manera abierta, hasta brutal si se quiere, y lo echa por tierra. Su corazón ha sido traspasado. Como dice el Antiguo Testamento, «hasta sus entrañas».

El mensaje de la Biblia, sin embargo, se perderá si la consideramos como mera epopeya nacional, aunque su lenguaje, su atractivo oriental, su cualidad y sus dinastías reales le conviertan en eso; también nos equivocaremos si consideramos la Biblia como simple espejo de la naturaleza humana, que ciertamente lo es, sin paralelo en la literatura del mundo. Ninguna obra del mundo describe un cuadro tan real de la condición humana ni penetra hasta lo más hondo de la vida como ella. El mensaje se habrá perdido asimismo si consideramos que la Biblia es sólo documentación de historia secular (aunque también lo sea), o como tratado de etnología, guía de moral, ética religiosa de majestuosidad trascendental, o rica colección de mitos desde la antigüedad hasta nuestros días. El hombre, como científico o filósofo, puede acercarse a la Biblia desde estos u otros aspectos, y haciéndolo demuestra la agudeza de su inteligencia; podrá llevar a cabo proezas admirables con su poder de penetración, de entendimiento y de sistematización, pero si piensa que haciendo esto se ha acercado un paso más a la Palabra de Dios o incluso ha comprendido su significado, lamentablemente está equivocado. La mente humana por sí sola no tiene acceso más que a lo humano y esencialmente material de la Biblia, pero sabemos que la Palabra de Dios no es material, ni es tema que pueda ser tratado de forma mundana; no se trata de algo pasivo, sino profundamente activo. «*¿No es mi palabra como fuego -dice Jehová- y como martillo que quebranta la piedra?*» (Jeremías 23:29). Y Amós dice (cap. 3:8): «*Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová, el Señor, ¿quién no profetizará?*» Esto significa que el hombre, en contra de la Palabra de Dios, no tiene ya poder de

decisión, pues como al escuchar el rugido del león nos llenamos de temor, así la fuerza de la razón y de la profecía se halla en la Palabra del Señor. Cualquiera que es buscado por la Palabra del Señor, no puede ya desobedecerle, porque la Palabra actúa en él. Isaías describe con gran realeza lo activa que es la Palabra de Dios: *«Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié»* (Is. 55:10-11]. Y si escuchamos a Jeremías (cap. 1:9,10), diciéndonos por qué es enviada la palabra, no hay lugar a dudas respecto al poder de acción de la Palabra: *«Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y pará derribar, para edificar y para plantar»*.

Todo esto lo hará a través de las palabras, las palabras vivientes del Dios viviente. Pero no puede existir duda de que cualquiera que use la filología, estética, psicología, historia, sociología, filosofía o teología para oponerse a la fuerza irresistible de la Palabra de Dios será echado a tierra y pisoteado; a esta Palabra no se le puede hacer frente con esas u otras armas humanas, porque por ser divina destruye en la mano del hombre cualquier arma o instrumento en que confíe, dejándole indefenso y sin ayuda; le convierte en un intelectual y mendigo espiritual. Hasta que no haya sido derribado y humillado no se puede comenzar la obra de renovación y restauración en el hombre. Todo aquel que quiera nacer de nuevo debe pasar antes por la muerte.

La persona preparada (y esto no significa una persona de gran cultura, sino una persona que se ha entregado totalmente y se halla tan desnuda e incapaz como un recién nacido) vendrá a Dios con sus preocupaciones y le pedirá su consejo y ayuda como suplicante desvalido y desconcertado. Mientras guarde aunque sea un vestigio de confianza en su propia inteligencia,

a su oración le faltará la sinceridad de la auténtica necesidad. Quedarán en él todavía trazas de lo que Goethe interpretó: que «*Veni creator spiritus*» representaba en realidad una invocación al genio, es decir, exactamente lo que no es. No se eleva la súplica a un espíritu humano, ni siquiera al del más brillante filósofo o poeta, sino al Espíritu de Dios, que no es tan sólo espíritu, sino Espíritu Santo. Orar por el Espíritu Santo de Dios significa, en primer término, dejar por completo de confiar en el espíritu humano y en su poder, reconociendo que el Espíritu de Dios, activo en su Palabra, es superior a la persona que ora. Orar en el Espíritu de Dios significa estar ya sujeto al Espíritu de Dios.

El lenguaje usado en la Biblia es el lenguaje de un mundo caído. Incluso aquellas ideas que pensamos que son completamente bíblicas en su origen, tales como: pecado, justicia, salvador, salvación, resurrección, Cristo, eternidad, gracia, profeta, Satanás, nuevo nacimiento, no han sido inventadas por la Biblia, sino que tienen su origen en el mundo de la historia humana. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, la Biblia no inventa un lenguaje específicamente eclesiástico o teológico, pues el que usa es exteriormente el mismo que el que usan los hombres y el mundo de pecado, aunque a veces haya que trasladarlo según los cambios culturales o raciales, según vimos en el capítulo siete. Sí, la Biblia habla el lenguaje de este mundo, pero lo que proclama no es de este mundo. Por ejemplo, el uso estereotipado de la palabra «creer» es «aceptar como verdad», pero cuando la Biblia habla de fe o creencia no sigue dándole el mismo significado; lo renueva con un sentido totalmente distinto. El significado vulgar tiende constantemente a desvalorizar el bíblico y a tergiversar también el significado de «fe» como la Biblia lo conoce, tal cual la fe de Abraham. De aquí la interminable cadena de confusión y mala interpretación a que está sometida la palabra de la Biblia en el día de hoy. Más que en otras cosas, es aquí donde hay que estar al tanto y donde mayor preparación se necesita para su defensa, porque el mundo sólo se ocupa de sus negocios, y el Príncipe de este mundo continúa siendo ahora, como siempre, el «diablo», el que pervierte la verdad. Las Sociedades Bíblicas,

como señalamos, se esfuerzan en «poner al día» al lenguaje de la Biblia, pero corresponde a la Iglesia, por medio de sus exégetas, el «ayudar» a interpretar la Biblia a los nuevos lectores.

El mensaje que desafía al lector desde los capítulos y versículos de la Biblia es de Buenas Nuevas, porque es un mensaje de sanidad, justificación, liberación y vocación; en suma, un mensaje de gozo. Sin embargo, el gozo que trae consigo comienza con temor y temblor porque se trata de un gozo nunca experimentado anteriormente, un gozo superior a todos los demás, tan superior como lo es Dios sobre todos los otros dioses falsos; de ahí que nuestro gozo traiga temor. Es fácil comprender que el hombre se sienta atemorizado ante la presencia del Ser Absoluto, del Dios omnipotente, pero no es ya el temor reverencial de un Dios amoroso que se produce porque nuestro Dios de amor es distinto y omnipotente. La noche de la Navidad el ángel, además de llevarles las Buenas Nuevas de gran gozo, dijo a los pastores: «No temáis», y Jesús tiene que decir a sus discípulos: «No temáis».

El lector de la Biblia se halla amenazado por las palabras: «Creo; pero, Señor, ayuda a mi incredulidad», especialmente si está tratando con la Biblia como un todo, incluyendo los más difíciles pasajes, aquellos que hicieron desesperar a otros antes que a él, tal como la epístola a los Hebreos, los Salmos de venganza, el Apocalipsis, o aquellos dichos de Jesús que son difíciles hasta el punto de parecer contradicción, lo que precisamente muestra que deben ser considerados como genuinos, ya que si hubieran sido añadidos después probablemente serían más fáciles de entender. En esta lucha con la Palabra, el lector de la Biblia no debe permanecer solo. No es suficiente leer más y más la Biblia; debe de tener quién le ayude a testificar que lo que está escrito es verdad y ha sucedido; y este testigo debe ayudar a los que andan extraviados a hallar el camino. Ya lo ha previsto Dios.

La Biblia fue escrita hace miles de años, y ahora estamos en la era atómica. La Biblia tiene sus orígenes en un mundo oriental y en una cultura extraña para nosotros, y fue escrita en dos idiomas que requieren estudios y dones especiales para su perfecta comprensión, según

explicamos en capítulos anteriores, de modo que ignorar esto sería un estúpido orgullo, y, por tanto, la palabra de la Biblia necesita exposición. Esto no significa una exposición fácil o romántica, sino una exposición sobria, manteniéndose cerca del texto original e interpretando las expresiones individuales en el contexto de un todo. La predicación es una parte esencial de la Biblia para el hombre que está sentado en el banco, y es igualmente esencial para la predicación que el miembro de la Iglesia esté familiarizado con la Biblia. Todo miembro de Iglesia debe tener una vara de medir con la cual pueda juzgar lo que dice el predicador, no en un espíritu de obstinación o tratando de imponer su propia dogmática. La crítica sólo puede ser fructífera si va precedida de la oración «¡*Veni creator spiritus!*», ya que sólo con el testigo previsto por Dios, el Espíritu Santo, y con la Biblia en su mano el miembro de Iglesia puede y debe poner a prueba y juzgar todo aquello dicho por los teólogos y en la Iglesia. El sacerdocio de todos los creyentes, indicado en la Biblia, y hoy renovado con la defensa del laicado, no puede olvidarse.

El cristiano llega a la mayoría de edad cuando tiene en sus manos una Biblia y no antes. Sabe entonces que ha sido acusado, convicto y condenado, pero a la vez sabe que esa sentencia de condenación no se llevará a cabo porque ha habido Otro que se ha cargado sobre Él el castigo de una vez y por siempre. Además, a pesar de las desesperaciones de su vida puede consolarse; puede ser un mortal y a la vez ser libre; y se puede gozar en medio del horror y del dolor de este mundo, con su Biblia en la mano.

Esta Biblia, sin embargo, debe ser conocida y estudiada, y, por ello, contando con el auxilio del Santo Espíritu de Dios, el estudiante-lector de la Biblia ha de echar mano de libros que le ilustren y capaciten, de sanos libros, de autores solventes y no de literatura vacía o superficial, que no satisface al alma porque el alma, sin el contacto con la Biblia, queda flaca y hambrienta.

Preocupados por la problemática de nuestros días, con un mundo moderno flaco de fe, pero al mismo tiempo pletórico de ciencia y de intelectualidad, se celebró en Oxford una Conferencia

para estudiar la interpretación de la Biblia en nuestros días, y muchos de los problemas fueron analizados en el Wadham College. Su informe lo exponemos a continuación.

«La autoridad del cristiano reside en someterse a la voluntad de Dios, y se ha llegado el acuerdo de que la Biblia ocupa el lugar único para hacernos saber su voluntad. Un caso de prueba para descubrir principios de interpretación es el pasaje del profeta Jeremías 7:1-15, que dice:

«Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: Ponte a la puerta de la casa de Jehová, y proclama allí esta palabra, y di: Oíd palabra de Jehová, todo Judá, los que entráis por las puertas para adorar a Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar. No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste. Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hicieréis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre. He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis. ¿Vendréis y os pondréis delante de Mí en esta casa sobre la cual es invocado Mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones? ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado Mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice Jehová. Andad ahora a mi lugar en Silo, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel. Ahora, pues, por cuanto vosotros habéis hecho todas estas obras, dice Jehová, y aunque os hablé desde temprano y sin cesar, no oísteis, y os llamé, y no respondisteis: haré también a esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, en la que vosotros confiáis, y a este lugar que di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo. Os echaré de mi presencia como eché a todos vuestros hermanos...»

Los siguientes datos los ofrecemos como consenso general:

1. Presuposiciones necesarias de interpretación bíblica.

- a) Estamos de acuerdo en que la Biblia es nuestro punto de partida común, porque en ella encontramos la Palabra de Dios, una Palabra que humilla a los que la oyen de forma que estén más dispuestos a escuchar y a cambiar opiniones que a tratar de imponer sus propias opiniones.
- b) Estamos de acuerdo en que el mensaje más importante de la Biblia es el que trata de la gracia de Dios y de su actividad redentora para salvar al hombre pecador, creando Jesucristo un pueblo para sí. En esta empresa central se ha dado al hombre un derecho autoritario y éste ha sido llamado a responder en fe y obediencia a través de toda su vida y trabajo. La ley del amor siempre nos ata y nos constriñe, y en ella hallamos la voluntad de Dios, de la cual no podemos escapar. Por otro lado, en las leyes más específicas dadas para organización detallada de la vida social de un pueblo que vivió en condiciones totalmente distintas de las nuestras, deberíamos buscar, en estudio reverente y serio, la luz de la revelación de Dios en Cristo, el lazo que nos une permanentemente, distinguiéndolo de lo que es puramente local y temporal en su significado.
- c) El punto de partida del intérprete cristiano es la comunidad de los redimidos, de la cual ha venido a ser miembro por su fe.
- d) El centro y la meta de toda la Biblia es Jesucristo, como todos sabemos, y tenemos una perspectiva suya en los dos Testamentos, viendo a Jesucristo como el cumplimiento y el final de la ley.
- e) Todos estamos de acuerdo en que la unidad del Antiguo y del Nuevo Testamento no reside en un desarrollo naturalístico ni en una identidad estética, sino en la continua actividad redentora de Dios a través de la historia de un pueblo que llega a su cumplimiento en la persona de Cristo. De

acuerdo con esto, es de decisiva importancia para el método hermenéutico interpretar el Antiguo Testamento a la luz de la revelación total en la persona de Jesucristo, la Palabra de Dios encarnada, de la cual surge la fe Trinitaria absoluta de la Iglesia.

f) Ya sabemos que las interpretaciones alegóricas no eran lo que los autores de la Biblia tenían en mente, y que son arbitrarias, pudiendo su uso llegar a ser un tropiezo para el propio reconocimiento de la autoridad bíblica. Sin embargo, la exégesis cristiana se justifica reconociendo como algo divinamente establecido la correspondencia entre algunos sucesos y enseñanzas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

g) Aceptamos que si bien pueden diferenciarnos la manera en que hagamos uso de la tradición, la razón y la ley natural en la interpretación de las Escrituras, cualquier enseñanza que contradiga claramente la posición bíblica no puede ser aceptada como cristiana.

2. Interpretación de un pasaje determinado.

a) Estamos de acuerdo en que se debe comenzar el estudio del pasaje con un examen histórico y crítico. Esto incluye:

1. La determinación del texto.
2. La forma literaria del pasaje.
3. La situación histórica, el «Sitz im Leben».
4. El sentido que tenían las palabras para el autor original, el que le oía o el lector.
5. La comprensión del pasaje visto a la luz de su contexto total y del medio ambiente en que se desarrolla.

b) Convenimos que, en el caso de un pasaje del Antiguo Testamento, debemos examinarlo e interpretarlo en relación con la revelación de Dios hecha a Israel, tanto antes como después de su propio tiempo, y así el intérprete debe volver al Nuevo Testamento para considerar el pasaje

desde esta perspectiva. Haciéndolo así, el pasaje del Antiguo Testamento puede recibir cierta limitación y corrección, al tiempo que puede revelar, a la luz del Nuevo Testamento, un nuevo y más profundo significado, desconocido para el escritor original.

c) En el caso de un pasaje del Nuevo Testamento, debe ser examinado a la luz de su colocación y contexto, volviendo luego al Antiguo Testamento para descubrir el fondo en la revelación anterior de Dios. Volviendo una vez más al Nuevo Testamento se puede ver e interpretar el pasaje a la luz de todo el Heilsgeschichte (o Historia de la Salvación). De esta forma comprenderemos mejor el pasaje del Nuevo Testamento, al profundizar en nuestra comprensión del Antiguo.

3. Descubrimiento de la enseñanza bíblica en cualquier incidente social o político.

a) Estamos de acuerdo en que se debe comenzar el estudio directo del texto bíblico en relación a un problema determinado; de lo contrario los principios generales que hayamos establecido reflejarán más las presuposiciones de nuestro propio tiempo que el mensaje de la Biblia. Sólo entonces podremos deducir sin temor las aplicaciones a nuestra propia situación.

b) Al examinar un problema de tipo actual debemos comenzar con las enseñanzas del Nuevo Testamento. A la luz de éste podemos considerar la evidencia del Antiguo Testamento también, de forma que veamos el problema en la revelación total de Dios. Siguiendo este sistema, no debemos olvidar las diferencias históricas de las distintas partes de la Escritura; de lo contrario, el reunir diferentes textos puede hacerse de una manera demasiado fácil para que la Biblia presente una evidencia unida sobre un tópico, cuando en realidad no existe. Además, hay que tener cuidado de usar las proporciones correctas de forma que no se enfatice en demasía un solo pasaje y se pierda por ello la perspectiva bíblica.

c) La enseñanza bíblica sobre incidentes sociales y políticos debe ser mirada a la luz de la

tensión entre la vida de los reinos de este mundo y la participación en el Reino de Dios. Si bien no ha habido tiempo de explorar en esta conferencia nuestra comprensión de la relación entre ética y escatología, estamos de acuerdo en que la enseñanza de las Escrituras sobre las dos edades tiene una relación importante con la forma en que deba ser interpretado un incidente social o político determinado.

4. Aplicación del mensaje bíblico al mundo actual.

a) Si hemos de ser guiados por el Espíritu Santo a través de las Escrituras, debemos descubrir hasta qué punto nuestra situación particular se asemeja a la que presenta la Biblia. Debemos recordar que nunca se puede encontrar una situación absolutamente idéntica, y, por tanto, se agrava el problema de adaptación. Sin embargo, en cada nueva situación debemos dejar que la Biblia nos guíe al conocimiento de la voluntad de Dios.

b) Ya sabemos que la Biblia habla principalmente a la Iglesia, pero también habla al mundo a través de la Iglesia en cuanto que todo él es reclamado por el Señor de la Iglesia. Esta puede hablar mejor al mundo cuando se convierta en una Iglesia renovada por la Palabra de Dios.

c) Al aplicar el mensaje bíblico a nuestros días, los intérpretes difieren por sus distintas tradiciones doctrinales y eclesiásticas, diferentes puntos de vista éticos, políticos y culturales, varias situaciones geográficas y sociológicas, así como distintos temperamentos y dones. Sin embargo, en el Movimiento Ecuménico hemos experimentado que cuando nos reunimos, con presuposiciones de las que apenas nos damos cuenta, y vamos a juzgar estas presuposiciones en las Escrituras, algunas de ellas desaparecen, evitando así un estorbo para poder escuchar el Evangelio, y de esta forma la Biblia misma nos conduce a la Palabra viviente de Dios» (Biblical Authority for Today, ed. Alan Richardson, SCM Press, 1951, págs. 240-243).

Si estas afirmaciones, un tanto académicas, pudiésemos traducirlas al lenguaje popular

español, podríamos ayudar efectivamente a que el interés actual por la Biblia en España se convirtiera en algo de calibre positivo para la intelectualidad de nuestro siglo.

España, que anduvo apartada de la Biblia por años, puede resurgir con su pujanza primera para bien de Europa, en la que irremisiblemente está injertada.

Corrientemente, se puede dividir el plan íntegro de la Biblia, para su estudio, en los siguientes seis temas principales:

1. El estudio sintético de los libros.
2. El estudio de las grandes doctrinas.
3. El estudio de la profecía.
4. El estudio del simbolismo o Tipología.
5. El estudio de los tópicos.
6. El estudio de la biografía.

Y algunos profesores añadirían la Historia del Antiguo Testamento como un estudio aparte.

Todos los métodos o temas deberían de ser igualmente importantes, porque cada uno de ellos trae a nuestra mente distintos aspectos de todo el contenido y todas las enseñanzas de la Palabra de Dios, si bien no es necesario tratar de agotar el estudio de un tema antes de comenzar con otro. Resulta mucho más fácil, desde distintos puntos de vista, variar de vez en cuando para que la lectura y estudio de la Biblia no sea monótono.

1. El estudio sintético de los libros.

Resulta mejor planear la selección de un grupo de libros del Antiguo Testamento para dominarlos por completo. Por ejemplo. Génesis, Éxodo, Josué, Jueces, algunos de los Salmos, y luego los Evangelios y una selección de las Epístolas más sencillas.

Un libro de la Biblia puede convertirse en una discusión completa de un solo tema y ver las diferentes partes a la luz del todo, pudiendo el estudiante consultar algunas obras características de referencia que sean de confianza, buenos comentarios, como «Ayudas para el estudio de la Biblia» o «Libro de Consulta Bíblico».

2 El estudio de la doctrina cristiana.

La doctrina cristiana cubre, en realidad, toda la Biblia. El Apóstol enfatiza de manera significativa en sus Epístolas pastorales la palabra «doctrina», y además la define «sana» si queremos entender bien el mensaje de la Biblia. La doctrina está en la Biblia y no hemos de buscar «nuestra» doctrina allí.

Los temas doctrinales también pueden estudiarse de modo sintético, y hay dos formas de abarcarlos: 1) como estudio sistemático y comprensivo de toda la doctrina, a la cual se llama frecuentemente teología, y 2) como algo adjunto al estudio de cada libro por separado, en especial en el caso de los libros del Nuevo Testamento. Ambos métodos tienen sus respectivas ventajas, pero no cabe duda de que el primero es el más necesario porque presenta un esquema de la doctrina como un todo y no en partes disociadas.

Haríamos bien en fijarnos en el significado de los términos usados frecuentemente en esta rama del estudio; por ejemplo, «dogma», «doctrina», «teología». «Dogma» es, propiamente hablando, «esa afirmación o formulación de la doctrina que ha sido eclesiásticamente reconocida, y que se encuentra en algún credo, confesión o artículos de fe». «Doctrina» es una palabra novotestamentaria, que representa dos palabras griegas distintas, a saber, «didaké» y «didaskalia». Ambos ocurren unas cincuenta veces en el Nuevo Testamento, y para propósitos generales cubren el mismo terreno, siendo su significado **enseñanza**, la palabra del **maestro** y aquello que **enseñaba**. La palabra doctrina puede, naturalmente, aplicarse a cualquier tipo de enseñanza,

buena o mala (cf. Ti. 2:10; 1 Ti. 4:6; Col. 2:22; He. 13:9), de modo que, a menos que la doctrina sea «bíblica», sea buena, el jactarse de haber estudiado la «doctrina cristiana» en su niñez no es válido. El estudiante no debe, naturalmente, cometer el error de pensar que la Escritura, tal y como la conocemos, es una «fórmula sistemática» de doctrina, por cuanto ésta se halla comprendida y distribuida a través de los distintos libros de la Biblia, como verdad revelada históricamente.

3. El estudio de la profecía lo insertamos en el siguiente capítulo.

4. Estudio del simbolismo o Tipología.

A pesar de las objeciones que mantienen muchos profesores modernistas respecto de este estudio del simbolismo, resulta tema interesante para aquellos que deseen comprender la verdadera aplicación espiritual del Antiguo Testamento, aunque no podemos afirmar con toda seguridad que una cosa sea simbólica a menos que así lo garantice la Escritura.

Para considerar cualquier cosa como simbólica, la Escritura garantiza tres fórmulas:

1) La **afirmación categórica**; por ejemplo, Adán, «el cual es figura del que había de venir» (Ro. 5:14). «La ley, teniendo la sombra de los bienes venideros» (He. 10:1). La tierra de Canaán era una figura (símbolo) de «una mejor, esto es, celestial» (He. 11:16). Las referencias del Tabernáculo de Moisés en Hebreos 9 (nótese, en especial, los versículos 8 y 11) nos dan la idea de que en esa institución, con su sacerdocio y sus ofrendas, existe una gran cantidad de enseñanzas simbólicas que merecen el más cuidadoso estudio.

2) La **permutación**, o cambio de los nombres entre el tipo y el antitipo, e. g. A Cristo se le llama «el postrer Adán» (1 Co. 15:45); también «el Cordero de Dios» (Juan 1:29), y «nuestra Pascua» (1 Co. 5:7); estos dos últimos han sido tomados de la Fiesta de la Pascua, cuando era

sacrificado «un cordero sin mancha».

3) La **evidente analogía** entre algún suceso, ofrenda, persona o cualquier otro objeto del Antiguo Testamento y la enseñanza espiritual a la cual conduce tal y como fue revelada en el Nuevo Testamento. Tenemos el mismísimo ejemplo dado por Cristo sobre el incidente de Jonás y el gran pez, que usa para ilustrar su propio entierro (y resurrección), y se refiere a este «símbolo» como a un «anuncio», o sea, como algo que sirva de ejemplo de ese mismo suceso (véase Mateo 12:39-41). De forma similar el éxodo de los hebreos libertados de su esclavitud ilustra claramente la liberación del cristiano de su pecado y de Satanás, de manera que no pueda haber duda en usar este simbolismo. Asimismo, podemos notar que el estudio del simbolismo está íntimamente relacionado con el estudio de la profecía que hemos de considerar. Es más, podemos decir que casi cada símbolo contiene un algo de carácter profético. Uno imagina o prefigura y otro anticipa las realidades que han de tener lugar. El primero usa hechos representativos, instituciones y símbolos, y el segundo hace uso de un lenguaje figurativo.

Los primeros cinco libros (el Pentateuco] son los que mayor número contienen de símbolos, sombras o figuras: luego disminuye en los libros históricos, para casi desaparecer en los poéticos.

El símbolo no es suficiente de por sí, pero puede impartir luz a la palabra escrita, haciendo que se destaque a la inteligencia espiritual por la ayuda del Espíritu Santo. La Biblia por sí misma se convierte en su propio intérprete e iluminador, significando que todos los simbolismos tienen alguna referencia con la Redención en uno o varios aspectos, ya sea en cuanto a la persona y a la obra de Cristo, el Redentor, o al creyente individual. También hay símbolos que se relacionan con la Iglesia y con el Espíritu Santo.

5. Estudio tópico.

El estudio tópico de la Biblia se considera el más popular, probablemente porque es de fácil comprensión y fácil de llevar a cabo (el apóstol dijo a Timoteo: «*Retén la forma de las sanas palabras*», 2 Ti. 1:13, que podría quizá trasladarse por «ten un bosquejo de las sanas palabras»), y enseguida notamos gran similitud entre el estudio de la doctrina, los simbolismos, la biografía y los tópicos. Es más, muchos profesores hacen que todos ellos caigan bajo el mismo denominador (a excepción de la doctrina) de «tópicos» de estudio bíblico.

Al tratar temas de gran extensión, como puedan ser la Alabanza, el Amor, la Oración, el Servicio, el Pecado, la Vida Eterna, la Adopción, la Santificación, los Angeles, etc., generalmente es mejor tratar de ellos en un solo estudio, pero bajo dos o tres apartados, tomando por separado los distintos aspectos. Bajo el Amor, digamos, existe el amor de Dios hacia nosotros, nuestro amor hacia Él y, finalmente, el amor entre los cristianos y el de éstos hacia el mundo. Es imprescindible una buena concordancia, amén de algún libro sobre temas bíblicos.

6. El estudio biográfico.

El estudiar las vidas de grandes hombres y mujeres ha sido siempre fuente de inspiración y de ayuda para las generaciones sucesivas, y Dios se ha complacido en darnos gran parte de su Palabra en forma biográfica. De hecho, las Escuelas Dominicales y la enseñanza para los niños empieza con las biografías bíblicas. El estudiante debería, al menos, tratar de conocer a fondo algunas de las más importantes, como las de Abraham, Moisés, Elías, David, Isaías, Daniel, Pablo, Pedro y otros, pero observando que algunas de ellas pueden ser de hombres injustos, como Jeroboam I, Absalón, Jezabel, Naboth, Judas, etc., lo que no priva que sean igualmente educativas que las otras, ya que nos sirven de ejemplo y de aviso. Los detalles de una biografía no siempre se encuentran en un solo lugar o en una serie de capítulos sucesivos, sino que

pueden estar esparcidos, como lo demuestra el hecho de que algunos nombres del Antiguo Testamento se hallen también mencionados en el Nuevo.

El Antiguo y Nuevo Testamento están llenos de ejemplos de personas que, de un modo u otro, fueron empleadas por Dios para sus planes, y las enseñanzas que podemos encontrar son muchas, pues no ha querido Dios que los «buenos» sean enteramente buenos, ya que la Biblia dice que *«no hay justo ni aun uno»* (mostrando así la flaqueza del hombre y la necesidad absoluta que tiene de depender de Dios para toda cosa), y al considerar la imperfección de los santos, al confesar también nuestra pequeñez e inferioridad, el Espíritu Santo nos constriñe para que nos humillemos y echemos una mirada comprensiva y conciliadora al «caído», invitándole a un retorno a Dios y a un acercamiento a su santidad y a su amor. En el estudio de toda esta flaqueza de la carne hay una maravillosa enseñanza que debe consolar nuestro corazón y hacernos comunicar diariamente con nuestro Padre de perdón.

Los dos Testamentos deben estudiarse juntos al objeto de obtener los mejores resultados, de igual manera que trabajan juntas y en armonía la mano derecha con la izquierda o el pie izquierdo con el derecho, los ojos y los oídos cuando trabajamos, caminamos, vemos y oímos. Toda la Biblia tiene una idea central y un propósito que la controla, de modo que cada Testamento también lo tiene y cada parte subordinada de los mismos; el comprender con inteligencia estos conceptos directrices y normativos es tener la clave del contenido de la Palabra inspirada.

Hablando en términos generales, el Antiguo Testamento es profético, el Nuevo es histórico; el Antiguo enseña verdades de forma típica o simbólica, y el Nuevo, de una manera directa, doctrinal. En uno, el rasgo dominante y prominente es la ley, como forma operativa del trato de Dios con el hombre, y en el otro, la gracia se manifiesta en toda su ilustración y exhibición; el Viejo Testamento prevé y predice, frecuentemente de forma enigmática, lo que el Nuevo Testamento revela de modo más claro, en sustancia, y con aquella variedad y viveza de color

que tanto le diferencia de la monotonía de las sombras y de lo oscuro del pasado.

Hay que usar el Antiguo Testamento como preparación, fondo y diccionario o libro de referencia para comprender el Nuevo e interpretar el Antiguo Testamento en relación y subordinación al Nuevo y a su cumplimiento en Cristo. Se ve claramente que los escritores del Nuevo Testamento creían que las Escrituras del Antiguo Testamento fueron, según la voluntad divina, preparadas para ayudarles a comprender el Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios; y sus escritos muestran que sólo a la luz de lo que Dios hizo en la encarnación, muerte y resurrección de su Hijo y, consecuentemente, a través del don del Espíritu y el nacimiento de la Iglesia, que incluiría a todas las naciones, se puede entender el verdadero significado e intención de muchos pasajes y figuras del Antiguo Testamento. Lo que está latente en el Antiguo Testamento está patente en el Nuevo.

«El Nuevo en el Antiguo hállase escondido
y el Antiguo en el Nuevo es revelado».

Cristo, al ser tentado, halló su guía en la Escritura, siguiendo la senda más alta: «escrito está», «escrito está también» y «escrito está» fueron sus contestaciones al tentador (Mt. 4:4,7,10]. Cuando comenzó el plan de su ministerio en la sinagoga de Nazaret, «*habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito*» (Lc. 4:17-20), y leyó un pasaje de los profetas, diciendo: «*Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros*». Cuando habló de Juan el Bautista, dijo así: «*Porque éste es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti*» (Mt. 11:10). Usó la Escritura para demostrar la falsedad de los fariseos (Mt. 15:7-9). Habló de los mandamientos para indicar el camino de la vida (Mt. 19:17). Hizo frente intrépidamente a los mercaderes del templo con la siguiente afirmación: «*Escrito está: Mi casa es casa de oración...*» (Lc. 19:46). Hizo callar a los alborotadores escribas con la Escritura (Mt. 21:42; 22:32-46). Halló en la Escritura el principio del sacrificio para aplicarlo a su muerte inminente (Mt. 26:24). Vio descrito en las Escrituras el papel del que le había de

traicionar (Juan 13:18]. Avisó a sus discípulos citando de las Escrituras (Mr. 14:27). Vio llegar su carrera a su punto culminante como cumplimiento de la Escritura (Lc. 22:37; Mt. 26:54]. Las palabras de la Escritura pasaban por su mente cuando estaba en la cruz (Mr. 15:34) y después de la resurrección interpretó las Escrituras acerca de sí mismo a los discípulos (Lc. 24:25-27, 44-46). Asimismo declaró lo que debían hacer sus seguidores en términos bíblicos (Lc. 24:47). Jesús no se contentaba con un conocimiento superficial de la Escritura, sino que penetró en el fondo de la misma (Mr. 12:28-32) y no trataba con la ley como lo hacían los maestros de su día, sino que enseñó mejor que la ley una conducta de rectitud; fue así como buscó su cumplimiento (Mt. 5:21-48).

«Encuentro en la Biblia -escribió Benjamín Wills Newton- un principio de interpretación que, según creo, si se adopta conscientemente, servirá como guía infalible para llevarnos a la mente de Dios, según se contiene en dicha Escritura; las mismísimas palabras de cualquier tema sobre el que el Espíritu Santo va a tratar constituyen la piedra de toque de todo el asunto».

Esto es lo que llaman la enseñanza sistemática y progresiva, y se dan varios ejemplos, como el del Evangelio de San Juan en sus once primeros capítulos, tomando como clave el versículo 4 del primero, que dice: «*En Él estaba la vida*»; estos once capítulos van desvelando progresivamente el significado de estas cuatro palabras:

- 1) La condición humana de su vida comunicativa -recibir creyendo- (1:12,13).
- 2) La condición divina de tal comunicación es el nuevo nacimiento de arriba (cap. 3).
- 3) El don de la vida que se consigue pidiéndolo y su inmediata recepción (4:10-29].
- 4) El poder de la vida en Cristo, ilustrada en las sanidades físicas.
- 5) El pan de vida, que da y mantiene la vida (cap. 6).
- 6) El creyente, recibiendo y transmitiendo la vida (7:37-39; 8:12).
- 7) La luz de la vida -una nueva visión de Dios implicada en la vida misma- (cap. 9).

8) La vida más abundante se encuentra en el Buen Pastor (cap. 10).

9) La vida incluye el cuerpo de la resurrección (cap. 9).

Se registra en el Evangelio, incluso hasta su capítulo final, un continuo despliegue de la Vida Eterna como don de Dios en Cristo, que se recibe por fe, que tiene lugar en la regeneración, que satisface el ansia espiritual, que alimenta y nutre el alma, y que culmina con el triunfo de la resurrección por encima de la muerte.

Las palabras «alma» y «espíritu» precisamente hay que distinguirlas con cuidado en ambos Testamentos. En la lengua hebrea se representa por **nefesh** y **ruash** y en la lengua griega por **psyke** y **pneuma** (1 Tes. 5:23; He. 4:12). El «alma» es propiamente el principio animador del cuerpo y por tanto común a toda la creación animal; incluye los apetitos y los deseos, tanto de la carne como de la mente y la inclinación y la determinación.

Las otras palabras, que indican propiamente «espíritu», en su origen significaban «aliento» o «viento», pero, en su aplicación más alta, es el «aliento de Dios» (Gé. 2), es decir, un modo de existencia que es semejante a la suya propia y que comparte su naturaleza. A Dios nunca se le representa en la Escritura como alma, centro de la vida del cuerpo, animador del organismo físico e inspirador de sus apetitos, sino como «Espíritu», independiente de las condiciones y limitaciones de la materia.

Con todo, hay pensamientos y palabras en la Biblia, especialmente con referencia al Dios altísimo, que trascienden todo lenguaje. Hay formas difíciles de emitir o de entender en la Escritura, como, por ejemplo, el intento de definir o de describir al Dios infinito; el uso de palabras que son intraducibles; ciertos verbos compuestos que se emplean para definir la unión de Cristo con los creyentes; los superlativos y las hipérbolas empleadas; las alturas incalculables de tipo espiritual que sugieren lo indecible; la multiplicación de la forma figurativa del lenguaje.

Hay seis definiciones de Dios, tan complejas, que no pueden abarcar una sola definición; por

ello, el Salmo 36:9 dice: «*Contigo, oh Dios, está el manantial de la vida*». Santiago llama a Dios «*el Padre de las luces*»; San Juan, en su primera carta, dice: «Dios es luz»; también dice «Dios es amor»; además, «Dios es espíritu», y en el libro de Hebreos, capítulo 12, encontramos que Dios es «el Padre de los espíritus».

Si tomamos estos pasajes juntos, «Dios es vida, luz, amor», todo en uno, algo así como el sol que envía vida con sus rayos azules, luz en sus rayos amarillos, calor en sus rayos rojos, pero todos están unidos en un mismo haz de gloria, Él es esencialmente Espíritu, invisible y sin cuerpo, y el Padre de todos los seres espirituales.

Algunas palabras en la Biblia son intraducibles, y no hay más remedio que usar lo que se llama «la transliteración», que es el transferir la palabra tan cerca como sea posible del original, letra por letra; así, por ejemplo. «Abba», «Yahweh», que algunos han traducido «Jehová»; «Aleluya». «Selah», etc. «Sabatismos» es una de estas palabras intraducibles, y ocurre una vez en el libro de Hebreos, capítulo 4, siendo traducida por «descanso», y con frecuencia se entiende que se refiere al descanso eterno o al guardar el Sabbath con Dios, que, sin duda, constituye su sentido más alto; pero usada en esta relación tiene un sentido específico. Ocurre en medio de un argumento que muestra el descanso actual, no en el cielo, sino en la tierra, en el que también Dios quiere que todos los creyentes entren ahora por fe, y de lo que Canaán, herencia terrena de su pueblo, fue tipo y predicción, En este descanso entran los creyentes cesando de sus propios trabajos, de la misma manera que Dios hizo con su propio trabajo u obra.

Probablemente el haber puesto la palabra Sabbatismo habría sido un gran avance, es decir, transliterar en lugar de traducir, ya que había entre los hebreos, según sabemos, un sistema sabático muy elaborado, tal cual nos muestra el capítulo 2 del Génesis, el 25 de Números, el 15 de Deuteronomio, el 9 de Daniel, el 20 de Apocalipsis, etc.; de esta manera quizá habríamos evitado malos entendimientos al buscar doctrinas en esta palabra que filológicamente significa «descanso».

38

Capítulo VI

PRINCIPIOS DE INTERPRETACIÓN¹⁹⁷

Nos proponemos en este capítulo dar cierta orientación elemental y algunas sugerencias prácticas a quienes están dispuestos a ser obreros en la escuela del entendimiento espiritual. Esta meta de verdadera comprensión no se alcanza fácilmente. Su búsqueda exige diligencia en la oración, trabajo concienzudo y persistente investigación.

LA COMPRENSIÓN DEL TEXTO

1. Haga uso completo de comentarios, traducciones modernas, paráfrasis, etc. Una nueva traducción o paráfrasis, leída entera y de corrido, a menudo nos da nueva penetración en el sentido de un pasaje; aun cuando hemos de asegurarnos de que la interpretación del escritor es fiel al sentido del original. También puede enriquecer grandemente nuestra comprensión la explicación detallada del sentido que ofrecen los comentarios.

2. Trate de descubrir el significado verdadero del texto original. Este debe ser el objetivo

¹⁹⁷“Principios de interpretación” es el capítulo 6 del libro “Nuevo Auxiliar Bíblico”, de G. T. Manley C.P.B.. Págs. 86-92.

inmediato. Su búsqueda es tanto más importante, por cuanto la fantasía se desenfrena. Hay un peligro muy real de que veamos en la Escritura no lo que se halla en ella, sino el reflejo de nuestras propias ideas, o un apoyo imaginario de nuestros propios prejuicios.

El sentido de la Escritura lo determinan las palabras. Por esto, cada palabra es importante, y tanto más si creemos que la inspiración divina se extiende a las palabras y ha asegurado la selección de aquellas que son especialmente apropiadas. Debemos tener especialmente en cuenta el hecho de que algunas palabras adquieren en la Escritura un sentido especial o nuevo por el uso escritural mismo, y como consecuencia del progreso y desarrollo del contenido de la revelación.

En el caso de que sea imposible dominar las lenguas originales hebrea y griega, es posible, como sustituto bastante bueno, ir a medias y acercarse a una comprensión más exacta mediante el uso de las muchas ayudas que se han preparado especialmente para este limitado estudio, tales como concordancias analíticas con las palabras originales impresas en letra romana.

3. Descubra el sentido que tenía el texto para los primeros lectores. Trate de penetrar en la mente del escritor, su reacción ante las condiciones existentes y su propósito al escribir. Esto involucra un conocimiento del fondo y del marco histórico. El presente libro se ha escrito como ayuda hacia tales conocimientos.

4. Descubra el carácter de la composición; por ejemplo, si se trata de historia o de alegoría, de prosa o de poesía, si es una narración o un discurso, un soliloquio o un diálogo, etc. No se fíe necesariamente de los capítulos ni de otras divisiones que no forman parte del original y que a veces pueden ser inapropiadas. Trate de reconocer la relación obvia, y posiblemente declarada, de cualquier aserto o pasaje con lo que le precede o sigue.

5. Descubra la forma de expresión, es decir, literal o figurada, real o metafórica. Los términos figurados no han de tomarse literalmente. Note si las declaraciones son indicativas,

interrogativas, o imperativas, si son positivas o condicionales, reales o hipotéticas. Trate de apreciar el valor de las alusiones, figuras y expresiones que se relacionan con las costumbres, circunstancias, etc., de los primeros lectores. Para esto la ayuda de comentarios y de la investigación erudita es obviamente necesaria.

6. Reconozca el carácter de la revelación divina tal como se da en la historia y a través de ella. Dios ha hablado, no meramente en palabras, sino en y por medio de la vida de muchos hombres, y sobre todo, en y por medio de la vida, muerte y resurrección de Su Hijo encarnado. Por lo tanto, lo que importa tanto como las palabras de los profetas, y al fin más que las palabras mismas, son las obras o acontecimientos que interpretan. El cristianismo es una revelación histórica. En consecuencia, el sentido literal, original e histórico de la Escritura es de fundamental importancia.

LA INTERPRETACIÓN DEL TEXTO

El uso cristiano de la Biblia no acaba cuando se ha logrado comprender el texto. De hecho, es entonces y sólo entonces cuando comienza el uso cristiano más directo de ella.

1. Interprete rectamente, es decir, de acuerdo con lo que el texto mismo dice. Han de tomarse las palabras en su sentido natural. No hay justificación normal para hacer que las palabras de la Escritura signifiquen para nosotros algo que no significan en su contexto bíblico. Hemos de estar sobre aviso ante el peligro tanto del literalismo excesivo o innecesario como de la espiritualización caprichosa o evasiva. Distinga claramente entre las palabras dogmáticas de Dios y de Sus mensajeros, y las palabras de otros, como por ejemplo, de Satanás, las cuales se registran para nuestra edificación, pero no necesariamente para nuestra aceptación.

2. Interprete la parte en relación con el todo. El significado de una palabra o frase es a menudo modificado por la relación en que se usa. Así pues, debe permitirse que el contexto de una palabra determine su sentido y significado especial. Debe también prestarse atención al

carácter y propósito de todo el libro o sección en que las palabras aparecen.

Similarmente, debe reconocerse de continuo la unidad de la revelación escritural como un todo, y se debe, por tanto, estar alerta contra la tendencia de limitarse a considerar cada libro independientemente. Más bien, debemos procurar constantemente llegar más allá de las contribuciones del pasaje particular o del libro aislado, a una comprensión debidamente desarrollada del consentimiento general y de la enseñanza constante de la Escritura como un todo.

3. Reconozca el propósito general de toda la Escritura, es decir: el de revelar los caminos de Dios para con los hombres, y sobre todo, el de dar a conocer Su salvación para hombres pecadores. Sólo aquellos que reconocen esto pueden usar la Escritura rectamente. Sus palabras no se nos dan para arrojar luz sobre todos los temas, ni para contestar todas las preguntas de los hombres. Van dirigidas a una necesidad particular y a un fin también particular.

4. Considere a Cristo como tema principal de toda la Escritura. La Santa Biblia da testimonio en todas sus partes a Cristo, y revela Sus venidas a los hombres como el Hombre, ya sea para salvar o para juzgar. Él es el Gran Tema y el Agente final tanto de la revelación como de la redención. En esta obra histórica, Él es de modo supremo la "Palabra" de Dios para salvación. La palabra escrita no es sino complemento o reflejo de la Palabra viviente. Sin Él no existiría, y sólo en Él reside su verdadera unidad y cumplimiento. Por tanto, todo estudio de las Escrituras debe centrarse en Él. Él es la única clave suficiente para su recta interpretación.

5. Interprete la Escritura por la Escritura. Debemos emplear el Antiguo Testamento para la comprensión del Nuevo, e interpretar el Antiguo en relación con el Nuevo y en subordinación a él. Está claro que los escritores del Nuevo Testamento creyeron que las Escrituras del Antiguo Testamento en todas sus partes, fueron provistas divinamente para que ellos comprendiesen mejor el evangelio de Jesucristo. También, en general, la Escritura debe compararse entre sí para permitir que ella misma compruebe y confirme la interpretación que uno hace de ella. La

obediencia constante a esta regla nos salvará de interpretar un pasaje de modo que se contradiga con otro. Las herejías se originan comúnmente en la exagerada interpretación de un solo aspecto de la verdad.

6. Reconozca que la verdad es infinita y tiene muchos aspectos. Puede haber más de un punto de vista; por ejemplo, Cristo es tanto "el León" como "el Cordero" (Ap. 5:5,6) y estos aspectos opuestos de la verdad infinita aparecen inevitablemente a las inteligencias finitas como contradictorios e irreconciliables. El estudiante humilde y reverente de la revelación divina reconocerá con Charles Simeon que "la verdad no está en el término medio, ni en un solo extremo, sino en ambos extremos".

7. Reconozca las limitaciones individuales, y respete el juicio de otros creyentes, particularmente el consenso de los santos. Recuerde no sólo que el entendimiento humano es en el mejor de los casos finito, sino que, al propio tiempo, la capacidad individual para apropiarse de la plenitud de la verdad es aun más limitada. Es señal de sabiduría respetar las interpretaciones de otros, particularmente cuando tales interpretaciones han sido aceptadas durante, largo tiempo por la mayoría del pueblo de Dios, si no por todos. No sea dogmático en asuntos sobre los cuales difieren hermanos igualmente devotos.

8. Busque la iluminación y el testimonio del Santo Espíritu. Esto es de importancia universal y primaria. Solamente mediante la iluminación del Espíritu podemos discernir la verdad revelada, y sólo por Su aprobación o testimonio podemos conocer su certeza como "de Dios". Él es el único Maestro adecuado para la recta exposición de Su propio e inspirado libro de texto.

REGLAS ESPECIALES PARA LA INTERPRETACIÓN DE LAS PARÁBOLAS, Y DE TODA ESCRITURA QUE SEA FIGURADA O ALEGÓRICA

1. Concentre la atención sobre el punto central o enseñanza principal. Manténganse

todos los detalles subordinados a la impresión principal del cuadro como un todo, recordando que en toda representación figurada hay mucho que es mera indumentaria o adorno. Así, no intente (salvo casos excepcionales) hallar un significado espiritual en cada detalle. Esta correspondencia detallada no debe buscarse sin una muy clara justificación bíblica. Ciertamente, a veces nuestro Señor así lo hizo (véase Mateo 13:3-9, 18-23, 24-30, 36-43); pero véase el contraste en Su aplicación de la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10:37) y note que hay algunas parábolas en las que resulta del todo imposible hallar una correspondencia en todo detalle.

2. Base toda doctrina en declaraciones directas de la Escritura. Una figura es de carácter adicional e ilustrativa. Nunca debe emplearse como base principal de un artículo de fe, Más bien, debe uno buscar la explícita autoridad escritural para la interpretación o aplicación de tipos, figuras o parábolas. No bastará la simple percepción de una analogía. Debemos asegurarnos independientemente, de que la idea que se deriva de la figura es en sí una verdad escritural.

REGLAS PRÁCTICAS PARA USAR LA BIBLIA EN LA VIDA CRISTIANA

1. Use la Biblia como regla de fe y conducta. Busque base escritural y justificación en principio para todo cuanto cree y hace como cristiano. Por ejemplo, trate de saber lo que enseña la Biblia sobre el camino de salvación para los pecadores, y esté seguro de que entiende claramente aquellas verdades reveladas que son de primera importancia para el bienestar eterno del hombre. De modo similar, procure estar preparado para dar una contestación escritural como razón de la fe que hay en usted (1 Pedro 3:15). Busque en la Biblia, no solamente lo que cree el cristiano, sino el porqué, de modo que pueda responder sin vacilar a las preguntas de los hombres y justificar su propia confianza cristiana.

2. Considere la Biblia como manual de religión personal, medio cotidiano de gracia, y

úsela regularmente como tal. Dios habla todavía al alma que Le busca, en y por medio de Su Palabra escrita. No lea, pues, la Biblia como mero espectador indiferente. Procure sobre todo, descubrir la verdad espiritual que sea capaz de inmediata aplicación personal a su propia condición, necesidades y circunstancia. Esté siempre alerta para hacer las cosas que la Biblia pida; en otras palabras, sea hacedor de la Palabra y no sólo lector.

3. Reconozca el lugar que hemos de conceder al juicio y a la conciencia del individuo. La Escritura sólo habla a los hombres de acuerdo con la medida en que aceptan la luz. Allí está el punto en donde cada uno debe responder a su llamamiento siempre creciente, si ha de progresar en su comprensión del Libro.

4. Reconozca la necesidad de un retorno continuo a la Palabra de Dios y de nueva reformatión de acuerdo con ella. Hay una necesidad continua de volver a la Palabra de Dios para examinarse otra vez a la luz de Su libro, para ser redargüido de cualquier comienzo de un decaimiento pecaminoso, para darse uno cuenta de nuevos caminos por los que puede avanzar en santidad y amor.

5. Reconozca la posibilidad constante de un mayor progreso en el entendimiento y la obediencia. Nunca nos conviene cejar en nuestra búsqueda como si hubiésemos llegado a la meta de un conocimiento o un cumplimiento perfectos. Siempre hay lugar y necesidad de descubrir más, y luego, de andar en la nueva luz que se ha adquirido.

